El anillo de Thoth

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Mr. John Vansittart Smith, F. R. S., domiciliado en el 147-A de Gower Street, era un hombre cuya fuerza de voluntad y claridad de juicio podrían haberle situado en el puesto más alto de los observadores científicos. Sin embargo, fue víctima de una ambición de universalidad que le incitó a querer sobresalir en todo orden de materias en vez de lograr la celebridad en una en concreto. En sus primeros años demostró una aptitud especial para la zoología y la botánica, lo que hizo que sus amigos le considerasen un segundo Darwin; pero, cuando estaba a punto de obtener una cátedra, interrumpió repentinamente sus estudios y concentró toda su atención en la química. En esta materia, sus investigaciones sobre el espectro de los metales le acreditaron como miembro de la Royal Society; pero de nuevo jugó la baza de la veleidad y, después de un año de ausencia del laboratorio, se afilió a la Oriental Society y dio lectura a una comunicación sobre las inscripciones jeroglíficas y demóticas de El Kab, proporcionando de esta manera un ejemplo fehaciente de la versatilidad e inconstancia de su talento.

Sin embargo, hasta el más voluble de los pretendientes está expuesto a ser cazado al fin, y esto fue lo que le sucedió a John Vansittart Smith. Cuando más profundizaba en la egiptología más impresionado quedaba por el vasto campo que se abría al investigador y por la excepcional importancia de una materia que prometía arrojar alguna luz sobre los primeros gérmenes de la civilización humana y el origen de la mayor parte demuestras artes y ciencias. Tan impresionado estaba Mr. Smith, que contrajo inmediatamente matrimonio con una joven egiptóloga que había escrito acerca de la sexta dinastía. Asegurada de esta forma una sólida base de operaciones comenzó a recoger materiales para una obra que aglutinaría el rigor de Lepsius y la genialidad de Champollion. La preparación de esta magnun opus le obligó a realizar muchas visitas perentorias a las magníficas colecciones egipcias del Louvre, y fue precisamente en la última de éstas, no más allá de mediados del pasado octubre, cuando se vio envuelto en la más extraña y notable de las aventuras.

Los trenes habían sido lentos y el paso del Canal borrascoso, de modo que llegó a París en un estado algo nervioso y febril. Cuando se encontró en el Hôtel de France, en la rue Laffitte, se tumbó en un sofá durante un par de horas, pero al ver que era incapaz de conciliar el sueño, resolvió, a pesar de la fatiga, hacer una visita al Louvre, comprobar los temas que había venido a solucionar y coger el tren nocturno para Dieppe. Tomada esta determinación, se puso encima el abrigo, pues era un día frío y lluvioso, y emprendió el camino a través del bulevar de los Italianos y bajó por la avenida de la Opera. Ya dentro del Louvre se hallaba en terreno familiar y se dirigió rápidamente a la colección de papiros que tenía intención de consultar.

Ni los más entusiastas de los admiradores de John Vansittart Smith podrían asegurar que era un hombre atractivo. Su larga nariz aguileña y la barbilla prominente tenían el mismo carácter agudo e incisivo que distinguía su intelecto. Mantenía erguida la cabeza a la manera de un pájaro, y parecían también picotazos de pájaro los movimientos con que lanzaba sus razonamientos y réplicas en el transcurso de la conversación. Mientras

permanecía allí, con el cuello del abrigo levantado hasta las orejas, podría haber observado en el reflejo de la vitrina de cristal que tenía ante él que su aspecto resultaba bastante singular. Pero sólo cayó en la cuenta de esta circunstancia, recibida como una súbita sacudida, cuando alguien que hablaba en inglés exclamó a sus espaldas en un tono perfectamente audible:

-¡Qué aspecto tan raro tiene ese individuo!

El investigador contaba con una considerable proporción de frívola vanidad en su personalidad, que se manifestaba en una despreocupación ostentosa y exagerada por toda suerte de consideraciones personales. Se mordió los labios y se concentró en el rollo de papiro, mientras su corazón rebosaba rabia contra toda la raza de viajeros británicos.

-Sí -dijo otra voz-, realmente es un tipo extraordinario.

-¿Sabes? -dijo el que había hablado primero-, uno podría creer que el tipo ese se ha quedado medio momificado a fuerza de contemplar tantas momias.

-Desde luego, tiene las facciones de un egipcio -dijo el otro.

John Vansittart giró sobre sus talones, decidido a humillar a sus compatriotas con una o dos observaciones corrosivas. Para su sorpresa y alivio, los dos jóvenes que habían estado conversando estaban de espaldas y contemplaban a uno de los vigilantes del Louvre, ocupado en sacar brillo a los bronces del otro lado de la sala.

-Carter nos está esperando en el Palais Royal -dijo uno de los turistas, consultando su reloj. Después se marcharon con ruidosas pisadas, y el estudioso quedó a solas con sus estudios.

«Me gustaría saber a qué llaman esos charlatanes "facciones de egipcio"», pensó John Vansittart Smith, y cambió ligeramente de posición para echar un vistazo a la cara del hombre en cuestión. Nada más ponerle los ojos encima experimentó un sobresalto. Desde luego se trataba del mismo tipo de cara que sus estudios le habían hecho tan familiar. Los uniformes rasgos esculturales, la frente ancha, la barbilla redondeada y la tez morena eran una réplica exacta de las innumerables estatuas, las momias que había en las vitrinas y los dibujos que decoraban las paredes de la sala. El parecido estaba más allá de la mera coincidencia. Aquel hombre debía de ser egipcio. La característica angulosidad de los hombros y la estrechez de caderas bastaban para identificarle.

John Vansittart Smith arrastró los pies hacia el vigilante con intención de dirigirle la palabra. No era un hombre brillante en la conversación y le resultaba difícil dar con el medio justo entre la brusquedad del superior y la simpatía del igual. A medida que se acercaba, el rostro de aquel individuo se le presentaba con mayor claridad, aunque permanecía concentrado en su trabajo. Al fijar los ojos en la piel del extraño vigilante, Vansittart Smith recibió la impresión repentina de que su aspecto tenía algo de inhumano y preternatural. Sobre las sienes y los pómulos aparecía un brillo vidrioso, como de pergamino barnizado. No había señal de poros. Uno no podía imaginarse una

gota de sudor sobre aquella superficie. Desde la frente a la barbilla, sin embargo, la piel estaba surcada por un millón de delicadas arrugas, que se cruzaban y entrelazaban, como si la Naturaleza, dejándose llevar por un capricho propio de los maoríes, hubiera intentado trazar el dibujo más intrincado y extravagante que pudiera idear.

-Où est la collection de Menphis? -preguntó el investigador, con ese aire inoportuno de quien busca una pregunta con el único propósito de entablar conversación.

-C'est là -contestó secamente el hombre, indicándole con la cabeza el otro lado de la sala.

-Vous êtes un Egyptien, n'est-ce pas? -preguntó el inglés.

El vigilante miró hacia arriba y clavó sus oscuros y extraños ojos en el interlocutor. Eran unos ojos vidriosos, con un brillo seco y nebuloso que no había visto hasta entonces en un ser humano. Al fijar su mirada en ellos, descubrió en sus profundidades una especie de dramática emoción que subía y descendía hasta desembocar en una mirada que tenía tanto de horror como de odio.

-Non, monsieur; je suis Français.

El hombre se dio la vuelta con cierta brusquedad y se encorvó de nuevo para dedicarse a su trabajo de limpieza. El estudioso le miró con asombro durante unos instantes, se retiró a un asiento que había en un rincón apartado detrás de una de las puertas y procedió a poner en orden las anotaciones extraídas de sus investigaciones entre los papiros. Sin embargo, sus pensamientos se resistían a regresar a su cauce natural y se escapaban una y otra vez hacia el enigmático vigilante de cara de esfinge y piel de pergamino.

«¿Dónde he visto yo unos ojos como esos? -se preguntaba John Vansittart Smith- Hay algo de saurio en ellos, algo de reptil. Como la membrana nictitante de las serpientes -reflexionó, recordando sus estudios de zoología-. Es lo que produce el efecto vidrioso. Pero hay algo más. Tienen una expresión de fuerza, de sabiduría, al menos así lo interpreto yo, y de cansancio, un cansancio absoluto... y de indecible desesperación. Tal vez sean imaginaciones mías, pero nunca había recibido una impresión tan fuerte. ¡Por Júpiter! Tengo que examinarlos otra vez.» Se levantó y dio una vuelta por los salones egipcios, pero el hombre que despertaba tanta curiosidad había desaparecido.

El investigador volvió a sentarse en su apacible rincón y reanudó sus anotaciones. Había encontrado en los papiros la información que buscaba y sólo quedaba ponerla por escrito mientras permanecía fresca en su memoria. Durante un rato el lápiz corrió por el papel, pero poco a poco las líneas empezaron a torcerse, las palabras se hicieron borrosas y, finalmente, el lápiz tintineó en el suelo y la cabeza del investigador cayó pesadamente sobre su pecho. Rendido por el viaje, se sumergió en un sueño tan profundo en su solitario rincón detrás de la puerta que ni el ruido metálico producido por los vigilantes, ni las pisadas de los visitantes, ni siquiera el ronco estrépito de la campana al dar el aviso de cierre fueron suficientes para despertarle.

La penumbra dio paso a la oscuridad, el bullicio de la rue de Rivoli aumentó y después disminuyó. En la lejana Nôtre Dame sonaron las campanadas de la medianoche y la figura oscura y solitaria permanecía sentada en silencio entre las sombras. Era cerca de la una de la madrugada cuando John Vansittart Smith, con un súbito jadeo y una aspiración profunda, recobró la conciencia. Durante unos instantes le rondó la idea de que se había quedado dormido en el sillón de lectura de su propia casa. Sin embargo, la luz de la luna penetraba a rachas por la ventana sin postigos y, a medida que sus ojos recorrían las hileras de momias y la inacabable sucesión de estanterías barnizadas, recordaba con claridad dónde se encontraba y cómo había llegado a esa situación. No era nervioso. Se sentía atraído por las situaciones novelescas, lo cual es característico de su raza. Estiró los miembros entumecidos, consultó el reloj y dejó escapar una carcajada al ver la hora que era. El episodio podía constituir una admirable anécdota que relataría en su próximo trabajo, y que sería como un descanso entre las graves y pesadas especulaciones. Tenía un poco de frío, pero se encontraba perfectamente despierto y recuperado. No había nada de sorprendente en el hecho de que el vigilante no hubiera reparado en él, pues la puerta proyectaba una espesa sombra directamente sobre su pupitre.

El silencio absoluto era impresionante. No se oía ni un solo crujido o murmullo ni en el interior ni en el exterior. Estaba solo entre los cadáveres de una civilización desaparecida. ¡Qué importaba el mundo exterior, totalmente librado el bullicio del siglo diecinueve! En toda aquella sala no había un solo objeto que no hubiera soportado el paso de cuatro mil años. Allí estaban los restos que el gran océano del tiempo había rescatado de aquel lejano imperio. Desde la majestuosa Tebas, desde la altiva Luxor, desde los grandes templos de Heliópolis, desde un centenar de tumbas expoliadas aquellas reliquias habían sido reunidas. El investigador miró a su alrededor y contempló las mudas figuras que brillaban vagamente a través de las tinieblas, antaño animadas por múltiples afanes, ahora tan silenciosas, y se vio arrastrado por un sentimiento de respeto y honda meditación. Una desacostumbrada conciencia de su propia juventud e insignificancia le invadió. Recostado en el asiento, su mirada soñadora vagó a lo largo de las salas, donde la luz de la luna proyectaba rayos plateados, y que ocupaban todo un ala del espacioso edificio. Por fin sus ojos recayeron sobre el resplandor amarillo de una lámpara distante.

John Vansittart Smith se incorporó en su asiento con los nervios al límite. La luz avanzaba despacio hacia él, deteniéndose de vez en cuando, para acercarse a continuación con pequeñas sacudidas. Él portador de la luz se movía sin producir el menor ruido. En aquel profundo silencio ni siquiera se percibía el más mínimo roce de los pies que avanzaban. Lo primero que se le pasó por la cabeza al inglés es que se trataba de ladrones. Se recogió todavía más en su rincón. La luz estaba ya a dos salas de distancia. Ahora se encontraba en la sala de al lado y seguía sin escucharse sonido alguno. Con una sensación cercana al estremecimiento o al miedo, el investigador descubrió un rostro, un rostro que parecía flotar en el aire, detrás del resplandor de la lámpara. El cuerpo se hallaba oculto entre las sombras, pero la luz incidía sobre aquel extraño rostro de expresión anhelante. No había posibilidad de error: el brillo metálico de los ojos y la piel cadavérica. Era el vigilante con quien había conversado antes.

El primer impulso de Vansittart Smith fue acercarse y dirigirle la palabra. Unas pocas

frases de explicación serían suficientes para aclarar la cuestión, y después le conducirían sin duda hacia alguna puerta lateral desde la que podría regresar al hotel. Cuando el hombre entró en la sala, sin embargo, había algo tan clandestino en sus movimientos y tan furtivo en su expresión que el inglés abandonó su propósito. Estaba claro que no se trataba de la ronda ordinaria de un funcionario. El individuo llevaba puestas unas zapatillas de suela de fieltro, caminaba de puntillas y lanzaba rápidas miradas a derecha e izquierda, mientras la llama de la lámpara oscilaba por efecto de su respiración agitada. Vansittart Smith se agazapó silencioso en el rincón, observándole con creciente interés, convencido de que su visita obedecía a algún motivo secreto y probablemente ocultaba fines siniestros.

Sus movimientos no revelaban la menor vacilación. Se dirigió con paso ligero y rápido hacia una de las grandes vitrinas, sacó una llave de su bolsillo y abrió la cerradura. Entonces bajó una momia del estante superior, avanzó unos pasos y la depositó con sumo cuidado y solicitud en el suelo. Colocó la lámpara al lado y, a continuación, poniéndose en cuclillas al estilo oriental, empezó a deshacer con sus dedos largos y temblorosos las telas enceradas y los vendajes que la recubrían. A medida que se desplegaban las tiras de tela, un fuerte y aromático olor invadió la sala, y fragmentos de perfumada madera y especias cayeron con un ruido sordo en el suelo de mármol.

Para John Vansittart Smith era evidente que aquella momia jamás había sido despojada de su vendaje. La operación le interesaba profundamente. La observó con curiosidad y emoción, y su cabeza de pájaro fue alargándose detrás de la puerta. Sin embargo, cuando aquella cabeza de cuatro mil años de antigüedad fue desposeída del último vendaje, el investigador apenas pudo ahogar un grito de asombro. En primer lugar, una cascada de largas trenzas negras y brillantes se derramó sobre las manos y los brazos del manipulador. La segunda vuelta del vendaje descubrió una frente estrecha y blanca, con las cejas delicadamente arqueadas. A la tercera vuelta aparecieron unos ojos luminosos, bordeados de largas pestañas, y una nariz recta, bien perfilada, mientras que la cuarta y última mostró una boca dulce, henchida y sensual, y una barbilla encantadoramente torneada. Todo el rostro era de una belleza extraordinaria, salvo una mancha irregular en el centro de la frente, de color café. Constituía un triunfo del arte de embalsamar. Los ojos de Vansittart Smith se dilataban a medida que la contemplaba y su garganta dejó escapar un gemido de satisfacción.

Sin embargo, el efecto causado sobre el egiptólogo no era nada comparado con el que produjo al extraño vigilante. Alzó las manos al aire, prorrumpió en un áspero martilleo de palabras y, después, echánsose en el suelo, al lado de la momia, la rodeó con sus brazos y la besó varias veces en los labios y en la frente. «Ma petite! -gimió en francés-. Ma pauvre petite!» Su voz estaba quebrada de emoción, y sus innumerables arrugas se estremecían y se retorcían, pero el investigador observó a la luz de la lámpara que los brillantes ojos del vigilante permanecían secos y sin lágrimas, como si fueran dos bolas de acero. Durante algunos minutos se quedó allí tendido, con el rostro crispado, runruneando y susurrando sobre aquella hermosa cabeza. Después mostró una sonrisa de satisfacción, pronunció algunas palabras en un idioma desconocido y se puso en pie con la expresión vigorosa de quien se ha preparado para afrontar un duro esfuerzo.

En el centro de la sala había una vitrina circular que contenía una magnífica colección

de anillos egipcios primitivos y piedras preciosas en la que el investigador había reparado con frecuencia. El vigilante se dirigió a la vitrina, manipuló la cerradura y abrió la puerta. Colocó la lámpara en un estante lateral y, a su lado, una pequeña jarra de barro que sacó del bolsillo. Después cogió un puñado de anillos de la vitrina y con un gesto grave y ansioso procedió a mojar cada uno de ellos en el líquido que contenía la jarra, examinándolos a continuación a la luz de la lámpara. El primer lote de anillos le produjo una visible desilusión, porque volvió a arrojarlos con desprecio a la vitrina. Sacó otro puñado. Escogió un anillo de metal macizo con un voluminoso cristal engarzado y lo sometió a la prueba del líquido de la jarra. Al momento lanzó un grito de alegría y extendió los brazos con un gesto tan impetuoso que derribó la jarrita, cuyo líquido se derramó por el suelo y corrió hasta los pies del inglés. El vigilante se sacó un pañuelo encarnado del pecho y se puso a limpiar la mancha, siguiendo el reguero hasta el rincón, donde se encontró de pronto cara a cara con el individuo que le estaba observando.

-Perdóneme -dijo John Vansittart Smith con cortesía inimaginable-. He tenido la desgracia de quedarme dormido detrás de esa puerta.

-¿Me ha estado observando? -preguntó el otro en inglés, con una mirada venenosa dibujada en su cadavérico rostro.

El investigador era un hombre que no acostumbraba a mentir.

-Confieso -dijo- que he observado sus operaciones y que han despertado mi interés y curiosidad en el más alto grado.

El hombre sacó un cuchillo largo y de hoja llameante que tenía oculto en el pecho.

-Se ha escapado usted por poco -dijo-. Si le hubiera visto hace diez minutos, le habría clavado esto en el corazón. Sea como sea, si me toca o interfiere de alguna manera conmigo, es usted hombre muerto.

-No tengo intención de entrometerme en sus asuntos -respondió el investigador- Mi presencia aquí es completamente accidental. Todo lo que le pido es que tenga la amabilidad de dejarme salir por alguna puerta lateral.

Habló con extrema suavidad, porque aquel individuo seguía presionando la palma de su mano izquierda con la punta del cuchillo, como si quisiera asegurarse de que estaba bien afilado, y su rostro permanecía con la misma expresión maligna.

-Si yo creyera... -dijo-. Pero no, quizá no tenga importancia. ¿Cómo se llama usted?

El inglés se lo dijo.

--John Vansittart Smith -repitió el otro-. ¿Es usted el mismo Vansittart Smith que leyó una memoria en Londres sobre El Kab? Leí un informe sobre ella. Sus conocimientos del tema son despreciables.

-¡Caballero! -exclamó el egiptólogo.

-Sin embargo, son superiores a los de otros que tienen incluso más pretensiones que usted. La piedra angular de nuestra antigua vida en Egipto no se encuentra en las inscripciones o monumentos, a los que conceden tanta importancia ustedes, sino en nuestra filosofía hermética y nuestros conocimientos místicos, de los que ustedes saben muy poco o nada.

-¡Nuestra antigua vida! -repitió el erudito con los ojos dilatados; de repente exclamó-: ¡Dios mío! ¡Mire la cara de la momia!

Aquel hombre extraño se volvió y enfocó la luz sobre la mujer muerta, dejando escapar un grito de dolor mientras lo hacía. La acción de la atmósfera había destruido ya todo el arte del embalsamador.

La piel se había despegado, los ojos aparecían hundidos en el interior de las cuencas, los labios descoloridos se habían retorcido por debajo de los dientes amarillentos y sólo por la mancha marrón de la frente podía asegurarse que se trataba del mismo rostro joven y hermoso que tenía apenas unos minutos antes.

El hombre agitó sus manos con horror y desesperación. Después, dominándose con gran esfuerzo, volvió a fijar sus endurecidos ojos en el inglés.

-No importa -dijo con la voz quebrada por la emoción-. Realmente ya no importa. He venido aquí esta noche con la firme determinación de hacer algo. Y ya lo he hecho. Todo lo demás sobra. Encontré lo que buscaba. La antigua maldición ha quedado rota. Puedo reunirme con ella ya. ¿Qué importancia tiene su forma inanimada, si su espíritu me está esperando al otro lado del velo?

-Esas son palabras un tanto exageradas -dijo Vansittart Smith. Cada vez estaba más convencido de que estaba tratando con un loco.

-El tiempo apremia y tengo que partir... -continuó el otro-. Ha llegado el momento que durante tanto tiempo he estado esperando. Pero antes debo llevarle a usted hasta la salida. Venga conmigo.

Cogió la lámpara, dio la espalda a la sala desordenada y condujo al investigador con paso rápido a través de los departamentos dedicados a los egipcios, los asirios y los persas. Al final de este último departamento abrió una pequeña puerta que había en la pared y descendió por una escalera de piedra en forma de caracol. El inglés sintió el aire frío de la noche sobre su frente. Enfrente había una puerta que parecía comunicar con la calle. A la derecha había otra puerta abierta que proyectaba un haz de luz amarilla en el pasillo.

-Entre aquí-ordenó el vigilante.

Vansittart Smith vaciló. Creía que había llegado al final de su aventura. Pero la curiosidad era más fuerte que cualquier otro impulso. No podía dejar este asunto sin

aclarar, de modo que siguió a su extraño acompañante hasta el interior de la cámara.

Era un cuarto pequeño, similar a los que se suelen destinar para conserjería. En la chimenea ardía la leña. En un extremo había una cama de ruedas y en el otro un tosco sillón de madera, con una mesa redonda en el centro, donde aún se veían restos de comida. Al mirar a su alrededor, el investigador advirtió, con un repetido e intenso escalofrío, que todos los pequeños detalles de la habitación tenían un diseño extraño y constituían un trabajo de artesanía verdaderamente antigua. Los candelabros, los jarrones de la chimenea, los atizadores de la lumbre, los adornos de las paredes... todo pertenecía al tipo de arte que asociamos con el más remoto pasado. Aquel hombre arrugado y de ojos turbios se sentó en el borde de la cama e indicó a su invitado que tomase asiento en el sillón.

-Tal vez haya sido el destino -dijo, expresándose todavía en un excelente inglés-. Tal vez estaba decretado que yo dejase detrás de mí algún relato que pusiera en guardia a los temerarios mortales que enfrentan su inteligencia contra el proceso de la naturaleza. Lo dejo a su elección. Puede hacer con él lo que desee. En este momento le estoy hablando con los pies en el umbral del otro mundo.

»Soy, como usted habrá deducido, egipcio, pero un egipcio de esa raza pisoteada de esclavos que habita ahora en el Delta del Nilo, sino un superviviente de aquel pueblo más valeroso y duro que domesticó a los hebreos, arrastró a los etíopes hasta los desiertos del sur y erigió aquellos monumentos grandiosos que han despertado el asombro y la envidia de todas las generaciones de los hombres. Vi la luz en el reinado de Tuthmosis, mil seiscientos años antes del nacimiento de Cristo. Retrocede usted ante mí... Espere, y comprobará que soy más digno de inspirar lástima que temor.

»Mi nombre era Sosra. Mi padre había sido el sumo sacerdote de Osiris en el gran templo de Abaris, que en aquellos días se alzaba en el brazo del Nilo de Bubastis. Me educaron en el templo y fui iniciado en todas las artes místicas de las que habla vuestra Biblia. Fui un alumno aventajado. Antes de cumplir los dieciséis años había aprendido todo lo que podía enseñarme el más sabio de los sacerdotes. Desde entonces estudié por mí mismo los secretos de la Naturaleza, pero no compartí mis conocimientos con nadie.

»De todos los problemas que atrajeron mi atención ninguno me fascinaba tanto como aquellos que estaban relacionados con la naturaleza misma de la vida. Investigué profundamente en los secretos del principio vital. El objetivo de la medicina era combatir las enfermedades. Yo estaba convencido de la posibilidad de desarrollar un método que fortaleciese el cuerpo hasta el punto de impedir que jamás se apoderase de él la enfermedad o la muerte. Es inútil que me detenga ahora en el proceso de mis investigaciones. Además, si lo hiciera, sería muy difícil que usted lo comprendiera. Llevé a cabo mis experimentos en parte con animales, en parte con esclavos y en parte conmigo mismo. Basta decir que, como resultado de mis investigaciones, obtuve una sustancia que al ser inyectada en la sangre proporcionaba al cuerpo la fortaleza necesaria para resistir los efectos devastadores del tiempo, de la violencia o de la enfermedad. No proporcionaba la inmortalidad, pero su poder permanecería durante miles de años. Inyecté la sustancia a un gato y después le sometí a la acción de los venenos más mortíferos. Ese gato vive todavía en el Bajo Egipto. No había ningún

misterio o magia en mi método. Se trataba simplemente de un descubrimiento químico, que tal vez pueda volver a realizarse algún día.

»El amor a la vida corre impetuoso en la juventud. Creía haber escapado a toda preocupación humana ahora que por fin había conseguido erradicar el dolor y confinar a la muerte en lo remoto del tiempo. Con gran alegría en mi corazón vertí aquella sustancia maldita en mis venas. Después miré a mi alrededor para ver si encontraba a alguien que pudiera beneficiarse de mi descubrimiento. Un joven sacerdote de Thoth, Parmes, había ganado mi simpatía por su naturaleza seria y la devoción que profesaba a sus estudios. Le hice partícipe de mi secreto y le inyecté mi elixir, puesto que así lo deseaba. Ahora, pensé, nunca me faltará un compañero de mi misma edad.

«Después de este grandioso descubrimiento abandoné hasta cierto punto mis estudios, pero Parmes continuó con renovada energía. Le veía trabajar todos los días con sus redomas y destiladores en el templo de Thoth, pero apenas me hablaba del resultado de sus investigaciones. Yo, por mi parte, me dedicaba a pasear por la ciudad y miraba con exultación a mi alrededor, pensando que todo aquello estaba destinado a desaparecer, y que sólo yo permanecería. La gente se inclinaba al verme pasar, pues la fama de mi sabiduría se había extendido por doquier.

»Había guerra en aquel entonces, y el gran rey había enviado sus soldados a la frontera oriental para expulsar a los hiksos. Se envió también un gobernador a Abaris, que debía mantener la ciudad para el rey. Yo había escuchado las alabanzas sobre la belleza de la hija del gobernador. Un día, mientras paseaba en compañía de Parmes, la vimos pasar transportada sobre los hombros de sus esclavos. El amor me traspasó como un rayo. Se me escapó el corazón. Habría sido capaz de arrojarme a los pies de los porteadores. Era mi mujer. La vida sin ella me resultaba imposible. Juré por la cabeza de Horus que habría de ser mía. Hice el juramento ante el sacerdote de Thoth, pero se alejó de mi lado con el ceño fruncido, tan oscuro como la noche.

»No es necesario que le hable de nuestros amores. Llegó a amarme tanto como yo la amaba a ella. Me enteré de que Parmes pretendía haberla visto antes que yo, y que le había dado a entender que él también la amaba, pero yo sonreía ante aquella pasión, pues sabía que su corazón me pertenecía. La peste blanca hizo aparición en la ciudad y las víctimas fueron incontables, pero yo pasaba mis manos sobre los enfermos y los cuidaba sin ningún temor o recelo. Ella se maravillaba de mi valentía. Entonces le revelé mi secreto y le supliqué que me permitiera emplear mi arte con ella.

»-Tu juventud jamás se marchitará, Atma -le dije-. Las demás cosas pasarán, pero tú y yo, y el gran amor que nos profesamos, sobreviviremos a la misma tumba del rey Chefru.

»Pero ella estaba llena de dudas y no hacía más que poner objeciones tímidas propias de una doncella. «¿Era eso justo? -preguntaba-. ¿Acaso no constituía una burla a la voluntad de los dioses? ¿Si el gran Osiris hubiera deseado que nuestras vidas fueran tan largas no nos lo habría concedido él mismo?»

»A fuerza de palabras cariñosas y enamoradas logré dominar sus dudas, pero seguía

vacilando. Era una gran decisión, decía. Necesitaba una noche más para pensarlo. Por la mañana me haría saber el resultado de sus meditaciones. No era demasiado pedir una noche. Deseaba dirigir sus plegarias a Isis para que le ayudara en la decisión.

»Con el corazón abatido, barruntando desgracias, la dejé en compañía de sus doncellas. A la mañana siguiente, una vez finalizado el sacrificio de primera hora, corrí a su casa. Una esclava asustada me recibió al pie de la escalera. Su señora estaba enferma, me dijo, muy enferma. Me abrí paso entre la servidumbre, frenético, y atravesé salones y pasillos hasta llegar a la cámara de mi Atma. Estaba tendida en su lecho, con la cabeza sobre la almohada, el rostro muy pálido y los ojos vidriosos. En la frente aparecía una mancha inflamada, de color púrpura. Yo conocía ya aquella marca infernal. Era la pústula de la peste blanca, el sello de la muerte.

»¿Para qué hablar de aquellas horas terribles? Durante meses me asedió la locura, el delirio, la fiebre, pero yo no podía morir. Jamás un árabe sediento deseó descubrir un pozo de agua como yo deseé la muerte. Si el veneno o el acero hubiera podido cortar el hilo de mi existencia, habría tardado un instante en ir a reunirme con mi amada en el país del angosto portal. Lo intenté, pero todo fue inútil. La influencia de la sustancia era demasiado poderosa. Una noche, cuando yacía en mi lecho, débil y hastiado de la vida, Parmes, el sacerdote de Thoth, vino a visitarme. Le vi de pie, en el círculo de luz que proyectaba la lámpara, y me miró con unos ojos en los que se adivinaba una alegría insana.

»-¿Por qué permitiste que muriera? -me preguntó-. ¿Por qué no la fortaleciste igual que hiciste conmigo?

»-Era demasiado tarde -respondí-. Me había olvidado: tú también la amabas. Eres mi compañero en la desgracia. ¿No es terrible pensar que han de pasar siglos hasta que la veamos de nuevo? ¡Qué estúpidos fuimos al suponer que la muerte era nuestro enemigo!

»-Tú puedes asegurar eso -exclamó con una risa salvaje-. Esas palabras son acertadas en tus labios. Para mí no tienen significado.

»-¿Qué quieres decir? -exclamé, incorporándome sobre un codo-. Seguramente, amigo mío, el dolor ha trastornado tu cerebro.

»El rostro de Parmes resplandecía de alegría, y se retorcía y convulsionaba de risa, como si estuviera poseído por el demonio.

»-¿Sabes adonde voy? -preguntó.

»-No -respondí-, no lo sé.

»-Voy hacia ella -dijo-. Ella yace embalsamada en la tumba más alejada, donde se levanta la doble palmera, más allá de los muros de la ciudad.

»-¿A qué vas allí? -pregunté.

»-¡A morir! -gritó-. ¡A morir! Yo no estoy sujeto a las cadenas de la vida terrenal.

»-¡Pero el elixir está en tu sangre! -exclamé.

»-Puedo vencerlo -dijo-. He descubierto un principio más poderoso que lo destruirá. En este momento está actuando en mis venas, y en una hora seré un hombre muerto. Me reuniré con ella y tú quedarás atrás.

»Al mirarle comprendí que era cierto lo que decía. El brillo acuoso de su ojos revelaba que estaba más allá del poder del elixir.

»-¡Tienes que enseñármelo! -grité.

»-¡Jamás! -respondió.

»-¡Te lo imploro, por la sabiduría de Thoth, por la majestad de Anubis!

»-Es inútil -me contestó con frialdad.

»-Entonces lo descubriré -exclamé.

»-No podrás -respondió-. Lo encontré por casualidad. Requiere una mixtura que no podrás conseguir nunca. Salvo la que contiene el anillo de Thoth, jamás se hará otra igual.

»-¡En el anillo de Thoth! -repetí-. ¿Dónde está el anillo de Thoth?

»-Eso tampoco lo sabrás nunca -contestó-. Tú conseguiste su amor. ¿Quién ha ganado al final? Te abandono a tu sórdida vida en la tierra. Mis cadenas se han roto. ¡Debo irme!

»Giró sobre sus talones y salió de la habitación. A la mañana siguiente recibí la noticia de que el sacerdote de Thoth había muerto.

»Desde entonces dediqué todos mis días al estudio. Debía encontrar el sutil veneno que era más poderoso que el elixir. Desde el amanecer hasta la medianoche permanecía inclinado sobre el tubo de ensayo y el horno. Mi primera medida fue recoger todos los papiros y productos químicos que había dejado el sacerdote de Thoth. Pero apenas me enseñaron nada. Aquí y allá tropezaba con un indicio o una esporádica expresión que despertaba esperanzas en mi corazón, pero no conducía a ninguna parte. A pesar de todo, mes tras mes seguí luchando. Cuando mi corazón desfallecía, solía acercarme hasta la tumba de las dos palmeras. Allí, junto al cofre que contenía la joya que me había arrebatado la muerte, sentía su dulce presencia y le decía en voz baja que si la inteligencia de un mortal podía resolver el problema, iría a reunirme con ella.

»Parmes había dicho que su descubrimiento estaba relacionado con el anillo de Thoth. Yo tenía un recuerdo vago de aquella joya. Era un anillo grande y pesado, no de oro, sino de un metal más raro y pesado procedente de las minas del monte Harbal. Vosotros lo llamáis platino. Yo recordaba que el anillo tenía incrustado un cristal hueco que podía

albergar algunas gotas de líquido. Estaba claro que el secreto de Parmes no se refería únicamente al metal, pues había muchos otros anillos de dicho metal en el templo. ¿No era más probable que hubiese guardado su precioso veneno en el interior del cristal? Apenas llegué a esta conclusión cuando, al rebuscar entre sus papeles, di con uno que confirmaba mis sospechas y sugería que en el anillo quedaba una porción que no se había usado.

»Pero ¿cómo encontrar el anillo? Parmes no lo llevaba encima cuando fue despojado de todas sus pertenencias para entregárselas al embalsamador. De eso estaba seguro. Tampoco se hallaba entre los objetos de su propiedad. Registré en vano todas las habitaciones en que él había entrado, todas las cajas, jarras y objetos que había poseído. Cribé las arenas del desierto en aquellos lugares donde solía pasear, pero, hiciese lo que hiciese, no pude conseguir el más pequeño rastro del anillo de Thoth. Es posible, sin embargo, que mis esfuerzos se hubieran visto recompensados de no haber sido por una nueva e inesperada desgracia.

»Se había desatado una guerra enconada contra los hiksos, y los capitanes del gran rey habían quedado aislados en el desierto, con todos los cuerpos de arqueros y de caballería. Las tribus de pastores cayeron sobre nosotros como plagas de langosta en un año de sequía. Desde los desiertos de Shur hasta el gran lago de aguas amargas se derramó la sangre durante el día y cundió el fuego durante la noche. Abaris era el baluarte de Egipto, pero no podíamos impedir el avance de los salvajes. Cayó la ciudad. El gobernador y los soldados fueron pasados a cuchillo, y yo, junto con muchos otros fuimos reducidos al cautiverio.

«Durante años y años cuidé ganado en las grandes llanuras del Eufrates. Murió mi amo y envejeció su hijo, pero yo me encontraba tan alejado de la muerte como siempre. Por fin me escapé en un camello y regresé a Egipto. Los hiksos se habían establecido en las tierras conquistadas y su propio rey gobernaba el país. Abaris había sido reducida a escombros, la ciudad incendiada, y del gran templo no quedaba más que una montaña informe de cascotes de piedra. Las tumbas habían sido saqueadas y los monumentos destruidos. No quedó señal alguna de la tumba de mi amada Atma. Las arenas del desierto la habían sepultado y las palmeras que señalaban el emplazamiento habían desaparecido tiempo atrás. Los papiros de Parmes y los enseres del templo de Thoth habían sido destruidos o dispersados por los desiertos de Siria. Cualquier búsqueda resultaba vana.

»Renuncié, pues, a la esperanza de encontrar el anillo o descubrir la sutil droga. Inventé vivir con toda la paciencia que me fuera posible los largos años que habrían de transcurrir hasta que los efectos del elixir desaparecieran. ¿Cómo puede comprender usted lo terrible que es el tiempo, cuando su única experiencia es ese corto trayecto que media entre la cuna y el sepulcro? Yo sí que he padecido todo su horror... yo que vengo flotando a lo largo de la corriente de la Historia. Yo era ya viejo cuando cayeron los muros de Ilión. Y mucho más viejo cuando Heródoto llegó a Menphis. Llevaba sobre mis hombros una insoportable carga de años cuando el nuevo evangelio apareció sobre la tierra. Sin embargo, usted me ve como a cualquier otro hombre, porque el maldito elixir sigue fortaleciendo mi sangre y preservándome de aquello que yo más deseo.

¡Pero al fin he llegado al final de todo!

»He viajado por todas las tierras y he morado en todas las naciones. Todas las lenguas son iguales para mí. Las aprendí para que me ayudaran a pasar el tiempo fatigoso. No hace falta que le diga con qué lentitud han transcurrido los años... el largo alborear de la civilización moderna, los años terribles de la Edad Media, los tiempos oscuros de la barbarie. Todos quedan a mis espaldas. Jamás he vuelto a mirar con ojos enamorados a ninguna otra mujer. Atma sabe que mi amor ha sido constante.

»Me acostumbré a leer todo lo que escribían los estudiosos acerca del antiguo Egipto. He pasado por muchas situaciones: a veces he sido rico, a veces pobre, pero siempre fui capaz de guardar lo suficiente para comprar las publicaciones que se ocupaban de tales materias. Hace nueve meses me encontraba en San Francisco cuando leí un informe sobre diversos descubrimientos realizados en las proximidades de Abaris. Mi corazón dio un vuelco al leer aquello. Decía que el excavador había explorado algunas de las tumbas que se habían descubierto recientemente. En una de ellas se había encontrado una momia intacta con una inscripción en el féretro exterior. Dicha inscripción informaba de que el cuerpo que contenía era el de la hija del gobernador en los tiempos de Tuthmosis. El artículo decía también que al quitar el féretro exterior había quedado al descubierto un pesado anillo de platino, con un cristal incrustado, y que había sido depositado sobre el pecho de la mujer embalsamada. Así pues, era allí donde Parmes había escondido el anillo de Thoth. Desde luego podía asegurar que estaba a salvo, porque ningún egipcio habría sido capaz de mancillar su alma, aunque se tratase solamente de mover la caja exterior de un amigo sepultado.

«Aquella misma noche salí de San Francisco, y al cabo de unas semanas me encontré de nuevo en Abaris, si es que puede dársele el nombre de la gran ciudad a unos montones de arena y muros derruidos. Me apresuré a presentarme ante los franceses que dirigían las excavaciones y les pregunté por el anillo. Me contestaron que el anillo y la momia habían sido enviados al Museo Bulak de El Cairo. Me presenté en el Bulak, pero allí me dijeron tan sólo que Mariette Bey los había reclamado y embarcado para llevarlos al Louvre. Fui tras ellos, y por fin, después de cuatro mil años, me encontré en la sala egipcia con los restos de mi amada y el anillo que había estado buscando durante tanto tiempo.

»Pero ¿cómo me las ingeniaría para echarles las manos encima? ¿Cómo apropiarme de ellos? Dio la casualidad de que estaba vacante un puesto de vigilante. Me presenté ante el director. Le convencí de que tenía grandes conocimientos sobre Egipto. Pero mi ansiedad me hizo hablar demasiado. El hombre me dio a entender que merecía más bien la cátedra de profesor que una silla en la conserjería. Dijo que sabía más que él. Entonces, a fuerza de decir disparates, logré convencerle de que había sobrestimado mi conocimiento y me permitió trasladar a esta habitación los pocos efectos personales que he conservado. Esta es la primera y última noche que paso aquí.

»Esta es mi historia, Mr. Vansittart Smith. No necesito decirle nada más a un hombre de su inteligencia. Gracias a una extraña casualidad ha contemplado usted esta noche el rostro de la mujer que amé en aquellos tiempos remotos. En la vitrina había muchos anillos con cristales y no tuve más remedio que comprobar si eran de platino para

asegurarme de que había encontrado el que buscaba. Una simple mirada al cristal ha sido suficiente para comprobar que había líquido en su interior y que por fin me sería dado expulsar lejos de mí esta maldita salud que me ha ocasionado mayores dolores que la más funesta de las enfermedades. No tengo más que decirle. Me he librado de una pesada carga. Puede usted relatar mi historia o silenciarla si lo desea. Lo dejo a su elección. Le debo una compensación, porque ha estado usted a punto de perder la vida esta noche. Yo era un hombre desesperado y no me habría detenido ante ningún obstáculo. Si le hubiera visto antes de realizar mi tarea, le habría quitado toda posibilidad de oponerse a mis deseos o de dar la alarma. Esa es la puerta. Conduce a la rue de Rivoli. ¡Buenas noches!

El inglés miró hacia atrás. Durante un instante la figura de Sosra, el egipcio, permaneció enmarcada en el estrecho umbral. Después la puerta se cerró de golpe y el pesado ruido del cerrojo quebró el silencio de la noche.

Dos días después de su regreso a Londres, John Vansittart Smith leyó en la correspondencia de París del Times el breve informe que sigue:

Extraño suceso en el Louvre. -Ayer por la mañana tuvo lugar un extraño descubrimiento en la sala principal de Egipto. Los empleados de la limpieza encontraron a uno de los vigilantes tendido en el suelo, rodeando con sus brazos el cuerpo de una de las momias. Estaban abrazados tan estrechamente que sólo después de múltiples dificultades pudieron ser separados. Una dé las vitrinas donde se guardan anillos de considerable valor había sido abierta y saqueada. Las autoridades opinan que el vigilante pretendía llevarse la momia con la idea de venderla a algún coleccionista privado, pero en ese preciso momento sufrió un colapso a consecuencia de una larga enfermedad del corazón. Se dice que el difunto era un hombre de edad indeterminada y costumbres excéntricas, sin parientes o amigos vivos que puedan llorar su muerte trágica y prematura.

El aristócrata solterón

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Hace ya mucho tiempo que el matrimonio de lord St. Simon y la curiosa manera en que terminó dejaron de ser temas de interés en los selectos círculos en los que se mueve el infortunado novio. Nuevos escándalos lo han eclipsado, y sus detalles más picantes han acaparado las murmuraciones, desviándolas de este drama que ya tiene cuatro años de antigüedad. No obstante, como tengo razones para creer que los hechos completos no se han revelado nunca al público en general, y dado que mi amigo Sherlock Holmes desempeñó un importante papel en el esclarecimiento del asunto, considero que ninguna biografía suya estaría completa sin un breve resumen de este notable episodio.

Pocas semanas antes de mi propia boda, cuando aún compartía con Holmes el apartamento de Baker Street, mi amigo regresó a casa después de un paseo y encontró una carta aguardándole encima de la mesa. Yo me había quedado en casa todo el día,

porque el tiempo se había puesto de repente muy lluvioso, con fuertes vientos de otoño, y la bala que me había traído dentro del cuerpo como recuerdo de mi campaña de Afganistán palpitaba con monótona persistencia. Tumbado en una poltrona con una pierna encima de otra, me había rodeado de una nube de periódicos hasta que, saturado al fin de noticias, los tiré a un lado y me quedé postrado e inerte, contemplando el escudo y las iniciales del sobre que había encima de la mesa, y preguntándome perezosamente quién sería aquel noble que escribía a mi amigo.

-Tiene una carta de lo más elegante -comenté al entrar él-. Si no recuerdo mal, las cartas de esta mañana eran de un pescadero y de un aduanero del puerto.

-Sí, desde luego, mi correspondencia tiene el encanto de la variedad -respondió él, sonriendo-. Y, por lo general, las más humildes son las más interesantes. Ésta parece una de esas molestas convocatorias sociales que le obligan a uno a aburrirse o a mentir.

Rompió el lacre y echó un vistazo al contenido.

-¡Ah, caramba! ¡Después de todo, puede que resulte interesante!

-¿No es un acto social, entonces?

-No; estrictamente profesional.

-¿Y de un cliente noble?

-Uno de los grandes de Inglaterra.

-Querido amigo, le felicito.

-Le aseguro, Watson, sin falsa modestia, que la categoría de mi cliente me importa mucho menos que el interés que ofrezca su caso. Sin embargo, es posible que esta nueva investigación no carezca de interés. Ha leído usted con atención los últimos periódicos, ¿no es cierto?

-Eso parece -dije melancólicamente, señalando un enorme montón que había en un rincón-. No tenía otra cosa que hacer.

-Es una suerte, porque así quizás pueda ponerme al corriente. Yo no leo más que los sucesos y los anuncios personales. Estos últimos son siempre instructivos. Pero si usted ha seguido de cerca los últimos acontecimientos, habrá leído acerca de lord St. Simon y su boda.

-Oh, sí, y con el mayor interés.

-Estupendo. La carta que tengo en la mano es de lord St. Simon. Se la voy a leer y, a cambio, usted repasará esos periódicos y me enseñará todo lo que tenga que ver con el asunto. Esto es lo que dice:

«Querido señor Sherlock Holmes: Lord Backwater me asegura que puedo confiar plenamente en su juicio y discreción. Así pues, he decidido hacerle una visita para consultarle con respecto al dolorosísimo suceso acaecido en relación con mi boda. El señor Lestrade, de Scotland Yard, se encuentra ya trabajando en el asunto, pero me ha asegurado que no hay inconveniente alguno en que usted coopere, e incluso cree que podría resultar de alguna ayuda. Pasaré a verle a las cuatro de la tarde, y le agradecería que aplazara cualquier otro compromiso que pudiera tener a esa hora, ya que el asunto es de trascendental importancia. Suyo afectísimo, ROBERT ST. SIMON.»

-Está fechada en Grosvenor Mansions, escrita con pluma de ave, y el noble señor ha tenido la desgracia de mancharse de tinta la parte de fuera de su meñique derecho -comentó Holmes, volviendo a doblar la carta.

-Dice que a las cuatro, y ahora son las tres. Falta una hora para que venga.

-Entonces, tengo el tiempo justo, contando con su ayuda, para ponerme al corriente del tema. Repase esos periódicos y ordene los artículos por orden de fechas, mientras yo miro quién es nuestro cliente -sacó un volumen de tapas rojas de una hilera de libros de referencia que había junto a la repisa de la chimenea-. Aquí está -dijo, sentándose y abriéndolo sobre las rodillas-. «Robert Walsingham de Vere St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral»... ¡Hum! Escudo: Campo de azur, con tres abrojos en jefe sobre banda de sable. Nacido en 1846. Tiene, pues, cuarenta y un años, que es una edad madura para casarse. Fue subsecretario de las colonias en una administración anterior. El duque, su padre, fue durante algún tiempo ministro de Asuntos Exteriores. Han heredado sangre de los Plantagenet por vía directa y de los Tudor por vía materna. ¡Ajá! Bueno, en todo esto no hay nada que resulte muy instructivo. Creo que dependo de usted, Watson, para obtener datos más sólidos.

-Me resultará muy fácil encontrar lo que busco -dije yo-, porque los hechos son bastante recientes y el asunto me llamó bastante la atención. Sin embargo, no me atrevía a hablarle del tema, porque sabía que tenía una investigación entre manos y que no le gusta que se entrometan otras cosas.

-Ah, se refiere usted al insignificante problema del furgón de muebles de Grosvenor Square. Eso ya está aclarado de sobra... aunque la verdad es que era evidente desde un principio. Por favor, deme los resultados de su selección de prensa.

-Aquí está la primera noticia que he podido encontrar. Está en la columna personal del Morning Post y, como ve, lleva fecha de hace unas semanas. «Se ha concertado una boda», dice, «que, si los rumores son ciertos, tendrá lugar dentro de muy poco, entre lord Robert St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral, y la señorita Hatty Doran, hija única de Aloysius Doran, de San Francisco, California, EE.UU.» Eso es todo.

-Escueto y al grano -comentó Holmes, extendiendo hacia el fuego sus largas y delgadas piernas.

-En la sección de sociedad de la misma semana apareció un párrafo ampliando lo anterior. ¡Ah, aquí está!: «Pronto será necesario imponer medidas de protección sobre el

mercado matrimonial, en vista de que el principio de libre comercio parece actuar decididamente en contra de nuestro producto nacional. Una tras otra, las grandes casas nobiliarias de Gran Bretaña van cayendo en manos de nuestras bellas primas del otro lado del Atlántico. Durante la última semana se ha producido una importante incorporación a la lista de premios obtenidos por estas encantadoras invasoras. Lord St. Simon, que durante más de veinte años se había mostrado inmune a las flechas del travieso dios, ha anunciado de manera oficial su próximo enlace con la señorita Hatty Doran, la fascinante hija de un millonario californiano. La señorita Doran, cuya atractiva figura y bello rostro atrajeron mucha atención en las fiestas de Westbury House, es hija única y se rumorea que su dote está muy por encima de las seis cifras, y que aún podría aumentar en el futuro. Teniendo en cuenta que es un secreto a voces que el duque de Balmoral se ha visto obligado a vender su colección de pintura en los últimos años, y que lord St. Simon carece de propiedades, si exceptuamos la pequeña finca de Birchmoor, parece evidente que la heredera californiana no es la única que sale ganando con una alianza que le permitirá realizar la fácil y habitual transición de dama republicana a aristócrata británica».

-¿Algo más? -preguntó Holmes, bostezando.

-Oh, sí, mucho. Hay otro párrafo en el Morning Post diciendo que la boda sería un acto absolutamente privado, que se celebraría en San Jorge, en Hanover Square, que sólo se invitaría a media docena de amigos íntimos, y que luego todos se reunirían en una casa amueblada de Lancaster Gate, alquilada por el señor Aloysius Doran. Dos días después... es decir, el miércoles pasado... hay una breve noticia de que la boda se ha celebrado y que los novios pasarían la luna de miel en casa de lord Backwater, cerca de Petersfield. Éstas son todas las noticias que se publicaron antes de la desaparición de la novia.

-¿Antes de qué? -preguntó Holmes con sobresalto.

-De la desaparición de la dama.

-¿Y cuándo desapareció?

-Durante el almuerzo de boda.

-Caramba. Esto es más interesante de lo que yo pensaba; y de lo más dramático.

-Sí, a mí me pareció un poco fuera de lo corriente.

-Muchas novias desaparecen antes de la ceremonia, y alguna que otra durante la luna de miel; pero no recuerdo nada tan súbito como esto. Por favor, déme detalles.

-Le advierto que son muy incompletos.

-Quizás podamos hacer que lo sean menos.

-Lo poco que se sabe viene todo seguido en un solo artículo publicado ayer por la

mañana, que voy a leerle. Se titula «Extraño incidente en una boda de alta sociedad».

«La familia de lord Robert St. Simon ha quedado sumida en la mayor consternación por los extraños y dolorosos sucesos ocurridos en relación con su boda. La ceremonia, tal como se anunciaba brevemente en la prensa de ayer, se celebró anteayer por la mañana, pero hasta hoy no había sido posible confirmar los extraños rumores que circulaban de manera insistente. A pesar de los esfuerzos de los amigos por silenciar el asunto, éste ha atraído de tal modo la atención del público que de nada serviría fingir desconocimiento de un tema que está en todas las conversaciones.

»La ceremonia, que se celebró en la iglesia de San Jorge, en Hanover Square, tuvo lugar en privado, asistiendo tan sólo el padre de la novia, señor Aloysius Doran, la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara St. Simon (hermano menor y hermana del novio), y lady Alicia Whittington. A continuación, el cortejo se dirigió a la casa del señor Aloysius Doran, en Lancaster Gate, donde se había preparado un almuerzo. Parece que allí se produjo un pequeño incidente, provocado por una mujer cuyo nombre no se ha podido confirmar, que intentó penetrar por la fuerza en la casa tras el cortejo nupcial, alegando ciertas reclamaciones que tenía que hacerle a lord St. Simon. Tras una larga y bochornosa escena, el mayordomo y un lacayo consiguieron expulsarla. La novia, que afortunadamente había entrado en la casa antes de esta desagradable interrupción, se había sentado a almorzar con los demás cuando se quejó de una repentina indisposición y se retiró a su habitación.

Como su prolongada ausencia empezaba a provocar comentarios, su padre fue a buscarla; pero la doncella le dijo que sólo había entrado un momento en su habitación para coger un abrigo y un sombrero, y que luego había salido a toda prisa por el pasillo. Uno de los lacayos declaró haber visto salir de la casa a una señora cuya vestimenta respondía a la descripción, pero se negaba a creer que fuera la novia, por estar convencido de que ésta se encontraba con los invitados. Al comprobar que su hija había desaparecido, el señor Aloysius Doran, acompañado por el novio, se puso en contacto con la policía sin pérdida de tiempo, y en la actualidad se están llevando a cabo intensas investigaciones, que probablemente no tardarán en esclarecer este misterioso asunto. Sin embargo, a últimas horas de esta noche todavía no se sabía nada del paradero de la dama desaparecida. Los rumores se han desatado, y se dice que la policía ha detenido a la mujer que provocó el incidente, en la creencia de que, por celos o algún otro motivo, pueda estar relacionada con la misteriosa desaparición de la novia.»

-¿Y eso es todo?

-Sólo hay una notita en otro de los periódicos, pero bastante sugerente.

-¿Qué dice?

-Que la señorita Flora Millar, la dama que provocó el incidente, había sido detenida. Parece que es una antigua bailarina del Allegro, y que conocía al novio desde hace varios años. No hay más detalles, y el caso queda ahora en sus manos... Al menos, tal como lo ha expuesto la prensa.

-Y parece tratarse de un caso sumamente interesante. No me lo perdería por nada del mundo. Pero creo que llaman a la puerta, Watson, y dado que el reloj marca poco más de las cuatro, no me cabe duda de que aquí llega nuestro aristocrático cliente. No se le ocurra marcharse, Watson, porque me interesa mucho tener un testigo, aunque sólo sea para confirmar mi propia memoria.

-El señor Robert St. Simon -anunció nuestro botones, abriendo la puerta de par en par, para dejar entrar a un caballero de rostro agradable y expresión inteligente, altivo y pálido, quizás con algo de petulancia en el gesto de la boca, y con la mirada firme y abierta de quien ha tenido la suerte de nacer para mandar y ser obedecido. Aunque sus movimientos eran vivos, su aspecto general daba una errónea impresión de edad, porque iba ligeramente encorvado y se le doblaban un poco las rodillas al andar. Además, al quitarse el sombrero de ala ondulada, vimos que sus cabellos tenían las puntas grises y empezaban a clarear en la coronilla. En cuanto a su atuendo, era perfecto hasta rayar con la afectación: cuello alto, levita negra, chaleco blanco, guantes amarillos, zapatos de charol y polainas de color claro. Entró despacio en la habitación, girando la cabeza de izquierda a derecha y balanceando en la mano derecha el cordón del que colgaban sus gafas con montura de oro.

-Buenos días, lord St. Simon -dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia-. Por favor, siéntese en la butaca de mimbre. Éste es mi amigo y colaborador, el doctor Watson. Acérquese un poco al fuego y hablaremos del asunto.

-Un asunto sumamente doloroso para mí, como podrá usted imaginar, señor Holmes. Me ha herido en lo más hondo. Tengo entendido, señor, que usted ya ha intervenido en varios casos delicados, parecidos a éste, aunque supongo que no afectarían a personas de la misma clase social.

-En efecto, voy descendiendo.

-¿Cómo dice?

-Mi último cliente de este tipo fue un rey.

-¡Caramba! No tenía idea. ¿Y qué rey?

-El rey de Escandinavia.

-¿Cómo? ¿También desapareció su esposa?

-Como usted comprenderá -dijo Holmes suavemente-, aplico a los asuntos de mis otros clientes la misma reserva que le prometo aplicar a los suyos.

-¡Naturalmente! ¡Tiene razón, mucha razón! Le pido mil perdones. En cuanto a mi caso, estoy dispuesto a proporcionarle cualquier información que pueda ayudarle a formarse una opinión.

-Gracias. Sé todo lo que ha aparecido en la prensa, pero nada más. Supongo que puedo

considerarlo correcto... Por ejemplo, este artículo sobre la desaparición de la novia.

El señor St. Simon le echó un vistazo.

-Sí, es más o menos correcto en lo que dice.

-Pero hace falta mucha información complementaria para que alguien pueda adelantar una opinión. Creo que el modo más directo de conocer los hechos sería preguntarle a usted.

-Adelante.

-¿Cuándo conoció usted a la señorita Hatty Doran?

-Hace un año, en San Francisco.

-¿Estaba usted de viaje por los Estados Unidos?

-Sí.

-¿Fue entonces cuando se prometieron?

-No.

-¿Pero su relación era amistosa?

-A mí me divertía estar con ella, y ella se daba cuenta de que yo me divertía.

-¿Es muy rico su padre?

-Dicen que es el hombre más rico de la Costa Oeste.

-¿Y cómo adquirió su fortuna?

-Con las minas. Hace unos pocos años no tenía nada. Entonces, encontró oro, invirtió y subió como un cohete.

-Veamos: ¿qué impresión tiene usted sobre el carácter de la señorita... es decir, de su esposa?

El noble aceleró el balanceo de sus gafas y se quedó mirando al fuego.

-Verá usted, señor Holmes -dijo-. Mi esposa tenía ya veinte años cuando su padre se hizo rico. Se había pasado la vida correteando por un campamento minero y vagando por bosques y montañas, de manera que su educación debe más a la naturaleza que a los maestros de escuela. Es lo que en Inglaterra llamaríamos una buena pieza, con un carácter fuerte, impetuoso y libre, no sujeto a tradiciones de ningún tipo. Es impetuosa... hasta diría que volcánica. Toma decisiones con rapidez y no vacila en llevarlas a la

práctica. Por otra parte, yo no le habría dado el apellido que tengo el honor de llevar -soltó una tosecilla solemne- si no pensara que tiene un fondo de nobleza. Creo que es capaz de sacrificios heroicos y que cualquier acto deshonroso la repugnaría.

-¿Tiene una fotografía suya?

-He traído esto.

Abrió un medallón y nos mostró el retrato de una mujer muy hermosa. No se trataba de una fotografía, sino de una miniatura sobre marfil, y el artista había sacado el máximo partido al lustroso cabello negro, los ojos grandes y oscuros y la exquisita boca. Holmes lo miró con gran atención durante un buen rato. Luego cerró el medallón y se lo devolvió a lord St. Simon.

-Así pues, la joven vino a Londres y aquí reanudaron sus relaciones.

-Sí, su padre la trajo a pasar la última temporada en Londres. Nos vimos varias veces, nos prometimos y por fin nos casamos.

-Tengo entendido que la novia aportó una dote considerable.

-Una buena dote. Pero no mayor de lo habitual en mi familia.

-Y, por supuesto, la dote es ahora suya, puesto que el matrimonio es un hecho consumado.

-La verdad, no he hecho averiguaciones al respecto.

-Es muy natural. ¿Vio usted a la señorita Doran el día antes de la boda?

-Sí.

-¿Estaba ella de buen humor?

-Mejor que nunca. No paraba de hablar de la vida que llevaríamos en el futuro.

-Vaya, vaya. Eso es muy interesante. ¿Y la mañana de la boda?

-Estaba animadísima... Por lo menos, hasta después de la ceremonia.

-¿Y después observó usted algún cambio en ella?

-Bueno, a decir verdad, fue entonces cuando advertí las primeras señales de que su temperamento es un poquitín violento. Pero el incidente fue demasiado trivial como para mencionarlo, y no puede tener ninguna relación con el caso.

-A pesar de todo, le ruego que nos lo cuente.

-Oh, es una niñería. Cuando íbamos hacia la sacristía se le cayó el ramo. Pasaba en aquel momento por la primera fila de reclinatorios, y se le cayó en uno de ellos. Hubo un instante de demora, pero el caballero del reclinatorio se lo devolvió y no parecía que se hubiera estropeado con la caída. Aun así, cuando le mencioné el asunto, me contestó bruscamente; y luego, en el coche, camino de casa, parecía absurdamente agitada por aquella insignificancia.

-Vaya, vaya. Dice usted que había un caballero en el reclinatorio. Según eso, había algo de público en la boda, ¿no?

-Oh, sí. Es imposible evitarlo cuando la iglesia está abierta.

-El caballero en cuestión, ¿no sería amigo de su esposa?

-No, no; le he llamado caballero por cortesía, pero era una persona bastante vulgar. Apenas me fijé en su aspecto. Pero creo que nos estamos desviando del tema.

-Así pues, la señora St. Simon regresó de la boda en un estado de ánimo menos jubiloso que el que tenía al ir. ¿Qué hizo al entrar de nuevo en casa de su padre?

-La vi mantener una conversación con su doncella.

-¿Y quién es esta doncella?

-Se llama Alice. Es norteamericana y vino de California con ella.

-¿Una doncella de confianza?

-Quizás demasiado. A mí me parecía que su señora le permitía excesivas libertades. Aunque, por supuesto, en América estas cosas se ven de un modo diferente.

-¿Cuánto tiempo estuvo hablando con esta Alice?

-Oh, unos minutos. Yo tenía otras cosas en que pensar.

-¿No oyó usted lo que decían?

-La señora St. Simon dijo algo acerca de «pisarle a otro la licencia». Solía utilizar esa jerga de los mineros para hablar. No tengo ni idea de lo que quiso decir con eso.

-A veces, la jerga norteamericana resulta muy expresiva. ¿Qué hizo su esposa cuando terminó de hablar con la doncella?

-Entró en el comedor.

-¿Del brazo de usted?

-No, sola. Era muy independiente en cuestiones de poca monta como ésa. Y luego,

cuando llevábamos unos diez minutos sentados, se levantó con prisas, murmuró unas palabras de disculpa y salió de la habitación. Ya no la volvimos a ver.

-Pero, según tengo entendido, esta doncella, Alice, ha declarado que su esposa fue a su habitación, se puso un abrigo largo para tapar el vestido de novia, se caló un sombrero y salió de la casa.

-Exactamente. Y más tarde la vieron entrando en Hyde Park en compañía de Flora Millar, una mujer que ahora está detenida y que ya había provocado un incidente en casa del señor Doran aquella misma mañana.

-Ah, sí. Me gustaría conocer algunos detalles sobre esta dama y sus relaciones con usted.

Lord St. Simon se encogió de hombros y levantó las cejas.

-Durante algunos años hemos mantenido relaciones amistosas... podría decirse que muy amistosas. Ella trabajaba en el Allegro. La he tratado con generosidad, y no tiene ningún motivo razonable de queja contra mí, pero ya sabe usted cómo son las mujeres, señor Holmes. Flora era encantadora, pero demasiado atolondrada, y sentía devoción por mí. Cuando se enteró de que me iba a casar, me escribió unas cartas terribles; y, a decir verdad, la razón de que la boda se celebrara en la intimidad fue que yo temía que diese un escándalo en la iglesia. Se presentó en la puerta de la casa del señor Doran cuando nosotros acabábamos de volver, e intentó abrirse paso a empujones, pronunciando frases muy injuriosas contra mi esposa, e incluso amenazándola, pero yo había previsto la posibilidad de que ocurriera algo semejante, y había dado instrucciones al servicio, que no tardó en expulsarla. Se tranquilizó en cuanto vio que no sacaría nada con armar alboroto.

-¿Su esposa oyó todo esto?

-No, gracias a Dios, no lo oyó.

-¿Pero más tarde la vieron paseando con esta misma mujer?

-Sí. Y al señor Lestrade, de Scotland Yard, eso le parece muy grave. Cree que Flora atrajo con engaños a mi esposa hacia alguna terrible trampa.

-Bueno, es una suposición que entra dentro de lo posible.

-¿También usted lo cree?

-No dije que fuera probable. ¿Le parece probable a usted?

-Yo no creo que Flora sea capaz de hacer daño a una mosca.

-No obstante, los celos pueden provocar extraños cambios en el carácter. ¿Podría

decirme cuál es su propia teoría acerca de lo sucedido?

-Bueno, en realidad he venido aquí en busca de una teoría, no a exponer la mía. Le he dado todos los datos. Sin embargo, ya que lo pregunta, puedo decirle que se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que la emoción de la boda y la conciencia de haber dado un salto social tan inmenso le hayan provocado a mi esposa algún pequeño trastorno nervioso de naturaleza transitoria.

-En pocas palabras, que sufrió un arrebato de locura.

-Bueno, la verdad, si consideramos que ha vuelto la espalda... no digo a mí, sino a algo a lo que tantas otras han aspirado sin éxito... me resulta difícil hallar otra explicación.

-Bien, desde luego, también es una hipótesis concebible -dijo Holmes sonriendo-. Y ahora, lord St. Simon, creo que ya dispongo de casi todos los datos. ¿Puedo preguntar si en la mesa estaban ustedes sentados de modo que pudieran ver por la ventana?

-Podíamos ver el otro lado de la calle, y el parque.

-Perfecto. En tal caso, creo que no necesito entretenerlo más tiempo. Ya me pondré en comunicación con usted.

-Si es que tiene la suerte de resolver el problema -dijo nuestro cliente, levantándose de su asiento.

-Ya lo he resuelto.

-¿Eh? ¿Cómo dice?

-Digo que ya lo he resuelto.

-Entonces, ¿dónde está mi esposa?

-Ése es un detalle que no tardaré en proporcionarle.

Lord St. Simon meneó la cabeza.

-Me temo que esto exija cabezas más inteligentes que la suya o la mía -comentó, y tras una pomposa inclinación, al estilo antiguo, salió de la habitación.

-El bueno de lord St. Simon me hace un gran honor al colocar mi cabeza al mismo nivel que la suya -dijo Sherlock Holmes, echándose a reír-. Después de tanto interrogatorio, no me vendrá mal un poco de whisky con soda. Ya había sacado mis conclusiones sobre el caso antes de que nuestro cliente entrara en la habitación.

-¡Pero Holmes!

-Tengo en mi archivo varios casos similares, aunque, como le dije antes, ninguno tan

precipitado. Todo el interrogatorio sirvió únicamente para convertir mis conjeturas en certeza. En ocasiones, la evidencia circunstancial resulta muy convincente, como cuando uno se encuentra una trucha en la leche, por citar el ejemplo de Thoreau.

-Pero yo he oído todo lo que ha oído usted.

-Pero sin disponer del conocimiento de otros casos anteriores, que a mí me ha sido muy útil. Hace años se dio un caso muy semejante en Aberdeen, y en Munich, al año siguiente de la guerra franco-prusiana, ocurrió algo muy parecido. Es uno de esos casos... Pero ¡caramba, aquí viene Lestrade! Buenas tardes, Lestrade. Encontrará usted otro vaso encima del aparador, y aquí en la caja tiene cigarros.

El inspector de policía vestía chaqueta y corbata marineras, que le daban un aspecto decididamente náutico, y llevaba en la mano una bolsa de lona negra. Con un breve saludo, se sentó y encendió el cigarro que le ofrecían.

-¿Qué le trae por aquí? -preguntó Holmes con un brillo malicioso en los ojos-. Parece usted descontento.

-Y estoy descontento. Es este caso infernal de la boda de St. Simon. No le encuentro ni pies ni cabeza al asunto.

-¿De verdad? Me sorprende usted.

-¿Cuándo se ha visto un asunto tan lioso? Todas las pistas se me escurren entre los dedos. He estado todo el día trabajando en ello.

-Y parece que ha salido mojadísimo del empeño -dijo Holmes, tocándole la manga de la chaqueta marinera.

-Sí, es que he estado dragando el Serpentine.

-¿Y para qué, en nombre de todos los santos?

-En busca del cuerpo de lady St. Simon.

Sherlock Holmes se echó hacia atrás en su asiento y rompió en carcajadas.

-¿Y no se le ha ocurrido dragar la pila de la fuente de Trafalgar Square?

-¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

-Pues que tiene usted tantas posibilidades de encontrar a la dama en un sitio como en otro.

Lestrade le dirigió a mi compañero una mirada de furia.

-Supongo que usted ya lo sabe todo -se burló.

-Bueno, acabo de enterarme de los hechos, pero ya he llegado a una conclusión.

-¡Ah, claro! Y no cree usted que el Serpentine intervenga para nada en el asunto.

-Lo considero muy improbable.

-Entonces, tal vez tenga usted la bondad de explicar cómo es que encontramos esto en él -y diciendo esto, abrió la bolsa y volcó en el suelo su contenido; un vestido de novia de seda tornasolada, un par de zapatos de raso blanco, una guirnalda y un velo de novia, todo ello descolorido y empapado. Encima del montón colocó un anillo de boda nuevo-. Aquí tiene, maestro Holmes. A ver cómo casca usted esta nuez.

-Vaya, vaya -dijo mi amigo, lanzando al aire anillos de humo azulado-. ¿Ha encontrado usted todo eso al dragar el Serpentine?

-No, lo encontró un guarda del parque, flotando cerca de la orilla. Han sido identificadas como las prendas que vestía la novia, y me pareció que si la ropa estaba allí, el cuerpo no se encontraría muy lejos.

-Según ese brillante razonamiento, todos los cadáveres deben encontrarse cerca de un armario ropero. Y dígame, por favor, ¿qué esperaba obtener con todo esto?

-Alguna prueba que complicara a Flora Millar en la desaparición.

-Me temo que le va a resultar difícil.

-¿Conque eso se teme, eh? -exclamó Lestrade, algo picado-. Pues yo me temo, Holmes, que sus deducciones y sus inferencias no le sirven de gran cosa. Ha metido dos veces la pata en otros tantos minutos. Este vestido acusa a la señorita Flora Millar.

-¿Y de qué manera?

-En el vestido hay un bolsillo. En el bolsillo hay un tarjetero. En el tarjetero hay una nota. Y aquí está la nota -la plantó de un manotazo en la mesa, delante de él-. Escuche esto: «Nos veremos cuando todo esté arreglado. Ven en seguida. F. H. M.». Pues bien, desde un principio mi teoría ha sido que lady St. Simon fue atraída con engaños por Flora Millar, y que ésta, sin duda con ayuda de algunos cómplices, es responsable de su desaparición. Aquí, firmada con sus iniciales, está la nota que sin duda le pasó disimuladamente en la puerta, y que sirvió de cebo para atraerla hasta sus manos.

-Muy bien, Lestrade -dijo Holmes, riendo-. Es usted fantástico. Déjeme verlo -cogió el papel con indiferencia, pero algo le llamó la atención al instante, haciéndole emitir un grito de satisfacción.

-¡Esto sí que es importante! -dijo.

-¡Vaya! ¿Le parece a usted?

-Ya lo creo. Le felicito calurosamente.

Lestrade se levantó con aire triunfal e inclinó la cabeza para mirar.

-¡Pero...! -exclamó-. ¡Si lo está usted mirando por el otro lado!

-Al contrario, éste es el lado bueno.

-¿El lado bueno? ¡Está usted loco! ¡La nota escrita a lápiz está por aquí!

-Pero por aquí hay algo que parece un fragmento de una factura de hotel, que es lo que me interesa, y mucho.

-Eso no significa nada. Ya me había fijado -dijo Lestrade-. «4 de octubre, habitación 8 chelines, desayuno 2 chelines y 6 peniques, cóctel 1 chelín, comida 2 chelines y 6 peniques, vaso de jerez 8 peniques.» Yo no veo nada ahí.

-Probablemente, no. Pero aun así, es muy importante. También la nota es importante, o al menos lo son las iniciales, así que le felicito de nuevo.

-Ya he perdido bastante tiempo -dijo Lestrade, poniéndose en pie-. Yo creo en el trabajo duro, y no en sentarme junto a la chimenea urdiendo bellas teorías. Buenos días, señor Holmes, y ya veremos quién llega antes al fondo del asunto -recogió las prendas, las metió otra vez en la bolsa y se dirigió a la puerta.

-Le voy a dar una pequeña pista, Lestrade -dijo Holmes lentamente-. Voy a decirle la verdadera solución del asunto. Lady St. Simon es un mito. No existe ni existió nunca semejante persona.

Lestrade miró con tristeza a mi compañero. Luego se volvió a mí, se dio tres golpecitos en la frente, meneó solemnemente la cabeza y se marchó con prisas.

Apenas se había cerrado la puerta tras él, cuando Sherlock Holmes se levantó y se puso su abrigo.

-Algo de razón tiene este buen hombre en lo que dice sobre el trabajo de campo -comentó-. Así pues, Watson, creo que tendré que dejarle algún tiempo solo con sus periódicos.

Eran más de las cinco cuando Sherlock Holmes se marchó, pero no tuve tiempo de aburrirme, porque antes de que transcurriera una hora llegó un recadero con una gran caja plana, que procedió a desenvolver con ayuda de un muchacho que le acompañaba. Al poco rato, y con gran asombro por mi parte, sobre nuestra modesta mesa de caoba se desplegaba una cena fría totalmente epicúrea. Había un par de cuartos de becada fría, un faisán, un pastel de foie-gras y varias botellas añejas, cubiertas de telarañas. Tras extender todas aquellas delicias, los dos visitantes se esfumaron como si fueran genios

de las Mil y Una Noches, sin dar explicaciones, aparte de que las viandas estaban pagadas y que les habían encargado llevarlas a nuestra dirección.

Poco antes de las nueve, Sherlock Holmes entró a paso rápido en la sala. Traía una expresión seria, pero había un brillo en sus ojos que me hizo pensar que no le habían fallado sus suposiciones.

-Veo que han traído la cena -dijo, frotándose las manos.

-Parece que espera usted invitados. Han traído bastante para cinco personas.

-Sí, me parece muy posible que se deje caer por aquí alguna visita -dijo-. Me sorprende que lord St. Simon no haya llegado aún. ¡Ajá! Creo que oigo sus pasos en la escalera.

Era, en efecto, nuestro visitante de por la mañana, que entró como una tromba, balanceando sus lentes con más fuerza que nunca y con una expresión de absoluto desconcierto en sus aristocráticas facciones.

-Veo que mi mensajero dio con usted -dijo Holmes.

-Sí, y debo confesar que el contenido del mensaje me dejó absolutamente perplejo. ¿Tiene usted un buen fundamento para lo que dice?

-El mejor que se podría tener.

Lord St. Simon se dejó caer en un sillón y se pasó la mano por la frente.

-¿Qué dirá el duque -murmuró- cuando se entere de que un miembro de su familia ha sido sometido a semejante humillación?

-Ha sido puro accidente. Yo no veo que haya ninguna humillación.

-Ah, usted mira las cosas desde otro punto de vista.

-Yo no creo que se pueda culpar a nadie. A mi entender, la dama no podía actuar de otro modo, aunque la brusquedad de su proceder sea, sin duda, lamentable. Al carecer de madre, no tenía a nadie que la aconsejara en esa crisis.

-Ha sido un desaire, señor, un desaire público -dijo lord St. Simon, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

-Debe usted ser indulgente con esta pobre muchacha, colocada en una situación tan sin precedentes.

-Nada de indulgencias. Estoy verdaderamente indignado, y he sido víctima de un abuso vergonzoso.

-Creo que ha sonado el timbre -dijo Holmes-. Sí, se oyen pasos en el vestíbulo. Si yo no

puedo convencerle de que considere el asunto con mejores ojos, lord St. Simon, he traído un abogado que quizás tenga más éxito.

Abrió la puerta e hizo entrar a una dama y a un caballero.

-Lord St. Simon -dijo-: permítame que le presente al señor Francis Hay Moulton y señora. A la señora creo que ya la conocía.

Al ver a los recién llegados, nuestro cliente se había puesto en pie de un salto y permanecía muy tieso, con la mirada gacha y la mano metida bajo la pechera de su levita, convertido en la viva imagen de la dignidad ofendida. La dama se había adelantado rápidamente para ofrecerle la mano, pero él siguió negándose a levantar la vista. Posiblemente, ello le ayudó a mantener su resolución, pues la mirada suplicante de la mujer era difícil de resistir.

-Estás enfadado, Robert -dijo ella-. Bueno, supongo que te sobran motivos.

-Por favor, no te molestes en ofrecer disculpas -dijo lord St. Simon en tono amargado.

-Oh, sí, ya sé que te he tratado muy mal, y que debería haber hablado contigo antes de marcharme; pero estaba como atontada, y desde que vi aquí a Frank, no supe lo que hacía ni lo que decía. No me explico cómo no caí desmayada delante mismo del altar.

-¿Desea usted, señora Moulton, que mi amigo y yo salgamos de la habitación mientras usted se explica?

-Si se me permite dar una opinión -intervino el caballero desconocido-, ya ha habido demasiado secreto en este asunto. Por mi parte, me gustaría que Europa y América enteras oyeran las explicaciones.

Era un hombre de baja estatura, fibroso, tostado por el sol, de expresión avispada y movimientos ágiles.

-Entonces, contaré nuestra historia sin más preámbulo -dijo la señora-. Frank y yo nos conocimos en el 81, en el campamento minero de McQuire, cerca de las Rocosas, donde papá explotaba una mina. Nos hicimos novios, Frank y yo, pero un día papá dio con una buena veta y se forró de dinero, mientras el pobre Frank tenía una mina que fue a menos y acabó en nada. Cuanto más rico se hacia papá, más pobre era Frank; llegó un momento en que papá se negó a que nuestro compromiso siguiera adelante, y me llevó a San Francisco, pero Frank no se dio por vencido y me siguió hasta allí; nos vimos sin que papá supiera nada. De haberlo sabido, se habría puesto furioso, así que lo organizamos todo nosotros solos. Frank dijo que también él se haría rico, y que no volvería a buscarme hasta que tuviera tanto dinero como papá. Yo prometí esperarle hasta el fin de los tiempos, y juré que mientras él viviera no me casaría con ningún otro. Entonces, él dijo: «¿Por qué no nos casamos ahora mismo, y así estaré seguro de ti? No revelaré que soy tu marido hasta que vuelva a reclamarte». En fin, discutimos el asunto y resultó que él ya lo tenía todo arreglado, con un cura esperando y todo, de manera que nos casamos allí mismo; y después, Frank se fue a buscar fortuna y yo me volví con

papá.

»Lo siguiente que supe de Frank fue que estaba en Montana; después oí que andaba buscando oro en Arizona, y más tarde tuve noticias suyas desde Nuevo México. Y un día apareció en los periódicos un largo reportaje sobre un campamento minero atacado por los indios apaches, y allí estaba el nombre de mi Frank entre las víctimas. Caí desmayada y estuve muy enferma durante meses. Papá pensó que estaba tísica y me llevó a la mitad de los médicos de San Francisco. Durante más de un año no llegaron más noticias, y ya no dudé de que Frank estuviera muerto de verdad. Entonces apareció en San Francisco lord St. Simon, nosotros vinimos a Londres, se organizó la boda y papá estaba muy contento, pero yo seguía convencida de que ningún hombre en el mundo podría ocupar en mi corazón el puesto de mi pobre Frank.

»Aun así, de haberme casado con lord St. Simon, yo le habría sido leal. No tenemos control sobre nuestro amor, pero sí sobre nuestras acciones. Fui con él al altar con la intención de ser para él tan buena esposa como me fuera posible. Pero puede usted imaginarse lo que sentí cuando, al acercarme al altar, volví la mirada hacia atrás y vi a Frank mirándome desde el primer reclinatorio. Al principio, lo tomé por un fantasma; pero cuando lo miré de nuevo seguía allí, como preguntándome con la mirada si me alegraba de verlo o lo lamentaba. No sé cómo no caí al suelo. Sé que todo me daba vueltas, y las palabras del sacerdote me sonaban en los oídos como el zumbido de una abeja. No sabía qué hacer. ¿Debía interrumpir la ceremonia y dar un escándalo en la iglesia? Me volví a mirarlo, y me pareció que se daba cuenta de lo que yo pensaba, porque se llevó los dedos a los labios para indicarme que permaneciera callada. Luego le vi garabatear en un papel y supe que me estaba escribiendo una nota. Al pasar junto a su reclinatorio, camino de la salida, dejé caer mi ramo junto a él y él me metió la nota en la mano al devolverme las flores. Eran sólo unas palabras diciéndome que me reuniera con él cuando él me diera la señal. Por supuesto, ni por un momento dudé de que mi principal obligación era para con él, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él me indicara.

»Cuando llegamos a casa, se lo conté a mi doncella, que le había conocido en California y siempre le tuvo simpatía. Le ordené que no dijera nada y que preparase mi abrigo y unas cuantas cosas para llevarme. Sé que tendría que habérselo dicho a lord St. Simon, pero resultaba muy difícil hacerlo delante de su madre y de todos aquellos grandes personajes. Decidí largarme primero y dar explicaciones después. No llevaba ni diez minutos sentada a la mesa cuando vi a Frank por la ventana, al otro lado de la calle. Me hizo una seña y echó a andar hacia el parque. Yo me levanté, me puse el abrigo y salí tras él. En la calle se me acercó una mujer que me dijo no sé qué acerca de lord St. John... Por lo poco que entendí, me pareció que también ella tenía su pequeño secreto anterior a la boda... Pero conseguí librarme de ella y pronto alcancé a Frank. Nos metimos en un coche y fuimos a un apartamento que tenía alquilado en Gordon Square, y allí se celebró mi verdadera boda, después de tantos años de espera. Frank había caído prisionero de los apaches, había escapado, llegó a San Francisco, averiguó que yo le había dado por muerto y me había venido a Inglaterra, me siguió hasta aquí, y me encontró la mañana misma de mi segunda boda.

-Lo leí en un periódico -explicó el norteamericano-. Venía el nombre y la iglesia, pero

no la dirección de la novia.

-Entonces discutimos lo que debíamos hacer, y Frank era partidario de revelarlo todo, pero a mí me daba tanta vergüenza que prefería desaparecer y no volver a ver a nadie; todo lo más, escribirle unas líneas a papá para hacerle saber que estaba viva. Me resultaba espantoso pensar en todos aquellos personajes de la nobleza, sentados a la mesa y esperando mi regreso. Frank cogió mis ropas y demás cosas de novia, hizo un bulto con todas ellas y las tiró en algún sitio donde nadie las encontrara, para que no me siguieran la pista por ellas. Lo más seguro es que nos hubiéramos marchado a París mañana, pero este caballero, el señor Holmes, vino a vernos esta tarde y nos hizo ver con toda claridad que yo estaba equivocada y Frank tenía razón, y tanto secreto no hacía sino empeorar nuestra situación. Entonces nos ofreció la oportunidad de hablar a solas con lord St. Simon, y por eso hemos venido sin perder tiempo a su casa. Ahora, Robert, ya sabes todo lo que ha sucedido; lamento mucho haberte hecho daño y espero que no pienses muy mal de mí.

Lord St. Simon no había suavizado en lo más mínimo su rígida actitud, y había escuchado el largo relato con el ceño fruncido y los labios apretados.

-Perdonen -dijo-, pero no tengo por costumbre discutir de mis asuntos personales más íntimos de una manera tan pública.

-Entonces, ¿no me perdonas? ¿No me darás la mano antes de que me vaya?

-Oh, desde luego, si eso le causa algún placer -extendió la mano y estrechó fríamente la que le tendían.

-Tenía la esperanza -surgió Holmes- de que me acompañaran en una cena amistosa.

-Creo que eso ya es pedir demasiado -respondió su señoría-. Quizás no me quede más remedio que aceptar el curso de los acontecimientos, pero no esperarán que me ponga a celebrarlo. Con su permiso, creo que voy a despedirme. Muy buenas noches a todos - hizo una amplia reverencia que nos abarcó a todos y salió a grandes zancadas de la habitación.

-Entonces, espero que al menos ustedes me honren con su compañía -dijo Sherlock Holmes-. Siempre es un placer conocer a un norteamericano, señor Moulton; soy de los que opinan que la estupidez de un monarca y las torpezas de un ministro en tiempos lejanos no impedirán que nuestros hijos sean algún día ciudadanos de una única nación que abarcará todo el mundo, bajo una bandera que combinará los colores de la Union Jack con las Barras y Estrellas.

-Ha sido un caso interesante -comentó Holmes cuando nuestros visitantes se hubieron marchado-, porque demuestra con toda claridad lo sencilla que puede ser la explicación de un asunto que a primera vista parece casi inexplicable. No podríamos encontrar otro más inexplicable. Y no encontraríamos una explicación más natural que la serie de acontecimientos narrada por esta señora, aunque los resultados no podrían ser más extraños si se miran, por ejemplo, desde el punto de vista del señor Lestrade, de

Scotland Yard.

-Así pues, no se equivocaba usted.

-Desde un principio había dos hechos que me resultaron evidentísimos. El primero, que la novia había acudido por su propia voluntad a la boda; el otro, que se había arrepentido a los pocos minutos de regresar a casa. Evidentemente, algo había ocurrido durante la mañana que le hizo cambiar de opinión. ¿Qué podía haber sido? No podía haber hablado con nadie, porque todo el tiempo estuvo acompañada del novio. ¿Acaso había visto a alguien? De ser así, tenía que haber sido alguien procedente de América, porque llevaba demasiado poco tiempo en nuestro país como para que alguien hubiera podido adquirir tal influencia sobre ella que su mera visión la indujera a cambiar tan radicalmente de planes. Como ve, ya hemos llegado, por un proceso de exclusión, a la idea de que la novia había visto a un americano. ¿Quién podía ser este americano, y por qué ejercía tanta influencia sobre ella? Podía tratarse de un amante; o podía tratarse de un marido. Sabíamos que había pasado su juventud en ambientes muy rudos y en condiciones poco normales. Hasta aquí había llegado antes de escuchar el relato de lord St. Simon. Cuando éste nos habló de un hombre en un reclinatorio, del cambio de humor de la novia, del truco tan transparente de recoger una nota dejando caer un ramo de flores, de la conversación con la doncella y confidente, y de la significativa alusión a «pisarle la licencia a otro», que en la jerga de los mineros significa apoderarse de lo que otro ha reclamado con anterioridad, la situación se me hizo absolutamente clara. Ella se había fugado con un hombre, y este hombre tenía que ser un amante o un marido anterior; lo más probable parecía lo último.

-¿Y cómo demonios consiguió usted localizarlos?

-Podría haber resultado difícil, pero el amigo Lestrade tenía en sus manos una información cuyo valor desconocía. Las iniciales, desde luego, eran muy importantes, pero aún más importante era saber que hacía menos de una semana que nuestro hombre había pagado su cuenta en uno de los hoteles más selectos de Londres.

-¿De dónde sacó lo de selecto?

-Por lo selecto de los precios. Ocho chelines por una cama y ocho peniques por una copa de jerez indicaban que se trataba de uno de los hoteles más caros de Londres. No hay muchos que cobren esos precios. En el segundo que visité, en Northumberland Avenue, pude ver en el libro de registros que el señor Francis H. Moulton, caballero norteamericano, se había marchado el día anterior; y al examinar su factura, me encontré con las mismas cuentas que habíamos visto en la copia. Había dejado dicho que se le enviara la correspondencia al 226 de Gordon Square, así que allá me encaminé, tuve la suerte de encontrar en casa a la pareja de enamorados y me atreví a ofrecerles algunos consejos paternales, indicándoles que sería mucho mejor, en todos los aspectos, que aclararan un poco su situación, tanto al público en general como a lord St. Simon en particular. Los invité a que se encontraran aquí con él y, como ve, conseguí que también él acudiera a la cita.

-Pero con resultados no demasiado buenos -comenté yo-. Desde luego, la conducta del

caballero no ha sido muy elegante.

-¡Ah, Watson! -dijo Holmes sonriendo-. Puede que tampoco usted se comportara muy elegantemente si, después de todo el trabajo que representa echarse novia y casarse, se encontrara privado en un instante de esposa y de fortuna. Creo que debemos ser clementes al juzgar a lord St. Simon, y dar gracias a nuestra buena estrella, porque no es probable que lleguemos a encontrarnos en su misma situación. Acerque su silla y páseme el violín; el único problema que aún nos queda por resolver es cómo pasar estas aburridas veladas de otoño.

El carbunclo azul

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Dos días después de la Navidad, pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes con la intención de transmitirle las felicitaciones propias de la época. Lo encontré tumbado en el sofá, con una bata morada, el colgador de las pipas a su derecha y un montón de periódicos arrugados, que evidentemente acababa de estudiar, al alcance de la mano. Al lado del sofá había una silla de madera, y de una esquina de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro ajado y mugriento, gastadísimo por el uso y roto por varias partes. Una lupa y unas pinzas dejadas sobre el asiento indicaban que el sombrero había sido colgado allí con el fin de examinarlo.

-Veo que está usted ocupado -dije-. ¿Le interrumpo?

-Nada de eso. Me alegro de tener un amigo con el que poder comentar mis conclusiones. Se trata de un caso absolutamente trivial -señaló con el pulgar el viejo sombrero-, pero algunos detalles relacionados con él no carecen por completo de interés, e incluso resultan instructivos.

Me senté en su butaca y me calenté las manos en la chimenea, pues estaba cayendo una buena helada y los cristales estaban cubiertos de placas de hielo.

-Supongo -comenté- que, a pesar de su aspecto inocente, ese objeto tendrá una historia terrible... o tal vez es la pista que le guiará a la solución de algún misterio y al castigo de algún delito.

-No, qué va. Nada de crímenes -dijo Sherlock Holmes, echándose a reír-. Tan sólo uno de esos incidentes caprichosos que suelen suceder cuando tenemos cuatro millones de seres humanos apretujados en unas pocas millas cuadradas. Entre las acciones y reacciones de un enjambre humano tan numeroso, cualquier combinación de acontecimientos es posible, y pueden surgir muchos pequeños problemas que resultan extraños y sorprendentes, sin tener nada de delictivo. Ya hemos tenido experiencias de ese tipo.

-Ya lo creo -comenté-. Hasta el punto de que, de los seis últimos casos que he añadido a mis archivos, hay tres completamente libres de delito, en el aspecto legal.

-Exacto. Se refiere usted a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al curioso caso de la señorita Mary Sutherland, y a la aventura del hombre del labio retorcido. Pues bien, no me cabe duda de que este asuntillo pertenece a la misma categoría inocente. ¿Conoce usted a Peterson, el recadero?

-Sí.

-Este trofeo le pertenece.

-¿Es su sombrero?

-No, no, lo encontró. El propietario es desconocido. Le ruego que no lo mire como un sombrerucho desastrado, sino como un problema intelectual. Veamos, primero, cómo llegó aquí. Llegó la mañana de Navidad, en compañía de un ganso cebado que, no me cabe duda, ahora mismo se está asando en la cocina de Peterson. Los hechos son los siguientes. A eso de las cuatro de la mañana del día de Navidad, Peterson, que, como usted sabe, es un tipo muy honrado, regresaba de alguna pequeña celebración y se dirigía a su casa bajando por Tottenham Court Road. A la luz de las farolas vio a un hombre alto que caminaba delante de él, tambaleándose un poco y con un ganso blanco al hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, se produjo una trifulca entre este desconocido y un grupillo de maleantes. Uno de éstos le quitó el sombrero de un golpe; el desconocido levantó su bastón para defenderse y, al enarbolarlo sobre su cabeza, rompió el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson había echado a correr para defender al desconocido contra sus agresores, pero el hombre, asustado por haber roto el escaparate y viendo una persona de uniforme que corría hacia él, dejó caer el ganso, puso pies en polvorosa y se desvaneció en el laberinto de callejuelas que hay detrás de Tottenham Court Road. También los matones huyeron al ver aparecer a Peterson, que quedó dueño del campo de batalla y también del botín de guerra, formado por este destartalado sombrero y un impecable ejemplar de ganso de Navidad.

-¿Cómo es que no se los devolvió a su dueño?

-Mi querido amigo, en eso consiste el problema. Es cierto que en una tarjetita atada a la pata izquierda del ave decía «Para la señora de Henry Baker», y también es cierto que en el forro de este sombrero pueden leerse las iniciales «H. B.»; pero como en esta ciudad nuestra existen varios miles de Bakers y varios cientos de Henry Bakers, no resulta nada fácil devolverle a uno de ellos sus propiedades perdidas.

-¿Y qué hizo entonces Peterson?

-La misma mañana de Navidad me trajo el sombrero y el ganso, sabiendo que a mí me interesan hasta los problemas más insignificantes. Hemos guardado el ganso hasta esta mañana, cuando empezó a dar señales de que, a pesar de la helada, más valía comérselo sin retrasos innecesarios. Así pues, el hombre que lo encontró se lo ha llevado para que cumpla el destino final de todo ganso, y yo sigo en poder del sombrero del desconocido

caballero que se quedó sin su cena de Navidad.

-¿No puso ningún anuncio?

-No.

-¿Y qué pistas tiene usted de su identidad?

-Sólo lo que podemos deducir.

-¿De su sombrero?

-Exactamente.

-Está usted de broma. ¿Qué se podría sacar de esa ruina de fieltro?

-Aquí tiene mi lupa. Ya conoce usted mis métodos. ¿Qué puede deducir usted referente a la personalidad del hombre que llevaba esta prenda?

Tomé el pingajo en mis manos y le di un par de vueltas de mala gana. Era un vulgar sombrero negro de copa redonda, duro y muy gastado. El forro había sido de seda roja, pero ahora estaba casi completamente descolorido. No llevaba el nombre del fabricante, pero, tal como Holmes había dicho, tenía garabateadas en un costado las iniciales «H. B.». El ala tenía presillas para sujetar una goma elástica, pero faltaba ésta. Por lo demás, estaba agrietado, lleno de polvo y cubierto de manchas, aunque parecía que habían intentado disimular las partes descoloridas pintándolas con tinta.

-No veo nada -dije, devolviéndoselo a mi amigo.

-Al contrario, Watson, lo tiene todo a la vista. Pero no es capaz de razonar a partir de lo que ve. Es usted demasiado tímido a la hora de hacer deducciones.

-Entonces, por favor, dígame qué deduce usted de este sombrero.

Lo cogió de mis manos y lo examinó con aquel aire introspectivo tan característico.

-Quizás podría haber resultado más sugerente -dijo-, pero aun así hay unas cuantas deducciones muy claras, y otras que presentan, por lo menos, un fuerte saldo de probabilidad. Por supuesto, salta a la vista que el propietario es un hombre de elevada inteligencia, y también que hace menos de tres años era bastante rico, aunque en la actualidad atraviesa malos momentos. Era un hombre previsor, pero ahora no lo es tanto, lo cual parece indicar una regresión moral que, unida a su declive económico, podría significar que sobre él actúa alguna influencia maligna, probablemente la bebida. Esto podría explicar también el hecho evidente de que su mujer ha dejado de amarle.

-¡Pero... Holmes, por favor!

-Sin embargo, aún conserva un cierto grado de amor propio -continuó, sin hacer caso de

mis protestas-. Es un hombre que lleva una vida sedentaria, sale poco, se encuentra en muy mala forma física, de edad madura, y con el pelo gris, que se ha cortado hace pocos días y en el que se aplica fijador. Éstos son los datos más aparentes que se deducen de este sombrero. Además, dicho sea de paso, es sumamente improbable que tenga instalación de gas en su casa.

-Se burla usted de mí, Holmes.

-Ni muchos menos. ¿Es posible que aún ahora, cuando le acabo de dar los resultados, sea usted incapaz de ver cómo los he obtenido?

-No cabe duda de que soy un estúpido, pero tengo que confesar que soy incapaz de seguirle. Por ejemplo: ¿de dónde saca que el hombre es inteligente?

A modo de respuesta, Holmes se encasquetó el sombrero en la cabeza. Le cubría por completo la frente y quedó apoyado en el puente de la nariz.

-Cuestión de capacidad cúbica -dijo-. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro.

-¿Y su declive económico?

-Este sombrero tiene tres años. Fue por entonces cuando salieron estas alas planas y curvadas por los bordes. Es un sombrero de la mejor calidad. Fíjese en la cinta de seda con remates y en la excelente calidad del forro. Si este hombre podía permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y desde entonces no ha comprado otro, es indudable que ha venido a menos.

-Bueno, sí, desde luego eso está claro. ¿Y eso de que era previsor, y lo de la regresión moral?

Sherlock Holmes se echó a reír.

-Aquí está la precisión -dijo, señalando con el dedo la presilla para enganchar la goma sujetasombreros-. Ningún sombrero se vende con esto. El que nuestro hombre lo hiciera poner es señal de un cierto nivel de previsión, ya que se tomó la molestia de adoptar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que desde entonces se le ha roto la goma y no se ha molestado en cambiarla, resulta evidente que ya no es tan previsor como antes, lo que demuestra claramente que su carácter se debilita. Por otra parte, ha procurado disimular algunas de las manchas pintándolas con tinta, señal de que no ha perdido por completo su amor propio.

-Desde luego, es un razonamiento plausible.

-Los otros detalles, lo de la edad madura, el cabello gris, el reciente corte de pelo y el fijador, se advierten examinando con atención la parte inferior del forro. La lupa revela una gran cantidad de puntas de cabello, limpiamente cortadas por la tijera del peluquero. Todos están pegajosos, y se nota un inconfundible olor a fijador. Este polvo, fíjese

usted, no es el polvo gris y terroso de la calle, sino la pelusilla parda de las casas, lo cual demuestra que ha permanecido colgado dentro de casa la mayor parte del tiempo; y las manchas de sudor del interior son una prueba palpable de que el propietario transpira abundantemente y, por lo tanto, difícilmente puede encontrarse en buena forma física.

-Pero lo de su mujer... dice usted que ha dejado de amarle.

-Este sombrero no se ha cepillado en semanas. Cuando le vea a usted, querido Watson, con polvo de una semana acumulado en el sombrero, y su esposa le deje salir en semejante estado, también sospecharé que ha tenido la desgracia de perder el cariño de su mujer.

-Pero podría tratarse de un soltero.

-No, llevaba a casa el ganso como ofrenda de paz a su mujer. Recuerde la tarjeta atada a la pata del ave.

-Tiene usted respuesta para todo. Pero ¿cómo demonios ha deducido que no hay instalación de gas en su casa?

-Una mancha de sebo, e incluso dos, pueden caer por casualidad; pero cuando veo nada menos que cinco, creo que existen pocas dudas de que este individuo entra en frecuente contacto con sebo ardiendo; probablemente, sube las escaleras cada noche con el sombrero en una mano y un candil goteante en la otra. En cualquier caso, un aplique de gas no produce manchas de sebo. ¿Está usted satisfecho?

-Bueno, es muy ingenioso -dije, echándome a reír-. Pero, puesto que no se ha cometido ningún delito, como antes decíamos, y no se ha producido ningún daño, a excepción del extravío de un ganso, todo esto me parece un despilfarro de energía.

Sherlock Holmes había abierto la boca para responder cuando la puerta se abrió de par en par y Peterson el recadero entró en la habitación con el rostro enrojecido y una expresión de asombro sin límites.

-¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor! -decía jadeante.

-¿Eh? ¿Qué pasa con él? ¿Ha vuelto a la vida y ha salido volando por la ventana de la cocina? -Holmes rodó sobre el sofá para ver mejor la cara excitada del hombre.

-¡Mire, señor! ¡Vea lo que ha encontrado mi mujer en el buche! -extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul de brillo deslumbrador, bastante más pequeña que una alubia, pero tan pura y radiante que centelleaba como una luz eléctrica en el hueco oscuro de la mano.

Sherlock Holmes se incorporó lanzando un silbido.

-¡Por Júpiter, Peterson! -exclamó-. ¡A eso le llamo yo encontrar un tesoro! Supongo que

sabe lo que tiene en la mano.

-¡Un diamante, señor! ¡Una piedra preciosa! ¡Corta el cristal como si fuera masilla!

-Es más que una piedra preciosa. Es *la* piedra preciosa.

-¿No se referirá al carbunclo azul de la condesa de Morcar? -exclamé yo.

-Precisamente. No podría dejar de reconocer su tamaño y forma, después de haber estado leyendo el anuncio en el Times tantos días seguidos. Es una piedra absolutamente única, y sobre su valor sólo se pueden hacer conjeturas, pero la recompensa que se ofrece, mil libras esterlinas, no llega ni a la vigésima parte de su precio en el mercado.

-¡Mil libras! ¡Santo Dios misericordioso! -el recadero se desplomó sobre una silla, mirándonos alternativamente a uno y a otro.

-Ésa es la recompensa, y tengo razones para creer que existen consideraciones sentimentales en la historia de esa piedra que harían que la condesa se desprendiera de la mitad de su fortuna con tal de recuperarla.

-Si no recuerdo mal, desapareció en el hotel Cosmopolitan -comenté.

-Exactamente, el 22 de diciembre, hace cinco días. John Horner, fontanero, fue acusado de haberla sustraído del joyero de la señora. Las pruebas en su contra eran tan sólidas que el caso ha pasado ya a los tribunales. Creo que tengo por aquí un informe -rebuscó entre los periódicos, consultando las fechas, hasta que seleccionó uno, lo dobló y leyó el siguiente párrafo:

«Robo de joyas en el hotel Cosmopolitan. John Horner, de 26 años, fontanero, ha sido detenido bajo la acusación de haber sustraído, el 22 del corriente, del joyero de la condesa de Morcar, la valiosa piedra conocida como "el carbunclo azul". James Ryder, jefe de servicio del hotel, declaró que el día del robo había conducido a Horner al gabinete de la condesa de Morcar, para que soldara el segundo barrote de la rejilla de la chimenea, que estaba suelto. Permaneció un rato junto a Horner, pero al cabo de algún tiempo tuvo que ausentarse. Al regresar comprobó que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido forzado y que el cofrecillo de tafilete en el que, según se supo luego, la condesa acostumbraba a guardar la joya, estaba tirado, vacío, sobre el tocador. Ryder dio la alarma al instante, y Horner fue detenido esa misma noche, pero no se pudo encontrar la piedra en su poder ni en su domicilio. Catherine Cusack, doncella de la condesa, declaró haber oído el grito de angustia que profirió Ryder al descubrir el robo, y haber corrido a la habitación, donde se encontró con la situación ya descrita por el anterior testigo. El inspector Bradstreet, de la División B, confirmó la detención de Horner, que se resistió violentamente y declaró su inocencia en los términos más enérgicos. Al existir constancia de que el detenido había sufrido una condena anterior por robo, el magistrado se negó a tratar sumariamente el caso, remitiéndolo a un tribunal superior. Horner, que dio muestras de intensa emoción durante las diligencias, se desmayó al oír la decisión y tuvo que ser sacado de la sala.»

-¡Hum! Hasta aquí, el informe de la policía -dijo Holmes, pensativo-. Ahora, la cuestión es dilucidar la cadena de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado, en un extremo, al buche de un ganso en Tottenham Court Road, en el otro. Como ve, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adquirido de pronto un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra vino del ganso y el ganso vino del señor Henry Baker, el caballero del sombrero raído y todas las demás características con las que le he estado aburriendo. Así que tendremos que ponernos muy en serio a la tarea de localizar a este caballero y determinar el papel que ha desempeñado en este pequeño misterio. Y para eso, empezaremos por el método más sencillo, que sin duda consiste en poner un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Si esto falla, recurriremos a otros métodos.

-¿Qué va usted a decir?

-Deme un lápiz y esa hoja de papel. Vamos a ver: «Encontrados un ganso y un sombrero negro de fieltro en la esquina de Goodge Street. El señor Henry Baker puede recuperarlos presentándose esta tarde a las 6,30 en el 221 B de Baker Street». Claro y conciso.

-Mucho. Pero ¿lo verá él?

-Bueno, desde luego mirará los periódicos, porque para un hombre pobre se trata de una pérdida importante. No cabe duda de que se asustó tanto al romper el escaparate y ver acercarse a Peterson que no pensó más que en huir; pero luego debe de haberse arrepentido del impulso que le hizo soltar el ave. Pero además, al incluir su nombre nos aseguramos de que lo vea, porque todos los que le conozcan se lo harán notar. Aquí tiene, Peterson, corra a la agencia y que inserten este anuncio en los periódicos de la tarde.

-¿En cuáles, señor?

-Oh, pues en el *Globe*, el *Star*, el *Pall Mall*, la *St.James Gazette*, el *Evening News*, el *Standard*, el *Echo* y cualquier otro que se le ocurra.

-Muy bien, señor. ¿Y la piedra?

-Ah, sí, yo guardaré la piedra. Gracias. Y oiga, Peterson, en el camino de vuelta compre un ganso y tráigalo aquí, porque tenemos que darle uno a este caballero a cambio del que se está comiendo su familia.

Cuando el recadero se hubo marchado, Holmes levantó la piedra y la miró al trasluz.

-¡Qué maravilla! -dijo-. Fíjese cómo brilla y centellea. Por supuesto, esto es como un imán para el crimen, lo mismo que todas las buenas piedras preciosas. Son el cebo favorito del diablo. En las piedras más grandes y más antiguas, se puede decir que cada faceta equivale a un crimen sangriento. Esta piedra aún no tiene ni veinte años de edad. La encontraron a orillas del río Amoy, en el sur de China, y presenta la particularidad de poseer todas las características del carbunclo, salvo que es de color azul en lugar de rojo

rubí. A pesar de su juventud, ya cuenta con un siniestro historial. Ha habido dos asesinatos, un atentado con vitriolo, un suicidio y varios robos, todo por culpa de estos doce kilates de carbón cristalizado. ¿Quién pensaría que tan hermoso juguete es un proveedor de carne para el patíbulo y la cárcel? Lo guardaré en mi caja fuerte y le escribiré unas líneas a la condesa, avisándole de que lo tenemos.

-¿Cree usted que ese Horner es inocente?

-No lo puedo saber.

-Entonces, ¿cree usted que este otro, Henry Baker, tiene algo que ver con el asunto?

-Me parece mucho más probable que Henry Baker sea un hombre completamente inocente, que no tenía ni idea de que el ave que llevaba valía mucho más que si estuviera hecha de oro macizo. No obstante, eso lo comprobaremos mediante una sencilla prueba si recibimos respuesta a nuestro anuncio.

-¿Y hasta entonces no puede hacer nada?

-Nada.

-En tal caso, continuaré mi ronda profesional, pero volveré esta tarde a la hora indicada, porque me gustaría presenciar la solución a un asunto tan embrollado.

-Encantado de verle. Cenaré a las siete. Creo que hay becada. Por cierto que, en vista de los recientes acontecimientos, quizás deba decirle a la señora Hudson que examine cuidadosamente el buche.

Me entretuve con un paciente, y era ya más tarde de las seis y media cuando pude volver a Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto con boina escocesa y chaqueta abotonada hasta la barbilla, que aguardaba en el brillante semicírculo de luz de la entrada. Justo cuando yo llegaba, la puerta se abrió y nos hicieron entrar juntos a los aposentos de Holmes.

-El señor Henry Baker, supongo -dijo Holmes, levantándose de su butaca y saludando al visitante con aquel aire de jovialidad espontánea que tan fácil le resultaba adoptar-. Por favor, siéntese aquí junto al fuego, señor Baker. Hace frío esta noche, y veo que su circulación se adapta mejor al verano que al invierno. Ah, Watson, llega usted muy a punto. ¿Es éste su sombrero, señor Baker?

-Sí, señor, es mi sombrero, sin duda alguna.

Era un hombre corpulento, de hombros cargados, cabeza voluminosa y un rostro amplio e inteligente, rematado por una barba puntiaguda, de color castaño canoso. Un toque de color en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor en su mano extendida, me recordaron la suposición de Holmes acerca de sus hábitos. Su levita, negra y raída, estaba abotonada hasta arriba, con el cuello alzado, y sus flacas muñecas salían de las mangas sin que se advirtieran indicios de puños ni de camisa. Hablaba en voz baja y

entrecortada, eligiendo cuidadosamente sus palabras, y en general daba la impresión de un hombre culto e instruido, maltratado por la fortuna.

-Hemos guardado estas cosas durante varios días -dijo Holmes- porque esperábamos ver un anuncio suyo, dando su dirección. No entiendo cómo no puso usted el anuncio.

Nuestro visitante emitió una risa avergonzada.

-No ando tan abundante de chelines como en otros tiempos -dijo-. Estaba convencido de que la pandilla de maleantes que me asaltó se había llevado mi sombrero y el ganso. No tenía intención de gastar más dinero en un vano intento de recuperarlos.

-Es muy natural. A propósito del ave... nos vimos obligados a comérnosla.

-¡Se la comieron! -nuestro visitante estaba tan excitado que casi se levantó de la silla.

-Sí; de no hacerlo no le habría aprovechado a nadie. Pero supongo que este otro ganso que hay sobre el aparador, que pesa aproximadamente lo mismo y está perfectamente fresco, servirá igual de bien para sus propósitos.

-¡Oh, desde luego, desde luego! -respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

-Por supuesto, aún tenemos las plumas, las patas, el buche y demás restos de su ganso, así que si usted quiere...

El hombre se echó a reír de buena gana.

-Podrían servirme como recuerdo de la aventura -dijo-, pero aparte de eso, no veo de qué utilidad me iban a resultar los *disjecta membra* de mi difunto amigo. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mis atenciones a la excelente ave que veo sobre el aparador.

Sherlock Holmes me lanzó una intensa mirada de reojo, acompañada de un encogimiento de hombros.

-Pues aquí tiene usted su sombrero, y aquí su ave -dijo-. Por cierto, ¿le importaría decirme dónde adquirió el otro ganso? Soy bastante aficionado a las aves de corral y pocas veces he visto una mejor criada.

-Desde luego, señor -dijo Baker, que se había levantado, con su recién adquirida propiedad bajo el brazo-. Algunos de nosotros frecuentamos el mesón Alpha, cerca del museo... Durante el día, sabe usted, nos encontramos en el museo mismo. Este año, el patrón, que se llama Windigate, estableció un Club del Ganso, en el que, pagando unos pocos peniques cada semana, recibiríamos un ganso por Navidad. Pagué religiosamente mis peniques, y el resto ya lo conoce usted. Le estoy muy agradecido, señor, pues una boina escocesa no resulta adecuada ni para mis años ni para mi carácter discreto.

Con cómica pomposidad, nos dedicó una solemne reverencia y se marchó por su

camino.

-Con esto queda liquidado el señor Henry Baker -dijo Holmes, después de cerrar la puerta tras él-. Es indudable que no sabe nada del asunto. ¿Tiene usted hambre, Watson?

-No demasiada.

-Entonces, le propongo que aplacemos la cena y sigamos esta pista mientras aún esté fresca.

-Con mucho gusto.

Hacía una noche muy cruda, de manera que nos pusimos nuestros gabanes y nos envolvimos el cuello con bufandas. En el exterior, las estrellas brillaban con luz fría en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeúntes despedía tanto humo como un pistoletazo. Nuestras pisadas resonaban fuertes y secas mientras cruzábamos el barrio de los médicos, Wimpole Street, Harley Street y Wigmore Street, hasta desembocar en Oxford Street. Al cabo de un cuarto de hora nos encontrábamos en Bloomsbury, frente al mesón Alpha, que es un pequeño establecimiento público situado en la esquina de una de las calles que se dirigen a Holborn. Holmes abrió la puerta del bar y pidió dos vasos de cerveza al dueño, un hombre de cara colorada y delantal blanco.

-Su cerveza debe de ser excelente, si es tan buena como sus gansos -dijo.

-¡Mis gansos! -el hombre parecía sorprendido.

-Sí. Hace tan sólo media hora, he estado hablando con el señor Henry Baker, que es miembro de su Club del Ganso.

-¡Ah, ya comprendo! Pero, verá usted, señor, los gansos no son míos.

-¿Ah, no? ¿De quién son, entonces?

-Bueno, le compré las dos docenas a un vendedor de Covent Garden.

-¿De verdad? Conozco a algunos de ellos. ¿Cuál fue?

-Se llama Breckinridge.

-¡Ah! No le conozco. Bueno, a su salud, patrón, y por la prosperidad de su casa. Buenas noches.

-Y ahora, vamos por el señor Breckinridge -continuó, abotonándose el gabán mientras salíamos al aire helado de la calle-. Recuerde, Watson, que aunque tengamos a un extremo de la cadena una cosa tan vulgar como un ganso, en el otro tenemos un hombre que se va a pasar siete años de trabajos forzados, a menos que podamos demostrar su inocencia. Es posible que nuestra investigación confirme su culpabilidad; pero, en cualquier caso, tenemos una línea de investigación que la policía no ha encontrado y que

una increíble casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta su último extremo. ¡Rumbo al sur, pues, y a paso ligero!

Atravesamos Holborn, bajando por Endell Street, y zigzagueamos por una serie de callejuelas hasta llegar al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes tenía encima el rótulo de Breckinridge, y el dueño, un hombre con aspecto de caballo, de cara astuta y patillas recortadas, estaba ayudando a un muchacho a echar el cierre.

-Buenas noches, y fresquitas -dijo Holmes.

El vendedor asintió y dirigió una mirada inquisitiva a mi compañero.

-Por lo que veo, se le han terminado los gansos -continuó Holmes, señalando los estantes de mármol vacíos.

-Mañana por la mañana podré venderle quinientos.

-Eso no me sirve.

-Bueno, quedan algunos que han cogido olor a gas.

-Oiga, que vengo recomendado.

-¿Por quién?

-Por el dueño del Alpha.

-Ah, sí. Le envié un par de docenas.

-Y de muy buena calidad. ¿De dónde los sacó usted?

Ante mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de cólera en el vendedor.

-Oiga usted, señor -dijo con la cabeza erguida y los brazos en jarras-. ¿Adónde quiere llegar? Me gustan las cosas claritas.

-He sido bastante claro. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que suministró al Alpha.

-Y yo no quiero decírselo. ¿Qué pasa?

-Oh, la cosa no tiene importancia. Pero no sé por qué se pone usted así por una nimiedad.

-¡Me pongo como quiero! ¡Y usted también se pondría así si le fastidiasen tanto como a mí! Cuando pago buen dinero por un buen artículo, ahí debe terminar la cosa. ¿A qué viene tanto «¿Dónde están los gansos?» y «¿A quién le ha vendido los gansos?» y «¿Cuánto quiere usted por los gansos?» Cualquiera diría que no hay otros gansos en el

mundo, a juzgar por el alboroto que se arma con ellos.

-Le aseguro que no tengo relación alguna con los que le han estado interrogando -dijo Holmes con tono indiferente-. Si no nos lo quiere decir, la apuesta se queda en nada. Pero me considero un entendido en aves de corral y he apostado cinco libras a que el ave que me comí es de campo.

-Pues ha perdido usted sus cinco libras, porque fue criada en Londres -atajó el vendedor.

-De eso, nada.

-Le digo yo que sí.

-No le creo.

-¿Se cree que sabe de aves más que yo, que vengo manejándolas desde que era un mocoso? Le digo que todos los gansos que le vendí al Alpha eran de Londres.

-No conseguirá convencerme.

-¿Quiere apostar algo?

-Es como robarle el dinero, porque me consta que tengo razón. Pero le apuesto un soberano, sólo para que aprenda a no ser tan terco.

El vendedor se rió por lo bajo y dijo:

-Tráeme los libros, Bill.

El muchacho trajo un librito muy fino y otro muy grande con tapas grasientas, y los colocó juntos bajo la lámpara.

-Y ahora, señor Sabelotodo -dijo el vendedor-, creía que no me quedaban gansos, pero ya verá cómo aún me queda uno en la tienda. ¿Ve usted este librito?

-Sí, ¿y qué?

-Es la lista de mis proveedores. ¿Ve usted? Pues bien, en esta página están los del campo, y detrás de cada nombre hay un número que indica la página de su cuenta en el libro mayor. ¡Veamos ahora! ¿Ve esta otra página en tinta roja? Pues es la lista de mis proveedores de la ciudad. Ahora, fíjese en el tercer nombre. Léamelo.

-Señora Oakshott,117 Brixton Road... 249 -leyó Holmes.

-Exacto. Ahora, busque esa página en el libro mayor. Holmes buscó la página indicada.

-Aquí está: señora Oakshott, 117 Brixton Road, proveedores de huevos y pollería.

-Muy bien. ¿Cuáles la última entrada?

-Veintidós de diciembre. Veinticuatro gansos a siete chelines y seis peniques.

-Exacto. Ahí lo tiene. ¿Qué pone debajo?

-Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a doce chelines.

-¿Qué me dice usted ahora?

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Sacó un soberano del bolsillo y lo arrojó sobre el mostrador, retirándose con el aire de quien está tan fastidiado que incluso le faltan las palabras. A los pocos metros se detuvo bajo un farol y se echó a reír de aquel modo alegre y silencioso tan característico en él.

-Cuando vea usted un hombre con patillas recortadas de ese modo y el «Pink'Up» asomándole del bolsillo, puede estar seguro de que siempre se le podrá sonsacar mediante una apuesta -dijo-. Me atrevería a decir que si le hubiera puesto delante cien libras, el tipo no me habría dado una información tan completa como la que le saqué haciéndole creer que me ganaba una apuesta. Bien, Watson, me parece que nos vamos acercando al foral de nuestra investigación, y lo único que queda por determinar es si debemos visitar a esta señora Oakshott esta misma noche o si lo dejamos para mañana. Por lo que dijo ese tipo tan malhumorado, está claro que hay otras personas interesadas en el asunto, aparte de nosotros, y yo creo...

Sus comentarios se vieron interrumpidos de pronto por un fuerte vocerío procedente del puesto que acabábamos de abandonar. Al darnos la vuelta, vimos a un sujeto pequeño y con cara de rata, de pie en el centro del círculo de luz proyectado por la lámpara colgante, mientras Breckinridge, el tendero, enmarcado en la puerta de su establecimiento, agitaba ferozmente sus puños en dirección a la figura encogida del otro.

-¡Ya estoy harto de ustedes y sus gansos! -gritaba-. ¡Váyanse todos al diablo! Si vuelven a fastidiarme con sus tonterías, les soltaré el perro. Que venga aquí la señora Oakshott y le contestaré, pero ¿a usted qué le importa? ¿Acaso le compré a usted los gansos?

-No, pero uno de ellos era mío -gimió el hombrecillo.

-Pues pídaselo a la señora Oakshott.

-Ella me dijo que se lo pidiera a usted.

-Pues, por mí, se lo puede ir a pedir al rey de Prusia. Yo ya no aguanto más. ¡Largo de aquí!

Dio unos pasos hacia delante con gesto feroz y el preguntón se esfumó entre las tinieblas.

-Ajá, esto puede ahorrarnos una visita a Brixton Road -susurró Holmes-. Venga

conmigo y veremos qué podemos sacarle a ese tipo.

Avanzando a largas zancadas entre los reducidos grupillos de gente que aún rondaban en torno a los puestos iluminados, mi compañero no tardó en alcanzar al hombrecillo y le tocó con la mano en el hombro. El individuo se volvió bruscamente y pude ver a la luz de gas que de su cara había desaparecido todo rastro de color.

-¿Quién es usted? ¿Qué quiere? -preguntó con voz temblorosa.

-Perdone usted -dijo Holmes en tono suave-, pero no he podido evitar oír lo que le preguntaba hace un momento al tendero, y creo que yo podría ayudarle.

-¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber nada de este asunto?

-Me llamo Sherlock Holmes, y mi trabajo consiste en saber lo que otros no saben.

-Pero usted no puede saber nada de esto.

-Perdone, pero lo sé todo. Anda usted buscando unos gansos que la señora Oakshott, de Brixton Road, vendió a un tendero llamado Breckinridge, y que éste a su vez vendió al señor Windigate, del Alpha, y éste a su club, uno de cuyos miembros es el señor Henry Baker.

-Ah, señor, es usted el hombre que yo necesito -exclamó el hombrecillo, con las manos extendidas y los dedos temblorosos-. Me sería difícil explicarle el interés que tengo en este asunto.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

-En tal caso, lo mejor sería hablar de ello en una habitación confortable, y no en este mercado azotado por el viento -dijo-. Pero antes de seguir adelante, dígame por favor a quién tengo el placer de ayudar.

El hombre vaciló un instante.

-Me llamo John Robinson -respondió, con una mirada de soslayo.

-No, no, el nombre verdadero -dijo Holmes en tono amable-. Siempre resulta incómodo tratar de negocios con un alias.

Un súbito rubor cubrió las blancas mejillas del desconocido.

-Está bien, mi verdadero nombre es James Ryder.

-Eso es. Jefe de servicio del hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al coche y pronto podré informarle de todo lo que desea saber.

El hombrecillo se nos quedó mirando con ojos medio asustados y medio esperanzados,

como quien no está seguro de si le aguarda un golpe de suerte o una catástrofe. Subió por fin al coche, y al cabo de media hora nos encontrábamos de vuelta en la sala de estar de Baker Street. No se había pronunciado una sola palabra durante todo el trayecto, pero la respiración agitada de nuestro nuevo acompañante y su continuo abrir y cerrar de manos hablaban bien a las claras de la tensión nerviosa que le dominaba.

-¡Henos aquí! -dijo Holmes alegremente cuando penetramos en la habitación-. Un buen fuego es lo más adecuado para este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Por favor, siéntese en el sillón de mimbre. Permita que me ponga las zapatillas antes de zanjar este asuntillo suyo. ¡Ya está! ¿Así que quiere usted saber lo que fue de aquellos gansos?

-Sí, señor.

-O más bien, deberíamos decir de aquel ganso. Me parece que lo que le interesaba era un ave concreta... blanca, con una franja negra en la cola.

Ryder se estremeció de emoción.

-¡Oh, señor! -exclamó-. ¿Puede usted decirme dónde fue a parar?

-Aquí.

-¿Aquí?

-Sí, y resultó ser un ave de lo más notable. No me extraña que le interese tanto. Como que puso un huevo después de muerta... el huevo azul más pequeño, precioso y brillante que jamás se ha visto. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se puso en pie, tambaleándose, y se agarró con la mano derecha a la repisa de la chimenea. Holmes abrió su caja fuerte y mostró el carbunclo azul, que brillaba como una estrella, con un resplandor frío que irradiaba en todas direcciones. Ryder se lo quedó mirando con las facciones contraídas, sin decidirse entre reclamarlo o negar todo conocimiento del mismo.

-Se acabó el juego, Ryder -dijo Holmes muy tranquilo-. Sosténgase, hombre, que se va a caer al fuego. Ayúdele a sentarse, Watson. Le falta sangre fría para meterse en robos impunemente. Dele un trago de brandy. Así. Ahora parece un poco más humano. ¡Menudo mequetrefe, ya lo creo!

Durante un momento había estado a punto de desplomarse, pero el brandy hizo subir un toque de color a sus mejillas, y permaneció sentado, mirando con ojos asustados a su acusador.

-Tengo ya en mis manos casi todos los eslabones y las pruebas que podría necesitar, así que es poco lo que puede usted decirme. No obstante, hay que aclarar ese poco para que el caso quede completo. ¿Había usted oído hablar de esta piedra de la condesa de

Morcar, Ryder?

-Fue Catherine Cusack quien me habló de ella -dijo el hombre con voz cascada.

-Ya veo. La doncella de la señora. Bien, la tentación de hacerse rico de golpe y con facilidad fue demasiado fuerte para usted, como lo ha sido antes para hombres mejores que usted; pero no se ha mostrado muy escrupuloso en los métodos empleados. Me parece, Ryder, que tiene usted madera de bellaco miserable. Sabía que ese pobre fontanero, Horner, había estado complicado hace tiempo en un asunto semejante, y que eso le convertiría en el blanco de todas las sospechas. ¿Y qué hizo entonces? Usted y su cómplice Cusack hicieron un pequeño estropicio en el cuarto de la señora y se las arreglaron para que hiciesen llamar a Horner. Y luego, después de que Horner se marchara, desvalijaron el joyero, dieron la alarma e hicieron detener a ese pobre hombre. A continuación...

De pronto, Ryder se dejó caer sobre la alfombra y se agarró a las rodillas de mi compañero.

-¡Por amor de Dios, tenga compasión! -chillaba-. ¡Piense en mi padre! ¡En mi madre! Esto les rompería el corazón. Jamás hice nada malo antes, y no lo volveré a hacer. ¡Lo juro! ¡Lo juro sobre la Biblia! ¡No me lleve a los tribunales! ¡Por amor de Cristo, no lo haga!

-¡Vuelva a sentarse en la silla! -dijo Holmes rudamente-. Es muy bonito eso de llorar y arrastrarse ahora, pero bien poco pensó usted en ese pobre Horner, preso por un delito del que no sabe nada.

-Huiré, señor Holmes. Saldré del país. Así tendrán que retirar los cargos contra él.

-¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora, oigamos la auténtica versión del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al buche del ganso, y cómo llegó el ganso al mercado público? Díganos la verdad, porque en ello reside su única esperanza de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos.

-Le diré lo que sucedió, señor -dijo-. Una vez detenido Horner, me pareció que lo mejor sería esconder la piedra cuanto antes, porque no sabía en qué momento se le podía ocurrir a la policía registrarme a mí y mi habitación. En el hotel no había ningún escondite seguro. Salí como si fuera a hacer un recado y me fui a casa de mi hermana, que está casada con un tipo llamado Oakshott y vive en Brixton Road, donde se dedica a engordar gansos para el mercado. Durante todo el camino, cada hombre que veía se me antojaba un policía o un detective, y aunque hacía una noche bastante fría, antes de llegar a Brixton Road me chorreaba el sudor por toda la cara. Mi hermana me preguntó qué me ocurría para estar tan pálido, pero le dije que estaba nervioso por el robo de joyas en el hotel. Luego me fui al patio trasero, me fumé una pipa y traté de decidir qué era lo que más me convenía hacer.

»En otros tiempos tuve un amigo llamado Maudsley que se fue por el mal camino y

acaba de cumplir condena en Pentonville. Un día nos encontramos y se puso a hablarme sobre las diversas clases de ladrones y cómo se deshacían de lo robado. Sabía que no me delataría, porque yo conocía un par de asuntillos suyos, así que decidí ir a Kilburn, que es donde vive, y confiarle mi situación. Él me indicará cómo convertir la piedra en dinero. Pero ¿cómo llegar hasta él sin contratiempos? Pensé en la angustia que había pasado viniendo del hotel, pensando que en cualquier momento me podían detener y registrar, y que encontrarían la piedra en el bolsillo de mi chaleco. En aquel momento estaba apoyado en la pared, mirando a los gansos que correteaban alrededor de mis pies, y de pronto se me ocurrió una idea para burlar al mejor detective que haya existido en el mundo.

»Unas semanas antes, mi hermana me había dicho que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad, y yo sabía que siempre cumplía su palabra. Cogería ahora mismo mi ganso y en su interior llevaría la piedra hasta Kilburn. Había en el patio un pequeño cobertizo, y me metí detrás de él con uno de los gansos, un magnífico ejemplar, blanco y con una franja en la cola. Lo sujeté, le abrí el pico y le metí la piedra por el gaznate, tan abajo como pude llegar con los dedos. El pájaro tragó, y sentí la piedra pasar por la garganta y llegar al buche. Pero el animal forcejeaba y aleteaba, y mi hermana salió a ver qué ocurría. Cuando me volví para hablarle, el bicho se me escapó y regresó dando un pequeño vuelo entre sus compañeros.

»-¿Qué estás haciendo con ese ganso, Jem? -preguntó mi hermana.

»-Bueno -dije-, como dijiste que me ibas a regalar uno por Navidad, estaba mirando cuál es el más gordo.

»-Oh, ya hemos apartado uno para ti -dijo ella-. Lo llamamos el ganso de Jem. Es aquel grande y blanco. En total hay veintiséis; o sea, uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para vender.

»-Gracias, Maggie -dije yo-. Pero, si te da lo mismo, prefiero ese otro que estaba examinando.

»-El otro pesa por lo menos tres libras más -dijo ella-, y lo hemos engordado expresamente para ti.

»-No importa. Prefiero el otro, y me lo voy a llevar ahora -dije.

»-Bueno, como quieras -dijo ella, un poco mosqueada-. ¿Cuál es el que dices que quieres?

»-Aquel blanco con una raya en la cola, que está justo en medio.

»-De acuerdo. Mátalo y te lo llevas.

»Así lo hice, señor Holmes, y me llevé el ave hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, porque es de la clase de gente a la que se le puede contar una cosa así. Se rió hasta partirse el pecho, y luego cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. Se me

encogió el corazón, porque allí no había ni rastro de la piedra, y comprendí que había cometido una terrible equivocación. Dejé el ganso, corrí a casa de mi hermana y fui derecho al patio. No había ni un ganso a la vista.

»-¿Dónde están todos, Maggie? -exclamé.

»-Se los llevaron a la tienda.

»-¿A qué tienda?

»-A la de Breckinridge, en Covent Garden.

»-¿Había otro con una raya en la cola, igual que el que yo me llevé? -pregunté.

»-Sí, Jem, había dos con raya en la cola. Jamás pude distinguirlos.

»Entonces, naturalmente, lo comprendí todo, y corrí a toda la velocidad de mis piernas en busca de ese Breckinridge; pero ya había vendido todo el lote y se negó a decirme a quién. Ya le han oído ustedes esta noche. Pues todas las veces ha sido igual. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces, yo también lo creo. Y ahora... ahora soy un ladrón, estoy marcado, y sin haber llegado a tocar la riqueza por la que vendí mi buena fama. ¡Que Dios se apiade de mí! ¡Que Dios se apiade de mí!

Estalló en sollozos convulsivos, con la cara oculta entre las manos.

Se produjo un largo silencio, roto tan sólo por su agitada respiración y por el rítmico tamborileo de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Por fin, mi amigo se levantó y abrió la puerta de par en par.

-¡Váyase! -dijo.

-¿Cómo, señor? ¡Oh! ¡Dios le bendiga!

-Ni una palabra más. ¡Fuera de aquí!

Y no hicieron falta más palabras. Hubo una carrera precipitada, un pataleo en la escalera, un portazo y el seco repicar de pies que corrían en la calle.

-Al fin y al cabo, Watson -dijo Holmes, estirando la mano en busca de su pipa de arcilla-, la policía no me paga para que cubra sus deficiencias. Si Horner corriera peligro, sería diferente, pero este individuo no declarará contra él, y el proceso no seguirá adelante. Supongo que estoy indultando a un delincuente, pero también es posible que esté salvando un alma. Este tipo no volverá a descarriarse. Está demasiado asustado. Métalo en la cárcel y lo convertirá en carne de presidio para el resto de su vida. Además, estamos en época de perdonar. La casualidad ha puesto en nuestro camino un problema de lo más curioso y extravagante, y su solución es recompensa suficiente. Si tiene usted la amabilidad de tirar de la campanilla, doctor, iniciaremos otra investigación, cuyo tema principal será también un ave de corral.

El caso de lady Sannox

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Las relaciones entre Douglas Stone y la conocidísima lady Sannox eran cosa sabida tanto en los círculos elegantes a los que ella pertenecía en calidad de miembro brillante, como en los organismos científicos que lo contaban a él entre sus más ilustres cofrades. Por esta razón, al anunciarse cierta mañana que la dama había tomado de una manera resuelta y definitiva el velo de religiosa, y que el mundo no volvería a saber más de ella, se produjo, como es natural, un interés que alcanzó a muchísima gente. Pero cuando a este rumor siguió de inmediato la seguridad de que el célebre cirujano, el hombre de nervios de acero, había sido encontrado una mañana por su ayuda de cámara sentado al borde de su cama, con una placentera sonrisa en el rostro y las dos piernas metidas en una sola pernera de su pantalón, y que aquel gran cerebro valía ahora lo mismo que una gorra llena de sopa, el tema resultó suficientemente sensacional para que se estremeciesen ciertas gentes que creían tener su sistema nervioso a prueba de esa clase de sensación.

Douglas Stone fue en su juventud uno de los hombres más extraordinarios de Inglaterra. La verdad es que apenas si podía decirse, en el momento de ocurrir este pequeño incidente, que hubiese pasado esa juventud, porque sólo tenía entonces treinta y nueve años. Quienes lo conocían a fondo sabían perfectamente que, a pesar de su celebridad como cirujano, Douglas Stone habría podido triunfar con rapidez aún mayor en una docena de actividades distintas. Podía haberse abierto el camino hasta la fama como soldado o haber forcejeado hasta alcanzarla como explorador; podía haberla buscado con empaque y solemnidad en los tribunales, o bien habérsela construido de piedra y de hierro actuando de ingeniero. Había nacido para ser grande, porque era capaz de proyectar lo que otros hombres no se atrevían a llevar a cabo, y de llevar a cabo lo que otros hombres no se atrevían a proyectar. Nadie le alcanzaba en cirugía. Su frialdad de nervios, su cerebro y su intuición eran cosa fuera de lo corriente. Una y otra vez su bisturí alejó la muerte, aunque al hacerlo hubiese tenido que rozar las fuentes mismas de la vida, mientras sus ayudantes empalidecían tanto como el hombre operado. ¿No queda aún en la zona del sur de Marylebone Road y del norte de Oxford Street el recuerdo de su energía, de su audacia y de su plena seguridad en sí mismo?

Tan destacados como sus virtudes eran sus vicios, siendo, además, infinitamente más pintorescos. Aunque sus rentas eran grandes, y aunque era, en cuanto a ingresos profesionales, el tercero entre todos los de Londres, todo ello no le alcanzaba para el tren de vida en que se mantenía. En lo más hondo de su complicada naturaleza había una abundante vena de sensualidad y Douglas Stone colocaba todos los productos de su vida al servicio de la misma. Era esclavo de la vista, del oído, del tacto, del paladar. El aroma de los vinos añejos, el perfume de lo raro y exótico, las curvas y tonalidades de las más finas porcelanas de Europa se llevaban el río de oro al que daba rápido curso. Y de pronto lo acometió aquella loca pasión por lady Sannox. Una sola entrevista, con dos miradas desafiadoras y unas palabras cuchicheadas al oído, la convirtieron en hoguera. Ella era la mujer más adorable de Londres y la única que existía para él. Él era uno de los hombres más bellos de Londres, pero no era el único que existía para ella. Lady Sannox era aficionada a variar, y se mostraba amable con muchos de los hombres que la cortejaban. Quizá fuese esa la causa y quizá fuese el efecto; el hecho es que lord

Sannox, el marido, parecía tener cincuenta años, aunque en realidad sólo hahía cumplido los treinta y seis.

Era hombre tranquilo, callado, sin color, de labios delgados y párpados voluminosos, muy aficionado a la jardinería y dominado completamente por inclinaciones hogareñas. Antaño había mostrado aficiones a los escenarios; llegó incluso a alquilar un teatro en Londres, y en el escenario de ese teatro conoció a miss Marion Dawson, a la que ofreció su mano, su título y la tercera parte de un condado. Aquella primera afición suya se le había hecho odiosa después de su matrimonio. No se lograba convencerle de que mostrase ni siquiera en representaciones particulares el talento de actor que tantas veces había demostrado poseer. Era más feliz con una azadilla y con una regadera entre sus orquídeas y crisantemos.

Resultaba problema interesantísimo el de saber si aquel hombre estaba desprovisto por completo de sensibilidad, o si carecía lamentahlemente de energía. ¿Estaba, acaso, enterado de la conducta de su esposa y la perdonaba, o era sólo un hombre ciego, caduco y estúpido? Era ése un problema propio para servir de pábulo a las conversaciones en los saloncitos coquetones en que se tomaba el té y en las ventanas saledizas de los clubes, mientras se saboreaba un cigarro. Los comentarios que hacían los hombres de su conducta eran duros y claros. Sólo un hombre habría podido hablar en favor suyo, pero ese hombre era el más callado de todos los que frecuentaban el salón de fumadores. Ese individuo le hahía visto domar un caballo en sus tiempos de universidacl, y su manera de hacerlo le hahía dejado una impresión duradera.

Pero cuando Douglas Stone llegó a ser el favorito, cesaron de una manera definitiva todas las dudas que se tenían sobre si lord Sannox conocía o ignoraha aquellas cosas. Tratándose de Stone no cabían subterfugios, porque, como era hombre impetuoso y violento, dejaba de lado las precauciones y toda discreción. El escándalo llegó a ser público y notorio. Un organismo docto hizo saber que había borrado el nombre de Stone de la lista de sus vicepresidentes. Hubo dos amigos que le suplicaron que tuviese en cuenta su reputación profesional. Douglas Stone abrumó con su soberbia a los tres, y gastó cuarenta guineas en una ajorca que llevó de regalo en su visita a la dama. Él la visitaba todas las noches en su propia casa, y ella se paseaba por las tardes en el coche del cirujano. Ninguno de los dos realizó la menor tentativa para ocultar sus relaciones; pero se produjo, al fin, un pequeño incidente que las interrumpió.

Era una noche de invierno, triste, muy fría y ventosa. Ululaba el viento en las chimeneas y sacudía con estrépito las ventanas. A cada nuevo suspiro del viento oíase sobre los cristales un tintineo de la fina lluvia que tamborileaba en ellos, apagando por un instante el monótono sonido del agua que caía de los aleros. Douglas Stone había terminado de cenar y estaba junto a la chimenea de su despacho, con una copa de rico oporto sobre la mesa de malaquita que tenía a su lado. Al acercarla hacia sus labios la miró a contraluz de la lámpara, contemplando con pupila de entendido las minúsculas escamitas de flor de vino, de un vivo color rubí que flotaban en el fondo. El luego llameante proyectaha reflejos súbitos sobre su cara audaz y de fuerte perfil. De grandes ojos grises, labios gruesos pero tensos, y de mandíbula fuerte y en escuadra, tenía algo de romano en su energía y animalidad. Al arrellanarse en su magnífico sillón, Douglas Stone se sonreía de cuando en cuando. A decir verdad, tenía derecho a sentirse complacido: contrariando la opinión de seis de sus colegas, había llevado a cabo ese mismo día una operación de la que sólo podían citarse dos casos hasta entonces, y el resultado obtenido superaba

todas las esperanzas. No había en Londres nadie con la audacia suficiente para proyectar, ni con la habilidad necesaria para poner en obra, aquel recurso heroico.

Pero Douglas Stone había prometido a lady Sannox que pasaría con ella la velada, y eran ya las ocho y media. Había alargado la mano hacia el llamador de la campanilla para pedir el coche, cuando llegó a sus oídos el golpe sordo del aldabón de la puerta de calle. Se oyó un instante después ruido de pies en el vestíbulo, y el golpe de una puerta que se cerraba.

-Señor, en la sala de consulta hay un enfermo que desea verlo -dijo el ayuda de cámara.

-¿Se trata del mismo paciente?

-No, señor, creo que desea que salga usted con él.

-Es demasiado tarde exclamó Douglas Stone con irritación-. No iré.

-Ésta es la tarjeta del que espera, señor.

El ayuda de cámara se la presentó en la bandeja de oro que la esposa de un primer ministro había regalado a su amo.

-¡Hamil Alí Smyrna! ¡Ejem!, supongo que se trata de un turco.

-Así es, señor. Parece que hubiera llegado del extranjero, señor, y se encuentra en un estado espantoso.

-¡Vaya! El caso es que tengo un compromiso y he de marchar a otra parte. Pero lo recibiré. Hágalo pasar, Pim.

Unos momentos después, el ayuda de cámara abría de par en par la puerta y dejaba paso a un hombre pequeño y decrépito, que caminaba con la espalda inclinada, adelantando el rostro y parpadeando como suelen hacerlo las personas muy cortas de vista. Tenía el rostro muy moreno y el pelo y la barba de un color negro muy oscuro. Sostenía en una mano un turbante de muselina blanca con listas encarnadas, y en la otra, una pequeña bolsa de gamuza.

-Buenas noches -dijo Douglas Stone, una vez que el criado cerró la puerta-. ¿Habla usted inglés, verdad?

-Sí, señor. Yo procedo del Asia Menor, pero hablo algo de inglés, lentamente.

-Tengo entendido que usted quiere que yo le acompañe fuera de casa.

-En efecto, señor. Tengo gran deseo de que examine usted a mi esposa.

-Puedo hacerlo mañana por la mañana, porque esta noche tengo una cita que me impide visitar a su esposa.

La respuesta del turco fue por demás original.

Aflojó la cuerda que cerraba la boca del bolso de gamuza, y vertió un río de oro sobre la mesa, diciendo:

-Ahí tiene cien libras, y le aseguro que la visita no le llevará más de una hora. Tengo a la puerta un carruaje.

Douglas Stone consultó su reloj. Una hora de retraso le daría tiempo aún para visitar a lady Sannox. En otras ocasiones la había visitado a una hora más tardía. Aquellos honorarios eran muy elevados. En los últimos tiempos lo apremiaban los acreedores y no podía desperdiciar una ocasión así. Iría.

-¿De qué enfermedad se trata?-preguntó.

-¡Oh, es un caso muy triste! ¡Un caso muy triste y único! ¿Oyó usted hablar alguna vez de los puñales de los almohades?

-Nunca.

-Pues bien: se trata de unos puñales o dagas del Oriente que tienen gran antigüedad y que son de una forma característica, con la empuñadura parecida a lo que ustedes llaman un estribo. Yo negocio en antigüedades, y por esa razón he venido a Inglaterra desde Esmirna; pero regreso la semana que viene. Traje un gran acopio de artículos, y aún me quedan algunos. Para desconsuelo mío, entre esos artículos que me quedaban está uno de esos puñalesde que le hablo.

-Permítame, señor, que le recuerde que tengo una cita -dijo el cirujano, con algo de irritación-. Limítese, por favor, a los detalles indispensables.

-Ya verá usted que éste lo es. Mi esposa tuvo hoy un desmayo hallándose en la habitación en que guardo mi mercancía, y se cayó al suelo, cortándose el labio inferior con ese maldito puñal de los almohades.

-Comprendo -dijo Douglas Stone poniéndose de pie-. Lo que usted quiere es que le cure la herida.

-No, no; porque es algo peor que eso.

-¿De qué se trata, pues?

-De que esos puñales están envenenados.

-¡Envenenados!

-Sí, y no existe nadie en Oriente ni en Occidente que sepa hoy de qué clase de veneno se trata y con qué se cura. Conozco esos detalles porque mi padre se dedicó a este negocio antes que yo, y porque estas armas envenenadas nos han dado mucho trabajo.

-¿Cuáles son los síntomas?

-Sueño profundo, y la muerte antes de las treinta horas.

-Y usted asegura que no existe cura posible. ¿Por qué razón entonces me paga una suma tan crecida de honorarios?

-Ninguna droga existe que pueda curar el envenenamiento, pero sí puede curarla el bisturí.

-¿De qué manera?

-El veneno es de absorción lenta. Permanece horas enteras en la misma herida.

-Según eso, podría limpiarse a fuerza de lavados.

-No, porque ocurre lo mismo que con las mordeduras de reptiles venenosos. E1 veneno es demasiado sutil y demasiado mortífero.

-Habrá que extirpar el órgano herido.

-Eso es; si la herida es en un dedo, se arranca el dedo. Es lo que decía siempre mi padre. Pero piense usted en dónde está la herida en este caso y en que se trata de mi esposa. ¡Es horrible!

Pero, en asuntos tan dolorosos, el hallarse familiarizado con ellos puede embotar la simpatía de un hombre. Para Douglas Stone aquel caso era ya interesante, e hizo a un lado como cosa sin importancia las débiles objeciones del marido, diciendo con brusquedad:

-Por lo que se ve, no hay otra alternativa. Es preferible perder un labio a perder una vida.

-Sí, reconozco que eso que dice es cierto. Bien, bien, es el destino, y no hay más remedio que aceptarlo. Tengo abajo el coche, vendrá usted conmigo y realizará la operación.

Douglas Stone sacó de un cajón su estuche de bisturíes y se lo metió al bolsillo, junto con un rollo de vendajes y un paquete de hilas. No podía perder más tiempo si había de visitar a lady Sannox. Dijo, pues, poniéndose el gabán:

-Estoy dispuesto, si no quiere usted tomar un vaso de vino antes de salir a la fría temperatura de la noche.

El visitante retrocedió, alzando la mano en señal de protesta:

-Se olvida usted de que soy musulmán y fiel cumplidor de los preceptos del profeta. Sin embargo, quisiera. que me dijese qué contiene la botella de cristal verde que se ha metido en el bolsillo.

-Es cloroformo.

-También su empleo nos está prohibido. Se trata de un líquido espirituoso y no podemos emplear semejantes productos.

-¡Cómo! ¿Consentirá que su esposa tenga que pasar por esta operación sin un anestésico?

-¡Oh, señor! Ella no se dará cuenta de nada. La pobre está sumida ya en el sueño profundo, el primer efecto de esa clase de veneno. Además la hice tomar nuestro opio de Esmirna. Vamos, señor, porque ha transcurrido ya una hora.

Cuando salieron a la oscuridad de la calle, una ráfaga de lluvia azotó sus caras, y la lámpara del vestíbulo, que se bamboleaba colgada del brazo de una cariátide de mármol, se apagó de golpe. E1 ayuda de cámara, Pim, cerró la pesada puerta empujando con todas sus fuerzas para vencer la resistencia del viento, mientras los dos hombres avanzaban con cuidado hasta la luz amarilla que indicaba el sitio donde esperaba el coche. Unos momentos después rodaban con estrépito hacia su punto de destino.

-¿Está lejos?-preguntó Douglas Stone.

-¡Oh, no! Vivimos en un lugar muy tranquilo próximo a Euston Road.

El cirujano oprimió el resorte de su reloj.de repetición y escuchó los golpecitos que le anunciaron la hora. Eran las nueve y cuarto. Calculó las distancias y el poco tiempo que le llevaría una operación tan sencilla. Para las diez tenía que llegar a casa de lady Sannox. A través de las ventanas empañadas, veía la danza de los borrosos faroles de gas que iban quedando atrás, y las ruedas del coche producían un blando siseo al pasar por un terreno de charcos y de barro. Frente a Douglas Stone blanqueaba débilmente en la oscuridad el turbante de su cliente. El cirujano palpó dentro de sus bolsillos y dispuso sus agujas, ligaduras y pinzas, para no perder tiempo cuando llegasen. Rabiaba de impaciencia y tamborileaba en el suelo con el pie.

El coche fue por fin perdiendo velocidad y se detuvo. Douglas Stone se apeó en el acto, y el comerciante de Esmirna lo hizo pisándole los talones, y dijo al cochero:

-Espere usted.

Era una casa de aspecto ruin en una calle sórdida y estrecha. El cirujano, que conocía bien su Londres, echó una rápida ojeada por la oscuridad, pero no observó nada característico: ni una tienda, ni movimiento alguno, nada, en fin, fuera de la doble fila de casas sin relieve en sus fachadas, de una doble faja de losas húmedas que brillaban a la luz de la lámpara y de un doble y estrepitoso correr del agua por los arroyos para precipitarse entre remolinos y gorgoteos por las rejillas de los sumideros. Se encontraron delante de una puerta descascarada y descolorida, en la que la débil luz que salía por el abanico de la parte superior servía para poner de relieve el polvo y la suciedad con que estaba cubierta. En el piso superior brillaba una débil luz amarilla en una de las ventanas del dormitorio. El comerciante turco llamó con fuertes golpes; cuando se volvió de cara a la luz Douglas Stone pudo ver que su cara se hallaba contraída de ansiedad. Corrieron un cerrojo, y apareció en el umbral una mujer anciana

con una velita, resguardando la débil llama con su mano asarmentada.

-¿Sigue todo bien?-jadeó el mercader.

-La señora está tal como usted la dejó.

-¿No habló?

-No, duerme profundamente.

El comerciante cerró la puerta, y Douglas Stone avanzó por el estrecho pasillo, mirando con sorpresa en torno suyo. No había ni linóleo, ni esterilla, ni percha de sombreros. No vio otra cosa que gruesas capas de polvo y tupidas orlas de telarañas por todas partes. Sus firmes pisadas resonaban con fuerza por toda la casa en silencio, mientras subía detrás de la anciana por la tortuosa escalera.No había alfombra.

El dormitorio estaba en el segundo descansillo. Douglas Stone entró en él detrás de la anciana, y seguido inmediatamente por el mercader. Allí por lo menos había muebles, incluso con exceso. Se veía en el suelo un revoltijo y en los rincones, verdaderas pilas de vitrinas turcas, mesas incrustadas, cotas de malla, pipas de formas extrañas y armas grotescas. Por toda luz, había en la pared una lámpara pequeña sostenida por una horquilla. Douglas Stone la descolgó, se abrió paso entre los trastos viejos y se acercó a una cama que había en un rincón, y en la que estaba acostada una mujer vestida al estilo turco, con el yashmak y el velo. Sólo la parte inferior de la cara estaba al descubierto, y el cirujano pudo ver un corte dentado que zigzagueaba por todo el borde del labio inferior.

-Ya perdonará usted que esté tapada con el yashmak, sabiendo lo que los orientales pensamos acerca de las mujeres -dijo el turco.

Pero el cirujano pensaba en otra cosa distinta que el yashmak. Aquello no era una mujer para él, sino simplemente un caso. Se inclinó y examinó con cuidado la herida, y dijo:

-No existen señales de inflamación. Podríamos retrasar la operación hasta que se desarrollen los síntomas locales.

-¡Oh señor, señor! -dijo el mercader-. No ande con nimiedades. Usted no sabe lo que es esto. Esa herida es mortal. Yo sí que lo sé, y le doy la seguridad de que es absolutamente indispensable operar. Sólo el bisturí puede salvarle la vida.

-Sin embargo, yo me siento inclinado a esperar -dijo Douglas Stone.

-¡Basta ya! -exclamó irritado el turco-. Cada minuto que pasa tiene importancia, y yo no puedo permanecer aquí viendo cómo se va muriendo mi esposa. No me queda más que dar a usted las gracias por haber venido y marchar en busca de otro cirujano antes de que sea demasiado tarde.

Douglas Stone vaciló. No era agradable el tener que devolver las cien libras, pero si dejaba abandonado el caso tendría que hacerlo. Y si el turco estaba en lo cierto y la mujer fallecía, la posición de Douglas delante del juez de investigación podía resultar

embarazosa.

-De modo que usted sabe por experiencia personal cuáles son los efectos de este veneno -le preguntó.

-Lo sé.

-Y me asegura que la operación es indispensable.

-Lo juro por todo cuanto es sagrado para mí.

-La cara quedará desfigurada espantosamente.

-Comprendo que la boca no quedará como para besarla con agrado.

Douglas Stone se volvió indignado hacia aquel hombre. Su manera de hablar era brutal. Pero los turcos hablan y piensan a su propia manera, y no era aquel un momento para dimes y diretes. Douglas Stone sacó un bisturí del estuche, lo abrió y tanteó con el dedo índice su filo agudo. Acto seguido, acercó más la lámpara a la cama. Por la rendija del yashmak lo miraban con fijeza dos ojos negros. Eran todo iris, distinguiéndose apenas la pupila.

-Le ha dado usted una dosis de opio muy fuerte.

-Sí, ha sido bastante buena.

El cirujano volvió a contemplar los ojos negros que lo miraban fijamente. Estaban apagados y sin brillo, pero pudo advertir que aparecía en ellos una lucecita de vida, y que le temblaban los labios.

-Esta mujer no está en estado absoluto de inconsciencia -dijo el cirujano.

-¿Y no será preferible emplear el bisturí mientras está insensible?

Ese mismo pensamiento había cruzado por el cerebro del cirujano. Sujetó con su fórceps el labio herido y dando dos rápidos cortes se llevó una ancha tira de carne en forma de V. La mujer saltó en la cama con un alarido espantoso Douglas Stone conocía aquella cara. Era una cara que le era familiar, a pesar del labio superior saliente y de la sangre que le manaba. La mujer siguió gritando y se llevó la mano a la herida sangrante. Douglas Stone se sentó al pie de la cama con su bisturí y su fórceps. La habitación giraba a su alrededor, y había sentido que detrás de sus orejas se le desgarraba algo como una cicatriz. Quien hubiese estado mirando, habría dicho que de las dos caras la suya era la más espantosa. Como si estuviere soñando una pesadilla, o como si hubiese estado mirando un detalle de una representación, tuvo conciencia de que la cabellera y la barba del turco estaban encima de la mesa, y de que lord Sannox se apoyaba en la pared apretándose el costado con la mano y riendo silenciosamente. Los alaridos habían dejado de oírse, y la cabeza horrenda había vuelto a caer encima de la almohada, pero Douglas Stone seguía sentado e inmóvil, mientras lord Sannox reía silenciosamente.

-La verdad es -dijo por fin -que esta operación era verdaderamente indispensable para

Mary; no física, pero sí moralmente. Entiéndame bien, moralmente.

Douglas Stone se inclinó hacia adelante y empezó a juguetear con el fleco de la colcha de la cama. Su bisturí tintineó en el suelo al caer, pero el cirujano seguía sosteniendo su fórceps y algo más. Lord Sannox dijo con ironía:

-Tenía desde hace mucho tiempo el propósito de dar un pequeño ejemplo. Su carta del miércoles se extravió, y la tengo aquí en mi cartera. Me costó bastante trabajo la puesta en práctica de mi idea. La herida, dicho sea de paso, no tenía más peligrosidad que la que puede darle mi anillo de sello.

Miró vivamente a su silencioso acompañante, y levantó el gatillo de un revólver pequeño que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Pero Douglas Stone seguía jugueteando con la colcha. Entonces le dijo:

-Ya ve usted que, después de todo, ha acudido a la cita.

Al oír aquello, Douglas Stone rompió a reír. Fue la suya una risa larga y ruidosa. Quien no se reía ahora era lord Sannox. Sus facciones se aguzaron y cuajaron con una expresión parecida a la del miedo. Salió de puntillas de la habitación.

La anciana esperaba afuera.

-Atienda a su señora cuando se despierte -le dijo lord Sannox.

Luego bajó las escaleras y salió a la calle. El coche esperaba a la puerta, y el cochero se llevó la mano al sombrero. Lord Sannox le dijo:

-Juan, ante todo llevarás al doctor a su casa. Creo que hará falta asistirlo al bajar las escaleras. Dile a su ayuda de cámara que se ha puesto enfermo durante una operación.

-Muy bien, señor.

-Después llevarás a lady Sannox a casa.

-¿Y a usted, señor?

-Verás. Durante los próximos meses me hospedaré en el Hotel di Roma, en Venecia. Cuida de que me sea enviada la correspondencia, y dile a Stevens que el lunes próximo exhiba todos los crisantemos de color púrpura y que me telegrafíe el resultado.

El gato del Brasil

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Es una desgracia para un joven tener aficiones caras, grandes expectativas de riqueza, parientes aristocráticos, pero sin dinero contante y sonante, y ninguna profesión con que

poder ganarlo. El hecho es que mi padre, hombre bondadoso, optimista y jactancioso, tenía una confianza tal en la riqueza y en la benevolencia de su hermano mayor, solterón, lord Southerton, que dio por hecho el que yo, su único hijo, no me vería nunca en la necesidad de ganarme la vida. Se imaginó que, aun en el caso de no existir para mí una vacante en las grandes posesiones de Southerton, encontraría, por lo menos, algún cargo en el servicio diplomático, que sigue siendo espacio cerrado de nuestras clases privilegiadas. Falleció demasiado pronto para comprobar todo lo equivocado de sus cálculos. Ni mi tío ni el estado se dieron por enterados de mi existencia, ni mostraron el menor interés por mi porvenir. Todo lo que me llegaba como recordatorio de ser el heredero de la casa de Otswell y de una de las mayores fortunas del país, eran un par de faisanes de cuando en cuando, o una canastilla de liebres. Mientras tanto, yo me encontré soltero y paseante, viviendo en un departamento de Grosvenor-Mansions, sin más ocupaciones que el tiro de pichón y jugar al polo en Hurlingham. Un mes tras otro fui comprobando que cada vez resultaba más difícil conseguir que los prestamistas me renovasen los pagarés, y obtener más dinero a cuenta de las propiedades que habría de heredar. Vislumbraba la ruina que se me presentaba cada día más clara, más inminente y más completa.

Lo que más vivamente me daba la sensación de mi pobreza era el que, aparte de la gran riqueza de lord Southerton, todos mis restantes parientes tenían una posición desahogada. El más próximo era Everard King, sobrino de mi padre y primo carnal mío, que había llevado en el Brasil una vida aventurera, regresando después a Inglaterra para disfrutar tranquilamente de su fortuna. Nunca supimos de qué manera la había hecho; pero era evidente que poseía muchodinero, porque compró la finca de Greylands, cerca de Clipton-on-the-Marsh, en Suffolk. Durante su primer año de estancia en Inglaterra no me prestó mayor atención que mi avaricioso tío; pero una buena mañana de primavera, recibí con gran satisfacción y júbilo, una carta en que me invitaba a ir aquel mismo día a su finca para una breve estancia en Greylands Court. Yo esperaba por aquel entonces hacer una visita bastante larga al tribunal de quiebras, o Bankruptcy Court, y esa interrupción me pareció casi providencial. Quizá pudiera salir adelante si me ganaba las simpatías de aquel pariente mío desconocido. No podía dejarme por completo en la estacada, si valoraba en algo el honor de la familia. Di orden a mi ayuda de cámara de que dispusiese mi maleta, y aquella misma tarde salí para Clipton-on-the-Marsh.

Después de cambiar de tren a uno corto, en ese empalme de Ipswich, llegué a una estación pequeña y solitaria que se alzaba en una llanura de praderas atravesadas por un río de corriente perezosa, que serpenteaba por entre orillas altas y fangosas, haciéndome comprenderque la subida de la marea llegaba hasta allí. No me esperaba ningún coche (más tarde me enteré de que mi telegrama había sufrido retraso) y por eso alquilé uno en el mesón del pueblo. Al cochero, hombre excelente, se le llenaba la boca elogiando a mi primo, y por él me enteré de que el nombre de míster Everard King era de los que merecían ser traídos a cuento en aquella parte del país. Daba fiestas a los niños de la escuela, permitía el libre acceso de los visitantes a su parque, estaba suscrito a muchas obras benéficas y, en una palabra, su filantropía era tan universal que mi cochero sólo se la explicaba con la hipótesis de que mi pariente abrigaba la ambición de ir al parlamento.

La aparición de un ave preciosa que se posó en un poste de telégrafo, al lado de la

carretera, apartó mi atención del panegírico que estaba haciendo el cochero. A primera vista me pareció que se trataba de un arrendajo, pero era mayor que ese pájaro y de un plumaje más alegre. El cochero me explicó inmediatamente la presencia del ave diciendo que pertenecía al mismo hombre a cuya finca estábamos a punto de llegar. Por lo visto, una de las aficiones de mi pariente consistía en aclimatar animales exóticos, y se había traído del Brasil una cantidad de aves y de otros animales que estaba tratando de criar en Inglaterra.

Una vez que cruzamos la puerta exterior del parque de Greylands, se nos ofrecieron numerosas pruebas de esa afición suya. Algunos ciervos pequeños y con manchas, un extraño jabalí que, según creo, es conocido con el nombre de pecarí, una oropéndola de plumaje espléndido, algunos ejemplares de armadillos y un extraño animal que caminaba pesadamente y que parecía un tejón sumamente grueso, figuraron entre los animales que distinguí mientras el coche avanzaba por la avenida curva.

Míster Everand King, mi primo desconocido, estaba en persona esperándome en la escalinata de su casa, porque nos vio a lo lejos y supuso que era yo el que llegaba. Era hombre de aspecto muy sencillo y bondadoso, pequeño de estatura y corpulento, de cuarenta y cinco años, quizá, y de cara llena y simpática, atezada por el sol del trópico y plagada de mil arrugas. Vestía traje blanco, al estilo auténtico del cultivador tropical; tenía entre sus labios un cigarro, y en su cabeza un gran sombrero panameño echado hacia atrás. La suya era una figura que asociamos con la visión de una terraza de bungalow, y parecía curiosamente desplazada delante de aquel palacio inglés, grande de tamaño y construido de piedra de sillería, con dos alas macizas y columnas estilo Palladio delante de la puerta principal.

-¡Mujer, mujer, aquí tenemos a nuestro huésped! -gritó, mirando por encima de su hombro-. ¡Bien venido, bien venido a Greylands! Estoy encantado de conocerte, primo Marshall, y considero como una gran atención el que hayas venido a honrar con tu presencia esta pequeña y adormilada mansión campestre.

Sus maneras no podían ser más cordiales. En seguida me sentí a mis anchas. Pero toda su cordialidad apenas podía compensar la frialdad e incluso grosería de su mujer, es decir, de la mujer alta y ceñuda que acudió a su llamada. Según tengo entendido, era de origen brasileño, aunque hablaba a la perfección el inglés, y yo disculpé sus maneras, atribuyéndolas a su ignorancia de nuestras costumbres. Sin embargo, ni entonces ni después trató de ocultar lo poco que le agradaba mi visita a Greylands Court. Por regla general, sus palabras eran corteses, pero poseía unos ojos negros extraordinariamente expresivos, y en ellos leí con claridad, desde el primer momento, que anhelaba vivamente que yo regresara a Londres.

Sin embargo, mis deudas cran demasiado apremiantes, y los proyectos que yo basaba en mi rico pariente, demasiado vitales para dejar que fracasasen por culpa del mal genio de su mujer. Me despreocupé, por tanto, de su frialdad y le devolví a mi primo la extraordinaria cordialidad con que me había acogido. Él no había ahorrado molestias para procurarme toda clase de comodidades. Mi habitación era encantadora. Me suplicó que le indicase cualquier cosa que pudiera apetecer para estar allí completamente a mi gusto. Tuve en la punta de la lengua contestarle que un cheque en blanco resultaría una

ayuda eficaz para que yo me considerara feliz, pero me pareció prematuro en el estado en que se encontraban nuestras relaciones. La cena fue excelente. Cuando de sobremesa, nos sentamos a fumar unos habanos y a tomar el café, que, según me informó, se lo enviaban, seleccionado para él, de su propia plantación, me pareció que todas las alabanzas del cochero estaban justificadas, y que jamás había yo tratado con un hombre más cordial y hospitalario.

Pero, no obstante la simpatía de su temperamento era hombre de firme voluntad y dotado de un genio arrebatado muy característico. Lo pude comprobar a la mañana siguiente. La curiosa animadversión que la señora de mi primo había concebido hacia mí era tan fuerte, que su comportamiento durante el desayuno me resultó casi ofensivo. Pero, una vez que su esposo se retiró de la habitación, ya no hubo lugar a dudas acerca de lo que pretendía, porque me dijo:

-El tren más conveniente del día es el que pasa a las doce y cincuenta minutos.

-Es que yo no pensaba marcharme hoy-le contesté con franqueza, quizá con arrogancia, porque estaba resuelto a no dejarme echar de allí por esa mujer.

-¡Oh, si es usted quien ha de decidirlo...! -dijo ella y dejó cortada la frase, mirándome con una expresión insolente.

-Estoy seguro de que míster Everard King me lo advertiría si yo traspasara su hospitalidad.

-¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?-preguntó una voz, y mi primo entró en la habitación.

Había escuchado mis últimas palabras, y le bastó dirigir una sola mirada a mi cara y a la de su esposa.

Su rostro, regordete y simpático, se revistió en el acto con una expresión de absoluta ferocidad, y dijo:

-¿Me quieres hacer el favor de salir, Marshall?

Diré de paso que mi nombre y apellido son Marshall King.

Mi primo cerró la puerta en cuanto hubo salido, e inmediatamente oí que hablaba a su mujer en voz baja, pero con furor concentrado. Aquella grosera ofensa a la hospitalidad lo había lastimado evidentemente en lo más vivo. A mí no me gusta escuchar de manera subrepticia, y me alejé paseando hasta el prado. De pronto oí a mis espaldas pasos precipitados y vi que se acercaba- la señora con el rostro pálido de emoción y los ojos enrojecidos de tanto llorar.

-Mi marido me ha rogado que le presente mis disculpas, míster Marshall King -dijo, permaneciendo delante de mí con los ojos bajos.

-Por favor, señora, no diga ni una palabra más.

Sus ojos negros me miraron de pronto con pasión:

-¡Estúpido! -me dijo con voz sibilante y frenética vehemencia. Luego giró sobre sus tacones y marchó rápida hacia la casa.

La ofensa era tan grave, tan insoportable, que me quedé de una pieza, mirándola con asombro. Seguía en el mismo lugar cuando vino a reunirse conmigo mi anfitrión. Había vuelto a ser el mismo hombre simpático y regordete.

-Creo que mi señora se ha disculpado de sus estúpidas observaciones-me dijo.

-¡Sí, sí; lo ha hecho, claro que sí!

Me pasó la mano por el brazo y caminamos de aquí para allá por el prado.

-No debes tomarlo en serio-me explicó-. Me dolería de una manera indecible que acortases tu visita aunque sólo fuera por una hora. La verdad es que no hay razón para que entre parientes guardemos ningún secreto: mi buena y querida mujer es increíblemente celosa. Le molesta que alguien, sea hombre o mujer, se interponga un instante entre nosotros. Su ideal es una isla desierta y un eterno diálogo entre los dos. Eso te dará la clave de su conducta, que en este punto, lo reconozco, no anda lejos de una manía. Dime que ya no volverás a pensar en lo sucedido.

-No, no; desde luego que no.

-Pues entonces, prende este cigarro y acompáñame para que veas mi pequeña colección de animales.

Esta inspección nos ocupó toda la tarde, porque allí estaban todas las aves, animales y hasta reptiles que él había importado. Algunos vivían en libertad, otros en jaulas y pocos, encerrados en el edificio. Me habló con entusiasmo de sus éxitos y de sus fracasos, de los nacimientos y de las muertes registradas; gritaba como un escolar entusiasmado cuando, durante nuestro paseo, alzaba las alas del suelo algún espléndido pájaro de colores o cuando algún animal extraño se deslizaba hacia el refugio. Por último, me condujo por un pasillo que arrancaba de una de las alas de la casa. Al final había una pesada puerta que tenía un cierre corredizo, a modo de mirilla; junto a la puerta salía de la pared un manillar de hierro, unido a una rueda y a un tambor. Una reja de fuertes barrotes se extendía de punta a punta del pasillo.

-¡Te voy a enseñar la perla de mi colección! -dijo-. Sólo existe en Europa otro ejemplar, desde la muerte del cachorro que había en Rotterdam. Se trata de un gato del Brasil.

-¿Pero en qué se diferencian de los demás gatos?

-Pronto lo vas a ver-me contestó riendo-. ¿Quieres tener la amabilidad de correr la

mirilla y mirar hacia el interior?

Así lo hice, y vi una habitación amplia y desocupada, con el suelo enlosado y ventanas de barrotes en la pared del fondo. En el centro de la habitación, tumbado en medio de una luz dorada de sol, estaba acostado un gran animal, del tamaño de un tigre, pero tan negro y lustroso como el ébano. Era, pura y simplemente, un gato negro enorme y muy bien cuidado; estaba recogido sobre sí mismo, calentándose en aquel estanque amarillo de luz tal como lo haría cualquier gato. Era tan flexible, musculoso, agradable y diabólicamente suave, que yo no podía apartar mis ojos de la ventanita.

-¿Verdad que es magnífico?-me dijo mi anfitrión, poseído de entusiasmo.

-¡Una maravilla! Jamás he visto animal más espléndido.

-Hay quienes le dan el nombre de puma negro, pero en realidad no tiene nada de puma. Este animal mío anda por los once pies, desde el hocico hasta la cola. Hace cuatro años era una bolita de pelo negro y fino, con dos ojos amarillos que miraban fijamente. Me lo vendieron como cachorro recién nacido en la región salvaje de la cabecera del río Negro. Mataron a la madre a lanzazos cuando ya había matado a una docena de sus atacantes.

-Según eso, son animales feroces.

-No los hay más traicioneros y sanguinarios en toda la superficie de la tierra. Habla a los indios de las tierras altas de un gato del Brasil y verás como salen corriendo. La caza preferida de estos animales es el hombre. Este ejemplar mío no le ha tomado todavía el sabor a la sangre caliente, pero si llega a hacerlo se convertirá en un animal espantoso. En la actualidad no tolera dentro de su cubil a nadie sino a mí. Ni siquiera su cuidador, Baldwin, se atreve a acercársele. Pero yo soy para él la madre y el padre en una pieza.

Mientras hablaba abrió de pronto la puerta, y con gran asombro mío se deslizó dentro cerrándola inmediatamente a sus espaldas. Al oír su voz, el voluminoso y flexible animal se levantó, bostezó y se frotó cariñosamente la cabeza redonda y negra contra su costado, mientras mi primo le daba golpecitos y le acariciaba.

-¡Vamos, Tommy, métete en tu jaula! -le dijo mi primo.

El fenomenal gato se dirigió a un lado de la habitación y se enroscó debajo de unas rejas. Everard King salió, y, agarrando el manillar de hierro al que antes me he referido, empezó a hacerlo girar. A medida que lo accionaba, la reja de barrotes del pasillo empezó a meterse por una rendija que había en el muro y fue a cerrar la parte delantera del espacio enrejado, convirtiéndolo en una verdadera jaula. Cuando estuvo en su sitio, mi primo abrió la puerta otra vez y me invitó a pasar a la habitación, en la que se percibía el olor penetrante y rancio característico de los grandes animales carnívoros.

-Así es como lo tratamos -me dijo Evérard King-. Le dejamos espacio abundante para que vaya y venga por la habitación, pero cuando llega la noche lo encerramos en su jaula. Para darle libertad basta hacer girar el manillar desde el pasillo, y para encerrarlo

actuamos como tú acabas de ver. ¡No, no; no se te ocurra hacer eso!

Yo había metido la mano entre los barrotes para palmear el lomo brillante que se alzaba y bajaba con la respiración. Mi primo tiró de mi mano hacia atrás con una expresión de seriedad en el rostro.

-Te aseguro que eso que acabas de hacer es peligroso. No vayas a suponer que cualquier otra persona puede tomarse las libertades que yo me tomo con este animal. Es muy exigente en sus amistades. ¿Verdad que sí, Tommy? ¡Ha oído ya que llega el que le trae la comida! ¿No es así, muchacho?

Se oyeron pasos en el corredor enlosado, y el animal saltó sobre sus patas y se puso a caminar de un lado para otro de su estrecha jaula, con los ojos llameantes y la lengua escarlata temblando y agitándose por encima de la blanca línea de sus dientes puntiagudos. Entró un cuidador que traía en una artesilla un trozo de carne cruda y se lo tiró por entre los barrotes. El animal se lanzó con ligereza y lo atrapó, retirándose luego a un rincón; allí, sujetándolo entre sus garras, empezó a destrozarlo a mordiscos, alzando su hocico ensangrentado para mirarnos de cuando en cuando a nosotros. El espectáculo era fascinante, aunque de malignas sugerencias.

-¿Verdad que no puede extrañarte que yo le tenga afición a ese animal? -dijo mi primo, cuando salíamos de la habitación-. Especialmente, si se piensa en que fui yo quien lo crió. No ha sido cosa de broma transportarlo desde el centro de Sudamérica; pero aquí está ya, sano y salvo, y, como te he dicho, es el ejemplar más perfecto que hay en Europa. La dirección del Zoo daría cualquier cosa por tenerlo; pero, la verdad, es que yo no puedo separarme de él. Bueno; creo que ya te he mortificado bastante con mi chifladura, de modo que lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de Tommy y marchar a que nos sirvan el almuerzo.

Tan absorto estaba mi pariente de Sudamérica con su parque y sus curiosos ocupantes, que no creí al principio que se interesara por ninguna otra cosa. Sin embargo, pronto comprendí que tenía otros intereses, bastante apremiantes, al ver el gran número de telegramas que recibía. Le llegaban a todas horas y los abría siempre con una expresión de máxima ansiedad y anhelo en su cara. Supuse a veces que se trataba de negocios relacionados con las carreras de caballos, y también de operaciones de Bolsa; pero con toda seguridad que se traía entre manos negocios muy urgentes y muy ajenos a las actividades de las llanuras de Suffolk. En ninguno de los seis días que duró mi visita recibió menos de cuatro telegramas, llegando en ocasiones hasta siete y ocho.

Yo había aprovechado tan perfectamente aquellos seis días que, al transcurrir ese plazo, estaba ya en términos de máxima cordialidad con mi primo. Todas las noches habíamos prolongado la velada hasta muy tarde en el salón de billares. Él me contaba los más extraordinarios relatos de sus aventuras en América; unos relatos tan arriesgados y temerarios, que me costaba trabajo relacionarlos con aquel hombrecito, curtido y regordete que tenía delante... Yo, a mi vez, me aventuré a contarle algunos de mis propios recuerdos de la vida londinense, que le interesaron hasta el punto de prometer venir a Grosvenor Mansions y vivir conmigo. Sentía verdadero anhelo por conocer el aspecto más disoluto de la vida de la gran ciudad y, mal está que yo lo diga, no podía

desde luego haber elegido un guía más competente. Hasta el último día de mi estancia, no me arriesgué a abordar lo que me preocupaba. Le hablé francamente de mis dificultades pecuniarias y de mi ruina inminente, y le pedí consejo, aunque lo que de él esperaba era algo más sólido. Me escuchó atentamente, dando grandes chupadas a su cigarro, y me dijo por fin:

-Pero tengo entendido que tú eres el heredero de nuestro pariente lord Southerton.

-Tengo toda clase de razones para creerlo, pero jamás ha querido darme nada.

-Sí, ya he oído hablar de su tacañería. Mi pobre Marshall, tu situación ha sido sumamente difícil. A propósito, ¿no has tenido noticias últimamente de la salud de lord Southerton?

-Se está muriendo desde que yo era niño.

-Así es. No ha habido jamás un gozne chirriante como ese hombre. Quizá tu herencia tarde todavía mucho en llegar a tus manos. ¡Válgame Dios!, ¿en qué situación más lamentable te encuentras!

-He llegado a tener alguna esperanza de que tú, conociendo como conoces la realidad, quizá accedieras a adelantarme...

-Ni una palabra más, muchacho -exclamó con la máxima cordialidad-. Esta noche hablaremos del asunto y te prometo hacer todo cuanto esté en mi mano.

No lamenté el que mi visita estuviese llegando a su término, porque es una cosa desagradable el vivir con el convencimiento de que hay en la casa una persona que anhela vivamente que uno se marche. La cara cetrina y los ojos antipáticos de la esposa de mi primo me mostraban cada vez más un odio mayor. Ya no se conducía con grosería activa, porque el miedo a su marido no se lo consentía; pero llevó su insana envidia hasta el extremo de no darse por enterada de mi presencia, de no hablarme nunca y de hacer mi estancia en Greylands todo lo desagradable que pudo. Tan insultantes fueron sus maneras en el transcurso del último día, que, sin duda alguna, me habría marchado inmediatamente, de no mediar la entrevista que había de celebrar con mi primo aquella noche y que yo esperaba me sacara de mi ruinosa situación.

La entrevista se celebró muy tarde, porque mi pariente, que en el transcurso del día recibió más telegramas que de ordinario, se encerró después de la cena en su despacho, y únicamente salió cuando ya todos se habían retirado a dormir. Le oí realizar su ronda como todas las noches, cerrando las puertas y, por último, vino a juntarse conmigo en la sala de billares. Su voluminosa figura estaba envuelta en un batín, y tenía los pies metidos en unas zapatillas rojas turcas sin talones. Tomó asiento en un sillón, se preparó un grog en el que el whiskey superaba al agua, y me dijo:

-¡Vaya noche la que hace!

En efecto, el viento aullaba y gemía en torno de la casa, y las ventanas de persianas

retemblaban y golpeaban como si fueran a ceder hacia adentro. El resplandor amarillo de las lámparas y el aroma de los cigarros parecían, por contraste, más brillante uno y más intenso el otro. Mi anfitrión me dijo:

-Bien, muchacho; disponemos de la casa y de la noche para nosotros solos. Explícame cómo están tus asuntos y yo veré lo que puede hacerse para ponerlos en orden. Me agradaría conocer todos los detalles.

Animado por estas palabras, me lancé a una larga exposición en la que fueron desfilando todos mis proveedores y mis banqueros, desde el dueño de la casa hasta mi ayuda de cámara. Llevaba en el bolsillo algunas notas, ordené los hechos, y creo que hice una exposición muy comercial de mi sistema de vida anticomercial y de mi lamentable situación. Sin embargo, me sentí deprimido al darme cuenta de que la mirada de mi compañero parecía perdida en el vacío, como si su atención estuviese en otra parte. De cuando en cuando lanzaba una observación, pero era tan de compromiso y fuera de lugar, que tuve la seguridad de que no había seguido el conjunto de mi exposición. De cuando en cuando parecía despertar de su ensimismamiento y esforzarse por exhibir algún interés, pidiéndome que repitiese algo o que me explicase más a fondo, pero siempre volvía a recaer en su ensimismamiento. Por último, se puso de pie y tiró a la rejilla de la chimenea la colilla de su cigarro, diciéndome:

-Te voy a decir una cosa, muchacho; yo no tuve jamás buena cabeza para los números, de modo que ya sabrás disculparme. Lo que tienes que hacer es exponerlo todo por escrito y entregarme una nota de la totalidad. Cuando lo vea en negro y blanco lo comprenderé.

La proposición era animadora y le prometí hacerlo.

-Bien, ya es hora de que nos acostemos. Por Júpiter, el reloj del vestíbulo está dando la una.

Por entre el profundo bramido de la tormenta se dejó oír el tintineo del reloj que daba la hora. El viento pasaba rozando la casa con el ímpetu de la corriente de agua de un gran río. Mi anfitrión dijo:

-Antes de acostarme tendré que echar un vistazo a mi gato. Estos ventarrones lo excitan. ¿Quieres venir?

-Desde luego que sí -le contesté.

-Pues entonces, camina pisando suave y no hables, porque todo el mundo está acostado.

Cruzamos en silencio el vestíbulo iluminado por lámparas y cubierto con alfombras persas, y nos metimos por la puerta que había al final. Reinaba una absoluta oscuridad en el pasillo de piedra, pero mi anfitrión echó mano de una linterna de caballeriza que colgaba de un gancho y la encendió. Como no se veía en el pasillo la reja de barrotes, comprendí que la fiera estaba dentro de su jaula.

-¡Entra! -dijo mi pariente, y abrió la puerta.

El profundo gruñido que lanzó el animal cuando entramos, nos demostró que, en efecto, la tormenta lo había irritado. A la vacilante luz de la linterna distinguimos la gran masa negra recogida sobre sí misma en el rincón de su cubil, proyectando una sombra achaparrada y grotesca sobre la pared enjalbegada. Su cola se movía irritada entre la paja.

-El bueno de Tommy no está del mejor humor -dijo Everard King, manteniendo en alto la linterna y mirando hacia donde estaba su gato. ¿No es verdad que da la impresión de un demonio negro? Es preciso que le dé una ligera cena para que se amanse un poco. ¿Querrías sostener un momento la linterna?

La tomé de su mano y él avanzó hacia la puerta y dijo:

-Aquí afuera tiene la despensa. Perdóname un momento.

Salió y la puerta se cerró a sus espaldas con un golpe metálico.

Aquel sonido duro y chasqueante hizo que mi corazón dejase de latir. Se apoderó de mí una súbita oleada de terror. Un confuso barrunto de alguna monstruosa traición me dejó helado. Salté hacia la puerta, pero no había manillar del lado interior.

-¡Oye! -grité-. ¡Déjame salir!

-¡No pasa nada! ¡No armes escándalo! -me gritó mi primo desde el pasillo-. Tienes la luz encendida.

-Sí; pero no me agrada de modo alguno el estar encerrado y solo de esta manera.

-¿Que no te agrada?-Oí que se reía con risa cordial-.

-No vas a estar mucho tiempo solo.

-¡Déjame salir! -repetí, muy irritado-. Te digo que no admito bromas de esta clase.

-Ésa es precisamente la palabra: broma -me contestó, lanzando otra risa odiosa.

Y de pronto, entre el bramar de la tormenta, oí el chirrido y el gemir del manillar que daba vueltas y el traqueteo de la reja al pasar por la rendija del muro. ¡Santo cielo, estaba poniendo en libertad al gato del Brasil!

A la luz de la linterna vi cómo la reja de barrotes iba retirándose lentamente delante de mí. Había ya una abertura de un pie en su extremidad. Lancé un alarido y agarré el último barrote, tirando de él con toda la energía de un loco. En efecto, yo estaba loco de furor y de espanto. Sostuve por unos momentos el mecanismo, inmovilizándolo. Me di cuenta de que él, por su parte, empujaba con todas sus fuerzas el manillar, y que el sistema de palanca acabaría por sobreponerse a mis fuerzas. Fui cediendo pulgada a

pulgada; mis pies resbalaban sobre las losas y en todo ese tiempo yo pedía y suplicaba a aquel monstruo inhumano que me librase de tan terrible muerte. Se lo supliqué por nuestro parentesco. Le recordé que yo era huésped suyo; le pregunté qué daño le había hecho. Él no daba otras respuestas que los empujones y tirones del manillar; con cada uno de ellos, y a pesar de todos mis forcejeos, se iba llevando otro barrote por la rendija de la pared. Aferrándome y tirando con todas mis fuerzas, me vi arrastrado a todo lo largo de la parte delantera de la jaula; por último, con las muñecas doloridas y los dedos desgarrados, renuncié a la lucha inútil. Al soltar el enrejado, éste se retiró totalmente con un golpe seco, y un momento después oí cómo se alejaba por el pasillo el ruido de las pisadas de las zapatillas turcas, que terminó con el chasquido de una puerta lejana cerrada de golpe. Luego reinó el silencio.

El animal no se había movido de su sitio en todo ese tiempo. Permanecía tumbado en el rincón, y su cola había dejado de moverse. Por lo visto lo había llenado de asombro la aparición de un hombre agarrado a los barrotes de su jaula y arrastrado por delante de él dando alaridos. Vi cómo sus ojos enormes me miraban con fijeza. Al aferrarme a los barrotes, había dejado caer la linterna, pero seguía encendida en el suelo y yo hice un movimiento para apoderarme de ella, movido por la idea de que quizá su luz me protegiese. Pero en el instante mismo en que me moví, la fiera dejó escapar un gruñido profundo y amenazador. Me detuve y permanecí en mi sitio temblando de miedo. El gato (si es que puede darse este nombre tan casero a un animal horrible como aquél) estaba a menos de diez pies de mí. Le brillaban los ojos como dos discos de fósforo en la oscuridad. Me aterraban, y, sin embargo, me fascinaban. No podía apartar de esos ojos los míos. En momentos de intensidad tan grande como eran aquéllos para mí, la naturaleza nos hace las más extrañas jugarretas; esos ojos brillantes se encendían y se desvanecían como dos luces que suben y bajan en un ritmo constante. Había momentos en que yo los veía como dos puntos minúsculos de un brillo extraordinario, como dos chispas eléctricas en la negra oscuridad; pero luego se ensanchaban y ensanchaban hasta ocupar con su luz siniestra y movediza todo el ángulo de la habitación. Pero, de pronto, se apagaron por completo.

La fiera había cerrado los ojos. No sé si hay algo de verdad en la vieja idea del dominio que ejerce la mirada del hombre, o si fue porque el enorme gato estaba simplemente amodorrado, lo cierto es que, lejos de mostrar síntomas de querer atacarme, se limitó a apoyar su cabeza negra y sedosa sobre sus terribles garras delanteras y pareció dormirse. Seguí de pie, temiendo moverme y despertarlo otra vez a la vida y a la malignidad. Pero, por último, pude pensar claramente libre ya de la impresión de aquellos ojos ominosos. Estaba encerrado para toda la noche con la fiera feroz. Mi propio instinto, para no referirme a las palabras de aquel miserable calculador que me había hecho caer en esta trampa, me advertía que ese animal era tan salvaje como su amo. ¿Cómo me las arreglaría para mantenerlo en esa situación en que estaba ahora hasta que amaneciera? Era inútil intentar salvarme por la puerta, lo mismo que por las ventanas estrechas y enrejadas. Dentro de la habitación, desnuda y embaldosada, no existía para mí ninguna clase de refugio. Era absurdo que gritara pidiendo socorro. Este cubil era una construcción accesoria, y el pasillo que lo unía a la casa tenía, por lo menos, una largura de cien pies. Además, mientras en el exterior bramase la tormenta, no era probable que nadie oyera mis gritos. Sólo podía

confiar en mi propio valor y en mi propio ingenio. De pronto, con una nueva oleada de espanto, mis ojos se posaron en la linterna. Su vela ardía ya a muy poca altura y empezaban a formarse estrías laterales. No tardaría diez minutos en apagarse. Sólo disponía, por tanto, de diez minutos para tomar alguna iniciativa, porque una vez que quedara en la oscuridad y próximo a la fiera espantable, sería incapaz de acción. Ese mismo pensamiento me tenía paralizado. Miré por todas partes con ojos de desesperación dentro de esa cámara mortuoria, y de pronto me fijé en un lugar que parecía prometer, si no salvación, por lo menos un peligrono tan inmediato e inminente como el suelo desnudo.

He dicho que la jaula, además de tener una parte delantera, tenía también una parte superior, que permanecía fija cuando se recogía la delantera a través de la rendija del muro. La parte superior estaba formada por barras separadas entre sí por pocas pulgadas, estando esa separación cubierta con tela de alambre fuerte a su vez, y el todo descansando en las dos extremidades sobre dos fuertes montantes. En ese momento producía la impresión de un gran solio hecho de barras, bajo el cual estaba agazapada en un rincón la fiera. Entre esa parte superior de la jaula y el techo quedaba una especie de estante de unos dos a tres pies de altura. Si yo conseguía subir hasta allí y meterme entre los barrotes y el cielo raso, sólo tenía un lado vulnerable. Estaría a salvo por debajo, por detrás y a cada lado. Únicamente podía ser atacado de frente. Es cierto que por ese lado no tenía protección alguna; pero al menos, me encontraría fuera del camino de la fiera cuando ésta comenzara a pasearse dentro de su cubil. Para llegar hasta mí tendría que salirse de su camino. Tenía que hacerlo ahora o nunca, porque en cuanto la luz se apagase me resultaría imposible. Hice una profunda inspiración y salté, aferrándome al borde de hierro de la parte superior de la jaula, y me metí, jadeante, en aquel hueco. Al retorcerme quedé con la cara hacia abajo, y me encontré mirando en línea recta a los ojos terribles y las mandíbulas abiertas del gato. Su aliento fétido me daba en la cara lo mismo que una vaharada de vapor de una olla infecta hirviendo.

Me pareció que el animal se mostraba más bien curioso que irritado. Con una ondulación de su lomo largo y negro se levantó, se estiró, y luego, apoyándose en sus patas traseras, con una de las garras delanteras en la pared, levantó la otra y pasó sus uñas por la tela de alambre que yo tenía debajo. Una uña afilada y blanca rasgó mis pantalones -porque no he dicho que estaba con mi traje de smoking- y me abrió un surco en mi rodilla. La fiera no hizo aquello agresivamente, sino más bien como tanteo, porque al lanzar yo un agudo grito de dolor, se dejó caer de nuevo al suelo, saltó luego ágilmente a la habitación, empezó a pasearse con paso rápido alrededor, y de cuando en cuando lanzaba una mirada hacia mí. Yo, por mi parte, me apretujé muy adentro hasta tocar con la espalda la pared, comprimiéndome de manera de ocupar el más pequeño espacio posible. Cuanto más adentro me metía, más difícil iba a serle atacarme.

Parecía irse excitando con sus paseos, y se puso a correr ágilmente y sin ruido por el cubil, cruzando continuamente por debajo de la cama de hierro en que yo estaba tendido. Era un espectáculo maravilloso el de ese cuerpo enorme dando vueltas y vueltas como una sombra, sin que apenas se oyese un ligerísimo tamborileo de las patas aterciopeladas. La vela brillaba con muy poca luz, hasta el punto exacto en que yo podía distinguir al animal. De pronto, después de una última llamarada y chisporroteo se

apagó por completo. ¡Me encontraba a solas y en la oscuridad con el gato!

Parece que el saber que uno ha hecho todo lo posible, ayuda a enfrentarse con el peligro. No queda entonces otro recurso que el de esperar con calma el resultado. En mi caso la única posibilidad de salvación estaba en el sitio en que me había refugiado. Me estiré, pues, y permanecí en silencio, sin respirar casi, con la esperanza de que la fiera se olvidara de mi presencia si yo no hacía nada por recordárselo. Calculo que serían las dos de la madrugada. A las cuatro amanecería. Sólo tenía, pues, que esperar dos horas a la luz del día.

En el exterior, la tormenta seguía furiosa y la lluvia azotaba constantemente las pequeñas ventanas. En el interior, la atmósfera fétida y ponzoñosa era insoportable. Yo no veía ni oía al gato. Traté de pensar en otras cosas; pero sólo había una con fuerza suficiente para apartar mi pensamiento de la terrible situación en que me encontraba; la villanía de mi primo, su hipocresía no igualada por nadie, el odio maligno que me profesaba. Un alma de asesino medieval acechaba detrás de aquella cara simpática. Cuanto más pensaba en ello, más claramente veía toda la astucia con que había preparado el golpe. Por lo visto se había acostado como los demás. Sin duda alguna había preparado sus testigos, para demostrarlo. Después, sin que esos testigos lo advirtiesen, había bajado sigilosamente, me había metido con engaños en el cubil y me había dejado encerrado. La historia que él contaría era por demás sencilla. Yo me había quedado en el salón de billares terminando de fumar mi cigarro. Había bajado por propia iniciativa para echar una última ojeada al gato del Brasil, me había metido en la habitación sin darme cuenta de que la jaula estaba abierta y la fiera había hecho presa de mí. ¿Cómo se le podría demostrar el crimen que había cometido? Quizá hubiese sospechas; pero jamás se obtendrían pruebas.

¡Con qué lentitud transcurrieron aquellas dos horas espantosas! En una ocasión llegó a mis oídos un ruido apagado, raspante, que yo atribuí al lamido del pelo del animal. En varias ocasiones los ojos verdosos me enfocaron brillantes a través de la oscuridad, pero nunca me miraron fijamente, y cada vez fue mayor mi esperanza de que me olvidara o de que no se diese por enterado de mi presencia. Pero llegó un momento en que penetró por las ventanas un asomo de luz; empecé a verlas como dos recuadros grises en la pared negra. Luego los recuadros se volvieron blancos y pude ver de nuevo a mi terrible compañero. ¡Y él también pudo verme a mí, por desgracia!

Comprendí en el acto que la fiera se encontraba de un humor más peligroso y agresivo que cuando dejé de verlo. El frío de la mañana lo había irritado y, además, estaba hambriento. Iba y venía con un gruñido constante y con paso rápido, por el lado de la habitación que estaba más alejado de mi refugio, con los bigotes rizados de furor, y enhiestando y descargando latigazos con la cola. Cuando daba media vuelta al llegar a los ángulos de la pared, alzaba siempre hacia mí los ojos, preñados de espantosas amenazas. Comprendí que se estaba preparando para matarme. Y, sin embargo, hasta en una situación tan crítica yo no podía menos que admirar la elegancia sinuosa de la endiablada alimaña, sus movimientos sin violencia, ondulantes, de suaves curvas, el brillo de su lomo magnífico, el color escarlata palpitante de su lengua lustrosa que colgaba fuera del morro azabache.

El gruñido profundo y amenazador subía y subía de tono, en un crescendo ininterrumpido. Comprendí que había llegado el momento decisivo.

Resultaba lastimoso el esperar una muerte como aquélla en un estado como el que me encontraba: transido, en posición violenta, temblando de frío sobre aquella parrilla de tortura en que estaba tendido con mis ropas ligeras. Me esforcé por reanimarme, por levantar mi alma a una altura superior a esa situación y, al mismo tiempo, con la lucidez cerebral propia de un hombre que se ve perdido, miré por todas partes buscando algún medio posible de salvación. Una cosa era evidente para mí: si fuese posible hacer retroceder a su posición anterior la reja delantera de la jaula, podía encontrar detrás de ella un refugio seguro. ¿Sería yo capaz de volverla a su sitio? Apenas me atrevía a moverme, por temor a que la fiera saltara sobre mí. Lenta, lentísimamente, alargué la mano hasta aferrar con ella el barrote último de la reja, que sobresalía de la rendija del muro exterior. Con gran sorpresa mía, cedió fácilmente al tirón que le di. Como es natural, la dificultad de tirar hacia dentro era producida por el hecho de que yo estaba como pegado a ella, sin poder hacer juego con el cuerpo. Di otro tirón y la reja avanzó tres pulgadas más. Por lo visto, funcionaba sobre ruedas. Volví a tirar... ¡y en ese instante saltó el gato!

La cosa fue tan rápida, tan súbita, que no me di cuenta de cómo había ocurrido. Oí el salvaje rechinar de dientes, y un instante después, la llamarada de los ojos amarillos, la negra cabeza achatada con su lengua roja y centelleantes colmillos, estuvo al alcance de mi mano. El proyectil viviente hizo vibrar con su choque los barrotes en que yo estaba tendido, hasta el punto de que pensé que se venían abajo (si es que en aquel instante podía yo pensar en algo). El gato se balanceó allí un instante, tratando de afianzarse en el borde del enrejado con las patas traseras, quedando su cabeza y sus garras delanteras muy cerca de mí. Oí el chirrido raspante de las uñas en la tela metálica, y sentí en mi cara el nauseabundo aliento de la fiera, que había calculado mal el salto. No pudo sostenerse en aquella postura. Despacio, enseñandofuriosa los dientes y arañando con desesperación los barrotes, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Pero se volvió al instante con un gruñido hacia mí y se agazapó para dar otra vez el salto.

Comprendí que se iba a decidir en unos momentos mi destino. El animal había aprendido la lección y ya no calcularía mal. Era preciso que yo actuara con rapidez y sin temor alguno si quería tener alguna posibilidad de conservar la vida. Me tracé un plan. Me despojé del smoking y se lo tiré a la fiera encima de la cabeza. Simultáneamente me dejé caer al suelo y agarré la primera barra de la reja delantera y tiré con frenesí hacia adentro.

Respondió a mi esfuerzo con una facilidad mucho mayor de la que yo esperaba. Crucé la habitación arrastrándola conmigo; pero la posición en que me encontraba al realizar ese avance, me obligó a quedar del lado exterior de la reja. Si hubiese quedado del lado interior, tal vez hubiese salido sin un rasguño. Pero tuve que detenerme un instante para tratar de meterme por la abertura que yo había dejado. Bastó ese instante para dar tiempo a la fiera de desembarazarse del smoking con que la había cegado y para lanzarse sobre mí. Me precipité en el interior de la jaula por la abertura y empujé la reja hasta el final; pero el gato cogió mi pierna antes que yo pudiera meterla dentro por completo. Un golpe de su enorme garra me arrancó la pantorrilla lo mismo que un

cepillo arranca una viruta de madera. Un instante después, desangrándome y a punto de desmayarme, estaba tendido entre la maloliente cama de paja, y separado de la fiera por aquellas rejas amigas contra las que se lanzaba con loco frenesí.

Demasiado gravemente herido para moverme, y demasiado desmayado para experimentar la sensación del miedo, no pude hacer otra cosa que permanecer tumbado, más muerto que vivo, viendo el espectáculo. El gato apretaba contra los barrotes el pecho negro y ancho, y buscaba atacarme con las uñas ganchudas de sus garras, tal como he visto hacer a un gato delante de una trampa de alambre para ratoncitos. Me arrancaba trozos de la ropa; pero por más que se estiraba, no conseguía asirme. He oído hablar de que las heridas producidas por los grandes animales carnívoros ocasionan una curiosa sensación de embotamiento. En efecto, estaba escrito que yo también lo experimentaría, porque perdí toda conciencia de mi personalidad, y la perspectiva del posible fracaso o éxito de aquel animal me producía el mismo efecto de indiferencia que sí yo estuviera contemplando un juego inofensivo. Después, mi cerebro fue alejándose de una manera insensible hasta la región de los sueños confusos en los que penetraban una y otra vez la negra cara y la roja lengua. Por ese camino me perdí en el nirvana del delirio, en el que encuentran alivio bendito todos aquellos que han llegado a un punto excesivo de sufrimiento.

Tratando posteriormente de rehacer el curso de los acontecimientos, llego a la conclusión de que debí permanecer insensible por espacio de dos horas, más o menos. Lo que me volvió una vez más en mí fue ese vivo chasquido metálico con el que se había iniciado mi terrible experiencia. Era que alguien había hecho retroceder la cerradura automática. A continuación, antes aun de que mis sentidos estuviesen lo suficientemente despiertos para comprender lo que veían, me di cuenta de que en la puerta abierta y mirando hacia el interior estaba la cara regordeta y de simpática expresión de mi primo. Sin duda alguna que el espectáculo que se le ofreció lo dejó atónito. El gato se hallaba agazapado en el suelo. Yo estaba tumbado de espaldas dentro de la jaula, en mangas de camisa, con las perneras de los pantalones desgarradas y rodeado de un gran charco de sangre. En este momento me parece estar viendo su cara de asombro iluminada por los rayos del sol matinal. Miró hacia mí una y otra vez. Luego cerró la puerta a sus espaldas y se adelantó hacia la jaula para ver si yo estaba realmente muerto.

No puedo intentar describir lo que ocurrió, porque no me hallaba en un estado como para testificar o escribir el relato de la escena. Lo único que puedo decir es que tuve conciencia súbita de que retiraba su rostro del mío y de que volvía a mirar a la bestia.

-¡Vamos, querido Tommy! ¡Formalidad, querido Tommy! -gritó.

Luego se aproximó a los barrotes de la jaula, vuelto de espaldas hacia mí todavía, y bramó:

-¡Quieto, estúpido animal! ¡Quieto, te digo! ¿Es que no conoces a tu amo?

Aunque mi cerebro estaba como atontado, me vinieron súbitamente al recuerdo las palabras que me había dicho ese hombre, de que el regusto de sangre enfurecía al gato,

convirtiéndolo en un demonio. Era mi sangre la que había paladeado; pero el amo iba ahora a pagar el precio de ella.

-¡Apártate! -chilló-. ¡Apártate, demonio! ¡Baldwin! ¡Baldwin! ¡Oh, santo Dios!

Le oí luego caer, levantarse y volver a caer, con ruido de saco que se desgarra. Sus alaridos fueron debilitándose hasta quedar ahogados por el gruñido lacerante. Luego, cuando yo pensaba que había muerto, vi como en una pesadilla una figura ciega, hecha jirones, empapada en sangre, que corría alocada por la habitación... y ésa fue la última visión que tuve de ese hombre antes de volver a perder el conocimiento.

Tardé muchos meses en sanar; a decir verdad, no puedo decir que haya sanado todavía ni que sanaré, porque tendré que usar hasta el fin de mis días un bastón, como recuerdo de la noche que pasé con el gato del Brasil. Cuando Baldwin, el cuidador, y los demás criados acudieron a los gritos de agonía que lanzaba su amo, no pudieron contar lo que había ocurrido porque a mí me encontraron dentro de la jaula, y los restos mortales de su amo, o lo que más tarde pudieron comprobar que eran sus despojos los tenía entre sus garras la fiera que él había criado. La ahuyentaron con hierros al rojo y, por último la mataron a tiros por la ventanita de la puerta. Sólo entonces pudieron extraerme de allí. Me condujeron a mi dormitorio donde permanecí entre la vida y la muerte durante varias semanas, bajo el techo del que quiso asesinarme. Enviaron en busca de un cirujano a Clipton, e hicieron venir de Londres una enfermera. Al cabo de un mes estuve en condiciones de que me llevasen hasta la estación, y luego a mis habitaciones de Grosvenor Mansions.

Conservo de mi enfermedad un recuerdo que bien pudiera pertenecer al panorama constantemente variable creado por mi cerebro febril, si no se hubiera grabado en mi memoria de una manera tan permanente. Cierta noche, estando ausente la enfermera, se abrió la puerta de mi habitación, y una mujer alta y completamente enlutada se deslizó dentro. Se acercó hasta mi cama. e inclinó su cara cetrina hacia mí; al débil resplandor de la lamparilla vi que era la brasileña con la que mi primo estaba casado. Me miró fijamente a la cara, con una expresión mucho más amable de la que yo había conocido, y me preguntó:

-¿Está usted en sí?

Contesté con una leve inclinación de cabeza, porque me sentía aún muy débil.

-Bien, pues, quería decirle que únicamente debe usted culparse a usted mismo de lo ocurrido. ¿No hice yo cuanto pude en su favor? Traté desde el primer momento de alejarlo de esta casa. Me esforcé por librarlo de él, recurriendo a todos los medios, menos al de traicionar al que era mi esposo. Yo sabía que él tenía motivo para atraerlo a esta casa, y que no lo dejaría salir de aquí con vida. Nadie conoció a ese hombre como yo, que tanto he sufrido con él. No me atreví a decirle todo esto. Me habría matado. Pero hice cuanto pude por usted. A fin de cuentas, ha sido para mí el mejor amigo que he tenido. Me ha devuelto mi libertad, cuando yo creía que sólo la muerte era capaz de traérmela. Lamento sus heridas, pero ningún reproche puede hacerme. Le dije que era

usted un estúpido y, en efecto, lo ha sido.

Aquella mujer extraña y amargada se deslizó fuera de la habitación, estando escrito que no la volvería a ver jamás. Regresó a su país de origen con lo que le quedó de las riquezas de su esposo, y según noticias recibidas posteriormente, tomó el velo en Pernambuco.

Hasta pasado algún tiempo de mi regreso a Londres los médicos no dictaminaron que me encontraba en condiciones de atender mis asuntos. Esa clase de autorización no me hizo al comienzo muy feliz porque temía que sirviera de señal a un asalto en masa de mis acreedores;sin embargo, quien primero la aprovechó fue mi abogado Summers.

-Me alegra muchísimo que su señoría se encuentre tan mejorado -me dijo-. Llevo esperando mucho tiempo para presentarle mis felicitaciones.

-¿Qué quiere usted decir con eso, Summers? La cosa no está para bromas.

-Quise decir y digo -me contestó- que desde hace seis semanas es usted lord Southerton, pero no se lo hemos dicho por temor a que la noticia retrasase el curso de su recuperación.

¡Lord Southerton, es decir, uno de los pares más ricos de Inglaterra! No podía creer lo que oía. Y de pronto pensé en el plazo que había transcurrido y en que coincidía con el que yo llevaba herido.

-Según eso, lord Southerton debió fallecer, más o menos, por el tiempo en que yo resulté herido.

-Una y otra cosa ocurrieron el mismo día.

Summers me miraba fijamente al hablar, y yo estoy convencido de que había adivinado la verdadera situación, porque era hombre muy perspicaz. Calló un momento, como si esperara de mí una confidencia; pero yo no creí que se adelantase nada dando aires a semejante escándalo familiar. Entonces él prosiguió, con la misma expresión de quien lo adivina toda:

-Sí, es una coincidencia por demás curiosa. Supongo que sabrá usted que el heredero inmediato de la fortuna era su primo Everard King. Si ese tigre lo hubiese destrozado a usted, y no a él, vuestro primo sería en este momento lord Southerton.

-Desde luego-le contesté.

-¡Con cuánta pasión lo anhelaba! -dijo Summers-. He sabido casualmente que el ayuda de cámara del difunto lord Southerton estaba a sueldo de Everard King, y que le enviaba telegramas con intervalos de pocas horas para informarle del estado de salud de su amo. Esto ocurría, más o menos, por el tiempo en que usted estuvo de visita en su finca. ¿No le resulta extraño que tuviese tanto interés en estar bien informado, no siendo, como no

era, el heredero inmediato?

-Sí que es muy extraño -le contesté-. Y ahora, Summers, tráigame las facturas de mis deudas y un nuevo talonario de cheques, para que empecemos a poner las cosas en orden.

SV

El gran experimento de Keinplatz

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

De todas las ciencias, una interesaba especialmente al erudito profesor Von Baumgarten. Era la que se conecta con la psicología y las relaciones entre mente y materia. El profesor era un famoso anatomista, gran químico y uno de los más renombrados fisiólogos de Europa. Pero se sentía aliviado alejándose de esos temas y dedicando sus grandes conocimientos al estudio del alma y las relaciones misteriosas de los espíritus. Era muy joven cuando empezó sus estudios sobre hipnotismo. En esa época, su mente parecía vagar por lugares extraños donde lo único que había era caos y oscuridad. Sólo muy pocas veces algún gran suceso inexplicable y desconectado aparecía aquí y allá.

Pero a medida que pasaban los años, aumentaba el valioso caudal de conocimientos del profesor. El conocimiento siempre da más conocimiento, del mismo modo que el dinero da más interés. Y el profesor comenzó a notar que lo que antes le había parecido asombroso o extraño, ahora podía ser interpretado de forma distinta. Empezó a familiarizarse con una nueva clase de razonamientos y pudo descubrir conexiones en cosas que antes le habían parecido incomprensibles y sorprendentes. A través de veinte años, realizó experimentos y recolectó muchos datos. Tenía la ambición de crear una nueva ciencia exacta que incluyera al hipnotismo, espiritismo y otros temas relacionados. Lo ayudó mucho su profundo conocimiento de las partes más complicadas de la fisiología animal, las que tratan de las corrientes nerviosas y de cómo trabaja el cerebro. Alexis von Baumgarten era profesor de Fisiología en la Universidad de Keinplatz y tenía a disposición de sus investigaciones todo el laboratorio de la universidad.

El profesor Von Baumgarten era alto y flaco, de rostro delgado y ojos color gris acerado, y una mirada especialmente brillante y profunda. Tenía arrugas en la frente de tanto pensar, y las espesas cejas contraídas. Parecía estar siempre frunciendo el ceño, lo que engañaba a la gente con respecto a su carácter, que era serio pero amable. Entre los estudiantes era muy popular. Acostumbraban a reunirse alrededor de él después de cada una de sus clases y lo escuchaban atentamente mientras exponía sus extrañas teorías. Muchas veces buscaba entre ellos voluntarios para realizar algún experimento. En conclusión: no había joven de su clase que no hubiera participado más de una vez en los trances hipnóticos que les había provocado su profesor.

Entre todos esos jóvenes tan apasionados de esa ciencia, no había ninguno tan entusiasta

como Fritz von Hartmann. En más de una ocasión, algunos de sus compañeros de estudio se habían preguntado con extrañeza por qué el intrépido e impulsivo Fritz, uno de los más irreflexivos jóvenes de la universidad, dedicaba su tiempo y esfuerzo a estudiar temas tan complicados y a ayudar al profesor en sus particulares experimentos. En realidad, Fritz era un joven inteligente y muy hábil. Se había enamorado hacía muchos meses de Elisa, la hija del profesor, de ojos azules y cabello dorado. La joven le había hecho saber que él no le era indiferente, pero no se atrevía a aparecer frente a la familia como un pretendiente formal. Le hubiera sido muy difícil ver a la muchacha de no haberse hecho imprescindible para el profesor. Éste lo llamaba frecuentemente a su casa, y el joven iba y se sometía de buena gana a cualquier tipo de experimento con tal de recibir a cambio una mirada especialmente cálida de Elisa, o el roce de su pequeña mano.

Fritz von Hartmann era un joven bastante apuesto. Su familia poseía una buena cantidad de tierras que cuando su padre muriera, pasaría a él. Era para muchos lo que comúnmente se considera un buen partido. Pero no era bien visto por la esposa del profesor. La mujer ponía mala cara cada vez que lo encontraba en su casa y sermoneaba al profesor por permitir que un lobo de esa clase rondara cerca de su ovejita. La verdad es que Fritz tenía mala fama. No había duelo, desorden o alboroto de los que el joven no formara parte, y en el que no fuera uno de los cabecillas.

Nadie tenía peor lenguaje ni era más violento. Nadie bebía más, nadie jugaba a las cartas más frecuentemente. Y nadie era más haragán. Por eso era entendible ver que la buena señora Von Baumgarten protegiera a su hija bajo el ala y se quejara de las atenciones de un personaje de esa clase. Pero el profesor estaba demasiado enfrascado en sus extraños estudios como para reflexionar sobre el asunto y elaborar alguna opinión, favorable o desfavorable, sobre la cercanía del joven. Desde hacía varios años, al profesor lo obsesionaba un tema que se repetía constantemente en sus pensamientos.

Todos sus experimentos y teorías giraban sobre ese punto. Cien veces por día se preguntaba si sería factible que un espíritu humano existiese separado de su cuerpo durante un tiempo y que después volviese a él. La primera vez que se le ocurrió esta posibilidad, su mente científica la rechazó. Chocaba mucho con ideas anteriores y prejuicios científicos. Pero poco a poco empezó a avanzar más y más por el camino de la investigación, y su pensamiento rechazó todas las antiguas trabas. Era posible que la mente existiera lejos de la materia. Había muchas cosas que le hacían pensar así. Se le ocurrió que la cuestión podía resolver- se definitivamente mediante un experimento audaz y original. Sorprendió al mundo científico con un famoso artículo sobre las entidades invisibles.

En ese artículo decía: "En condiciones especiales, es evidente que el alma o mente se separa sola del cuerpo. Así sucede con las personas hipnotizadas: el cuerpo queda en estado cataléptico, pero el espíritu lo ha abandonado. Tal vez me contestarán que el alma se encuentra ahí, pero durmiendo. Responderé que no, si no ¿cómo explicaríamos la clarividencia? La clarividencia ha sido desacreditada por falsos y fraudulentos adivinos, pero su realidad puede ser demostrada con facilidad. Lo comprobé yo mismo, usando a una persona sensitiva.

Esa persona me dijo detalladamente lo que sucedía en una habitación de otra casa. ¿Cómo explicarán eso? Sólo se explica aceptando que el alma ha abandonado al cuerpo y está vagando por el espacio. No podemos ver esas idas y vueltas porque el espíritu es invisible. Pero podemos ver los efectos en el cuerpo del sujeto, tanto rígido e inanimado, como tratando de narrar sensaciones que nunca hubieran podido llegar a él por medios naturales. Sólo se me ocurre una forma de demostrar este hecho. Y es la siguiente: nosotros somos seres carnales, incapaces de ver espíritus, pero nuestros propios espíritus pueden ser separados de nuestro cuerpo y darse cuenta de la presencia de los otros. Mi intención es hipnotizar a uno de mis discípulos. Luego yo me hipnotizaré a mí mismo. Utilizaré un método que ya puse a prueba antes y que me resulta fácil. Si mi teoría es cierta, mi espíritu podrá encontrar el espíritu de mi alumno y comunicarse con él sin dificultad puesto que los dos estaremos separados de nuestros cuerpos. Trataré de comunicar el resultado de esta experiencia en el próximo número de éste periódico".

El profesor cumplió con su promesa y publicó un informe sobre lo que había ocurrido. La historia era tan extraordinaria que en general fue recibida con incredulidad. En algunos periódicos que comentaron este artículo el tono era tan ofensivo, que el profesor se enojó. Dijo que nunca más volvería a tocar ese tema y fue escrupulosamente fiel a su palabra. Pero este relato fue reunido aquí recurriendo a las más auténticas fuentes y los hechos citados son esencialmente ciertos.

Sucedió de esta manera. Fue poco tiempo después de que al profesor Von Baumgarten se le ocurriera la idea del experimento. Estaba caminando hacia su casa, abstraído en sus pensamientos después de un largo día de laboratorio. Fue cuando se cruzó con un nutrido grupo de estudiantes alborotadores que acaban de salir de un bar. El cabecilla, medio borracho y escandaloso, era Fritz von Hartmann. El profesor pasó junto a ellos y siguió de largo, pero el joven Fritz lo interceptó:

-¡Mi respetado maestro! -dijo tirándole de la manga y acercándolo a él-. Tengo que decirle algo y ahora es el mejor momento porque tengo una buena cerveza zumbando en mi cabeza.

-¿Qué desea, Fritz? -preguntó el profesor con sorpresa.

-Escuché decir que está a punto de realizar un nuevo experimento, un experimento prodigioso por el que retirará un alma del cuerpo y luego se la devolverá.

-Es cierto.

-¿Y quién querrá prestarse a ese experimento? ¿Y si el alma sale y después no quiere volver? Sería un gran problema. ¿Quién se animaría a correr semejante riesgo?

-Pero, Fritz -exclamó el sorprendido profesor-. Esperaba que colaborara usted conmigo. No me va a dejar solo en este intento. Piense en su gloria futura.

-¡De ninguna manera! -gritó enojado el estudiante-. ¡Siempre estuve dispuesto a realizar sus experimentos! ¿No estuve dos horas sobre un aislador de vidrio mientras usted descargaba electricidad en mi cuerpo? ¿No me estropeó la digestión con una corriente

galvánica en el estómago mientras estimulaba mis nervios frénicos? ¿Cuántas veces me hipnotizó? ¿Y qué obtuve a cambio? Nada. Y ahora quiere sacarme el alma como si fuera el engranaje de un reloj. ¡Esto es demasiado!

-¡Oh querido muchacho! -dijo el profesor muy afligido-. Todo lo que ha dicho es cierto. Nunca me había detenido a pensarlo. ¿Puedo hacer algo para recompensarle? Lo que me pida; estoy dispuesto a ello.

Fritz, muy seriamente, contestó:

-Lo ayudaré si me promete que después de este experimento me dará la mano de su hija. Ésas son mis condiciones. Si no, no quiero saber nada de todo esto.

El profesor, asombrado, permaneció en silencio. Luego dijo:

-¿Y qué dirá mi hija sobre su petición?

-Elisa estará contenta. Hace tiempo que nos queremos.

-Entonces -dijo el profesor con convicción- le concederé su mano. Usted es un joven de buen corazón y uno de los mejores neuróticos que conocí en mi vida...cuando no está bajo la influencia del alcohol. Tengo programado mi experimento para el cuatro del mes próximo. Venga al laboratorio fisiológico a las doce en punto. Será un gran momento. Los científicos más importantes de Alemania vendrán a vernos.

-Seré puntual -contestó el estudiante.

Los dos hombres se fueron cada uno por su lado. El profesor caminó lentamente hacia su casa, pensando en el gran evento que pronto iba a protagonizar. El joven siguió la juerga con sus compañeros pensando en los ojos azules de Elisa y en el trato que había hecho con su padre.

No había exagerado el profesor al hablar del interés que había provocado su nuevo experimento. Una constelación de talentosos hombres de ciencia había llenado la habitación mucho antes de la hora anunciada. Habían venido grandes eminencias del espiritismo y un especialista muy famoso en centros cerebrales. Todos habían recorrido grandes distancias y estaban entusiasmados y atentos. Cuando aparecieron el profesor Von Baumgarten y su alumno sobre el estrado, sonaron enormes aplausos. El profesor explicó en pocas palabras en qué consistía la comprobación que iba a llevar a cabo y cuáles eran sus objetivos.

-Hipnotizaré al joven aquí presente -dijo el sabio- y luego yo mismo me pondré en trance. Aunque nuestros cuerpos estarán inmóviles, espero que nuestros espíritus puedan encontrarse. Al cabo de un tiempo, todo volverá a su curso normal. Nuestros espíritus regresarán a sus cuerpos y las cosas serán como siempre han sido. Con su permiso, procederemos a efectuar la prueba.

Se reanudaron los aplausos y el público buscó el mejor lugar para observar en

respetuoso silencioso. El profesor hipnotizó al joven con apenas unos rápidos pases. El muchacho cayó inerte sobre su silla. Estaba rígido y pálido. Entonces, el profesor tomó una brillante bola de cristal del bolsillo y concentró la mirada en ella. Efectuó un esfuerzo mental y logró hipnotizarse a sí mismo. Se escuchó un extraño e impresionante suspiro en la audiencia que contemplaba al joven y al viejo en suspensión vital. ¿Dónde estarían ahora sus almas? ¿Dónde habrían ido? Ésas eran las preguntas que se hacían todos los espectadores.

Pasaron cinco minutos, luego diez, luego quince y luego otros quince. El profesor y su discípulo continuaban sentados, rígidos e inmóviles sobre el estrado. Durante ese tiempo no se oyó el mínimo sonido entre los sabios reunidos. Todas las miradas estaban clavadas en los dos rostros pálidos, buscando las primeras señales de conciencia. Tuvo que pasar una hora para que

la paciencia de los espectadores tuviera su recompensa. Se colorearon ligeramente las mejillas del profesor Von Baumgarten. El alma estaba regresando a su residencia terrenal. De pronto, como si estuviera despertando de un sueño, el profesor estiró sus brazos largos y delgados. Se frotó los ojos y levantándose de su silla miró hacia todos lados, como si le costara darse cuenta del lugar y la situación en que se encontraba. Con gran sorpresa y disgusto de la mayor parte del público, el profesor lanzó una terrible maldición. A continuación preguntó:

-¿Dónde demonios estoy? ¿Qué infiernos ocurrió? ¡Pero si ya recuerdo! Estoy en un absurdo experimento hipnótico. Pero puedo asegurarles que esta vez no tuvo éxito porque no recuerdo nada de nada desde que quedé inconsciente. Hicieron un largo viaje para nada mis distinguidos sabios amigos. Todo esto sólo ha sido una broma muy graciosa.

Mientras decía esto, el profesor reía a carcajadas y se golpeaba los muslos. El publico se sintió terriblemente agredido por este comportamiento increíble La cosa hubiera terminando muy mal si no hubiera intervenido el joven Fritz von Hartmann. Acababa de recobrar sus sentidos y se había puesto de pie. Avanzando hacia el público dijo:

-Tengo que pedir disculpas por la conducta de este hombre. Si bien pudo parecerles serio al principio del experimento, es un muchacho muy atolondrado. Todavía está bajo los efectos de la reacción hipnótica. No lo podemos culpar entonces, por sus pobres palabras. Ahora, si hablamos del experimento, yo no creo que haya fallado. Existe la posibilidad de que nuestros espíritus se hayan comunicado en el espacio. Lamentablemente, nuestra memoria corporal es burda, muy distinta de la de nuestro espíritu. Tal vez por eso no podamos recordar lo ocurrido. De ahora en más pondré todas mis energías en crear algún medio por el cual los espíritus puedan recordar lo que les ocurre cuando vuelan libremente. Cuando lo haya logrado, espero poder tener el honor de reunir a este respetable público de nuevo, otra vez en esta sala, y demostrarles el resultado.

Este comentario causó una gran sorpresa entre los asistentes. Especialmente por haberlo expresado un estudiante tan joven. Algunos sabios se sintieron ofendidos, pensaban que

el joven se daba aires de importancia que en realidad no le correspondían.

Pero en su mayoría, el público lo consideró una futura promesa de la ciencia. Y no pudieron dejar de hacer comparaciones entre su conducta, tan digna, y la del profesor, que durante la explicación del joven no dejaba de reírse a carcajada limpia desde un rincón, sin preocuparse por el fracaso de su prueba.

A pesar de que todos aquellos hombres eminentes habían dejado la sala con la sensación de que no habían visto nada para tener en cuenta, había sucedido antes sus ojos uno de los hechos más maravillosos de toda la historia del mundo. La teoría del profesor Von Baumgarten de que su espíritu y el de su alumno se habían alejado de su cuerpo durante el experimento, era totalmente correcta. Pero una extraña e inesperada complicación se había producido. Al regresar, el espíritu de Fritz von Hartmann se había introducido en el cuerpo de Alexis von Baumgarten y el de Alexis von Baumgarten en el cuerpo de Fritz von Hartmann. Eso explicaba las palabras superficiales y torpes que había pronunciado el profesor, y las elogiables y serias frases que había dicho el atolondrado estudiante. Era un hecho sin precedentes, pero nadie se había dado cuenta, ni siquiera los propios involucrados.

El cuerpo del profesor sintió de repente que tenía la garganta seca. Todavía seguía riéndose del experimento cuando salió a la calle, porque el alma de Fritz se alegraba internamente de haber ganado a su novia sin ningún esfuerzo especial. Lo primero que pensó fue ir a verla, pero frenó su impulso. Pensó que debía darle tiempo al profesor Von Baumgarten de informarle a su esposa el trato que habían realizado. Así que se dirigió a la cervecería, uno de los lugares preferidos de los estudiantes. Mientras caminaba hacia el lugar donde esperaba apagar su sed, agitaba ruidosamente el bastón en el aire. Sin dudar un instante, buscó la salita reservada donde ya se habían acomodado más de media docena de sus compañeros más alegres.

-¡Sabía que los encontraría aquí! ¡Bravo! Terminen sus bebidas y pidan lo que quieran que hoy invito yo.

Los estudiantes no se hubieran sentido más sorprendidos si el hombrecito verde que estaba pintado en el cartel de la cervecería que colgaba sobre la puerta hubiera bajado repentinamente y entrado al salón exigiendo una botella de cerveza. No podían creer en la inesperada llegada del respetable profesor. Durante un minuto o dos, la sorpresa no les permitió reaccionar y se quedaron en silencio, sin ser capaces de responder a la invitación.

De pronto el profesor maldijo y resopló preguntando:

-¿Qué demonios les pasa? ¿Por qué se quedan mirándome como cerdos enamorados? ¿Sucede algo especial?

-Es que esta invitación es un honor... -pudo tartamudear uno de sus alumnos.

-¡Pero qué honor ni honor! -respondió enojado el profesor-. ¿Piensan que porque hice una exhibición de hipnotismo frente a un montón de fósiles me voy a sentir tan

orgulloso? ¿Y que no voy a querer unirme a mis viejos y queridos amigos? ¿Por qué no me alcanzan una silla? Creo que ya es hora de que presida esta reunión. ¿Qué quieren tomar? Pidan lo que quieran y que lo anoten en mi cuenta.

No se recuerda en aquella cervecería ninguna otra tarde como aquélla. Alegremente iban de aquí para allá las espumosas jarras de cerveza y la verdes botellas de vino del Rin. Poco a poco los estudiantes perdieron la timidez que al principio les producía la presencia de su profesor. Especialmente al verlo cantar y regir. Y no fue lo único especial que hizo. También mantuvo en equilibrio sobre su nariz una pipa muy larga y apostó que ganaría en una carrera de cien metros contra cualquier miembro del grupo que se atreviera a correr junto a él. Del otro lado de la puerta, el propietario de la cervecería y la camarera murmuraban sorprendidos frente a la increíble conducta del ilustre profesor. Mucho más tuvieron para murmurar después, cuando el distinguido caballero le dio al propietario una palmada y besó a la camarera detrás de la puerta de la cocina.

-Caballeros -dijo el profesor mientras se ponía de pie, balanceándose ligeramente-. Creo que debo explicarles la causa de esta celebración.

-¡Que hable, que hable, que hable! -gritaron los estudiantes golpeando sus vasos contra la mesa.

-Amigos míos, debo comunicarles que voy a casarme muy pronto. Por lo menos, eso espero -dijo el profesor con los ojos brillándole a través de los lentes.

Un estudiante, un poco más atrevido que los demás, preguntó:

-¡Casarse! Pero, ¿falleció la señora?

-¿Qué señora?

-¿Y qué señora va a ser? La señora Von Baumgarten, por supuesto.

-Ah -dijo riendo el profesor. Veo que ya saben todo lo mío... No, no murió. Pero estoy seguro que no se opondrá a mi casamiento.

-¡Qué considerado de su parte! -dijo un joven.

-En realidad -dijo el profesor- espero que acepte esta situación y me ayude a congraciarme con mi futura esposa. Es cierto que la señora y yo nunca nos hemos llevado muy bien, pero ahora espero que todo eso haya pasado y que cuando me case venga a vivir con nosotros.

-¡Seguramente se convertirán en una familia muy feliz! - comentó alguien.

-Así lo espero. ¡Y me gustaría que todos ustedes asistieran a la boda! ¡No haré nombres pero pido ahora un brindis por mi futura esposa !

-¡A su salud! ¡Por la futura esposa! -clamaron los estudiantes con grandes carcajadas. Y así continuó la fiesta, alegre y tumultuosa, en la que todos seguían el ejemplo del profesor y bebían y brindaban por la mujer de su corazón.

Al mismo tiempo en que se realizaba esta festiva reunión, en otro lugar se sucedía una escena muy diferente. El joven Fritz von Hartmann, con una actitud solemne y reservada, revisó algunos instrumentos matemáticos y salió a la calle, caminando según su costumbre, lenta y pensativamente. Delante de él iba a paso vivo el profesor de anatomía, así que aceleró su marcha hasta alcanzarlo.

-Profesor -dijo dándole unas palmaditas en el brazo-. Recuerdo ahora que el otro día me preguntó acerca del revestimiento de las arterias cerebrales. Yo creo que...

-¡Pero quién se cree usted que es! ¿Qué demonios pretende? -dijo indignado el agrio profesor de anatomía-. ¡Tendré que informar de su comportamiento a la Junta Académica!

Y con esta amenaza, el antipático señor giró en redondo y se marchó rápidamente.

Von Hartmann se sintió muy sorprendido frente a esa reacción desproporcionada. -Debe ser a causa del fracaso de mi experimento -dijo para si y continuó malhumorado su camino. Le esperaban nuevas sorpresa. Se le acercaron de pronto dos jóvenes estudiantes. En lugar de saludarlo sacándose las gorras, o de mostrarle alguna señal de respeto, al verlo lanzaron un grito. Corrieron hacia él y lo tomaron cada uno de un brazo mientras lo arrastraban con ellos.

-¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Dónde me llevan?

-A que te tragues una buena botella de cerveza con nosotros -contestaron los estudiantes con expresión divertida-. ¡Vamos! ¡Ésta es una invitación a la que nunca pudiste negarte!

-¡Jamás escuché una falta de respeto semejante! -gritó Von Hartmann-. ¡Suéltenme ya! ¡Los suspenderé! ¡Déjenme ahora mismo, he dicho!

-Así que estás de mal humor -le respondieron-. Que te vayas con viento fresco... La podemos pasar muy bien sin tu presencia.

-¡Sé quiénes son y haré que paguen por esto! -gritó furioso Von Hartmann. Y continuó su camino realmente enojado por estos dos penosos episodios. La señora Von Baumgarten se encontraba mirando por la ventana. Se preguntaba por qué su esposo se retrasaba para la cena. ¡Cómo no iba a sorprenderse al ver aproximarse al joven estudiante! No esperaba ver al muchacho, quien verdaderamente le inspiraba una enorme antipatía. Si había logrado entrar en su casa había sido sólo por el profesor y en contra de sus deseos. La sorpresa de la mujer iba aumentando al verlo pasar por la puerta del jardín y acercarse por el sendero con un aire de dueño del lugar. No podía creer lo que veía y se dirigió a la puerta en guardia, armada de sus más profundos instintos maternales. La hermosa Elisa también había visto desde la ventana del primer

piso ese avanzar atrevido de su enamorado y su corazón latía rápidamente, mezclando sentimientos de asombro y orgullo.

-Buenos días, caballero -saludó la señora Von Baumgarten al intruso, al mismo tiempo que le bloqueaba con sequedad la puerta abierta.

-Sí, es un día espléndido, Martha -respondió el otro-. Pero por favor, no te quedes como una estatua y sírveme ya la cena. Vengo muerto de hambre.

-iPero cómo...! ¿Martha? ¿La cena... -dijo la señora mientras retrocedía sorprendida.

-¡Sí Martha, la cena! -gritó Von Hartmann que ya empezaba a enojarse-. ¿Qué tiene de extraño mi pedido? Sobre todo, considerando que estuve afuera todo el día. Esperaré en el comedor. Sírveme lo que quieras. Salchichas, ciruelas..., cualquier cosa. Lo que encuentres a mano. ¿Pero por qué te quedas parada mirándome? Mujer, ¿piensas mover tus piernas de una vez, o qué?

El tono indignado de este último comentario provocó que la buena señora Von Baumgarten corriera a la cocina, donde se encerró presa de un violento ataque de histeria. Von Baumgarten fue a la sala y se sentó en el sofá invadido del peor de los humores.

-¡Elisa! -gritó-. ¡Elisa! ¿Pero dónde diablos se ha metido esta chica?

La joven sintió el irritado llamado y bajó tímidamente la escalera. Al encontrarse frente a su amado dijo:

-¡Mi querido! ¿Hiciste todo esto por mí? ¿Fue un truco para poder verme?

La joven abrazó apretadamente al profesor provocándole un ataque de rabia. Durante unos minutos no pudo decir nada, se había quedado sin habla a causa de la indignación. Sólo podía lanzarle a la joven miradas llameantes de furia y apretar los puños, mientras trataba de desembarazarse de su abrazo. Cuando logró hablar, lo hizo de forma tan violenta que asustó a la muchacha quien se alejó unos pasos y quedó petrificada de miedo.

-¡Nunca en mi vida me pasaron tantas cosas malas como en este día! -estalló Von Hartmann mientras daba una patada al piso-. Mi experimento fracasó, el profesor de anatomía me insultó, dos de mis estudiantes me arrastraron por la calle. Luego mi esposa casi se desmaya porque le pido la cena y mi hija se tira sobre mí y me abraza como a un oso, sin dejarme ni respirar.

-¿Te sientes bien?- respondió la muchacha-. Te noto muy raro, parece que estuvieras desvariando y ni siquiera me has besado.

-No, y tampoco lo haré -dijo Von Hartmann-. ¿Qué modales son ésos7 ¡Deberías avergonzarte! ¿Por qué no vas a traerme mis zapatillas7 ¿Y por qué no ayudas también a

tu madre a preparar la cena?

-¿Y para esto te amé apasionadamente durante más de diez meses? -gritó Elisa mientras lloraba histéricamente-. ¿Para eso desafié el enojo de mi madre? ¡Creo que rompiste mi corazón! ¡Estoy segura de que lo rompiste!

-¡No soporto más! -gritó furioso Von Hartmann-. ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Qué hice yo hace diez meses que te inspirara tanto afecto hacia mí? Si realmente me quieres tanto, sería mejor que fueras a la cocina y me trajeras ya un poco de salchicha y otro poco de pan, en vez de decir tantas tonterías juntas.

-¡Mi querido! -dijo la joven mientras se arrojaba a los brazos de quien creía su amado-. Me doy cuenta de que estás bromeando. ¿Quieres asustar a tu pequeña Elisa?

En el momento del inesperado abrazo, Von Hartmann estaba reclinándose sobre un costado del sillón, que se encontraba bastante desvencijado. Al lado del sofá había un tanque lleno de agua. El profesor lo utilizaba para realizar experimentos con huevos de peces y debía mantenerlos en esa habitación con el fin de obtener la temperatura ideal. El peso de la joven sobre él, combinado con el empuje con que se arrojó a sus brazos lograron que el gastado sofá cediera hacia atrás. El cuerpo del pobre estudiante fue a parar al tanque, donde quedaron incrustados su cabeza y sus hombros. Mientras tanto, sus extremidades inferiores pateaban inútilmente el aire. Ese episodio rebalsó el vaso de la agotada paciencia del profesor. Con dificultad pudo liberarse de esa postura incómoda, y lanzando un grito de furia se lanzó fuera de la casa. En vano fueron las súplicas de Elisa. El profesor tomó su sombrero y despeinado y chorreando agua salió a buscar algún bar donde obtener la comida y la comodidad que le negaban en su casa.

El espíritu de Von Baumgarten iba metido adentro del cuerpo del joven Von Hartmann y recorría el camino que llevaba al centro de la ciudad. Seguía protestando a viva voz por la mala suerte de ese día cuando divisó a un hombre viejo muy alcoholizado. Von Hartmann se quedó esperando a un costado de la calle y observó al hombre tambalearse de un lado a otro mientras tarareaba una obscena canción de estudiantes. Al principio, lo único que le llamó la atención fue ver a un hombre de apariencia respetable en tan lamentable condición. A medida que este individuo se acercaba a él sintió que lo conocía, pero no podía recordar cuándo o dónde lo había visto antes. La impresión se hizo más fuerte al verlo más de cerca. Por las dudas, avanzó unos pasos y lo miró cuidadosamente.

-Hola- dijo el borracho mirándolo fijamente mientras trataba de mantener su equilibrio-. ¿De dónde demonios te conozco? Sé que te conozco tanto como de toda la vida, pero ahora no recuerdo bien de dónde... ¿Quién diablos eres?

-Soy el profesor Von Baumgarten -dijo el de cuerpo de estudiante-. ¿Me permite preguntarle quién es usted? Sus facciones me resultan extrañamente familiares.

-No mientas, amigo mío. Eso es muy feo -dijo el otro-.Yo sé que no eres el profesor porque él es un hombre viejo y horrible. En cambio tú eres un muchacho alto, agradable

y de anchos hombros. Yo te diré quien soy yo: Fritz von Hartmann, a tus órdenes.

-Le aseguró que ése no es usted -exclamó el cuerpo de Von Hartmann-. En todo caso será su padre. Pero, dígame señor, ¿se dio cuenta de que lleva mis gemelos y la cadena de mi reloj?

-¡Maldición! -respondió el otro-. Si ésos no son los pantalones que mi sastre quiere que le pague, prometo no volver a beber cerveza en mi vida.

En ese momento, Von Hartman se pasó una mano por la frente. Estaba agobiado por todas las cosas insólitas que le habían ocurrido aquel día. Bajó la mirada y la casualidad hizo que se viera reflejado en un charco de lluvia que se encontraba en la mitad de la calle. Pudo entonces comprobar con gran asombro que su cara era la de un joven y su traje el de un estudiante, y su imagen se veía opuesta, en todo sentido, a la seria y responsable apariencia académica que debía corresponderle. En ese mismo momento, su rápida mente comprendió la secuencia de los últimos hechos ocurridos en su vida y sacó una certera conclusión. La impresión lo hizo tambalearse, también a él.

-¡Dios mío! -gritó desesperado y golpeándose el pecho-. Ahora comprendo qué pasó. Nuestras almas fueron a los cuerpos equivocados. Yo soy usted, usted es yo. He demostrado mi teoría... ¡pero con qué costo! ¿Deberá la mente más erudita de toda Europa tener que vivir dentro de una envoltura tan vacía? ¡Oh, el trabajo de toda una vida arruinado para siempre!

-Yo lo comprendo -dijo el verdadero Von Hartmann desde el cuerpo del profesor. Y puedo entender muy bien lo que siente. Pero no golpée así a mi pobrecito cuerpo. Estaba en excelentes condiciones cuando usted lo recibió. En cambio, ahora está totalmente mojado y mi camisa está arrugada y tiene un olor espantoso.

-¡Qué importancia tienen esos detalles si vamos a tener que quedarnos así para siempre! -contestó Von Baumgarten desde el cuerpo de Von Hartmann-. Pude probar mi teoría, pero de un modo terrible.

-Si yo pensara como usted -le contestó el espíritu del estudiante- sí que sería terrible. ¿Cómo podría ser mi vida de ahora en más metido en este cuerpo quebradizo y viejo? ¿Cómo haría para cortejar a Elisa y convencerla de que no soy su padre? Gracias a Dios que a pesar de la cerveza, que hoy me cayó peor que nunca porque su cuerpo no resiste lo que resiste el mío, se me ocurrió una salida para nuestros problemas.

-¿Cuál? -preguntó anhelante el profesor.

-Repetir el experimento. Creo que si otra vez dejamos a nuestras almas en libertad tendremos bastantes posibilidades de que encuentren un camino de regreso a sus respectivos cuerpos.

Como un ahogado se aferra a un madero, así se aferró el espíritu de Von Baumgarten a esta propuesta. Rápidamente arrastró a su propio cuerpo a un costado de la calle y lo puso en trance. Inmediatamente sacó la bola de cristal de su bolsillo y logró también él

quedar en suspensión vital.

Durante la hora siguiente pasaron por allí muchos estudiantes. Algunos se detuvieron asombrados al ver al profesor de Fisiología y su estudiante preferido semidesvanecidos sobre un banco lleno de barro. Pronto se reunió alrededor de ellos una multitud que discutía la posibilidad de llamar a una ambulancia para llevarlos al hospital. Pero en ese momento, el sabio profesor abrió los ojos y miró con aire ausente a su alrededor. Parecía no saber cómo había llegado hasta allí. Y de pronto alzó sus brazos delgados sobre su cabeza y gritó con felicidad:

-¡Dios me proteja! ¡Soy yo! ¡Soy yo de nuevo! ¡Me doy cuenta!

La sorpresa de la multitud se hizo aún más grande cuando el estudiante saltó del banco gritando lo mismo y los dos se tomaban de los brazos haciendo unos pasos de baile muy extraños. Después de ese extraño episodio hubo muchas dudas sobre la sanidad mental de sus protagonistas. El profesor publicó sus experiencias en el periódico médico, pero sus colegas le aconsejaron vigilar su mente si no quería terminar en un manicomio. El estudiante también comprobó en carne propia que era mejor no hablar más sobre el tema.

Cuando el serio profesor volvió a su casa, no encontró el cálido recibimiento que podría desear después de tan singulares aventuras. Al contrario. Ambas mujeres le reprocharon su olor a alcohol y a tabaco y el haber estado ausente cuando un joven sinvergüenza se había introducido en la casa y le había faltado el respeto a sus ocupantes. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que el clima familiar del hogar del profesor volviera a su tranquilidad habitual. Y todavía mucho más hasta que se viera entrar a esa casa al joven Von Hartmann. Pero la paciencia y la constancia dan sus frutos, y el estudiante logró finalmente tranquilizar a las enojadas damas y establecerse en el hogar. Y ya no debe preocuparse más por la antipatía de la esposa del profesor porque él se ha convertido en el capitán Von Hartmann, del ejército del emperador y su encantadora esposa Elisa ya le regaló dos pequeños futuros soldaditos, como claro y positivo símbolo de su amor.

19 Jan 2005

SV

El hombre del labio retorcido

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Isa Whitney, hermano del difunto Elías Whitney, D. D., director del Colegio de Teología de San Jorge, era adicto perdido al opio. Según tengo entendido, adquirió el hábito a causa de una típica extravagancia de estudiante: habiendo leído en la universidad la descripción que hacía De Quincey de sus ensueños y sensaciones, había empapado su tabaco en láudano con la intención de experimentar los mismos efectos. Descubrió, como han hecho tantos otros, que resulta más fácil adquirir el hábito que librarse de él, y durante muchos años vivió esclavo de la droga, inspirando una mezcla de horror y compasión a sus amigos y familiares. Todavía me parece que lo estoy

viendo, con la cara amarillenta y fofa, los párpados caídos y las pupilas reducidas a un puntito, encogido en una butaca y convertido en la ruina y los despojos de un buen hombre.

Una noche de junio de 1889 sonó el timbre de mi puerta, aproximadamente a la hora en que uno da el primer bostezo y echa una mirada al reloj. Me incorporé en mi asiento, y mi esposa dejó su labor sobre el regazo y puso una ligera expresión de desencanto.

-¡Un paciente! -dijo-. Vas a tener que salir.

Solté un gemido, porque acababa de regresar a casa después de un día muy fatigoso.

Oímos la puerta que se abría, unas pocas frases presurosas, y después unos pasos rápidos sobre el linóleo. Se abrió de par en par la puerta de nuestro cuarto, y una dama vestida de oscuro y con un velo negro entró en la habitación.

-Perdonen ustedes que venga tan tarde -empezó a decir; y en ese mismo momento, perdiendo de repente el dominio de sí misma, se abalanzó corriendo sobre mi esposa, le echó los brazos al cuello y rompió a llorar sobre su hombro-. ¡Ay, tengo un problema tan grande! -sollozó-. ¡Necesito tanto que alguien me ayude!

-¡Pero si es Kate Whitney! -dijo mi esposa, alzándole el velo-. ¡Qué susto me has dado, Kate! Cuando entraste no tenía ni idea de quién eras.

-No sabía qué hacer, así que me vine derecho a verte.

Siempre pasaba lo mismo. La gente que tenía dificultades acudía a mi mujer como los pájaros a la luz de un faro.

-Has sido muy amable viniendo. Ahora, tómate un poco de vino con agua, siéntate cómodamente y cuéntanoslo todo. ¿0 prefieres que mande a James a la cama?

-Oh, no, no. Necesito también el consejo y la ayuda del doctor. Se trata de Isa. No ha venido a casa en dos días. ¡Estoy tan preocupada por él!

No era la primera vez que nos hablaba del problema de su marido, a mí como doctor, a mi esposa como vieja amiga y compañera del colegio. La consolamos y reconfortamos lo mejor que pudimos. ¿Sabía dónde podía estar su marido? ¿Era posible que pudiéramos hacerle volver con ella?

Por lo visto, sí que era posible. Sabía de muy buena fuente que últimamente, cuando le daba el ataque, solía acudir a un fumadero de opio situado en el extremo oriental de la City. Hasta entonces, sus orgías no habían pasado de un día, y siempre había vuelto a casa, quebrantado y tembloroso, al caer la noche. Pero esta vez el maleficio llevaba durándole cuarenta y ocho horas, y sin duda allí seguía tumbado, entre la escoria de los muelles, aspirando el veneno o durmiendo bajo sus efectos. Su mujer estaba segura de que se le podía encontrar en «El Lingote de Oro», en Upper Swandam Lane. Pero ¿qué podía hacer ella? ¿Cómo iba ella, una mujer joven y tímida, a meterse en semejante sitio

y sacar a su marido de entre los rufianes que le rodeaban?

Así estaban las cosas y, desde luego, no había más que un modo de resolverlas. ¿No podía yo acompañarla hasta allí? Sin embargo, pensándolo bien, ¿para qué había de venir ella? Yo era el consejero médico de Isa Whitney y, como tal, tenía cierta influencia sobre él. Podía apañármelas mejor si iba solo. Le di mi palabra de que antes de dos horas se lo enviaría a casa en un coche si de verdad se encontraba en la dirección que me había dado.

Y así, al cabo de diez minutos, había abandonado mi butaca y mi acogedor cuarto de estar y viajaba a toda velocidad en un coche de alquiler rumbo al este, con lo que entonces me parecía una extraña misión, aunque sólo el futuro me iba a demostrar lo extraña que era en realidad.

Sin embargo, no encontré grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura. Upper Swandam Lane es una callejuela miserable, oculta detrás de los altos muelles que se extienden en la orilla norte del río, al este del puente de Londres. Entre una tienda de ropa usada y un establecimiento de ginebra encontré el antro que iba buscando, al que se llegaba por una empinada escalera que descendía hasta un agujero negro como la boca de una caverna. Ordené al cochero que aguardara y bajé los escalones, desgastados en el centro por el paso incesante de pies de borrachos. A la luz vacilante de una lámpara de aceite colocada encima de la puerta, encontré el picaporte y penetré en una habitación larga y de techo bajo, con la atmósfera espesa y cargada del humo pardo del opio, y equipada con una serie de literas de madera, como el castillo de proa de un barco de emigrantes.

A través de la penumbra se podían distinguir a duras penas numerosos cuerpos, tumbados en posturas extrañas y fantásticas, con los hombros encorvados, las rodillas dobladas, las cabezas echadas hacia atrás y el mentón apuntando hacia arriba; de vez en cuando, un ojo oscuro y sin brillo se fijaba en el recién llegado. Entre las sombras negras brillaban circulitos de luz, encendiéndose y apagándose, según que el veneno ardiera o se apagara en las cazoletas de las pipas metálicas. La mayoría permanecía tendida en silencio, pero algunos murmuraban para sí mismos, y otros conversaban con voz extraña, apagada y monótona; su conversación surgía en ráfagas y luego se desvanecía de pronto en el silencio, mientras cada uno seguía mascullando sus propios pensamientos, sin prestar atención a las palabras de su vecino. En el extremo más apartado había un pequeño brasero de carbón, y a su lado un taburete de madera de tres patas, en el que se sentaba un anciano alto y delgado, con la barbilla apoyada en los puños y los codos en las rodillas, mirando fijamente el fuego.

Al verme entrar, un malayo de piel cetrina se me acercó rápidamente con una pipa y una porción de droga, indicándome una litera libre.

-Gracias, no he venido a quedarme -dije-. Hay aquí un amigo mío, el señor Isa Whitney, y quiero hablar con él. Hubo un movimiento y una exclamación a mi derecha y, atisbando entre las tinieblas, distinguí a Whitney, pálido, ojeroso y desaliñado, con la mirada fija en mí.

-¡Dios mío! ¡Es Watson! -exclamó. Se encontraba en un estado lamentable, con todos sus nervios presa de temblores-. Oiga, Watson, ¿qué hora es?

-Casi las once.

-¿De qué día?

-Del viernes, diecinueve de junio.

-¡Cielo santo! ¡Creía que era miércoles! ¡Y es miércoles! ¿Qué se propone usted asustando a un amigo? -sepultó la cara entre los brazos y comenzó a sollozar en tono muy agudo.

-Le digo que es viernes, hombre. Su esposa lleva dos días esperándole. ¡Debería estar avergonzado de sí mismo!

-Y lo estoy. Pero usted se equivoca, Watson, sólo llevo aquí unas horas... tres pipas, cuatro pipas... ya no sé cuántas. Pero iré a casa con usted. ¿Ha traído usted un coche?

-Sí, tengo uno esperando.

-Entonces iré en él. Pero seguramente debo algo. Averigüe cuánto debo, Watson. Me encuentro incapaz. No puedo hacer nada por mí mismo.

Recorrí el estrecho pasadizo entre la doble hilera de durmientes, conteniendo la respiración para no inhalar el humo infecto y estupefaciente de la droga, y busqué al encargado. Al pasar al lado del hombre alto que se sentaba junto al brasero, sentí un súbito tirón en los faldones de mi chaqueta y una voz muy baja susurró: «Siga adelante y luego vuélvase a mirarme». Las palabras sonaron con absoluta claridad en mis oídos. Miré hacia abajo. Sólo podía haberlas pronunciado el anciano que tenía a mi lado, y sin embargo continuaba sentado tan absorto como antes, muy flaco, muy arrugado, encorvado por la edad, con una pipa de opio caída entre sus rodillas, como si sus dedos la hubieran dejado caer de puro relajamiento. Avancé dos pasos y me volvía mirar. Necesité todo el dominio de mí mismo para no soltar un grito de asombro. El anciano se había vuelto de modo que nadie pudiera verlo más que yo. Su figura se había agrandado, sus arrugas habían desaparecido, los ojos apagados habían recuperado su fuego, y allí, sentado junto al brasero y sonriendo ante mi sorpresa, estaba ni más ni menos que Sherlock Holmes. Me indicó con un ligero gesto que me aproximara y, al instante, en cuanto volvió de nuevo su rostro hacia la concurrencia, se hundió una vez más en una senilidad decrépita y babeante.

-¡Holmes! -susurré-. ¿Qué demonios está usted haciendo en este antro?

-Hable lo más bajo que pueda -respondió-. Tengo un oído excelente. Si tuviera usted la inmensa amabilidad de librarse de ese degenerado amigo suyo, me alegraría muchísimo tener una pequeña conversación con usted.

-Tengo un coche fuera.

-Entonces, por favor, mándelo a casa en él. Puede fiarse de él, porque parece demasiado hecho polvo como para meterse en ningún lío. Le recomiendo también que, por medio del cochero, le envíe una nota a su esposa diciéndole que ha unido su suerte a la mía. Si me espera fuera, estaré con usted en cinco minutos.

Resultaba difícil negarse a las peticiones de Sherlock Holmes, porque siempre eran extraordinariamente concretas y las exponía con un tono de lo más señorial. De todas maneras, me parecía que una vez metido Whitney en el coche, mi misión había quedado prácticamente cumplida; y, por otra parte, no podía desear nada mejor que acompañar a mi amigo en una de aquellas insólitas aventuras que constituían su modo normal de vida. Me bastaron unos minutos para escribir la nota, pagar la cuenta de Whitney, llevarlo hasta el coche y verle partir a través de la noche. Muy poco después, una decrépita figura salía del fumadero de opio y yo caminaba calle abajo en compañía de Sherlock Holmes. Avanzó por un par de calles arrastrando los pies, con la espalda encorvada y el paso inseguro; y de pronto, tras echar una rápida mirada a su alrededor, enderezó el cuerpo y estalló en una alegre carcajada.

-Supongo, Watson -dijo-, que está usted pensando que he añadido el fumar opio a las inyecciones de cocaína y demás pequeñas debilidades sobre las que usted ha tenido la bondad de emitir su opinión facultativa.

-Desde luego, me sorprendió encontrarlo allí.

-No más de lo que me sorprendió a mí verle a usted.

-Yo vine en busca de un amigo.

-Y yo, en busca de un enemigo.

-¿Un enemigo?

-Sí, uno de mis enemigos naturales o, si se me permite decirlo, de mis presas naturales. En pocas palabras, Watson, estoy metido en una interesantísima investigación, y tenía la esperanza de descubrir alguna pista entre las divagaciones incoherentes de estos adictos, como me ha sucedido otras veces. Si me hubieran reconocido en aquel antro, mi vida no habría valido ni la tarifa de una hora, porque ya lo he utilizado antes para mis propios fines, y el bandido del dueño, un antiguo marinero de las Indias Orientales, ha jurado vengarse de mí. Hay una trampilla en la parte trasera del edificio, cerca de la esquina del muelle de San Pablo, que podría contar historias muy extrañas sobre lo que pasa a través de ella las noches sin luna.

-¡Cómo! ¡No querrá usted decir cadáveres!

-Sí, Watson, cadáveres. Seríamos ricos si nos dieran mil libras por cada pobre diablo que ha encontrado la muerte en ese antro. Es la trampa mortal más perversa de toda la ribera del río, y me temo que Neville St. Clair ha entrado en ella para no volver a salir.

Pero nuestro coche debería estar aquí -se metió los dos dedos índices en la boca y lanzó un penetrante silbido, una señal que fue respondida por un silbido similar a lo lejos, seguido inmediatamente por el traqueteo de unas ruedas y las pisadas de cascos de caballo.

-Y ahora, Watson -dijo Holmes, mientras un coche alto, de un caballo, salía de la oscuridad arrojando dos chorros dorados de luz amarilla por sus faroles laterales-, ¿viene usted conmigo o no?

-Si puedo ser de alguna utilidad...

-Oh, un camarada de confianza siempre resulta útil. Y un cronista, más aún. Mi habitación de Los Cedros tiene dos camas.

-¿Los Cedros?

-Sí, así se llama la casa del señor St. Clair. Me estoy alojando allí mientras llevo a cabo la investigación.

-¿Y dónde está?

-En Kent, cerca de Lee. Tenemos por delante un trayecto de siete millas.

-Pero estoy completamente a oscuras.

-Naturalmente. Pero en seguida va a enterarse de todo. ¡Suba aquí! Muy bien, John, ya no le necesitaremos. Aquí tiene media corona. Venga a buscarme mañana a eso de las once. Suelte las riendas y hasta mañana.

Tocó al caballo con el látigo y salimos disparados a través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que poco a poco se fueron ensanchando hasta que cruzamos a toda velocidad un amplio puente con balaustrada, mientras las turbias aguas del río se deslizaban perezosamente por debajo. Al otro lado nos encontramos otra extensa desolación de ladrillo y cemento envuelta en un completo silencio, roto tan sólo por las pisadas fuertes y acompasadas de un policía o por los gritos y canciones de algún grupillo rezagado de juerguistas. Una oscura cortina se deslizaba lentamente a través del cielo, y una o dos estrellas brillaban débilmente entre las rendijas de las nubes. Holmes conducía en silencio, con la cabeza caída sobre el pecho y toda la apariencia de encontrarse sumido en sus pensamientos, mientras yo, sentado a su lado, me consumía de curiosidad por saber en qué consistía esta nueva investigación que parecía estar poniendo a prueba sus poderes, a pesar de lo cual no me atrevía a entrometerme en el curso de sus reflexiones. Llevábamos recorridas varias millas, y empezábamos a entrar en el cinturón de residencias suburbanas, cuando Holmes se desperezó, se encogió de hombros y encendió su pipa con el aire de un hombre satisfecho por estar haciéndolo lo mejor posible.

-Watson, posee usted el don inapreciable de saber guardar silencio -dijo-. Eso le convierte en un compañero de valor incalculable. Le aseguro que me viene muy bien

tener alguien con quien hablar, pues mis pensamientos no son demasiado agradables. Me estaba preguntando qué le voy a decir a esta pobre mujer cuando salga esta noche a recibirme a la puerta.

-Olvida usted que no sé nada del asunto.

-Tengo el tiempo justo de contarle los hechos antes de llegar a Lee. Parece un caso ridículamente sencillo y, sin embargo, no sé por qué, no consigo avanzar nada. Hay mucha madeja, ya lo creo, pero no doy con el extremo del hilo. Bien, Watson, voy a exponerle el caso clara y concisamente, y tal vez usted pueda ver una chispa de luz donde para mí todo son tinieblas.

-Adelante, pues.

-Hace unos años... concretamente, en mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro, llegó a Lee un caballero llamado Neville St. Clair, que parecía tener dinero en abundancia. Adquirió una gran residencia, arregló los terrenos con muy buen gusto y, en general, vivía a lo grande. Poco a poco, fue haciendo amistades entre el vecindario, y en mil ochocientos ochenta y siete se casó con la hija de un cervecero de la zona, con la que tiene ya dos hijos. No trabajaba en nada concreto, pero tenía intereses en varias empresas y venía todos los días a Londres por la mañana, regresando por la tarde en el tren de las cinco catorce desde Cannon Street. El señor St. Clair tiene ahora treinta y siete años de edad, es hombre de costumbres moderadas, buen esposo, padre cariñoso, y apreciado por todos los que le conocen. Podríamos añadir que sus deudas actuales, hasta donde hemos podido averiguar, suman un total de ochenta y ocho libras y diez chelines, y que su cuenta en el banco, el Capital & Counties Bank, arroja un saldo favorable de doscientas veinte libras. Por tanto, no hay razón para suponer que sean problemas de dinero los que le atormentan.

»El lunes pasado, el señor Neville St. Clair vino a Londres bastante más temprano que de costumbre, comentando antes de salir que tenía que realizar dos importantes gestiones, y que al volver le traería al niño pequeño un juego de construcciones. Ahora bien, por pura casualidad, su esposa recibió un telegrama ese mismo lunes, muy poco después de marcharse él, comunicándole que había llegado un paquetito muy valioso que ella estaba esperando, y que podía recogerlo en las oficinas de la Compañía Naviera Aberdeen. Pues bien, si conoce usted Londres, sabrá que las oficinas de esta compañía están en Fresno Street, que hace esquina con Upper Swandam Lane, donde me ha encontrado usted esta noche. La señora St. Clair almorzó, se fue a Londres, hizo algunas compras, pasó por la oficina de la compañía, recogió su paquete, y exactamente a las cuatro treinta y cinco iba caminando por Swandam Lane camino de la estación. ¿Me sigue hasta ahora?

-Está muy claro.

-Quizá recuerde usted que el lunes hizo muchísimo calor, y la señora St. Clair iba andando despacio, mirando por todas partes con la esperanza de ver un coche de alquiler, porque no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras bajaba de esta manera por Swandam Lane, oyó de repente un grito o una exclamación y se quedó

helada de espanto al ver a su marido mirándola desde la ventana de un segundo piso y, según le pareció a ella, llamándola con gestos. La ventana estaba abierta y pudo verle perfectamente la cara, que según ella parecía terriblemente agitada. Le hizo gestos frenéticos con las manos y después desapareció de la ventana tan repentinamente que a la mujer le pareció que alguna fuerza irresistible había tirado de él por detrás. Un detalle curioso que llamó su femenina atención fue que, aunque llevaba puesta una especie de chaqueta oscura, como la que vestía al salir de casa, no tenía cuello ni corbata.

»Convencida de que algo malo le sucedía, bajó corriendo los escalones -pues la casa no era otra que el fumadero de opio en el que usted me ha encontrado- y tras atravesar a toda velocidad la sala delantera, intentó subir por las escaleras que llevan al primer piso. Pero al pie de las escaleras le salió al paso ese granuja de marinero del que le he hablado, que la obligó a retroceder y, con la ayuda de un danés que le sirve de asistente, la echó a la calle a empujones. Presa de los temores y dudas más enloquecedores, corrió calle abajo y, por una rara y afortunada casualidad, se encontró en Fresno Street con varios policías y un inspector que se dirigían a sus puestos de servicio. El inspector y dos hombres la acompañaron de vuelta al fumadero y, a pesar de la pertinaz resistencia del propietario, se abrieron paso hasta la habitación en la que St. Clair fue visto por última vez. No había ni rastro de él. De hecho, no encontraron a nadie en todo el piso, con excepción de un inválido decrépito de aspecto repugnante. Tanto él como el propietario juraron insistentemente que en toda la tarde no había entrado nadie en aquella habitación. Su negativa era tan firme que el inspector empezó a tener dudas, y casi había llegado a creer que la señora St. Clair había visto visiones cuando ésta se abalanzó con un grito sobre una cajita de madera que había en la mesa y levantó la tapa violentamente, dejando caer una cascada de ladrillos de juguete. Era el regalo que él había prometido llevarle a su hijo.

»Este descubrimiento, y la evidente confusión que demostró el inválido, convencieron al inspector de que se trataba de un asunto grave. Se registraron minuciosamente las habitaciones, y todos los resultados parecían indicar un crimen abominable. La habitación delantera estaba amueblada con sencillez como sala de estar, y comunicaba con un pequeño dormitorio que da a la parte posterior de uno de los muelles. Entre el muelle y el dormitorio hay una estrecha franja que queda en seco durante la marea baja, pero que durante la marea alta queda cubierta por metro y medio de agua, por lo menos. La ventana del dormitorio es bastante ancha y se abre desde abajo. Al inspeccionarla, se encontraron manchas de sangre en el alféizar, y también en el suelo de madera se veían varias gotas dispersas. Tiradas detrás de una cortina en la habitación delantera, se encontraron todas las ropas del señor Neville St. Clair, a excepción de su chaqueta: sus zapatos, sus calcetines, su sombrero y su reloj... todo estaba allí. No se veían señales de violencia en ninguna de las prendas, ni se encontró ningún otro rastro del señor St. Clair. Al parecer, tenían que haberlo sacado por la ventana, ya que no se pudo encontrar otra salida, y las ominosas manchas de sangre en la ventana daban pocas esperanzas de que hubiera podido salvarse a nado, porque la marea estaba en su punto más alto en el momento de la tragedia.

»Y ahora, hablemos de los maleantes que parecen directamente implicados en el asunto. Sabemos que el marinero es un tipo de pésimos antecedentes, pero, según el relato de la señora St. Clair, se encontraba al pie de la escalera a los pocos segundos de la

desaparición de su marido, por lo que difícilmente puede haber desempeñado más que un papel secundario en el crimen. Se defendió alegando absoluta ignorancia, insistiendo en que él no sabía nada de las actividades de Hugh Boone, su inquilino, y que no podía explicar de ningún modo la presencia de las ropas del caballero desaparecido.

»Esto es lo que hay respecto al marinero. Pasemos ahora al siniestro inválido que vive en la segunda planta del fumadero de opio y que, sin duda, fue el último ser humano que puso sus ojos en el señor St. Clair. Se llama Hugh Boone, y todo el que va mucho por la City conoce su repugnante cara. Es mendigo profesional, aunque para burlar los reglamentos policiales finge vender cerillas. Puede que se haya fijado usted en que, bajando un poco por Threadneedle Street, en la acera izquierda, hay un pequeño recodo en la pared. Allí es donde se instala cada día ese engendro, con las piernas cruzadas y su pequeño surtido de cerillas en el regazo. Ofrece un espectáculo tan lamentable que provoca una pequeña lluvia de caridad sobre la grasienta gorra de cuero que coloca en la acera delante de él. Más de una vez lo he estado observando, sin tener ni idea de que llegaría a relacionarme profesionalmente con él, y me ha sorprendido lo mucho que recoge en poco tiempo. Tenga en cuenta que su aspecto es tan llamativo que nadie puede pasar a su lado sin fijarse en él. Una mata de cabello anaranjado, un rostro pálido y desfigurado por una horrible cicatriz que, al contraerse, ha retorcido el borde de su labio superior, una barbilla de bulldog y un par de ojos oscuros y muy penetrantes, que contrastan extraordinariamente con el color de su pelo, todo ello le hace destacar de entre la masa vulgar de pedigüeños: También destaca por su ingenio, pues siempre tiene a mano una respuesta para cualquier pulla que puedan dirigirle los transeúntes. Éste es el hombre que, según acabamos de saber, vive en lo alto del fumadero de opio y fue la última persona que vio al caballero que andamos buscando.

-¡Pero es un inválido! -dije-. ¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la flor de la vida?

-Es inválido en el sentido de que cojea al andar; pero en otros aspectos, parece tratarse de un hombre fuerte y bien alimentado. Sin duda, Watson, su experiencia médica le habrá enseñado que la debilidad en un miembro se compensa a menudo con una fortaleza excepcional en los demás.

-Por favor, continúe con su relato.

-La señora St. Clair se había desmayado al ver la sangre en la ventana, y la policía la llevó en coche a su casa, ya que su presencia no podía ayudarles en las investigaciones. El inspector Barton, que estaba a cargo del caso, examinó muy detenidamente el local, sin encontrar nada que arrojara alguna luz sobre el misterio. Se cometió un error al no detener inmediatamente a Boone, ya que así dispuso de unos minutos para comunicarse con su compinche el marinero, pero pronto se puso remedio a esta equivocación y Boone fue detenido y registrado, sin que se encontrara nada que pudiera incriminarle. Es cierto que había manchas de sangre en la manga derecha de su camisa, pero enseñó su dedo índice, que tenía un corte cerca de la uña, y explicó que la sangre procedía de allí, añadiendo que poco antes había estado asomado a la ventana y que las manchas observadas allí procedían, sin duda, de la misma fuente. Negó hasta la saciedad haber visto en su vida al señor Neville St. Clair, y juró que la presencia de las ropas en su

habitación resultaba tan misteriosa para él como para la policía. En cuanto a la declaración de la señora St. Clair, que afirmaba haber visto a su marido en la ventana, alegó que estaría loca o lo habría soñado. Se lo llevaron a comisaría entre ruidosas protestas, mientras el inspector se quedaba en la casa, con la esperanza de que la bajamar aportara alguna nueva pista.

Y así fue, aunque lo que encontraron en el fango no era lo que temían encontrar. Lo que apareció al retirarse la marea fue la chaqueta de Neville St. Clair, y no el propio Neville St. Clair. ¿Y qué cree que encontraron en los bolsillos?

-No tengo ni idea.

-No creo que pueda adivinarlo. Todos los bolsillos estaban repletos de peniques y medios peniques: en total, cuatrocientos veintiún peniques y doscientos setenta medios peniques. No es de extrañar que la marea no se la llevara. Pero un cuerpo humano es algo muy diferente. Hay un fuerte remolino entre el muelle y la casa. Parece bastante probable que la chaqueta se quedara allí debido al peso, mientras el cuerpo desnudo era arrastrado hacia el río.

-Pero, según tengo entendido, todas sus demás ropas se encontraron en la habitación. ¿Es que el cadáver iba vestido sólo con la chaqueta?

-No, señor, los datos pueden ser muy engañosos. Suponga que este tipo, Boone, ha tirado a Neville St. Clair por la ventana, sin que le haya visto nadie. ¿Qué hace a continuación? Por supuesto, pensará inmediatamente en librarse de las ropas delatoras. Coge la chaqueta, y está a punto de tirarla cuando se le ocurre que flotará en vez de hundirse. Tiene poco tiempo, porque ha oído el alboroto al pie de la escalera, cuando la esposa intenta subir, y puede que su compinche el marinero le haya avisado ya de que la policía viene corriendo calle arriba. No hay un instante que perder. Corre hacia algún escondrijo secreto, donde ha ido acumulando los frutos de su mendicidad, y mete en los bolsillos de la chaqueta todas las monedas que puede, para asegurarse de que se hunda. La tira, y habría hecho lo mismo con las demás prendas de no haber oído pasos apresurados en la planta baja, de manera que sólo le queda tiempo para cerrar la ventana antes de que la policía aparezca.

-Desde luego, parece factible.

-Bien, lo tomaremos como hipótesis de trabajo, a falta de otra mejor. Como ya le he dicho, detuvieron a Boone y lo llevaron a comisaría, pero no se le pudo encontrar ningún antecedente delictivo. Se sabía desde hacía muchos años que era mendigo profesional, pero parece que llevaba una vida bastante tranquila e inocente. Así están las cosas por el momento, y nos hallamos tan lejos como al principio de la solución de las cuestiones pendientes: qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le sucedió allí, dónde está ahora y qué tiene que ver Hugh Boone con su desaparición. Confieso que no recuerdo en toda mi experiencia un caso que pareciera tan sencillo a primera vista y que, sin embargo, presentara tantas dificultades.

Mientras Sherlock Holmes iba exponiendo los detalles de esta singular serie de

acontecimientos, rodábamos a toda velocidad por las afueras de la gran ciudad, hasta que dejamos atrás las últimas casas desperdigadas y seguimos avanzando con un seto rural a cada lado del camino. Pero cuando terminó, pasábamos entre dos pueblecitos de casas dispersas, en cuyas ventanas aún brillaban unas cuantas luces.

-Estamos a las afueras de Lee -dijo mi compañero-. En esta breve carrera hemos pisado tres condados ingleses, partiendo de Middlesex, pasando de refilón por Surrey y terminando en Kent. ¿Ve aquella luz entre los árboles? Es Los Cedros, y detrás de la lámpara está sentada una mujer cuyos ansiosos oídos han captado ya, sin duda alguna, el ruido de los cascos de nuestro caballo.

-Pero ¿por qué no lleva usted el caso desde Baker Street?

-Porque hay mucho que investigar aquí. La señora St. Clair ha tenido la amabilidad de poner dos habitaciones a mi disposición, y puede usted tener la seguridad de que dará la bienvenida a mi amigo y compañero. Me espanta tener que verla, Watson, sin traer noticias de su marido. En fin, aquí estamos. ¡So, caballo, soo!

Nos habíamos detenido frente a una gran mansión con terreno propio. Un mozo de cuadras había corrido a hacerse cargo del caballo y, tras descender del coche, seguí a Holmes por un estrecho y ondulante sendero de grava que llevaba a la casa. Cuando ya estábamos cerca, se abrió la puerta y una mujer menuda y rubia apareció en el marco, vestida con una especie de mousseline-de-soie, con apliques de gasa rosa y esponjosa en el cuello y los puños. Permaneció inmóvil, con su silueta recortada contra la luz, una mano apoyada en la puerta, la otra a medio alzar en un gesto de ansiedad, el cuerpo ligeramente inclinado, adelantando la cabeza y la cara, con ojos impacientes y labios entreabiertos. Era la estampa viviente misma de la incertidumbre.

-¿Y bien? -gimió-. ¿Qué hay?

Y entonces, viendo que éramos dos, soltó un grito de esperanza que se transformó en un gemido al ver que mi compañero meneaba la cabeza y se encogía de hombros.

-¿No hay buenas noticias?

-No hay ninguna noticia.

-¿Tampoco malas?

-Tampoco.

-Demos gracias a Dios por eso. Pero entren. Estará usted cansado después de tan larga jornada.

-Le presento a mi amigo el doctor Watson. Su ayuda ha resultado fundamental en varios de mis casos y, por una afortunada casualidad, he podido traérmelo e incorporarlo a esta investigación.

-Encantada de conocerlo -dijo ella, estrechándome calurosamente la mano-. Estoy segura que sabrá disculpar las deficiencias que encuentre, teniendo en cuenta la desgracia tan repentina que nos ha ocurrido.

-Querida señora -dije-. Soy un viejo soldado y, aunque no lo fuera, me doy perfecta cuenta de que huelgan las disculpas. Me sentiré muy satisfecho si puedo resultar de alguna ayuda para usted o para mi compañero aquí presente.

-Y ahora, señor Sherlock Holmes -dijo la señora mientras entrábamos en un comedor bien iluminado, en cuya mesa estaba servida una comida fría-, me gustaría hacerle un par de preguntas francas, y le ruego que las respuestas sean igualmente francas.

-Desde luego, señora.

-No se preocupe por mis sentimientos. No soy histérica ni propensa a los desmayos. Simplemente, quiero conocer su auténtica opinión.

-¿Sobre qué punto?

-En el fondo de su corazón, ¿cree usted que Neville está vivo?

Sherlock Holmes pareció incómodo ante la pregunta.

-¡Francamente! -repitió ella, de pie sobre la alfombra y mirándolo fijamente desde lo alto, mientras Holmes se retrepaba en un sillón de mimbre.

-Pues, francamente, señora: no.

-¿Cree usted que ha muerto?

-Sí.

-¿Asesinado?

-No puedo asegurarlo. Es posible.

-¿Y qué día murió?

-El lunes.

-Entonces, señor Holmes, ¿tendría usted la bondad de explicar cómo es posible que haya recibido hoy esta carta suya?

Sherlock Holmes se levantó de un salto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

-¿Qué? -rugió.

-Sí, hoy mismo -dijo ella, sonriendo y sosteniendo en alto una hojita de papel.

-¿Puedo verla?

-Desde luego.

Se la arrebató impulsivamente y, extendiendo la carta sobre la mesa, acercó una lámpara y la examinó con detenimiento. Yo me había levantado de mi silla y miraba por encima de su hombro. El sobre era muy ordinario, y traía matasellos de Gravesend y fecha de aquel mismo día, o más bien del día anterior, pues ya era mucho más de medianoche.

-¡Qué mal escrito! -murmuró Holmes-. No creo que esta sea la letra de su marido, señora.

-No, pero la de la carta sí que lo es.

-Observo, además, que la persona que escribió el sobre tuvo que ir a preguntar la dirección.

-¿Cómo puede saber eso?

-El nombre, como ve, está en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto es de un color grisáceo, que demuestra que se ha utilizado papel secante. Si lo hubieran escrito todo seguido y lo hubieran secado con secante, no habría ninguna letra tan negra. Esta persona ha escrito el nombre y luego ha hecho una pausa antes de escribir la dirección, lo cual sólo puede significar que no le resultaba familiar. Por supuesto, se trata tan sólo de un detalle trivial, pero no hay nada tan importante como los detalles triviales. Veamos ahora la carta. ¡Ajá! ¡Aquí dentro había algo más!

-Sí, había un anillo. El anillo con su sello.

-¿Y está usted segura de que ésta es la letra de su marido?

-Una de sus letras.

-¿Una?

-Su letra de cuando escribe con prisas. Es muy diferente de su letra habitual, a pesar de lo cual la conozco bien.

-«Querida, no te asustes. Todo saldrá bien. Se ha cometido un terrible error, que quizá tarde algún tiempo en rectificar. Ten paciencia, Neville.» Escrito a lápiz en la guarda de un libro, formato octavo, sin marca de agua. Echado al correo hoy en Gravesend, por un hombre con el pulgar sucio. ¡Ajá! Y la solapa la ha pegado, si no me equivoco, una persona que ha estado mascando tabaco. ¿Y usted no tiene ninguna duda de que se trata de la letra de su esposo, señora?

-Ninguna. Esto lo escribió Neville.

-Y lo han echado al correo hoy en Gravesend. Bien, señora St. Clair, las nubes se despejan, aunque no me atrevería a decir que ha pasado el peligro.

-Pero tiene que estar vivo, señor Holmes.

-A menos que se trate de una hábil falsificación para ponernos sobre una pista falsa. Al fin y al cabo, el anillo no demuestra nada. Se lo pueden haber quitado.

-¡No, no, es su letra, lo es, lo es, lo es!

-Muy bien. Sin embargo, puede haberse escrito el lunes y no haberse echado al correo hasta hoy.

-Eso es posible.

-De ser así, han podido ocurrir muchas cosas entre tanto.

-Ay, no me desanime usted, señor Holmes. Estoy segura de que se encuentra bien. Existe entre nosotros una comunicación tan intensa que si le hubiera pasado algo malo, yo lo sabría. El mismo día en que le vi por última vez, se cortó en el dormitorio, y yo, que estaba en el comedor, subí corriendo al instante, con la plena seguridad de que algo había ocurrido. ¿Cree usted que puedo responder a semejante trivialidad y, sin embargo, no darme cuenta de que ha muerto?

-He visto demasiado como para no saber que la intuición de una mujer puede resultar más útil que las conclusiones de un razonador analítico. Y, desde luego, en esta carta tiene usted una prueba bien palpable que corrobora su punto de vista. Pero si su marido está vivo y puede escribirle cartas, ¿por qué no se pone en contacto con usted?

-No tengo ni idea. Es incomprensible.

-¿No comentó nada el lunes antes de marcharse?

-No.

-Y a usted le sorprendió verlo en Swandan Lane.

-Mucho.

-¿Estaba abierta la ventana?

-Sí.

-Entonces, él podía haberla llamado.

-Podía, sí.

-Pero, según tengo entendido, sólo lanzó un grito inarticulado.

-En efecto.

-Que a usted le pareció una llamada de auxilio.

-Sí, porque agitaba las manos.

-Pero podría haberse tratado de un grito de sorpresa. El asombro, al verla de pronto a usted, podría haberle hecho levantar las manos.

-Es posible.

-Y a usted le pareció que tiraban de él desde atrás.

-Como desapareció tan bruscamente...

-Pudo haber saltado hacia atrás. Usted no vio a nadie más en la habitación.

-No, pero aquel hombre confesó que había estado allí, y el marinero se encontraba al pie de la escalera.

-En efecto. Su esposo, por lo que usted pudo ver, ¿llevaba puestas sus ropas habituales?

-Pero sin cuello. Vi perfectamente su cuello desnudo.

-¿Había mencionado alguna vez Swandam Lane?

-Nunca.

-¿Alguna vez dio señales de haber tomado opio?

-Nunca.

-Gracias, señora St. Clair. Estos son los principales detalles que quería tener absolutamente claros. Ahora comeremos un poco y después nos retiraremos, pues mañana es posible que tengamos una jornada muy atareada.

Teníamos a nuestra disposición una habitación amplia y confortable, con dos camas, y no tardé en meterme entre las sábanas, pues me encontraba fatigado por la noche de aventuras. Sin embargo, Sherlock Holmes era un hombre que cuando tenía en la cabeza un problema sin resolver, podía pasar días, y hasta una semana, sin dormir, dándole vueltas, reordenando los datos, considerándolos desde todos los puntos de vista, hasta que lograba resolverlo o se convencía de que los datos eran insuficientes. Pronto me resultó evidente que se estaba preparando para pasar la noche en vela. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se puso una amplia bata azul y empezó a vagar por la habitación,

recogiendo almohadas de la cama y cojines del sofá y las butacas. Con ellos construyó una especie de diván oriental, en el que se instaló con las piernas cruzadas, colocando delante de él una onza de tabaco fuerte y una caja de cerillas. Pude verlo allí sentado a la luz mortecina de la lámpara, con una vieja pipa de brezo entre los labios, los ojos ausentes, fijos en un ángulo del techo, desprendiendo volutas de humo azulado, callado, inmóvil, con la luz cayendo sobre sus marcadas y aguileñas facciones. Así se encontraba cuando me fui a dormir, y así continuaba cuando una súbita exclamación suya me despertó, y vi que la luz del sol ya entraba en el cuarto. La pipa seguía entre sus labios, el humo seguía elevándose en volutas, y una espesa niebla de tabaco llenaba la habitación, pero no quedaba nada del paquete de tabaco que yo había visto la noche anterior.

-¿Está despierto, Watson? -preguntó.

-Sí.

-¿Listo para una excursión matutina?

-Desde luego.

-Entonces, vístase. Aún no se ha levantado nadie, pero sé dónde duerme el mozo de cuadras, y pronto tendremos preparado el coche.

Al hablar, se reía para sus adentros, le centelleaban los ojos y parecía un hombre diferente del sombrío pensador de la noche anterior.

Mientras me vestía, eché un vistazo al reloj. No era de extrañar que nadie se hubiera levantado aún. Eran las cuatro y veinticinco. Apenas había terminado cuando Holmes regresó para anunciar que el mozo estaba enganchando el caballo.

-Quiero poner a prueba una pequeña hipótesis mía -dijo, mientras se ponía las botas-. Creo, Watson, que tiene usted delante a uno de los más completos idiotas de toda Europa. Merezco que me lleven a patadas desde aquí a Charing Cross. Pero me parece que ya tengo la clave del asunto.

-¿Y dónde está? -pregunté, sonriendo.

-En el cuarto de baño -respondió-. No, no estoy bromeando -continuó, al ver mi gesto de incredulidad-. Acabo de estar allí, la he cogido y la tengo dentro de esta maleta *Gladstone*. Venga, compañero, y veremos si encaja o no en la cerradura.

Bajamos lo más rápidamente posible y salimos al sol de la mañana. El coche y el caballo ya estaban en la carretera, con el mozo de cuadras a medio vestir aguardando delante. Subimos al vehículo y salimos disparados por la carretera de Londres. Rodaban por ella algunos carros que llevaban verduras a la capital, pero las hileras de casas de los lados estaban tan silenciosas e inertes como una ciudad de ensueño.

-En ciertos aspectos, ha sido un caso muy curioso -dijo Holmes, azuzando al caballo

para ponerlo al galope-. Confieso que he estado más ciego que un topo, pero más vale aprender tarde que no aprender nunca.

En la ciudad, los más madrugadores apenas empezaban a asomarse medio dormidos a la ventana cuando nosotros penetramos por las calles del lado de Surrey. Bajamos por Waterloo Bridge Road, cruzamos el río y subimos a toda velocidad por Wellington Street, para allí torcer bruscamente a la derecha y llegar a Bow Street. Sherlock Holmes era bien conocido por el cuerpo de policía, y los dos agentes de la puerta le saludaron. Uno de ellos sujetó las riendas del caballo, mientras el otro nos hacía entrar.

-¿Quién está de guardia? -preguntó Holmes.

-El inspector Bradstreet, señor.

-Ah, Bradstreet, ¿cómo está usted? -un hombre alto y corpulento había surgido por el corredor embaldosado, con una gorra de visera y chaqueta con alamares-. Me gustaría hablar unas palabras con usted, Bradstreet.

-Desde luego, señor Holmes. Pase a mi despacho.

Era un despachito pequeño, con un libro enorme encima de la mesa y un teléfono de pared. El inspector se sentó ante el escritorio.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?

-Se trata de ese mendigo, el que está acusado de participar en la desaparición del señor Neville St. Clair, de Lee.

-Sí. Está detenido mientras prosiguen las investigaciones.

-Eso he oído. ¿Lo tienen aquí?

-En los calabozos.

-¿Está tranquilo?

-No causa problemas. Pero cuidado que es granuja cochino.

-¿Cochino?

-Sí, lo más que hemos conseguido es que se lave las manos, pero la cara la tiene tan negra como un fogonero. En fin, en cuanto se decida su caso tendrá que bañarse periódicamente en la cárcel, y si usted lo viera, creo que estaría de acuerdo conmigo en que lo necesita.

-Me gustaría muchísimo verlo.

-¿De veras? Pues eso es fácil. Venga por aquí. Puede dejar la maleta.

-No, prefiero llevarla.

-Como quiera. Vengan por aquí, por favor -nos guió por un pasillo, abrió una puerta con barrotes, bajó una escalera de caracol, y nos introdujo en una galería encalada con una hilera de puertas a cada lado.

-La tercera de la derecha es la suya -dijo el inspector-. ¡Aquí está! -abrió sin hacer ruido un ventanuco en la parte superior de la puerta y miró al interior-. Está dormido -dijo-. Podrán verle perfectamente.

Los dos aplicamos nuestros ojos a la rejilla. El detenido estaba tumbado con el rostro vuelto hacia nosotros, sumido en un profundo sueño, respirando lenta y ruidosamente. Era un hombre de estatura mediana, vestido toscamente, como correspondía a su oficio, con una camisa de colores que asomaba por los rotos de su andrajosa chaqueta. Tal como el inspector había dicho, estaba sucísimo, pero la porquería que cubría su rostro no lograba ocultar su repulsiva fealdad. El ancho costurón de una vieja cicatriz le recorría la cara desde el ojo a la barbilla, y al contraerse había tirado del labio superior dejando al descubierto tres dientes en una perpetua mueca. Unas greñas de cabello rojo muy vivo le caían sobre los ojos y la frente.

-Una preciosidad, ¿no les parece? -dijo el inspector.

-Desde luego, necesita un lavado -contestó Holmes-. Se me ocurrió que podría necesitarlo y me tomé la libertad de traer el instrumental necesario -mientras hablaba, abrió la maleta *Gladstone* y, ante mi asombro, sacó de ella una enorme esponja de baño.

-¡Ja, ja! Es usted un tipo divertido -rió el inspector.

-Ahora, si tiene usted la inmensa bondad de abrir con mucho cuidado esta puerta, no tardaremos en hacerle adoptar un aspecto mucho más respetable.

-Caramba, ¿por qué no? -dijo el inspector-. Es un descrédito para los calabozos de Bow Street, ¿no les parece?

Introdujo la llave en la cerradura y todos entramos sin hacer ruido en la celda. El durmiente se dio media vuelta y volvió a hundirse en un profundo sueño. Holmes se inclinó hacia el jarro de agua, mojó su esponja y la frotó con fuerza dos veces sobre el rostro del preso.

-Permítame que les presente -exclamó- al señor Neville St. Clair, de Lee, condado de Kent.

Jamás en mi vida he presenciado un espectáculo semejante. El rostro del hombre se desprendió bajo la esponja como la corteza de un árbol. Desapareció su repugnante color parduzco. Desapareció también la horrible cicatriz que lo cruzaba, y lo mismo el labio retorcido que formaba aquella mueca repulsiva. Los desgreñados pelos rojos se

desprendieron de un tirón, y ante nosotros quedó, sentado en el camastro, un hombre pálido, de expresión triste y aspecto refinado, pelo negro y piel suave, frotándose los ojos y mirando a su alrededor con asombro soñoliento. De pronto, dándose cuenta de que le habían descubierto, lanzó un alarido y se dejó caer, hundiendo el rostro en la almohada.

-¡Por todos los santos! -exclamó el inspector-. ¡Pero si es el desaparecido! ¡Lo reconozco por las fotografías!

El preso se volvió con el aire indiferente de quien se abandona en manos del destino.

-De acuerdo -dijo-. Y ahora, por favor, ¿de qué se me acusa?

-De la desaparición del señor Neville St... ¡Oh, vamos, no se le puede acusar de eso, a menos que lo presente como un intento de suicidio! -dijo el inspector, sonriendo-. Caramba, llevo veintisiete años en el cuerpo, pero esto se lleva la palma.

-Si yo soy Neville St. Clair, resulta evidente que no se ha cometido ningún delito y, por lo tanto, mi detención aquí es ilegal.

-No se ha cometido delito alguno, pero sí un tremendo error -dijo Holmes-. Más le habría valido confiar en su mujer.

-No era por ella, era por los niños -gimió el detenido-. ¡Dios mío, no quería que se avergonzaran de su padre! ¡Dios santo, qué vergüenza! ¿Qué voy a hacer ahora?

Sherlock Holmes se sentó junto a él en la litera y le dio unas palmaditas en el hombro.

-Si deja usted que los tribunales esclarezcan el caso -dijo-, es evidente que no podrá evitar la publicidad. Por otra parte, si puede convencer a las autoridades policiales de que no hay motivos para proceder contra usted, no veo razón para que los detalles de lo ocurrido lleguen a los periódicos. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tomará nota de todo lo que quiera usted declarar para ponerlo en conocimiento de las autoridades competentes. En tal caso, el asunto no tiene por qué llegar a los tribunales.

-¡Que Dios le bendiga! -exclamó el preso con fervor-. Habría soportado la cárcel, e incluso la ejecución, antes que permitir que mi miserable secreto cayera como un baldón sobre mis hijos.

»Son ustedes los primeros que escuchan mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí una excelente educación. De joven viajé por el mundo, trabajé en el teatro y por último me hice reportero en un periódico vespertino de Londres. Un día, el director quería que se hiciera una serie de artículos sobre la mendicidad en la capital, y yo me ofrecí voluntario para hacerlo. Éste fue el punto de partida de mis aventuras. La única manera de obtener datos para mis artículos era practicando como mendigo aficionado. Naturalmente, cuando trabajé como actor había aprendido todos los trucos del maquillaje, y tenía fama en los camerinos por mi habilidad en la materia. Así que decidí sacar partido de mis conocimientos. Me pinté la

cara y, para ofrecer un aspecto lo más penoso posible, me hice una buena cicatriz y me retorcí un lado del labio con ayuda de una tira de esparadrapo color carne. Y después, con una peluca roja y vestido adecuadamente, ocupé mi puesto en la zona más concurrida de la City, aparentando vender cerillas, pero en realidad pidiendo. Desempeñé mi papel durante siete horas y cuando volví a casa por la noche descubrí, con gran sorpresa, que había recogido nada menos que veintiséis chelines y cuatro peniques.

»Escribí mis artículos y no volví a pensar en el asunto hasta que, algún tiempo después, avalé una letra de un amigo y de pronto me encontré con una orden de pago por valor de veinticinco libras. Me volví loco intentando reunir el dinero y de repente se me ocurrió una idea. Solicité al acreedor una prórroga de quince días, pedí vacaciones a mis jefes y me dediqué a pedir limosna en la City, disfrazado. En diez días había reunido el dinero y pagado la deuda.

»Pues bien, se imaginarán lo difícil que me resultó someterme de nuevo a un trabajo fatigoso por dos libras a la semana, sabiendo que podía ganar esa cantidad en un día con sólo pintarme la cara, dejar la gorra en el suelo y esperar sentado. Hubo una larga lucha entre mi orgullo y el dinero, pero al final ganó el dinero, dejé el periodismo y me fui a sentar, un día tras otro, en el mismo rincón del principio, inspirando lástima con mi espantosa cara y llenándome los bolsillos de monedas. Sólo un hombre conocía mi secreto: el propietario de un tugurio de Swandam Lane donde tenía alquilada una habitación. De allí salía cada mañana como un mendigo mugriento, y por la tarde me transformaba en un caballero elegante, vestido a la última. Este individuo, un antiguo marinero, recibía una magnífica paga por sus habitaciones, y yo sabía que mi secreto estaba seguro en sus manos.

»Muy pronto me encontré con que estaba ahorrando sumas considerables de dinero. No pretendo decir que cualquier mendigo que ande por las calles de Londres pueda ganar setecientas libras al año -que es menos de lo que yo ganaba por término medio-, pero yo contaba con importantes ventajas en mi habilidad para la caracterización y también en mi facilidad para las réplicas ingeniosas, que fui perfeccionando con la práctica hasta convertirme en un personaje bastante conocido en la City. Todos los días caía sobre mí una lluvia de peniques, con alguna que otra moneda de plata intercalada, y muy mal se me tenía que dar para no sacar por lo menos dos libras.

»A medida que me iba haciendo rico, me fui volviendo más ambicioso: adquirí una casa en el campo y me casé, sin que nadie llegara a sospechar a qué me dedicaba en realidad. Mi querida esposa sabía que tenía algún negocio en la City. Poco se imaginaba en qué consistía.

»El lunes pasado, había terminado mi jornada y me estaba vistiendo en mi habitación, encima del fumadero de opio, cuando me asomé a la ventana y vi, con gran sorpresa y consternación, a mi esposa parada en mitad de la calle, con los ojos clavados en mí. Solté un grito de sorpresa, levanté los brazos para taparme la cara y corrí en busca de mi confidente, el marinero, instándole a que no permitiese a nadie subir a donde yo estaba. Oí la voz de mi mujer en la planta baja, pero sabía que no la dejarían subir. Rápidamente me quité mis ropas, me puse las de mendigo y me apliqué el maquillaje y

la peluca. Ni siquiera los ojos de una esposa podrían penetrar un disfraz tan perfecto. Pero entonces se me ocurrió que podrían registrar la habitación y las ropas me delatarían. Abrí la ventana con tal violencia que se me volvió a abrir un corte que me había hecho por la mañana en mi casa. Cogí la chaqueta con todas las monedas que acababa de transferir de la bolsa de cuero en la que guardaba mis ganancias. La tiré por la ventana y desapareció en las aguas del Támesis. Habría hecho lo mismo con las demás prendas, pero en aquel momento llegaron los policías corriendo por la escalera y a los pocos minutos descubrí, debo confesar que con gran alivio por mi parte, que en lugar de identificarme como el señor Neville St. Clair, se me detenía por su asesinato.

»Creo que no queda nada por explicar. Estaba decidido a mantener mi disfraz todo el tiempo que me fuera posible, y de ahí mi insistencia en no lavarme la cara. Sabiendo que mi esposa estaría terriblemente preocupada, me quité el anillo y se lo pasé al marinero en un momento en que ningún policía me miraba, junto con una notita apresurada, diciéndole que no debía temer nada.

-La nota no llegó a sus manos hasta ayer -dijo Holmes.

-¡Santo Dios! ¡Qué semana debe de haber pasado!

-La policía ha estado vigilando a ese marinero -dijo el inspector Bradstreet-, y no me extraña que le haya resultado difícil echar la carta sin que le vieran. Probablemente, se la entregaría a algún marinero cliente de su casa, que no se acordó del encargo en varios días.

-Así debió de ser, no me cabe duda -dijo Holmes, asintiendo-. Pero ¿nunca le han detenido por pedir limosna?

-Muchas veces; pero ¿qué significaba para mí una multa?

-Sin embargo, esto tiene que terminar aquí -dijo Bradstreet-. Si quiere que la policía eche tierra al asunto, Hugh Boone debe dejar de existir.

-Lo he jurado con el más solemne de los juramentos que puede hacer un hombre.

-En tal caso, creo que es probable que el asunto no siga adelante. Pero si volvemos a toparnos con usted, todo saldrá a relucir. Verdaderamente, señor Holmes, estamos en deuda con usted por haber esclarecido el caso. Me gustaría saber cómo obtiene esos resultados.

-Éste lo obtuve -dijo mi amigo- sentándome sobre cinco almohadas y consumiendo una onza de tabaco. Creo, Watson, que, si nos ponemos en marcha hacia Baker Street, llegaremos a tiempo para el desayuno.

El médico moreno

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Bishop's Crossing es una aldeíta situada a unas diez millas al sudoeste de Liverpool. En los primeros años de la década del 70 ejercía allí su profesión un médico que se llamaba Aloysius Lana. Nada se sabía en la región ni de su vida pasada ni de los motivos que le habían llevado a establecerse en aquel villorrio del Lancashire. Dos cosas únicamente se sabían con certeza acerca de él: una, que había conseguido con brillantes exámenes su titulo en Glasgow; la otra, que descendía indudablemente de alguna familia de los trópicos y que era de un color moreno tan oscuro, que daba pie a sospechar que había en su ascendencia sangre de hindúes. Sin embargo, los rasgos faciales suyos predominantes eran europeos, y su porte y su cortesía solemne parecían indicar procedencia española. Su piel morena, sus cabellos de un negro lustroso y los ojos negros y brillantes, sombreados por unas cejas tupidas, formaban fuerte contraste con los campesinos ingleses de pelo rubio o castaño, por lo que pronto se conoció al recién llegado por el apodo de El médico moreno de Bishop's Crossing. Ese apodo tenía en un principio un tono peyorativo y de comicidad, pero al correr de los años llegó a ser un titulo de honor conocido en toda la región, porque había traspasado los estrechos límites de la aldea.

Si. El recen llegado demostró que era un hábil cirujano y un consumado médico. La clientela de distrito había estado hasta entonces en manos de Edward Rowe, hijo de Sir William Rowe, la lumbrera médica de Liverpool. El hijo no había heredado el talento del padre y el doctor Lana le desplazó rápidamente, contribuyendo a ello su aspecto y sus maneras. Tan rápido como su triunfo profesional fue el que obtuvo en el en el terreno social. Una notable intervención quirúrgica llevada a cabo en la persona del honorable James Lowry, hijo segundo de Lord Belton, le sirvió de introducción entre las familias distinguidas del condado, ganándose las simpatías por su conversación y por la elegancia de sus maneras. La falta de antecedentes y de parientes constituye a veces una ventaja, más que un inconveniente, para abrirse camino en sociedad y al agraciado doctor le basto como recomendación su propia distinguida personalidad.

Un solo defecto le encontraban sus enfermas y enfermos. Uno solo. Parecía resuelto a permanecer soltero. Eso resultaba tanto más notable cuanto que la casa en que vivía era muy espaciosa y porque no era un secreto que sus éxitos profesionales le habían permitido ahorrar una suma importante de dinero. Las casamenteras de la región se entretuvieron al principio en combinar su apellido con una u otra de las jóvenes casaderas; pero conforme fueron pasando los años sin que el doctor Lana rompiese su soltería, empezaron todos a pensar, que por una u otra razón, ya no se casaría. Hubo quienes llegaron incluso a afirmar que estaba ya casado y que el haberse recluido en Bishop's Crossing obedecido a su propósito de huir de las consecuencias de un casamiento prematuro y equivocado. Y de pronto, cuando ya las casamenteras se habían dado por vencidas, se hizo público el anunció de que se casaba con Miss Frances Morton, de Leigh Hall.

Miss Morton era una joven muy conocida en la región, porque su padre, James Haldane Morton, había sido el terrateniente dueño de las tierras de Bishop's Crossing. Pero los padres de la joven habían fallecido y esta vivía con su único hermano Arthur Morton, que era quien había heredado las tierras. Miss Morton era una mujer de estatura elevada y porte majestuoso, célebre por su genio rápido e impetuoso y por la energía de su

carácter. Conoció al doctor Lana en un *garden-party* y surgió entre ellos una amistad que maduró rápidamente hasta convertirse en amor. No era posible imaginar un afecto reciproco mayor. Había alguna discrepancia en sus edades, porque él había cumplido los treinta y siete, y ella tenía solo veinticuatro, pero, salvo este detalle, ningún reparo se podía poner a aquella boda. Se anunció el compromiso en el mes de febrero y la boda tendría lugar en el mes de agosto.

El doctor Lana recibió el día 3 de junio una carta que procedía del extranjero. En una aldea pequeña, el cartero está en situación de ser el amo de las habladurías, Mister Bankley, encargado de Correos Bishop's Crossing, estaba en posesión de muchos de los secretos de sus convecinos. Lo que en esta carta de que hablamos le llamó la atención fueron lo raro del sobre, el hecho de que la letra era de hombre, el punto de procedencia (Buenos Aires) y el sello de la República Argentina. No recordaba que el doctor Lana hubiese recibido ninguna otra carta del extranjero y por esa razón se fijó en ella de una manera especial antes de entregarla al repartidor. Éste la entregó en el reparto de la tarde del mismo día.

A la mañana siguiente, es decir, el 4 de junio, el doctor Lana fue a visitara Miss Morton, con la que celebro una larga entrevista, observándose que al salir de ella lo hizo presa de una gran agitación. Miss Morton no salió en todo el día de su cuarto y su doncella la encontró varias veces llorando. Antes de una semana era un secreto a voces en toda la aldea que el compromiso matrimonial había quedado roto y que el doctor Lana se había portado de una manera vergonzosa con la joven, hasta el punto de que el hermano de esta, Arthur Morton, hablaba de cruzarle la cara a latigazos. En que punto concreto estribaba esa conducta vergonzosa del doctor era cosa que ignoraba la gente, porque cada cual hacia su propia hipótesis; pero todos se fijaban, y ese hecho era un síntoma evidente de la conciencia culpable, en que el doctor era capaz de dar rodeos de muchas millas para no pasar por delante de las ventanas de Leigh Hall y que no acudía a los servicios religiosos de los domingos en la mañana en los que se habría tropezado con la joven. Apareció también en el Lancer un anunció ofreciendo el traspaso de una clientela médica, aunque sin dar el nombre del lugar en que ésta se hallaba situada; pero se supuso por algunos que se trataba de Bishop's Crossing y que ello significaba que el doctor Lana se retiraba del escenario de sus éxitos. Así estaban las cosas, cuando la tarde del lunes 21 de junio ocurrió un hecho nuevo que convirtió lo que había sido un simple escándalo de aldea en una tragedia que llamó la atención de todo el país. Habrá que entrar en algunos detalles para que los hechos de aquella tarde adquieran un valor de relieve.

Los únicos ocupantes de l casa en que vivía el doctor eran su ama de llaves, una mujer anciana y sumamente respetable llamada Marta Woods, y una sirvienta joven, Mary Piling. El cochero y el empleado de la consulta dormían fuera. El doctor solía permanecer por las noches en su despacho, contiguo al quirófano y situado en la parte de la casa más alejada de la servidumbre. Esa parte de la casa tenía puerta independiente para mayor comodidad de los enfermos, de modo que el doctor podía recibir visitas sin que se enterase nadie. En realidad, era cosa corriente que, cuando algún enfermo llegaba a horas avanzadas, le abría la puerta el doctor mismo para que pasase el quirófano, porque tanto la doncella como el ama de llaves solían retirarse a una hora muy

temprana.

La noche de que hablamos, Marta Woods entró en el despacho del doctor a las nueve y media y le encontró escribiendo en su mesa de trabajo. El ama de llaves le do las buenas noches, envió luego a la doncella a dormir y anduvo por su parte atareada en menesteres propios de la casa hasta las once menos cuarto. Daban los once en el reloj del vestíbulo cuando ella se dirigió a su habitación. Llevaba en esta algo así como un cuarto de hora o veinte minutos cuando oyó un grito o una voz de llamada que parecía proceder de interior de la casa. Esperó algún tiempo, pero el grito no volvió a repetirse. Muy alarmada, porque aquella voz había sido lanzada con gran fuerza y apremio, se puso la bata y corrió lo más rápido que le permitieron sus piernas hacia el despacho del doctor. Dio unos golpes en la puerta y le contestó desde adentro una voz:

-¿Quién es?

-Soy yo, señor; la señora Woods.

-Le ruego que no que no me moleste. ¡Retírese inmediatamente a su habitación!-le contestó una voz que, según ella le pareció, era la de su amo. Pero el tono fue tan brutal y tan desacostumbrado, dadas las maneras de doctor que el ama de llaves se sintió sorprendida y lastimada.

-Señor, es que me pareció que había llamado usted -dijo ella a modo de explicación, pero no recibió respuesta alguna.

La señora Woods se fijó, cuando volvía a su cuarto en la hora que marcaba el reloj. Eran las once y media.

Entre las once y las doce (el ama de llaves no podía concretar la hora exacta) acudió una cliente a la consulta del doctor, pero no tuvo repuesta alguna a sus llamadas. La tardía visitante era la señora Madding, esposa del tendero de ultramarinos de la aldea, porque su marido estaba gravemente enfermo de fiebres tifoideas y el doctor Lana le había recomendado que fuese a verle a última hora y le comunicase el estado en que se encontraba el enfermo. Esa señora vio luz en el despacho, pero como nadie respondía a las llamadas que hizo en la puerta del consultorio, llegó a la conclusión de que el doctor había tenido que salir para realizar alguna visita fuera de casa y en vista de ello se marchó.

Desde la casa del doctor hasta la puerta del jardín hay un camino de coches que en su breve trayecto dibuja una curva. Al extremo del mismo hay una farola. Cuando la señora Madding salía a la carretera, vio que por la parte reservada a los peatones venía un hombre. Creyendo que sería el doctor Lana, que regresaba de alguna visita profesional, la mujer quedo sorprendida al ver que se trataba de Mister Arthur Morton, el joven terrateniente. A la luz de la farola pudo ver que se encontraba muy excitado y que llevaba en la mano un pesado látigo de caza. En el momento en que el joven se metía por la perta exterior de la casa, la mujer le dirigió la palabra diciéndole:

-El doctor no está en casa, señor.

-¿Cómo lo sabe usted? -dijo el joven con voz áspera.

-He llamado a la puerta del consultorio, señor.

-Pues yo veo luz -dijo el joven Morton mirando hacia la casa -¿No es ese su despacho?

-Si, señor, pero estoy segura de que ha salido.-Bien, pues ya volverá -dijo el joven Morton y siguió adelante por el camino que conducía a la casa, mientras la señora Madding seguía en dirección a la suya.

El marido de esta señora sufrió a las tres de la mañana una brusca recaída y, alarmada la mujer a la vista de los síntomas, decidió marchar inmediatamente en busca del médico. Al entrar por la puerta exterior quedó sorprendida viendo que una persona parecía estar oculta entre los arbustos de laurel. Era, sin duda, un hombre y ella creía honradamente que se trataba de Mister Arthur Morton. Absorta con sus propias preocupaciones, no prestó atención especial a este detalle y avanzó a todo prisa para cumplir con su cometido.

Cuando llegó a la casa, descubrió con sorpresa que seguía habiendo luz en el despacho, en vista de lo cuál llamó a la puerta del consultorio. Nadie le contestó. Repitió varias veces la llamada sin que surtiese efecto alguno. Le pareció cosa extraña que el doctor se hubiese ido a la cama o que hubiese salido de casa dejando encendida una luz tan brillante y se le ocurrió que quizás se habría quedado dormido en su silla. En vista de eso, dio algunos golpes en la ventana del despacho, pero sin obtener ningún resultado. Pero entonces se fijó en que entre la cortina y la armazón de la ventana quedaba un pequeño espacio al descubierto y miró por el mismo hacia el interior.

La pequeña habitación estaba fuertemente iluminada por una gran lámpara colocada en la mesa del centro, que era un revoltijo de libros y de instrumentos. Pero no vio a nadie ni observo nada de particular, fuera de que en la sombra que la mesa proyectaba sobre el lado interior se veía tirado en la alfombra un manoseado guante blanco. Y de pronto cuando sus ojos se acostumbraron a aquella luz, vio que al otro extremo de la sombra de la mesa surgía una bota y comprobó con un escalofrío de espanto que lo que a ella le había parecido al principio un guante era en realidad la mano de un hombre que estaba caído en el suelo. Convencida de que había ocurrido alguna cosa terrible, llamo a la campanilla de la puerta delantera, hizo levantar a la señora Woods y ambas mujeres entraron en el despacho, enviando previamente a doncella a que avisase en el puesto de policía.

A un lado de la mesa, lejos de la ventan se encontraba el doctor Lana caído de espaldas y muerto. Saltaba a la vista que había sido victima de violencias, porque tenía amoratado un ojo y se observaban magulladuras en la cara y en el cuello. Un ligero engrosamiento e hinchazón en sus facciones parecía sugerir la idea de que había muerto estrangulado. Iba vestido con sus ropas profesionales de siempre, pero con calzado de paño, cuyas suelas estaban absolutamente limpias. Por toda la alfombra, de un modo especial en el lado correspondiente a la puerta, se veían huellas de botas sucias, que

habían sido dejadas por el asesino, según era de suponer. Era evidente que alguien había entrado por la puerta del consultorio, había matado al médico y se había fugado sin que nadie le viese. El agresor era un hombre a juzgar por el tamaño de las huellas de los pies y por la índole de las heridas. Pero, fuera de esos detalles, le resulto tarea difícil a la policía seguir adelante.

No se observaban señales de robo en incluso el reloj de oro del médico estaba e el bolsillo correspondiente. La pesada caja de caudales que había en la habitación se hallaba cerrada, pero vacía. La señora Woods manifestó su impresión de que el médico guardaba habitualmente en esa caja una suma elevada, pero ese mismo día tuvo que pagar una importante factura de maíz en dinero constante y se supuso que el hecho de estar vacía era debido a ese pago y no a la intervención de un ladrón. Una sola cosa se echo de menos en el cuarto, pero era de un detalle elocuente. El retrato de Miss Morton, que estuvo siempre encima de una mesita, había sido quitado del marco y había desaparecido. La señora Woods lo había visto allí aquella misma noche, cundo sirvió a su señor, y ahora ya no estaba allí. Por otra parte, se recogió del suelo un parche de ojo, verde, que el ama de llaves no recordaba haber visto jamás su señor. Pero, no obstante, quizás lo tenía sin que ella lo hubiese observado y no había indicio alguno de que tuviese relación con el crimen.

Las sospechas sólo podían encauzarse en una dirección y se procedió inmediatamente a detener al joven terrateniente, Arthur Morton. Las pruebas en contra suya eran indirectas, pero suficientes para condenarle. Quería mucho a su hermana y quedo demostrado que, con posterioridad a la ruptura del compromiso matrimonial entre ella y el doctor Lana, se había expresado en los términos más vengativos al hablar de este último. Estaba también demostrado que, a una hora no fijada con exactitud, pero alrededor de las once, había entrado por la puerta exterior de la casa, camino del consultorio, armado con un látigo de caza. Según la hipótesis de la policía, fue en ese momento cuando se metió en el despacho del médico, quien, al verlo dejó escapar una exclamación de miedo o de ira en voz alta que pudo llamar la atención de la señora Woods. Para cuando ésta acudió, ya el médico había tomado la resolución de discutir con su visitante y por eso despidió a su ama de llaves, ordenándole que se retirarse a su habitación. La discusión fue larga, se fue acalorando más y más y termino en lucha a brazo partido, perdiendo en ella la vida el doctor. La autopsia del cadáver permitió comprobar que el doctor padecía una grave enfermedad cardiaca -una enfermedad que durante su vida nadie había advertido-, siendo posible, por esto, que unas heridas que en un hombre sano no habrían sido mortales le hubiesen producido a él la muerte. Hecho eso, según la hipótesis policíaca, Arthur Morton recogió la fotografía de su hermana y se dirigió hacia su casa, escondiéndose entre los arbustos de laurel para no tropezarse en la puerta exterior a la señora Madding. Esa hipótesis sirvió de base para la acusación y ésta se presentaba con una fuerza imponente.

Pero también la defensa podía aducir argumentos poderosos. Montonera un joven arrebatado e impetuoso, al igual que su hermana, pero gozaba del respeto y la simpatía de todo el mundo, y su carácter franco y honrado parecían indicar que era incapaz de un crimen semejante. La explicación que el mismo dio fue que deseaba ardientemente tener un cambio de impresiones con el doctor Lana para tratar unos asuntos urgentes de familia (ni siquiera mencionó en nombre de su hermana en todo el curso del proceso).

No trató de negar que ese cambio de impresiones hubiera resultado probablemente de índole desagradable. Una cliente del médico le dijo que éste había salido y por esa razón estuvo esperando su regreso hasta cerca de las tres de la madrugada, pero viendo que a esa hora no había regresado, renunció a sus propósitos y volvió a su casa. En cuanto a la muerte del doctor, sabía acerca de ella ten poca cosa como el mismo guardia de orden público que le detuvo. Con anterioridad a esa época había sido amigo íntimo del muerto, pero determinadas circunstancias, de las que prefería no hablar, habían producido un cambio en esos sentimientos.

Eran varios los hechos que contribuían a establecer su inocencia. El doctor Lana vivía aun a las once y media de la noche y se encontraba dentro de su estudio. La señora Woods estaba dispuesta a asegurar bajo juramento que ella había oído so voz a aquella hora. Los amigos del acusado sostenían que probablemente el doctor Lana no se encontraba solo en ese instante. Parecían darlo a entender el grito que atrajo primeramente la atención del ama de llaves y la forma brusca, desacostumbrada en él, con que su amo le ordenó que le dejase en paz. Si eso era cierto, todo indicaba como probable que el doctor encontró la muerte entre el instante en que el ama de llaves oyó su voz y el momento en que la señora Madding llamó por primera vez, sin que nadie le contestase. Pero si era ésa la hora en que el doctor había muerto, resulta imposible que Mister Arthur Morton fuese culpable, porque esta última señora le encontró con posterioridad a ese momento, cuando ella salía y el joven terrateniente llegaba a la puerta posterior.

Pero si esta última hipótesis era correcta y el doctor Lana estaba acompañado de otra persona antes que la señora Madding tropezase con Mister Arthur Morton ¿quién era esa otra persona y qué motivos tenía para querer mal al médico? Todo el mundo reconocía que, si los amigos del acusado conseguían hacer luz en este punto, tendrían adelantado muchísimo para probar su inocencia. Pero entre tanto podía muy bien decir la gente -y lo decía- que faltaba toda clase de prueba para demostrar que había estado allí alguien, fuera del joven terrateniente; pero, por otro lado, existían abundantes de que los móviles que a este último le llevaban eran de índole siniestra. Bien pudiera ser que, en el momento en que la señora Madding llamó a la puerta del consultorio, el médico se hubiese retirado a su habitación y también pudiera ser, como esa señora lo creyó en aquel momento, que el doctor hubiese salido y que hubiese regresado más tarde, encontrándose a Mister Arthur Morton esperándole. Algunos de los partidarios del acusado hacían hincapié en el hecho de que no se pudo descubrir en poder de éste el retrato de su hermana, que había desaparecido de su marco en el cuarto del doctor. Sin embargo, este argumento pesaba poco, porque Mister Arthur Morton había dispuesto de tiempo sobrado para quemarlo o romperlo. Sólo existía en el caso otra prueba de índole positiva: las pisadas fangosas que se descubrieron en el suelo, pero estaban tan borrosas, debido a lo esponjosa de la alfombra, que el resultaba imposible llegar por ellas a ninguna conclusión digan de crédito. Todo lo más que podía decirse era que el aspecto general de las mismas no contradecía la hipótesis de que eran obra de los pies del acusado, cuyas botas, según pudo demostrarse, estaban también llenas de fango aquella noche. Por la tarde había caído un fuerte chaparon y era probable que estuviesen en ese estado las botas del todos cuantos caminaron por la calle.

Tal es la exposición descarnada de la serie extraña y romántica de hechos sobres los que

se enfocó la atención del público en esa tragedia de Lancashire. El hecho de desconocerse la ascendencia del médico, lo raro y distinguido de su personalidad, la posición que ocupaba el hombre acusado de asesinato y la intriga amorosa que había precedido al crimen contribuían, al sumarse una cosa con otra, a convertir el asunto en uno de esos dramas que absorben la atención de todo el país. Discutíase el caso del médico moreno de Bishop's Crossing por los tres países del Reino Unido y se exponían numerosas hipótesis para explicarlo. Sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a error, que no había, entre todas esas hipótesis, ninguna que preparase al público para la extraordinaria secuencia de hechos que levantó una emoción tan grande desde el primer día de la vista de la causa, llevándola a su punto culminante el segundo día de la misma. Tengo delante de mi, en el momento de escribir estas líneas, los largos recortes del Lancaster Weekly e los que se relata, pero no tengo más remedio que limitarme a presentar un sinopsis del mismo hasta el momento en que, durante la tarde del primer día de la vista, la declaración de Miss Frances Morton arrojó sobre el caso una luz extraordinaria.

El fiscal, Mister Porlock Carr, había expuesto sus razonamientos con la habilidad en él habitual y, a medida que avanzaban las horas, iba resultando más y más evidente que el defensor, Mister Humphrey, tenía por delante una difícil. Comparecieron varios testigos que declararon bajo juramento haber oído al joven terrateniente expresarse en los términos más arrebatados acerca del doctor, manifestando de manera apasionada la indignación que le había producido la mala conducta -así la calificaba- de aquel para con su hermana. La señora Madding repitió sus declaraciones acerca de la visita que el acusado había hecho al muerto a una hora avanzada de aquella noche, las declaraciones de otro testigo demostraron que el acusado estaba al corriente de la costumbre que tenía el médico de velar a solas en la parte aislada de la casa, habiendo por esa razón elegido Mister Morton aquella hora tardía para hacer su vista, porque entonces tendría al médico a merced suya. Un criado del terrateniente se vio obligado a confesar que había oído el regreso de su amo hacia las tres de la mañana, corroborando con ella la declaración de la señora Madding de que lo había visto entre los arbustos de laurel próximos a la puerta exterior cuando ella hizo su segunda visita. Las botas fangosas y una supuesta semejanza con las pisadas descubiertas en el cuarto fueron también un detalle en el que se hizo hincapié. Cuando el fiscal hubo dado fin a la acusación y presentación de sus testigos, todos sacaron la convicción de que, por muy indirectas que fuesen las pruebas, no por eso dejaban de ser completas y convincentes, hasta el punto de que podía darse por perdido al acusado, a menos que la defensa adujese hechos completamente inesperados.

Eran las tres de la tarde cuando el fiscal dio por terminada su tarea. A las cuatro y media, cuando el juez levantó la sesión, el asunto había tomado un giró nuevo e inesperado.

Extracto del incidente, o una parte del mismo, del periódico que he mencionado ya, pasando por alto las observaciones preliminares del defensor:

Cuando la defensa presentó a su primer testigo, y éste resultó ser Miss Frances Morton, hermana del acusado, se produjo entre la concurrencia una profunda sensación. Mis lectores recordarán que esta señorita estaba comprometida para casarse con el doctor

Lana y que la opinión general era la indignación del acusado por el súbito rompimiento del compromiso había sido lo que le arrastró a perpetrar el crimen. Sin embargo, para nada se había mencionado ni complicado en el caso a Miss Morton, ni durante la investigación ni durante la preparación del proceso, por lo que su comparecencia como testigo principal de la defensa produjo sorpresa entre le público.

Miss Frances Morton, joven, alta, esbelta, de cabellos negros, hizo su declaración en voz baja, pero bien clara. Era evidente, sin embargo, que estaba dominada por una gran emoción. Hizo referencia a su compromiso matrimonial con el médico; aludió brevemente a su rompimiento que, según aseguro, fue debido a razones de índole personal relacionadas con la familia de aquel y sorprendió al tribunal afirmando que siempre la había parecido el resentimiento de su hermano alto de razón e intemperante. Contestando a una pregunta directa del defensor, afirmó que ella no se creía victima de ningún agravio y que, en su opinión, la manera de conducirse del doctor Lana había sido completamente honrosa. Su hermano, movido de un conocimiento incompleto de la realidad, había sido de otra opinión y ella no tenía más remedio que reconocer que, a pesar de las súplicas suyas, había proferido amenazas de recurrir a la violencia personal contra el doctor y que la noche de la tragedia anunció que tenía el propósito de arreglar cuentas con él. Ella hizo cuanto estuvo en su mano para que adoptase una actitud más razonable, pero su hermano era muy terco cuando se dejaba llevar de sus sentimientos o de sus perjuicios.

Las declaraciones de la joven parecieron, hasta ese momento, perjudicar más bien que favorecer al acusado. Sin embargo, el defensor pasó a plantearle algunas preguntas que arrojaron sobre el caso una luz muy distinta, poniendo al descubierto una maniobra inesperada de la defensa.

Mr. Humphrey: -¿Le cree usted a su hermano culpable de este crimen

El Juez: -No puedo permitir esa pregunta, Mister Humphrey. Estamos aquí para tratar de hechos, no de opiniones.

Mr. Humphrey:-¿Sabe usted que su hermano no es culpable de la muerte del doctor Lana?

Miss Morton:-Si, sé que no es culpable.

Mr. Humphrey:¿Cómo lo sabe usted?

Miss Morton: Porque el doctor Lana no ha muerto.

Se produjo en la sala un largo murmullo de emoción, que interrumpió el interrogatorio de la testigo.

Mr. Humphrey: -¿Y cómo sabe usted, Mis Morton, que el doctor Lana no ha muerto?

Miss Morton: -Porque he recibido una carta suya posterior a la fecha de su supuesta

muerte.

Mr. Humphrey: -¿Tiene usted esa carta?

Miss Morton:-Si, pero preferiría no enseñarla.

Mr. Humphrey:-¿Tiene usted el sobre?

Miss Morton:-Si, lo tengo aquí.

Mr. Humphrey:-¿Que sello de procedencia tiene?

Miss Morton:-De Liverpool

Mr. Humphrey:-¿Y qué fecha?

Miss Morton:-Veintidós de junio.

Mr. Humphrey:-Es decir, un día después del de la supuesta muerte. ¿Está usted dispuesta a declarar bajo juramento que es la letra del doctor?

Miss Morton:- Sin duda alguna.

Mr. Humphrey:-Dispongo de otros seis testigos que declararán que esta carta está escrita de puño y letra del doctor Lana, señor Juez.

El Juez: -En ese caso, tendrá usted que presentarlos mañana.

Mr. Porlock Carr (fiscal) -Pues entre tanto, señor, pedimos que se nos entregue ese documento, a fin de que los peritos puedan emitir dictamen y poner en claro que se trata de una imitación de la letra del caballero que seguimos afirmando esta muerto. No necesito hacer resaltar que esta hipótesis, que de manera tan inesperada se nos presenta, pudiera muy bien ser un recurso muy transparente adoptado por los amigos del hombre que está en el banquillo para desviar el curso de este proceso. Quiero llamar la atención acerca del hecho de que esta señorita, según su propio relato, ha estado en posesión de esta carta durante todo el tiempo transcurrido en la investigación judicial y los trámites del tribunal de policía. Ahora pretende hacernos creer que ella dejó que esos trámites siguiesen adelante, a pesar de que tenía en el bolsillo una prueba que habría bastado para que terminasen.

Mr. Humphrey:-¿Puede dar usted una explicación a esa conducta Miss Morton?

Miss Morton:-El doctor lana deseaba que nadie conociese su secreto.

Mr. Porlock Carr:- ¿Y porque entonces lo acaba de dar usted a la publicidad?

Miss Morton: -Para salvar a mi hermano.

Estalló en la sala un murmullo de simpatía, que el juez cortó en el acto.

El Juez:-Admitiendo esa línea de la defensa, corresponde a usted Mister Humphrey, hacer luz sobre quién es el hombre en cuyo cadáver han reconocido al doctor Lana tantos de sus amigos y enfermos.

Un Jurado:-¿Ha habido alguna que haya manifestado dudas a ese respecto?

Mr. Porlock Carr:-Ninguno, que yo sepa.

Mr Humphrey:- Confiamos en poner en claro el asunto.

El Juez: Pues, entonces, se suspende la vista hasta mañana.

Este nuevo giro tomado por el proceso despertó el máximo interés entre el público en general. Los periodistas no pudieron hacer ningún comentario, porque la causa estaba todavía indecisa, pero en todas partes se preguntaban hasta qué punto podía ser verdadera la declaración de Miss Morton y si no se trataba simplemente de un astuto ardid para salvar a su hermano. Presentábase ahora la evidente alternativa de que, si él doctor desaparecido no estaba muerto, por una extraordinaria casualidad, debía entonces hacérsele responsable de la muerte de aquel desconocido cuyo cadáver se encontró en su despacho y que tenía con él un parecido tan completo. Quizás la carta que Miss Morton rehusaba entregar contenía la confesión del crimen, por lo que se encontraba en la terrible situación de tener que sacrificar a su antiguo enamorado si quería salvar a su hermano de la horca. Al día siguiente por la mañana, la sala del tribunal se vio concurrida de público hasta desbordar y corrió por la concurrencia un murmullo de emoción cuando vieron que Mister Humphrey entraba muy excitado, hasta el punto de que ni sus nervios, bien entrenados, eran capaces de ocultar su estado de ánimo cuando cambió impresiones con el fiscal. Se cruzaron entre uno y otro, algunas frases precipitadas, que dejaron en la cara de Mister Porlock Carr una expresión de asombro. Acto seguido, el defensor, dirigiéndose al juez, anunció que, con el consentimiento del señor fiscal, no volvería a citarse a la joven que había declarado el día anterior.

El Juez:- Por lo que veo, Mister Humphrey, deja usted el asunto en una situación muy poco satisfactoria.

Mr. Humphrey: -Señor, quizás el testigo que voy a citar contribuya a ponerla en claro.

El Juez:- Pues, entonces, nombre a ese testigo.

Mr. Humphrey:- Presento como testigo al doctor Aloysius Lana.

El abogado defensor pronunció durante su carrera muchas frases elocuentes, pero con seguridad que jamás logró producir tan profunda sensación como con ésta de ahora, que era tan breve. Todo el mundo en la sala se quedó asombrado y atónito cuando compareció ante sus ojos, en el tablado de los testigos, el hombre mismo cuya muerte venía siendo objeto de tanta discusión. Los asistentes que le habían conocido en Bishop’s Crossing le vieron ahora, enjuto y severo, con una expresión profundamente

preocupada en sus facciones. Pero, no obstante su porte melancólico y su abatimiento, muy pocos de los allí presentes habrían podido decir que conocían a algún hombre de aspecto más distinguido. Saludando al juez con una inclinación, le preguntó si se le permitía hacer una declaración; al contestarle el juez que todo cuanto dijese podría servir de acusación contra él, volvió a inclinarse y prosiguió.

-Mi propósito es no callarme nada y manifestar con absoluta franqueza todo cuanto ocurrió la noche del veintiuno de junio. Si yo hubiese sabido que estaba padeciendo un inocente y que tan grandes preocupaciones había acarreado yo a quienes mayor amor profesaba en el mundo, hace mucho tiempo que me habría presentado; pero hubo diversas razones que impidieron que llegasen esas cosas a conocimiento mío. Que un hombre desdichado se esfumase del mundo en el que había vivido, pero no previ que mis actos afectasen a otras personas. Permítaseme, pues, reparar lo mejor que pueda el daño que ha causado. Todo aquel que esté familiarizado con la historia de la Republica Argentina conoce muy bien el apellido Lana. Mi padre, cuya genealogía enlaza con l más noble sangre de la vieja España, ocupó los cargos más elevados del Estado y habría sido elegido presidente si no hubiera sucumbido en las revueltas de San Juan. Mi hermano gemelo, Ernesto, y yo habríamos tenido por delante un magnífico porvenir, de no mediar pérdidas financieras que nos obligaron a ganarnos la subsistencia. Pido disculpas, señor, si juzgan sin importancia estos detalles, pero son precisos como introducción de lo que voy a decir a continuación. He dicho ya que tenía un hermano gemelo llamado Ernesto, de tan gran parecido conmigo que, cuando estábamos juntos, nuestros conocidos no conseguían diferenciarnos. Éramos idénticos hasta en los menores detalles. El parecido fue haciéndose menos marcado a medida que tuvimos más años, porque ya entonces la expresión de nuestras facciones no era la misma, pero las diferencias seguían siendo muy ligeras cuando dormíamos. No parece bien que me detenga en hablar demasiado de un hombre ya difunto, tanto más cuanto se trata de mi único hermano; pero quienes le conocieron pueden dar informes acerca de su carácter. Yo me limitaré a decir, porque no tengo más remedio que decirlo, que durante mi primera juventud llegué a concebir horror hacia mi hermano y que ese aborrecimiento que le tomé estaba bien fundado. Mi buen nombre sufrió las consecuencias de la conducta de mi hermano, porque nuestro gran parecido hizo que se me atribuyesen muchos de sus actos. Ocurrió de pronto que, en un asunto sumamente deshonroso, trató mi hermano de arrojar sobre mi todo el odio que se despertó con dicho motivo, y yo entonces no tuve más remedio que abandonar para siempre la Argentina y tratar de abrirme camino en Europa. Verme libre de su odiosa presencia me compensó con creces de mi destierro voluntario de la patria. Disponía de dinero suficiente para costearme los estudios de medicina en Glasgow y, por último, abrí mi consultorio en Bishop's Crossing, firmemente convencido de que jamás volvería a oír hablar de mi hermano en este lejano villorrio de Lancashire. Mis esperanzas se cumplieron durante año, pero al fin mi hermano averiguó donde estaba yo. Algún viajero de Liverpool, que se encontraba en Argentina, le puso sobre mi pista. Mi hermano estaba sin blanca y resolvió trasladarse a Inglaterra para obligarme repartir con él mi dinero. Sabiendo el aborrecimiento que me inspiraba, juzgó, y estuvo en lo cierto, que yo le daría dinero a condición de que se marchase. Recibí carta suya anunciándome que llegaba. Aquello coincidía con una crisis en mi vida y su llegada podría verosímilmente acarrear disgustos, e incluso la vergüenza, sobre una persona a la que ya estaba obligado a poner a salvo de cualquier tentativa de esa clase. Tomé ciertas medidas para estar segura de

que cualquier daño que se produjese me alcanzaría únicamente a mí y eso fue lo que me obligó a actuar en la forma que tan duramente ha sido juzgada -y al decir esto, se volvió hacia el acusado-. Yo no tuve otro propósito que el de poner a cubierto de todo posible escándalo o deshonor a las personas que me eran queridas. Decir que la presencia de mi hermano acarrearía el escándalo y el deshonor no era sino afirmar que ocurriría lo que ya había ocurrido. Mi hermano llegó en persona cierta noche, no mucho después de que ya recibiera su carta. Me encontraba en mi despacho, después de haberse acostado la servidumbre, cuando escuché ruido de pasos en la gravilla del camino del jardín y un instante después vi su cara que me estaba observando por la ventana. Iba rasurado, lo mismo que yo, y el parecido entre nosotros seguía siendo tan grande que yo pensé por un momento que estaba viendo mi imagen reflejada en el cristal. Fuera de que tenía sobre una ceja un parche oscuro, nuestras facciones eran absolutamente idénticas. Me sonrió con la misma expresión burlona que tenía desde que era niño y yo comprendí que seguía siendo el mismo que me obligó a abandonar mi país natal, deshonrando un apellido que siempre estuvo rodeado de respeto. Me dirigí a la puerta y le hice pasar, serían las diez de la noche. Cuando le pude ver a la luz de la lámpara, comprendí en el acto que habían llegado días muy malos para mi hermano. Vino a pie desde Liverpool y se encontraba fatigado y enfermo. La expresión de su cara me produjo dolorosa sorpresa. Mis conocimientos médicos me hicieron comprender que padecía alguna grave enfermedad interna. Venía también bebido y tenía la cara con magulladuras a consecuencia de alguna pelea con marineros. El parche se lo había colocado para ocultar la lastimadura del ojo y se lo quitó el entrar en la habitación. Vestía chaqueta de marinero y camisa de franela, llevando el calzado completamente roto. Pero su pobreza no había hacho sino esperar más aun su odio vengativo contra mi. Ese odio se había convertido en monomanía. Me dijo que, mientras él se moría de hambre en Sudamérica, ya había estado nadando en dinero en Inglaterra. Imposible repetirles a ustedes las amenazas y los insultos que salieron de su boca contra mi. Tengo la impresión se que la penuria y la mala vida habían trastornado su razón. Se paseó por el despacho como fiera enjaulada, exigiendo bebida y dinero, recurriendo a las expresiones más soeces. Yo soy hombre de temperamento arrebatado, pero doy gracias a Dios de poder afirmar que permanecí dueño de mi mismo y que en ningún momento alcé la mano contra él. Mi serenidad sólo consiguió aumentar su irritación. Lanzando maldiciones y fuera de si me amenazó con los puños, cuando de pronto sus facciones se contorsionaron de una manera horrible, se apretó el pecho con las manos y lanzando un grito agudo cayó redondo a mis pies. Le levanté del suelo y le tendí en el sofá, pero no contestó a mis exclamaciones y la mano que yo tenía entre las mías estaba ría y pegajosa. Había muerto de un ataque al corazón. Su propio arrebato le mató. Permanecí largo rato inmóvil y como si estuviera sufriendo una pesadilla, con la mirada fija en el cadáver de mi hermano. Volví en mí cuando la señora Woods, a la que había despertado el grito del moribundo, llamó a la puerta del despacho le contesté que se retirase a dormir. Poco después llamó algún cliente a la puerta del consultorio, pero como no contesté, se marchó otra vez. Lenta y gradualmente fue tomando horma en mi cerebro un proyecto, de la manera espontánea como suelen formarse. Cuando volví a ponerme de pie estaba ya decidido mi comportamiento futuro, sin que yo hubiese tenido conciencia alguna de aquel proceso mental. Fue el instinto el que me empujó de manera irresistible a seguir una línea de conducta. Bishop’s Crossing me resultaba ya odioso, desde que mis asuntos personales habían tomado el giro que he explicado hace un momento. Mi plan de vida se había desbaratado y, en lugar de simpatía, como yo esperaba, había sido objeto de

juicios precipitados y de trato poco amable. Es cierto que había desaparecido del panorama de mi vida cualquier peligro de escándalo por causa de mi hermano; sin embargo, el pasado era para mi una llaga dolorosa y tenía el convencimiento de que las cosas no podían volver a su antiguo cause. Quizá mi sensibilidad estaba exacerbada en exceso y quizá fui yo injusto en mi falta de tolerancia con otras personas, peor lo cierto es que me hallaba poseído de esa clase de sentimientos .no podía sino acoger con agrado cualquier posibilidad que iba a permitirme romper completamente con el pasado. Allí, tendido en el sofá, había un hombre tan parecido a mí, que éramos completamente iguales, salvo un ligero abotargamiento y aspereza en las facciones. Nadie lo había visto entrar y nadie podía echarlo de menos. Tanto él como yo estábamos completamente afeitados y sus cabellos eran más o menos igual de largo que los míos. Si yo cambiaba con él la ropa, encontrarían al doctor Aloysius Lana muerto en su despacho y allí habría acabado la vida de un infeliz y su historia vergonzosa. En mi despacho tenía yo suficiente dinero para empezar a vivir en algún otro país. Marcharía a Liverpool de noche y a pie, sin que nadie reparase en mi; una vez en el gran puerto, no me costaría trabajo encontrar manera de abandonar Inglaterra. Después de fracasadas mis esperanzas, prefería vivir humildemente en donde nadie me conociese, que seguir en Bishop's Crossing, donde tenía que verme a cada instante cara a cara con las personas que ya deseaba, si era posible, olvidar. Resolví, pues, llevar a cabo esa permuta. Cambié de ropa. No quiero entrar en detalles, porque su recuerdo me resulta tan doloroso como, lo fue su ejecución; el hecho es que antes de una hora yacía mi hermano vestido hasta en los menores detalles con mi ropa, mientras yo me deslizaba subrepticiamente por la puerta del consultorio; siguiendo el sendero de la fachada posterior que cruza por algunos campos, me encaminé de la mejor manera que pude en dirección a Liverpool, ciudad a la que llegué aquella misma noche. Lo único que me llevé de la casa fueron mi dinero y un determinado retrato, pero en mi precipitación me olvidé del parche que mi hermano llevaba encima del ojo. Todo lo demás que a él le pertenecía, me lo apropié. Le doy mi palabra, señor juez, de que no se me ocurrió ni por un instante la idea de que todo el mundo iba a pensar que yo había sido asesinado, ni supuse que nadie sufriría graves perjuicios por efecto de una estratagema con la que ya pretendía iniciar una nueva vida. Fue, por el contrario, el pensamiento de que libraba a otras personas de la carga de mi presencia lo que mayor influencia ejerció en mi alma. Aquel mismo día zarpaba de Liverpool un barco de vela con destina a La Coruña; tomé pasaje en el mismo pensando que el viaje me proporcionaría tiempo para recobrar mi equilibrio moral y para meditar en mi porvenir. Pero me ablandé aún antes de embarcar. Pensé que había en el mundo una persona a la que no tenía derecho a entristecer ni siquiera durante una hora. Por muy duros y agresivos que hubiesen sido conmigo sus parientes, ella llevaría luto por mí en su corazón, porque comprendía y apreciaba los móviles a que había obedecido mi conducta. Si el resto de su familia me censuraba, ella por lo menos no me olvidaría. Por esa razón le envié una carta, exigiéndole secreto, para librarla de un pesar que no merecía. Si ella ha roto el secreto apremiada por los acontecimientos, ya se lo perdono y guardo para ese acto toda mi comprensión. Hasta anoche no regresé a Inglaterra y durante mi ausencia no ha sabido nada de la sensación producida por mi supuesta muerte, ni de la acusación recaída contra Mister Arthur Morton. En la última edición de un periódico de la tarde, leí el relato de la vista de la causa en el día de ayer, por lo que he acudido esta mañana en el más rápido de los expresos, para dar testimonio de la verdad."

Tal fue la extraordinaria declaración del doctor Aloysius Lana, que sirvió para cerrar súbitamente la vista de la causa. Una investigación posterior corroboró sus afirmaciones, hasta el punto de que se puso en claro incluso el nombre del barco en el que su hermano había llegado desde Sudamérica. El médico de ese barco testificó que durante la travesía Ernesto Lana padeció debilidad de corazón y que los síntomas de la misma hacían prever una muerte como la que había tenido.

El doctor Aloysius Lana regresó a la aldea de la que había desaparecido en forma tan dramática y tuvo lugar una reconciliación completa entre él y el joven terrateniente. Este último reconoció que había estado en un error al juzgar los móviles que habían llevado al doctor Lana a romper su compromiso matrimonial. Una gacetilla que apareció en lugar destacado del Morning Post y que copiamos a continuación nos informa de que tuvo lugar también otra reconciliación:

"El día 19 de septiembre, y en la iglesia parroquial de V el reverendo Stephen Johnson bendijo solemnemente la boda de Aloysius Xavier Lana, hijo de don Alfredo Lana, ministro que fue de Relaciones Exteriores de la República Argentina, con Frances Morton, hija única del difunto James Morton. J. P. de Leigh Hall, Bishop's Crossing, Lancashire."

SV

El misterio de Copper Beeches

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

-El hombre que ama el arte por el arte -comentó Sherlock Holmes, dejando a un lado la hoja de anuncios del *Daily Telegraph*- suele encontrar los placeres más intensos en sus manifestaciones más humildes y menos importantes. Me complace advertir, Watson, que hasta ahora ha captado usted esa gran verdad, y que en esas pequeñas crónicas de nuestros casos que ha tenido la bondad de redactar, debo decir que, embelleciéndolas en algunos puntos, no ha dado preferencia a las numerosas causes célebres y procesos sensacionales en los que he intervenido, sino más bien a incidentes que pueden haber sido triviales, pero que daban ocasión al empleo de las facultades de deducción y síntesis que he convertido en mi especialidad.

-Y, sin embargo -dije yo, sonriendo-, no me considero definitivamente absuelto de la acusación de sensacionalismo que se ha lanzado contra mis crónicas.

-Tal vez haya cometido un error -apuntó él, tomando una brasa con las pinzas y encendiendo con ellas la larga pipa de cerezo que sustituía a la de arcilla cuando se sentía más dado a la polémica que a la reflexión-. Quizá se haya equivocado al intentar añadir color y vida a sus descripciones, en lugar de limitarse a exponer los sesudos razonamientos de causa a efecto, que son en realidad lo único verdaderamente digno de mención del asunto.

-Me parece que en ese aspecto le he hecho a usted justicia -comenté, algo fríamente,

porque me repugnaba la egolatría que, como había observado más de una vez, constituía un importante factor en el singular carácter de mi amigo.

-No, no es cuestión de vanidad o egoísmo -dijo él, respondiendo, como tenía por costumbre, a mis pensamientos más que a mis palabras-. Si reclamo plena justicia para mi arte, es porque se trata de algo impersonal... algo que está más allá de mí mismo. El delito es algo corriente. La lógica es una rareza. Por tanto, hay que poner el acento en la lógica y no en el delito. Usted ha degradado lo que debía haber sido un curso académico, reduciéndolo a una serie de cuentos.

Era una mañana fría de principios de primavera, y después del desayuno nos habíamos sentado a ambos lados de un chispeante fuego en el viejo apartamento de Baker Street. Una espesa niebla se extendía entre las hileras de casas parduscas, y las ventanas de la acera de enfrente parecían borrones oscuros entre las densas volutas amarillentas. Teníamos encendida la luz de gas, que caía sobre el mantel arrancando reflejos de la porcelana y el metal, pues aún no habían recogido la mesa. Sherlock Holmes se había pasado callado toda la mañana, zambulléndose continuamente en las columnas de anuncios de una larga serie de periódicos, hasta que por fin, renunciando aparentemente a su búsqueda, había emergido, no de muy buen humor, para darme una charla sobre mis defectos literarios.

-Por otra parte -comentó tras una pausa, durante la cual estuvo dándole chupadas a su larga pipa y contemplando el fuego-, difícilmente se le puede acusar a usted de sensacionalismo, cuando entre los casos por los que ha tenido la bondad de interesarse hay una elevada proporción que no tratan de ningún delito, en el sentido legal de la palabra. El asuntillo en el que intenté ayudar al rey de Bohemia, la curiosa experiencia de la señorita Mary Sutherland, el problema del hombre del labio retorcido y el incidente de la boda del noble, fueron todos ellos casos que escapaban al alcance de la ley. Pero, al evitar lo sensacional, me temo que puede usted haber bordeado lo trivial.

-Puede que el desenlace lo fuera -respondí-, pero sostengo que los métodos fueron originales e interesantes.

-Psé. Querido amigo, ¿qué le importan al público, al gran público despistado, que sería incapaz de distinguir a un tejedor por sus dientes o a un cajista de imprenta por su pulgar izquierdo, los matices más delicados del análisis y la deducción? Aunque, la verdad, si es usted trivial no es por culpa suya, porque ya pasaron los tiempos de los grandes casos. El hombre, o por lo menos el criminal, ha perdido toda la iniciativa y la originalidad. Y mi humilde consultorio parece estar degenerando en una agencia para recuperar lápices extraviados y ofrecer consejo a señoritas de internado. Creo que por fin hemos tocado fondo. Esta nota que he recibido esta mañana marca, a mi entender, mi punto cero. Léala -me tiró una carta arrugada.

Estaba fechada en Montague Place la noche anterior y decía:

«Querido señor Holmes: Tengo mucho interés en consultarle acerca de si debería o no

aceptar un empleo de institutriz que se me ha ofrecido. Si no tiene inconveniente, pasaré a visitarle mañana a las diez y media. Suya afectísima,

Violet Hunter.»

-¿Conoce usted a esta joven? -pregunté.

-De nada.

-Pues ya son las diez y media.

-Sí, y sin duda es ella la que acaba de llamar a la puerta.

-Quizá resulte ser más interesante de lo que usted cree. Acuérdese del asunto del carbunclo azul, que al principio parecía una fruslería y se acabó convirtiendo en una investigación seria. Puede que ocurra lo mismo en este caso.

-¡Ojalá sea así! Pero pronto saldremos de dudas, porque, o mucho me equivoco, o aquí la tenemos.

Mientras él hablaba se abrió la puerta y una joven entró en la habitación. Iba vestida de un modo sencillo, pero con buen gusto; tenía un rostro expresivo e inteligente, pecoso como un huevo de chorlito, y actuaba con los modales desenvueltos de una mujer que ha tenido que abrirse camino en la vida.

-Estoy segura de que me perdonará que le moleste -dijo mientras mi compañero se levantaba para saludarla-. Pero me ha ocurrido una cosa muy extraña y, como no tengo padres ni familiares a los que pedir consejo, pensé que tal vez usted tuviera la amabilidad de indicarme qué debo hacer.

-Siéntese, por favor, señorita Hunter. Tendré mucho gusto en hacer lo que pueda para servirla.

Me di cuenta de que a Holmes le habían impresionado favorablemente los modales y la manera de hablar de su nuevo cliente. La contempló del modo inquisitivo que era habitual en él y luego se sentó a escuchar su caso con los párpados caídos y las puntas de los dedos juntas.

-He trabajado cinco años como institutriz -dijo- en la familia del coronel Spence Munro, pero hace dos meses el coronel fue destinado a Halifax, Nueva Escocia, y se llevó a sus hijos a América, de modo que me encontré sin empleo. Puse anuncios y respondí a otros anuncios, pero sin éxito. Por fin empezó a acabárseme el poco dinero que tenía ahorrado y me devanaba los sesos sin saber qué hacer.

»Existe en el West End una agencia para institutrices muy conocida, llamada Westway's, por la que solía pasarme una vez a la semana para ver si había surgido algo

que pudiera convenirme. Westway era el apellido del fundador de la empresa, pero quien la dirige en realidad es la señorita Stoper. Se sienta en un pequeño despacho, y las mujeres que buscan empleo aguardan en una antesala y van pasando una a una. Ella consulta sus ficheros y mira a ver si tiene algo que pueda interesarlas.

»Pues bien, cuando me pasé por allí la semana pasada me hicieron entrar en el despacho como de costumbre, pero vi que la señorita Stoper no estaba sola. Junto a ella se sentaba un hombre prodigiosamente gordo, de rostro muy sonriente y con una enorme papada que le caía en pliegues sobre el cuello; llevaba un par de gafas sobre la nariz y miraba con mucho interés a las mujeres que iban entrando. Al llegar yo, dio un salto en su asiento y se volvió rápidamente hacia la señorita Stoper.

»-¡Ésta servirá! -dijo-. No podría pedirse nada mejor. ¡Estupenda! ¡Estupenda!

»-Parecía entusiasmado y se frotaba las manos de la manera más alegre. Se trataba de un hombre de aspecto tan satisfecho que daba gusto mirarlo.

»-¿Busca usted trabajo, señorita? -preguntó.

»-Sí, señor.

»-¿Como institutriz?

»-Sí, señor.

»-¿Y qué salario pide usted?

»-En mi último empleo, en casa del coronel Spence Munro, cobraba cuatro libras al mes.

»-¡Puf! ¡Denigrante! ¡Sencillamente denigrante! -exclamó, elevando en el aire sus rollizas manos, como arrebatado por la indignación-. ¿Cómo se le puede ofrecer una suma tan lamentable a una dama con semejantes atractivos y cualidades?

»-Es posible, señor, que mis cualidades sean menos de lo que usted imagina -dije yo-. Un poco de francés, un poco de alemán, música y dibujo...

»-¡Puf, puf! -exclamó-. Eso está fuera de toda duda. Lo que interesa es si usted posee o no el porte y la distinción de una dama. En eso radica todo. Si no los posee, entonces no está capacitada para educar a un niño que algún día puede desempeñar un importante papel en la historia de la nación. Pero si las tiene, ¿cómo podría un caballero pedirle que condescendiera a aceptar nada por debajo de tres cifras? Si trabaja usted para mí, señora, comenzará con un salario de cien libras al año.

»Como podrá imaginar, señor Holmes, estando sin recursos como yo estaba, aquella oferta me pareció casi demasiado buena para ser verdad. Sin embargo, el caballero, advirtiendo tal vez mi expresión de incredulidad, abrió su cartera y sacó un billete.

»-Es también mi costumbre -dijo, sonriendo del modo más amable, hasta que sus ojos quedaron reducidos a dos ranuras que brillaban entre los pliegues blancos de su cara - pagar medio salario por adelantado a mis jóvenes empleadas, para que puedan hacer frente a los pequeños gastos del viaje y el vestuario.

»Me pareció que nunca había conocido a un hombre tan fascinante y tan considerado. Como ya tenía algunas deudas con los proveedores, aquel adelanto me venía muy bien; sin embargo, toda la transacción tenía un algo de innatural que me hizo desear saber algo más antes de comprometerme.

»-¿Puedo preguntar dónde vive usted, señor? -dije.

»-En Hampshire. Un lugar encantador en el campo, llamado Copper Beeches, cinco millas más allá de Winchester. Es una región preciosa, querida señorita, y la vieja casa de campo es sencillamente maravillosa.

»-¿Y mis obligaciones, señor? Me gustaría saber en qué consistirían.

»-Un niño. Un pillastre delicioso, de sólo seis años. ¡Tendría usted que verlo matando cucarachas con una zapatilla! ¡Plaf, plaf, plafl ¡Tres muertas en un abrir y cerrar de ojos! -se echó hacia atrás en su asiento y volvió a reírse hasta que los ojos se le hundieron en la cara de nuevo.

»Quedé un poco perpleja ante la naturaleza de las diversiones del niño, pero la risa del padre me hizo pensar que tal vez estuviera bromeando.

»-Entonces, mi única tarea -dije- sería ocuparme de este niño.

»-No, no, no la única, querida señorita, no la única -respondió-. Su tarea consistirá, como sin duda ya habrá imaginado, en obedecer todas las pequeñas órdenes que mi esposa le pueda dar, siempre que se trate de órdenes que una dama pueda obedecer con dignidad. No verá usted ningún inconveniente en ello, ¿verdad?

»-Estaré encantada de poder ser útil.

»-Perfectamente. Por ejemplo, en la cuestión del vestuario. Somos algo maniáticos, ¿sabe usted? Maniáticos pero buena gente. Si le pidiéramos que se pusiera un vestido que nosotros le proporcionáramos, no se opondría usted a nuestro capricho, ¿verdad?

»-No -dije yo, bastante sorprendida por sus palabras.

»-O que se sentara en un sitio, o en otro; eso no le resultaría ofensivo, ¿verdad?

»-Oh, no.

»-O que se cortara el cabello muy corto antes de presentarse en nuestra casa...

»Yo no daba crédito a mis oídos. Como puede usted observar, señor Holmes, mi pelo es

algo exuberante y de un tono castaño bastante peculiar. Han llegado a describirlo como artístico. Ni en sueños pensaría en sacrificarlo de buenas a primeras.

»-Me temo que eso es del todo imposible -dije. Él me estaba observando atentamente con sus ojillos, y pude advertir que al oír mis palabras pasó una sombra por su rostro.

»-Y yo me temo que es del todo esencial -dijo-. Se trata de un pequeño capricho de mi esposa, y los caprichos de las damas, señorita, los caprichos de las damas hay que satisfacerlos. ¿No está dispuesta a cortarse el pelo?

»-No, señor, la verdad es que no -respondí con firmeza.

»-Ah, muy bien. Entonces, no hay más que hablar. Es una pena, porque en todos los demás aspectos habría servido de maravilla. Dadas las circunstancias, señorita Stoper, tendré que examinar a algunas más de sus señoritas.

»La directora de la agencia había permanecido durante toda la entrevista ocupada con sus papeles, sin dirigirnos la palabra a ninguno de los dos, pero en aquel momento me miró con tal expresión de disgusto que no pude evitar sospechar que mi negativa le había hecho perder una espléndida comisión.

»-¿Desea usted que sigamos manteniendo su nombre en nuestras listas? -preguntó.

»-Si no tiene inconveniente, señorita Stoper.

»-Pues, la verdad, me parece bastante inútil, viendo el modo en que rechaza usted las ofertas más ventajosas -dijo secamente-. No esperará usted que nos esforcemos por encontrarle otra ganga como ésta. Buenos días, señorita Hunter -hizo sonar un gong que tenía sobre la mesa, y el botones me acompañó a la salida.

»Pues bien, cuando regresé a mi alojamiento y encontré la despensa medio vacía y dos o tres facturas sobre la mesa, empecé a preguntarme si no habría cometido una estupidez. Al fin y al cabo, si aquella gente tenía manías extrañas y esperaba que se obedecieran sus caprichos más extravagantes, al menos estaban dispuestos a pagar por sus excentricidades. Hay muy pocas institutrices en Inglaterra que ganen cien libras al año. Además, ¿de qué me serviría el pelo? A muchas mujeres les favorece llevarlo corto, y yo podía ser una de ellas. Al día siguiente ya tenía la impresión de haber cometido un error, y un día después estaba plenamente convencida. Estaba casi decidida a tragarme mi orgullo hasta el punto de regresar a la agencia y preguntar si la plaza estaba aún disponible, cuando recibí esta carta del caballero en cuestión. La he traído y se la voy a leer:

"The Copper Beeches, cerca de Winchester.

Querida señorita Hunter: La señorita Stoper ha tenido la amabilidad de darme su dirección, y le escribo desde aquí para preguntarle si ha reconsiderado su posición. Mi

esposa tiene mucho interés en que venga, pues le agradó mucho la descripción que yo le hice de usted. Estamos dispuestos a pagarle treinta libras al trimestre, o ciento veinte al año, para compensarle por las pequeñas molestias que puedan ocasionarle nuestros caprichos. Al fin y al cabo, tampoco exigimos demasiado. A mi esposa le encanta un cierto tono de azul eléctrico, y le gustaría que usted llevase un vestido de ese color por las mañanas. Sin embargo, no tiene que incurrir en el gasto de adquirirlo, ya que tenemos uno perteneciente a mi querida hija Alice (actualmente en Filadelfia), que creo que le sentaría muy bien. En cuanto a lo de sentarse en un sitio o en otro, o practicar los entretenimientos que se le indiquen, no creo que ello pueda ocasionarle molestias. Y con respecto a su cabello, no cabe duda de que es una lástima, especialmente si se tiene en cuenta que no pude evitar fijarme en su belleza durante nuestra breve entrevista, pero me temo que debo mantenerme firme en este punto, y solamente confío en que el aumento de salario pueda compensarle de la pérdida. Sus obligaciones en lo referente al niño son muy llevaderas. Le ruego que haga lo posible por venir; yo la esperaría con un coche en Winchester. Hágame saber en qué tren llega. Suyo afectísimo,

Jephro Rucastle.”

»Ésta es la carta que acabo de recibir, señor Holmes, y ya he tomado la decisión de aceptar. Sin embargo, me pareció que antes de dar el paso definitivo debía someter el asunto a su consideración.

-Bien, señorita Hunter, si su decisión está tomada, eso deja zanjado el asunto -dijo Holmes sonriente.

-¿Usted no me aconsejaría rehusar?

-Confieso que no me gustaría que una hermana mía aceptara ese empleo.

-¿Qué significa todo esto, señor Holmes?

-¡Ah! Carezco de datos. No puedo decirle. ¿Se ha formado usted alguna opinión?

-Bueno, a mí me parece que sólo existe una explicación posible. El señor Rucastle parecía ser un hombre muy amable y bondadoso. ¿No es posible que su esposa esté loca, que él desee mantenerlo en secreto por miedo a que la internen en un asilo, y que le siga la corriente en todos sus caprichos para evitar una crisis?

-Es una posible explicación. De hecho, tal como están las cosas, es la más probable. Pero, en cualquier caso, no parece un sitio muy adecuado para una joven.

-Pero ¿y el dinero, señor Holmes? ¿Y el dinero?

-Sí, desde luego, la paga es buena... demasiado buena. Eso es lo que me inquieta. ¿Por qué iban a darle ciento veinte al año cuando tendrían institutrices para elegir por

cuarenta? Tiene que existir una razón muy poderosa.

-Pensé que si le explicaba las circunstancias, usted lo entendería si más adelante solicitara su ayuda. Me sentiría mucho más segura sabiendo que una persona como usted me cubre las espaldas.

-Oh, puede irse convencida de ello. Le aseguro que su pequeño problema promete ser el más interesante que se me ha presentado en varios meses. Algunos aspectos resultan verdaderamente originales. Si tuviera usted dudas o se viera en peligro...

-¿Peligro? ¿En qué peligro está pensando? -Holmes meneó la cabeza muy serio.

-Si pudiéramos definirlo, dejaría de ser un peligro -dijo-. Pero a cualquier hora, de día o de noche, un telegrama suyo me hará acudir en su ayuda.

-Con eso me basta -se levantó muy animada de su asiento, habiéndose borrado la ansiedad de su rostro-. Ahora puedo ir a Hampshire mucho más tranquila. Escribiré de inmediato al señor Rucastle, sacrificaré mi pobre cabellera esta noche y partiré hacia Winchester mañana -con unas frases de agradecimiento para Holmes, nos deseó buenas noches y se marchó presurosa.

-Por lo menos -dije mientras oíamos sus pasos rápidos y firmes escaleras abajo-, parece una jovencita perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

-Y le va a hacer falta -dijo Holmes muy serio-. O mucho me equivoco, o recibiremos noticias suyas antes de que pasen muchos días.

No tardó en cumplirse la predicción de mi amigo. Transcurrieron dos semanas, durante las cuales pensé más de una vez en ella, preguntándome en qué extraño callejón de la experiencia humana se había introducido aquella mujer solitaria. El insólito salario, las curiosas condiciones, lo liviano del trabajo, todo apuntaba hacia algo anormal, aunque estaba fuera de mis posibilidades determinar si se trataba de una manía inofensiva o de una conspiración, si el hombre era un filántropo o un criminal. En cuanto a Holmes, observé que muchas veces se quedaba sentado durante media hora o más, con el ceño fruncido y aire abstraído, pero cada vez que yo mencionaba el asunto, él lo descartaba con un gesto de la mano. «¡Datos, datos, datos!» -exclamaba con impaciencia-. «¡No puedo hacer ladrillos sin arcilla!» Y, sin embargo, siempre acababa por murmurar que no le gustaría que una hermana suya hubiera aceptado semejante empleo.

El telegrama que al fin recibimos llegó una noche, justo cuando yo me disponía a acostarme y Holmes se preparaba para uno de los experimentos nocturnos en los que frecuentemente se enfrascaba; en aquellas ocasiones, yo lo dejaba por la noche, inclinado sobre una retorta o un tubo de ensayo, y lo encontraba en la misma posición cuando bajaba a desayunar por la mañana. Abrió el sobre amarillo y, tras echar un vistazo al mensaje, me lo pasó.

-Mire el horario de trenes en la guía -dijo, volviéndose a enfrascar en sus experimentos

químicos.

La llamada era breve y urgente:

«Por favor, esté en el Hotel Black Swan de Winchester mañana a mediodía. ¡No deje de venir! No sé qué hacer.

Hunter.»

-¿Viene usted conmigo?

-Me gustaría.

-Pues mire el horario.

-Hay un tren a las nueve y media -dije, consultando la guía-. Llega a Winchester a las once y media.

-Nos servirá perfectamente. Quizá sea mejor que aplace mi análisis de las acetonas, porque mañana puede que necesitemos estar en plena forma.

A las once de la mañana del día siguiente nos acercábamos ya a la antigua capital inglesa. Holmes había permanecido todo el viaje sepultado en los periódicos de la mañana, pero en cuanto pasamos los límites de Hampshire los dejó a un lado y se puso a admirar el paisaje. Era un hermoso día de primavera, con un cielo azul claro, salpicado de nubecillas algodonosas que se desplazaban de oeste a este. Lucía un sol muy brillante, a pesar de lo cual el aire tenía un frescor estimulante, que aguzaba la energía humana. Por toda la campiña, hasta las ondulantes colinas de la zona de Aldershot, los tejadillos rojos y grises de las granjas asomaban entre el verde claro del follaje primaveral.

-¡Qué hermoso y lozano se ve todo! -exclamé con el entusiasmo de quien acaba de escapar de las nieblas de Baker Street.

Pero Holmes meneó la cabeza con gran seriedad.

-Ya sabe usted, Watson -dijo-, que una de las maldiciones de una mente como la mía es que tengo que mirarlo todo desde el punto de vista de mi especialidad. Usted mira esas casas dispersas y se siente impresionado por su belleza. Yo las miro, y el único pensamiento que me viene a la cabeza es lo aisladas que están, y la impunidad con que puede cometerse un crimen en ellas.

-¡Cielo santo! -exclamé-. ¿Quién sería capaz de asociar la idea de un crimen con estas preciosas casitas?

-Siempre me han producido un cierto horror. Tengo la convicción, Watson, basada en

mi experiencia, de que las callejuelas más sórdidas y miserables de Londres no cuentan con un historial delictivo tan terrible como el de la sonriente y hermosa campiña inglesa.

-¡Me horroriza usted!

-Pero la razón salta a la vista. En la ciudad, la presión de la opinión pública puede lograr lo que la ley es incapaz de conseguir. No hay callejuela tan miserable como para que los gritos de un niño maltratado o los golpes de un marido borracho no despierten la simpatía y la indignación del vecindario; y además, toda la maquinaria de la justicia está siempre tan a mano que basta una palabra de queja para ponerla en marcha, y no hay más que un paso entre el delito y el banquillo. Pero fíjese en esas casas solitarias, cada una en sus propios campos, en su mayor parte llenas de gente pobre e ignorante que sabe muy poco de la ley. Piense en los actos de crueldad infernal, en las maldades ocultas que pueden cometerse en estos lugares, año tras año, sin que nadie se entere. Si esta dama que ha solicitado nuestra ayuda se hubiera ido a vivir a Winchester, no temería por ella. Son las cinco millas de campo las que crean el peligro. Aun así, resulta claro que no se encuentra amenazada personalmente.

-No. Si puede venir a Winchester a recibirnos, también podría escapar.

-Exacto. Se mueve con libertad.

-Pero entonces, ¿qué es lo que sucede? ¿No se le ocurre ninguna explicación?

-Se me han ocurrido siete explicaciones diferentes, cada una de las cuales tiene en cuenta los pocos datos que conocemos. Pero ¿cuál es la acertada? Eso sólo puede determinarlo la nueva información que sin duda nos aguarda. Bueno, ahí se ve la torre de la catedral, y pronto nos enteraremos de lo que la señorita Hunter tiene que contarnos.

El Black Swan era una posada de cierta fama situada en High Street, a muy poca distancia de la estación, y allí estaba la joven aguardándonos. Había reservado una habitación y nuestro almuerzo nos esperaba en la mesa.

-¡Cómo me alegro de que hayan venido! -dijo fervientemente-. Los dos han sido muy amables. Les digo de verdad que no sé qué hacer. Sus consejos tienen un valor inmenso para mí.

-Por favor, explíquenos lo que le ha ocurrido.

-Eso haré, y más vale que me dé prisa, porque he prometido al señor Rucastle estar de vuelta antes de las tres. Me dio permiso para venir a la ciudad esta mañana, aunque poco se imagina a qué he venido.

-Oigámoslo todo por riguroso orden -dijo Holmes, estirando hacia el fuego sus largas y delgadas piernas y disponiéndose a escuchar.

-En primer lugar, puedo decir que, en conjunto, el señor y la señora Rucastle no me

tratan mal. Es de justicia decirlo. Pero no los entiendo y no me siento tranquila con ellos.

-¿Qué es lo que no entiende?

-Los motivos de su conducta. Pero se lo voy a contar tal como ocurrió. Cuando llegué, el señor Rucastle me recibió aquí y me llevó en su coche a Copper Beeches. Tal como él había dicho, está en un sitio precioso, pero la casa en sí no es bonita. Es un bloque cuadrado y grande, encalado pero todo manchado por la humedad y la intemperie. A su alrededor hay bosques por tres lados, y por el otro hay un campo en cuesta, que baja hasta la carretera de Southampton, la cual hace una curva a unas cien yardas de la puerta principal. Este terreno de delante pertenece a la casa, pero los bosques de alrededor forman parte de las propiedades de lord Southerton. Un conjunto de hayas cobrizas plantadas frente a la puerta delantera da nombre a la casa.

»El propio señor Rucastle, tan amable como de costumbre, conducía el carricoche, y aquella tarde me presentó a su mujer y al niño. La conjetura que nos pareció tan probable allá en su casa de Baker Street resultó falsa, señor Holmes. La señora Rucastle no está loca. Es una mujer callada y pálida, mucho más joven que su marido; no llegará a los treinta años, cuando el marido no puede tener menos de cuarenta y cinco. He deducido de sus conversaciones que llevan casados unos siete años, que él era viudo cuando se casó con ella, y que la única descendencia que tuvo con su primera esposa fue esa hija que ahora está en Filadelfia. El señor Rucastle me dijo confidencialmente que se marchó porque no soportaba a su madrastra. Dado que la hija tendría por lo menos veinte años, me imagino perfectamente que se sintiera incómoda con la joven esposa de su padre.

»La señora Rucastle me pareció tan anodina de mente como de cara. No me cayó ni bien ni mal. Es como si no existiera. Se nota a primera vista que siente devoción por su marido y su hijito. Sus ojos grises pasaban continuamente del uno al otro, pendiente de sus más mínimos deseos y anticipándose a ellos si podía. Él la trataba con cariño, a su manera vocinglera y exuberante, y en conjunto parecían una pareja feliz. Y, sin embargo, esta mujer tiene una pena secreta. A menudo se queda sumida en profundos pensamientos, con una expresión tristísima en el rostro. Más de una vez la he sorprendido llorando. A veces he pensado que era el carácter de su hijo lo que la preocupaba, pues jamás en mi vida he conocido criatura más malcriada y con peores instintos. Es pequeño para su edad, con una cabeza desproporcionadamente grande. Toda su vida parece transcurrir en una alternancia de rabietas salvajes e intervalos de negra melancolía. Su único concepto de la diversión parece consistir en hacer sufrir a cualquier criatura más débil que él, y despliega un considerable talento para el acecho y captura de ratones, pajarillos e insectos. Pero prefiero no hablar del niño, señor Holmes, que en realidad tiene muy poco que ver con mi historia.

-Me gusta oír todos los detalles -comentó mi amigo-, tanto si le parecen relevantes como si no.

-Procuraré no omitir nada de importancia. Lo único desagradable de la casa, que me llamó la atención nada más llegar, es el aspecto y conducta de los sirvientes. Hay sólo

dos, marido y mujer. Toller, que así se llama, es un hombre tosco y grosero, con pelo y patillas grises, y que huele constantemente a licor. Desde que estoy en la casa lo he visto dos veces completamente borracho, pero el señor Rucastle parece no darse cuenta. Su esposa es una mujer muy alta y fuerte, con cara avinagrada, tan callada como la señora Rucastle, pero mucho menos tratable. Son una pareja muy desagradable, pero afortunadamente me paso la mayor parte del tiempo en el cuarto del niño y en el mío, que están uno junto a otro en una esquina del edificio.

»Los dos primeros días después de mi llegada a Copper Beeches, mi vida transcurrió muy tranquila; al tercer día, la señora Rucastle bajó inmediatamente después del desayuno y le susurró algo al oído a su marido.

»-Oh, sí -dijo él, volviéndose hacia mí-. Le estamos muy agradecidos, señorita Hunter, por acceder a nuestros caprichos hasta el punto de cortarse el pelo. Veamos ahora cómo le sienta el vestido azul eléctrico. Lo encontrará extendido sobre la cama de su habitación, y si tiene la bondad de ponérselo se lo agradeceremos muchísimo.

»El vestido que encontré esperándome tenía una tonalidad azul bastante curiosa. El material era excelente, una especie de lana cruda, pero presentaba señales inequívocas de haber sido usado. No me habría sentado mejor ni aunque me lo hubieran hecho a la medida. Tanto el señor como la señora Rucastle se mostraron tan encantados al verme con él, que me pareció que exageraban en su vehemencia. Estaban aguardándome en la sala de estar, que es una habitación muy grande, que ocupa la parte delantera de la casa, con tres ventanales hasta el suelo. Cerca del ventanal del centro habían instalado una silla, con el respaldo hacia fuera. Me pidieron que me sentara en ella y, a continuación, el señor Rucastle empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación contándome algunos de los chistes más graciosos que he oído en mi vida. No se puede imaginar lo cómico que estuvo; me reí hasta quedar agotada. Sin embargo, la señora Rucastle, que evidentemente no tiene sentido del humor, ni siquiera llegó a sonreír; se quedó sentada con las manos en el regazo y una expresión de tristeza y ansiedad en el rostro. Al cabo de una hora, poco más o menos, el señor Rucastle comentó de pronto que ya era hora de iniciar las tareas cotidianas y que debía cambiarme de vestido y acudir al cuarto del pequeño Edward.

»Dos días después se repitió la misma representación, en circunstancias exactamente iguales. Una vez más me cambié de vestido, volví a sentarme en la silla y volví a partirme de risa con los graciosísimos chistes de mi patrón, que parece poseer un repertorio inmenso y los cuenta de un modo inimitable. A continuación, me entregó una novela de tapas amarillas y, tras correr un poco mi silla hacia un lado, de manera que mi sombra no cayera sobre las páginas, me pidió que le leyera en voz alta. Leí durante unos diez minutos, comenzando en medio de un capítulo, y de pronto, a mitad de una frase, me ordenó que lo dejara y que me cambiara de vestido.

»Puede usted imaginarse, señor Holmes, la curiosidad que yo sentía acerca del significado de estas extravagantes representaciones. Me di cuenta de que siempre ponían mucho cuidado en que yo estuviera de espaldas a la ventana, y empecé a consumirme de ganas de ver lo que ocurría a mis espaldas. Al principio me pareció imposible, pero pronto se me ocurrió una manera de conseguirlo. Se me había roto el espejito de bolsillo

y eso me dio la idea de esconder un pedacito de espejo en el pañuelo. A la siguiente ocasión, en medio de una carcajada, me llevé el pañuelo a los ojos, y con un poco de maña me las arreglé para ver lo que había detrás de mí. Confieso que me sentí decepcionada. No había nada.

»Al menos, ésa fue mi primera impresión. Sin embargo, al mirar de nuevo me di cuenta de que había un hombre parado en la carretera de Southampton; un hombre de baja estatura, barbudo y con un traje gris, que parecía estar mirando hacia mí. La carretera es una vía importante, y siempre suele haber gente por ella. Sin embargo, este hombre estaba apoyado en la verja que rodea nuestro campo, y miraba con mucho interés. Bajé el pañuelo y encontré los ojos de la señora Rucastle fijos en mí, con una mirada sumamente inquisitiva. No dijo nada, pero estoy convencida de que había adivinado que yo tenía un espejo en la mano y había visto lo que había detrás de mí. Se levantó al instante.

»-Jephro -dijo-, hay un impertinente en la carretera que está mirando a la señorita Hunter.

»-¿No será algún amigo suyo, señorita Hunter? -preguntó él.

»-No; no conozco a nadie por aquí.

»-¡Válgame Dios, qué impertinencia! Tenga la bondad de darse la vuelta y hacerle un gesto para que se vaya.

»-¿No sería mejor no darnos por enterados?

»-No, no; entonces le tendríamos rondando por aquí a todas horas. Haga el favor de darse la vuelta e indíquele que se marche, así.

»Hice lo que me pedían, y al instante la señora Rucastle bajó la persiana. Esto sucedió hace una semana, y desde entonces no me he vuelto a sentar en la ventana ni me he puesto el vestido azul, ni he visto al hombre de la carretera.

-Continúe, por favor -dijo Holmes-. Su narración promete ser de lo más interesante.

-Me temo que le va a parecer bastante inconexa, y lo más probable es que exista poca relación entre los diferentes incidentes que menciono. El primer día que pasé en Copper Beeches, el señor Rucastle me llevó a un pequeño cobertizo situado cerca de la puerta de la cocina. Al acercarnos, oí un ruido de cadenas y el sonido de un animal grande que se movía.

»-Mire por aquí -dijo el señor Rucastle, indicándome una rendija entre dos tablas-. ¿No es una preciosidad?

»Miré por la rendija y distinguí dos ojos que brillaban y una figura confusa agazapada en la oscuridad.

»-No se asuste -dijo mi patrón, echándose a reír ante mi sobresalto-. Es solamente Carlo, mi mastín. He dicho mío, pero en realidad el único que puede controlarlo es el viejo Toller, mi mayordomo. Sólo le damos de comer una vez al día, y no mucho, de manera que siempre está tan agresivo como una salsa picante. Toller lo deja suelto cada noche, y que Dios tenga piedad del intruso al que le hinque el diente. Por lo que más quiera, bajo ningún pretexto ponga los pies fuera de casa por la noche, porque se jugaría usted la vida.

»No se trataba de una advertencia sin fundamento, porque dos noches después se me ocurrió asomarme a la ventana de mi cuarto a eso de las dos de la madrugada. Era una hermosa noche de luna, y el césped de delante de la casa se veía plateado y casi tan iluminado como de día. Me encontraba absorta en la apacible belleza de la escena cuando sentí que algo se movía entre las sombras de las hayas cobrizas. Por fin salió a la luz de la luna y vi lo que era: un perro gigantesco, tan grande como un ternero, de piel leonada, carrillos colgantes, hocico negro y huesos grandes y salientes. Atravesó lentamente el césped y desapareció en las sombras del otro lado. Aquel terrible y silencioso centinela me provocó un escalofrío como no creo que pudiera causarme ningún ladrón.

»Y ahora voy a contarle una experiencia muy extraña. Como ya sabe, me corté el pelo en Londres, y lo había guardado, hecho un gran rollo, en el fondo de mi baúl. Una noche, después de acostar al niño, me puse a inspeccionar los muebles de mi habitación y ordenar mis cosas. Había en el cuarto un viejo aparador, con los dos cajones superiores vacíos y el de abajo cerrado con llave. Ya había llenado de ropa los dos primeros cajones y aún me quedaba mucha por guardar; como es natural, me molestaba no poder utilizar el tercer cajón. Pensé que quizás estuviera cerrado por olvido, así que saqué mi juego de llaves e intenté abrirlo. La primera llave encajó a la perfección y el cajón se abrió. Dentro no había más que una cosa, pero estoy segura de que jamás adivinaría usted qué era. Era mi mata de pelo.

»La cogí y la examiné. Tenía la misma tonalidad y la misma textura. Pero entonces se me hizo patente la imposibilidad de aquello. ¿Cómo podía estar mi pelo guardado en aquel cajón? Con las manos temblándome, abrí mi baúl, volqué su contenido y saqué del fondo mi propia cabellera. Coloqué una junto a otra, y le aseguro que eran idénticas. ¿No era extraordinario? Me sentí desconcertada e incapaz de comprender el significado de todo aquello. Volví a meter la misteriosa mata de pelo en el cajón y no les dije nada a los Rucastle, pues sentí que quizás había obrado mal al abrir un cajón que ellos habían dejado cerrado.

»Como habrá podido notar, señor Holmes, yo soy observadora por naturaleza, y no tardé en trazarme en la cabeza un plano bastante exacto de toda la casa. Sin embargo, había un ala que parecía completamente deshabitada. Frente a las habitaciones de los Toller había una puerta que conducía a este sector, pero estaba invariablemente cerrada con llave. Sin embargo, un día, al subir las escaleras, me encontré con el señor Rucastle que salía por aquella puerta con las llaves en la mano y una expresión en el rostro que lo convertía en una persona totalmente diferente del hombre orondo y jovial al que yo estaba acostumbrada. Traía las mejillas enrojecidas, la frente arrugada por la ira, y las venas de las sienes hinchadas de furia. Cerró la puerta y pasó junto a mí sin mirarme ni

dirigirme la palabra.

»Esto despertó mi curiosidad, así que cuando salí a dar un paseo con el niño, me acerqué a un sitio desde el que podía ver las ventanas de este sector de la casa. Eran cuatro en hilera, tres de ellas simplemente sucias y la cuarta cerrada con postigos. Evidentemente, allí no vivía nadie. Mientras paseaba de un lado a otro, dirigiendo miradas ocasionales a las ventanas, el señor Rucastle vino hacia mí, tan alegre y jovial como de costumbre.

»-¡Ah! -dijo-. No me considere un maleducado por haber pasado junto a usted sin saludarla, querida señorita. Estaba preocupado por asuntos de negocios.

»-Le aseguro que no me ha ofendido -respondí-. Por cierto, parece que tiene usted ahí una serie completa de habitaciones, y una de ellas cerrada a cal y canto.

»-Uno de mis hobbies es la fotografía -dijo-, y allí tengo instalado mi cuarto oscuro. ¡Vaya, vaya! ¡Qué jovencita tan observadora nos ha caído en suerte! ¿Quién lo habría creído? ¿Quién lo habría creído?

»Hablaba en tono de broma, pero sus ojos no bromeaban al mirarme. Leí en ellos sospecha y disgusto, pero nada de bromas.

»Bien, señor Holmes, desde el momento en que comprendí que había algo en aquellas habitaciones que yo no debía conocer, ardí en deseos de entrar en ellas. No se trataba de simple curiosidad, aunque no carezco de ella. Era más bien una especie de sentido del deber... Tenía la sensación de que de mi entrada allí se derivaría algún bien. Dicen que existe la intuición femenina; posiblemente era eso lo que yo sentía.

En cualquier caso, la sensación era real, y yo estaba atenta a la menor oportunidad de traspasar la puerta prohibida. »La oportunidad no llegó hasta ayer. Puedo decirle que, además del señor Rucastle, tanto Toller como su mujer tienen algo que hacer en esas habitaciones deshabitadas, y una vez vi a Toller entrando por la puerta con una gran bolsa de lona negra. Últimamente, Toller está bebiendo mucho, y ayer por la tarde estaba borracho perdido; y cuando subí las escaleras, encontré la llave en la puerta. Sin duda, debió olvidarla allí. El señor y la señora Rucastle se encontraban en la planta baja, y el niño estaba con ellos, así que disponía de una oportunidad magnífica. Hice girar con cuidado la llave en la cerradura, abrí la puerta y me deslicé a través de ella.

»Frente a mí se extendía un pequeño pasillo, sin empapelado y sin alfombra, que doblaba en ángulo recto al otro extremo. A la vuelta de esta esquina había tres puertas seguidas; la primera y la tercera estaban abiertas, y las dos daban a sendas habitaciones vacías, polvorientas y desangeladas, una con dos ventanas y la otra sólo con una, tan cubiertas de suciedad que la luz crepuscular apenas conseguía abrirse paso a través de ellas. La puerta del centro estaba cerrada, y atrancada por fuera con uno de los barrotes de una cama de hierro, uno de cuyos extremos estaba sujeto con un candado a una argolla en la pared, y el otro atado con una cuerda. También la cerradura estaba cerrada, y la llave no estaba allí. Indudablemente, esta puerta atrancada correspondía a la ventana cerrada que yo había visto desde fuera; y, sin embargo, por el resplandor que se filtraba por debajo, se notaba que la habitación no estaba a oscuras. Evidentemente, había una

claraboya que dejaba entrar la luz por arriba. Mientras estaba en el pasillo mirando aquella puerta siniestra y preguntándome qué secreto ocultaba, oí de pronto ruido de pasos dentro de la habitación y vi una sombra que cruzaba de un lado a otro en la pequeña rendija de luz que brillaba bajo la puerta. Al ver aquello, se apoderó de mí un terror loco e irrazonable, señor Holmes. Mis nervios, que ya estaban de punta, me fallaron de repente, di media vuelta y eché a correr. Corrí como si detrás de mí hubiera una mano espantosa tratando de agarrar la falda de mi vestido. Atravesé el pasillo, crucé la puerta y fui a parar directamente en los brazos del señor Rucastle, que esperaba fuera.

»-¡Vaya! -dijo sonriendo-. ¡Así que era usted! Me lo imaginé al ver la puerta abierta.

»-¡Estoy asustadísima! -gemí.

»-¡Querida señorita! ¡Querida señorita! -no se imagina usted con qué dulzura y amabilidad lo decía-. ¿Qué es lo que la ha asustado, querida señorita?

»Pero su voz era demasiado zalamera; se estaba excediendo. Al instante me puse en guardia contra él.

»-Fui tan tonta que me metí en el ala vacía -respondí-. Pero está todo tan solitario y tan siniestro con esta luz mortecina que me asusté y eché a correr. ¡Hay allí un silencio tan terrible!

»-¿Sólo ha sido eso? -preguntó, mirándome con insistencia.

»-¿Pues qué se había creído? -pregunté a mi vez.

»-¿Por qué cree usted que tengo cerrada esta puerta?

»-Le aseguro que no lo sé.

»-Pues para que no entren los que no tienen nada que hacer ahí. ¿Entiende? -seguía sonriendo de la manera más amistosa.

»-Le aseguro que de haberlo sabido...

»-Bien, pues ya lo sabe. Y si vuelve a poner el pie en este umbral... -en un instante, la sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca de rabia y me miró con cara de demonio-... la echaré al mastín.

»Estaba tan aterrada que no sé ni lo que hice. Supongo que salí corriendo hasta mi habitación. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tirada en mi cama, temblando de pies a cabeza. Entonces me acordé de usted, señor Holmes. No podía seguir viviendo allí sin que alguien me aconsejara. Me daba miedo la casa, el dueño, la mujer, los criados, hasta el niño... Todos me parecían horribles. Si pudiera usted venir aquí, todo iría bien. Naturalmente, podría haber huido de la casa, pero mi curiosidad era casi tan fuerte como mi miedo. No tardé en tomar una decisión: enviarle a usted un telegrama. Me puse el sombrero y la capa, me acerqué a la oficina de telégrafos, que está como a

media milla de la casa, y al regresar ya me sentía mucho mejor. Al acercarme a la puerta, me asaltó la terrible sospecha de que el perro estuviera suelto, pero me acordé de que Toller se había emborrachado aquel día hasta quedar sin sentido, y sabía que era la única persona de la casa que tenía alguna influencia sobre aquella fiera y podía atreverse a dejarla suelta. Entré sin problemas y permanecí despierta durante media noche de la alegría que me daba el pensar en verle a usted. No tuve ninguna dificultad en obtener permiso para venir a Winchester esta mañana, pero tengo que estar de vuelta antes de las tres, porque el señor y la señora Rucastle van a salir de visita y estarán fuera toda la tarde, así que tengo que cuidar del niño. Y ya le he contado todas mis aventuras, señor Holmes. Ojalá pueda usted decirme qué significa todo esto y, sobre todo, qué debo hacer.

Holmes y yo habíamos escuchado hechizados el extraordinario relato. Al llegar a este punto, mi amigo se puso en pie y empezó a dar zancadas por la habitación, con las manos en los bolsillos y una expresión de profunda seriedad en su rostro.

-¿Está Toller todavía borracho? -preguntó.

-Sí. Esta mañana oí a su mujer decirle a la señora Rucastle que no podía hacer nada con él.

-Eso está bien. ¿Y los Rucastle van a salir esta tarde?

-Sí.

-¿Hay algún sótano con una buena cerradura?

-Sí, la bodega.

-Me parece, señorita Hunter, que hasta ahora se ha comportado usted como una mujer valiente y sensata. ¿Se siente capaz de realizar una hazaña más? No se lo pediría si no la considerara una mujer bastante excepcional.

-Lo intentaré. ¿De qué se trata?

-Mi amigo y yo llegaremos a Copper Beeches a las siete. A esa hora, los Rucastle estarán fuera y Toller, si tenemos suerte, seguirá incapaz. Sólo queda la señora Toller, que podría dar la alarma. Si usted pudiera enviarla a la bodega con cualquier pretexto y luego cerrarla con llave, nos facilitaría inmensamente las cosas.

-Lo haré.

-¡Excelente! En tal caso, consideremos detenidamente el asunto. Por supuesto, sólo existe una explicación posible. La han llevado a usted allí para suplantar a alguien, y este alguien está prisionero en esa habitación. Hasta aquí, resulta evidente. En cuanto a la identidad de la prisionera, no me cabe duda de que se trata de la hija, la señorita Alice Rucastle si no recuerdo mal, la que le dijeron que se había marchado a América. Está claro que la eligieron a usted porque se parece a ella en la estatura, la figura y el color

del cabello. A ella se lo habían cortado, posiblemente con motivo de alguna enfermedad, y, naturalmente, había que sacrificar también el suyo. Por una curiosa casualidad, encontró usted su cabellera. El hombre de la carretera era, sin duda, algún amigo de ella, posiblemente su novio; y al verla a usted, tan parecida a ella y con uno de sus vestidos, quedó convencido, primero por sus risas y luego por su gesto de desprecio, de que la señorita Rucastle era absolutamente feliz y ya no deseaba sus atenciones. Al perro lo sueltan por las noches para impedir que él intente comunicarse con ella. Todo esto está bastante claro. El aspecto más grave del caso es el carácter del niño.

-¿Qué demonios tiene que ver eso? -exclamé.

-Querido Watson: usted mismo, en su práctica médica, está continuamente sacando deducciones sobre las tendencias de los niños, mediante el estudio de los padres. ¿No comprende que el procedimiento inverso es igualmente válido? Con mucha frecuencia he obtenido los primeros indicios fiables sobre el carácter de los padres estudiando a sus hijos. El carácter de este niño es anormalmente cruel, por puro amor a la crueldad, y tanto si lo ha heredado de su sonriente padre, que es lo más probable, como si lo heredó de su madre, no presagia nada bueno para la pobre muchacha que se encuentra en su poder.

-Estoy convencida de que tiene usted razón, señor Holmes -exclamó nuestra cliente-. Me han venido a la cabeza mil detalles que me convencen de que ha dado en el clavo. ¡Oh, no perdamos un instante y vayamos a ayudar a esta pobre mujer!

-Debemos actuar con prudencia, porque nos enfrentamos con un hombre muy astuto. No podemos hacer nada hasta las siete. A esa hora estaremos con usted, y no tardaremos mucho en resolver el misterio.

Fieles a nuestra palabra, llegamos a Copper Beeches a las siete en punto, tras dejar nuestro carricoche en un bar del camino. El grupo de hayas, cuyas hojas oscuras brillaban como metal bruñido a la luz del sol poniente, habría bastado para identificar la casa aunque la señorita Hunter no hubiera estado aguardando sonriente en el umbral de la puerta.

-¿Lo ha conseguido? -preguntó Holmes.

Se oyeron unos fuertes golpes desde algún lugar de los sótanos.

-Ésa es la señora Toller desde la bodega -dijo la señorita Hunter-. Su marido sigue roncando, tirado en la cocina. Aquí están las llaves, que son duplicados de las del señor Ruscastle.

-¡Lo ha hecho usted de maravilla! -exclamó Holmes con entusiasmo-. Indíquenos el camino y pronto veremos el final de este siniestro enredo.

Subimos la escalera, abrimos la puerta, recorrimos un pasillo y nos encontramos ante la puerta atrancada que la señorita Hunter había descrito. Holmes cortó la cuerda y retiró el barrote. A continuación, probó varias llaves en la cerradura, pero no consiguió abrirla.

Del interior no llegaba ningún sonido, y la expresión de Holmes se ensombreció ante aquel silencio.

-Espero que no hayamos llegado demasiado tarde -dijo-. Creo, señorita Hunter, que será mejor que no entre con nosotros. Ahora, Watson, arrime el hombro y veamos si podemos abrirnos paso.

Era una puerta vieja y destartalada que cedió a nuestro primer intento. Nos precipitamos juntos en la habitación y la encontramos desierta. No había más muebles que un camastro, una mesita y un cesto de ropa blanca. La claraboya del techo estaba abierta, y la prisionera había desaparecido.

-Aquí se ha cometido alguna infamia -dijo Holmes-. Nuestro amigo adivinó las intenciones de la señorita Hunter y se ha llevado a su víctima a otra parte.

-Pero ¿cómo?

-Por la claraboya. Ahora veremos cómo se las arregló -se izó hasta el tejado-. ¡Ah, sí! -exclamó-. Aquí veo el extremo de una escalera de mano apoyada en el alero. Así es como lo hizo.

-Pero eso es imposible -dijo la señorita Hunter-. La escalera no estaba ahí cuando se marcharon los Rucastle.

-Él volvió y se la llevó. Ya le digo que es un tipo astuto y peligroso. No me sorprendería mucho que esos pasos que se oyen por la escalera sean suyos. Creo, Watson, que más vale que tenga preparada su pistola.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando apareció un hombre en la puerta de la habitación, un hombre muy gordo y corpulento con un grueso bastón en la mano. Al verlo, la señorita Hunter soltó un grito y se encogió contra la pared, pero Sherlock Holmes dio un salto adelante y le hizo frente.

-¿Dónde está su hija, canalla? -dijo.

El gordo miró en torno suyo y después hacia la claraboya abierta.

-¡Soy yo quien hace las preguntas! -chilló-. ¡Ladrones! ¡Espías y ladrones! ¡Pero os he cogido! ¡Os tengo en mi poder! ¡Ya os daré yo! -dio media vuelta y corrió escaleras abajo, tan deprisa como pudo.

-¡Ha ido por el perro! -gritó la señorita Hunter.

-Tengo mi revólver -dije yo.

-Más vale que cerremos la puerta principal -gritó Holmes, y todos bajamos corriendo las escaleras.

Apenas habíamos llegado al vestíbulo cuando oímos el ladrido de un perro y a continuación un grito de agonía, junto con un gruñido horrible que causaba espanto escuchar. Un hombre de edad avanzada, con el rostro colorado y las piernas temblorosas, llegó tambaleándose por una puerta lateral.

-¡Dios mío! -exclamó-. ¡Alguien ha soltado al perro, y lleva dos días sin comer! ¡Deprisa, deprisa, o será demasiado tarde!

Holmes y yo nos abalanzamos fuera y doblamos la esquina de la casa, con Toller siguiéndonos los pasos. Allí estaba la enorme y hambrienta fiera, con el hocico hundido en la garganta de Rucastle, que se retorcía en el suelo dando alaridos. Corrí hacia ella y le volé los sesos. Se desplomó con sus blancos y afilados dientes aún clavados en la papada del hombre. Nos costó mucho trabajo separarlos. Llevamos a Rucastle, vivo, pero horriblemente mutilado, a la casa, y lo tendimos sobre el sofá del cuarto de estar. Tras enviar a Toller, que se había despejado de golpe, a que informara a su esposa de lo sucedido, hice lo que pude por aliviar su dolor. Nos encontrábamos todos reunidos en torno al herido cuando se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer alta y demacrada.

-¡Señora Toller! -exclamó la señorita Hunter.

-Sí, señorita. El señor Rucastle me sacó de la bodega cuando volvió, antes de subir a por ustedes. ¡Ah, señorita! Es una pena que no me informara usted de sus planes, porque yo podía haberle dicho que se molestaba en vano.

-¿Ah, sí? -dijo Holmes, mirándola intensamente-. Está claro que la señora Toller sabe más del asunto que ninguno de nosotros.

-Sí, señor. Sé bastante y estoy dispuesta a contar lo que sé.

-Entonces, haga el favor de sentarse y oigámoslo, porque hay varios detalles en los que debo confesar que aún estoy a oscuras.

-Pronto se lo aclararé todo -dijo ella-. Y lo habría hecho antes si hubiera podido salir de la bodega. Si esto pasa a manos de la policía y los jueces, recuerden ustedes que yo fui la única que les ayudó, y que también era amiga de la señorita Alice.

»Nunca fue feliz en casa, la pobre señorita Alice, desde que su padre se volvió a casar. Se la menospreciaba y no se la tenía en cuenta para nada. Pero cuando las cosas se le pusieron verdaderamente mal fue después de conocer al señor Fowler en casa de unos amigos. Por lo que he podido saber, la señorita Alice tenía ciertos derechos propios en el testamento, pero como era tan callada y paciente, nunca dijo una palabra del asunto y lo dejaba todo en manos del señor Rucastle. Él sabía que no tenía nada que temer de ella. Pero en cuanto surgió la posibilidad de que se presentara un marido a reclamar lo que le correspondía por ley, el padre pensó que había llegado el momento de poner fin a la situación. Intentó que ella le firmara un documento autorizándole a disponer de su dinero, tanto si ella se casaba como si no. Cuando ella se negó, él siguió acosándola hasta que la pobre chica enfermó de fiebre cerebral y pasó seis semanas entre la vida y

la muerte. Por fin se recuperó, aunque quedó reducida a una sombra de lo que era y con su precioso cabello cortado. Pero aquello no supuso ningún cambio para su joven galán, que se mantuvo tan fiel como pueda serlo un hombre.

-Ah -dijo Holmes-. Creo que lo que ha tenido usted la amabilidad de contarnos aclara bastante el asunto, y que puedo deducir lo que falta. Supongo que entonces el señor Rucastle recurrió al encierro.

-Sí, señor.

-Y se trajo de Londres a la señorita Hunter para librarse de la desagradable insistencia del señor Fowler.

-Así es, señor.

-Pero el señor Fowler, perseverante como todo buen marino, puso sitio a la casa, habló con usted y, mediante ciertos argumentos, monetarios o de otro tipo, consiguió convencerla de que sus intereses coincidían con los de usted.

-El señor Fowler es un caballero muy galante y generoso -dijo la señora Toller tranquilamente.

-Y de este modo, se las arregló para que a su marido no le faltara bebida y para que hubiera una escalera preparada en el momento en que sus señores se ausentaran.

-Ha acertado; ocurrió tal y como usted lo dice.

-Desde luego, le debemos disculpas, señora Toller -dijo Holmes-. Nos ha aclarado sin lugar a dudas todo lo que nos tenía desconcertados. Aquí llegan el médico y la señora Rucastle. Creo, Watson, que lo mejor será que acompañemos a la señorita Hunter de regreso a Winchester, ya que me parece que nuestro locus stand es bastante discutible en estos momentos.

Y así quedó resuelto el misterio de la siniestra casa con las hayas cobrizas frente a la puerta. El señor Rucastle sobrevivió, pero quedó destrozado para siempre, y sólo se mantiene vivo gracias a los cuidados de su devota esposa. Siguen viviendo con sus viejos criados, que probablemente saben tanto sobre el pasado de Rucastle que a éste le resulta difícil despedirlos. El señor Fowler y la señorita Rucastle se casaron en Southampton con una licencia especial al día siguiente de su fuga, y en la actualidad él ocupa un cargo oficial en la isla Mauricio. En cuanto a la señorita Violet Hunter, mi amigo Holmes, con gran desilusión por mi parte, no manifestó más interés por ella en cuanto la joven dejó de constituir el centro de uno de sus problemas. En la actualidad dirige una escuela privada en Walsall, donde creo que ha obtenido un considerable éxito.

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Estábamos tomando el desayuno una mañana mi mujer y yo, cuando la doncella me entregó un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía lo siguiente:

"¿Tiene un par de días libres? Acabo de recibir un telegrama del oeste de Inglaterra, vinculado con la tragedia del valle de Boscombe. Me encantaría que viniera conmigo. Tiempo y panorama perfectos. Salgo de Paddington a las 11:15"

-¿Qué dices, querido? -me preguntó mi mujer, mirándome-. ¿Irás?

-Realmente no sé qué decir. Mi lista de pacientes es bastante extensa.

-Si es por eso, Anstruther puede reemplazarte. Últimamente te noto un poco pálido. Me parece que un cambio de aire te haría bien. Además, siempre te han interesado los casos del señor Sherlock Holmes.

-Sería un ingrato si dijera lo contrario, cuando veo todo lo que he aprendido con ellos. Pero si tengo que ir, debo hacer la valija en seguida pues sólo dispongo de media hora.

Mi experiencia de la vida en el campamento de Afganistán tuvo, por lo menos, la consecuencia, de convertirme en un viajero dispuesto a partir al instante. Necesitaba pocas cosas, y sencillas, de modo que en menos tiempo del calculado me encontraba ya en un coche con mi valija, camino a la estación de Paddington. Sherlock Holmes se paseaba de un lado a otro por el andén y su cuerpo parecía aún más alto y enjuto a causa de su larga capa de viajero y su ajustada gorra de paño.

-Ha sido muy amable en venir, Watson. Para mí representa una diferencia notable tener a alguien en quien confiar. Las informaciones de las personas que viven en el lugar del hecho siempre resultan de escaso valor o están influidas por consideraciones personales. Ubíquese en el compartimiento del rincón, mientras voy a sacar los boletos.

Estábamos los dos solos, pero Holmes ocupó casi por entero el coche con una pila de periódicos. Uno a uno fue leyéndolos detenidamente, tomando de tanto en tanto apuntes y reflexionando sobre algunos detalles hasta que dejamos atrás la estación de Reading. De pronto hizo un bollo con todos ellos y lo depositó en el portaequipajes.

-¿Oyó hablar algo del caso? -me preguntó.

-Ni una palabra. Hace días que no leo un diario.

-La prensa londinense no ha dado un relato completo. Acabo de echar un vistazo a los periódicos más recientes a fin de conocer los detalles. Por lo que colijo, parece ser uno de esos casos sencillos que resultan extremadamente difíciles.

-Eso suena un tanto paradójico.

-Pero es profundamente cierto. Casi siempre lo singular constituye una clave. Cuanto más insignificante y vulgar es un delito tanto más difícil es resolverlo. Sin embargo, en el caso actual parece que existen evidencias muy serias en contra del hijo de la persona asesinada.

-¿Se trata de un asesinato, entonces?

-Por lo menos así se conjetura. No doy nada por sentado hasta que haya tenido la oportunidad de examinar personalmente el asunto. Se lo explicaré en pocas palabras, según los datos que poseo. El valle de Boscombe es una zona campestre, no muy distante de Ross, en el Herefordshire. El principal terrateniente es un tal John Turner, que ganó dinero en Australia y regresó hace algunos años. Una de las granjas de su propiedad, la de Hatherley, la arrendaba al señor Charles McCarthy, quien también pasó un tiempo en Australia. Los dos se habían conocido en las colonias, por lo que era lógico que, al venir a instalarse aquí, vivieran lo más cerca posible uno del otro. A primera vista, el más rico era Turner, por lo que McCarthy pasó a depender de él aunque, según parece, ambos siguieron en pie de perfecta igualdad y se los solía ver juntos con mucha frecuencia. Los dos habían enviudado. McCarthy tenía un hijo, un muchacho de dieciocho años, y Turner tiene una hija única de la misma edad. Parece que los dos hombres evitaban el trato de las familias inglesas de la zona y llevaban una vida retirada, si bien los dos McCarthy era aficionados al deporte, viéndoseles a menudo en las carreras de caballos de la vecindad. McCarthy tenía dos criados, un hombre y una muchacha. Turner poseía abundante servidumbre, por lo menos una media docena de personas. Eso es cuanto he podido saber de las dos familias. Ahora veamos los hechos. El 3 de junio, o sea el lunes pasado, McCarthy salió de su casa de Hatherley a eso de las tres de la tarde y se dirigió a la laguna de Boscombe, un pequeño lago, formado por las aguas que se desbordan del arroyo que recorre el valle. Había salido por la mañana con su criado y díchole que debía darse prisa pues estaba citado a las tres para una entrevista importante, De esa cita no regresó con vida.

“Desde la granja de Hatherley hasta la laguna de Boscombe hay un cuarto de milla y dos personas lo vieron pasar por ese camino. Una de ellas es una anciana, cuyo nombre no se menciona, y la otra William Crowder, guarda de caza al servicio del señor Turner. Los dos declararon que el señor McCarthy caminaba solo. El guarda agrega que, minutos después de haber visto pasar a McCarthy, notó que su hijo, James McCarthy, se dirigía en la misma dirección, con una escopeta bajo el brazo. Según Crowder, el padre estaba al alcance de la vista y el hijo lo seguía. No pensó más en el asunto hasta que oyó, por la noche, la tragedia que había ocurrido. Inclusive hubo quienes vieron al padre y al hijo después que el guarda de caza los perdió de vista. La laguna de Boscombe está rodeada por una espesa foresta, con una franja de pasto y juncos en la orilla. Una niña de catorce años, llamada Patience Moran, hija del cuidador de la finca de Boscombe, se encontraba en uno de los bosques recogiendo flores. De acuerdo con su declaración, mientras se hallaba en ese lugar, vio al señor McCarthy y a su hijo al borde del bosque, junto al lago, y que los dos, según le pareció, estaban disputando violentamente. Por lo que pudo oír, el señor McCarthy usaba un lenguaje muy rudo con el hijo, y la niña vio a este último levantar la mano como si fuera a pegar al padre. Se asustó tanto que salió

huyendo, hacia su casa, para contarle a su madre que había dejado a los dos McCarthy riñendo cerca de la laguna y que temía que fueran a pelearse. No bien acabó de decir estas palabras cuando apareció el joven McCarthy y dijo que había encontrado muerto a su padre en el bosque y pedía ayuda al señor Moran, cuidador del pabellón de la finca. Estaba muy nervioso y no tenía la escopeta ni el sombrero. En la mano y en la manga derecha se veían manchas de sangre fresca. Partieron con él y hallaron el cadáver tendido en el pasto, cerca de la laguna. La cabeza había sido golpeada repetidas veces con un arma pesada y sin filo. Las heridas bien podían haber sido causadas con la culeta de la escopeta del hijo, y ésta fue hallada sobre el pasto a pocos pasos del cadáver. Dadas esas circunstancias se detuvo inmediatamente al joven y como en la investigación practicada el martes se dio el veredicto de "asesinato voluntario", el miércoles debió comparecer ante los magistrados de Ross, quienes transfirieron el caso a los tribunales para ser tratados en la próxima sesión. Estos son los hechos principales tal cual fueron expuestos ante las autoridades que intervienen en causas por asesinato.

-Difícilmente podría imaginarme yo un caso más complicado -observé-. Nunca una prueba circunstancial apunta en forma tan directa a un criminal como en éste.

-La prueba circunstancial es algo muy engañoso -contestó Holmes pensativo-. Puede que señale directamente a una cosa, pero si usted apunta hacia otra dirección encontrará, lo mismo, algo muy distinto. Hay que admitir, sin embargo, que el caso parece en extremo peligroso para el joven y es muy posible que de veras sea culpable. Hay algunas personas en la zona, entre ellas la señorita Turner, hija del terrateniente vecino, que creen en su inocencia y han llamado a Lestrade para que investigue el caso en su interés. Lestrade no ha podido resolverlo todavía y ésta es la razón por la que dos caballeros de edad mediana viajan ahora en dirección oeste a cincuenta millas por ahora en lugar de estar digiriendo tranquilamente el desayuno en sus respectivas casas.

-Los hechos son tan evidentes que la solución del caso le reportará poca fama a usted -le dije.

-No hay nada más engañador que un hecho evidente -me contestó riendo-. Además, tal vez tengamos la oportunidad de ver otros hechos evidentes que no le habrán resultado así al señor Lestrade. De sobra me conoce usted para creer que alardeo cuando digo que confirmaré o destruiré su teoría valiéndome de medios que él es totalmente incapaz de emplear e inclusive de comprender. Para citar el primer ejemplo que tengo a mano, percibo con claridad que la ventana de su dormitorio, Watson, está a su derecha y me pregunto si Lestrade se habría dado cuenta de algo tan evidente como eso.

-¿Cómo diablos...?

-Mi querido amigo, lo conozco a usted bien. Sé la pulcritud militar que lo caracteriza. Usted se afeita todas las mañanas y en esta época lo hace a la luz del día. Pero veo que el lado izquierdo de su cara está menos bien afeitado que el derecho, lo que significa que esa mejilla recibió menos luz que la otra. Lo digo a manera de ejemplo trivial de observación y deducción. En eso consiste mi oficio y es posible que pueda servirme de utilidad en la investigación que voy a llevar a cabo. En el informe policial hay uno o dos

puntos de menor importancia que valdrá la pena tener en cuenta.

-¿Cuáles son?

-Parece que el arresto del muchacho no se produjo en seguida sino después de haber regresado a la granja de Hatherley. Cuando el inspector le informó que estaba detenido manifestó que la noticia no lo sorprendía y que, en realidad, era lo que se merecía. Esta declaración produjo el efecto natural de alejar cualquier duda en los miembros del jurado.

-Eso fue una confesión -exclamé.

-No porque a continuación siguió una protesta de inocencia.

-La observación, por lo menos, fue sospechosa, pues remataba toda una serie de sucesos condenatorios.

-Por el contrario -dijo Holmes-, me parece que constituye el único punto luminoso entre tantos nubarrones. Por inocente que sea el joven, no creo que haya sido tan imbécil de no ver que las circunstancias se tornaban cada vez más adversas para él. De haberse mostrado sorprendido cuando lo detuvieron, o fingido indignación, tal actitud lo habría convertido en altamente sospechoso, pues su sorpresa o ira no habrían resultado naturales bajo esas circunstancias y hasta podrían haber sido la mejor actitud a tomar por parte de un hombre tan calculador. Su franco modo de proceder ante el evento sería una señal de su inocencia o de su firmeza y dominio de sí propio. En cuanto a su observación de que lo tenía merecido, también resulta lógica si recapacita usted que estuvo junto al cadáver de su padre y no queda duda alguna de que ese día olvidó sus deberes filiales hasta el punto de insolentarse de palabra y, según lo declarado por la niña -cuya exposición reviste tanta importancia-, hasta llegó a levantar la mano como para pegarle. Que él mismo se reprochara su conducta y se mostrara contrito me parecen signos de una mente sana más bien que de una culpable.

-Muchos han sido ahorcados con pruebas menos evidentes -observé.

-Es cierto, y muchos han sido ahorcados injustamente.

-¿Cuál es la declaración del muchacho sobre este asunto?

-Me temo que no sea muy alentadora para quienes están a su favor, si bien existen uno o dos puntos sugestivos. Aquí la tiene. Léala.

Del montón de diarios sacó un ejemplar del periódico de Hereford-shire, y dando vuelta una hoja señaló un párrafo en el que el desdichado joven daba su propio informe de lo ocurrido. Me instalé en el rincón del compartimiento y leí este pasaje:

"Luego fue llamado a declarar el señor James McCarthy, hijo único del muerto, quien manifestó lo siguiente: Estuve ausente de casa tres días, en Bristol, y acababa de regresar la mañana del lunes pasado, o sea el 3. Cuando llegué mi padre no estaba en

casa y la doncella me informó que había salido en coche hacia Ross con John Cobb, el caballerizo. Poco después de regresar oí las ruedas del vehículo en la explanada del patio y mirando a través de la ventana lo vi descender y salir rápidamente, sin saber en qué dirección iba. Tomé entonces la escopeta y me fui a pasear a la laguna de Boscombe, con la intención de visitar las conejeras que se encuentran del otro lado. En el camino vi a William Crowder, el guarda de caza, como ha declarado él en su exposición, pero se equivoca si cree que yo seguía a mi padre. No tenía la menor idea de que estaba delante de mí. Cuando me encontraba a unas cien yardas de la laguna oí el grito de ¡Cuii! que mi padre y yo usábamos por lo general para llamarnos. Me apresuré y lo vi de pie junto a la laguna. Pareció sorprenderse mucho al verme y me preguntó, con un tono bastante áspero, qué estaba haciendo yo ahí. La conversación subió de tono y casi llegamos a los golpes, pues mi padre tenía un carácter muy violento. Al ver que no podía controlarse lo dejé y regresé hacia la granja Hatherley. No había andado más que unas ciento cincuenta yardas cuando oí un grito espantoso a mis espaldas, lo que me hizo regresar corriendo. Encontré a mi padre agonizando en el suelo, con una profunda herida en la cabeza. Dejé caer mi escopeta y lo sostuve en mis brazos, pero murió casi en seguida. Me arrodillé junto a él unos minutos y luego me dirigí en busca del guarda del pabellón del señor Turner, pues su casa era la más próxima, con el fin de pedirle ayuda. Cuando regresé no había nadie junto a mi padre y no tengo la menor idea de quién puede haberle causado las heridas mortales. No era un hombre que se hacía querer pues su modo de ser era frío y altanero. Pero, que yo sepa, no tenía enemigos declarados. Eso es todo lo que sé del asunto.

OFICIAL INSPECTOR: ¿Le hizo su padre alguna declaración antes de morir?

TESTIGO: Musitó unas palabras pero sólo pude entender algo parecido a rat.

INSPECTOR: ¿Qué entendió usted por esa palabra?

TESTIGO: Para mí no tenía sentido alguno. Me pareció que estaba delirando.

INSPECTOR: ¿Cuál fue el motivo por el que usted y su padre riñeron?

TESTIGO: Preferiría no contestar.

INSPECTOR: Me veré obligado a insistir.

TESTIGO: Me resulta imposible decírselo. Puedo asegurarle que nada tiene que ver con la tragedia que ocurrió después.

INSPECTOR: Eso lo decidirá la justicia. No necesito explicarle que su negativa en contestar perjudicará su causa en gran medida en los futuros procedimientos que se realicen.

TESTIGO: A pesar de eso, rehuso contestar.

INSPECTOR: Tengo entendido que el grito de cuii era una señal establecida entre usted

y su padre, ¿verdad?

INSPECTOR: ¿Cómo es posible, entonces que su padre lo emitiera antes de verlo a usted e inclusive antes de que supiera que usted había regresado ya de Bristol?

TESTIGO: (Con gran confusión) No sé.

INSPECTOR: ¿No notó usted nada que le hiciera entrar en sospechas cuando regresó al oír el grito y encontrar a su padre mortalmente herido?

TESTIGO: Nada concreto.

INSPECTOR: ¿Qué quiere decir con eso?

TESTIGO: Cuando volví hacia donde se encontraba mi padre estaba tan perturbado y nervioso que lo único en lo que pensé fue en él. Con todo, tengo una vaga sensación de que al regresar corriendo vi una cosa en el suelo, a mi izquierda, algo que me pareció de color gris, una especie de chaqueta o de capa escocesa. Cuando me incorporé junto a mi padre miré alrededor, pero ya había desaparecido.

INSPECTOR: ¿Quiere decir que desapareció antes de que usted corriera en busca de socorro?

TESTIGO: Sí.

INSPECTOR: ¿Y no puede decir de qué se trataba?

TESTIGO: No, sólo tuve la sensación de que ahí había algo.

INSPECTOR: ¿A que distancia del cadáver?

TESTIGO: Aproximadamente unas doce yardas.

INSPECTOR: ¿Y a qué distancia de la orilla del bosque?

TESTIGO: Casi la misma.

INSPECTOR: Por lo tanto, si alguien la quitó de ese lugar el hecho debió de ocurrir cuando usted se encontraba a la distancia de unas doce yardas, ¿verdad?

TESTIGO: Sí, pero vuelto de espaldas."

Con esto se dio por terminado el interrogatorio del testigo.

-Por lo que veo -dije echando un vistazo a la columna-, el inspector estuvo bastante severo con el joven McCarthy en sus observaciones finales Con toda razón le llamó la atención respecto a la discrepancia entre el hecho de haberle dado su padre la señal convenida antes de verlo; en su negativa por suministrar los detalles de su conversación,

y en las misteriosas palabras que pronunció e! moribundo. Como observa el inspector, todo ello va en contra del hijo

Holmes rió suavemente por lo bajo y se recostó sobre el asiento acolchado, diciéndome:

-Tanto usted como el inspector se han tomado el trabajo de señalar los puntos más fuertes en favor del joven, ¿Se da cuenta de que unas veces le conceden demasiada imaginación y otras muy poca? Muy poca si no fue capaz de inventar un motivo de disputa que atrajera sobre él la simpatía del jurado; demasiado, si de lo hondo de su conciencia sólo pudo sacar algo tan rebuscado como la referencia del moribundo a una rata, rat, y el episodio de la capa o chaqueta que desapareció sola. No, señor, yo enfocaré este caso desde el punto de vista de que lo dicho por el joven es verdad. Luego veremos adonde nos lleva esta hipótesis. Y basta por ahora. Aquí tengo mi Petrarca de bolsillo. No diré una sola palabra más hasta que estemos en el lugar de la acción. Almorzaremos en Swindon y, por lo que veo, ya estamos a veinte minutos de esa estación.

Eran casi las cuatro cuando, después de haber pasado por el bello valle de Stroud y atravesado el ancho y resplandeciente Severn, llegamos por fin a la bonita población campesina de Ross. Nos esperaba en el andén un hombre flaco, de aspecto de hurón y mirada furtiva y taimada. Pese a su guardapolvo de color castaño y polainas de cuero que se había puesto como deferencia al rústico lugar, no tuve dificultad alguna de reconocer en él a Lestrade, de Scotland Yard. Nos dirigimos con él en un coche hasta El Escudo, de Hereford, donde se nos había reservado una habitación.

-He pedido un carruaje -dijo Lestrade cuando nos sentamos a beber una taza de té-. Conozco su carácter enérgico y sé que no quedará satisfecho hasta no encontrarse en el lugar del crimen.

-Ha sido muy atento de su parte -contestó Holmes-. Se trata sólo de la presión barométrica.

-No entiendo qué quiere decir con ello -dijo Lestrade, perplejo.

-¿Cuánto marca el barómetro? Veintinueve, según veo. No sopla el viento y no se ve una nube en el cielo. Traje una caja de cigarrillos, que están pidiendo que los fumemos, y el sofá es muy superior a los que suelen verse en los abominables hoteles de campo. No creo que utilice el carruaje esta noche.

Lestrade se rió con indulgencia, y agregó:

-Sin duda ya se ha formado usted sus conclusiones a través de los periódicos. El caso es tan claro como el agua y cuánto más de cerca se lo ve tanto más sencillo aparece. Desde luego, es imposible rehusar el pedido de una dama, especialmente cuando ésta se muestra tan terminante. Ella había oído hablar de usted y quiere tener su opinión, por más que yo insistí varias veces en decirle que no habría nada que usted pudiera hacer que no lo hubiera hecho yo antes. ¡Pero qué veo! jAquí llega la dama en su coche!.

No bien terminó de decir esas palabras cuando se precipitó en la habitación una de las jóvenes más encantadoras que he visto en mi vida: brillantes ojos de color de las violetas; labios entreabiertos; mejillas de un suave color rosado, todo en ella mostraba que su natural reserva había sido vencida por la agitación y la preocupación.

-¡Oh! ¡Señor Sherlock Holmes! -exclamó, mirándonos a uno y otro, hasta que finalmente su intuición femenina dio con mi amigo-. Me siento muy feliz con su llegada. Vine expresamente a decirle que estoy segura de que James no cometió ese crimen. Lo sé y quiero que usted también comience su investigación con ese convencimiento. No dude de ello. Somos amigos desde niños y conozco sus defectos mejor que nadie. Pero es demasiado tierno y sería incapaz de hacerle daño a una mosca. La acusación que pesa sobre él es absurda para quien lo conozca.

-Confío en que todo se aclarará para bien de usted, señorita Turner -dijo Holmes-. En lo que a mí respecta, haré todo lo posible para probar la inocencia del joven McCarthy.

-Usted ha leído ya los informes. ¿Ha llegado a alguna conclusión? ¿Ve alguna escapatoria? ¿No cree también que es inocente?

-Creo que es muy probable que lo sea.

-¿Ha visto? -exclamó girando su cabeza y mirando en forma desafiante a Lestrade-. Ya lo oye. El señor Sherlock Holmes me da esperanzas.

Lestrade se encogió de hombros, diciendo:

-Temo que mi colega haya formulado sus conclusiones en forma precipitada.

-Pero tiene razón. ¡Oh! Sé que está en lo cierto. James no cometió ese crimen, y en cuanto a la disputa con el padre estoy segura de que el motivo que lo impulsa a no hablar de ello con el inspector es porque se trata de mí.

-¿En qué sentido? -preguntó Holmes.

-Creo que no es éste el momento de ocultar nada. James y su padre tuvieron muchos desacuerdos por mi culpa. El señor McCarthy tenía muchísimo interés en que nos casáramos. James y yo nos queríamos como hermanos, pero él es demasiado joven y no sabe mucho de la vida y... y..., pues bien, no deseaba casarse por ahora. Estoy convencida de que la discusión con su padre no fue más que una de las tantas por ese mismo motivo.

-¿Y su padre, señorita Turner, estaba en favor de esa unión? -preguntó Holmes.

- No, tampoco él era partidario. El único que no se mostraba contrario a nuestro casamiento era el señor McCarthy.

Un súbito rubor cubrió el semblante fresco de la joven cuando Holmes le dirigió una de

sus miradas penetrantes e interrogativas.

-Gracias por su información -agregó- ¿Podría yo ver a su padre mañana?

-Temo que el médico se lo impida.

-¿El médico?

-Sí, ¿no se ha enterado usted? En estos últimos años mi padre no se siente bien de salud y este suceso lo ha quebrantado por completo. Ahora está en cama. El doctor Willows dice que su estado es serio pues ha quedado con los nervios destrozados. El señor McCarthy era el único hombre, de los que conocieron a papá en sus viejos tiempos de Victoria, que todavía vivía.

- ¡Ah! ¡De Victoria! Es ese un dato importante.

-Sí, en las minas.

-Perfectamente, en las minas de oro, donde tengo entendido que el señor Turner hizo una fortuna.

-En efecto.

-Gracias, señorita Turner. Me ha prestado usted valiosa información.

-Si mañana tiene alguna noticia comuníquemela. Sin duda irá a la cárcel a ver a James. Si lo hace, dígale que estoy segura de su inocencia.

-Lo haré, señorita Turner.

-Ahora tengo que irme a casa. Como le dije, mi padre está muy enfermo y me extraña cuando lo dejo. Adiós y que el Señor lo ayude en su empresa.

Salió de la habitación en la misma forma impulsiva con que había entrado. Oímos el ruido del coche que se alejaba calle abajo.

-Estoy avergonzado de usted, Holmes -dijo Lestrade con dignidad después, de algunos minutos de silencio-. ¿Por qué le hace concebir esperanzas que usted mismo tendrá luego que derribar? Yo no tengo un corazón demasiado tierno, pero lo que hace me parece una crueldad.

-Creo que ya sé cuál es el camino para poner en libertad a James McCarthy -dijo Holmes-. ¿Tiene usted una orden para visitarlo en la prisión?

-Sí, pero sólo para usted y para mí.

-¿Tenemos aún tiempo de tomar el tren para Hereford y verlo esta noche?

-Más que suficiente.

-Vayamos, entonces, Watson; temo que para usted el tiempo pasará muy lentamente, pero sólo estaré ausente un par de horas.

Caminé con ellos hasta la estación y luego me dediqué a pasear por las calles del pueblito, y regresé por último al hotel, donde me tendí en el sofá y procuré entretenerme con una novela de intriga. Sin embargo, la endeble trama de mi lectura resultaba insignificante en comparación con el profundo misterio que nos rodeaba. Continuamente pasaba yo de la ficción a la realidad hasta que terminé por arrojarla a un rincón y me puse a recapacitar en los acontecimientos del día. Supongamos que el joven haya dicho la verdad; entonces, ¿qué hecho demoníaco, qué calamidad totalmente imprevista y extraordinaria ocurrió entre el momento en que se separó de su padre y aquel otro en que, atraído por los gritos de la víctima, llegó al borde de la laguna? ¿Qué pudo ser? ¿No descubrirán algo mis instintos de médico en la índole de las heridas? Tiré de la campanilla y pedí el periódico semanal del condado, donde figuraba el relato textual de la investigación. Según el informe del médico el tercio posterior del parietal izquierdo y la mitad izquierda del occipital presentaban una fractura causada por un arma sin filo. Me toqué en la cabeza ese lugar. Evidentemente, un golpe semejante debió de haber sido dado por detrás. Hasta cierto punto, aquello se presentaba favorable al acusado, pues cuando se lo vio discutiendo con el padre, los dos estaban frente a frente. Con todo, esa circunstancia no quería decir mucho pues pudiera haber ocurrido que el padre se hubiera dado vuelta antes de recibir el golpe. Pese a ello, valía la pena llamar la atención de Holmes en ese sentido. Después figuraba esa curiosa palabra rat. ¿Qué querría decir? No era posible atribuirla a que estuviera delirando. No es común que un hombre delire en esas circunstancias. No, lo más probable es que tratara de explicar quién lo había atacado. Pero, ¿por qué dijo esa palabra? Me devané los sesos en buscar de alguna explicación posible. A continuación se mencionaba el incidente de la prenda de color gris que vio el joven McCarthy. Si lo que dijo éste era verdad, entonces el asesino debió de perder alguna de sus ropas al huir, quizá el abrigo, y tuvo el coraje de volver a buscarlo cuando el hijo estaba arrodillado de espaldas a una distancia de no más de doce pasos. ¡Qué tejido de misterios e improbabilidades era todo el asunto! No me extrañaba la opinión de Lestrade pero, al mismo tiempo, tenía tanta fe en la perspicacia de Sherlock Holmes que no perdía la esperanza, pues cada hecho nuevo parecía reforzar su convencimiento de que el joven McCarthy era inocente.

Sherlock Holmes regresó tarde y vino solo pues Lestrade se hospedaba en la ciudad.

-El barómetro sigue todavía muy alto -observó al mismo tiempo que se sentaba-. Es importante que no llueva antes de que podamos llegar al lugar del hecho. Por otra parte, cuando se está frente a un trabajo como éste, conviene encontrarse en las mejores condiciones, y yo no quisiera ir ahora, cansado por el largo viaje que acabo de hacer. He visto al joven McCarthy.

-¿Y qué sacó de esa entrevista?

-Nada.

-¿No le arrojó ninguna luz sobre el asunto?

-Ninguna. Estuve por creer en un momento que sabía quién cometió el crimen y lo ocultaba, pero ahora estoy persuadido de que él está tan confundido como los demás. No es un muchacho muy despierto aunque bien parecido, y creo que de buen corazón.

-No puedo admirar los gustos del joven -comenté- si es cierto que no quería casarse con una muchacha tan encantadora como la señorita Turner.

-¡Ah! ¡Ahí es donde interviene una historia más bien penosa. El muchacho está locamente enamorado de ella, pero hace unos dos años, cuando no era casi más que un mocito y antes de volver a encontrarse con ella, pues la señorita Turner estuvo pupila cinco años en un colegio, ¿qué es lo que hace este idiota sino dejarse atrapar por una camarera de Bristol y casarse con ella en un registro civil? Nadie sabe una palabra del asunto, pero puede imaginarse cómo se siente él por haber cometido esa locura en un momento de arrebato. Y fue un arrebato de esa índole lo que lo impulsó a levantar las manos cuando su padre, en la última entrevista que tuvieron, lo azuzó para que se declarase a la señorita Turner. Por otra parte, no dispone de medios para mantenerse y su padre, que en todo sentido era un hombre duro, habría roto del todo con él si hubiese sabido la verdad. Fue con esa camarera con quien pasó en Bristol los últimos tres días, cosa que ignoraba el padre. Fíjese en ese detalle porque reviste importancia. Sin embargo, el mal ha producido un bien pues la camarera, al enterarse por los periódicos de que el joven está envuelto seriamente en un lío y es probable que lo ahorquen, ha roto definitivamente diciéndole que tiene ya un marido en los astilleros de las Bermudas, de modo que no existe entre ellos vínculo alguno. Me parece que esta pequeña noticia ha servido de consuelo al joven McCarthy por todo lo que ha sufrido.

-Pero si es inocente, ¿quién cometió el crimen?

-¡Ah! ¿Quién? Quiero llamar muy especialmente su atención sobre dos puntos. El primero es que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en la laguna y este alguien no podía ser su hijo, porque el muchacho estaba lejos y el padre ignoraba cuándo volvería. El segundo es que la víctima oyó el grito de ¡Cuii! antes de saber que su hijo había vuelto. Esos son los dos puntos sobre los que depende el caso. Hablemos ahora de George Meredith1 si le parece bien, y dejemos para mañana todos los hechos de menor importancia.

Tal cual lo había pronosticado Holmes, no llovió y el día amaneció brillante y despejado. A las nueve nos vino a buscar Lestrade con el coche y partimos hacia la granja Hatherley y la laguna de Boscombe.

-Hay noticias serias esta mañana -observó Lestrade-. Se dice que el señor Turner está tan enfermo que se desespera de salvar su vida.

-Presumo que es un hombre de edad avanzada, ¿verdad? - preguntó Holmes.

-De unos sesenta años, pero su organismo se debilitó cuando vivió en el extranjero. De un tiempo a esta parte su salud ha decaído. Este asunto ha tenido un pésimo efecto sobre

él. Era un viejo amigo de McCarthy y, hasta puedo agregar, Turner ayudó muchísimo a McCarthy pues tengo entendido que le dio la granja Hatherley libre de rentas.

-¿De veras? ¡Qué interesante! -dijo Holmes.

-¡Oh, sí! Lo ayudó de cien maneras distintas. Todo el mundo habla aquí de lo bueno que era con él.

-¿Y no le parece a usted un poco raro que este McCarthy, que poseía tan poco y estaba tan obligado con Turner, persistiese en casar a su hijo con la hija de Turner, la cual como es de suponer, heredará la propiedad? ¿Cómo es posible que planteara las cosas de modo que el hijo se declarara a la joven y lo demás siguiera su curso? El hecho resulta aún más extraño por cuanto sabemos que el mismo Turner se oponía a esa idea. En este sentido la hija nos ha ilustrado bastante. ¿No deduce nada de todo ello?

-Llegamos ya a las deducciones y las inferencias -dijo Lestrade, guiñándome el ojo-. Bastante trabajo me causa afrontar los hechos sin necesidad de ir en pos de teorías y fantasías.

-Tiene razón -dijo Holmes con fingida seriedad-. Bastante trabajo le dan a usted los hechos.

-De cualquier manera tengo uno que, según parece a usted le cuesta mucho encontrar -contestó Lestrade acalorado

-¿Y es...?

-Que el señor McCarthy padre fue asesinado por el señor McCarthy hijo y todas las teorías en contrario no son más que fantasías de un lunático.

-Pues verá usted, la luna brilla más que la niebla -dijo Holmes, riéndose- Pero, si no me equivoco, eso que está a la izquierda es la granja Hatherley

-Efectivamente.

Era una casa amplia, de aspecto confortable, de dos pisos, con tejado de pizarra y grandes manchas amarillas de liquen en sus muros grises. Las cortinas corridas y las chimeneas sin humo le daban un aspecto extraño, como si pesara sobre ella todo el horror de lo que había acontecido. Llamamos a la puerta y la doncella, a pedido de Holmes, nos mostró las botas que llevaba su amo cuando lo mataron, además de otro par perteneciente al hijo, si bien no el que calzaba el día del crimen. Después de haberlas observado minuciosamente, Holmes quiso ir al corral y de ahí pasamos, atravesando un sendero sinuoso, a la laguna de Boscombe.

Sherlock Holmes, como ocurría cada vez que estaba frente a hechos nuevos, se transformó. Quienes sólo conocían al tranquilo pensador y razonador de Baker Street, difícilmente lo habrían reconocido. Su cara se encendía por momentos y en otros se ensombrecía. Sus cejas se apretaban en dos líneas duras y negras por debajo de las

cuales brillaban sus ojos con destellos de acero. Inclinaba la cara hacia el suelo, arqueaba los hombros, comprimía los labios y en su cuello largo y tenso sobresalían las venas como cuerdas de un látigo. Las ventanas de su nariz parecían dilatarse con un placer por la caza puramente animal y su mente estaba tan concentrada en el problema que tenía delante, que a cualquier pregunta u observación que se le hiciera no le prestaba la menor atención o, en el mejor de los casos, sólo provocaba en él un ligero e impaciente gruñido a modo de respuesta. Avanzó rápida y silenciosamente a lo largo del sendero que corría entre las praderas el cual, después de atravesar los árboles, desembocaba en la laguna de Boscombe. Como toda la región, era esa una zona húmeda y pantanosa y se veían huellas de muchos pies, tanto en el sendero como en el pasto corto que había a ambos lados de éste. Por momentos Holmes se apresuraba; otros se paraba en seco y en una oportunidad hizo un pequeño rodeo por el interior de la pradera. Lestrade y yo caminábamos detrás; el detective, con una actitud indiferente y desdeñosa, mientras yo observaba a mi amigo convencido de que cada uno de sus movimientos se dirigía a un fin preciso.

La laguna de Boscombe, una pequeña extensión de agua, de unas cincuenta yardas, rodeada de un cañaveral, se hallaba entre los límites que separaban la granja Hatherley y el parque privado del acaudalado señor Turner. Por encima de los bosques lejanos se veían los rojos y sobresalientes pináculos de la residencia del rico propietario. En el lado de la laguna correspondiente a Hatherley, los árboles se espesaban y había un estrecho cinturón de hierbas empapada, de unos veinte pasos, que se extendía entre el borde del bosque y el cañaveral junto al lago. Lestrade nos mostró el lugar exacto donde se encontró el cadáver; el terreno estaba tan húmedo que vi con toda nitidez las huellas que habían quedado al caer el hombre asesinado. Como pude darme cuenta por la expresión ansiosa y la mirada penetrante de Holmes, había muchas cosas más que se podían leer en esa hierba pisoteada. Corrió de un lado a otro, como un perro que persigue un determinado olor, y luego se volvió hacia mi acompañante.

-¿Por qué se metió en la laguna? -le preguntó.

-Estuve pescando con un rastrillo. Pensé que acaso hubiera un arma u otras huellas. Pero ¿cómo diablos...?

-Bueno..., bueno..., no tengo tiempo. Por todas partes veo las huellas que ha dejado su pie izquierdo. Son inconfundibles porque presentan un ligero retorcimiento hacia adentro. Hasta un topo podría seguirlas... Ahí desaparecen entre los juncos. ¡Oh! ¡Cuánto más sencillo habría sido todo si yo hubiera llegado antes de que pasara esa manada de búfalos que ha pisoteado todo cuanto hay! Por aquí vino el grupo que acompañaba al guarda del pabellón. Se ven las huellas en una extensión de seis u ocho pies alrededor de donde estaba el cadáver. Aquí hay tres del mismo pie.

Sacó la lupa y, a fin de observar mejor, se tendió sobre su impermeable hablando más consigo mismo que con nosotros.

-Estas marcas pertenecen a los pies del joven McCarthy. Caminó dos veces y en otra corrió a toda velocidad. Se nota porque han quedado bien impresas las huellas de las suelas y apenas se ven las de los tacones. Esto da fe de su declaración. Corrió al ver a su

padre en el suelo. Aquí se ven las pisadas del padre cuando se paseaba de un lado a otro. Y esto... ¿qué es, entonces? Es la culata de la escopeta, cuando el hijo estaba de pie, escuchando. ¿Y esto? ¡Ajá! ¿Qué vemos aquí? Huellas de alguien que caminaba en puntas de pie. Pero las botas no son nada comunes; tienen la puntera cuadrada. Vienen..., van..., vuelven otra vez... Por supuesto, era para buscar la capa. Ahora bien, ¿de dónde vienen?

Holmes corría en varias direcciones; a veces perdía la pista, otras volvía a encontrarla, hasta que llegamos al borde del bosque, a la sombra de una gran haya, el árbol más voluminoso del lugar. Holmes siguió la huella hasta el extremo más alejado del árbol y se tendió una vez más profiriendo un gritito de satisfacción. Permaneció allí un rato largo, dando vuelta las hojas y los palos secos, recogiendo de un sobre lo que a mí me pareció polvo, examinando con la lupa no sólo el terreno sino la corteza del árbol hasta donde podía alcanzarlo. Examinó también una piedra mellada que encontró entre el musgo, y se la guardó. Luego siguió por un sendero del bosque hasta llegar a la carretera, donde se perdían las huellas por completo.

-El caso es sumamente interesante -observó recuperando su tono habitual-. Me imagino que esa casa gris, a la derecha, es el pabellón. Voy a ir para hablar unas palabras con Moran y tal vez escriba una carta. Después de eso, iremos en coche a almorzar. Vayan hasta el cab, que yo me reuniré en seguida con ustedes.

Demoramos unos diez minutos hasta llegar al coche, el cual nos condujo de vuelta a Ross. Holmes llevaba consigo la piedra que había recogido en el bosque.

-Acaso le interese esto, Lestrade -comentó, mostrándole la piedra-. Con ella se cometió el crimen.

-No veo ninguna marca.

-No las tiene.

-Entonces, ¿cómo lo sabe?

-Debajo de ella crecía aún la hierba; por lo tanto, hacía pocos días que estaba ahí. No había señal alguna del lugar donde fue recogida. Dada la naturaleza de las heridas, fue con una piedra así que se cometió el crimen. Además, no hay rastros de otra arma.

-¿Y el asesino?

-Es un hombre alto, zurdo, cojea del pie derecho, calza botas de caza de suela gruesa, usa capa gris, fuma cigarros de la India y lo hace con boquilla y lleva en el bolsillo un cortaplumas sin filo. Hay otras señales, pero éstas tal vez basten para nuestra pesquisa.

Lestrade lanzó una carcajada, y dijo:

-Sigo siendo incrédulo. Todas las teorías son buenas, pero nosotros tenemos que

enfrentarnos con un jurado británico testarudo.

-Nous verrons -contestó con calma Holmes-. Siga usted sus propios métodos y yo seguiré los míos. Estaré ocupado esta tarde y posiblemente regrese a Londres en el tren de la noche.

-¿Y va a dejar el caso inconcluso?

-No, terminado.

-¿Y el misterio?

-Está resuelto.

-¿Quién es el asesino, entonces?

-El caballero que acabo de describir.

-Pero ¿quién es?

-No le será difícil averiguarlo, por supuesto. La zona no está muy poblada.

Lestrade se encogió de hombros y dijo:

-Soy un hombre práctico y no puedo andar por toda la comarca buscando un zurdo que cojea de una pierna. Me convertiría en el hazmerreír de Scotland Yard.

-Muy bien -respondió tranquilamente Holmes-. Le he dado la oportunidad. Hemos negado a su albergue. Adiós. Le escribiré una nota antes de irme.

Después de dejar a Lestrade en sus habitaciones, nos fuimos en coche a nuestro hotel, donde ya estaba servido el almuerzo. Holmes permaneció en silencio hundido en sus pensamientos, con una expresión de pena en la cara como quien está frente a una situación que lo ha dejado perplejo.

Cuando levantaron el mantel me dijo:

-Veamos, Watson siéntese en esta silla y permítame que le predique un poco. No sé exactamente qué hacer y su consejo me será de gran ayuda. Encienda un cigarro y déjeme que le explique.

-Se lo ruego, por favor.

-Bien, al considerar este caso hay dos puntos acerca de lo dicho por el joven McCarthy que me sorprendieron, si bien a mí me impresionaron a favor de él y a usted en su contra. Uno era el hecho de que su padre diera el grito de ¡Cuií! antes de haberlo visto. El otro fue esa extraña palabra, rat, que pronunció el moribundo, Musitó otras, como usted comprende, pero ésa fue la única que oyó el hijo. Ahora bien; nuestras

investigaciones deben comenzar a partir de estos dos puntos, y es de suponer que lo declarado por el muchacho es absolutamente cierto.

-¿Qué hay, pues, de ese ¡cuií!?

-Evidentemente, no estaba dirigido al hijo pues, según creía el padre, aquél se encontraba en Bristol. Fue una mera casualidad que llegara a oídos del muchacho. El grito fue pronunciado con el fin de atraer la atención de la persona con quien el señor McCarthy se había citado. Es un grito característico de los habitantes de Australia. Existe la fuerte presunción de que a quien esperaba McCarthy en la laguna de Boscombe era alguien que había estado en Australia.

-¿Y qué hay de esa palabra rat, entonces?

Sherlock Holmes sacó de su bolsillo, un papel plegado y lo desdobló sobre la mesa, diciendo:

-Este es el mapa de la colonia de Victoria. Telegrafié anoche a Bristol y pedí que me envíen uno.

Puso una mano en una parte del mapa y me preguntó:

-¿Qué lee?

- "Rat" -contesté.

Y luego, levantando la mano:

-Y ahora, ¿qué lee?

-"Ballarat".

-Perfectamente. Esa fue la palabra que pronunció el hombre, sólo que el hijo oyó la última sílaba. Intentaba decir el nombre de su asesino: Fulano de Tal, de Ballarat.

-¡Maravillo! -exclamé.

-Es evidente. Ya ve; lo que he hecho es ir reduciendo cada vez más el campo. La posesión de una prenda de vestir de color gris era un tercer punto, dando por sentado que lo dicho por el hijo era cierto. Con ello pasamos de lo vago a la noción concreta de un australiano de Ballarat con una capa gris.

-Por supuesto.

-Y que se mueve en esta región como en su propia casa, pues sólo se puede llegar a la laguna por la granja o por la finca, lugares por los que es difícil que caminen extraños.

-Ciertamente.

-Vayamos entonces a nuestra expedición de hoy. Del examen que hice del terreno, saqué los insignificantes detalles que le di a Lestrade, en lo que a la personalidad del asesino se refiere.

- Pero, ¿cómo los obtuvo?

-Conoce usted mi método. Se funda en la observación de minucias.

-La altura pudo usted calcularla aproximadamente por el ancho de los pasos. También pudo deducir las botas que usaba por las huellas que dejó impresas en el suelo.

-Sí, eran unas botas muy especiales.

-Pero, ¿y su cojera?

-Las huellas del pie derecho se notaban menos que las del izquierdo, lo que significaba que se apoyaba sobre ese pie con menos peso. ¿Por qué? Pues porque era cojo

-¿Y cómo dedujo que era zurdo?

-A usted mismo lo sorprendió la índole de la herida, de acuerdo con el informe suministrado por el cirujano en la investigación. El golpe fue dado de cerca y por detrás, sobre el lado izquierdo. ¿Cómo podría haber sido así de no ser zurdo el atacante? El asesino se mantuvo oculto detrás del árbol mientras duró la entrevista entre padre e hijo. Inclusive fumó durante ese lapso. Encontré ceniza de un cigarro. Con mi especial conocimiento sobre tabacos, pude establecer que se trataba de un cigarro de la India. Como usted sabe, he dedicado cierta atención a este asunto y escrito una breve monografía sobre las cenizas de unas ciento cuarenta variedades diferentes de tabaco para pipa, cigarros y cigarrillos. Después de haber encontrado la ceniza me fijé alrededor y descubrí la colilla que había arrojado. Se trataba de un cigarro de la India, de la variedad que se prepara en Rotterdam.

-¿Y lo de la boquilla?

-Vi que el asesino no se había puesto el cigarro en la boca; por lo tanto, usaba boquilla, la punta había sido cortada, pero el corte era disparejo, por lo que deduje que el cortaplumas no estaba afilado.

-Holmes -le dijo-, ha tejido usted una red en torno de este hombre, de la que no podrá escapar, y ha salvado una vida inocente. Es como si hubiera cortado la cuerda con la que iban a ahorcarle. Ya veo en qué dirección apunta todo esto: el culpable es...

-El señor John Turner -anunció el camarero abriendo la puerta de nuestro cuarto de estar y haciendo pasar al visitante.

El hombre que entró presentaba un aspecto extraño e impresionante. Su paso, lento y

renqueante, y sus hombros arqueados daban la sensación de decrepitud. Sin embargo, las líneas de la cara, profundas y duras, y sus enormes miembros denotaban que poseía una fortaleza poco común tanto en lo físico como en su carácter. La barba enmarañada, la cabellera canosa y las cejas abundantes le daban un aspecto de dignidad y fuerza, pero la cara era de un blanco ceniciento mientras que los labios y los ángulos de las ventanas de su nariz adquirían un tono azulado. A simple vista me di cuenta de que el hombre estaba atacado por una enfermedad crónica y mortal.

-Por favor, siéntese en el sofá -dijo gentilmente Holmes-. ¿Recibió mi nota?

-Sí, me la trajo el guarda del pabellón. Me decía usted que quería verme aquí para evitar el escándalo.

-Supuse que daría que hablar a la gente si yo iba a su casa.

-¿Para qué desea verme?

Miró a mi compañero con una expresión de desesperanza en sus ojos fatigados, como si su pregunta ya estuviese contestada.

-Sí -dijo Holmes, respondiendo más la mirada que las palabras-. Así es. Sé todo lo que se refiere a McCarthy.

El anciano hundió la cara en las manos, exclamando:

-¡Qué Dios me ayude! Pero de ninguna manera habría permitido yo que le ocurriera daño alguno al joven. Le doy mi palabra de que habría confesado todo si el jurado lo hubiera declarado culpable.

-Me alegra oírle decir eso -agregó Holmes en forma severa.

-Habría hablado ahora mismo de no haber sido por mi hija querida. Le destrozaría el corazón saber que he sido detenido.

-Tal vez no llegue a eso -dijo Holmes.

-¿Cómo?

-No soy un funcionario policial. Entiendo que fue su hija quien requirió mi presencia en este lugar y actuó según sus intereses. Empero, el joven McCarthy debe ser puesto en libertad.

-Soy un moribundo -dijo el anciano Turner-. Durante años he sufrido de diabetes. Mi médico dice que a lo sumo viviré un mes más, pero preferiría morir bajo mi propio techo antes que en la cárcel.

Holmes se incorporó y se sentó a la mesa con la pluma en la mano y un rollo de papeles

delante.

-Cuéntenos la verdad -dijo-. Yo anotaré los hechos. Usted firmará y Watson, aquí presente, actuará de testigo. En último caso mostraré su confesión para salvar al joven McCarthy. Le prometo que no haré uso de ella a menos que sea absolutamente necesario.

-De acuerdo -dijo el anciano-. Se trata de saber si yo viviré hasta que se reúna el jurado, de modo que para mí reviste poca importancia, pero quisiera ahorrarle a Alicia ese dolor. Ahora voy a aclararle todo. Me llevó mucho tiempo llevarlo a cabo, pero no necesitaré tanto para contarlo. Usted no conoció al muerto, a ese McCarthy. Era la personificación del demonio, se lo aseguro. Dios lo libre de caer bajo las garras de un hombre como él. Me tuvo bajo su poder en estos últimos veinte años y arruinó mi vida. Le diré primero cómo caí bajo sus garras. Ocurrió en los primeros años de la década 1860-1870, en las excavaciones mineras. Entonces era yo joven inquiete y de sangre ardiente, dispuesto a cualquier cosa. Caí en malas compañías, me dediqué a la bebida, no tuve suerte con los reclamos que efectué en las minas, me largué al monte y, en una palabra, me convertí en lo que usted llamaría un salteador de caminos. Conmigo había cinco más y llevábamos una vida libre y salvaje, asaltando de tanto en tanto una granja de ovejas o deteniendo los vagones que iban a las minas Tomé el nombre de Jack de Ballarat y todavía se acuerdan en la colonia de la banda de Ballarat. Un día nos enteramos que venía de Melbourne a Ballarat un convoy cargado de oro y nos mantuvimos al acecho para atacarlo. La escolta estaba integrada por seis hombres a caballo y como nosotros también éramos seis, estábamos en igualdad de condiciones, A la primera descarga derribamos a cuatro, si bien murieron tres de nosotros antes de apoderarnos del botín. Coloqué la boca de mi pistola en la cabeza del hombre que conducía el vagón, que era ese mismo McCarthy. ¡Ojalá hubiera disparado contra él en ese momento! Le perdoné la vida, pero vi cómo clavaba sus ojos perversos en mi cara como queriendo recordar cada uno de mis rasgos. Huimos con el oro, nos convertimos en hombres ricos y regresamos a Inglaterra sin despertar sospechas. Cuando llegamos, me despedí de mis viejos compinches y decidí llevar una vida tranquila y respetable. Compré esta propiedad, que por casualidad estaba en venta, y me dediqué a hacer algunas buenas obras con mi dinero, a modo de reparación por el modo con que lo había obtenido. Me casé y, aunque mi mujer murió joven, me dejó a mi querida y pequeña Alicia. Cuando era aún bebé, su manecita parecía señalarme el camino recto que debía seguir, como nada hasta ese momento me lo había indicado. En una palabra, di vuelta la hoja y procuré rehacer mi pasado. Todo marchaba bien hasta que McCarthy puso sus garras sobre mí. Había ido a la ciudad para arreglar una operación monetaria cuando lo encontré en Regent Street, vestido y calzado miserablemente. "Aquí nos tienes, Jack - me dijo, tocándome el brazo-. Seremos como de tu familia. Somos dos, mi hijo y yo, y puedes mantenernos. De lo contrario... Inglaterra es un hermoso país, respetuoso de la ley y siempre hay un vigilante al alcance de la voz". Así fue como vinieron a esta zona y no hubo medios de sacármelos de encima. Desde entonces vivieron en mis mejores tierras sin pagar arrendamiento. Ya no hubo descanso, ni paz ni olvido para mí. Hacia cualquier parte que fuera ahí estaba su cara astuta y su falsa risa. Las cosas empeoraron cuando Alicia creció, pues se dio cuenta de que yo tenía más miedo de que ella conociera mi pasado que la policía. Debía entregarle todo lo que me pedía sin discutir: tierras, dinero, casas, hasta que por último me pidió algo que no podía concederle. Me

pidió a Alicia. El hijo de él al igual que mi hija, habían crecido, y como sabía que mi salud era débil, le pareció un golpe espléndido que el muchacho entrara en posesión de toda la propiedad. Pero en ese sentido me mantuve firme. De ninguna manera habría permitido que su casta maldita se mezclara con la de los míos. No es que me disgustara el muchacho, pero por sus venas corría la misma sangre que por las del padre y eso me bastaba. Pese a mi firmeza, McCarthy comenzó a amenazarme. Lo desafié a que recurriera a los peores medios. Teníamos que encontrarnos en la laguna a mitad del camino entre nuestras respectivas casas, para hablar del asunto. Cuando llegué lo vi conversando con su hijo. Encendí un cigarro y esperé detrás de un árbol hasta que el muchacho se fuera. Pero al escuchar lo que decía, toda mi amargura salió a la superficie. Instó a su hijo para que se casara con mi hija, con tan poca consideración por lo que pudiera pensar ella como si se tratara de una mujer de la calle. Perdí la razón al pensar que todo lo que para mí era más querido estaba a merced de semejante hombre ¿Cómo podría romper los lazos que me ataban a él? Yo era un hombre moribundo y desesperado. Aunque conservaba aún mi lucidez mental y tenía bastante vigor físico, sabía que mi destino estaba sellado. ¡Pero mi hija y mi nombre! Podía salvar a ambos si conseguía silenciar esa lengua maldita. Y lo hice, señor Holmes, y lo volvería a hacer otra vez. Por más pecados que haya cometido, he llevado una vida de mártir para expiarlos. Pero de sólo pensar que mi hija se viese envuelta en la misma maraña que me atrapó a mí era más de lo que podía soportar. No sentí más remordimiento cuando lo derribé de un golpe del que habría experimentado al matar a una bestia feroz y venenosa. El grito que profirió hizo que regresara el hijo, pero yo me había ocultado ya en el bosque, aunque me vi obligado a volver para buscar la capa que se me había caído en la huida. Esta es, señores, la verdad de todo lo que ocurrió.

-No me toca a mí juzgarlo -dijo Holmes mientras el anciano firmaba la declaración-. Quiera Dios que nunca nos veamos expuestos a semejante tentación.

-Lo mismo digo, señor. ¿Qué piensa hacer ahora?

-Nada, teniendo en cuenta su salud. Usted mismo sabe que pronto deberá responder por sus hechos ante un tribunal más alto que el jurado. Conservaré su confesión, y si McCarthy resulta condenado, me veré obligado a servirme de ella. De lo contrario, jamás ningún mortal la verá. En cuanto a su secreto, ya viva usted o después de muerto, estará seguro con nosotros.

-Adiós, entonces -dijo el anciano solemnemente-. Cuando les llegue la hora de la muerte, tendrán el consuelo de saber que dieron paz a este moribundo.

El anciano salió lentamente de la habitación. Los temblores sacudían su cuerpo de gigante.

-¡Dios, nos ayude! -exclamó Holmes, después de un largo silencio-. ¿Por qué el destino nos juega tales tretas a nosotros, pobres gusanos indefensos? No puedo oír hablar de casos como éste sin recordar las palabras de Baxter: “Ahí va Sherlock Holmes, pero sólo por la gracia de Dios”.

El jurado absolvió a James McCarthy basándose en las objeciones que Holmes sometió

a consideración del abogado defensor. El anciano Turner vivió aún siete meses más después de nuestra entrevista, pero ha muerto ya. Y es casi seguro de que el hijo y la hija de los principales personajes de esta historia vivan juntos y felices, ignorantes de la negra nube que ensombrece su pasado.

sv

El pabellón de Wisteria

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

CAPÍTULO 1

EL EXTRAÑO SUCESO OCURRIDO A MISTER JOHN SCOUT ECCLES

El hecho ocurrió, según consta en mi libro de notas, en un día crudo y ventoso, a fines de marzo del año 1892. Estando sentados a la mesa y almorzando, recibió Holmes un telegrama y garabateó en el acto la contestación. No hubo ningún comentario, pero el asunto aquel no se apartó de sus pensamientos, porque, después de almorzar, se situó de pie delante del fuego, con expresión meditabunda, fumando su pipa, y volviendo a leer de cuando en cuando el mensaje. De pronto se volvió hacia mí con unos ojos en que brillaba una mirada maliciosa:

-Escuche, Watson: creo que podemos considerarlo a usted como hombre de letras. ¿Qué definición daría usted a la palabra «grotesco»?

-La de cosa rara, fuera de lo normal -apunté yo.

Al oír esta definición movió negativamente la cabeza.

-Seguramente que abarca algo más que eso; algo que lleva dentro de sí una sugerencia de cosa trágica y terrible. Si usted repasa mentalmente alguno de esos relatos con los que ha martirizado a un público por demás paciente, se dará cuenta de que lo grotesco se convirtió con frecuencia en criminal en cuanto se ahondó en el asunto.

»Recuerde el insignificante episodio de los pelirrojos. En sus comienzos fue cosa grotesca, pero al final se convirtió en una atrevida tentativa de robo. Y nada digamos de aquel otro episodio por demás grotesco de las cinco semillas de naranja, que desembocó en línea recta en un complot asesino. Esa palabra hace que yo me ponga en guardia.

-¿La tiene usted en el telegrama? -le pregunté.

Me lo leyó en voz alta:

“Me ha ocurrido un incidente increíble y grotesco. ¿Puedo consultar con usted?

Scout Eccles

Oficina de Correos Charing Cross.”

-¿Hombre o mujer? -le pregunté.

-Naturalmente que es un hombre. No hay mujer capaz de enviar un telegrama con la contestación pagada. Se habría presentado aquí sin más.

-¿Lo recibirá usted?

-Ya sabe usted, querido Watson, que desde que hicimos encerrar al coronel Carruthers estoy aburridísimo. Mi cerebro es como un motor en marcha, que se destroza porque no esta embragado a la máquina para la que fue construido. La vida es una cosa vulgar, los periódicos resultan estériles; lo audaz y novelesco desaparecieron, por lo visto, del mundo criminal. En estas condiciones, ¿cómo es posible que me pregunte si estoy dispuesto a ocuparme de un problema nuevo, por fútil que resulte? Pero, si no me equivoco, aquí tenemos a nuestro cliente.

Se oyeron unos pasos lentos en la escalera y, un momento después, se hizo pasar a la habitación a un hombre corpulento, alto, de patillas grises y aspecto solemne y respetable. En sus facciones graves y maneras pomposas estaba escrita la historia de su vida. Desde sus botines de paño hasta sus gafas de armazón de oro, era aquel hombre un miembro de partido conservador eclesiástico, buen ciudadano, ortodoxo y rutinario en el más alto grado. Pero algo asombroso había venido a perturbar su compostura natural, marcando sus huellas en los cabellos revueltos, en las mejillas encendidas e irritadas, en sus maneras inquietas y llenas de excitación. Se zambulló sin más en el asunto diciendo:

-Mister Holmes, me ha ocurrido algo de lo más extraordinario y desagradable. En toda mi vida no me he visto en situación semejante. Una situación por demás indecorosa, por demás ofensiva. No tengo más remedio que buscarle una explicación.

De irritado que estaba, tragó saliva y bufó.

-Tenga la amabilidad de sentarse mister Scout Eccles -le dijo Holmes en tono tranquilizador. Antes que nada, ¿puedo preguntarle como es que se ha dirigido a mí?

-Pues verá usted señor: el asunto no parecía como para llevarlo a la policía; pero, cuando usted se entere de los hechos, reconocerá que yo no podía dejar las cosas como estaban. Yo no abrigo la menor simpatía hacia los detectives particulares, considerados como una clase, pero como había oído hablar de usted…

-Perfectamente. Y ahora, en segundo lugar, le pregunto: ¿por qué no vino inmediatamente?

-¿Qué quiere usted decir con esas palabras?

Holmes miró su reloj.

-Son las dos y cuarto -dijo -. Su telegrama fue puesto a eso de la una. Pero basta mirar sus ropas y su cabeza para darse cuenta de que sus dificultades arrancaron el instante en que usted se despertó esta mañana.

Nuestro cliente alisó sus cabellos revueltos y se palpó la barbilla sin afeitar.

-Tiene razón, mister Holmes. Ni por un momento pensé en arreglarme. Lo que yo quería era salir a cualquier precio de esa casa. Pero antes de venir a usted he andado de un lado para otro haciendo averiguaciones, Fui a la agencia de alquileres y me contestaron que el señor García tenía pagados los de la casa hasta el día, y que todo estaba en orden en el pabellón Wisteria.

-Ea, ea, señor -exclamó Holmes, echándose a reír -. Se parece usted a mi amigo Watson, que acostumbra contar sus historias mal y en orden invertido. Por favor, ponga orden en sus pensamientos y expóngase en su debida secuencia los sucesos que le han impulsado a salir de casa sin peinarse ni arreglarse, con botas de paño y los botones del chaleco abrochados en ojales equivocados, para buscar consejo y ayuda.

Nuestro cliente bajó los ojos para contemplar con expresión lastimosa su extraordinaria apariencia exterior.

-Mister Holmes, estoy seguro de que produzco una impresión detestable, y no creo que en toda mi vida me haya ocurrido hasta ahora cosa semejante. Voy a contarle el rarísimo suceso y no me cabe la menor duda de que, cuando haya terminado, reconocerá usted que ha habido motivo suficiente para disculparme.

Pero el relato quedó cortado en flor. Se oye fuera mucho ajetreo y mistress Hudson abrió la puerta para dar la entrada en la habitación a dos individuos robustos y con aspecto de funcionarios públicos. Uno de ellos dos era bien conocido, por ser el inspector Gregson, de Scotland Yard; funcionario enérgico, valeroso y, dentro de sus límites, capaz. Cambió con Holmes un apretón de manos y presentó a su camarada, el inspector Baynes, de la Policía de Surrey.

-Hemos salido juntos a cazar, mister Holmes, y el humillo nos ha traído hacia aquí.

Volvió sus ojos de bulldog hacia nuestro visitante.

-¿Es usted mister John Scout Eccles, de Popham House, Lee?

-Sí, señor.

-Le venimos siguiendo en sus andanzas toda la mañana.

-Sin duda que lo situaron gracias al telegrama -dijo Holmes.

-Exactamente, mister Holmes. Le tomamos el humillo en la oficina de Correos de

Charing Cross y venimos hasta aquí.

-¿Y por qué me siguen? ¿Qué desean?

-Deseamos, mister Scout Eccles, que nos haga usted una declaración acerca de los hechos que desembocaron en la muerte de mister Aloysius García, del pabellón Wisteria, cerca de Esher.

Nuestro cliente se había erguido en su asiento con ojos desorbitados y sin el menor asomo de color en su cara asombrada.

-¿Muerto? ¿Dice usted que murió?

-Sí, señor; ha muerto.

-Pero, ¿cómo fue? ¿Quizá por accidente?

-Se trata de un asesinato, si en el mundo se ha cometido alguno.

-¡Santo Dios! ¡Es espantoso! ¿Me va a usted a decir…me va a usted a decir que se sospecha de mí?

-Al muerto se le encontró en el bolsillo una carta de usted, y por ella sabemos que usted había proyectado pasar la noche en su casa.

-Y en ella la pasé.

El policía sacó su cuaderno de notas, pero Sherlock Holmes le dijo:

-Espere un momento, Gregson. Lo que usted busca es un relato claro de lo ocurrido, ¿no es así?

-Y es deber mío prevenir a mister Scout Eccles que lo que él diga puede ser usado y empleado en contra suya.

-Cuando ustedes entraron, mister Eccles estaba a punto de contárnoslo todo. Watson, yo creo que un vaso de coñac con soda no le hará ningún mal. Y ahora, señor, yo le ruego a usted que, sin preocuparse de que su auditorio ha aumentado, prosiga con su narración, igual que si nadie le hubiera interrumpido.

Nuestro visitante se había echado de golpe el coñac, volviéndole los colores a la cara; después de dirigir una mirada recelosa al cuaderno del inspector, se lanzó resueltamente a su extraordinario relato:

-Soy soltero -dijo -y como mi temperamento es amigo de alternar, cultivo gran número de amistades. Cuéntese entre éstas las familias de un cervecero retirado que se apellida Malvilla y que vive en Albemarle Mansión, Kensigton. En su mesa conocí hace algunas semanas a un señor joven apellidado García. Me informaron que era hijo de padres

españoles y que tenía no sé qué cargo en la Embajada. Hablaba un inglés perfecto, era de maneras agradables y nunca he visto hombre mejor parecido.

»No sé cómo ocurrió, pero el hecho es que aquel joven y yo ligamos una fuerte amistad. Pareció que desde el primer momento se aficionaba a mí, y sin cumplirse los dos días de habernos conocido, vino a visitarme a Lee. De una cosa pasamos a la otra y él acabo por invitarme a pasar algunos días en su casa pabellón Wisteria, entre Esher y Oxshott. Para cumplir con el compromiso contraído me dirigí ayer por la tarde a Esher.

»Me había descrito su casa antes que yo fuese a ella. Residía con un criado fiel, un compatriota suyo, que atendía todas sus necesidades. Este individuo hablaba inglés y se encargaba de todos los menesteres de la casa. Tenía, además, un estupendo cocinero, según me dijo: era un mestizo con el que se había hecho en uno de sus viajes, y que era capaz de preparar excelentes comidas. Recuerdo que él mismo comentó que para vivir en el corazón de Surrey formaba una extraña familia, opinión con la que yo me manifesté conforme, aunque estaba lejos de pensar todo lo extraña que era.

»Me hice llevar en coche hasta la casa, que se hallaba a cosa de cuatro kilómetros de Esher por el lado Sur. La casa es de regular capacidad y se alza retirada de la carretera, desde la que se llega a ella por una avenida bordeada de arbustos perennes. El edificio es viejo, destartalado y en ruinas. Cuando el coche se detuvo delante de la puerta, llena de manchas y ronchas del tiempo, tuve mis dudas sobre si hacía bien en visitar a un hombre al que sólo conocía muy superficialmente. Sin embargo, él mismo fue quien abrió la puerta, recibiéndome con la más brillante cordialidad. Luego me puso en manos de su criado, individuo moreno y melancólico, que me llevó a mi dormitorio, encargándose de mi maleta. La atmósfera toda de la casa resultaba deprimente. Cenamos tête à tête, y aunque mi anfitrión hizo cuanto estuvo de su parte por mantener una conversación agradable, parecía como si sus pensamientos se le desmandasen constantemente y hablaba de un modo tan vago y arrebatado que apenas si yo le comprendía. Tamborileaba constantemente con los dedos en la mesa, se mordiscaba las uñas y daba otras señales de nerviosa impaciencia. La comida no fue ni bien servida ni estaba bien condimentada, y la sombría presencia del taciturno criado no contribuyó a alegrarla. Les aseguro a ustedes que anduve buscando muchas veces, en el transcurso de la velada, una excusa para regresar a Lee.

»Recuerdo en este momento otra cosa que quizá tenga importancia en relación con el asunto que ustedes dos, caballeros, están investigando. En aquel momento yo no le atribuí ninguna importancia, ya casi terminando la cena, el criado entregó una carta, y me fijé en que, después de leerla, mi anfitrión se mostró aún más distraído y raro que hasta entonces. Renunció ya a mantener ni siquiera una simulación de diálogo y permaneció en su silla, fumando incontables cigarrillos, ensimismado en sus propios pensamientos y sin hacer observación alguna acerca del texto de la carta. Me alegré cuando dieron las once, de poder retirarme a descansar. Algo más tarde se asomó García a mirar al interior de mi habitación, que estaba ya a oscuras, y me preguntó si había llamado yo a la campanilla. Le dije que no. Entonces él se disculpó por haberme molestado a una hora tan tardía, diciendo que era cerca de la una. Yo concilié el sueño acto seguido y dormí toda la noche profundamente.

»Y ahora llego a la parte asombrosa de mi historia. Cuando me desperté era pleno día. Miré mi reloj y eran cerca de las nueve. Yo había insistido en que me despertaran a las ocho, asombrándome mucho de aquel descuido. Salté de la cama y tiré de la campanilla para llamar al criado. Nadie contestó. Volví a llamar una y otra vez, siempre con idéntico resultado. Llegué entonces a la conclusión de que la campanilla estaba descompuesta. Me metí rápidamente en las ropas y me apresuré a bajar, muy malhumorado, para pedir agua caliente. Imagínese mi sorpresa al no encontrar a nadie en la casa. Llamé a gritos desde el vestíbulo. Nadie respondió. La noche anterior había indicado el dueño de la casa cuál era su dormitorio. Llamé, pues, a la puerta. La habitación estaba vacía y la cama no había sido tocada. También él se había marchado con los demás. ¡El dueño extranjero, el lacayo extranjero, el cocinero extranjero, habían desaparecido durante la noche! Así terminó mi visita al pabellón Wisteria.

Sherlock Holmes se frotaba las manos y gorgotireaba por lo bajo ente aquella ocasión de agregar tan extraño suceso a su colección de episodios extraordinarios. Y dijo al visitante:

-Buscando en mis recuerdos, lo que a usted le ha ocurrido constituye un caso único, ¿quiere decirme, señor, qué hizo usted entonces?

-Estaba furioso. La primera idea que se me ocurrió fue la de que había sido víctima de una broma. Empaqué mis cosas, cerré con estrépito la puerta del vestíbulo al salir y marché en dirección a Esher, cargado con mi maleta. Fui a la oficina de Allan Brothers, los agentes de alquileres más importantes del pueblo, y me encontré con que eran ellos quienes habían dado la casa en arriendo. Se me ocurrió que todo aquel enredo no podía tener por único objeto burlarse de mí, y que seguramente lo que sobre todo buscaba el señor García era largarse sin pagar la renta. Marzo va muy avanzado, de manera que pronto habrá que pagar el trimestre. Pero esta suposición resultó equivocada. Los agentes me dieron las gracias por mi advertencia, pero me informaron que la renta había sido pagada por adelantado. En vista de eso, vine a Londres y me encaminé a la Embajada Española. Aquel hombre era conocido allí. Acto seguido me trasladé a ver a Melvilla, en cuya casa me habían presentado a García, encontrándome con que él sabía aún menos que yo. Por último, al recibir su telegrama de contestación, me encaminé aquí, por tener entendido que usted aconseja lo que hay que hacer cuando se presenta un caso difícil. Y ahora, señor inspector, deduzco, de las palabras que usted dijo al seguir adelante con el relato que lo que acabo de decir es la pura verdad, y que, fuera de ello, desconozco en absoluto todo lo que haya podido ocurrirle a este hombre. Mi único deseo es de ayudar a la Justicia en todo cuanto me sea posible.

-Estoy seguro de ello, mister Scout Eccles, estoy seguro de ello -dijo el inspector Gregson con gran amabilidad -. No tengo más remedio que decir que todos los hechos tal cual nos los ha relatado, coinciden con los datos que han llegado a conocimiento nuestro. Veamos ahora, por ejemplo, lo relativo a esa carta que llegó mientras ustedes cenaban. ¿Se fijó usted qué hizo con ella?

-Sí que me fijé. García la arrugó y echó al fuego.

-¿Qué me dice usted a eso, Baynes?

El detective campesino era un hombre voluminoso, mofletudo, coloradote, cuya cara se salvaba de lo grosero gracias al brillo extraordinario de sus ojos casi ocultos detrás de fofas gorduras de las cejas y de los cigarrillos. Extrajo con despaciosa sonrisa del bolsillo una hoja de papel, doblada y descolorida.

-La rejilla de la chimenea es graduable y el papel fue lanzado por encima de los bordes de aquella. Lo recogí sin quemar en la parte de atrás.

Holmes dio entender con una sonrisa el aprecio que ello le merecía.

-Bien detalladamente ha debido usted de registrar la casa para encontrar una bola de papel.

-Así es, mister Holmes. Es mi costumbre. ¿Quiere, mister Gregson, que la leamos?

El detective londinense asintió con la cabeza.

-La carta está escrita en papel corriente color crema y no tiene filigranas. Es de tamaño cuartilla y le han dado dos cortes con unas tijeritas. Le han hecho luego tres dobleces y la han lacrado con lacre rojo, extendido apresuradamente y aplastado con algún objeto plano y ovalado. Está dirigida al señor García, pabellón Wisteria, y dice así: «Nuestros colores son verde y blanco. Verde, abierto; blanco, cerrado. Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, bayeta verde. Buen viaje. D» Es letra de mujer, escrita con pluma de punta fina, pero el sobre escrito lo ha sido con otra pluma, o por otra persona. Como ven ustedes, la letra es mas gruesa y de rasgos más enérgicos.

-Es una carta muy notable -dijo Holmes, mirándola de arriba abajo -. Le felicito, mister Baynes, por el cuidado del detalle que ha demostrado en el análisis que ha hecho de ella. Podrían quizás añadirse algunos otros detalles insignificantes. El sello ovalado es, sin diputa, de un gemelo de puño ¿qué otra cosa tiene esa forma? Las tijeritas son las de uñas. A pesar de los pequeños que son los cortes, se observa claramente en ambos la misma ligera curva.

El detective campesino gorgoriteo por lo bajo y dijo:

-Creí que había oprimido totalmente el jugo, pero veo que aun quedaba un poco más. No tengo mas remedio que decir que lo único que yo saco de la carta es que se traían algún asunto entre manos y que, como es corriente, en el fondo de todo anda una mujer.

Durante esta conversación, el señor Scott Eccles se había movido nervioso en su asiento, y dijo:

-Me alegro de que hayan encontrado esa carta, que viene a corroborar lo que yo había dicho. Pero me permito hacerles notar que no sé todavía qué es lo que le ha ocurrido al señor García, ni lo que ha sido de sus criados.

-Por lo que a García respecta, la contestación es fácil -dijo Gregson -. Se le encontró esta mañana muerto en el parque comunal de Oxshott, a casi dos kilómetros de distancia de su casa. Tenía la cabeza reducida a papilla por efecto de fuertes golpes que le habían sido dados con un talego de arena o con un instrumento por ese estilo, que, mas bien que herir, había aplastado. Estaba en un sitio solitario y no hay casa alguna a menos de quinientos metros. Por lo que se deduce, le golpearon primero por la espalda, pero su agresor siguió golpeándole mucho tiempo después de muerto. Fue una agresión furibunda. No se han descubierto huellas de pisadas ni pista alguna que lleve hacia los criminales.

-¿Le han robado?

-No; no se advierte ninguna tentativa de robo.

-Eso es muy doloroso, muy doloroso y terrible -exclamó mister Scott Eccles, con voz quejumbrosa -; pero la situación en que a mí me pone es muy difícil. Nada he tenido yo que ver en que mi huésped emprendiese una excursión nocturna y encontrase un final tan triste. ¿Cómo es que yo me veo metido en semejante asunto?

-Muy sencillo, señor -le contestó el inspector Baynes-. El único instrumento que se le ha encontrado en el bolsillo al muerto ha sido la carta en la que usted le anunciaba que pasaría por él la noche en que murió. Por el sobre de la carta conocí yo el nombre y dirección del muerto. Esta mañana llegamos a su casa después de las nueve, y no hallamos en ella ni a usted ni a nadie.

-Telegrafié a Gregson para que diese con el paradero de usted en Londres, mientras yo registraba el pabellón Wisteria. Vine después a Londres, me reuní con mister Gregson y aquí nos tiene.

-Creo -dijo Gregson, levantándose-que lo mejor que podríamos hacer ahora es dar forma oficial al asunto. Usted nos acompañará a la Comisaría, mister Scott Eccles, y pondremos por escrito su declaración

-Iré enseguida, desde luego. Pero retengo los servicios de mister Holmes. Quiero que no economice gastos ni esfuerzos para llegar al fondo de este asunto.

Mi amigo se volvió hacia el inspector provinciano.

-Supongo, mister Baynes, que no verá inconveniente alguno en que colabore con usted.

-Me consideraré muy honrado, señor.

-Veo que ha actuado usted con gran rapidez y sistema en todo. ¿Se tiene algún dato que permita fijar la hora exacta en que ese hombre halló la muerte?

-Llevaba allí desde la una de la madrugada. Alrededor de esa hora llovió y con toda seguridad que su muerte se produjo antes de la lluvia.

-Eso es completamente imposible, mister Baynes -exclamó nuestro cliente-. Tenía una voz inconfundible. Yo estaría dispuesto a jurar que fue él quien me habló a esa hora en mi dormitorio.

-Es extraordinario, pero no imposible -dijo Holmes sonriendo.

-¿Tiene usted acaso una pista? -preguntó Gregson.

-Así, a primera vista, el caso no parece muy complejo, aunque ofrece notas de novedad y de interés. Necesitaría conocer más los hechos antes de aventurarme a exponer una opinión última y definitiva. A propósito, mister Baynes: ¿no encontró usted nada de notable, fuera de esa carta, durante su registro en la casa?

El detective miro a mi amigo de una manera rara y dijo:

-Sí, encontré algunas cosas sumamente notables. Quizá cuando yo haya terminado los trámites en la Comisaría, le interese venir para que le dé mi opinión acerca de las mismas.

-Estoy por completo a sus ordenes -dijo Sherlock Holmes, llamando a la campanilla - Mistress Hudson, acompañe hasta la puerta a estos caballeros, y tenga la bondad de enviar al botones con este telegrama, que lleva contestación pagada de cinco chelines.

Permanecimos un rato sentados y en silencio después de que se marcharon nuestros visitantes. Holmes fumaba de firme, con las cejas fuertemente apretadas sobre sus ojos penetrantes y la cabeza caída hacia delante con la expresión afanosa que le caracterizaba.

-¿Qué me dice usted, Watson, de este asunto?-me preguntó, al mismo tiempo que se volvía de manera súbita hacia mí.

-Esta mitificación de que ha sido víctima Scott Eccles no me dice nada.

-¿Y el crimen?

-Pues verá usted: teniendo en cuenta la fuga de los compañeros del muerto, yo diría que ellos están complicados de un modo u otro en el asesinato y han huido de la Justicia.

-Desde luego, es un punto de vista posible. Pero así, a simple vista, tendrá usted que reconocer que resulta muy raro que sus dos criados estuviesen mezclados en una conspiración en contra de su amo y que agrediesen a éste precisamente la noche en que había un invitado, teniéndolo como lo tenían a merced suya todos los restantes días de la semana en los que estaba solo.

-¿Por qué razón han huido entonces?

-Esto es. ¿Por qué han huido? Ése es el hecho trascendental. El otro es el caso extraordinario ocurrido a nuestro cliente mister Scott Eccles. Ahora bien, Watson: ¿está

acaso fuera de los límites de la inteligencia humana suministrar una explicación en la que encajen estos dos hechos trascendentales? Si en esa explicación cupiese también la misteriosa carta con su cariñosa fraseología, quizás valdría la pena aceptarla como una hipótesis transitoria. Y si los nuevos hechos que vayamos conociendo encajan en el cuadro, quizá entonces nuestra hipótesis se convierta gradualmente en la solución.

-¿Y cuál es esa hipótesis?

Holmes se arrellanó en un sillón, con los ojos entornados.

-Tiene usted que empezar por aceptar, Watson, que la idea de que se trata de una broma es inaceptable. Se preparaban graves acontecimientos, según lo demostraron los hechos, y ese atraer con halagos a Scott Eccles al pabellón Wisteria tiene alguna relación con ellos.

-¿Y cuál puede ser esa relación?

-Vayamos tomando eslabón por eslabón. A simple vista resulta cosa que se sale de lo corriente esa rara y súbita amistad entre el joven hispano y Scott Eccles. Fue aquel quien forzó la marcha de las cosa. El mismo día siguiente al de conocerse, marchó a visitar a Eccles al otro extremo de Londres, y se mantuvo en estrecho contacto con él hasta que consiguió que fuese a Esher. Y yo pregunto: ¿para qué podía querer a Eccles? ¿Qué era lo que éste le podía proporcionar? A mí no me parece un hombre especialmente inteligente, ni que tenga condiciones para despertar las simpatías de un hombre de raza latina y de ingenio rápido. ¿Por qué, pues, eligió García precisamente a Eccles, entre todas las personas con quien estaba relacionado, como la más indicada para sus propósitos? ¿Posee alguna cualidad destacable? Yo digo que sí. Es el tipo exacto de lo que se llama la respetabilidad inglesa, es el hombre que, como testigo, más impresión puede causar en el ánimo de otro inglés. Usted mismo ha podido ver como ninguno de los dos inspectores ha soñado ni por un instante en poner en tela de juicio sus declaraciones, por extraordinarias que hayan sido.

-¿Y qué es lo que él tenía que declarar como testigo?

-Tal como salieron las cosas, nada; pero todo, si hubiesen resultado de manera distinta. Así es como yo veo las cosas.

-Es decir, que él podría resultar quien demostrase una coartada.

-Exactamente, mi querido Watson; él podría haber hecho buena una coartada. Supongamos, nada más que como base de argumentación, que los habitantes del pabellón Wisteria son compinches de un determinado plan. Y que éste tiene que ser puesto en ejecución, sea el que sea, antes de la una de la madrugada. Es posible que, mediante manejo de relojes, hayan conseguido que Scott Eccles se acostase mas temprano de lo que él pensaba; en todo caso, es muy verosímil que cuando García se llegó hasta el cuarto de dicho señor para decirle que era la una, no fuesen sino las doce. Suponiendo que García realizase lo que tenía que realizar y estuviese de vuelta para la hora mencionada, es evidente que disponía de un elemento muy fuerte de prueba contra

cualquier acusación. ¡Allí estaba aquel inglés irreprochable, dispuesto a jurar ante cualquier tribunal que el acusado no salió de su casa! Era ése un seguro contra lo peor que pudiera ocurrir.

-Sí, sí, eso ya lo veo. Pero, ¿y qué me dice de la desaparición de los otros dos?

-Aún no tengo todos los hechos en la mano, pero no creo que haya dificultades insuperables. Sin embargo, es un error adelantase en los juicios a los hechos. Porque uno se deja llevar insensiblemente a retorcerlos para acomodarlos a las teorías que se ha forjado.

-¿Y la carta que recibió?

-¿Recuerda su texto? «Nuestros colores son verde y blanco.» Esto suena a cosa de carrera de caballos. «Verde, abierto; blanco, cerrado.» Esto es evidentemente una señal. «Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, bayeta verde.» Esto es una cita. Quizás encontramos en el fondo de todo a un marido celoso. Se trataba en todo caso de una búsqueda peligrosa. De no haberlo sido, no habría escrito: «Que Dios le proteja» Y la firma D. Esto debería servirnos de guía.

-El hombre era español. Me permito insinuar que D. significa Dolores, que es un nombre de mujer bastante corriente en España.

-Muy bien dicho, Watson, muy bien dicho; pero completamente inadmisible. Una española que escribe a un español lo habría hecho en este idioma. Quien ha escrito esta carta es con absoluta certidumbre una inglesa. Bueno, lo mejor será que nos revistamos de paciencia hasta que este magnífico inspector vuelva por aquí. Mientras nos ha salvado durante unas breves horas de la insoportable fatiga de no hacer nada.

Antes que regresase nuestro inspector de Surrey llegó la contestación al telegrama de Holmes. Este lo leyó, y ya se disponía a guardarlo en su cuaderno de notas, cuando se fijó en la expresión de expectativa que tenía mi cara. Me lo tiró, riéndose, y me dijo:

-Nos moveremos entre gentes de gran altura.

El telegrama no era otra cosa que una lista de nombres y direcciones:

Lord Harringby, Tre Dingle; sir George Folliot, Exsott Towers; mister Hynes Hynes, J. P. Purdey Place; mister James Baker Williams, Forton Old Hall; mister Henderson, High Gable; reverendo Joshua Stone, Nether Walsling.

-Es una manera muy sencilla de limitar nuestro campo de operaciones -dijo Holmes -. No me cabe duda de que Baynes, con su manera metódica de discurrir, ha adoptado ya un plan semejante.

-No acabo de comprenderle a usted.

-Querido compañero, hemos llegado ya a la conclusión de que el mensaje recibido por

García venia a ser una dirección ó una cita amorosa. Pues bien: si la interpretación es correcta, y para encontrarse en el lugar de la cita tiene uno que subir por una escalera principal y buscar la séptima puerta de un pasillo, salva a la vista que la casa es muy grande. Es también evidente que tal casa no puede encontrarse a distancia mayor de dos o tres kilómetros de Oxshott puesto que García caminaba en esa dirección y calculaba, según mi manera de interpretar los hechos, hallarse de vuelta en el pabellón Wisteria con tiempo para beneficiarse de una coartada, que sólo sería válida hasta la una de la madrugada. Como el número de casas espaciosas de las proximidades de Oxshott tiene que ser limitado, adopté el método que tenía a mano, es decir, envié un telegrama a los agentes de fincas mencionadas por Scott Eccles, y conseguí de ellos una lista. Son las que dicen este telegrama de contestación, y entre ellas, debe de encontrarse el otro extremo suelto de esta, nuestra enmarañada madeja.

Eran ya cerca de las seis para cuando estuvimos en la linda aldea de Esher, del condado de Surrey, acompañados por el inspector Baynes.

Holmes y yo llevábamos todo lo necesario para pasar allí una noche, y hallamos cómodo hospedaje en el mesón “El Toro”. Por último, nos dirigimos con el detective a realizar nuestra visita al pabellón Wisteria. Era un atardecer frió y oscuro del mes de marzo; un viento cortante y una fina lluvia golpeaban nuestras caras, dando ambiente a la inhóspita dehesa comunal, por la que cruzaba nuestro camino, y al final trágico hacia el que nos conducía.

CAPÍTULO 2

EL TIGRE DE SAN PEDRO

Una caminata fría y melancólica, de un par de millas nos llevó hasta una elevada puerta exterior de madera, por la que se desemboca en una lóbrega avenida de castaños. La avenida, sombría y formando curva, nos condujo hasta una casa baja y oscura, que se proyectaba como una mancha de pez sobre el fondo del firmamento pizarroso. El brillo de una luz débil se filtraba por la ventana de la fachada, a la izquierda de la puerta. Baynes dijo:

-Hay un guardián al cuidado de la casa. Llamaré a la ventana.

Cruzó la pradera y dio unos golpecitos en el cristal. A través del empañado cristal vi confusamente cómo un hombre que estaba sentado junto al fuego se ponía de pie en un salto, y oí el grito agudo que lanzaba dentro de la habitación. Un instante después nos abría la puerta el guardia de Policía, demudado y jadeante. La luz de la vela se balanceaba en su trémula mano; Baynes le preguntó con serenidad.

-¿Qué le ocurre, Walters?

El hombre se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente y dejó escapar un largo suspiro de alivio.

-Me alegro de que haya venido usted, señor. Ha sido una vigila muy prolongada, y creo

que mis nervios no son ya lo que eran.

-¿Sus nervios, Walters? Jamás habría pensado que tuviese usted un solo nervio en su cuerpo.

-Ha sido, señor, culpa de esta casa solitaria y silenciosa, y de esas cosas raras que hemos encontrado en la cocina. Y cuando usted golpeó en la ventana, pensé que volvía de nuevo.

-¿Qué es lo que volvía de nuevo?

-Lo que fuese, que igual podía ser el demonio. Estaba en la ventana.

-¿Qué es lo que estaba en la ventana, y cuándo ha sido eso?

-Hará cosa de dos horas. Cuando empezaba a oscurecer. Yo estaba sentado en la silla, leyendo. No sé qué impulso me dio de levantar la vista, pero el caso es que había una cara mirándome por el cristal mas abajo. ¡Válgame Dios, y que cara! La veré en mis sueños.

-¡Vaya, vaya, Walters! No es ése el mejor lenguaje para un agente de Policía.

-Lo sé, señor, lo sé; pero me estremeció, ¡a qué negarlo! No era negra ni blanca ni de ninguno de los colores que yo conozco, sino de una tonalidad rara de arcilla, con salpicaduras de leche. Y luego su tamaño; era el doble que la de usted, señor; y su aspecto, señor: aquellos enormes ojazos saltones, y los dientes blancos como los de una fiera. Le aseguro, señor, que no me fue posible mover un dedo, ni recobrar el aliento, hasta que se apartó y desapareció. Salí de la casa, me lance por el arbustal; pero, gracias a Dios, no había nadie allí.

-Si yo no supiera, Walters, que es usted un hombre valiente, podría una tacha negra junto a su nombre, por esto que dice. Ni aunque se trate del diablo en persona, debe un agente de Policía que está de servicio dar nunca gracias a Dios por no haber podido echarle el guante a la persona a quien persigue. ¿No será todo ello una alucinación y un efecto de los nervios?

-Eso, al menos, es cosa fácil de comprobar-dijo Holmes, encendiendo su pequeña linterna de bolsillo.

Después de un rápido examen del campo de césped, nos informó:

-En efecto, hay huellas de un pie que yo creo que debe ser del numero cuarenta y cuatro. Si el resto del cuerpo era proporcionado a su pie, con seguridad que se trata de un gigante.

-¿Qué fue de él?

-Creo que se abrió paso por el arbustal y ganó la carretera.

-Bien -dijo el inspector con expresión grave y pensativa -, sea quien fuere, y quisiese lo que quisiere, se marchó ya, y tenemos otras cosas a las que atender de inmediato. Y ahora, mister Holmes, le mostraré la casa.

Los diferentes dormitorios y salas no aportaron nada a una investigación cuidadosa. Por lo que se veía, los inquilinos habían traído poco o nada con ellos, y habían arrendado la casa completamente amueblada, hasta en sus menores detalles. Habían dejado una buena cantidad de ropa, con la etiqueta de Marx y Cía., Hingh Hilborn. Se habían hecho ya investigaciones por telégrafo, y por ellas se supo que Marx no poseía dato alguno respecto a su cliente, fuera de que era un buen pagador. Entre los objetos de propiedad personal, había algunas chucherías, pipas, novelas -dos de ellas en español -, un anticuado revólver de percusión por aguja y una guitarra.

-De todo esto no se saca nada -dijo Baynes, caminando de habitación en habitación con la vela en la mano -. Pero ahora, mister Holmes, le invito a fijar su atención a la cocina.

Era una habitación lóbrega, de elevado cielo raso, situada en la parte posterior de la casa, con una yacija de paja en un rincón, que servia aparentemente de cama al cocinero. La mesa estaba cubierta de platos y de fuentes con los restos de la cena de la noche anterior.

-Fíjese en esto -dijo Baynes -. ¿Qué saca usted en consecuencia?

Sostuvo la vela, alumbrando un objeto rarísimo que se apoyaba en la parte posterior del trinchante. Se hallaba tan arrugado, encogido y marchito que resultaba imposible decir que pudo haber sido aquello. Por un lado era negro y correoso, teniendo cierto parecido con una figura humana. Al examinarla, creí en un principio que se trataba de algún bebé negro, momificado, y luego lo tomé por un mono muy antiguo y retorcido. Finalmente quedé en duda de si aquello era un animal o un ser humano. Tenía ceñida la cintura por una franja doble de conchas blancas.

-¡Cosa interesante, interesantísima! -exclamó Holmes, contemplando aquellos restos siniestros -. ¿Hay algo más?

Baynes nos llevó sin decir palabra hasta el fregadero y adelantó la vela para iluminarlo con su luz. Todo él estaba cubierto con los miembros y cuerpo de un ave corpulenta y blanca, despedazada de una manera salvaje, y sin desplumar.

Holmes señaló con el dedo las barbillas de la cabeza cortada del tronco y dijo:

-Es un gallo blanco. ¡Por demás interesante! Estamos ante un caso curiosísimo.

Pero mister Baynes había reservado para el final la más siniestra de sus exhibiciones. Sacó de debajo del fregadero un cubo de cinc que contenía cierta cantidad de sangre, y, acto seguido, retiró de la mesa una fuente, en la que había un montón de trocitos de

huesos chamuscados.

-Aquí se ha matado a un ser y lo incineraron. Todos estos huesos los entresacamos del hogar. Hicimos venir esta mañana a un médico, y éste afirmó que no se trataba de huesos humanos.

Holmes se sonrió y se frotó las manos.

-Inspector, no tengo mas remedio que felicitarle por la manera como ha llevado este caso tan característico y tan instructivo. Si no lo toma usted a mal le diré que pienso que tiene usted dotes superiores a las oportunidades que para ejercitarlos se le presentan.

Los ojillos del inspector Baynes relampagueaban de satisfacción.

-Tiene usted razón, mister Holmes. Aquí, en provincias, nos estancamos. Un caso como este de ahora supone para un hombre una oportunidad, y yo confío en aprovecharla. ¿Qué saca usted en consecuencia a propósito de estos huesos?

-Yo diría que son de un cordero o de un cabritillo.

-¿Y el gallo blanco?

-Es un detalle curioso, mister Baynes, muy curioso. Casi estoy por decirle único.

-En efecto, señor: en esta casa ha debido de vivir gente muy extraña y de costumbres muy extrañas también. Una de esas personas a que me refiero ha muerto. ¿Serían acaso sus compañeros los que le siguieron y lo mataron? Si es obra suya, estoy seguro de que les echaremos el guante, porque están vigilados todos los puertos de embarque. Pero yo tengo un criterio distinto acerca de eso. Sí, mi criterio es muy distinto.

-Según eso, usted tiene ya su teoría al respecto, ¿no es así?

-Y quiero llevarla yo mismo adelante, mister Holmes. Debo hacerlo en honor a mis propias facultades. Usted tiene ya hecho su prestigio, pero yo tengo todavía por hacer el mío. Me alegraría mucho poder afirmar, al final del asunto, que yo he solucionado el caso sin la ayuda de usted.

Holmes se echó a reír de muy buen agrado, y dijo:

-Muy bien, muy bien, inspector. Usted siga su camino y yo seguiré el mío. Lo que yo consiga está siempre de muy buena gana a su servicio, si usted no encuentra inconveniente en dirigirse a mí. Creo que he visto ya en esta casa todo lo que quería ver, y que el tiempo de que dispongo podría emplearse con mayor provecho en cualquier otro lugar. Au revoir, y ¡buena suerte!

Yo habría podido decir, por muchos indicios sutiles, que se le habrían escapado a cualquier otra persona menos a mí, que Holmes seguía una vista todavía fresca. A pesar de que un observador casual lo habría encontrado tan impasible como siempre, brotaban

de sus ojos encendidos y de sus maneras más briosas un anhelo apagado y una sugerencia de energía en tensión, que a mí me dieron la seguridad de que la pieza de caza no estaba lejos. Nada dijo Holmes, según tenía por costumbre, y nada le pregunté yo, según también tenía por costumbre. Bastábame con participar en la partida de caza y en aportar mi humilde ayuda para la captura, sin distraer con interrupciones innecesarias la atención de aquel cerebro reconcentrado. Todo se manifestaría a su debido tiempo.

Esperaré pues; pero, para mi desilusión, cada vez mayor, esperé en vano. Siguió un día, a otro día, y mi amigo no avanzó un paso. Se pasó una mañana en Londres, y yo me enteré por una alusión casual, que había visitado el Museo Británico. Fuera de esta única excursión, se pasó los días en largas caminatas, frecuentemente solitarias, o en charlar con cierto número de gentes de la aldea, cuya amistad se había dedicado a cultivar.

-Watson, tengo la seguridad de que una semana en el campo, le vendrá magníficamente -me dijo un día -. Resulta por demás agradable ver cómo surgen en los setos los primeros tallos verdes y las primeras candelillas en los avellanos. Con una escarda, una caja de hojalata y un libro elemental sobre botánica, pueden invertirse días muy instructivos.

Él mismo vagaba de un lado para otro cargado con ese equipo, pero el surtido de plantas que traía cada noche era muy escaso.

De cuando en cuando tropezábamos en nuestras andanzas con el inspector Baynes. La cada gordinflona y coloradota de éste se retorcía de sonrisas y sus ojillos rebrillaban al saludar a mi compañero. Poco era lo que hablaba acerca del caso, pero de ese poco sacamos en consecuencia que tampoco él se hallaba insatisfecho del curso que llevaban los acontecimientos. Sin embargo, no tengo más remedio que confesar que me quedé algo sorprendido cuando unos cinco días después del crimen, abrí mi periódico de la mañana y me encontré con estos grandes titulares:

El misterio de Oxshott

Hacia la solución

Detención del presunto asesino

Holmes saltó de su asiento al leer tales titulares, como si le hubiesen pinchado, y exclamó:

-¡Por Júpiter! ¿Quiere decir eso que Baynes le ha echado el guante?

-Por lo visto, sí -le contesté, y leí el siguiente informe:

«Se ha producido en Esher y en toda su comarca una gran emoción al saberse, a última hora de la pasada noche, que se había llevado a cabo una detención relacionada con el asesinato de Oxshott. Se recordará que en la descomunal de Oxshott fue encontrado muerto el señor García, del pabellón Wisteria. Su cadáver mostraba señales de una agresión de extraordinaria violencia, y también se recordará que su criado y su cocinero

huyeron aquella misma noche, lo que parecía demostrar su participación en el crimen. Se apuntó la idea, que no llegó a demostrarse, de que el muerto guardaba quizá en la casa objetos de valor, y que el móvil del crimen había sido el robo de los mismos. El inspector Baynes, a cuyo cargo está el caso, realizó toda clase de esfuerzos para descubrir el lugar en que se ocultaban los fugitivos, teniendo buenas razones para creer que no habían ido muy lejos y que se hallaban ocultos en algún escondite que tenían preparado previamente. Se tuvo, a pesar de todo, desde el primer momento, la certidumbre de que llegarían a dar con su paradero, porque el cocinero, según declaraciones de algunos proveedores que tuvieron ocasión de verlo por la ventana, era hombre de aspecto por demás llamativo. Se trata de un mulato gigantesco y feísimo, de rasgos amarillentos, de marcado tipo negroide. A este individuo se le ha visto con posterioridad al crimen, porque la noche misma que siguió a éste fue descubierto y perseguido por el guardia de Policía Walters, pues tuvo la audacia de regresar al pabellón Wisteria. El inspector Baynes, pensando que una visita de esa clase no se hacía sin ninguna finalidad determinada, y que era probable, por consiguiente, que se repetiría, dejó sin guardia la casa, pero colocó personal oculto en el bosque de arbustos. El individuo en cuestión cayó en la trampa y fue capturado la noche pasada después de grandes forcejeos, en el transcurso de los cuales dio una feroz mordedura al agente de Policía Downing. Tenemos entendido que, cuando el preso sea llevado ante los jueces, la Policía solicitará que se mantenga su detención, esperándose que su captura haya de traer como consecuencia grandes novedades. »

-No tenemos mas remedio que ir a visitar inmediatamente a Baynes -exclamó Holmes, echando mano a su sombrero -. Lo alcanzaremos con el tiempo preciso antes que salga de casa.

Cruzamos a toda prisa la calle de la aldea y tal cual esperábamos, encontramos al inspector cuando salía de sus habitaciones.

-¿Ha leído usted el periódico, mister Holmes? -preguntó, alargándonos un ejemplar del mismo.

-Sí, lo he leído mister Baynes. Le ruego que no tome a mal el que le ponga a usted amistosamente en guardia.

-¿En guardia, contra que, mister Holmes?

-He estudiado este caso con especial atención, y no estoy convencido de que la dirección que usted sigue sea la verdadera. No me agradaría que usted se lanzaza demasiado adelante por ese camino, a menos que tenga una completa seguridad.

-Es usted muy amable, mister Holmes.

-Le aseguro que hablo mirando por usted.

Creí advertir en uno de los ojillos de mister Baynes un temblor que se parecía a un guiño.

-Mister Holmes, habíamos convenido en que cada cual llevase el asunto siguiendo sus propias directrices, y eso es lo que yo estoy haciendo.

-Pues entonces, no digo nada -contestó Holmes -. No lo tome a mal.

-De ninguna manera, señor; yo creo que usted mira por mi bien. Pero todos nosotros tenemos nuestros modos de trabajar propios, mister Holmes. Usted tiene los suyos y quizá yo tenga también los míos.

-Ni una palabra más.

-De todos modos, voy a darle a usted con mucho gusto los datos que poseo. El individuo en cuestión es un completo salvaje, tan fuerte como un caballo percherón, y tan agresivo como un demonio. Casi le arrancó el pulgar a Downing de un mordisco, antes que pudiera ser dominado. Apenas si habla algunas palabras en ingles, y sólo hemos conseguido que nos conteste con gruñidos.

-¿Y usted cree tener pruebas de que él asesinó a su amo?

-Yo no he dicho eso, mister Holmes; yo no he dicho eso. Todos tenemos nuestros pequeños trucos. Pruebe usted con los suyos y yo probaré con los míos. Ése es nuestro convenio.

Mientras Holmes y yo nos alejábamos, éste se encogió de hombros, y dijo:

-No puedo conseguir que ese hombre se me confiese. Me da la impresión de que cabalga de una manera que va a sufrir una caída. Pero bueno, y como él dice, cada uno de nosotros debe proceder a su manera, y ya veremos lo que resulta. Sin embargo, observo algo en el inspector Baynes que no acabo de comprender por completo.

Una vez que estuvimos de vuelta en nuestra habitación de “El Toro”, me dijo Sherlock Holmes:

-Watson, haga el favor de asentarse en esa silla, porque voy a ponerle al tanto de la situación, pues bien pudiera ser que esta noche tuviese yo necesidad de su ayuda. Voy a explicarle la evolución que ha experimentado este caso hasta donde yo he sido capaz de seguirlo. En sus rasgos fundamentales ha sido sencillo, pero, a pesar de ello, ha ofrecido extraordinarias dificultades para poder realizar una detención. En ese aspecto hay todavía huecos que necesitaré llenar… Volvamos a la carta que le fue entregada a García la noche misma de su muerte. Podemos descartar la idea que tiene Baynes de que los criados de García participaron en el hecho. La prueba en ello la tenemos en que quien se las había ingeniado para que Scott Eccles se hallase presente aquella noche en la casa fue el mismo García, y ya sabemos que ese acto suyo no podía tener otra finalidad que la de preparar una coartada. Era, pues, García quien meditaba una empresa, una empresa que era por lo visto criminal, porque sólo quien medita un crimen trata de establecer una coartada. ¿Quién es, pues, la persona que con mayor probabilidad le quitó la vida? No cabe duda de que esa persona es la misma contra la cual iba dirigida la empresa criminal. Hasta aquí creo yo que avanzamos por terreno firme… Nos

encontramos, pues, con una razón que explica la desaparición de los criados de García. Todos ellos estaban compinchados para cometer algún crimen que nosotros desconocemos. Si ese crimen se realizaba, García regresaría a casa, quedaría cubierto contra toda sospecha por la declaración del caballero inglés, y no habría pasado nada. Pero lo que premeditaban debía de ser empresa peligrosa, y si García no regresaba a casa a una hora determinada, era probable que hubiese perdido la vida él mismo. Por consiguiente, habían quedado convenidos en que, si tal cosa ocurría, sus dos subordinados huirían a algún lugar previamente convenido, para librarse de allí de las pesquisas y estar en situación de renovar mas adelante la tentativa. ¿No es cierto que esta hipótesis explica todo los hechos ocurridos?

Tuve la sensación de que la inexplicable maraña se desenredaba ante mis ojos. Y, como siempre me ocurría, me pregunté como no había visto yo antes una cosa evidente.

-Pero, ¿por qué razón había de regresar uno solo de los servidores?

-Podemos suponer que, en la confusión de la fuga, se habían olvidado algo de mucho valor, de algo que no se resignaba a desprenderse. Eso explicaría su insistencia en regresar, ¿no es cierto?

-Bien, ¿y cuál es el próximo paso?

-El paso que viene a continuación es la carta recibida por García durante la cena. Ella descubre la existencia de otro compinche en extremo contrario. Pero, ¿dónde se encuentra el extremo contrario? Ya le tengo dicho que ese extremo sólo podía encontrarse en alguna casa muy espaciosa, y que el número de casas de esa categoría que hay en el contorno es muy escaso. Los primeros días que pasé en esta aldea los consagré a una serie de caminatas, y durante éstas, en los intervalos de mis pesquisas botánicas, llevé a cabo un reconocimiento de todas las casas grande y un examen de la historia familiar de sus ocupantes. Una, sólo una de las casas reclamó mi atención. Esa casa fue la conocida granja de estilo jacobino, de High Gable, situada a dos kilómetros de distancia del extremo más lejano a Oxshott, y a menos de un kilómetro del escenario de la tragedia. Las demás casonas pertenecen a gentes prosaicas y respetables, que viven muy lejos de todo lo novelesco. En cambio mister Henderson, de High Gable, resultó desde todo punto de vista hombre raro al que bien podían ocurrirle aventuras raras. Concentraré, pues, mi atención a él y en su casa… Ahí tiene usted, Watson, una colección de gentes raras; y la más curiosa entre todas ellas es el mismo Henderson. Me las compuse para visitarle con un pretexto razonable; pero me pareció leer en sus ojos negros, profundos y meditadores, que él sabia perfectamente cuál era mi verdadera finalidad. Es hombre de cincuenta años, y aires de emperador; es decir, un hombre impetuoso, dominador, que oculta un temperamento al rojo vivo, detrás de su cara apergaminada. O es extranjero, o ha vivido mucho tiempo en los trópicos, porque tiene un color amarillento y está reseco, aunque es tan correoso como una trenza de látigo. Su amigo y secretario, mister Lucas, es indudablemente extranjero, de color chocolate, marrullero, dulzarrón y gatuno, con una melosidad venenosa en el hablar. De modo, pues, Watson, que nos encontramos ya ante dos grupos de extranjeros, el uno en el pabellón Wisteria, y el otro en High Gable, con lo que empiezan a taparse los huecos de los que antes le hablaba. Esta pareja de amigos íntimos y confidenciales constituyen el

centro de toda la casa; pero hay otra persona que quizá sea más importante para las finalidades inmediatas que perseguimos nosotros. Henderson tiene dos hijas, una de doce y otra de trece años. Tienen de institutriz a cierta miss Burnet, inglesa, de unos cuarenta años. Hay también un criado de confianza. Este pequeño grupo es el que forma la verdadera familia, porque siempre viajan juntos, ya que Henderson es un gran viajero que anda siempre de un lado para otro. No hace más que unas semanas que regresaron a High Gable, después de un año de ausencia. Agregaré que es un hombre inmensamente rico que puede satisfacer todos sus caprichos sin sacrificio alguno. Fuera del grupo del que hablo, su casa está llena de despenseros, lacayos, doncellas y todo personal sobrealimentado y en holganza que es corriente en las grandes residencias campestres de Inglaterra… De todo eso me enteré en parte por los chismorreos de la aldea, y en parte por mi propia observación. No hay mejores instrumentos en esa tarea que los criados que han sido despedidos y se sienten resentidos. Yo tuve la buena suerte, aunque tampoco lo habría encontrado si no hubiese andado a su caza. Como dice Baynes, cada cual tenemos nuestro sistema. Fue ese sistema mío el que me permitió conocer a John Wasnes, que fue jardinero de High Gable, y que fue despedido en un momento de mal humor por su amo dominador. A su vez, el jardinero tenía amigos entre la servidumbre del interior de la casa, a la que une el común temor y antipatía al amo. En esa forma conseguí la llave que me iba a abrir los secretos de aquella familia… ¡Gente rara, Watson! No afirmo que conozca ya todo lo que allí ocurre, pero son, sin duda alguna, gente rara. El edificio está compuesto de dos alas; la servidumbre vive en una y la familia en otra. Entre un ala y otra no existe más ligazón que el criado de confianza de Henderson, que sirve de comer a la familia. Todo se lleva hasta una determinada puerta, que conecta las dos alas. La institutriz y las niñas apenas salen, como no sea al jardín. Jamás, ni por casualidad, Henderson se pasea solo. Su moreno secretario es como su sombra. Entre la servidumbre se rumorea que su amo tiene un miedo terrible de algo. Warner dice: «Vendió su alma al diablo por dinero, y teme que su acreedor se presente en cualquier momento a reclamar la deuda.» Nadie tiene la menor idea de dónde vinieron, o quienes son. Es gente violenta. En dos ocasiones Henderson la ha emprendido a latigazos con algunas personas, y tan solo se ha librado de comparecer ante los tribunales gracias a su repleta bolsa y a las fuertes indemnizaciones que ha pagado… Y ahora, Watson, examinemos la situación de estos datos nuevos. Podemos dar por supuesto que la carta procedía de esta extraña familia, y que en ella se invitaba a García a realizar algún proyecto que tenían convenido. ¿Quién escribió la carta? Alguien que estaba dentro de la ciudadela, y que era una mujer. ¿Qué otra persona podía ser sino la institutriz miss Burnet? Todos nuestros razonamientos, nos llevan en esa dirección. Podemos, en todo caso, tomarlo como una hipótesis, y ver las consecuencias que de ella se derivarán. Agregaré que la edad y la manera de ser de miss Burnet viene a desmentir mi primera suposición de que pudiera haber en nuestra historia un asunto amoroso… Si ella escribió la carta, es de suponer que era amiga y aliada de García. ¿Qué actitud puede suponerse en consecuencia que adoptaría al recibir la noticia de su muerte? Si la empresa en que colaboraban era pecaminosa, se callaría, aunque guardase en su corazón aborrecimiento y odio contra quienes le habían dado muerte; y también era de presumir que prestaría su ayuda, mientras se tratase tomar venganza de ellos. ¿Me sería posible hablar con ella, y servirme de ella? Tal fue mi primer pensamiento. Pero ahora nos enfrentamos con un hecho siniestro. Desde la noche del crimen, nadie ha visto a miss Burnet. Desde entonces se ha esfumado por completo. ¿Vive? ¿Ha sufrido suerte idéntica y en idéntica noche que el amigo al que había dado cita? ¿O la tienen simplemente prisionera? He ahí el punto que nos queda todavía por resolver… Por lo

dicho se dará cuenta usted, Watson, de lo difícil de la situación. No disponemos de prueba alguna que nos permita solicitar un edicto judicial. Si expusiésemos ante un juez nuestras suposiciones, las tomaría por pura fantasía. La desaparición de la mujer nada representa, porque en esa extraordinaria servidumbre puede ocurrir que no se vea a un miembro de la misma, durante una semana entera. Sin embargo, pudiera encontrarse ahora mismo en peligro de muerte. Todo lo que yo puedo hacer ahora es vigilar la casa, haciendo que mi agente Warner monte guardia frente a las puertas exteriores del parque. No podemos consentir que se prolongue semejante situación. Puesto que la Justicia no puede hacer nada debemos actuar cargando nosotros con los riesgos.

-¿Qué es lo que usted sugiere?

-Conozco la habitación de esa mujer. Se puede llegar hasta ella por el tejado de una de las dependencias accesorias. Sugiero, pues, que usted y yo vayamos allí esta noche para ver si damos en el corazón mismo del misterio.

La perspectiva, no tengo mas remedio que reconocerlo, no era muy atrayente. La vieja casa, con su atmósfera de misterio, sus extraños y temibles habitantes, los peligros desconocidos que podía ofrecer el acercarse a ella, y el que,, desde el punto de vista legal, nos colocábamos en una situación falsa, todo, en fin, se combinaba para dar un apagón a mi entusiasmo. Pero la frialdad de témpano que Holmes ponía en sus razonamientos tenía algo que hacía imposible echarse atrás cuando él recomendaba alguna aventura. Le daba a uno el convencimiento de que así, y sólo así, era posible llegar a la solución. Estreché su mano en silencio. Los dados estaban echados.

Pero no quiso el destino que nuestra investigación tuviese un final aventurero. Serían las cinco de la tarde, y ya empezaba a descender las sombras de marzo, cuando se precipitó dentro de nuestra habitación un excitado campesino.

-Se fueron, mister Holmes. Marcharon por el último tren. La señora se escapó y yo la tengo recogida abajo, en un coche.

-¡Magnífico, Warner! -exclamó Holmes, poniéndose en pie de un salto -. Watson, esos huecos se van llenando rápidamente.

Dentro del coche encontramos una mujer, medio desmayada por efecto del agotamiento nervioso. En los rasgos de su cara aguileña y enflaquecida mostraba las huellas de alguna tragedia reciente. Colgábale la cabeza inexpresiva sobre el pecho, pero cuando la levantó y fijó en nosotros sus ojos apagados, vi que sus pupilas formaban dos puntitos negros en el centro del ancho iris grisáceo. La habían narcotizado con opio. Nuestro emisario, es decir, el jardinero despedido, nos dijo:

-Yo estaba de vigilancia en la puerta exterior, tal como usted me lo tenía ordenado, mister Holmes. Cuando salieron en coche, yo les seguí hasta la estación. Esta mujer caminaba como sonámbula; pero cuando intentaron meterla en el tren, volvió a la vida y se opuso forcejeando. La metieron de un empujón dentro del vagón, pero ella salió otra vez a viva fuerza. Yo entonces me puse de su parte, la metí en un coche, y aquí estamos. No olvidaré jamás la cara que me miró desde la ventanilla del vagón cuando yo me la

llevaba. Poco tiempo me quedaría de vida, si aquel demonio amarillento, de ojos negros y expresión rabiosa, pudiera cumplir sus deseos.

Subimos a la mujer a nuestro cuarto, la acostamos en el sofá, y un par de tazas del café más fuerte que pudimos preparar bastaron para despejar su cerebro de las brumas de la droga. Holmes había enviado a buscar a Baynes, y explicó rápidamente a éste la situación.

-Señor mío, usted me ha proporcionado la prueba misma que yo andaba buscando -dijo el inspector, estrechando calurosamente la mano de mi amigo -. Desde el primer momento seguía yo la misma pista que usted.

-¿Cómo? ¿Qué también usted andaba detrás de Henderson?

-Sí, mister Holmes, y cuando usted reptaba sigilosamente por el arbustal de High Gable, yo estaba encaramado entre las ramas de un árbol y le estaba viendo desde allí arriba. Andábamos a ver quién conseguía antes una prueba de culpabilidad.

-Y entonces, ¿por qué detuvo al mulato?

Baynes gorgoriteó de risa.

-Yo tenía la certidumbre de que Henderson, como él se hace llamar, se daba cuenta de que se recelaba de él, y que mientras se creyese en peligro permanecería agazapado y no daría paso alguno. Detuve a un hombre que yo sabía que no era culpable para hacerle creer que ya no le vigilábamos. Yo estaba seguro de que entonces intentaría largarse dándonos así oportunidad de acercarnos a miss Burnet.

Holmes puso su mano en el hombro del inspector, y le dijo:

-Usted llegará muy arriba en su profesión, porque tiene instinto y facultad intuitiva.

Baynes se sonrojó de placer.

-He tenido durante toda la semana a un agente vestido de paisano en la estación, esperando que se produjese la fuga. Vayan a donde vayan los del grupo de High Gable, ese hombre la puso a salvo, todo termina bien. Sin las declaraciones de esta mujer no podemos proceder a realizar detenciones, eso es evidente. De modo, pues, que cuando antes nos haga ella su declaración, será mejor.

-Se está recobrando por instantes -dijo Holmes, examinando a la institutriz -. Pero, dígame, Baynes: ¿quién es el tal Henderson?

-Henderson -contestó el inspector -, es don Murillo, al que llamaban en otro tiempo el Tigre de San Pedro.

¡El Tigre de San Pedro! Como un relámpago surgió en mi cerebro la historia completa de aquel hombre. Se había hecho célebre como el tirano más depravado y sanguinario

de cuantos han gobernado cualquier país con pretensiones de civilizado. Hombre fornido, temerario y enérgico, tuvo temple suficiente para hacer soportar sus vicios durante diez o doce años a un pueblo acobardado. Su nombre inspiraba terror por toda América Central. Al cabo de ese tiempo hubo una sublevación general en contra suya. Pero el tirano era tan astuto como cruel, y en cuanto advirtió el primer rumor de la tormenta que se acercaba, hizo llevar secretamente sus tesoros a bordo de un barco tripulado por fervientes adeptos suyos. Cuando los sublevados tomaron al siguiente día por asalto el palacio, lo encontraron vacío. El dictador, sus dos hijas, su secretario y sus riquezas habían escapado de sus manos. Desde aquel día desapareció del mundo, y repetidas veces se ocupó la Prensa europea del anónimo bajo el cual escondía su identidad.

-Sí, señor; don Murillo, el Tigre de San Pedro -recalcó Baynes -. Si usted lo consulta, se encontrará con que los colores de la bandera de San Pedro son el verde y el blanco, es decir, los mismos de los que habla la carta. Ese hombre se hace llamar Henderson, pero yo pude remontarme en sus andanzas hasta París, Roma, Madrid, Barcelona, en cuyo puerto entró su barco el año ochenta y seis. Desde entonces lo buscan para tomar venganza en él, pero hasta ahora no habían conseguido dar con su paradero.

Miss Burnet, que se había erguido en su asiento y seguía con gran atención nuestro dialogo dijo:

-Descubrieron su paradero hace un año. Ya una vez han atentado contra su vida, pero algún espíritu maligno le protegió. Nuevamente, ahora, ha caído el noble y caballeroso García, mientras ese monstruo huye sano y salvo. Pero otro hombre sucederá al caído, y otro, y otro hasta que algún día se haga justicia; eso es tan cierto como que mañana va a salir el sol.

Sus manos delgadas se apretaban con fuerza y el ímpetu de su odio empalideció su cara demacrada.

-¿Y cómo fue el intervenir de usted en este asunto, miss Burnet? -preguntó Holmes -. ¿Cómo es posible que una señora inglesa participe en un asunto de asesinato?

-Me alié a ellos porque no había otro modo en el mundo de que se hiciese justicia. ¿Qué le importa a la Justicia de Inglaterra que hayan corrido ríos de sangre años atrás en San Pedro, o que este individuo robase un barco cargado de riquezas? Para ustedes todas esas cosas son igual que crímenes cometidos en algún otro planeta. Para nosotros, en cambio, son realidades vivas. Nos hemos enterado de la verdad a fuerza de dolor y de sufrimientos. Para nosotros no hay en el infierno un demonio que pueda equipararse con Juan Murillo, y no puede haber paz en la vida mientras todas sus víctimas sigan clamando venganza.

-No cabe duda de que ese hombre fue todo lo que usted dice -le contestó Holmes -. He oído hablar de sus atrocidades. Pero, ¿en qué le afectan ellas a usted?

-Se lo contaré todo. La política de este miserable consistía en asesinar, con un pretexto u otro, a cuantos hombres podían llegar a ser con el tiempo rivales peligrosos suyos. Mi

marido… sí, porque mi verdadero apellido es señora de Víctor Durango, era ministro de San Pedro en Londres. Allí nos conocimos y nos casamos. Hombre más noble no los ha habido en el mundo. Por desgracia, Murillo tuvo noticias de sus excelentes cualidades, lo llamó a San Pedro con cualquier pretexto, y lo hizo fusilar. Como si tuviera un barrunto de la muerte que le esperaba, se negó a llevarme con él. Le fueron confiscadas sus propiedades, y yo quedé malviviendo y con el corazón destrozado.

»Sobrevino mas tarde la caída del tirano. Éste huyó, como se lo he contado antes. Pero las muchas personas, cuyas vidas había desecho y cuyos parientes más próximos y más queridos habían sufrido las torturas y la muerte a manos suyas, no se conformaron con dejar las cosas como estaban. Formaron entre sí una sociedad que no se disolvería sino cuando hubiese realizado su obra. A mí se me designó, después que logró descubrirse al déspota caído bajo el nombre de Henderson; se me designó, digo, para que entrase en su servidumbre y mantuviese a los demás al tanto de sus andanzas. Pude lograrlo obteniendo el cargo de institutriz dentro de la familia. Él estaba lejos de pensar que la mujer que tenía que enfrentarse con él a las horas de comer era la misma a cuyo marido había lanzado a la eternidad con sólo una hora de tiempo para prepararse. Yo le sonreía, cumplía con mis obligaciones para con sus hijas, y esperaba mi momento. Se atentó contra él en París, pero la tentativa fracasó. Viajábamos en rápido zigzag de aquí para allá por toda Europa, para despistar a nuestros perseguidores, hasta que regresamos a esta casa, que él tenía alquilada desde que llegó por vez primera a Inglaterra.

»Pero también aquí le esperaban los ejecutores de la justicia. Sabiendo que él volvería, aguardábale aquí García, hijo del que fue alto dignatario de San Pedro. Aguardábale con dos compañeros leales, gente humilde, pero animados los tres por idénticos motivos de venganza. Poco era lo que García podía realizar en pleno día, porque Murillo adoptaba toda clase de precauciones, y jamás salía como no fuese acompañado de su satélite Lucas, o sea López, que era como se llamaba en los tiempos de su grandeza. Sin embargo, Murillo dormía solo, y el vengador podía llegar hasta él durante la noche. Una tarde, fijada de antemano, envié a mi amigo las instrucciones finales, porque Murillo vivía siempre alerta, y cambiaba constantemente de habitación. Yo me cuidaría de que las puertas estuviesen abiertas; una luz verde o blanca, en una ventana que caía frente al paseo de entrada, le advertiría si todo estaba en regla, o si era preciso postergar la empresa.

»Pero todo se nos torció. Yo no sé cómo, pero lo cierto es que había despertado los recelos de López, el secretario. Cuando yo acababa de escribir la carta, se me acercó furtivamente por detrás y saltó sobre mí. Él y su amo me llevaron a rastras a mi habitación, y me sentenciaron como reo convicto de traición. En aquel mismo instante me habrían clavado sus cuchillos, si hubiesen visto la manera de salvarse de las consecuencias de su crimen. Por último, y después de un largo debate, llegaron a la conclusión de que asesinarme resultaba demasiado peligroso. Pero decidieron desembarazarse para siempre de García. Me amordazaron, y Murillo me retorció el brazo hasta arrancarme la dirección de aquél. Juro que, de haber sabido yo lo que proyectaba contra García, me lo habría dejado arrancar antes de hacer lo que hice. López escribió el sobre para la carta que yo había escrito, lo lacró sellándolo con un gemelo de su camisa, y envió la carta por mando de su criado José. Ignoro de qué modo lo asesinaron, salvo que fue la mano de Murillo la que descargó el golpe que lo derribó,

porque López había quedado aquí manteniéndome bajo guardia. Me imagino que le esperaron entre los matorrales de aliagas que bordean el camino y que le golpearon cuando él pasaba. Al principio tuvieron el propósito de dejarle entrar en la casa, para matarlo como a un vulgar ladrón sorprendido in fraganti; pero se dijeron que si se veían mezclados en una investigación policíaca, se descubriría públicamente su verdadera personalidad y se expondrían con ello a nuevas agresiones. Quizá la persecución cesase con la muerte de García, que asustaría a los demás, haciéndoles renunciar a su empeño.

»Todo les habría ido bien, si yo no hubiese sabido lo que ellos habían hecho. Estoy segura de que hubo momentos en que mi vida estuvo en el fiel de la balanza. Fui confinada dentro de mi habitación, me aterrorizaron con las amenazas más horribles, me maltrataron de una manera cruel para quebrantar mi espíritu… miren este corte en mi hombro y los magullamientos que tengo en los brazos… y en una ocasión en que yo traté de pedir socorro desde la ventana, me amordazaron. Este cruel encarcelamiento se prolongó durante cinco días, durante los cuales me dieron el alimento estrictamente preciso para mantener mi vida. Esta tarde me sirvieron un buen almuerzo, pero en cuanto lo comí, me di cuenta de que me habían suministrado una droga. Recuerdo como en sueños que medio me condujeron medio me transportaron, al coche; en ese mismo estado de inconciencia me trasladaron al tren. Sólo entonces, casi cuando ya empezaban a moverse las ruedas, me di cuenta de que mi libertad estaba en mis propias manos. Salté fuera, ellos intentaron arrastrarme atrás, y de no haber sido por la ayuda de este buen hombre que me llevó hasta el coche, no habría conseguido huir de ellos. Ahora, gracias a Dios, estoy ya siempre fuera de sus manos.

Todos habíamos escuchado con la mayor atención este extraordinario relato, y fue Holmes quién rompió el silencio moviendo la cabeza y diciendo:

-Todavía no hemos vencido las dificultades que se nos presentaban. Nuestra labor policíaca termina, pero ahora empieza nuestra labor justiciera.

-Exactamente -le contesté yo -. Un abogado inteligente podría presentar el caso como acto de legítima defensa. Quizá esos hombres tienen sobre sus espaldas un centenar de crímenes, pero sólo pueden ser juzgados por éste de ahora.

-Vamos, vamos -dijo Baynes, alegremente -: yo tengo una idea mejor que ésa de la justicia. La legítima defensa es una cosa, y atraer a un hombre con engaños es otra muy diferente. Aunque viesen en ese hombre un peligro para ellos. No y no. Cuando veamos en la próxima sesión de lo criminal ante el Jurado de Gilford, a los inquilinos de High Gable, veremos todos nosotros justificada nuestra acción.

Sin embargo, es cosa del dominio de la historia el que tuvo que pasar todavía algún tiempo antes que el Tigre de San Pedro recibiese su merecido. Astutos y audaces, él y su acompañante despistaron a su perseguidor de ahora, penetrado en una casa de huéspedes de Edmonton Street y saliendo por una puerta trasera que daba a Curzon Square. Desde ese día ya no se les volvió a ver en Inglaterra. Pero seis meses después fueron asesinados cierto señor Marqués de Montalba y el señor Rully, secretario suyo, en sus habitaciones del hotel Escorial, de Madrid. El crimen se atribuyó a los nihilistas, y no se logró detener a los asesinos. El inspector Baynes vino de visita a Baker Street con una

descripción impresa de la morena cara del secretario y de las facciones dominadoras, los ojos magnéticos y las cejas tupidas de su señor. No pudimos dudar de que se había hecho justicia, a pesar de que ésta se hubiese retrasado.

-Ha sido un caso caótico, mi querido Watson -dijo Holmes, mientras fumaba la pipa de la velada -. No le será posible a usted presentarlo de forma apretada por la que siente tanto cariño. Abarca dos continentes, se relaciona con dos grupos distintos de personas misteriosas, y se complica aún más con la presencia altamente respetable de nuestro amigo Scott Eccles, cuya inclusión me demuestra que el difunto García era hombre de cerebro calculador, y que tenía bien desarrollado el instinto de su propia conservación. Lo único notable del caso es que, entre una completa maraña de posibilidades, nosotros y nuestro digno colaborador, el inspector Baynes, supimos mantenernos pegados a las líneas esenciales, guiándonos de ese modo por el sendero lleno de retorcimientos y de zigzagueos. ¿Hay todavía en el caso algún detalle que usted no vea claro?

-¿Qué es lo que iba buscando el mulato cuando volvió a la casa?

-Yo creo que puede explicárnoslo el extraño animal que hallamos en la cocina. Aquel hombre era un salvaje primitivo de las selvas inexploradas de San Pedro, y ese animal era su fetiche. Cuando él y su compañero huyeron para esconderse en algún lugar previamente señalado y en el que vivía, sin duda alguna, otro confederado suyo, su compañero le convenció de que debía abandonar un objeto tan comprometedor. Pero el mulato tenía puesto en él su corazón, y al día siguiente se sintió arrastrado hacia el mismo; pero, al mirar previamente por la ventana, descubrió al agente de policía Walters, que se había hecho cargo de la casa. Aguardó tres días más, y su fe o superstición lo arrastraron hacia allí otra vez. El inspector Baynes que, con su astucia habitual, había quitado importancia al incidente delante de mí, se había dado verdaderamente cuenta de la importancia que tenía y montó una trampa en la que cayó aquel individuo. ¿Hay algún otro punto dudoso, Watson?

-El ave despedazada, el cubo de sangre, los huesos chamuscados, el misterio todo de aquella sorprendente cocina.

Holmes se sonrió, al mismo tiempo que consultaba una nota en su cuaderno.

-Me pasé una mañana en el Museo Británico leyendo éste y algunos otros puntos. He aquí una acotación del libro de Eckermann. El vuduismo y las religiones de groides:

«El verdadero adorador de Vudu no acomete ninguna empresa de importancia sin antes realizar determinados sacrificios que tienen por finalidad el hacerse propicios a sus sucios dioses. En casos extremos, esos ritos toman la forma de sacrificios humanos seguidos de actos canibalezcos. Pero lo más corriente es que las victimas sean un gallo blanco, que es despedazado vivo, o un chivo negro, al que se corta el cuello y cuyo cuerpo se quema luego.»

-Ya ve, pues, usted, que nuestro bárbaro amigo era un hombre muy ortodoxo en el cumplimiento de sus ritos. Es una cosa grotesca, Watson -agregó Holmes, mientras sujetaba despacio con una goma su libro de notas -. Pero, como ya he tenido ocasión de

hacerle observar, de lo grotesco a lo horrible no hay sino un paso.

El paciente interno

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

«Aunque la ley británica no haya podido protegerlo,
la espada de la justicia
sigue presente para vengarle.»

-Doctor Trevelyan

Al dar una ojeada a la serie un tanto incoherente de memorias con las que he tratado de ilustrar algunas de las peculiaridades mentales de mi amigo el señor Sherlock Holmes, me ha chocado la dificultad que siempre he experimentado al elegir ejemplos que respondan en todos los aspectos a mi propósito. Y es que en aquellos casos en los que Holmes ha efectuado algún *tour-de-force* de razonamiento analítico y ha demostrado el valor de sus peculiares métodos de investigación, los hechos en sí han sido a menudo tan endebles o tan vulgares que no he encontrado justificación para exponerlos ante el público. Por otra parte, ha ocurrido con frecuencia que ha intervenido en alguna investigación cuyos hechos han sido de un carácter de lo más notable y dramático, pero en la que su participación en determinar sus causas ha sido menos pronunciada de lo que yo, como biógrafo suyo, pudiera desear. El asuntillo que he relatado bajo el título Estudio en escarlata y aquel otro caso relacionado con la desaparición de la Gloria Scott, pueden servir como ejemplos de esas Escila y Caribdis que siempre están amenazando a su historiador. Bien puede ser que, en el caso sobre el que ahora me dispongo a escribir, el papel interpretado por mi amigo no quede suficientemente acentuado y, sin embargo, toda la secuencia de circunstancias es tan notable que no me es posible omitirla sin más en esta serie.

No puedo estar seguro de la fecha exacta, pues algunos de mis memorandos al respecto se han extraviado, pero debió de ser hacia el final del primer año durante el cual Holmes y yo compartimos habitaciones en Baker Street. Hacía un tiempo tempestuoso propio de octubre y los dos nos habíamos quedado todo el día en casa, yo porque temía enfrentarme al cortante viento otoñal con mi quebrantada salud, mientras que él estaba sumido en una de aquellas complicadas investigaciones químicas que tan profundamente le absorbían mientras se entregaba a ellas. Al atardecer, sin embargo, la rotura de un tubo de ensayo puso un final prematuro a su búsqueda y le hizo abandonar su silla con una exclamación de impaciencia y el ceño fruncido.

-Una jornada de trabajo perdida, Watson -dijo, acercándose a la ventana-. ¡Ajá! Han salido las estrellas y ha menguado el viento. ¿Qué me diría de un paseo a través de Londres?

Yo estaba cansado de nuestra pequeña sala de estar y asentí con placer, mientras me protegía del aire nocturno con una bufanda subida hasta la nariz. Durante tres horas caminamos los dos, observando el caleidoscopio siempre cambiante de la vida, con sus

mareas menguante y creciente a lo largo de Fleet Street y del Strand. Holmes se había despojado de su malhumor temporal, y su conversación característica, con su aguda observación de los detalles y sutil capacidad deductiva, me mantenía divertido y subyugado. Dieron las diez antes de que llegáramos a Baker Street. Un brougham esperaba ante nuestra puerta.

-¡Hum! Un médico... y de medicina general, según veo -comentó Holmes-. No lleva largo tiempo en el oficio, pero tiene mucho trabajo. ¡Supongo que ha venido a consultarnos! ¡Es una suerte que hayamos vuelto!

Yo estaba suficientemente familiarizado con los métodos de Holmes para poder seguir su razonamiento, y ver que la índole y el estado de los diversos instrumentos médicos en el cesto de mimbre colgado junto al farolillo dentro del coche le había proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz de nuestra ventana, arriba, denotaba que esta tardía visita nos estaba efectivamente dedicada. Con cierta curiosidad respecto a qué podía habernos enviado un colega médico a semejantes horas, seguí a Holmes hasta nuestro sanctum.

Un hombre de cara pálida y flaca, con rubias patillas, se levantó de su asiento junto al fuego apenas entramos nosotros. Su edad tal vez no rebasara los treinta y tres o treinta y cuatro años, pero su semblante ojeroso y el color poco saludable de su tez indicaban una existencia que le había minado el vigor y le había despojado de su juventud. Sus ademanes eran tímidos y nerviosos, como los de un hombre muy sensible, y la mano blanca y delgada que apoyaba en la repisa de la chimenea era la de un artista más bien que la de un cirujano. Su indumentaria era discreta y oscura: levita negra, pantalones gris marengo y un toque de color en su corbata.

-Buenas noches, doctor -le saludó Holmes afablemente-. Me tranquiliza ver que sólo lleva unos minutos esperando.

-¿Ha hablado con mi cochero, pues?

-No, me lo ha dicho la vela en la mesa lateral. Le ruego que vuelva a sentarse y me haga saber en qué puedo servirle.

-Soy el doctor Percy Trevelyan -dijo nuestro visitante-, y vivo en el número 403 de Brook Street.

-¿No es usted el autor de una monografía sobre oscuras lesiones nerviosas? -inquirí.

La satisfacción arreboló sus pálidas mejillas al oír que su obra me era conocida.

-Tan rara vez oigo hablar de ella que ya la consideraba como definitivamente desaparecida -dijo-. Mis editores me dan las noticias más desalentadoras sobre su cifra de ventas. Supongo que usted también es médico...

-Cirujano militar retirado.

-Mi afición han sido siempre las enfermedades de origen nervioso. Hubiera deseado hacer de ellas mi única especialidad, pero, como es natural, hay que aceptar lo primero que se ponga a mano. Sin embargo, esto se sale de nuestro asunto, señor Sherlock Holmes, y me consta lo muy valioso que es su tiempo. Lo cierto es que ha ocurrido recientemente una singular cadena de acontecimientos en mi domicilio de Brook Street y esta noche las cosas han llegado a un extremo que me ha impedido esperar ni una hora más para venir a pedirle consejo y ayuda.

Sherlock Holmes se sentó y encendió su pipa.

-Gustosamente procuraré darle ambas cosas -repuso-. Le ruego que me haga un relato detallado sobre las circunstancias que le han inquietado.

-Alguna de ellas es tan trivial -dijo el doctor Treveyan-, que en realidad casi me avergüenzo de mencionarla. Pero el asunto es tan inexplicable y el cariz que recientemente ha tomado es tan enrevesado, que se lo explicaré todo y usted juzgará lo que es esencial y lo que no lo es.

»Para empezar, me veo obligado a decir algo acerca de mis estudios universitarios. Los cursé en la Universidad de Londres, y estoy seguro de que no creerán que me dedico indebidas alabanzas si digo que mis profesores consideraban como muy prometedora mi carrera estudiantil. Después de graduarme, seguí dedicándome a la investigación, ocupando una plaza menor en el King's College Hospital, y tuve la suerte de suscitar un interés considerable con mis trabajos sobre la patología de la catalepsia y ganar finalmente el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre lesiones nerviosas a la que acaba de aludir su amigo. No exageraría si dijera que en aquella época existía la impresión general de que me esperaba una carrera distinguida.

»Pero mi gran obstáculo consistía en mi perentoria necesidad de un capital. Como usted comprenderá perfectamente, un especialista con miras altas tiene que comenzar en alguna de una docena de calles de los alrededores de Cavendish Square, todas las cuales exigen alquileres enormes y grandes gastos de amueblamiento. Además de este desembolso preliminar, ha de estar en condiciones para mantenerse varios años y para alquilar un carruaje y un caballo presentables. Esto se hallaba mucho más allá de mis posibilidades, y sólo podía esperar que, a fuerza de economías, en diez años pudiera ahorrar lo bastante para permitirme colgar la placa. Pero de pronto un incidente inesperado abrió ante mí una perspectiva totalmente nueva.

»Se trató de la visita de un caballero llamado Blessington, que era para mí un perfecto desconocido. Vino una mañana a mis habitaciones y al instante fue al grano.

»-¿Es usted el mismo Percy Trevelyan que ha cursado una carrera tan distinguida y últimamente ha ganado un gran premio? -preguntó.

»Yo me incliné.

» -Contésteme con franqueza -prosiguió-, pues como verá, ello redunda en su interés. Tiene usted toda la inteligencia que proporciona el éxito a un hombre. ¿Tiene también el

tacto?

»No pude evitar una sonrisa ante la brusquedad de esta pregunta.

»-Confio tener el que me corresponde -repliqué.

»-¿Alguna mala costumbre? Supongo que no le dará por la bebida, ¿verdad?

» -Verdaderamente, caballero... -exclamé.

»-¿Muy bien! ¡Todo muy bien! Pero no tenía más remedio que preguntárselo. Y con todas estas cualidades, ¿cómo es que no ejerce?

»Me encogí de hombros.

»-Vamos, hombre, vamos -exclamó con voz estentórea-, la vieja historia de siempre: «Hay más en un cerebro que en su bolsillo», ¿no es así? ¿Y qué diría si yo le instalara en Brook Street?

»Me quedé mirándole estupefacto.

»-¡Sí, pero obro en mi interés, no en el de usted!

-gritó-. Le hablaré con perfecta franqueza, y si usted está de acuerdo, yo lo estaré también. Sepa que tengo unos cuantos miles de libras para invertir, y creo que voy a jugármelos con usted.

»-¿Pero por qué? -balbuceé.

»-Es como cualquier otra especulación, se lo aseguro, y más conveniente que la mayoría de ellas.

»-¿Y qué debo hacer yo, pues?

»-Se lo explicaré. Yo buscaré la casa, la amueblaré, pagaré las criadas y lo administraré todo. Lo único que debe usted hacer es desgastar el asiento de su silla en el gabinete de consulta. Le dejaré que disponga de dinero de bolsillo y de todo lo necesario. Después, usted me entregará las tres cuartas partes de lo que gane y se reservará para sí el otro cuarto.

»Y tal fue la extraña proposición, señor Holmes, con la que se me presentó ese Blessington. No le cansaré con el relato de nuestros regateos y negociaciones, pero terminaron con mi traslado a la casa el día de la Anunciación y el comienzo de mi labor prácticamente en las mismas condiciones que él había sugerido. El vino a vivir conmigo, en la categoría de un paciente interno. Tenía, según parece, el corazón débil y necesitaba una constante supervisión médica. Convirtió las dos mejores habitaciones de la primera planta en sala de estar y dormitorio para él. Era hombre de hábitos singulares, que evitaba las compañías y muy rara vez salía de casa. Su vida era irregular, pero en un

aspecto era la regularidad personificada. Cada noche, a la misma hora, entraba en mi consultorio, examinaba los libros, depositaba cinco chelines y tres penique por cada guinea que yo hubiera ganado y se llevaba el resto para guardarlo en la caja fuerte de su habitación.

»Puedo afirmar confiadamente que jamás tuvo motivo para lamentar su especulación. Desde el primer día, ésta fue un éxito. Unos cuantos casos acertados y la reputación que yo me había forjado en el hospital me situaron en seguida en primera fila. En el transcurso de los últimos años he hecho de él un hombre rico.

»Y esto es todo, señor Holmes, en lo tocante a mi historia pasada y mis relaciones con el señor Blessington. Sólo me queda por explicar lo que ha ocurrido y me ha traído aquí esta noche.

»Hace unas semanas, el señor Blessington acudió a mí, presa, según me pareció, de una considerable agitación. Me habló de un robo que, según dijo, se había perpetrado en el West End. Recuerdo que se mostró exageradamente alarmado al respecto, hasta el punto de declarar que no pasaría ni un día más sin que añadiéramos unos cerrojos más sólidos a nuestras puertas y ventanas. Durante una semana se mantuvo en un peculiar estado de inquietud, acechando continuamente desde la ventana y dejando de practicar el breve paseo que usualmente constituía el preludio de su cena. Por su actitud, tuve la impresión de que era presa de un miedo mortal causado por alguien o por algo, pero, cuando le interrogué al respecto, se mostró tan efusivo que me vi obligado a abandonar ese tema. Gradualmente, con el paso del tiempo sus temores parecieron extinguirse, y ya había reanudado sus hábitos anteriores, cuando un nuevo acontecimiento lo redujo al penoso estado de postración en el que ahora se encuentra.

»Lo que ocurrió fue lo siguiente. Hace dos días recibí la carta que ahora le leeré. No lleva dirección ni fecha:

« Un noble ruso que ahora reside en Inglaterra, se alegraría de procurarse la asistencia profesional del doctor Percy Trevelyan. Hace años que es víctima de ataques de catalepsia, en los que, como es bien sabido, el doctor Trevelyan es una autoridad. Tiene la intención de visitarle mañana, a las seis y cuarto de la tarde, si el doctor Trevelyan cree conveniente encontrarse en su casa.»

»Esta carta me interesó muchísimo, pues la principal dificultad en el estudio de la catalepsia es la rareza de esta enfermedad. Comprenderá, pues, que me encontrase en mi consultorio cuando, a la hora convenida, el botones hizo pasar al paciente.

»Era un hombre de avanzada edad, delgado, de expresión grave y aspecto corriente, sin corresponder ni mucho menos al concepto que uno se forma sobre un noble ruso. Mucho más me impresionó la apariencia de su acompañante. Era un joven alto, sorprendentemente apuesto, con una cara morena y de expresión fiera, y las extremidades y pecho de un Hércules. Con la mano bajo el brazo del otro al entrar, le ayudó a sentarse en una silla con una ternura que difícilmente se hubiera esperado de él,

dado su aspecto.

»-Excuse mi intromisión, doctor -me dijo en inglés con un ligero ceceo-. Es mi padre, y su salud es para mí una cuestión de la más extrema importancia.

»Me emocionó esta ansiedad filial y dije:

»-Supongo que querrá quedarse aquí durante la visita.

»-¡Por nada del mundo! -gritó con una expresión de horror-. Esto es para mí más penoso de lo que yo pueda expresar. Si llegara a ver a mi padre en uno de estos terribles ataques, estoy convencido de que no podría sobrevivir a ello. Mi sistema nervioso es excepcionalmente sensible. Con su permiso, yo me quedaré en la sala de espera mientras usted reconoce a mi padre.

»Como es natural, asentí y el joven se retiró. El paciente y yo nos entregamos entonces a una conversación sobre su caso, y yo tomé notas exhaustivas. No era hombre notable por su inteligencia y sus respuestas eran con frecuencia oscuras, cosa que atribuí a sus ilimitados conocimientos de nuestro idioma. De pronto, sin embargo, mientras yo escribía, dejó de contestar a mis preguntas y, al volverme hacia él, me causó una fuerte impresión verle sentado muy enhiesto en su silla, mirándome con una cara rígida y totalmente inexpresiva. Una vez más, era presa de su misteriosa enfermedad.

»Mi primer sentimiento, como ya he dicho, fue de compasión y horror, pero mucho me temo que el segundo fuese de satisfacción profesional. Tomé nota del pulso y la temperatura de mi paciente, palpé la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No había nada acusadamente anormal en ninguno de estos factores, lo cual coincidía con mis anteriores experiencias. En estos casos yo había obtenido buenos resultados con la inhalación de nitrito de amilo, y el actual parecía una admirable oportunidad para poner a prueba sus virtudes. La botella estaba abajo, en mi laboratorio, por lo que, dejando a mi paciente sentado en su silla, corrí a buscarla. Me retrasé un poco, buscándola, digamos cinco minutos, y regresé. ¡Imagine mi estupefacción al encontrar vacía la habitación! ¡El paciente se había marchado!

»Desde luego, lo primero que hice fue correr en seguida a la sala de espera. El hijo había desaparecido también. La puerta del vestíbulo de entrada había quedado entornada, pero no cerrada. Mi botones, que hace pasar a los pacientes, es un chico nuevo en el oficio y nada tiene de avispado. Espera abajo, y sube para acompañarlos hasta la salida cuando yo toco el timbre del consultorio. No había oído nada, y el asunto quedó envuelto en el misterio. Poco después, llegó el señor Blessington de su paseo, pero no le conté nada de lo sucedido, puesto que, para ser sincero, he adoptado la costumbre de mantener con él, dentro de lo posible un mínimo de comunicación.

»Pues bien, no pensaba yo que volviera a saber algo más del ruso y su hijo, y puede imaginar mi asombro cuando esta tarde, a la misma hora, ambos entraron en mi consultorio, tal como habían hecho antes.

»-Creo doctor que le debo mis sinceras excusas por mi brusca partida de ayer -dijo mi

paciente.

»-Confieso que me sorprendió mucho -repuse.

»-Lo cierto es -explicó- que, cuando me recupero de estos ataques, mi mente siempre queda como nublada respecto a todo lo que haya ocurrido antes. Me desperté en una habitación desconocida, tal como me pareció entonces a mí, y me dirigí hacia la calle, como aturdido, mientras usted se encontraba ausente.

»-Y yo -añadió el hijo-, al ver a mi padre atravesar la puerta de la sala de espera, pensé, como es natural, que había terminado la visita. Hasta que llegamos a casa, no empecé a comprender lo que en realidad había sucedido.

»-Bien -dije yo, riéndome-, nada malo ha ocurrido, excepto que el hecho me intrigó muchísimo. Por consiguiente, caballero, si me hace el favor de pasar a la sala de espera, yo continuaré gustosamente la visita que ayer tuvo un final tan repentino.

»Durante una media hora, comenté con el anciano sus síntomas y después, tras haberle extendido una receta, le vi marcharse apoyado en el brazo de su hijo.

»Ya le he dicho que el señor Blessington elegía generalmente esta hora del día para salir a hacer su ejercicio. Llegó poco después y subió al piso. Momentos más tarde le oí bajar precipitadamente y entró atropelladamente en mi consultorio, como el hombre al que ha enloquecido el pánico.

»-¿Quién ha entrado en mi habitación? -gritó.

»-Nadie -contesté.

»-¡Mentira! -chilló-. ¡Suba y lo verá!

»Pasé por alto la grosería de su lenguaje, ya que parecía casi desquiciado a causa del miedo. Cuando subí con él, me señaló unas huellas de pisadas en la alfombra de color claro.

»-¿Se atreverá a decir que son mías? -gritó.

»Desde luego, eran mucho más grandes que las que él hubiese podido dejar y eran evidentemente muy recientes. Como saben, esta tarde ha llovido de firme y los únicos visitantes han sido ellos dos. Debió de ocurrir, pues, que el hombre de la sala de espera, por alguna razón desconocida y mientras yo estaba ocupado con el otro, hubiera subido a la habitación de mi paciente interno. Allí nada se tocó ni nada había desaparecido, pero la evidencia de aquellas huellas demostraba que la intrusión era un hecho del que no se podía dudar.

»El señor Blessington parecía más excitado por el suceso de cuanto yo hubiese creído posible, aunque, desde luego, la situación era apta para turbar la tranquilidad de cualquiera. Llegó incluso a sentarse en una butaca, llorando, y apenas pude conseguir

que hablara con coherencia. Fue sugerencia suya que yo viniese a verle a usted y, claro, en seguida vi que era una idea acertada, ya que no cabe duda de que el incidente es de lo más singular, aunque se tenga la impresión de que él exagera enormemente su importancia. Si quieren ustedes volver conmigo en mi brougham, al menos podrán calmarlo, aunque me cuesta imaginar que pueda dar una explicación a este notable suceso.

Sherlock Holmes escuchó esta larga narración con una atención que a mí me indicaba que le había despertado un vivo interés. Su cara era tan impasible como siempre, pero sus párpados habían descendido con mayor pesadez sobre sus ojos, y el humo se había ensortijado con más espesor al salir de su pipa, como para dar énfasis a cada episodio curioso en el relato del doctor. Al llegar nuestro visitante a la conclusión del mismo, Holmes se levantó de un salto sin pronunciar palabra, me entregó mi sombrero, cogió el suyo de la mesa y seguimos al doctor Trevelyan hasta la puerta. Al cabo de un cuarto de hora, nos apeábamos ante la puerta de la residencia del médico en Brook Street, una de aquellas casas sombrías y de fachada lisa que uno asocia con la práctica médica en el West End. Nos abrió un botones muy jovencito y en seguida empezamos a subir por la amplia y bien alfombrada escalera.

Sin embargo, una singular interrupción nos obligó a inmovilizamos. La luz en la parte alta se apagó de repente y de la oscuridad brotó una voz aguda y temblorosa.

-¡Tengo una pistola -chilló-, y les juro que dispararé si se acercan más!

-¡Esto ya es insultante, señor Blessington! -gritó a su vez el doctor Trevelyan.

-Ah, es usted, doctor -dijo la voz con un gran suspiro de alivio-. Pero estos otros señores... ¿son lo que pretenden ser?

Fuimos conscientes de un largo examen a través de la oscuridad.

-Sí, sí, está bien -aprobó por último la voz-. Pueden subir. Siento que mis precauciones les hayan molestado.

Mientras hablaba, volvió a encender la luz de gas en la escalera y nos encontramos ante un hombre de singular catadura, cuya apariencia, al igual que su voz, atestiguaba unos nervios maltrechos. Estaba muy gordo, pero al parecer en otro tiempo lo había estado mucho más, ya que la piel colgaba flácidamente en su rostro, formando bolsas, como las mejillas de un perro sabueso. Tenía un color enfermizo y sus cabellos, escasos y pajizos, parecían erizados por la intensidad de su emoción. Sostenía en su mano una pistola, pero al avanzar nosotros se la guardó en el bolsillo.

-Buenas noches, señor Holmes -dijo-. Le agradezco muchísimo que haya venido. Nadie ha necesitado nunca más que yo sus consejos. Supongo que el doctor Trevelyan le ha contado esa intolerable intrusión en mis habitaciones.

-Así es -contestó Holmes-. ¿Quiénes son estos dos hombres, señor Blessington, y por

qué desean molestarlo?

-Bueno -contestó el paciente residente no sin cierto nerviosismo-, es difícil, claro, decirlo. No esperará que conteste a esto, señor Holmes.

-¿Quiere decir que no lo sabe?

-Venga, hágame el favor. Tenga la bondad de entrar aquí.

Indicó el camino hasta su dormitorio, que era amplio y estaba confortablemente amueblado.

-¿Ve esto? -dijo, señalando una gran caja negra junto al extremo de su cama-. Nunca he sido un hombre muy rico, señor Holmes, y sólo he hecho una inversión en toda mi vida, como les puede decir el doctor Trevelyan. Pero yo no creo en los bancos; nunca confiaría en un banquero, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo se encuentra en esta caja, de modo que comprenderá lo que significa para mí que gente desconocida se abra paso hasta mis habitaciones.

Holmes miró inquisitivamente a Blessington y meneó la cabeza.

-No me es posible aconsejarle si, como observo, trata usted de engañarme -dijo.

-¡Pero si se lo he contado todo!

Holmes giró sobre sus talones con una expresión de disgusto.

-Buenas noches, doctor Trevelyan -dijo.

-¿Y no me da ningún consejo? -gritó Blessington con voz quebrada.

-El consejo que le doy, señor, es que diga la verdad.

Un minuto después nos encontrábamos en la calle y echábamos a andar hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y recorrido la mitad de Harley Street, y aún no había oído ni una sola palabra de mi compañero.

-Lamento haberle hecho salir a causa de una gestión tan inútil, Watson - dijo por fin-. No obstante, en el fondo no deja de ser un caso interesante.

-Poco es lo que entiendo en él -confesé.

-Resulta evidente que hay dos hombres, acaso más, pero dos por lo menos, que por alguna razón están decididos a echarle mano a ese Blessington. No me cabe la menor duda de que, tanto en la primera como en la segunda ocasión, aquel joven penetró en el dormitorio de Blessington, mientras su compinche, valiéndose de un truco ingenioso, impedía toda interferencia por parte del doctor.

-¿Y la catalepsia?

-Una imitación fraudulenta, Watson, aunque no me atrevería a insinuarle tal cosa a nuestro especialista. Es una dolencia muy fácil de imitar. Yo mismo lo he hecho.

-¿Y qué más?

-Por pura casualidad, Blessington estuvo ausente en cada ocasión. La razón de ellos para elegir una hora tan inusual para una consulta médica era, obviamente, la de asegurarse de que no hubiera otros pacientes en la sala de espera. Ocurrió, sin embargo, que esta hora coincidía con el paseo acostumbrado de Blessington, lo cual parece indicar que no estaban muy familiarizados con la rutina cotidiana de éste. Desde luego, si meramente hubieran ido en pos de algún tipo de botín, habrían hecho al menos alguna tentativa para buscarlo. Además, sé leer en los ojos de un hombre cuando es su piel lo que corre peligro. Es inconcebible que ese individuo se haya hecho dos enemigos tan vengativos como éstos parecen ser, sin él saberlo. Tengo la certeza, por tanto, de que sabe quiénes son estos hombres, y de que por motivos que él conoce suprime este dato. Cabe la posibilidad de que mañana se muestre de un talante más comunicativo.

-¿No existe otra alternativa grotescamente improbable, sin duda, pero con todo concebible? -sugerí-. ¿No podría toda la historia del ruso cataléptico y su hijo ser una invención del doctor Trevelyan, que con finalidades propias haya visitado las habitaciones de Blessington?

A la luz del gas, pude ver que Holmes exhibía una sonrisa divertida ante este brillante planteamiento mío.

-Mi querido amigo -dijo-, fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero pronto pude corroborar el relato del doctor. Aquel joven dejó en la alfombra de la escalera huellas que hicieron superfluo pedir que me enseñaran las que había marcado en la habitación. Si le digo que sus zapatos eran de punta cuadrada en vez de puntiagudos como los de Blessington, y que su longitud era superior en más de una pulgada a los del doctor, reconocerá que no puede haber ninguna duda en cuanto a su identidad. Pero ahora podemos dormir sobre este asunto, pues me sorprendería que por la mañana no oyéramos algo más referente a Brook Street.

La profecía de Sherlock Holmes no tardó en cumplirse. Lo cierto es que se cumplió de un modo harto dramático. A las siete y media de la mañana siguiente, con las primeras luces del día, le vi de pie y en bata junto a mi cama.

-Un brougham nos está esperando, Watson -me dijo.

-¿Qué ocurre, pues?

-El caso de Brook Street.

-¿Alguna noticia fresca?

-Trágica pero ambigua -me contestó, subiendo la persiana-. Fíjese en esto: una hoja de una libreta de notas, con «Por el amor de Dios, venga en seguida. P.T.», garrapateado en ella con un lápiz. Nuestro amigo el doctor estaba en apuros cuando lo escribió. Dése prisa, amigo mío, pues se trata de una llamada urgente.

En poco más de un cuarto de hora nos encontramos de nuevo en casa del médico. Este salió corriendo a recibirnos con el horror pintado en su cara.

-¡Vaya calamidad! -gritó, llevándose las manos a las sienes.

-¿Qué ha sucedido?

-Blessington se ha suicidado.

Holmes dejó escapar un silbido.

-Sí, se ha ahorcado durante la noche.

Habíamos entrado y el médico nos había precedido hasta lo que era, evidentemente, la sala de espera.

-¡Apenas sé lo que hago! -exclamó-. La policía ya está arriba. Es algo que me ha causado una impresión tremenda.

-¿Cuándo lo descubrió?

-Cada mañana se hace subir una taza de té a primera hora. Cuando entró la camarera, a eso de las siete, el desdichado estaba colgado en el centro de la habitación. Había atado la cuerda al gancho en el que estuvo suspendida una lámpara de gran peso, y había saltado precisamente desde lo alto de la caja fuerte que nos enseñó ayer.

Holmes permaneció unos momentos en profunda cavilación.

-Con su permiso -dijo por fin-, me gustaría subir y echar un vistazo a lo sucedido.

Subimos los dos seguidos por el doctor.

Fue una visión espantosa la que presenciamos al cruzar la puerta del dormitorio. Ya he hablado de la impresión de flaccidez que causaba aquel hombre llamado Blessington, pero, colgado del gancho, esta impresión se intensificaba y exageraba hasta que su apariencia apenas era humana. El cuello estaba retorcido como el de un pollo desplumado, y esto hacía que el resto del difunto pareciera más obeso y antinatural por contraste. Sólo llevaba su camisón largo y por debajo de éste aparecían sus hinchados tobillos y deformes pies. Junto a él, un inspector de policía de porte marcial tomaba notas en una libreta.

-¡Ah, señor Holmes! -exclamó cordialmente al entrar mi amigo-. Me alegra mucho

verle.

-Buenos días, señor Lanner -contestó Holmes-. Estoy seguro de que no me considerará como un intruso. ¿Ha oído hablar de los hechos que han desembocado en este final?

-Sí, algo he oído de ellos.

-¿Se ha formado alguna opinión?

-Por lo que puedo saber, el miedo privó a este hombre de su sano juicio. Como ve, ha dormido en esta cama; hay en ella su impresión, y bien profunda. Como usted sabe, hacia las cinco de la mañana es cuando se producen más suicidios. Y ésta debió de ser, más o menos, la hora en que se ahorcó. Al parecer, fue cosa muy bien estudiada.

-Yo diría que lleva muerto como unas tres horas, a juzgar por la rigidez de los músculos -dije yo.

-¿Ha observado algo peculiar en la habitación, señor Lanner? -preguntó Holmes.

-He encontrado un destornillador y unos cuantos tornillos en el lavabo. Asimismo, parece ser que durante la noche fumó lo suyo. Aquí hay cuatro colillas de cigarro que encontré en la chimenea.

-¡Hum! -hizo Holmes-. ¿Ha visto su boquilla para cigarros?

-No, no he visto ninguna.

-¿Su cigarrera, pues?

-Sí, estaba en el bolsillo de su chaqueta.

Holmes la abrió y olisqueó el único cigarro que contenía.

-Esto es un habano, y estas colillas corresponden a unos cigarros del tipo peculiar que importan los holandeses de sus colonias en las Indias Orientales. Suelen ir envueltos en paja y, dada su longitud, son más delgados que los de cualquier otra marca.

Cogió las cuatro colillas y las examinó con su lupa de bolsillo.

-Dos de ellos fueron fumados con boquilla y los otros dos sin ella -prosiguió-. Dos fueron cortados por una navaja no muy afilada y las puntas de los otros dos fueron mordidas por una dentadura en excelente condición. Esto no es un suicidio, señor Lanner, es un asesinato muy bien planeado y realizado a sangre fría.

-¡Imposible! -exclamó el inspector.

-¿Por qué?

-¿Por qué alguien había de asesinar a un hombre por un procedimiento tan torpe como el de colgarlo?

-Esto es lo que tenemos que averiguar.

-¿Cómo pudieron entrar?

-Por la puerta principal.

-Estaba atrancada.

-Pues fue atrancada después de salir ellos.

-¿Cómo lo sabe?

-Vi sus trazas. Excúseme un momento y podré ofrecerle más información al respecto.

Holmes se acercó a la puerta, hizo funcionar la cerradura y la examinó a su manera metódica. Después sacó la llave, que estaba puesta por el interior y la inspeccionó también. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa de la chimenea, la cuerda y el difunto fueron examinados por turno, hasta que se declaró satisfecho y, con mi ayuda y la del inspector, bajó aquellos pobres restos y los depositó reverentemente bajo una sábana.

-¿Qué se sabe de esta cuerda? -preguntó.

-Ha sido cortada de aquí -contestó el doctor Trevelyan, sacando un gran rollo que había debajo de la cama-. Tenía un temor morboso al fuego y siempre guardaba esto junto a sí para poder escapar por la ventana en caso de que ardiese la escalera.

-Esto les debe haber allanado el camino -comentó Holmes pensativo-. Sí, los hechos en sí son muy simples, y me sorprendería que por la tarde no pudiera ofrecerle también los motivos de los mismos. Me llevaré esta fotografía de Blessington que veo sobre la repisa de la chimenea, ya que puede ayudarme en mis investigaciones.

-¡Pero no nos ha dicho usted nada! -exclamó el doctor.

-Bien, no puede haber duda en cuanto a la secuencia de los acontecimientos -repuso Holmes-. Intervnieron tres sujetos: el hombre joven, el viejo y un tercero sobre cuya identidad carezco de pistas. Es innecesario observar que los dos primeros son los mismos que se presentaron disfrazados como el conde ruso y su hijo, por lo que tenemos una descripción muy completa de ellos. Les franqueó la entrada un cómplice situado dentro de la casa. Si me permite ofrecerle un breve consejo, inspector, yo arrestaría al botones, que, según tengo entendido, bien poco tiempo lleva a su servicio, doctor.

-Es que ese joven tunante no aparece -contestó el doctor Trevelyan-. La camarera y la cocinera lo han estado buscando hace unos momentos.

Holmes se encogió de hombros.

-Ha representado en este drama un papel que ha tenido su importancia - dijo-. Después de subir los tres hombres por la escalera, cosa que hicieron de puntillas, con el de más edad en primer lugar, el más joven en segundo y el hombre desconocido detrás...

-¡Mi querido Holmes! -no pude por menos que exclamar.

-Es que no puede haber discusión en cuanto a la superposición de huellas. Tuve la ventaja de saber la noche pasada a quién pertenecía cada una de ellas. Subieron así los tres a la habitación del señor Blessington, cuya puerta encontraron cerrada. Sin embargo, con la ayuda de un alambre forzaron la llave y le dieron vuelta. Incluso sin lupa, percibirán ustedes los arañazos en la guarda donde fue aplicada la presión.

»Al entrar en la habitación, su primera acción debió de consistir en amordazar al señor Blessington. Puede que éste durmiera, o puede que quedara tan paralizado por el terror que fuese incapaz de gritar. Estas paredes son gruesas y es concebible que su chillido, si es que tuvo tiempo para proferir uno, no lo oyera nadie.

»Una vez inmovilizado, me resulta evidente que tuvo lugar alguna clase de consulta. Probablemente, se trató de algo similar a un procedimiento judicial. Debió de haber durado bastante tiempo, ya que fue entonces cuando se fumaron estos cigarros. El hombre de más edad estaba sentado en este sillón de mimbre, y era él quien utilizaba la boquilla. El hombre más joven se sentaba algo más allá, pues dejaba caer su ceniza en esta cómoda. El tercer individuo paseaba de un lado a otro. Creo que Blessington estaba sentado en la cama, aunque erguido, pero de esto no puedo estar absolutamente seguro.

»Pues bien, la sesión terminó ahorcando a Blessington. La operación estaba tan prevista que tengo la impresión de que habían traído consigo una especie de garrucha o polea que pudiera servir como horca. Es concebible que aquel destornillador y aquellos tornillos estuvieran destinados a montarla. Sin embargo, al ver el gancho, como es natural se ahorraron este trabajo. Una vez concluida su tarea, se marcharon, y la puerta fue atrancada detrás de ellos por su compinche.

Habíamos escuchado todos, con el más profundo interés, este bosquejo de los hechos nocturnos que Holmes había deducido de unos signos tan sutiles e imperceptibles que, incluso cuando ya nos los había indicado, apenas nos era posible seguirle en sus razonamientos. El inspector se ausentó presuroso para indagar sobre el botones, mientras Holmes y yo regresábamos a Baker Street para desayunar.

-Volveré a las tres -me dijo una vez terminada nuestra colación-. Tanto el inspector como el doctor se reunirán aquí conmigo a esta hora, y espero que, para entonces, habré disipado cualquier punto oscuro que el caso pueda todavía presentar.

Nuestros visitantes llegaron a la hora concertada, pero dieron las cuatro menos cuarto antes de que mi amigo hiciera su aparición. Sin embargo, por su expresión al entrar, pude ver que todo le había salido redondo.

-¿Alguna noticia, inspector?

-Hemos dado con el muchacho, señor.

-Excelente. Y yo he dado con los hombres.

-¡Ha dado usted con ellos! -gritamos los tres a la vez.

-Al menos he conseguido su identidad. El llamado Blessington es, tal como yo esperaba, bien conocido en la jefatura de policía, y lo mismo cabe decir de sus asaltantes. Sus nombres son Biddle, Hayward y Moffat.

-¡La banda del banco Worthingdon! -exclamó el inspector.

-Exactamente -confirmó Holmes.

-¡Entonces Blessington tenía que ser Sutton!

-Esto es.

-Pues bien, con esto, todo queda tan claro como un cristal -dijo el inspector.

Pero Trevelyan y yo nos miramos desconcertados.

-Recordarán, sin duda, el asunto del gran robo en el banco Worthingdon - dijo Holmes-, en el que tomaron parte cinco hombres, estos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Tobin, el vigilante, fue asesinado, y los ladrones huyeron con siete mil libras. Esto ocurrió en 1875. Los cinco fueron detenidos, pero las pruebas contra ellos no tenían nada de concluyentes. Ese Blessington, o Sutton, que era el peor de la pandilla, se convirtió en delator y, debido a su declaración, Cartwright fue ahorcado y los otros tres fueron sentenciados a quince años cada uno. Cuando salieron en libertad el otro día, unos años antes de cumplir toda la condena, se confabularon, como han podido ver, para buscar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Por dos veces trataron de llegar hasta él y fallaron, pero a la tercera, como saben, se salieron con la suya. ¿Hay algo más que pueda explicar, doctor Trevelyan?

-Creo que lo ha expuesto todo con notable claridad-dijo el doctor-. Sin duda, el día que se mostró tan excitado fue aquél en que leyó en los periódicos que habían soltado a aquellos hombres.

-Precisamente. Sus temores acerca de un robo no eran más que una pantalla.

-Pero ¿por qué no podía contarle a usted todo esto?

-Pues bien, mi estimado señor, puesto que conocía el carácter vengativo de sus antiguos asociados, trataba de ocultar su identidad ante todos, tanto tiempo como le fuera posible. Su secreto era vergonzoso y no podía decidirse a divulgarlo. No obstante, por miserable que fuese, seguía viviendo bajo el amparo de la ley británica, y no me cabe duda,

inspector, de que aunque este escudo no haya podido protegerlo, la espada de la justicia sigue presente para vengarle.

Tales fueron las singulares circunstancias relacionadas con el paciente interno y el médico de Brook Street. A partir de aquella noche, nada ha sabido la policía de los tres asesinos, y en Scotland Yard hay la sospecha de que figuraban entre los pasajeros del malhadado vapor Norah Crema, que desapareció hace unos años con toda su tripulación en la costa portuguesa, a varias millas al norte de Oporto. La acción judicial contra el botones tuvo que interrumpirse por falta de pruebas, y el «Misterio de Brook Street», como fue llamado, nunca ha sido tratado a fondo en ningún texto accesible al público.

sv

El pie del diablo

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Al relatar de vez en cuando algunas de las experiencias curiosas y los recuerdos interesantes que asocio con mi amistad íntima y prolongada con Mr. Sherlock Holmes, me he topado constantemente con las dificultades que me ha causado su aversión por la publicidad. Para su carácter austero y cínico el aplauso popular siempre ha sido aborrecible, y nada le divertía más al cerrar con éxito un caso que traspasar el mérito a algún oficial ortodoxo, y escuchar con sonrisa burlona el coro general de felicitaciones equivocadas. Ha sido en realidad esta actitud por parte de mi amigo, y no desde luego la falta de material interesante, lo que en los últimos años me ha obligado a publicar muy pocos de mis relatos. Mi participación en algunas de sus aventuras siempre ha sido un privilegio que me ha exigido discreción y reticencia.

Quedé, pues, enormemente sorprendido al recibir el martes pasado un telegrama de Holmes -nunca se ha sabido de él que escribiera cuando bastaba un telegrama- en los términos siguientes: “¿Por qué no contarles el horror de Cornualles, el más extraño caso que se me ha encomendado?” Ignoro qué resaca de su cerebro había refrescado el caso en su memoria, o qué antojo le había hecho desear que yo lo relatase; pero me apresuré, antes de que llegara otro telegrama cancelando aquél, a rebuscar las notas que me darían los detalles exactos del caso, y a exponerles el caso a mis lectores.

Fue en la primavera del año 1897, cuando en la férrea constitución de Holmes aparecieron algunos síntomas de debilitamiento frente a un trabajo duro, constante y del tipo más agotador, agravado, además, por sus propias imprudencias ocasionales. En marzo de aquel año el doctor Moore Agar, de la calle Harley, cuya dramática presentación a Holmes quizá cuente algún día, le dio órdenes terminantes al famoso detective privado de dejar a un lado todos sus casos y entregarse a un completo descanso, si quería evitar un colapso. Su estado de salud no era asunto por el que Holmes se tomase el más mínimo interés, ya que tenía una gran capacidad de abstracción mental, pero al final fue inducido, bajo la amenaza de quedar inhabilitado para el trabajo de forma permanente, a buscarse un cambio total de escena y de aires. Así fue como a principios de primavera de aquel mismo año nos trasladamos a una

casita de campo cerca de la bahía de Poldhu, en el extremo más alejado de la península de Cornualles.

Era un lugar singular, especialmente adecuado para el humor sombrío de mi paciente. Desde las ventanas de nuestra casita encalada, construida en lo alto de una colina muy verde, dominábamos todo el siniestro semicírculo de la bahía de Mounts, esa antigua trampa mortal para los veleros, con su hilera de negros acantilados y arrecifes azotados por las olas, contra los que habían hallado la muerte innumerables marineros. Con viento del norte la bahía permanece plácida y abrigada, invitando a las embarcaciones sacudidas por la tempestad a virar hacia ella en busca de descanso y protección.

Pero luego vienen el súbito remolino de viento, las ráfagas huracanadas del sudoeste, el ancla arrancada, la orilla a sotavento, y la última batalla en el rompiente espumoso. El marinero prudente está siempre alejado de ese lugar maldito.

Por el lado de tierra nuestros alrededores eran tan sombríos como el mar. Era aquélla una zona de páramos ondulantes, solitarios y grises, con un campanario aquí y allá para marcar el emplazamiento de algún que otro pueblo de tiempos pasados. En cualquier dirección de los páramos había vestigios de una raza ya desaparecida que no había dejado como constancia de su paso sino extraños monumentos de piedra, túmulos irregulares que contenían las cenizas incineradas de los muertos, y curiosas construcciones de tierra que apuntaban a la lucha prehistórica. El embrujo y misterio de la región, con su siniestra atmósfera de naciones olvidadas, apelaba a la imaginación de mi amigo, quien pasaba gran parte de su tiempo dando largos paseos y sumiéndose en meditaciones solitarias en los páramos. La antigua lengua de Cornualles también había atraído su atención, y recuerdo que se le metió en la cabeza la idea de que era muy similar al caldeo y constituía una derivación directa del lenguaje de los comerciantes de estaño fenicios.

Recibió un envío de libros de filología, y se disponía a consagrarse al desarrollo de su tesis cuando de repente, para pesar mío y alborozo manifiesto de él, nos encontramos, incluso en aquella tierra de sueños, sumergidos en un problema ocurrido a nuestra puerta, más intenso, más absorbente e infinitamente más misterioso que cualquiera de los que nos habían hecho salir de Londres. Nuestra vida sencilla y plácida, nuestra saludable rutina fueron interrumpidas violentamente, y nosotros nos vimos precipitados en el centro de una serie de sucesos que provocaron una excitación extrema no sólo en Cornualles, sino también en toda la parte occidental de Inglaterra. Quizá muchos de mis lectores conserven algún recuerdo de lo que se llamó entonces el “Horror de Cornualles”, aunque a la prensa de Londres no llegó más que un relato muy incompleto del asunto. Ahora, trece años después, voy a dar a conocer públicamente los auténticos detalles de aquel caso inconcebible.

Ya he dicho que unos cuantos campanarios diseminados indicaban la situación de los pueblos que salpicaban aquella parte de Cornualles. El más cercano era la aldea de Tredannick Wollas, donde las casas de unos doscientos habitantes se apiñaban en torno a una iglesia antigua y cubierta de musgo. El vicario de la parroquia, Mr. Roundhay, tenía algo de arqueólogo, y, como tal, había trabado amistad con Holmes. Era un hombre de mediana edad, atractivo y afable, con un caudal considerable de erudición

local. Invitados por él, fuimos un día a tomar el té en la vicaría, conociendo asimismo a Mr. Mortimer Tregennis, un caballero independiente que había incrementado los escasos recursos del sacerdote alquilando habitaciones en su casa espaciosa y destartalada. El vicario, que era soltero, estaba encantado de haber llegado a un acuerdo de este tipo, a pesar de no tener apenas nada en común con su huésped, que era un hombre delgado, moreno, con gafas, y con un encorvamiento de espalda que daba la impresión de una auténtica deformidad física. Recuerdo que durante nuestra corta visita encontramos al vicario locuaz, y a su inquilino extrañamente reservado, con expresión triste, y entregado a la introspección; todo el tiempo permaneció sentado con la mirada perdida, aparentemente absorto en sus propios asuntos.

Esos fueron los dos hombres que entraron abruptamente en nuestra sala de estar el martes 16 de marzo, poco después de la hora del desayuno, cuando estábamos fumando juntos y preparándonos para nuestra excursión diaria por los páramos.

-Mr. Holmes -dijo el vicario, con voz agitada-, durante la noche ha ocurrido un suceso de lo más trágico y extraordinario. Es algo de verdad insólito. No podemos sino considerar como un don de la providencia que esté usted aquí en estos momentos, porque en toda Inglaterra no hay un hombre al que necesitemos más.

Clavé en el intruso vicario una mirada poco amistosa; pero Holmes se quitó la pipa de los labios y se irguió en su silla, como un viejo sabueso que oye el grito de "¡Zorro a la vista!" Señaló el sofá con el dedo, y el palpitante vicario, con su agitado compañero, se sentaron en él, uno junto al otro. Mr. Mortimer Tregennis se dominaba más que el sacerdote, pero el crispamiento de sus manos delgadas y el brillo de sus ojos oscuros delataban la emoción que compartía con éste.

-¿Hablo yo, o lo hace usted? -preguntó al vicario.

-Bueno, como parece ser que es usted quien ha hecho el descubrimiento, sea lo que fuere, y el vicario lo sabe todo de segunda mano, quizá será mejor que hable, Mr. Tregennis -dijo Holmes.

Lancé una mirada al vicario, vestido apresuradamente, a su inquilino, sentado junto a él, ataviado con toda formalidad, y me divirtió la sorpresa que había producido en sus rostros la simple deducción de Holmes.

-Quizá será mejor que diga primero unas palabras -dijo el vicario-, y entonces usted mismo juzgará si prefiere escuchar los detalles de Mr. Tregennis, o salir corriendo sin pérdida de tiempo hacia el escenario de tan misterioso suceso. Explicaré, pues, que nuestro amigo aquí presente pasó la velada de ayer en compañía de sus dos hermanos, Owen y George, y en la de su hermana, Brenda, en su casa de Tredannick Wartha, que está cerca de la vieja cruz de piedra de l páramo. Les dejó poco después de las diez, jugando a cartas en torno a la mesa del comedor, de buen humor y con excelente salud. Esta mañana, como es hombre madrugador, ha salido de paseo en esa dirección antes de desayunar, siendo alcanzado por el coche del doctor Richards, quien le ha explicado que acababan de mandarle llamar urgentemente desde Tredannick Wartha. Como es natural, Mr. Mortimer Tregennis ha ido con él. Al llegar a Tredannick Wartha se ha encontrado

con un estado de cosas extraordinario. Sus tres hermanos estaban sentados en torno a la mesa, tal como él los había dejado, con las cartas aún extendidas ante ellos y las velas consumidas hasta la base. La hermana estaba reclinada en su silla, muerta, con los dos hermanos sentados a cada lado, riendo, gritando y cantando, con la mente totalmente perturbada. Los tres, la mujer muerta y los dos hombres enloquecidos, tenían en el rostro una expresión de horror desaforado, una convulsión de terror que daba miedo mirarla. No había indicios de la presencia de nadie en la casa, excepto de Mrs. Porter, la vieja cocinera y ama de llaves, que ha declarado que durmió profundamente y no oyó ningún ruido durante la noche. No habían robado ni desordenado nada, y no existe ninguna explicación sobre cuál pudo ser la visión espantosa que mató de pánico a una mujer e hizo perder el juicio a dos hombres fuertes. Esta es, en dos palabras, la situación, Mr. Holmes; si puede ayudarnos a esclarecerla habrá realizado un gran trabajo.

Yo esperaba poder engatusar de algún modo a mi compañero para continuar con la vida tranquila que era el objetivo de nuestro viaje; pero una sola mirada a la expresión intensa de su rostro y a sus cejas contraídas me indicaron lo vano de mi esperanza. Estuvo un rato sentado en silencio, absorbido por el extraño drama que había venido a romper nuestra paz.

-Voy a estudiar el asunto -dijo, por fin-. A primera vista, parece tratarse de un caso excepcional. ¿Ha estado ya allí, Mr. Roundhay?

-No, Mr. Holmes. Mr. Tregennis me lo ha contado todo al volver a la parroquia, y al instante hemos corrido a consultarle a usted.

-¿A qué distancia está la casa donde ocurrió esa singular tragedia?

-A una milla tierra adentro, más o menos.

-En ese caso iremos caminando juntos. Pero, antes de salir, he de hacerle unas pocas preguntas, Mr. Mortimer Tregennis.

El interpelado había permanecido callado todo el tiempo, pero yo había observado que su excitación más controlada era incluso superior a la emoción agresiva del clérigo. Estaba sentado con el rostro pálido y contraído, la mirada ansiosa clavada en Holmes, y sus manos delgadas unidas convulsivamente. Sus labios pálidos habían temblado al escuchar la espantosa experiencia que había vivido su familia, y en sus ojos oscuros parecía reflejarse parte del horror de la escena.

-Pregunte lo que quiera, Mr. Holmes -dijo, anhelante-. Es un tema del que se me hace difícil hablar, pero le contestaré la verdad.

-Háble me de la noche pasada.

-Verá, Mr. Holmes; cené allí, como le ha dicho el vicario, y mi hermano mayor, George, propuso luego una partida de Whist. Nos sentamos a jugar a eso de las nueve. Eran sobre las diez y cuarto cuando me puse en pie para marcharme. Les dejé en torno a la

mesa, le más alegres que imaginarse pueda.

-¿Quién salió a despedirle?

-Mrs. Porter ya se había acostado, así que salí yo solo. Cerré la puerta del vestíbulo desde fuera. La ventana del salón estaba cerrada, aunque no habían echado la cortinilla. Esta mañana no había ningún cambio ni en la puerta ni en la ventana, ni tampoco razón para creer que un desconocido había entrado en la casa. Sin embargo allí estaban, totalmente enloquecidos por el terror, y Brenda muerta de miedo, medio reclinada, con la cabeza colgando sobre el brazo de la butaca. En toda mi vida no lograré borrar de mi memoria la escena que he contemplado es esa habitación.

-Los hechos, tal y como usted los presenta, son sin duda extraordinarios -dijo Holmes-. Supongo que no tendrá ninguna teoría propia capaz de explicarlos.

-Es algo demoníaco. Mr. Holmes; ¡demoníaco! -exclamó Mortimer Tregennis-. No es de este mundo. Algo entró en esa habitación, que apagó de un soplo la luz de la razón que había en sus mentes. ¿Qué fuerza humana podría hacer una cosa así?

-Me temo -replicó Holmes- que si el asunto está por encima de la humanidad, también estará por encima mío. Pero en cualquier caso debemos agotar todas las explicaciones naturales antes de apoyarnos en una teoría como ésta. En cuanto a usted, Mr. Tregennis, parece ser que por alguna razón no estaba muy unido a su familia, ya que ellos vivían juntos y usted tiene habitaciones aparte.

-Cierto, Mr. Holmes, aunque todo está pasado y olvidado. Éramos una familia de mineros de estaño de Redruth que vendimos nuestro negocio a una empresa y nos retiramos con dinero suficiente para vivir. No negaré que hubo, al repartir el dinero, ciertas desavenencias que nos mantuvieron distanciados durante un tiempo; pero todo quedó perdonado y arreglado, y ahora éramos los mejores amigos del mundo.

-Volviendo a la velada que pasaron juntos, ¿no ha quedado nada grabado en su memoria que pudiera arrojar luz sobre la tragedia? Piense despacio, Mr. Tregennis; busque cualquier pista que pueda ayudarme.

-No recuerdo nada en absoluto, señor.

-¿Sus hermanos estaban del humor habitual?

-Nunca les vi mejor.

-¿Estaban nerviosos? ¿En algún momento dieron muestras de aprensión ante un peligro inminente?

-No, nada de eso.

-¿Entonces no tiene nada que agregar que pueda serme útil?

Mortimer Tregennis estuvo unos instantes meditando seriamente.

-Sólo se me ocurre una cosa -dijo por fin-. Cuando nos sentamos a la mesa yo me coloqué de espaldas a la ventana y mi hermano George, que era mi compañero en la partida, de cara a ella. Una vez le vi mirar con atención por encima de mi hombro, así que me di la vuelta y me puse a mirar yo también. La cortinilla estaba levantada y la ventana cerrada, pero pude vislumbrar los arbustos del prado, y por un instante me pareció que algo se movía entre ellos. No podría ni siquiera afirmar si era una persona o un animal, sólo sé que había algo allí. Cuando le pregunté a George qué estaba mirando, me comentó que él había tenido la misma sensación. Eso es todo cuanto puedo decirle.

-¿No investigaron?

-No; no nos pareció importante.

-Así que les dejó sin ninguna premonición de la desgracia.

-Ninguna en absoluto.

-No acabo de comprender cómo se ha enterado de la noticia esta mañana temprano.

-Soy muy madrugador, y suelo dar un paseo antes del desayuno. Esta mañana, acababa de salir cuando el doctor me ha alcanzado en su coche. Me ha dicho que la vieja Mrs. Porter le había enviado un chico con un mensaje urgente. He subido de un salto al vehículo y hemos seguido el viaje. Al llegar, hemos entrado en esa estancia espantosa. Las velas y el fuego del hogar debían haberse apagado hacía horas, y ellos habían permanecido sentados en la oscuridad hasta romper el día. El doctor ha dicho que Brenda llevaba muerta por lo menos seis horas. No había señales de violencia. Estaba caída sobre el brazo de su butaca, con aquella expresión en el rostro. George y Owen estaban cantando fragmentos de canciones y gesticulando como dos grandes simios. ¡Oh, qué visión tan horrible! Yo no he podido soportarlo, y el doctor estaba tan blanco como el papel. Incluso se ha desplomado en una silla, como en una especia de desmayo, y casi hemos tenido que atenderle a él también.

¡Extraordinario! ¡Realmente extraordinario! -dijo Holmes, levantándose y asiendo su sombrero-. Creo que quizá lo mejor será ir a Tredannick Wartha sin más dilatación. Confieso que rara vez me he enfrentado con un caso que a primera vista presentara un problema más singular.

Nuestras primeras gestiones no sirvieron apenas para avanzar en la investigación. Pero de todos modos la mañana estuvo marcada, en su mismo inicio, por un incidente que produjo en mi ánimo la más siniestra impresión. Se acerca uno al lugar de la tragedia por un sendero campestre estrecho y serpenteante. Caminábamos por él cuando oímos el traqueteo de un coche que venía hacia nosotros, y nos hicimos a un lado para dejarle paso. Al cruzarse con nosotros pude entrever por la ventanilla cerrada un rostro horriblemente contorsionado y sonriente que se nos quedaba mirando. Aquellos ojos desorbitados y brillantes, y aquellos dientes que rechinaban pasaron junto a nosotros

como una visión espantosa.

-¡Mis hermanos! -exclamó Mortimer Tregennis, lívido hasta los labios-. Se los llevan a Helston.

Nos volvimos para mirar el negro carruaje, que se alejaba dando tumbos. Luego dirigimos nuestros pasos hacia aquella casa malhadada donde les había sorprendido su extraña suerte.

Era una morada espaciosa y llena de luz, más mansión que simple casa de campo, con un jardín de considerable extensión que, con el aire de Cornualles, abundaba ya en flores primaverales. A este jardín se abría la ventana del salón, y, según Mortimer Tregennis, era por allí por donde tenía que haberse acercado el ser maléfico que en un instante, mediante el horror puro, había hecho estallar sus mentes. Holmes caminó despacio y pensativo por entre los tiestos de flores y por el sendero que conducía al porche. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que recuerdo que tropezó contra la regadera, derramó su contenido e inundó nuestros pies y también el sendero del jardín. Ya en la casa salió a recibirnos la anciana ama de llaves cornualles, Mrs. Porter, que con la ayuda de una muchacha joven atendía a las necesidades de la familia. Respondió de buen grado a todas las preguntas de Holmes. No había oído nada durante la noche. Últimamente sus amos habían estado de un humor estupendo, y nunca les había visto tan alegres y prósperos. Se había desmayado de espanto al entrar por la mañana en la estancia y ver aquella reunión espantosa alrededor de la mesa. Tras recuperarse había abierto la ventana de par en par para que pasara el aire, y había ido corriendo hasta el camino principal, desde donde había enviado a un joven granjero en busca del médico. La señorita estaba arriba en su cama, si deseábamos verla. Habían sido necesarios cuatro hombres fuertes para meter a los hermanos en el coche del manicomio. Ella no pensaba permanecer en la casa ni un día más; aquella misma tarde se iría a St. Ives, para reunirse con su familia.

Subimos la escalera y examinamos el cadáver. Miss Brenda Tregennis había sido una muchacha muy bonita, aunque ahora ya había entrado en la madurez. Su rostro de tez oscura y rasgos bien dibujados era hermoso, incluso muerta, aunque aún se adivinaba en él algo de aquella convulsión de horror que había sido su última emoción humana. Desde su dormitorio bajamos al salón donde había ocurrido la extraña tragedia. En la chimenea se apiñaban las cenizas carbonizadas del fuego de la noche. Seguían sobre la mesa las cartas, desparramadas en su superficie. Las butacas habían sido colocadas contra la pared, pero todo lo demás había quedado como la víspera. Holmes recorrió la estancia con paso ligero y rápido; se sentó en las diversas sillas, acercándolas a la mesa y reconstruyendo sus posiciones. Comprobó cuanta extensión de jardín se veía desde allí; examinó el suelo, el techo y la chimenea, pero ni una sola vez percibí aquel súbito brillo en sus ojos ni la contracción de los labios que me indicaban que veía un resquicio de luz en la oscuridad.

-¿Por qué fuego? -preguntó una vez-. ¿Lo tenían siempre encendido en las noches primaverales, en una habitación tan pequeña?

Mortimer Tregennis le explicó que la noche era fría y húmeda. Por esa razón habían

encendido el fuego después de su llegada.

-¿Qué va a hacer ahora, Mr. Holmes? -preguntó.

Mi amigo sonrió y apoyó su mano en mi brazo, diciendo:

-Creo, Watson, que voy a reanudar esas sesiones de envenenamiento por tabaco que usted ha condenado tan frecuente y justamente. Con su permiso, caballeros, vamos a volver a nuestra casa, porque no me parece que aquí vaya a aparecer nada nuevo digno de atención. Voy a dar vueltas en mi cabeza a todos estos hechos, Mr. Tregennis, y si se me ocurre algo desde luego me pondré en contacto con usted y el vicario. Mientras tanto les deseo muy buenos días.

Hasta pasado un buen rato de nuestro regreso a Poldhu Cottage Holmes no rompió su mutismo completo y ensimismado. Permaneció todo ese rato hecho un ovillo en su sillón, con su rostro macilento y ascético apenas visible en el torbellino azul del humo de su tabaco, las oscuras cejas fruncidas, la frente arrugada y la mirada vacía y perdida. Por fin, dejó a un lado su pipa y se puso en pie de un salto.

-Es inútil, Watson -dijo, con una risotada-. Vayamos a caminar juntos por los acantilados en busca de flechas de pedernal. Es más fácil encontrar eso que una pista en este asunto. Hacer trabajar al cerebro sin suficiente material es como acelerar un motor. Acaba estallando en pedazos. Brisa del mar, sol, y paciencia, Watson; todo se andará.

“Ahora definamos con calma nuestra posición -prosiguió mientras bordeábamos juntos los acantilados-. Agarrémonos con firmeza a lo poquísimo que sabemos, para que cuando aparezcan hechos nuevos seamos capaces de colocarlos en sus lugares correspondientes. En primer lugar, daré por sentado que ninguno de los dos está dispuesto a admitir intrusiones diabólicas en los asuntos humanos. Empecemos por borrar por completo de nuestra mente esa posibilidad. Nos quedan pues tres personas que han sido gravemente lastimadas por un agente humano, consciente o inconsciente. Ese es terreno firme. Bien, ¿y cuándo ocurrió eso? Evidentemente, y suponiendo que su relato sea cierto, muy poco después de que Mr. Mortimer Tregennis abandonase la estancia. Ese es un punto muy importante. Hay que presumir que fue sólo unos minutos después. Las cartas aún estaban sobre la mesa. Era ya más tarde de la hora en que solían acostarse, y sin embargo no habían cambiado de posición ni apartado las sillas para levantarse. Repito, pues, que lo que fuera ocurrió inmediatamente después de su marcha, y no después de las once de la noche.

“El siguiente paso obligado es comprobar, dentro de lo posible, los movimientos de Mortimer Tregennis después de abandonar la estancia. No es nada difícil y parecen estar por encima de toda sospecha. Conociendo como conoce mis métodos, habrá advertido, sin duda, la burda estratagema de la regadora, mediante la cual he obtenido una impresión de las huellas de sus pies, más clara que la que habría podido conseguir de otro modo. En el sendero húmedo y arenoso se han dibujado admirablemente. La noche pasada también había humedad, como recordará, y no era difícil, tras obtener un botón de muestra, distinguir sus pisadas entre otras y seguir sus movimientos. Parece que se

alejó rápidamente en dirección de la vicaría.

“Si Mortimer Tregennis había desaparecido de la escena, y alguna persona afectó desde el exterior a los jugadores de cartas, ¿cómo podemos reconstruir a esa persona, y cómo es que infundió en ellos tal sentimiento de horror? Podemos eliminar a Mrs. Porter. Se ve que es inofensiva. ¿Hay alguna evidencia de que alguien se encaramó a la ventana del jardín y de un modo u otro produjo a quienes la vieron un efecto tan terrorífico que les hizo perder la razón? La única sugerencia es esa dirección fue expresada por el mismo Mortimer Tregennis, que afirma que su hermano habló de cierto movimiento en el jardín. Eso es realmente extraño, ya que la noche estaba lluviosa, encapotada y oscura. Cualquiera que tuviera el propósito de asustar a esas personas estaría obligado a aplastar su cara contra el cristal antes de ser visto. Hay un parterre de flores de tres pies fuera de la ventana, y sin embargo no hay en él ni la sombra de una huella. De modo que es difícil imaginar cómo alguien ajeno a la familia pudo producir en los tres hermanos una impresión tan terrible; y por otra parte no hemos hallado ningún móvil para una agresión tan rara y complicada. ¿Se da cuenta de nuestras dificultades, Watson?

-Demasiado bien -respondí, con convicción.

-Y sin embargo, con un poco más de material, quizá demostremos que no son insuperables -dijo Holmes-. Me imagino que entre nuestros abundantes archivos, Watson, encontraríamos algunos casos casi tan oscuros como éste. Mientras tanto, dejaremos el asunto a un lado hasta que consigamos datos más concretos, y consagraremos el resto de la mañana a la persecución del hombre neolítico.

Quizá haya hablado ya del poder de abstracción mental de mi amigo, pero nunca me maravilló tanto como aquella mañana primaveral en Cornualles, cuando se pasó dos horas platicando sobre celtas, puntas de flechas y restos diversos, con tanta despreocupación como si no hubiera un misterio siniestro esperando a ser resuelto. Fue al regresar a casa por la tarde y encontrar a un visitante aguardándonos, cuando nuestras mentes volvieron a concentrarse en el asunto pendiente. Ninguno de los dos necesitamos que nadie nos dijera quién era nuestro visitante. Aquel cuerpo imponente, aquel rostro agrietado y lleno de costurones, de ojos llameantes y nariz de halcón, aquel cabello encrespado que casi rozacepillaba el techo de nuestra casa, aquella barba dorada en las puntas y blanca junto a los labios, salvo por la mancha de nicotina de su cigarrillo perpetuo, aquellos rasgos, en suma, eran tan conocidos en Londres como en África, y sólo podían asociarse con la tremenda personalidad del doctor Leon Sterndale, el gran explorador y cazador de leones.

Habíamos oído hablar de su presencia en la región, y en una o dos ocasiones habíamos percibido su alta silueta en los caminos de los páramos. Sin embargo, ni él hizo nada por trabar conocimiento con nosotros, ni a nosotros se nos había ocurrido trabarlo con él, ya que era del dominio público que era su amor por el recogimiento lo que le impulsaba a pasar la mayor parte de sus intervalos entre una expedición y otra en un pequeño bungalow sepultado en el solitario bosque de Beauchamp Arriance. Allí, con sus libros y sus mapas, llevaba una existencia totalmente solitaria, atendiendo él mismo a sus sencillas necesidades, y prestando en apariencia poca atención a los asuntos de sus

vecinos. Así que fue una sorpresa para mí oírle preguntar a Holmes con voz anhelante si había algo en su reconstrucción del misterioso episodio.

-La policía del condado está totalmente perdida -dijo-; pero quizá su vasta experiencia le haya sugerido alguna explicación verosímil. Mi único derecho a reclamar su confianza es que durante mis muchas residencias aquí he llegado a conocer muy bien a la familia Tregennis (en realidad, podría llamarles primos por línea materna) y su extraño final me ha causado, como es natural, un gran impacto.

“Estaba ya en Plymouth, camino de África, pero me he enterado de la noticia esta mañana y he venido sin pérdida de tiempo para ayudar en la investigación.

Holmes arqueó las cejas.

-¿Y ha perdido el barco por eso?

-Tomaré el próximo.

-¡Caramba, esto sí que es amistad!

-Ya le digo que éramos parientes.

-Sí, sí; primos por parte de madre. ¿Estaba ya su equipaje a bordo?

-Algo de él había, pero la mayor parte estaba en el hotel.

-Comprendo. Pero no creo que el suceso haya sido publicado todavía en los periódicos matutinos de Plymouth.

-No, señor; he recibido un telegrama.

-¿Puedo preguntar de quién?

Una sombra cruzó el demacrado rostro del explorador.

-Es usted muy inquisitivo, Mr. Holmes.

-Es mi trabajo.

Con un esfuerzo, el doctor Sterndale recuperó su enfurruñada compostura.

-No veo objeción para decírselo. Ha sido Mr. Roundhay, el vicario, quién me ha enviado el telegrama que me ha hecho venir.

-Gracias -dijo Holmes-. En respuesta a su original pregunta puedo decirle que aún no tengo la mente clara en relación con el caso, pero abrigo esperanzas de llegar a alguna conclusión. Sería prematuro decir nada más.

-Quizá no le importaría decirme si sus sospechas apuntan en alguna dirección determinada.

-No puedo responder a eso.

-Entonces he perdido el tiempo, y no necesito prolongar mi visita. -El famoso doctor salió de nuestra casa de un patente mal humor, y a los cinco minutos Holmes le siguió.

No volví a verle hasta después del anochecer, cuando volvió con un paso lento y una expresión huraña, que me hicieron comprender que no había progresado mucho en su investigación. Le echó una mirada al telegrama que le aguardaba, y lo tiró al hogar.

-Del hotel de Plymouth, Watson -dijo-. Me ha dado el nombre el vicario, y he telegrafiado para asegurarme de que la historia del doctor Leon Sterndale era cierta. Parece ser que en efecto ha pasado la noche allí, y que ha dejado parte de su equipaje camino a África, y ha vuelto para estar presente en la investigación. ¿Que opina, Watson?

-Que está vivamente interesado.

-Vivamente interesado, sí. Hay en esto un hilo, que aún no hemos sabido encontrar, y que nos guiaría por esta maraña. Anímese, Watson, porque estoy convencido de que aún no ha caído en nuestras manos todo el material necesario. Cuando eso suceda, pronto quedarán atrás nuestras dificultades.

Poco sabía yo entonces lo pronto que se harían realidad las palabras de Holmes, y lo extraño y siniestro que sería el acontecimiento inminente que había de abrir ante nosotros una nueva línea de investigación. A la mañana siguiente, me estaba afeitando junto a la ventana, cuando oí ruido de cascos y, al levantar la vista, vi un dogcart que se acercaba a todo galope por la senda. Se detuvo delante de nuestra puerta, y nuestro amigo el vicario se apeó de él apresuradamente y se acercó corriendo por el sendero de nuestro jardín. Holmes ya estaba vestido, y ambos salimos prestos a recibirle.

Nuestro visitante estaba tan excitado que apenas podía articular palabra, pero por fin, entre jadeos y estallidos, salió la trágica historia de sus labios.

-¡Estamos poseídos por el diablo, Mr. Holmes! ¡Mi pobre parroquia está poseída por el diablo! -gritó-. ¡El mismísimo Satanás anda suelto por ella! ¡Nos tiene en sus manos! - En su agitación iba bailando de un lado para otro, salvándose sólo del ridículo por su rostro ceniciento y sus ojos desorbitados. Por fin nos disparó la terrible noticia.

-Mr. Mortimer Tregennis ha muerto durante la noche, con idénticos síntomas que el resto de su familia.

Holmes se puso en pie de un salto, todo energía en un instante.

-¿Cabríamos los dos en su dogcart?

-Sí.

-Entonces, Watson, tendremos que posponer el desayuno. Mr. Roundhay, estamos a su entera disposición. Deprisa, deprisa, antes de que revuelvan las cosas.

El huésped ocupaba en la vicaría dos habitaciones, situadas una encima de la otra, que formaban una de las esquinas. La de abajo era una amplia sala de estar y la de arriba el dormitorio. Daban a un terreno de croquet que se prolongaba hasta las mismas ventanas. Nosotros llegamos antes que el médico y la policía, así que todo estaba intacto. Permítaseme describir la escena tal y como la vimos aquella mañana de marzo envuelta en bruma. Ha dejado una impresión imborrable en mi memoria.

La atmósfera en la estancia era de asfixia horrible y deprimente. La criada que entró primero abrió la ventana, de lo contrario aún habría sido más intolerable. Aquel ahogo podía deberse en parte a que en la mesa central había una lamparilla ardiendo y humeando. Junto a ella estaba sentado el muerto, apoyado en su silla, con la escueta barba proyectada hacia fuera, los lentes subidos a la frente y el rostro, enjuto y moreno, vuelto hacia la ventana y convulsionando por el mismo rictus de terror que había marcado los rasgos de su difunta hermana. Tenía los miembros contorsionados y los dedos retorcidos como si hubiera muerto en un auténtico paroxismo de miedo. Estaba totalmente vestido, aunque algunos indicios mostraban que lo había hecho con prisas. Sabíamos ya que había dormido en su cama y que le había sobrevenido su trágica muerte a primera hora de la mañana.

Podía adivinarse la energía al rojo vivo que se ocultaba debajo del exterior flemático de Holmes, con sólo observar el cambio brusco que se operaba en él al entrar en el fatal apartamento. En un instante se puso tenso y alerta, con los ojos brillantes, el rostro rígido y los miembros temblando de actividad febril. Salió al césped, entró por la ventana, recorrió la sala de estar y subió al dormitorio, como el osado sabueso registra la madriguera. Dio un rápido vistazo por el dormitorio y acabó de abrir la ventana, lo que pareció proporcionarle un nuevo motivo de excitación, ya que se asomó a ella con sonoras exclamaciones de interés y júbilo. A continuación bajó la escalera apresuradamente, salió por la ventana abierta, se tiró boca abajo en el césped, se puso en pie de un salto y volvió a entrar en la estancia, todo ello con la energía de un cazador que le pisa los talones a la pieza. Examinó la lamparilla, que era de las corrientes, con minucioso cuidado y tomando ciertas medidas en su depósito. Hizo, con su lupa, un puntilloso escrutinio de la pantalla de talco que recubría la parte superior de la misma, y rascó algunas cenizas que había adheridas a su superficie, poniendo algunas de ellas en un sobre, que acto seguido se guardó en su cuaderno de bolsillo. Por fin, en el momento en que hacían su aparición el médico y la policía oficial, llamó aparte al vicario y salimos los tres al césped.

-Me complace decirles que mi investigación no ha sido del todo estéril -comentó-. No puedo quedarme para discutir el asunto con la policía, pero le agradeceré mucho, Mr. Roundhay, que le presente mis saludos al inspector y dirija su atención hacia la ventana del dormitorio y la lamparilla de la sala de estar. Son sugerentes, por separado, y juntas casi concluyentes. Si la policía necesita más información, me sentiré muy honrado de recibirles en mi casa. Y ahora, Watson, creo que aprovecharemos mejor el tiempo en

otro lugar.

Quizá a la policía le molestara la intrusión de un aficionado, o quizá imaginase haber encontrado por sí sola una esperanzadora línea de investigación; el caso es que nada supimos de ella en los dos días siguientes. Durante los mismos, Holmes pasó una parte de su tiempo en casa, fumando y ensimismado, pero una parte mucho mayor la consagró a dar largos paseos por el campo, siempre solo, regresando después de muchas horas sin comentar dónde había estado. Un experimento me sirvió para comprender su línea de investigación.

Se había comprado una lamparilla idéntica a la que ardía en el dormitorio de Mortimer Tregennis la mañana de la tragedia. La llenó con el mismo aceite que se utilizaba en la vicaría, y cronometró con exactitud el tiempo que tardaba en consumirse. También realizó otro experimento de cariz más desagradable, que no creo que consiga olvidar nunca.

-Observará, Watson -comentó una tarde- que sólo hay un punto común de similitud entre los distintos informes que nos han llegado. Se trata del efecto producido por la atmósfera de ambas estancias en las personas que primero entraron en ellas. Recordará que Mortimer Tregennis, al describir el episodio de su última visita a casa de sus hermanos, nos contó que el doctor se desplomó sobre una silla al entrar al salón. ¿Lo había olvidado? Bueno, pues yo le aseguro que ocurrió así. Recordará también que Mrs. Porter, el ama de llaves, nos dijo que había desfallecido al entrar en la estancia y luego había abierto la ventana. En nuestro segundo caso (el de Mortimer Tregennis), no puede haber olvidado la terrible sensación de asfixia que producía el aposento cuando llegamos nosotros, a pesar de que la criada había abierto la ventana. Esa misma criada, según averigüé luego, se había encontrado tan mal que había tenido que acostarse. Admitirá, Watson, que todos estos hechos son muy sugerentes. En ambos casos tenemos evidencias de una atmósfera envenenada. En ambos casos también, tenemos una combustión en la sala: un fuego en el primero, y una lamparilla en el segundo. El fuego había sido necesario, pero la lamparilla fue encendida (como demostrará una comparación con el aceite consumido) mucho después del alba. ¿Por qué? Sin duda porque existe una relación entre las tres cosas; la combustión, la atmósfera asfixiante y la muerte o locura de esos desdichados. Eso está claro, ¿no?

-Así parece.

-Por lo menos podemos aceptarlo como una hipótesis probable. Supongamos, pues, que en ambos casos quemaron algo que produjo una atmósfera de extraños efectos tóxicos. Muy bien. En el salón de los hermanos Tregennis esa sustancia fue colocada en la chimenea. La ventana estaba cerrada, pero como es natural, parte del humo se perdió por el cañón de la chimenea. De ahí que los efectos del veneno quedasen más atenuados que en el otro caso, donde era más difícil que se escaparan los vapores. El resultado parece indicar que fue así, ya que en el primer caso la mujer, que presumiblemente tenía un organismo más sensible, fue la única que murió, siendo los otros presa de esa demencia pasajera o permanente que es, sin duda, el primer efecto de la droga. En el segundo caso el resultado fue completo. De modo que los hechos parecen corroborar la

teoría del veneno activado por combustión.

“Con este hilo de razonamiento en mente registré la habitación de Mortimer Tregennis, buscando restos de la sustancia venenosa. El lugar más obvio era la pantalla o guardahumos de la lamparilla. Allí, como era de esperar, vi cierto número de cenizas escamosas, y alrededor de los bordes una orla de polvo amarronado que aún no se había consumido. Como sin duda observó, me guardé en un sobre la mitad de esas cenizas.

-¿Por qué la mitad, Holmes?

-Mi querido Watson, no soy quién para interponerme en el camino de la policía oficial. Les dejo la misma evidencia que encontré yo. El veneno quedó en el talco, si fueron lo bastante sagaces para encontrarlo. Y ahora, Watson, encendamos nuestra lamparilla, aunque tomaremos la precaución de abrir antes la ventana, para evitar la defunción precoz de dos meritorios miembros de la sociedad; usted se sentará en un sillón, cerca de la ventana abierta a no ser que, como persona sensata, decida que no tiene nada que ver con este asunto. ¡Oh! ¿Así que quiere ver qué pasa? Sabía que conocía bien a mi Watson. Colocaré esta silla frente a la suya, de forma que quedemos a la misma distancia del veneno, cara a cara. Dejaremos la puerta entreabierta. Ahora estamos ambos en una posición que nos permite vigilar al otro e interrumpir el experimento si los síntomas nos parecen alarmantes. ¿Está todo claro? Bien. Entonces, sacaré el polvillo, o lo que queda de él, del sobre, y lo dejaré encima de la lamparilla encendida. ¡Así! Ahora, Watson, sentémonos y esperemos acontecimientos.

No tardaron en producirse. Apenas me había arrellanado en mi asiento, cuando llegó hasta mí un olor intenso, almizcleño, sutil y nauseabundo. A la primera bocanada mi cerebro y mi imaginación perdieron por completo el control. Ante mis ojos se arremolinó una nube densa y negra, y mi mente me dijo que en aquella nube, aún imperceptible, pero dispuesto a saltar sobre mis sentidos consternados, se ocultaba, al acecho, todo cuanto había en el universo de vagamente horrible, monstruoso e inconcebiblemente perverso. Había formas imprecisas arremolinándose y nadando en el oscuro banco de nubes, todas ellas amenazas y advertencias de algo que iba a ocurrir, del advenimiento en el umbral de un morador inefable, cuya sola sombra haría estallar mi alma. Se apoderó de mí un terror glacial. Sentía que el pelo se me erizaba, los ojos se me salían de las órbitas, la boca se me abría y la lengua se me ponía como el cuero. Tenía tal torbellino en mi mente que sabía que algo iba a estallar. Intenté gritar, y tuve una vaga conciencia de un gruñido ronco, que era mi propia voz, pero que sonaba distante e independiente de mí. En aquel momento, al hacer un débil esfuerzo por escapar, mi vista se abrió paso en aquella nube de desesperanza, y se posó un instante en la cara de Holmes, blanca, rígida, y contraída de horror: la misma expresión de que había visto en los rasgos de los fallecidos. Fue aquella visión lo que me proporcionó unos segundos de cordura y fuerza. Salí disparado de mi asiento, rodeé a Holmes con los brazos y juntos franqueamos, dando tumbos, la puerta; al instante siguiente nos habíamos dejado caer sobre el césped y yacíamos uno junto al otro, conscientes sólo de los gloriosos rayos solares que se filtraban bruscamente a través de la demoníaca nube de terror que nos había envuelto. Esta última se fue levantando de nuestras almas, igual que la niebla del paisaje, hasta que regresaron la paz y la razón, y nos sentamos en la hierba, enjugándonos las frentes pegajosas, y escudriñándonos el uno al otro, para

descubrir, con temor, las últimas huellas de la terrible experiencia que acabábamos de vivir.

-¡Por todos los cielos, Watson! -dijo Holmes por fin, con voz insegura-; le debo mi agradecimiento y también una disculpa. Era un experimento injustificado incluso para mí solo, así que doblemente para un amigo. Le aseguro que lo siento de veras.

-Ya sabe -respondí, algo emocionado, porque hasta entonces Holmes nunca me había dejado entrever tanto su corazón-, que es para mí una alegría y un gran privilegio ayudarle.

En seguida volvió a encauzarse en la vena mitad humorística y mitad cínica que constituía su actitud habitual con quienes le rodeaban, y dijo:

-Sería superfluo hacernos enloquecer, mi querido Watson. Cualquier observador cándido declararía sin duda ninguna que ya lo estábamos antes de embarcarnos en un experimento tan irracional. Confieso que no imaginaba que sus efectos fueran tan repentinos y graves. -Entró a toda prisa en la casa, y apareció de nuevo sujetando la lamparilla, que aún quemaba, con el brazo extendido, y la tiró a un zarzal-. Hemos de esperar un poco a que se ventile la habitación. Supongo, Watson, que no le quedará ni una sombra de duda sobre cómo se produjeron las tragedias.

-Ninguna en absoluto.

-Pero el móvil sigue siendo tan oscuro como antes. Vayamos hasta esa glorieta y discutamos juntos el asunto. Ese preparado infernal parece estar aún metido en mi garganta. Creo que hemos de admitir que toda la evidencia apunta hacia Mortimer Tregennis, el cual podría haber sido el criminal en la primera tragedia y la víctima en la segunda. Debemos recordar, en primer lugar, que existe una historia de pelea familiar, con reconciliación posterior, aunque ignoramos hasta qué punto fue cruda la pelea o superficial la reconciliación. Cuando pienso en Mortimer Tregennis, con su cara de zorro y sus ojillos astutos y brillantes agazapados detrás de sus gafas, no veo en él a un hombre predispuesto a perdonar. En segundo lugar, tengamos presente que esa idea de que había algo moviéndose en el jardín, que distrajo de momento nuestra atención de la auténtica causa de la tragedia, surgió de él. Tenía un motivo para desorientarnos. Y por último, si no fue él quien echó esa sustancia al fuego en el momento de abandonar la estancia, ¿quien lo hizo? El suceso ocurrió inmediatamente después de su marcha. Si hubiera entrado alguna otra persona, sin duda la familia se habría levantado de la mesa. Y además, en el pacífico Cornualles no llegan visitas pasadas las diez de la noche. Así que podemos afirmar que todas nuestras evidencias señalan a Mortimer Tregennis como culpable.

-¡Entonces su muerte fue un suicidio!

-Bueno, Watson, a primera vista no es una suposición absurda. Un hombre sobre cuya alma pesaba el haber condenado a su familia a un final como éste podría, llevado por el remordimiento, infligirse ese final a sí mismo. Sin embargo, existen poderosas razones en contra. Por fortuna, hay un hombre en Inglaterra que lo sabe todo, y lo he dispuesto

todo para que podamos oír los hechos de sus labios esta misma tarde. ¡Ah! Llega con un poco de adelanto. Le ruego que venga por aquí, doctor Leon Sterndale. Hemos estado realizando dentro un experimento químico, que ha dejado la habitación poco adecuada para la recepción de tan distinguido visitante.

Oí el rechinar de la verja del jardín y apareció en el camino la figura majestuosa del gran explorador de África. Se volvió algo sorprendido hacia la rústica glorieta donde estábamos sentados.

-Me ha hecho llamar, Mr. Holmes. He recibido su nota hará una hora, y aquí me tiene, aunque en realidad no sé por qué he de obedecer a su requerimiento.

-Quizá podamos aclarar ese punto antes de separarnos -dijo Holmes-. Mientras tanto, le agradezco sinceramente su cortés aquiescencia. Discúlpenos por esta recepción informal al aire libre, pero mi amigo Watson y yo hemos estado a punto de aportar nuevo material para un nuevo capítulo de lo que los periódicos llaman el "Horror de Cornualles", y de momento preferimos una atmósfera limpia. Quizá, ya que los asuntos que tenemos que discutir le afectan personalmente y de forma muy íntima, será mejor que hablemos donde no puedan oírnos.

El explorador se apartó el cigarro de los labios y miró a mi compañero con severidad.

-No acabo de comprender, señor -dijo-, de qué puede tener que hablarme que me afecte personalmente y de forma muy íntima.

-Del asesinato de Mortimer Tregennis -dijo Holmes.

Por un momento deseé estar armado. La cara fiera de Sterndale se tornó purpúrea, sus ojos centellearon y sus venas, agarrotadas y apasionadas, se le abultaron en la frente, mientras daba un salto adelante, hacia mi amigo, con los puños cerrados. Entonces se detuvo y con un esfuerzo violento adoptó una actitud de calma fría y rígida, que quizá presagiaba más peligro que su vehemente arrebato.

-He vivido tanto tiempo entre salvajes y fuera de la ley -dijo-, que me he acostumbrado a hacerme la ley yo mismo. Le suplico, Mr. Holmes, que no lo olvide, porque no deseo causarle ningún daño.

-Tampoco yo tengo deseos de causarle daño a usted, Dr. Sterndale. La mejor prueba de ello está en que, sabiendo lo que sé, le he hecho llamar a usted y no a la policía.

Sterndale se sentó jadeante, intimidado quizá por primera vez en su aventurera vida. En las maneras de Holmes había una serena afirmación de fuerza, a la que no podía uno sustraerse. Nuestro visitante estuvo unos instantes balbuceando, cerrando y abriendo las manazas con agitación.

-¿Qué quiere decir? -preguntó por fin-. Si es un farol, Mr. Holmes, ha escogido al hombre equivocado para su experimento. Dejémonos ya de andarnos por las ramas.

¿Qué quiere decir?

-Voy a decírselo -respondió Holmes- y la razón por la que se lo digo es que espero que la franqueza engendre franqueza. Mi próximo paso dependerá por entero de la naturaleza de su defensa.

-¿Mi defensa?

-Sí, señor.

-¿Mi defensa contra qué?

-Contra la acusación de haber asesinado a Mortimer Tregennis.

Sterndale se secó la frente con el pañuelo.

-Por vida mía, está usted progresando -dijo-. ¿Dependen todos sus éxitos de su prodigiosa capacidad para farolear?

-Es usted -dijo Holmes, con tono severo- quien está faroleando, doctor Sterndale, no yo. Como prueba le expondré algunos de los hechos sobre los que se basan mis conclusiones. De su regreso desde Plymouth, dejando que gran parte de sus pertenencias zarparan sin usted rumbo a África, diré tan sólo que fue lo primero que me hizo comprender que era usted uno de los factores a tener en cuenta en la reconstrucción de este drama...

-Volví...

-He escuchado sus razones y me parecen fútiles y poco convincentes. Pero pasemos eso por alto. Vino aquí a preguntarme de quién sospechaba. Me negué a contestar. A continuación, fue a la vicaría, estuvo un rato esperando fuera, y por fin volvió a su casa.

-¿Cómo lo sabe?

-Le seguí.

-No vi a nadie.

-Eso es lo que le sucederá siempre que sea yo quien le siga. Pasó en su casa una noche inquieta, y fraguó cierto plan, que puso en práctica a primera hora de la mañana. Abandonó su morada al alba y se llenó el bolsillo de una gravilla rojiza que había amontonada junto a su puerta.

Sterndale dio un respingo violento y miró atónito a Holmes.

-Luego recorrió a toda prisa la milla que le separaba de la vicaría. Llevaba, si me permite la observación, el mismo par de zapatos de tenis con suela acanalada que calza en este momento. Ya en la vicaría, cruzó la huerta y el seto lateral, saliendo debajo de la

ventana del inquilino Tregennis. Era ya pleno día, pero todos dormían en la casa. Se sacó del bolsillo parte de la gravilla, y la lanzó contra la ventana superior.

Sterndale se puso en pie de un salto, y exclamó:

-¡Creo que es usted el mismísimo diablo!

Holmes sonrío al oír el cumplido, y prosiguió.

-Tuvo que tirar dos puñados o quizá tres, antes de que el inquilino saliera por la ventana. Le hizo señal de bajar. Él se vistió apresuradamente y descendió a la sala de estar. Usted entró por la ventana. Sostuvieron una breve entrevista, durante la cual usted estuvo caminando de un lado a otro de la estancia. Luego salió, cerrando la ventana, y se quedó en el césped de fuera fumando un cigarro y observando lo que ocurría. Por fin, tras la muerte de Tregennis, se retiró por donde había venido. Y ahora, doctor Sterndale; ¿cómo justifica esa conducta, y cuales son los motivos por los que actuó como lo hizo? Si miente o trata de jugar conmigo, le aseguro que este asunto pasará a otras manos definitivamente.

A nuestro visitante se le había puesto la cara cenicienta mientras escuchaba las palabras de su acusador. Estuvo un rato sentado meditando, con el rostro oculto entre las manos. Luego, con un súbito gesto impulsivo, se sacó una fotografía del bolsillo superior y la tiró sobre la mesa rústica que teníamos delante.

-Este es mi motivo -dijo.

En ella aparecía el rostro y el busto de una mujer muy hermosa. Holmes se inclinó para verla, y dijo:

-Brenda Tregennis.

-Sí, Brenda Tregennis -repitió nuestro visitante-. La he amado durante años, Y durante años me ha amado ella a mí. Ese es el secreto de mi recogimiento en Cornualles que tanto sorprende a la gente: me ha acercado a la única persona en el mundo que quería de verdad. No podía casarme con ella, porque tengo ya esposa; aunque me abandonó hace años, por culpa de las deplorables leyes inglesas, no puedo divorciarme. Brenda estuvo años esperando. Yo estuve años esperando. Y todo para llegar a este final. -Un terrible sollozo sacudió su corpulenta masa, y se oprimió la garganta con la mano por debajo de su barba moteada. Luego, haciendo un esfuerzo, se dominó y siguió hablando.

-El vicario lo sabía. Era nuestro confidente. Él le diría que Brenda era un ángel bajado a la tierra. Por eso me telegrafió y regresé. ¿Qué me importaban ni mi equipaje ni Africa al enterarme de que la mujer amada había muerto de aquella manera? Ahí tiene la clave que le faltaba para explicar mi acto, Mr. Holmes.

-Prosiga -dijo mi amigo.

El doctor Sterndale se sacó del bolsillo un paquetito de papel y lo depositó sobre la

mesa. En el exterior había escrito: “Radix pedis diaboli”, con una etiqueta roja de veneno debajo. Empujó el paquetito hacia mí.

-Tengo entendido que es usted médico, señor. ¿Ha oído hablar alguna vez de este preparado?

-¡Raíz del pie del diablo! No, nunca he oído hablar de él.

-Eso no va en menoscabo de su erudición profesional, porque creo que, exceptuando una muestra en un laboratorio de Buda, no existe ningún otro espécimen en Europa. Todavía no ha tenido acceso ni a la farmacopea ni a los libros de toxicología. Su raíz tiene forma de pie, mitad humano, mitad caprino; de ahí el nombre fantástico que le dio un misionero botánico. Es utilizada como veneno probatorio por los brujos de ciertas regiones del oeste de Africa, que la guardan en secreto. Obtuve este espécimen en circunstancias extraordinarias, en el país de los Ubanghi. -Abrió el papel mientras hablaba, mostrándonos un montoncito de un polvillo parduzco, similar al rapé.

-¿Y bien, señor? -preguntó Holmes con tono grave.

-Voy a contarle lo ocurrido, Mr. Holmes, porque es tanto lo que ya sabe que evidentemente me interesa que lo sepa todo. Ya le he explicado mi relación con la familia Tregennis. Por la hermana era amable con los tres varones. Hubo una pelea por dinero que causó el alejamiento de Mortimer, pero pareció que las cosas se arreglaban y volví a tratarme con él como con los otros. Era un hombre taimado, sutil y calculador, y observé en él algunos detalles que despertaron mis sospechas; pero no tenía motivo para un enfrentamiento.

“Un día, hace un par de semanas, vino a visitarme y le mostré algunas de mis curiosidades africanas. Entre otras, le enseñé este polvillo y le hablé de sus extrañas propiedades, de cómo estimula los centros cerebrales que controlan la emoción del miedo y cómo la muerte o la locura es la suerte que corre el infortunado indígena que es sometido a un juicio probatorio por el sacerdote de la tribu. Le conté también lo impotente que es la ciencia europea para detectarlo. No puedo decirles de qué forma se lo apropió porque no salí de la estancia; pero no hay duda de que mientras yo estaba abriendo armarios y encorvándome sobre cajas, se las ingenió para sustraer parte de la raíz del pie del diablo. Recuerdo bien que me acosó a preguntas relativas a la cantidad y tiempo necesarios para que surtiese efecto, pero ni por un instante imaginé que pudiera tener razones personales para querer saber todo aquello.

“No pensé más en el asunto hasta recibir en Plymouth el telegrama del vicario. El rufián pensaba que yo estaría mar adentro antes de que se publicase la noticia, y que permanecería años perdido en África. Pero volví en seguida. Desde luego, no pude escuchar los detalles sin quedar convencido de que se había utilizado mi veneno. Vine a verle de rondón, por si se le había ocurrido cualquier otra explicación. Pero no podía haberla. Sabía que Mortimer Tregennis era el asesino; que por dinero, y quizá con la idea de que si los demás miembros de su familia enloquecían se convertiría en el único administrador de sus bienes conjuntos, había usado contra ellos el polvo del pie del diablo, causando la demencia de dos de ellos, y la muerte de su hermana Brenda, el

único ser humano al que he amado y que me ha correspondido. Ese era su crimen; ¿cuál había de ser su castigo?

"¿Debía recurrir a la justicia? ¿Dónde estaban mis pruebas? Sabía que los hechos eran ciertos, ¿pero lograría hacer creer aquella historia fantástica a un jurado de campesinos? Quizá sí y quizá no; y no podía permitirme fracasar. Mi alma clamaba venganza. Ya le he dicho antes, Mr. Holmes, que he pasado gran parte de mi vida fuera de la ley, y que he acabado por hacérmela yo a mi manera. Y eso fue lo que hice esta vez. Decidí que debía compartir el destino que había infligido a otros. O eso, o le ajusticiaría con mis propias manos. En toda Inglaterra no hay en estos momentos un solo hombre que le tenga menos aprecio a su existencia que yo a la mía.

"Ahora ya sabe todo. Usted mismo ha explicado el resto. Como ha dicho, tras una noche sin descanso, salí por la mañana temprano de mi casa. Previ la dificultad de despertarle, así que recogí grava del montón que ha mencionado, y la utilicé para tirarla contra la ventana. Él bajó y me dio entrada por la ventana de la sala de estar. Le expuse su crimen y le dije que venía como juez y como verdugo. El desdichado se hundió paralizado en una silla al ver mi revólver. Encendí la lamparilla, puse el polvillo sobre ella y permanecí junto a la ventana, dispuesto a cumplir mi amenaza de disparar si trataba de abandonar la estancia. Murió a los cinco minutos. ¡Dios mío! ¡Y cómo murió! Pero mi corazón fue de piedra, porque no soportó nada que mi amada Brenda no hubiera sentido antes que él. Esa es mi historia, Mr. Holmes. Quizá si amase a alguna mujer habría hecho lo mismo. En cualquier caso, estoy en sus manos. Puede dar los pasos que le plazca. Como ya le he dicho, no hay ningún ser viviente que pueda temer menos a la muerte que yo.

Holmes permaneció un rato sentado en silencio.

-¿Qué planes tenía? -preguntó, por fin.

-Tenía la intención de sepultarme en el centro de África. Mi trabajo allí está a medio acabar.

-Vaya a acabarlo -dijo Holmes-. Yo, por lo menos, no pienso impedírselo.

El doctor Sterndale irguió su figura gigantesca, hizo una grave reverencia, y se alejó de la glorieta. Holmes encendió su pipa y me alargó su tabaquera, diciendo:

-No nos vendrán mal, para variar, unos vapores que no sean venenosos. Creo que estará de acuerdo, mi querido Watson, en que no es éste un caso en el que tengamos que interferir. Nuestra investigación ha sido independiente, y también lo serán nuestras acciones. ¿Va usted a denunciar a ese hombre?.

-Por supuesto que no -respondí.

-Nunca he amado, Watson, pero supongo que si lo hubiese hecho y el objeto de mi amor hubiera tenido un final como éste, habría actuado igual que nuestro ilegal cazador de leones. ¿Quién sabe? Bueno, Watson, no ofenderé a su inteligencia explicándole lo que

ya es obvio. La gravilla en el alféizar de la ventana fue, desde luego, el punto de partida de mis pesquisas. No había nada que encajara con ella en el jardín de la vicaría. Sólo cuando el doctor Sterndale y su casa atrajeron mi atención di con el complemento que me faltaba. La lamparilla encendida en pleno día y los restos del polvillo en la pantalla fueron eslabones sucesivos de una cadena bastante clara. Y ahora, mi querido Watson, creo que podemos borrar este caso de nuestras memorias y reanudar con la conciencia limpia el estudio de esas raíces caldeas que sin duda encontraremos en la ramificación de Cornualles de la fantástica lengua céltica.

El pulgar del ingeniero

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Entre todos los problemas presentados a mi amigo el señor Sherlock Holmes para que les diera solución, durante los años de nuestra relación, hubo sólo dos en los que yo fui el medio de introducción: el del pulgar del señor Hatherley y el de la locura del coronel Warburton. De ellos, el último pudo haber proporcionado mejor campo para un observador agudo y dotado de originalidad, pero el otro fue tan extraño en su comienzo y tan dramático en sus detalles, que bien puede ser el más merecedor de quedar registrado por escrito, aunque diera a mi amigo menos oportunidades para practicar aquellos métodos deductivos de razonamiento con los que conseguía tan notables resultados. Según creo, la historia ha sido explicada más de una vez en los periódicos, pero, como ocurre con todas estas narraciones, su efecto es mucho menos chocante cuando se presenta en bloque, en una sola media columna de letra impresa, que cuando los hechos se desenvuelven lentamente ante nuestros ojos y el misterio se aclara de manera gradual, a medida que cada nuevo descubrimiento representa un caso más que conduce a la completa verdad. En su momento, las circunstancias me causaron una profunda impresión, y el paso de dos años apenas ha podido debilitar sus efectos.

En el verano de 1889, poco después de mi matrimonio, ocurrieron los acontecimientos que ahora me dispongo a resumir. Yo había vuelto a practicar la medicina civil y había abandonado finalmente a Holmes en sus habitaciones de Baker Street, aunque le visitaba continuamente y a veces incluso le persuadía para que abandonara sus hábitos bohemios hasta el punto de venir él a visitarnos. Mi clientela había aumentado con toda regularidad y, puesto que yo vivía a poca distancia de la estación de Paddington, conseguí unos cuantos pacientes entre sus empleados. Uno de éstos, al que le había curado una enfermedad tan dolorosa como persistente, no se cansaba de pregonar mis talentos, ni de procurar enviarme todo enfermo sobre el cual él tuviera alguna influencia.

Una mañana, poco antes de las siete, me despertó la sirvienta al golpear mi puerta, para anunciarme que habían llegado de Paddington dos hombres y que esperaban en la sala de consulta. Me vestí apresuradamente, pues sabía por experiencia que los casos que afectaban a usuarios del ferrocarril rara vez eran triviales, y me apresuré a bajar. Aún me encontraba en la escalera cuando mi fiel aliado, el guarda, salió de la sala de consulta y cerró con cuidado la puerta tras él.

-Lo tengo aquí -susurró, señalando con su pulgar por encima del hombro-. Está bien.

-¿De que se trata? -pregunté, pues su actitud sugería que hablaba de alguna extraña criatura a la que hubiera encerrado en la sala.

-Es un nuevo paciente -murmuró-. He pensado que lo mejor era traerlo yo mismo, ya que de este modo no podría escabullirse. Y aquí está, totalmente sano y salvo. Ahora debo marcharme, doctor, pues yo tengo mis obligaciones, lo mismo que usted.

Y diciendo esto, aquel fiable individuo se retiró, sin darme tiempo siquiera para expresarle mi agradecimiento.

Entré en mi gabinete de consulta y encontré un caballero sentado ante la mesa. Iba vestido discretamente con un traje de mezclilla de lana y había dejado sobre mis libros una gorra de tela. Un pañuelo, todo él manchado de sangre, envolvía su mano. Era un hombre joven, de no más de veinticinco años, hubiera asegurado yo, con un rostro enérgico y varonil, pero estaba muy pálido.

Me dio la impresión de ser víctima de una intensa agitación que sólo dominaba recurriendo a toda su energía.

-Siento haberle hecho levantar tan temprano, doctor -dijo-, pero durante la noche he sufrido un accidente muy grave. He llegado esta mañana en tren y, al preguntar en Paddington dónde podía encontrar un médico, un buen hombre me ha acompañado hasta aquí. He dado una tarjeta a la criada, pero veo que la ha dejado sobre la mesita.

La tomé para examinarla. «Víctor Hatherley. Ingeniero de obras hidráulicas. Victoria Street, 16 A, 3er. Piso.»

Tales eran el nombre, la profesión y el domicilio de mi visitante matinal.

-Lamento haberle hecho esperar -le dije, sentándome en el sillón de mi biblioteca-. Acaba usted de realizar un viaje nocturno, por lo que tengo entendido, y esto no deja de ser obviamente una ocupación monótona.

-¡Pero es que a mi noche nadie puede calificarla de monótona! -respondió él, y se echó a reír.

Se rió con ganas, con una nota aguda y penetrante, repantigándose en su silla y estremeciéndose de la cabeza a los pies. Todo mi instinto médico se alzó contra esta risa.

-¡Basta! -grité-. ¡Domínese!

Le serví un poco de agua de una garrafa, pero de nada sirvió. Era presa de uno de aquellos arrebatos histéricos que se apoderan de una naturaleza vigorosa cuando acaba de pasar por una fuerte crisis. Finalmente, volvió a recuperar el control sobre sí mismo, pero se mostró muy fatigado y al mismo tiempo se sonrojó intensamente.

-Me he puesto en ridículo -jadeó.

-En absoluto. ¡Bébase esto!

Añadí un poco de brandy al agua y empezó a reaparecer el color en sus mejillas exangües.

-¡Ya me encuentro mejor! -dijo-. Y ahora, doctor, quizá tenga usted la bondad de echar un vistazo a mi pulgar, o, mejor dicho, al lugar donde estaba antes.

Retiró el pañuelo y extendió la mano. Incluso mis nervios endurecidos notaron un escalofrío cuando la miré. Había cuatro dedos extendidos y una horrible superficie roja y esponjosa allí donde había estado el pulgar. Éste había sido seccionado o arrancado directamente desde sus raíces.

-¡Cielo santo! -exclamé-. Esto es una herida terrible. Ha de haber sangrado muchísimo.

-Ya lo creo. Me desmayé al hacérmela, y creo que permanecí largo tiempo sin sentido. Cuando volví en mí, descubrí que todavía sangraba, por lo que até un extremo de mi pañuelo estrechamente en torno a la muñeca y lo aseguré con un palito.

-¡Excelente! Usted hubiera podido ser cirujano.

-Es cuestión de hidráulica, como usted sabe, y entraba en mi especialidad.

-Esto lo ha hecho -dije, examinando la herida- un instrumento muy pesado y afilado.

-Algo así como un cuchillo de carnicero -repuso.

-¿Un accidente, supongo?

-En modo alguno.

-¿Cómo, una agresión criminal?

-Y tan criminal.

-Me horroriza usted.

Apliqué una esponja a la herida, la limpié, la curé y, finalmente, la cubrí con una almohadilla de algodón y vendajes tratados con ácido carbólico. Él lo aguantó sin parpadear, aunque de vez en cuando se mordiera el labio.

-¿Qué tal? -le pregunté cuando hube terminado.

-¡Magnífico! Entre su brandy y su vendaje, me siento como nuevo. Estaba muy débil, pero tengo que hacer muchas cosas.

-Tal vez sea mejor que no hable del asunto. Es evidente que pone a prueba sus nervios.

-Oh, no, nada de esto ahora. Tendré que contar lo sucedido a la policía, pero le diré, entre nosotros, que si no fuera por la convincente evidencia de esta herida, me

sorprendería que dieran crédito a mi declaración, pues es realmente extraordinaria y, como pruebas, no dispongo de gran cosa con que respaldarla. Y aunque lleguen a creerme, las pistas que yo pueda darles son tan vagas que dudo de que llegue a hacerse justicia.

-¡Ajá! -exclamé-. Si se trata de algo así como un problema que usted desea ver resuelto, debo recomendarle encarecidamente que vea a mi amigo el señor Sherlock Holmes antes de ir a la policía oficial.

-He oído hablar de ese señor -contestó mi visitante-. Mucho me alegraría que se hiciera cargo del asunto, aunque, desde luego, debo hacer uso también de la policía oficial. ¿Me dará una carta de presentación para él?

-Haré algo mejor. Yo mismo le acompañaré a visitarlo.

-Le quedaré inmensamente reconocido por ello.

-Llamaremos un coche de alquiler e iremos juntos. Llegaremos justo a tiempo para compartir con él un ligero desayuno. ¿Se siente usted con ánimos?

-Si, y no me consideraré tranquilo hasta haber contado mi historia.

-Entonces mi criada llamará un coche y yo estaré con usted al instante.

Subí apresuradamente al primer piso, expliqué el asunto a mi esposa, en pocas palabras, y cinco minutos después me instalé en el interior de un coche de alquiler que me condujo, junto con mi nuevo conocido, a Baker Street.

Como yo me había figurado, Sherlock Holmes se encontraba en su sala de estar, en bata, entregado a la lectura de la columna de anuncios de personas desaparecidas en The Times, y fumando su pipa anterior al desayuno, que se componía de todos los residuos que habían quedado de las pipas fumadas el día anterior, cuidadosamente secados y reunidos en una esquina de la repisa de la chimenea. Nos recibió con su actitud discreta pero cordial, pidió más huevos y lonchas de tocino ahumado, y se unió a nosotros en un copioso refrigerio. Una vez concluido el mismo, instaló a nuestro nuevo cliente en un sofá, le puso un cojín debajo de la cabeza y colocó un vaso con agua y brandy a su alcance.

-Es fácil ver que su experiencia no ha tenido nada de vulgar, señor Hatherley -le dijo-. Por favor, siga echado aquí y considérese absolutamente en su casa. Díganos lo que pueda, pero deténgase cuando esté fatigado y reponga sus fuerzas con un poco de estimulante.

-Gracias -dijo mi paciente-, pero me siento otro hombre desde que el doctor me hizo la cura, y creo que su desayuno ha completado el restablecimiento. Le robaré tan poco como sea posible de su valioso tiempo, por lo que pasaré a explicarle en seguida mi peculiar experiencia.

Holmes se acomodó en su butacón, con los párpados caídos y la expresión de cansancio que velaban su carácter vivo y fogoso, mientras yo me sentaba ante él, y escuchamos en

silencio la extraña historia que nuestro visitante procedió a referirnos.

-Deben saber -dijo- que soy huérfano y soltero, y que vivo solo en una pensión de Londres. Tengo la profesión de ingeniero especializado en hidráulica, y conseguí una experiencia considerable en mi trabajo con mis siete años de aprendizaje en Venner and Matheson, la reputada empresa de Greenwich. Hace dos años, cumplido mi periodo de prácticas y tras haber conseguido una sustanciosa suma de dinero debido a la muerte de mi pobre padre, decidí establecerme por mi cuenta y alquilé un despacho profesional en Victoria Street.

»Supongo que todo el que da sus primeros pasos, como independiente en el mundo de los negocios, pasa por una dura experiencia. Para mí lo ha sido y con carácter excepcional. Durante tres años, me han hecho tres consultas y se me ha confiado un trabajo de poca monta, y esto es absolutamente todo lo que me ha aportado mi profesión. Mis ingresos brutos ascienden a veintisiete libras con diez chelines. Cada día, de las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, esperaba en mi pequeña oficina, hasta que finalmente empecé a perder el ánimo y llegué a creer que jamás conseguiría hacerme una clientela.

»Ayer, sin embargo, precisamente cuando pensaba abandonar el despacho, entró mi dependiente para anunciarme que esperaba un caballero que deseaba verme por cuestiones de negocio. Me entregó también una tarjeta con el nombre «Coronel Lysander Stark» grabado en ella. Pisándole los talones entró el propio coronel, un hombre de talla más que mediana pero de una excesiva delgadez. No creo haber visto nunca un hombre tan flaco. Toda su cara se afilaba para formar nariz y barbilla, y la piel de sus mejillas se tensaba con fuerza sobre sus huesos prominentes. No obstante, este enflaquecimiento parecía cosa natural en él, sin que se debiera a enfermedad alguna, pues tenía los ojos brillantes, su paso era firme y su oído muy fino. Vestía con sencillez pero pulcramente, y su edad, diría yo, se acercaba más a los cuarenta que a los treinta.

»-¿El señor Hatherley? -dijo con un vestigio de acento alemán-. Usted me ha sido recomendado, señor Hatherley, como un hombre que no sólo es eficiente en su profesión, sino además discreto y capaz de guardar un secreto.

»Me sentí tan halagado como podría sentirse cualquier joven ante semejante introducción.

»-¿Puedo preguntarle quién le ha dado tan buenas referencias? -inquirí.

»-Tal vez sea mejor que de momento no le diga esto. Sé, a través de la misma fuente, que es usted a la vez huérfano y soltero, y que vive solo en Londres.

»-Es exacto -respondí-, pero me excusará si le digo que no acierto a distinguir qué tiene que ver todo esto con mis calificaciones profesionales. Me ha parecido entender que usted deseaba hablar conmigo acerca de una cuestión profesional.

»-Indudablemente, pero comprobará que todo lo que yo digo tiene algo que ver con el asunto. Reservo para usted un encargo profesional, pero es esencial que usted guarde absoluto secreto, ¿me entiende? Como es lógico, esto lo podemos esperar más bien de

un hombre que vive solo que de otro que viva en el seno de su familia.

»-Si yo prometo guardar un secreto -dije-, pueden estar totalmente seguros de que así lo haré.

»Me miró con gran fijeza mientras yo hablaba, y a mí me pareció que nunca había visto unos ojos tan suspicaces e inquisitivos.

»-¿Lo promete, pues?

»-Sí, lo prometo.

»-¿Un silencio absoluto, completo, antes, durante y después? ¿Ninguna referencia al asunto, tanto oral como por escrito?

»-Ya le he dado mi palabra.

»-Muy bien.

»Se levantó de pronto y, cruzando como un rayo la pequeña oficina, abrió la puerta de par en par. Afuera, el pasillo estaba vacío. Todo va bien -dijo al regresar-. Sé que los empleados se muestran a veces curiosos con los asuntos de sus amos. Ahora podemos hablar con toda seguridad. Colocó su silla muy cerca de la mía y empezó a contemplarme de nuevo con la misma mirada interrogante y pensativa. Una sensación de repulsión, junto con algo similar al temor, había empezado a surgir en mi interior ante la extraña actitud de aquel hombre descarnado. Ni siquiera mi temor a perder un cliente pudo impedirme que le mostrase mi impaciencia.

»-Le ruego que explique lo que desea, caballero -le dije-. Mi tiempo es valioso.

»Que el cielo me perdone esta frase, señor Holmes, pero así acudieron las palabras a mis labios.

»-¿Qué le parecerían cincuenta guineas por una noche de trabajo? -preguntó el coronel Stark.

»-Me parecerían muy bien.

»-Digo una noche de trabajo, pero hablar de una hora seria más exacto. Deseo simplemente su opinión sobre una máquina estampadora hidráulica que no funciona como es debido. Si nos indica dónde radica el defecto, pronto lo arreglaremos nosotros mismos. ¿Qué me dice de un encargo como éste?

»-El trabajo parece llevadero y la paga generosa.

»-Así es. Queremos que venga usted por la noche, en el último tren.

»- ¿Adónde?

»-A Eyford, en el Berkshire. Es un pueblecillo cercano a los límites del Oxfordshire y a

siete millas de Reading. Sale un tren desde Paddington que le dejará allí a eso de las once y cuarto.

»-Muy bien.

»-Vendré a buscarlo en un coche.

»-¿Hay qué hacer un trayecto en coche, pues?

»-Sí, nuestro pueblecillo queda adentrado en la campiña. Está a sus buenas siete millas de la estación de Eyford.

»-Entonces dudo de que podamos llegar a él antes de medianoche. Supongo que no habrá ningún tren de vuelta y me veré obligado a pasar allí la noche.

»-Si, pero podemos improvisarle una cama.

»-Esto resulta muy inconveniente. ¿No podría acudir a una hora más oportuna?

»-Hemos considerado que llegue usted tarde. Precisamente, para compensarle por cualquier inconveniente, le pagamos, pese a ser un joven desconocido, unos honorarios como los que requeriría una opinión por parte de algunas de las figuras más descollantes de su profesión. No obstante, si prefiere retirarse del negocio, no es necesario decirle que hay tiempo de sobra para hacerlo.

»Pensé en las cincuenta guineas y en lo muy útiles que podían serme.

»-De ningún modo -contesté-. Con mucho gusto me acomodaré a sus deseos, pero me agradaría comprender algo más claramente lo que desea usted que haga.

»-Desde luego. Es muy natural que el compromiso de secreto que hemos obtenido de usted haya suscitado su curiosidad. No pretendo que se comprometa a nada antes de que lo haya visto todo ante sus ojos. Supongo que aquí estamos totalmente a salvo de curiosos capaces de escuchar detrás de las puertas, ¿no es así?

»-Totalmente.

»-Entonces he aquí el asunto. Usted sabe probablemente que la tierra de batán es un producto valioso y que en Inglaterra sólo se encuentra en uno o dos lugares.

»-He oído decirlo.

»-Hace algún tiempo compré una pequeña propiedad, una finca pequeñísima, a diez millas de Reading, y tuve la suerte de descubrir que en uno de mis campos había un filón de tierra de batán.

»Al examinarlo, sin embargo, observé que ese filón era relativamente pequeño y que constituía un enlace entre dos mucho más grandes a la derecha y a la izquierda, aunque ambos se encontraban en terrenos de mis vecinos. Esa buena gente ignoraba totalmente que sus tierras contenían lo que era tan valioso como una mina de oro. Como es natural,

a mí me interesaba comprar sus tierras antes de que descubriesen su auténtico valor, pero desgraciadamente yo no disponía de capital que me permitiera hacerlo. No obstante, revelé el secreto a unos pocos amigos y ellos me sugirieron que explotáramos muy discretamente nuestro pequeño filón, y ello nos permitiría adquirir los campos vecinos. Y esto es lo que hemos estado haciendo durante algún tiempo, y con el fin de que nos ayudara en nuestras operaciones montamos una prensa hidráulica. Como ya le he explicado, esta prensa se ha estropeado y deseamos que usted nos aconseje al respecto. Pero nosotros guardamos celosamente nuestro secreto, porque si llegara a saberse que vienen ingenieros a nuestra propiedad, pronto se desataría la curiosidad y entonces, si se averiguase la verdad, adiós a toda posibilidad de conseguir aquellos campos y llevar a la práctica nuestros planes. Por esto yo le he hecho prometer que no dirá a nadie que va a Eyford esta noche. Espero haberme explicado con toda claridad.

»-Le entiendo perfectamente -aseguré-. El único punto que no acierto a comprender es qué servicio puede prestarles una prensa hidráulica para excavar tierra de batán, que, según tengo entendido, se extrae de un pozo, como la gravilla.

»-Si -repuso él con indiferencia-, pero es que nosotros tenemos un proceso propio. Comprimimos la tierra en forma de ladrillos a fin de sacarlos sin revelar lo que son. Pero esto es un mero detalle. Acabo de hacerle objeto de toda mi confianza, señor Hatherley, y le he demostrado hasta qué punto confío en usted. -Se levantó mientras hablaba-. Le esperaré, pues, en Eyford a las once y cuarto.

»-No dude de que estaré allí.

»-Y ni una sola palabra a nadie -dijo, dirigiéndome una última y prolongada mirada inquisitiva, y acto seguido, dando a mi mano un húmedo y frío apretón, salió presuroso de la oficina.

»Bien, cuando pude recapacitar con sangre fría me sentí estupefacto, como ustedes pueden pensar, ante aquel encargo repentino que me había sido confiado. Por un lado, como es natural, me alegraba, pues los honorarios eran como mínimo diez veces superiores a los que hubiera pedido de haber fijado yo precio a mis servicios, y cabía la posibilidad de que este encargo condujera a otros. Por otro lado, el rostro y la actitud de mi cliente me habían causado una desagradable impresión, y no me parecía que sus explicaciones sobre la tierra de batán bastaran para explicar la necesidad de que yo llegara allí a medianoche ni su extrema ansiedad respecto a la posibilidad de que yo hablara con alguien de mi misión. Sin embargo, deseché todos mis temores, despaché una buena cena, tomé un coche de punto hasta Paddington y di comienzo a mi viaje, tras haber obedecido al pie de la letra mi compromiso de guardar silencio.

»En Reading tuve que cambiar, no sólo de vagón, sino también de estación, pero llegué a tiempo para abordar el último tren con destino a Eyford. Poco después de las once me personé en la pequeña y mal iluminada estación. Fui el único pasajero que se apeó en ella y en el andén no había más que un soñoliento mozo de equipajes con una linterna. Pero al traspasar el portillo vi que mi visitante de la mañana me esperaba entre las sombras al otro lado. Sin pronunciar palabra, aferró mi brazo y me hizo subir apresuradamente a un carruaje cuya puerta había quedado abierta. Subió las ventanillas de ambos lados, dio un golpecito en la estructura de madera y partimos con toda la

rapidez que podía conseguir el caballo.

-¿Un caballo? -intervino Holmes.

-Sí, sólo uno.

-¿Se fijó en el color?

-Si, lo vi a la luz de los faroles laterales cuando yo subía al carruaje. Color castaño,

-¿Aspecto fatigado o fresco?

-Fresco y pelo reluciente.

-Gracias. Siento haberle interrumpido. Le ruego que prosiga su interesantísima narración.

-Emprendimos la marcha, pues, y corrimos al menos durante una hora. El coronel Lysander Stark había dicho que el trayecto sólo era de siete millas, pero yo creería, a juzgar por el promedio que parecíamos llevar y por el tiempo que empleamos, que debían de ser más bien unas doce. Sentado a mi lado, él guardó silencio en todo momento, y advertí más de una vez, al mirar en su dirección, que tenía la vista clavada en mi con gran intensidad. Las carreteras rurales no parecían muy buenas en aquella parte del mundo, pues los baches imprimían un traqueteo terrible. Traté de mirar a través de las ventanas para ver algo de los alrededores, pero eran cristales esmerilados y sólo pude distinguir el resplandor borroso y ocasional de alguna luz ante la que pasábamos. De vez en cuando, me aventuraba a hacer alguna observación para quebrar la monotonía del viaje, pero el coronel sólo contestaba con monosílabos y la conversación no tardaba en extinguirse. Finalmente, sin embargo, las asperezas de la carretera se convirtieron en la crujiente regularidad de un camino de grava, y el carruaje se detuvo. El coronel Lysander Stark se apeó de un salto y, al seguirlo yo, me empujó en seguida hacia un porche que se abría ante nosotros. De hecho, nos apeamos del coche para entrar directamente en el vestíbulo, de modo que no me fue posible dirigir la menor mirada a la fachada de la casa. Apenas hube cruzado el umbral, la puerta se cerró pesadamente a nuestra espalda y oí el leve traqueteo de las ruedas al alejarse el carruaje.

»Dentro de la casa reinaba una oscuridad absoluta y el coronel buscó en vano cerillas, mientras rezongaba para sus adentros, pero de pronto se abrió una puerta al otro lado del pasillo y una larga y dorada franja de luz avanzó en nuestra dirección. La franja se ensanchó y apareció una mujer que sostenía una lámpara encendida por encima de su cabeza y avanzaba el cuello para mirarnos. Pude ver que era hermosa y, por el brillo que la luz producía en su vestido oscuro, comprendí que éste era de un género de gran calidad. Dijo unas palabras en un idioma extranjero y en el tono de quien hace una pregunta, y cuando mi acompañante contestó con un brusco monosílabo, ella experimentó tal sobresalto que la lámpara estuvo a punto de caérsele de la mano. El coronel Stark se acercó a ella y le quitó la lámpara, murmurándole algo al oído, y después, empujándola hacia el cuarto del que había salido, avanzó de nuevo hacia mí con la lámpara en la mano.

»-Le ruego que tenga la bondad de esperar unos minutos en esta habitación -me dijo,

abriendo otra puerta. Era una habitación pequeña, discreta, amueblada con sencillez, con una mesa redonda en el centro, en la que había esparcidos varios libros en alemán. El coronel Stark puso la lámpara sobre un armario que había junto a la puerta-. No le haré esperar mucho tiempo -me aseguró, y se desvaneció en la oscuridad.

»Examiné los libros y, a pesar de mi ignorancia del idioma alemán, pude ver que dos de ellos eran tratados científicos y los otros volúmenes de poesía. Entonces me dirigí hacia la ventana, esperando poder echar un vistazo al paisaje rural, pero la cubría un porticón de madera de roble asegurado con recios barrotes. Era una casa asombrosamente silenciosa. Un reloj antiguo dejaba oir un ruidoso tictac en algún lugar del pasillo, pero aparte dc esto reinaba por doquier una quietud mortal. Una vaga sensación de intranquilidad empezó a apoderarse de mí. ¿Quiénes eran aquellos alemanes, y qué hacían en un lugar tan extraño y aislado? ¿Y dónde estaba ese lugar? A unas diez millas de Eyford era todo lo que sabía yo, pero si era al norte, al sur, al este o al oeste, no tenía la menor idea. En este aspecto, Reading, y acaso otras poblaciones importantes, se encontraba dentro de este radio, de modo que tal vez el lugar no estuviera tan aislado, después de todo. No obstante, a juzgar por aquella quietud absoluta no cabía duda de que estábamos en el campo. Paseé de un lado a otro de la habitación, entonando una cancioncilla entre dientes para mantener el ánimo y pensando que me estaba ganando cumplidamente las cincuenta guineas de mis honorarios.

»De pronto, y sin ningún sonido preliminar en medio del profundo silencio, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. La mujer se perfiló en la abertura, con la oscuridad del vestíbulo detrás de ella, mientras la luz amarillenta de mi lámpara iluminaba su bellísima y angustiada cara. Pude ver en seguida que estaba aterrorizada, y esta visión provocó también un escalofrío en mi corazón. Mantenía en alto un dedo tembloroso para pedirme silencio y murmuró unas cuantas palabras entrecortadas en un inglés vacilante, con unos ojos como los de un caballo asustado, mirando hacia atrás, hacia las tinieblas a su espalda.

»-Yo me iría -dijo, procurando, según me pareció, hablar con calma-. Yo me iría. Yo no me quedaría aquí. quedarse no es bueno para usted.

»-Pero, señora -repuse-, todavía no he hecho lo que me ha traído aquí. No puedo marcharme sin haber visto la máquina.

»-No merece la pena que espere -insistió ella-. Puede salir por la puerta y nadie se lo impedirá.

»Entonces, al ver que yo sonreía y meneaba la cabeza negativamente, abandonó toda compostura y dio un paso adelante, con las manos entrelazadas.

»-¡Por el amor de Dios! -exclamó-. ¡Márchese de aquí antes de que sea demasiado tarde!

»Pero por naturaleza soy un tanto obstinado y más me empeño en hacer algo cuando se tercia algún obstáculo. Pensé en mis cincuenta guineas, en mi fatigoso viaje y en la desagradable noche que parecía esperarme. ¿Iba a ser todo a cambio de nada? ¿Por qué tenía yo que escabullirme sin haber realizado mi misión y sin cobrar lo que se me debía? Que yo supiera, aquella mujer bien podía ser una monomaniaca. Con una firme postura,

por consiguiente, aunque la actitud de ella me había impresionado más de lo que yo quisiera admitir, seguí denegando con la cabeza e insistí en mi intención de quedarme. Estaba ella a punto de reanudar sus súplicas cuando arriba se cerró ruidosamente una puerta y se oyeron los pasos de varias personas en la escalera. Ella escuchó unos instantes, alzó las manos en un gesto de desesperación y desapareció tan súbitamente como silenciosamente se había presentado.

»Los recién llegados eran el coronel Lysander Stark y un hombre bajo y grueso, con una barba hirsuta que crecía en los pliegues de su doble papada y que me fue presentado como el señor Ferguson.

»-Es mi secretario y administrador -explicó el coronel-. A propósito, yo tenía la impresión de haber dejado la puerta cerrada hace unos momentos. Temo que le haya molestado la corriente de aire.

»-Al contrario -repliqué-, yo mismo la he abierto, porque este cuarto me parecía un poco cerrado.

»Me lanzó una de sus miradas suspicaces.

»-Pues tal vez sea mejor que pongamos manos a la obra -dijo-. El señor Ferguson y yo le acompañaremos a ver la máquina.

»-Entonces será mejor que me ponga el sombrero.

»-No vale la pena, pues está aquí en la casa.

»-¿Cómo? ¿Extraen tierra de batán en la misma casa?

»-No, no. La máquina sólo se emplea cuando comprimimos la tierra. ¡Pero esto poco importa!

Lo único que deseamos es que la examine y nos diga qué le pasa.

»Subimos los tres, el coronel delante con la lámpara y detrás el obeso administrador y yo. Era una casa vieja y laberíntica, con corredores, pasillos, estrechas escaleras de caracol y puertas pequeñas y bajas, cuyos umbrales mostraban la huella de las generaciones que los habían cruzado. No había alfombras ni señales de mobiliario más arriba de la planta baja y, en cambio, el estuco se estaba desprendiendo de las paredes y la humedad se filtraba formando manchones de un feo color verdoso. Yo procuraba mostrar una actitud tan despreocupada como me era posible, pero no había olvidado las advertencias de la dama, aunque las dejara de lado, y mantenía una mirada vigilante sobre mis dos acompañantes. Ferguson parecía ser un hombre malhumorado y silencioso, pero, por lo poco que dijo, supe que era por lo menos compatriota mío.

»El coronel Lysander Stark se detuvo por fin ante una puerta baja, cuya cerradura abrió. Había al otro lado un cuarto pequeño y cuadrado, en el que los tres difícilmente podíamos entrar al mismo tiempo. Ferguson se quedó afuera y el coronel me hizo entrar.

»-De hecho -dijo-, nos encontramos ahora dentro de la prensa hidráulica, y seria

particularmente desagradable para nosotros que alguien la pusiera en marcha. El techo de este cuartito es en realidad el extremo del pistón descendente, y baja con la fuerza de muchas toneladas sobre este suelo metálico. Afuera, hay unos pequeños cilindros laterales de agua que reciben la presión y que la transmiten y multiplican de la manera que a usted le es familiar. La máquina se pone en marcha, pero hay una cierta rigidez en su funcionamiento y ha perdido algo de su potencia. Tenga la bondad de examinarla y de explicarnos cómo podemos repararla.

»Me entregó su lámpara y yo inspeccioné detenidamente la máquina. Era, desde luego, una prensa gigantesca, capaz de ejercer una presión enorme. Cuando pasé al exterior, sin embargo, y accioné las palancas que la controlaban, supe en seguida, por un ruido siseante, que había una ligera fuga que permitía una regurgitación del agua a través de uno de los cilindros laterales. Un examen mostró que una de las bandas de goma que rodeaban el cabezal de una de las barras impulsoras se había encogido y no cubría por completo el cilindro a lo largo del cual trabajaba. Tal era, claramente, la causa de la pérdida de potencia, y así lo indiqué a mis acompañantes, que escucharon muy atentamente mis observaciones e hicieron varias preguntas concretas sobre lo que debían hacer para reparar la prensa. Una vez se lo hube explicado, volví a la cámara principal de la máquina y le eché un buen vistazo para satisfacer mi curiosidad.

»Al momento resultaba obvio que la historia de la tierra de batán no era más que un embuste, pues resultaba absurdo suponer que se pudiera destinar una máquina tan potente a una finalidad tan inadecuada. Las paredes eran de madera, pero el suelo consistía en una gran plancha de hierro, y cuando la examiné detenidamente pude ver sobre ella una costra formada por un poso metálico. Me había agachado y la raspaba para saber exactamente qué era, cuando oí una sorda exclamación en alemán y vi la faz cadavérica del coronel que me miraba desde arriba.

»-¿Qué está haciendo aquí? -pregunto.

»Yo estaba indignado por haberme dejado engañar por una historia tan rebuscada como la que me había contado.

»-Estaba admirando su tierra de batán -repliqué-. Creo que podría aconsejarle mejor respecto a su máquina, si supiera exactamente con qué propósito ha sido utilizada.

»Apenas había pronunciado estas palabras, lamenté la franqueza de las mismas. El rostro del coronel pareció endurecerse y una luz amenazadora bailó en sus ojos grises.

»-Muy bien -dijo-, pues va a saberlo todo acerca de ella.

»Dio un paso atrás, cerró de golpe la puertecilla y dio vuelta a la llave en la cerradura. Me precipité hacia ella y forcejeé con la manija, pero era una puerta muy segura y no cedió en lo más mínimo, pese a mis patadas y empujones.

»-¡Oiga! -grité-. ¡Oiga, coronel! ¡Déjeme salir!

»Y entonces, en el silencio, oyóse de pronto un ruido que hizo agolpar la sangre en mi cabeza. Era el chasquido metálico de las palancas y el silbido del escape en el cilindro. Había puesto la máquina en marcha. La lámpara se encontraba todavía en el suelo

metálico, donde la había colocado al inspeccionarlo. Su luz me permitió ver que el negro techo descendía sobre mí, lentamente y a sacudidas, pero, como nadie podía saber mejor que yo, con una fuerza que al cabo de un minuto me habría reducido a una papilla informe. Me abalancé, chillando, contra la puerta y forcejeé con la cerradura. Imploré al coronel que me dejara salir, pero el implacable ruido de las palancas sofocó mis gritos. El techo se encontraba tan sólo a tres o cuatro palmos de mi cabeza; levanté la mano y pude palpar su dura y áspera superficie. Acudió entonces a mi mente la idea de que la condición dolorosa de mi muerte dependería muchísimo de la posición con la que yo la esperase; si me echaba boca abajo el peso gravitaría sobre mi columna vertebral. Me estremecía al pensar en el espantoso chasquido al romperse. Tal vez resultara más fácil hacerlo al revés, pero ¿tendría la sangre fría necesaria para contemplar, echado, aquella mortal sombra negra que descendía, oscilante, sobre mí? Ya no me era posible mantenerme de pie, cuando mi vista captó algo que devolvió un soplo de esperanza a mi corazón.

»He dicho que, aunque el suelo y el techo eran de hierro, las paredes eran de madera. Al dar una última y apresurada mirada a mí alrededor, vi una fina línea de luz amarilla entre dos de las tablas, línea que se ensanchó más y más al correrse hacia atrás un pequeño panel. Por un instante apenas pude creer que hubiese de veras una puerta que me alejara de la muerte. Un momento después, me lancé a través de la abertura y me desplomé, medio desmayado, al otro lado de ella. El panel se había cerrado de nuevo detrás de mí, pero la rotura de la lámpara y, momentos después, el choque entre las dos planchas metálicas, me indicaron bien a las claras que había escapado por los pelos.

»Me hizo volver en mí un frenético tirón en mi muñeca, y me encontré echado en el suelo de piedra de un estrecho corredor, con una mujer agachada que tiraba de mí con la mano izquierda, mientras sostenía una vela con la derecha. Era la misma buena amiga cuya advertencia había despreciado con tanta imprudencia.

»-¡Vamos, vamos! -exclamó casi sin aliento-. Estarán aquí dentro de un momento y descubrirán su ausencia. ¡Por favor, no pierda un tiempo tan precioso y venga!

»Esta vez, al menos, no eché en saco roto su consejo. Me levanté, tambaleándome, y corrí con ella a lo largo del pasillo, para bajar después por una escalera de caracol. Esta conducía a otro pasillo ancho y, apenas llegamos a él, oímos el ruido de pies que corrían y gritos de dos voces -una que contestaba a la otra- desde la planta en que nos encontrábamos y desde el piso de abajo. Mi guía se detuvo y miró a su alrededor, como la persona que llega al término de sus recursos. Abrió entonces una puerta que daba a un dormitorio, a través de cuya ventana la luna brillaba espléndidamente.

»-Es su única posibilidad -dijo-. Es alto, pero tal vez usted sea capaz de saltar.

»Mientras hablaba, se dejó ver una luz en el extremo más distante del pasillo, y vi la magra silueta del coronel Lysander Stark que corría hacia nosotros con una linterna en una mano y un arma parecida a un cuchillo de carnicero en la otra. Crucé precipitadamente el dormitorio, abrí de par en par la ventana y miré al exterior. El jardín no podía parecer más tranquilo, agradable y acogedor a la luz de la luna, y la altura no podía superar los quince pies. Trepé al alféizar pero vacilé antes de saltar, hasta haber oído lo que pasaba entre mi salvadora y el malvado que me perseguía. Si la maltrataba, yo estaba dispuesto, a cualquier precio, a correr en su ayuda. Apenas acababa de

imponerse este pensamiento en mi mente, cuando él ya se encontraba en la puerta, forcejeando con la mujer para abrirse camino, pero ella le rodeó con los brazos y trató de contenerlo.

»-¡Fritz! ¡Fritz! -gritó. Y en inglés le dijo-: Recuerda lo que prometiste la última vez. Dijiste que no volvería a pasar. ¡El no hablará! ¡Te digo que no hablará!

»-¡Estás loca, Elise! -gritó él a su vez, luchando para desprenderse de ella-. Será nuestra ruina. Ha visto demasiado. ¡Déjame pasar, te digo!

»La empujó a un lado y, precipitándose hacia la ventana, me atacó con su pesada arma. Yo había atravesado la ventana y me sujetaba con ambas manos, colgando del alféizar, cuando descargó su golpe. Noté un dolor sordo, mis manos se distendieron y caí al jardín.

»Me sentí conmocionado pero no lesionado por la caída, de modo que me levanté y eché a correr con todas mis fuerzas a través de los matorrales, pues comprendía que todavía distaba mucho de poder considerarme fuera de peligro. Sin embargo, mientras corría me invadió de pronto una violenta sensación de mareo, acompañada de náuseas. Miré mi mano, que experimentaba dolorosas pulsaciones, y vi entonces, por primera vez, que mi pulgar había sido seccionado y que la sangre brotaba de mi herida. Me las arreglé para atar mi pañuelo a su alrededor, pero noté un repentino zumbido en mis oídos y un momento después yacía entre los rosales, víctima de un profundo desmayo.

»No me es posible decir cuánto tiempo permanecí inconsciente. Debió de ser mucho tiempo, pues al volver en mí la luna se había puesto y despuntaba ya una radiante mañana. Mis ropas estaban empapadas por el rocío y la manga de mi chaqueta manchada por la sangre procedente de mi pulgar amputado. El dolor que sentía en la herida me recordó en un instante todos los detalles de mi aventura nocturna, y me puse en pie con la sensación de que muy difícilmente podía estar a salvo de mis perseguidores. Pero, con gran asombro por mi parte, cuando me decidí a mirar a mi alrededor, no había ni casa ni jardín a la vista. Había estado tumbado junto a un seto próximo a la carretera; un poco más abajo había un edificio de construcción baja y alargada que, al aproximarme, resultó ser la misma estación a la que yo había llegado la noche anterior. De no ser por la fea herida en mi mano, todo lo ocurrido durante aquellas terribles horas bien hubiera podido ser una pesadilla.

»Medio aturdido, entré en la estación y pregunte por el tren de la mañana. Habría uno con destino a Reading antes de una hora. Observé que estaba de servicio el mismo mozo de estación al que vi cuando llegué yo, y le pregunté si había oído hablar del coronel Lysander Stark. El nombre le era desconocido. ¿No había observado, la noche antes, un carruaje que me estaba esperando? No, no lo había visto. ¿Había un puesto de policía cerca de allí? Había uno, a unas tres millas de distancia.

»Era demasiado trecho para mí, débil y enfermo como me sentía. Decidí esperar hasta volver a la ciudad antes de contarle mi historia a la policía. Eran poco más de las seis cuando llegué, de modo que lo primero que hice fue pedir que me curasen la herida y después el doctor ha tenido la amabilidad de traerme aquí. Pongo el caso en sus manos y haré exactamente lo que usted me aconseje.

Los dos permanecimos sentados y en silencio un buen rato, después de oír su extraordinaria narración. Finalmente, Sherlock Holmes extrajo de la estantería uno de los gruesos libros de aspecto corriente en los que colocaba sus recortes.

-Hay aquí un anuncio que le interesará -dijo-. Apareció en todos los periódicos hace cosa de un año. Escuche esto: «Desaparecido, a partir del nueve del corriente, Jeremiah Haydling, de veintiséis años, ingeniero de obras hidráulicas. Salió de su domicilio a las diez de la noche y desde entonces no se ha sabido de él. Vestía... » ¡Ajá! Esto indica la última vez, sospecho, que el coronel necesitó reparar su máquina.

-¡Cielos! -exclamó el paciente-. Entonces, esto explica lo que dijo la joven.

-Indudablemente. Está bien claro que el coronel es un hombre frío y desesperado, absolutamente decidido a que nada le obstaculice el camino en su juego, como aquellos piratas encallecidos que no dejaban ningún superviviente en el barco que capturaban. Bien, ahora cada momento es precioso, por lo que, si usted se siente con fuerzas para ello, iremos en seguida a Scotland Yard como preliminar a nuestra visita a Eyford.

Unas tres horas después nos encontrábamos todos en el tren, en el trayecto desde Reading hasta el pueblecillo de Berkshire. Éramos Sherlock Holmes, el ingeniero de obras hidráulicas, el inspector Bradstreet de Scotland Yard, un agente de paisano y yo. Bradstreet había desplegado un mapa del condado sobre el asiento y con un compás se dedicaba a trazar un círculo con Eyford como centro.

-Ya ven ustedes -dijo-. Este círculo ha sido trazado con un radio de diez millas respecto al pueblo. El lugar que nos interesa debe de estar próximo a esta línea. ¿Dijo diez millas, verdad, señor?

-Fue una hora de trayecto bien larga.

-¿Y usted cree que le llevaron de nuevo al punto de partida, cuando estaba inconsciente? -Tuvieron que hacerlo. Tengo también el confuso recuerdo de haber sido levantado y conducido a alguna parte.

-Lo que no logro comprender -dije yo- es por qué le respetaron la vida cuando lo encontraron desmayado en el jardín. Tal vez el villano se ablandó ante las súplicas de la mujer.

-Esto no me parece nada probable. En toda mi vida he visto un rostro más inexorable.

-Muy pronto aclararemos todo esto -aseguró Bradstreet-. Bien, yo he dibujado mi circulo, y lo único que desearía saber es en qué punto se puede encontrar a la gente que andamos buscando.

-Creo que yo podría señalarlo -manifestó tranquilamente Holmes.

-¿De veras? -exclamó el inspector-. ¿De modo que ya se ha formado su opinión? Vamos a ver quien está de acuerdo con usted. Yo digo que está al sur, pues la campiña allí está más solitaria.

-Y yo digo al este -aventuró mi paciente.

-Yo me inclino por el oeste -observó el agente de paisano-. Hay allí unos cuantos pueblecillos muy tranquilos.

-Y yo por el norte -declaré-, porque allí no hay colinas y nuestro amigo asegura que no notó que el coche subiera ninguna cuesta.

-¡Vaya diversidad de opiniones! -exclamó el inspector, riéndose-. Entre todos hemos agotado las posibilidades del compás. ¿Y usted, a quien concede su voto decisorio?

-Todos ustedes están equivocados -afirmó Holmes.

-¡Es imposible que lo estemos todos!

-Ya lo creo que sí. Este es mi punto. -Puso el dedo en el centro del círculo-. Aquí es donde los encontraremos.

-Pero ¿y el trayecto de doce millas? -dijo Hatherley estupefacto.

-Seis de ida y seis de vuelta. Nada puede ser más simple. Antes ha dicho que, al subir usted al carruaje, observó que el caballo estaba tranquilo y tenía el pelo reluciente. ¿Cómo se explicaría esto, tras un recorrido de doce millas por caminos intransitables?

-Desde luego, es un truco que no deja de ser probable -observó Bradstreet pensativo-. De lo que no puede haber duda es acerca de la naturaleza de esta pandilla.

-Ni la menor duda -dijo Holmes-. Son falsificadores de moneda a gran escala que utilizan la máquina para prensar la aleación que sustituye la plata.

-Sabíamos desde hace tiempo que actuaba una banda bien organizada -explicó el inspector-. Han estado acuñando monedas de media corona a millares. Incluso les seguimos la pista hasta Reading, pero no nos fue posible llegar más lejos, pues habían disimulado sus huellas de una manera que indicaba su gran veteranía. Pero ahora, gracias a esta afortunada oportunidad, creo que los tenemos bien atrapados.

Pero el inspector se equivocaba, pues aquellos criminales no tenían como destino el de caer en manos de la policía. Al entrar el tren en la estación de Eyford, vimos una gigantesca columna de humo que ascendía por detrás de una pequeña arboleda cercana y se cernía sobre el paisaje como una inmensa pluma de avestruz.

-¿Una casa incendiada? -preguntó Bradstreet, mientras el tren proseguía su camino.

-Sí, señor -contestó el jefe de estación.

-¿Cuándo se ha producido?

-He oído decir que ha sido durante la noche, pero ha ido en aumento y todo el lugar es una hoguera.

-¿De quién es la casa?

-Del doctor Beecher.

-Dígame -intervino el ingeniero-, ¿el doctor Beecher es alemán, un hombre muy delgado y con una nariz larga y ganchuda?

El jefe de estación se rió con ganas.

-No, señor. El doctor Beecher es inglés y no hay hombre en toda la parroquia que tenga mejor relleno bajo el chaleco. Pero vive en su casa un señor, un paciente según tengo entendido, que es extranjero y que da la impresión de que le convendría un buen bisté del Berkshire.

No había terminado su explicación el jefe de estación cuando ya nos dirigíamos todos, presurosos, hacia el fuego. La carretera ascendía a lo alto de una colina y apareció ante nosotros un gran edificio de paredes encaladas del que brotaban llamas por todas las ventanas y aberturas, mientras en el jardín anterior tres coches de bomberos trataban en vano de sofocar el incendio.

-¡Es aquí! -gritó Hatherley muy excitado-. Allí está el camino de entrada, y allá los rosales donde yacía yo. Aquella segunda ventana es la que utilicé para saltar.

-Al menos -dijo Holmes- se vengó usted de ellos. No cabe la menor duda de que fue su lámpara de aceite la que, al ser aplastada por la prensa, prendió fuego a las paredes de madera, aunque tampoco cabe duda de que estaban demasiado excitados persiguiéndole a usted, para darse cuenta de ello en aquel momento. Y ahora mantenga los ojos bien abiertos y busque, entre esta multitud, a sus amigos de anoche, aunque mucho me temo que en estos momentos se encontrarán a un buen centenar de millas de distancia.

Los temores de Holmes se hicieron realidad, pues hasta el momento no se ha oído ni una sola palabra de la hermosa mujer, el siniestro alemán o el huraño inglés. Aquella mañana, a primera hora, un campesino había visto un carruaje en el que viajaban varias personas y que transportaba unas cajas muy voluminosas, dirigirse con rapidez hacia Reading, pero allí desaparecía toda traza de los fugitivos, y ni siquiera el ingenio de Holmes fue capaz de averiguar la menor pista de su paradero.

Los bomberos se habían sentido muy desconcertados ante la extraña disposición del interior de la casa, y todavía más por el descubrimiento de un dedo pulgar humano, recientemente amputado, en el alféizar de una ventana del segundo piso. Al atardecer, sin embargo, sus esfuerzos se vieron por fin recompensados y lograron sofocar las llamas, pero no antes de que se hubiera derrumbado el techado y de que todo el lugar hubiera quedado reducido a una ruina tan absoluta que, con la excepción de unos cilindros y unos tubos metálicos retorcidos, no quedaba ni el menor vestigio de la maquinaria que tan cara le había costado a nuestro infortunado amigo. Se descubrieron grandes cantidades de níquel y estaño en un edificio exterior, pero no se encontraron monedas, lo que tal vez explicara la presencia de aquellas voluminosas cajas que ya han sido citadas.

De cómo había sido trasladado nuestro ingeniero especializado en hidráulica desde el

jardín hasta el lugar donde volvió en si, tal vez se hubiera mantenido como un misterio para siempre a no ser por el blando musgo que nos contó una versión bien sencilla. Era evidente que lo habían transportado dos personas, una de las cuales tenía unos pies notablemente pequeños y la otra unos pies extraordinariamente grandes. En resumidas cuentas, era lo más probable que el silencioso inglés, menos osado o menos sanguinario que su compañero, hubiera ayudado a la mujer a transportar al hombre inconsciente hasta un lugar menos comprometido para ellos.

-Bien -dijo nuestro ingeniero con una sonrisa forzada, al ocupar nuestros asientos para regresar a Londres-, ¡yo sí que he hecho un buen negocio! He perdido mi dedo pulgar y también unos honorarios de cincuenta guineas. ¿Y qué he ganado?

-Experiencia -repuso Holmes, riéndose-. Indirectamente, sepa que puede resultarle valiosa. Le basta con traducirla en palabras para conseguir la reputación de ser un excelente conversador durante el resto de su existencia.

El signo de los cuatro

[Novela. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

I
La ciencia de la deducción

Sherlock Holmes extrajo un frasco de un anaquel y la jeringa hipodérmica de su estuche. Con sus dedos largos, blancos y nerviosos, ajustó la delicada aguja y se enrolló la manga izquierda de su camisa. Durante un momento sus ojos se apoyaron pensativamente en su brazo nervudo, lleno de manchas y con innumerables cicatrices, causadas por las frecuentes inyecciones. Finalmente se introdujo la aguja delgada, presionó el pequeño pistón, se la sacó, y se dejó caer en un sillón forrado de terciopelo, con un profundo suspiro de satisfacción.

Tres veces al día, durante muchos meses, había sido yo testigo de este espectáculo, pero, a pesar de ello, no me resignaba a seguir viéndolo. Por el contrario, día con día me sentía más irritado a su vista. El remordimiento me quitaba el sueño al pensar que me faltaba valor suficiente para protestar. Una y otra vez me había prometido abordar aquel tema escabroso, pero había algo en el aire frío y tranquilo de mi compañero, que me impedía decidirme a hacerlo. Sus facultades casi adivinatorias, su disciplina mental y sus cualidades extraordinarias, me inhibían y me hacían sentir inferior y torpe.

Sin embargo, aquella tarde, sea a causa del vino que había tomado en el almuerzo, o a la exasperación que me produjo su actitud exageradamente deliberada, sentí que no podía resistir más tiempo.

-¿Qué es ahora? -pregunté-. ¿Morfina o cocaína?

Levantó los ojos lánguidamente del viejo volumen recubierto de negro que había

abierto.

-Es cocaína -me dijo-, una solución al 7 por ciento. ¿Quiere usted probarla?

-No, gracias -contesté por brusquedad-. Aún no me repongo por completo de la campaña de Afganistán. No puedo darme el lujo de dar a mi constitución una nueva carga.

Sonrió de mi tono vehemente.

-Quizá tenga razón, Watson -dijo-. Supongo que la cocaína es perjudicial. Sin embargo, la he encontrado tan estimulante y benéfica para la mente, que su acción secundaria carece de importancia para mí.

-¡Pero, considere usted las consecuencias! -dije con pesar-. ¡Calcule lo que va a costarle a la larga! Su cerebro puede ser despertado y excitado como usted dice, pero mediante un proceso patológico y morboso, que entraña un creciente cambio de los tejidos y puede producir una debilidad mental permanente. Usted sabe, también, la reacción terrible que sucede a los momentos de excitación. No creo que éstos valgan la pena. ¿Por qué arriesga por un simple placer pasajero la pérdida de las grandes facultades con que fue usted dotado? Recuerde que no le hablo sólo como amigo, sino como médico que se siente hasta cierto punto responsable de su salud.

No pareció ofenderse por mis palabras. Por el contrario, unió las puntas de sus dedos y apoyó los codos en los brazos del sillón, como quien se dispone a enfrascarse, de buena gana, en una larga y agradable conversación.

-Mi mente -dijo- se rebela a estar ociosa. Déme problemas, déme trabajo, déme el más complicado de los criptogramas, o el análisis más intrincado, y me sentiré en mi atmósfera natural. Entonces puedo pasármela sin estimulantes artificiales. Pero aborrezco la rutina monótona de la existencia. Tengo hambre de exaltación mental. Por eso he escogido esta profesión particular... o más bien, la he creado... porque soy el único en el mundo que la practica.

-¿El único detective que no pertenece a la policía?

-El único detective que no sólo no pertenece a la policía sino que además es detective consultor -me contestó-. Yo soy la última y más alta corte de apelaciones en la materia. Cuando Gregson, o Lestrade, o Athelney fracasan, lo cual, dicho sea de paso, les sucede casi siempre, me someten el asunto a mí. Entonces yo, en mi calidad de perito, examino los datos, y emito mi opinión de especialista, sin siquiera pedir que se reconozca mi intervención en el asunto; mi nombre no figura en ningún periódico. La obra en sí misma, el placer de encontrar un terreno propicio donde ejercitar mis facultades, constituyen mi mayor premio; usted me ha visto operar en el caso de Jefferson Hope.

-Sí, cierto -exclamé con entusiasmo-. Nada en la vida me ha llamado tanto la atención, y no he podido menos que referir el asunto en un folleto que publiqué con el título de

Estudio en escarlata.

Mi amigo movió tristemente la cabeza.

-He hojeado el folleto -dijo-, y, francamente, no puedo felicitarlo. El detectivismo es, o debería ser, una ciencia exacta, y hay que ocuparse de ella con la frialdad y ausencia de emociones con que se tratan las ciencias exactas; usted ha intentado darle un tinte de romanticismo, lo que equivale a mezclar una historia de amor o una fuga de enamorados con la quinta proposición de Euclides.

-Pero en el hecho había una novela -observé- y no podía desfigurar lo sucedido.

-Hay hechos que deben ser suprimidos o, por lo menos, reducidos a proporciones justas al referirlos. Lo único del asunto que merecía ser mencionado era el curioso razonamiento analítico de causas y efectos, con el que conseguí descubrir el misterio.

Esta crítica de una obra que yo había escrito con el especial objeto de serle agradable a él mismo, me desagradó bastante; y confieso también que me irritaba el egoísmo con que parecía pretender que cada línea de mi folleto estuviera dedicada únicamente a sus propios y particulares actos. En más de una ocasión, durante los años que hacía vivíamos en Baker Street, había tenido oportunidad de observar que, bajo las tranquilas y didácticas maneras de mi compañero, se escondía una pequeña dosis de vanidad. Con todo, no le contesté nada, me senté, y me puse a frotar mi pierna herida. Una bala de Jezail me la había atravesado tiempo atrás, y aunque la herida no me impedía andar, los cambios de temperatura me causaban agudos dolores.

-Mi clientela se ha extendido ya hasta el continente -repuso Holmes al cabo de un rato, llenando de tabaco su antigua pipa de palo de rosa-. La semana pasada recibí una consulta de François Le Villard, quien, tal vez usted lo sepa, ha llegado en los últimos tiempos a ser el mejor agente de la policía secreta de Francia. Posee, por entero, la rápida intuición, facultad propia de la raza céltica, pero tiene deficiencia en el amplio campo del conocimiento exacto, esencial para el desarrollo elevado de su arte. El asunto que me consultó fue el de un testamento, y presentaba algunas fases interesantes; le fui útil haciéndole conocer dos casos semejantes: uno, acontecido en Riga en 1857 y, el otro, en Saint Louis en 1871. Por ellos encontró la verdadera solución. Aquí tengo una carta suya que recibí esta mañana, y en la que me habla de la ayuda que le presté.

Me alargó la carta, toda arrugada. Eché una ojeada sobre el papel, y al vuelo encontré una profusión de términos elogiosos, como magnifiques, coup-de-maîtres, tours-de-force,2 que atestiguaban la ardiente admiración del detective francés.

-Habla como un discípulo a su maestro -observé.

-¡Oh! Le Villard exagera mi ayuda -contestó Sherlock Holmes-, cuando él mismo posee virtudes muy apreciables; tiene dos de las tres cualidades necesarias para ser un detective ideal: el poder de observación y el de deducción. Lo único que le falta es el conocimiento, que con el tiempo, puede llegar a adquirir. Ahora está traduciendo unos pequeños trabajos míos al francés. ¡Ah! ¿No lo sabía usted? -exclamó Holmes riéndose-.

Pues sí, me confieso "culpable" de algunas monografías, todas sobre asuntos técnicos. Aquí tiene usted, por ejemplo, una sobre la diferencia entre las cenizas de los distintos tabacos, en la cual enumero ciento cuarenta formas de cigarros, cigarrillos y tabaco de pipa, con grabados a colores, ilustrativos de la diferencia de las cenizas. Es éste un punto que se presenta continuamente como tema de estudio en los juicios criminales, y a veces tiene una importancia decisiva. Si, por ejemplo, usted puede establecer de una manera definitiva que un asesinato ha sido cometido por un hombre que fumaba tabaco indio lukah, es obvio que el terreno de las pesquisas queda reducido con esa sola observación. Para un ojo ejercitado hay tanta diferencia entre la negra ceniza de un Trichinopolis y la blanca ceniza de un Ojo de Pájaro, como la puede haber entre un repollo y una patata.

-Usted posee un genio extraordinario para las minuciosidades -le dije.

-Aprecio la importancia que tienen. Esta otra monografía trata de las huellas de los pies, con algunas observaciones sobre el empleo de la pasta de París para conservar intactas las huellas. Y aquí tiene usted también una curiosa obrita sobre la manera como los diferentes oficios configuran las manos, con litografías de manos de pizarreros, tejedores y pulidores de diamantes. El asunto es de gran interés práctico para el detective científico, especialmente cuando se trata de cadáveres que nadie reclama o para descubrir los antecedentes de los criminales. Pero estoy cansándolo a usted con mi charla.

-De ninguna manera -le contesté con ardor-. Estas cosas me interesan muchísimo, en especial desde que he tenido la oportunidad de observar la aplicación práctica que usted les da. Pero hace un momento hablaba usted de observación y deducción. En cierta medida, una implica a la otra.

-¿Por qué? ¡Difícilmente! -replicó Holmes, recostándose con pereza en su sillón y despidiendo azules y espesas volutas de humo-. Por ejemplo, la observación me demuestra que usted ha estado esta mañana en la oficina de correos de la calle Wingmore; y la deducción me permite saber que usted fue a esa oficina a expedir un telegrama.

-¡Justo! -exclamé-. ¡Justo en ambas cosas! Pero, confieso que no alcanzo a ver cómo ha llegado usted a adivinarlo. La idea de ir al correo se me ocurrió de súbito, y a nadie he hablado de eso.

-La cosa es sencillísima -me contestó sonriendo al ver mi sorpresa- tan absurdamente sencilla que su explicación es superflua, pero voy a hacérsela a usted, porque va a servirme para definir los límites entre la observación y la deducción. La observación me hace ver que usted tiene un poco de barro de color rojizo adherido a su zapato, y precisamente delante de la oficina de correos de la calle Wingmore ha sido removido el pavimento y extraída la tierra de tal manera que es difícil entrar en la oficina sin pisarla. Esa tierra tiene un peculiar color rojizo que, a mi parecer, no existe en ningún otro lugar de nuestro barrio. He aquí la observación; el resto es deducción.

-¿Y cómo deduce usted lo del telegrama?

-Desde luego sé que usted no ha escrito carta alguna, pues toda la mañana hemos estado sentados frente a frente. Después he visto que en su escritorio, que está abierto, tiene usted una hoja entera de estampillas y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué iría usted, pues, a la oficina de correos, si no fuese a enviar un telegrama? Eliminando factores, el que queda tiene que ser verdadero.

-En este caso así es -contesté, después de reflexionar un instante-. Y además estoy de acuerdo en que la cuestión es de las más sencillas. ¿Me calificaría usted de impertinente si quisiera someter sus teorías a una prueba más severa?

-Al contrario -me contestó-. Eso me impedirá tomar una segunda dosis de cocaína. Tendré muchísimo gusto en estudiar cualquier problema que usted someta a mi consideración.

-Le he oído decir que es difícil que un hombre use diariamente un objeto sin dejarle impresa su individualidad, hasta el punto de que un observador ejercitado puede leerla en el objeto. Pues bien; aquí tengo un reloj que llegó a mi poder hace poco. ¿Tendría usted la amabilidad de darme su opinión respecto al carácter y costumbres de su anterior dueño?

Le entregué el reloj, ocultando un ligero sentimiento de burla, pues, en mi opinión, la prueba era imposible y la había propuesto como una lección contra el tono, en cierto modo dogmático, que Holmes asumía a veces. Mi amigo volvió el reloj de un lado a otro, miró fijamente la esfera, abrió las tapas de atrás, y examinó la máquina, primero a simple vista y luego con un poderoso lente convexo. Trabajo me costó no reírme al ver la expresión de su rostro, cuando por fin cerró las tapas y me devolvió el reloj.

-Apenas si he encontrado algo -observó-. Ese reloj ha sido limpiado recientemente y sustrae de mi vista los hechos más sugerentes.

-Tiene usted razón -le contesté-. Antes de enviármelo lo limpiaron.

En el fondo de mi corazón yo acusaba a mi compañero de invocar una cómoda excusa para ocultar su fracaso. ¿Qué datos habría podido proporcionarle el reloj aun cuando no hubiera sido limpiado?

-Si bien insatisfactoria, mi investigación no ha sido completamente inútil -agregó Holmes, fijando en el techo sus ojos soñadores y apagados-. Salvo rectificaciones que usted pueda hacer, me parece que ese reloj ha pertenecido a su hermano mayor, quien lo heredó de su padre.

-Eso lo calcula usted sin duda por las iniciales H. W. grabadas atrás.

-Así es; la W es el apellido de usted. El reloj ha sido fabricado hace unos cincuenta años y las iniciales son tan antiguas como el reloj mismo, lo que quiere decir que éste fue hecho para la generación anterior a la nuestra. Las joyas pasan generalmente a poder del

hijo mayor, y éste tiene casi siempre el mismo nombre de su padre. Si mal no recuerdo, el padre de usted murió hace años, y por consiguiente, el reloj ha estado en manos de su hermano mayor.

-Hasta ahí, todo es exacto -contesté.

-El hermano de usted era de costumbres desordenadas; sí, muy descuidado y negligente. Cuando murió su padre, quedó en buenas condiciones, pero desperdició todas las oportunidades de progresar, y por algún tiempo vivió en la pobreza, con raros intervalos de prosperidad, hasta que se dio a beber y, por fin, murió. Eso es todo cuanto he podido saber.

De un salto me levanté de la silla y comencé a pasearme impacientemente por el cuarto, con el corazón lleno de amargura.

-Esto no es digno de usted, Holmes -exclamé-. Nunca hubiera podido creer que usted descendiera hasta eso. Usted ha hecho averiguaciones sobre la historia de mi infeliz hermano, y ahora pretende usted deducir de manera fantástica lo que ya sabía. ¡No piense usted que voy a creer que todo eso lo ha leído en un reloj viejo! El proceder es poco amistoso, y, para hablar claro, tiene sus ribetes de charlatanismo.

-Mi querido doctor -me respondió amablemente Holmes-, le ruego acepte mis excusas. Consideraba el asunto como un problema abstracto, y olvidaba que, tocándole a usted personalmente tan de cerca, le sería doloroso. Pero le aseguro que hasta el momento en que puso en mis manos ese reloj, no sabía que usted hubiera tenido un hermano.

-Y entonces, por vida de cuanto puede ser maravilloso, ¿de qué manera ha podido usted conocer los hechos que acaba de citar? Todos ellos son absolutamente correctos hasta en sus más mínimos detalles.

-¡Ah!, veo que he tenido suerte, pues tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar y no creí ser tan exacto.

-¿Pero cómo ha procedido usted? ¿Por simple adivinación?

-No, no; yo nunca trato de adivinar. Esa costumbre es perniciosa, destructiva de la facultad lógica. La extrañeza de usted proviene de que no sigue el curso de mis pensamientos ni observa los pequeños hechos de que pueden derivarse ambas consecuencias. Yo principié, por ejemplo, por asegurar que su hermano era descuidado; si usted observa con detenimiento el reloj, verá que no sólo está abollado en dos partes, sino también todo rayado y marcado, porque lo han tenido en el mismo bolsillo con otros objetos duros, como llaves o monedas; y no es seguramente una hazaña suponer que el hombre que trata con tanto desenfado un reloj que cuesta cincuenta guineas, es muy descuidado.

Con un movimiento de cabeza le hice ver que seguía su razonamiento.

-Es costumbre general entre los prestamistas ingleses, cada vez que reciben un reloj en

empeño, trazar el número de la papeleta con un alfiler en la parte inferior de la tapa; esto es más cómodo que ponerle un letrero, pues así no hay riesgo de que el número se pierda o extravíe. Pues bien, en el interior de la tapa de ese reloj hay no menos de cuatro de esos números, visibles con la ayuda de mi lente. Primera conclusión: su hermano se veía frecuentemente en aguas muy bajas. Segunda conclusión: tenía a veces sus ráfagas de prosperidad, sin lo cual no hubiera podido reunir recursos con que rescatar la prenda. Por último, le ruego que mire usted la tapa interior, en la que está el agujero de la llave. ¿Qué manos de un hombre que no hubiera bebido podrían haber hecho todas esas marcas con la llave? En cambio, nunca verá usted un reloj de borracho que no las tenga; el borracho da cuerda por la noche a su reloj y deja en él los rastros de la inseguridad de su mano. ¿Dónde está el misterio de esto?

-Es tan claro como la luz del día -contesté-. Siento la injusticia que le hice. Debería tener más fe en sus extraordinarias facultades. ¿Puedo preguntarle si tiene en la actualidad alguna investigación profesional en mente?

-Ninguna. Por eso es que recurro a la cocaína. No puedo vivir sin que mi cerebro funcione intensamente. ¿Qué otra razón hay para vivir? Asómese aquí a la ventana. ¿Vio jamás un mundo más pesado, más aburrido y más soso? Vea cómo la niebla amarillenta cubre las casas incoloras. ¿Puede haber algo más desesperadamente prosaico? ¿Qué objeto tiene poseer facultades extraordinarias, doctor, si no se tiene ningún campo en que ejercerlas? El crimen es vulgar, la existencia es vulgar. Ninguna cualidad, excepto las vulgares, tiene función sobre la tierra.

Había abierto la boca para contestar cuando nuestra patrona entró llevando una tarjeta sobre una bandeja de latón.

-Una joven quiere verlo, señor -dijo dirigiéndose a mi compañero.

-Señorita Mary Morstan -leyó-. ¡Hum! No recuerdo ese nombre. Dígale a la joven que suba, señora Hudson. No se vaya, doctor. Prefiero que se quede aquí.

II
La exposición del caso

La señorita Morstan entró a la habitación con paso firme y gran compostura. Era una joven rubia, pequeña, muy limpia, y vestida con un gusto exquisito. Había, sin embargo, una sencillez y una simplicidad en su vestido que demostraban medios económicos limitados. Su vestido era de color gris, sin bordados ni adornos, y llevaba sobre la cabeza un pequeño turbante de la misma tela, cuyo único adorno consistía en una pluma blanca a un lado. Su rostro no tenía regularidad de facciones ni era de una belleza excepcional, pero su expresión era dulce y amable, y sus grandes ojos azules reflejaban una gran bondad. En mi experiencia con las mujeres, que se extiende a muchas naciones y a tres continentes diferentes, nunca había visto un rostro que revelara con tanta claridad una naturaleza refinada y sensible. No pude menos de observar que al tomar el asiento que Sherlock Holmes le ofrecía, sus labios pequeños temblaban y su mano se

estremecía. Parecía presa de una intensa agitación interior.

-He recurrido a usted, señor Holmes -dijo-, porque una vez ayudó a la señora con quien trabajo, cuyo nombre es Cecil Forrester, a desembrollar un pequeno problema doméstico. Quedó muy bien impresionada de su bondad y de su habilidad...

-¿La señora Cecil Forrester? -repitió mi amigo con aire pensativo-. Creo que le fui de poca utilidad. El caso, según recuerdo, era muy simple.

-A ella no le pareció así. Pero, cuando menos, no podrá decir lo mismo del mío. Difícilmente puedo imaginar algo más extraño, más terriblemente inexplicable, que la situación en que me encuentro.

Holmes se frotó las manos y sus ojos brillaron de entusiasmo.

-Explique su caso -dijo en serio tono profesional.

Yo sentí que mi posición era un tanto desagradable.

-Estoy seguro de que ustedes me perdonarán si me retiro -dije, levantándome de mi silla.

Para mi sorpresa, la joven extendió su mano enguantada para detenerme.

-Si su amigo -dijo dirigiéndose a Holmes- tuviera la bondad de quedarse, creo que me sería de inestimable ayuda.

Me dejé caer en mi silla de nuevo.

-En síntesis -continuó ella-, el caso es el siguiente: mi padre era oficial en un regimiento de la India, de donde me envió a Inglaterra cuando era muy niña. Mi madre había muerto y yo no tenía familiares en Inglaterra. Conseguí colocación, sin embargo, en un buen internado en Edimburgo, y allí permanecí hasta que tuve diecisiete años de edad. En el año 1878 mi padre, que era capitán de su regimiento, obtuvo una licencia de doce meses y volvió a Inglaterra. Me telegrafió desde Londres que había llegado sin novedad y me pedía que fuera de inmediato a la capital, dándome como su domicilio el hotel Langham. Su mensaje, según recuerdo, estaba concebido en frases plenas de bondad y de cariño. Al llegar a Londres me dirigí al Langham. Me informaron que efectivamente el capitán Morstan estaba alojado allí, pero que había salido la noche anterior y que aún no volvía. Esperé todo el día, sin recibir noticias de él. Esa noche, por sugestión del gerente del hotel, me comuniqué con la policía y al día siguiente todos los periódicos publicaron su desaparición. Nuestras pesquisas no produjeron ningún resultado. Hasta la fecha no he vuelto a tener noticias de mi infortunado padre. Volvía a su patria con el corazón henchido de esperanzas, buscando un poco de paz y de comodidad, y en lugar de eso... -se llevó la mano a la garganta y un sollozo ahogado interrumpió la frase.

-¿La fecha? -preguntó Holmes, abriendo su libro de apuntes.

-La desaparición ocurrió el 3 de diciembre de 1878, hace unos diez años.

-¿Su equipaje?

-Se quedó en el hotel. Nada había en él que pudiera servir de pista: algunas ropas, algunos libros y una considerable cantidad de curiosidades de las islas Andaman, en las que había estado, con otros oficiales, encargado de la custodia de los presidiarios.

-¿Tenía algunos amigos en Londres?

-|Solamente sé de uno: el mayor Sholto, de su mismo regimiento, el 34º de Infantería de Bombay. Se había retirado del servicio un poco antes, y vivía en Upper Norwood. Naturalmente, nos dirigimos a él, pero nos contestó que ni siquiera sabía que su compañero de armas estuviera en Inglaterra.

-Caso singular -observó Holmes.

-Todavía no le he referido a usted la parte más singular. Hace unos seis años, para hablar con exactitud, el 4 de mayo de 1882, apareció en el Times un aviso en que se pedía la dirección de la señorita Mary Morstan, advirtiéndose que era en interés de ella proporcionar su domicilio. El aviso no mencionaba el nombre ni la dirección del que lo había puesto. Yo acababa de entrar por ese entonces, en la casa de la señora Cecil Forrester como aya. Por consejo de esta señora publiqué mi dirección en la columna de avisos. El mismo día llegaba por correo una cajita de cartón dirigida a mi nombre, dentro de la cual encontré una perla muy grande y lustrosa. No había ni una palabra escrita. Desde entonces, todos los años en la misma fecha recibo una perla igual a ésa, dentro de una cajita semejante, sin dato alguno sobre la persona que la envía. Un perito ha declarado que las perlas pertenecen a una clase muy rara y tienen un considerable valor. Usted podrá ver, por sí mismo, que son muy hermosas.

Abrió, mientras hablaba, una caja chata, mostrando seis perlas finísimas como nunca antes había visto.

-Lo que usted dice es muy interesante -exclamó Sherlock Holmes-. ¿Le ha ocurrido algo más?

-Sí, precisamente hoy. Por eso he venido a verlo. Esta mañana recibí esta carta, que quiero que mejor la lea usted por sí mismo.

-Gracias -dijo Holmes-. Hágame usted el favor de darme también el sobre. Timbre del correo: Londres. Sudoeste. Fecha: julio 7. ¡Hum! La marca de un dedo en una esquina, probablemente del cartero. Papel de la mejor calidad; sobre de seis peniques el paquete: hombre escrupuloso para comprar sus útiles de escritorio. Ninguna dirección.

La espero esta noche, a las siete, en el tercer pilar del costado izquierdo del teatro Lyceum. Si tiene desconfianza, vaya con dos amigos. No lleve gente de la policía. Si la lleva, todo quedará en nada. Su amigo desconocido.

-¡Bueno! Pues realmente el misterio es de lo más interesante. ¿Qué piensa usted hacer, señorita Morstan?

-Eso es exactamente lo que yo deseaba preguntarle a usted.

-Si es así, iremos, seguramente, usted y yo... Sí, ¿por qué no...?, el doctor Watson es el hombre preciso. La persona que le escribe a usted dice dos amigos, y el doctor me ha acompañado ya antes.

-Pero ¿querrá venir? -preguntó la joven con expresión de súplica en la voz y en la mirada.

-Para mí será motivo de especial placer -dije con fervor- poder servir a usted en algo.

-Son ustedes muy buenos -contestó la joven-. Siempre he vivido retirada y no tengo amigos a quienes recurrir. Supongo que con volver a las seis será suficiente.

-No vaya usted a venir más tarde -le previno Holmes-. Pero aclaremos otro punto. ¿La letra de esta carta es la misma con que rotularon las cajitas con las perlas?

-Aquí tengo las direcciones -contestó la señorita Morstan, sacando seis pedazos de papel.

-Es usted un cliente modelo; posee una intuición correcta de las cosas. Veamos.

Holmes extendió los papeles sobre la mesa y comenzó a recorrerlos rápidamente con la mirada.

-Todos han sido escritos desfigurando la letra, lo que no sucede con la carta -dijo al cabo de un momento-. Miren ustedes como la irreprochable y griega no se abre siempre igual; fíjense además en el gancho de la s final. Son de la misma persona, no hay que dudarlo. No quisiera alentar en usted falsas esperanzas, señorita Morstan, pero, ¿hay algún parecido entre esta letra y la de su padre?

No puede haber dos que se parezcan menos.

-Estaba seguro de que ésa iba a ser la respuesta de usted. Entonces, a las seis la esperamos. Haga usted el favor de dejarme estos papeles, para examinarlos mientras tanto. No son más que las tres y media. Au revoir, pues.

-Au revoir -contestó nuestra visitante, diigiéndonos una mirada viva y amable. Se guardó en el pecho la cajita con las perlas finísimas como nunca antes las había visto.

Yo me acerqué a la ventana y desde allí la vi alejarse calle abajo, con paso ligero. Hasta que el turbante gris y la pluma blanca desaparecieron entre la oscura multitud, no me retiré de la ventana.

-¡Qué mujer tan simpática! -exclamé, volviéndome hacia mi compañero.

Éste había encendido otra vez su pipa y estaba recostado en un sillón, con los ojos medio cerrados.

-¿Es simpática? -preguntó lánguidamente- no lo había observado.

-Es verdad que usted no es más que un autómata, una máquina de calcular -exclamé-. Hay veces que noto en usted algo positivamente ajeno a los sentimientos del resto de la humanidad.

Holmes sonrió con amabilidad.

-Es condición de importancia primordial -dijo- impedir que nuestro criterio sea extraviado por las cualidades personales de alguien. Un cliente es para mí una simple unidad, un factor en un problema. Las cualidades que conmueven son antagónicas al razonamiento claro. Sepa usted que la mujer más encantadora que he conocido en mi vida fue ahorcada por haber envenenado a tres niñitos con el objeto de cobrar los seguros de vida de los tres, y el hombre más repelente que he visto hasta ahora es un filántropo que ha gastado cerca de un cuarto de millón en los pobres de Londres.

-Sin embargo, en este caso...

-Yo nunca hago excepciones. Una excepción basta para destruir la regla. ¿Ha tenido usted ocasión de estudiar el carácter de las personas por la letra? ¿Qué piensa usted de la de este sujeto?

-Que es legible y regular -contesté-. Hombre acostumbrado a los negocios y que tiene carácter.

Holmes movió la cabeza.

-Mire usted las letras largas -dijo-. Rara es la que se eleva más allá de la altura común. Esa d podría ser una a y esa l una i. Los hombres de carácter siempre diferencian las letras largas de las cortas, por ilegible que sea su escritura. Hay vacilación en estas letras, aunque orgullo en las mayúsculas. Voy a salir ahora. Tengo que hacer unas cuantas investigaciones. Permítame recomendarle este libro, uno de los más notables que se han escrito. Es El martirio del hombre, de Winwood Reade. Estaré de vuelta en una hora.

Me senté en la ventana, con el volumen en la mano, pero mis pensamientos estaban muy distantes de las atrevidas especulaciones del escritor. Mi mente insistía en correr hacia nuestra visitante... su sonrisa, el tono profundo de su voz, el extraño misterio que pendía sobre su vida. Si tenía diecisiete años cuando desapareció su padre, debía tener veintisiete ahora... una edad perfecta, cuando la juventud ha perdido su timidez y la experiencia la ha vuelto serena. Así me quedé sentado pensando, hasta que me embargaron pensamientos tan peligrosos que corrí hacia mi escritorio y me enfrasqué furiosamente en el tratado de patología más reciente. ¿Qué era yo sino un modesto

cirujano del ejército, con una pierna débil y una cuenta bancaria más débil aun, para atreverme a pensar en tales cosas? Ella debía ser para mí una unidad, un factor... nada más. Si mi futuro era oscuro, más valía enfrentarse a él como hombre, que tratar de iluminarlo con fantasías de la imaginación.

III
En busca de una solución

Holmes regresó poco después de las cinco y media. Venía alegre, entusiasmado, de humor excelente... en ese estado de ánimo que siempre alternaba con accesos de la más negra depresión.

-No hay gran misterio en este asunto -dijo, tomando la taza de té que le había servido-. Los hechos parecen admitir sólo una explicación.

-¡Qué! ¿Ya ha resuelto el caso?

-Bueno, eso sería mucho decir. He descubierto un hecho importante, eso es todo. Es, sin embargo, muy importante. Necesitan añadirse algunos detalles todavía. Acabo de descubrir, consultando los archivos del Time, que el mayor Sholto de Upper Norwood, que formara parte del 34º Regimiento de Infantería de Bombay, murió el 28 de abril de 1882.

-Debo ser muy tonto, Holmes, pero no veo qué importancia puede tener eso en el caso.

-¿No? Me sorprende. Estudie las cosas en esta forma. El capitán Morstan desaparece. La única persona en Londres a quien pudo haber visitado fue al mayor Sholto. El mayor Sholto negó saber que su amigo estaba en Londres. Cuatro años más tarde muere Sholto. A la semana siguiente a su muerte, la hija del capitán Morstan recibe un valioso presente, que se repite año tras año y que ahora culmina con una carta que la trata como víctima. ¿A qué daño puede referirse excepto a la pérdida de su padre? ¿Y por qué habrían de iniciarse los regalos inmediatamente después de la muerte de Sholto, a menos que el heredero de éste sepa algo del misterio y desee realizar con ella una especie de compensación? ¿Tiene usted alguna otra teoría que pudiera explicar lo que sucede?

-¡Pero qué extraña compensación! ¡Y qué forma tan rara de hacerlo! Además, ¿por qué se escribió la carta hasta ahora, en lugar de que se hubiera hecho hace seis años? Por otro lado, la carta habla de hacerle justicia. ¿Qué justicia se le puede hacer? Es demasiado suponer que su padre esté vivo aún. Y hasta donde sabemos no se ha cometido ninguna otra injusticia con ella.

-Hay dificultades; ciertamente las hay -dijo Sherlock Holmes, pensativamente-. Pero nuestra expedición de esta noche las resolverá todas. ¡Ah, aquí llega un carruaje y la señorita Morstan viene en su interior! ¿Está usted listo? Será mejor que bajemos, porque casi se ha pasado la hora.

Tomé mi sombrero y mi bastón más pesado. Observé que Holmes tomaba su revólver de

un cajón y lo deslizaba en su bolsillo. Saltaba a la vista que consideraba muy seria nuestra tarea de esa noche.

La señorita Morstan estaba envuelta en una capa oscura. Tenía el rostro tranquilo, pero pálido. Se necesitaba ser muy valiente para no sentir inquietud por la extraña empresa en que nos habíamos embarcado. Sin embargo, su control era perfecto y contestó de buena gana las preguntas que Sherlock Holmes le hizo.

-El mayor Sholto fue amigo íntimo de mi padre -dijo-. Sus cartas estaban llenas de alusiones al mayor. Los dos comandaron las tropas en las islas Andaman y anduvieron juntos mucho tiempo. Por cierto, en el escritorio de mi padre se encontró un curioso papel que nadie ha podido comprender. No creo que tenga la menor importancia, pero pensé que quizá querrían verlo, y lo traje conmigo. Aquí está.

Holmes desdobló cuidadosamente el papel, extendiéndolo sobre sus rodillas. Enseguida, empezó a examinarlo minuciosamente con su lente doble.

-El papel ha sido fabricado en la India -observó- y ha estado por algún tiempo clavado en una tabla. Este diagrama parece ser el plano de una parte de un extenso edificio con numerosos patios, corredores y pasajes. Hay una pequeña cruz hecha con tinta roja, y encima de ella, a pesar de que casi ya está borrado, escrito a lápiz, se puede leer: "3, 37 por la izquierda". En el lado izquierdo hay un curioso jeroglífico, algo que parece como cuatro cruces en línea; los brazos de estas cruces se tocan entre sí; a un lado, en caracteres groseros y mal hechos, han escrito: "El signo de los cuatro: Jonathan Small, Mahomet Singh, Abdullah Khan, Dosk Akbar". No; confieso que no veo en esto nada que se relacione con nuestro asunto, pero de todos modos, este documento es importante. Se ve que ha estado cuidadosamente guardado en una cartera, pues está tan limpio por un lado como por el otro.

-Lo encontramos en la cartera de papá.

-Consérvelo usted cuidadosamente, señorita, pues podría sernos útil. Comienzo a sospechar que nuestro asunto puede ser mucho más profundo y difícil de lo que yo suponía al principio. Tengo que ordenar mis ideas.

Diciendo esto se recostó contra el respaldo del asiento del carruaje. Por sus cejas fruncidas y por la expresión fija de los ojos, me di cuenta de que se abandonaba completamente a sus pensamientos. Nuestra compañera y yo nos pusimos a conversar en voz baja respecto a nuestra expedición y su posible resultado; pero Holmes se mantuvo en su impenetrable reserva durante todo el trayecto.

Estábamos en septiembre, y todavía no eran las siete; pero el día había sido muy oscuro, y una densa y pesada neblina envolvía la ciudad. Nubes de color de lodo se cernían tristemente sobre las fangosas calles.

Las luces de gas del Strand, que parecían manchas de difusa claridad, arrojaban un débil resplandor sobre el resbaloso pavimento. La amarillenta iluminación de las vidrieras se esparcía en el aire lleno de vapor, y sus melancólicos rayos pugnaban por extenderse a

través de la concurrida vía.

Había algo de fantástico en la interminable procesión de caras que cruzaban los angostos haces luminosos; rostros alegres o tristes, contentos o miserables. Así como sucede con la humanidad misma, las cosas pasaban de la oscuridad a la luz, para volver después de la luz a la oscuridad. No soy hombre impresionable, pero aquel sombrío y pesado anochecer, unido al extraño asunto en que me encontraba comprometido, me ponía nervioso e inquieto. Mirando a la señorita Morstan, pude notar que ella también era presa de la misma intranquilidad. Holmes era el único que podía elevarse por encima de las inquietudes que nos sacudían; tenía su libro de apuntes abierto sobre las rodillas, y de vez en cuando anotaba algunos números o escribía alguna observación, a la luz de una linterna de bolsillo.

Cuando llegamos al teatro Lyceum, ya había una compacta multitud en cada una de las puertas laterales. Un continuo flujo de cabriolés desfilaba por delante de la puerta principal, depositando allí su carga de hombres con blancas pecheras y mujeres luciendo alhajas y cubiertas con lujosos abrigos. Apenas nos habíamos acercado al tercer pilar, lugar de la cita, cuando se nos aproximó un individuo de baja estatura, moreno y delgado, vestido de cochero.

-¿Ustedes son los que vienen con la señorita Morstan? -preguntó.

-Yo soy la señorita Morstan y estos dos caballeros son mis amigos -contestó la joven.

El hombre nos miró con ojos inquisidores y penetrantes.

-Perdone usted, señorita -replicó en tono algo brusco-, pero tiene que darme su palabra de que ninguno de sus compañeros pertenece a la policía.

-Le doy a usted mi palabra -fue la respuesta.

El hombre silbó fuertemente, y en el acto se acercó un muchacho conduciendo un cupé cuya portezuela abrió. El hombre subió al pescante y nosotros entramos al vehículo. No acabábamos de sentarnos cuando el cochero azotó los caballos, que partieron con furioso trote por las nubladas calles.

Era curiosa nuestra situación. Nos encaminábamos hacia un lugar desconocido, con un objeto también desconocido, pero si la invitación que nos había hecho no era una completa burla -hipótesis inconcebible- podíamos esperar, con fundamento, que nuestra excursión tuviera importantes resultados. La actitud de la señorita Morstan era tan resuelta y tranquila como siempre. Yo traté de distraerla contándole algunas de mis aventuras en Afganistán; pero, si he de decir la verdad, me sentía tan excitado por nuestra situación y tenía tal curiosidad por conocer el lugar adonde íbamos, que apenas podía coordinar mi relato. Al principio tenía alguna idea de la dirección que llevábamos, pero la rapidez de la marcha, la niebla, y mis limitados conocimientos de Londres, me hicieron perder luego toda orientación; sólo me di cuenta de que nos dirigíamos a algún punto muy distante. Pero Sherlock Holmes jamás se desorientó. A medida que el cupé iba cruzando plazas y pasando por tortuosas calles, él mencionaba entre dientes el

nombre de cada paraje.

-Rochester Row -dijo-. Ahora Vincent Square. Ahora bajamos por Vauxhall Bridge Road. Al parecer nos dirigimos hacia el lado de Surrey. Sí, ya me lo imaginaba. Ahora estamos sobre el puente. Pueden ustedes mirar el río.

A nuestros ojos se asomó el imponente Támesis con sus aguas caudalosas y tranquilas, pero nuestro coche continuó su camino y pronto nos perdimos en un laberinto de callejuelas, cuyos nombres mi compañero seguía repitiendo de modo extraordinario.

-Nuestra misión no parece llevarnos a regiones muy elegantes.

En efecto, habíamos llegado a un barrio pobre. La oscuridad de las largas hileras de casas de ladrillo era sólo interrumpida de vez en cuando por el brillo de las tabernas que había en las esquinas. A estas casas de ladrillo siguió una larga fila de villas de dos pisos, cada una con un jardincillo enfrente y, luego, otra vez, nuevas e interminables hileras de edificios de ladrillo. Aquella colonia era uno más de los tentáculos que el gigantesco monstruo de Londres extendía hacia el campo. Por fin, el coche se detuvo ante una casa que parecía tan deshabitada y oscura como sus vecinas, salvo por una leve lucecilla que brillaba en una ventana. A nuestro llamado, sin embargo, la puerta fue instantáneamente abierta por un criado hindú vestido con un turbante amarillo, ropas blancas muy sueltas y una chaqueta también amarilla.

-El sahib los espera -dijo. En seguida oímos una voz aguda procedente de una habitación del interior.

-Hazlos pasar, khitmutgar -gritó-. Tráelos directamente acá.

IV
La historia del hombre calvo

Seguimos al hindú por un pasadizo sórdido y vulgar, mal iluminado y peor amueblado, hasta que llegamos a una puerta colocada a la derecha, y entramos. Una cascada de luz amarillenta cayó sobre nosotros y en el centro de ella apareció un hombrecillo de cabeza prominente, con una angosta franja de cabello rojizo alrededor de ella. El cuero cabelludo, calvo y reluciente, parecía surgir como una montaña en el centro de un bosque de árboles tostados por el sol. Se frotaba las manos frecuentemente y sus facciones estaban en perpetuo movimiento: ya sonrientes, ya disgustadas, pero nunca, ni por un instante, en reposo. La naturaleza le había dado un labio inferior demasiado prominente, que dejaba visible una línea de dientes amarillentos e irregulares. Trataba de disimular este defecto pasándose la mano por la parte inferior del rostro. A pesar de su notable calvicie, se veía joven. En realidad, acababa de cumplir treinta años.

-Soy vuestro servidor, señorita Morstan -dijo con voz chillona-. Soy vuestro servidor, caballeros. Tengan la bondad de pasar a mi pequeño refugio. Es un lugar pequeño, pero amueblado a mi gusto: un oasis de arte en el deprimente desierto del sur de Londres.

Todos nos sentimos asombrados del aspecto de la habitación a la que nos había invitado a pasar. La pieza parecía tan fuera de lugar en aquella sórdida casa, como un diamante de primera engarzado en cobre. Espesas y brillantes cortinas, y ricos gobelinos, recubrían las paredes. Los cortinajes estaban corridos en algunos sitios para exponer algunos cuadros encerrados en elegantes marcos, o algún fino jarrón oriental. La alfombra era de color ámbar y negro. Era tan gruesa y tan suave que los pies se hundían agradablemente, como en un lecho de musgos. Dos grandes pieles de tigre, tendidas sobre ella, aumentaban la impresión de lujo oriental, al igual que una enorme pipa hookah, colocada sobre una esterilla en un rincón. Una lámpara de plata, en forma de paloma, colgaba de un alambre dorado casi invisible, en el centro de la habitación. A medida que ardía iba llenando el aire de un olor sutil y aromático.

-Mi nombre es Thaddeus Sholto -dijo el hombrecillo, sonriendo y haciendo gesticulaciones-. Usted es la señorita Morstan, desde luego. Y estos caballeros...

-Son el señor Sherlock Holmes y el doctor Watson.

-Un doctor, ¿eh? -gritó muy excitado-. ¿Trae usted su estetoscopio? ¿Puedo pedirle algo? Tengo serias dudas respecto a mi válvula mitral. ¿Tendría usted la amabilidad de verme? Tengo bastante confianza en la aórtica, pero me agradaría su opinión sobre la mitral.

Escuché su corazón como me lo pedía, pero no encontré nada anormal, salvo un pánico cerval, que lo hacía temblar de pies a cabeza.

-Parece normal -dije-. No tiene motivo para inquietarse.

-Usted perdonará mi ansiedad, señorita Morstan -comentó-. Mi salud es muy delicada y desde hace tiempo tengo sospechas respecto a esa válvula. Me alegra mucho oír que no tengo motivo de temor. Si su padre, señorita Morstan, hubiera tenido la precaución de no someter su corazón a tensiones intensas, estaría vivo para estas fechas.

La inesperada y cruel referencia a cosa tan delicada me molestó tanto que sentí deseos de abofetearlo. La señorita Morstan se dejó caer en una silla y se puso intensamente pálida.

-Mi corazón me decía que mi padre había muerto -murmuró.

-Yo le puedo dar a usted toda clase de datos al respecto -continuó Sholto-, y además, puedo hacerle justicia. Y la haré, sí, diga lo que quiera mi hermano Bartholomew. Me ha agradado que haya venido usted con sus amigos, no sólo porque estará bien cuidada, sino porque así serán testigos de lo que voy a hacer y decir. Entre los tres podremos enfrentarnos a mi hermano Bartholomew.

Se sentó en un taburete rojo, y nos miró a los tres, curiosamente, con sus débiles y azules ojos.

-Por mi parte -dijo Holmes-, cualquier cosa que usted diga no pasará de mí.

Yo aprobé con un movimiento de cabeza.

-¡Está bien, está bien! -exclamó el hombrecito-. ¿Puedo obsequiarla con una copa de chianti, señorita Morstan? ¿O de tokay? No tengo otra clase de vino. ¿Abro una botella? ¿No? Bueno, pero confío en que no la incomodará el olor del tabaco. El balsámico olor del tabaco es para mí un sedativo inapreciable.

Acercó un fósforo a la gran taza de la hookah, y el humo empezó a correr alegremente por el agua rosada. Los tres estábamos sentados en semicírculo, la cabeza echada hacia adelante y la barba entre las manos, mientras que el extraño y agitado hombrecito, que se había acurrucado en el centro, movía sin cesar su abultada y reluciente calva.

-Cuando resolví hablar con usted -dijo Sholto-, pensé en enviarle mi dirección, pero temí que, desatendiendo mi súplica, se presentara con gente desagradable. Por eso me tomé la libertad de fijar la cita de tal manera que mi criado Williams pudiera verlos a ustedes antes de conducirlos aquí. Le tengo entera confianza y le di la orden de abandonar el asunto si, después de observarlos, así lo consideraba conveniente.

"Ustedes me perdonarán estas precauciones, pero soy hombre de gusto poco vulgar, refinado podría decir, y nada hay para mí menos estético que un vigilante. Tengo natural aversión a todas las formas del materialismo ordinario. Pocas veces me pongo en contacto con la muchedumbre grosera, y como ustedes ven, vivo rodeado de una pequeña atmósfera de elegancia. Puedo darme el título de protector de las artes; éste es mi lado débil. El paisaje aquel es un Corot genuino, y si acaso un conocedor pudiese abrigar dudas respecto a aquel otro cuadro de Salvador Rosa, nadie vacilaría respecto a ese Rouguereu. Yo soy partidario de la escuela moderna francesa..."

-Usted dispensará, señor Sholto -cortó la señorita Morstan-, pero he venido aquí, a petición suya, con el objeto de saber lo que tiene que decirme, y como ya es tarde desearía que la conversación durase lo menos que fuese posible.

-De todos modos, nuestra entrevista tendrá que durar algún tiempo -contestó el calvo-, pues debemos ir a Norwood, a ver a mi hermano Bartholomew. Iremos todos juntos y trataremos de sacar el mejor partido posible. Está muy enojado conmigo porque he seguido el camino que me parecía más justo. Anoche tuvimos un cambio de palabras bastante fuertes. Ustedes no pueden imaginarse qué terrible es cuando se pone colérico.

-Si tenemos que ir hasta Norwood, lo mejor será ponernos en camino en el acto -me aventuré a observar.

El hombrecito se echó a reír con tanta fuerza, que enrojeció hasta las orejas.

-Difícilmente conseguiríamos nada con eso. No sé lo que diría él si yo me presentase con ustedes así, tan de improviso. No, tengo que prepararlos primero, enseñándoles la manera como debemos proceder. En primer lugar, debo decirles que hay varios puntos de la historia acerca de los cuales yo mismo permanezco ignorante. Lo único que puedo

hacer es presentarles los hechos tal como los conozco.

"Como ustedes deben haber supuesto, soy hijo del mayor John Sholto, del ejército de la India. Hace unos once años que mi padre se retiró del servicio, y se vino a vivir a Pondicherry Lodge, en Upper Norwood. En la India había prosperado, y trajo una considerable suma de dinero, una numerosa colección de valiosas curiosidades, y un séquito de criados indígenas. Con sus riquezas compró una casa y se estableció en ella rodeado de lujo. Mi hermano gemelo Bartholomew y yo somos sus únicos hijos.

"Recuerdo perfectamente la sensación que causó la desaparición del capitán Morstan. Mi hermano y yo leíamos los pormenores en los diarios, y sabiendo que el desaparecido era amigo de nuestro padre, llegamos a hablar del asunto muchas veces en su presencia. Éste nos ayudaba, con frecuencia, a hacer cálculos sobre lo que podía haber acontecido. Nunca sospechamos ni por un instante que nuestro padre ocultase en su pecho el secreto con todos sus detalles; que él fuese el único conocedor de la suerte de Arthur Morstan.

"Sin embargo, nos dábamos cuenta de que un peligro se cernía sobre su cabeza.. Temía salir solo de la casa, y empleaba como porteros, en Pondicherry Lodge. a dos pugilistas. Williams, el mismo que los trajo aquí a ustedes esta noche, era uno de ellos; en un tiempo fue campeón de peso ligero de Inglaterra. Nuestro padre nunca nos dijo qué era lo que le inspiraba esos temores, aunque le habíamos notado una pronunciadísima aversión a los cojos con pata de palo. Una vez disparó su revólver sobre uno de ellos, que resultó después ser un hombre inofensivo, solicitante de pedidos para una casa de comercio. Tuvimos que pagar una fuerte suma para que el asunto no se hiciera público. Mi hermano y yo creíamos, al principio, que se trataba de una manía; pero después los sucesos se encargaron de hacernos cambiar de opinión.

"A principios de 1882 nuestro padre recibió una carta de la India, que le produjo una violenta impresión. Cuando la abrió estábamos almorzando, y cuando se enteró de su contenido estuvo a punto de desmayarse. Ese mismo día cayó enfermo, y nunca recuperó la salud. Jamás pudimos descubrir lo que la carta contenía, y lo único que me fue dado saber mientras mi padre la tenía en la mano, es que era breve y estaba escrita con letra muy confusa. La hinchazón del brazo, que mi padre había padecido durante los últimos años, se agravó, y a fines de abril del mismo año nos informó que estaba desahuciado y deseaba comunicarnos sus últimos deseos.

"Cuando entramos en el cuarto lo encontramos medio incorporado, sostenido por varias almohadas y respirando con dificultad. Nos dijo que cerráramos la puerta y que nos pusiéramos uno a cada lado de la cama. Luego, tomándonos las manos, nos hizo un extraordinario relato. Voy a tratar de reproducirlo con sus propias palabras:

"Sólo hay una cosa -nos dijo- que pesa sobre mi ánimo en este momento supremo: la manera como me he portado con la huérfana del pobre Morstan. Tal conducta, que ha amargado el resto de mi vida, ha privado a esa niña de un tesoro del que, por lo menos, la mitad es suya. Y sin embargo, yo mismo no me he servido de él, tan ciega e insensata es la avaricia. La simple posesión del tesoro era tan dulce para mí, que se me hacía insoportable la idea de compartirlo con otro. ¿Ven ustedes ese rosario de perlas que está allí, junto al frasco de quinina? Ni siquiera de eso he podido desprenderme, a pesar de

que lo había sacado con el propósito de enviárselo a ella. Ustedes, hijos míos, la pondrán en posesión de una parte del tesoro de Agra; pero no vayan a enviarle nada, ni siquiera el rosario, hasta que yo haya muerto. Después de todo, hombres ha habido que estando tan graves como yo ahora, se han restablecido después.

"Voy a decirles a ustedes cómo murió Morstan -continuó-. Estaba débil del corazón, pero ocultaba su enfermedad a todo el mundo; yo era el único que la conocía. Durante nuestra permanencia en la India entramos ambos en posesión de un tesoro, por medio de una extraordinaria serie de circunstancias. Yo me traje todo el tesoro a Inglaterra, y Morstan vino directamente a verme el mismo día de su llegada, para reclamarme su parte. De la estación vino a pie hasta aquí, y fue recibido en la puerta por mi fiel y antiguo criado Lal Chowdar, que ya murió. Morstan y yo no nos pusimos de acuerdo sobre la división del tesoro, y llegamos a cambiar palabras violentas. Hubo un momento en que él, en el paroxismo de la cólera, saltó de su silla hacia mí, pero en ese mismo instante se llevó la mano al costado, se puso color de tierra, y luego cayó de espaldas, rompiéndose la cabeza contra una esquina del cofre que encerraba el tesoro. Cuando corrí a auxiliarlo, vi con horror que estaba muerto.

"'Durante largo rato permanecí sentado, medio atontado, pensando en lo que haría. Mi primer impulso fue, naturalmente, pedir socorro; pero no pude menos que reconocer que las circunstancias harían pensar que lo había asesinado. Su muerte, ocurrida en el momento de una disputa, y la herida de la cabeza, serían pruebas abrumadoras en mi contra. Además, una investigación llevada a cabo por las autoridades, esclarecería algunos hechos relativos al tesoro, que yo tenía particular empeño en conservar en secreto. Morstan me había dicho que ni un alma viviente sabía dónde estaba, y pensaba que tampoco había necesidad de que persona alguna lo supiera en adelante.

"'Todavía estaba sumido en mis reflexiones, cuando al levantar la cabeza, vi en la puerta a Lal Chowdar, mi sirviente, que entró rápidamente y cerró en seguida. «No tenga usted miedo, sahib -me dijo- nadie sabrá que usted lo mató. Escondamos el cadáver. ¿Quién va a adivinar después?» Yo no lo he matado -le contesté. Lal Chowdar movió la cabeza y se sonrió. «Todo lo he oído, sahib -me replicó-. Oí la disputa, y oí el golpe. Pero mis labios están sellados. En la casa todos duermen. Vamos a sacar el cadáver.»

"'Esto fue suficiente para decidirme; si mi propio sirviente no creía en mi inocencia, ¿qué esperanzas podían quedarme de probarla ante un jurado compuesto de doce comerciantes tontos? Entre Lal Chowdar y yo escondimos el cadáver esa noche. Pocos días después, en los diarios de Londres aparecía la noticia de la misteriosa desaparición del capitán Morstan.

"'Por lo que acabo de referirles, verán ustedes que sería injusto acusarme de su muerte. Mi falta consiste en que no sólo oculté el cadáver, sino, también, el tesoro, y en que me he aferrado a la parte que tocaba a Morstan con tanto interés como a la mía. Deseo por consiguiente que ustedes lleven a cabo la restitución. Aproxímense más. El tesoro está escondido en...'

"En ese mismo instante el rostro se le contrajo en una horrible mueca; con el pavor pintado en los ojos y con la mandíbula inferior desprendida, casi colgando, lanzó un

grito que nunca podré olvidar: '¡Quítenlo de allí! ¡Por el amor de Dios, quítenlo de allí!' Mi hermano y yo volvimos rápidamente el rostro hacia la ventana en la que mi padre había clavado la vista. Destacándose en la oscuridad, una cara nos miraba; vimos perfectamente la mancha blanca que hacía la nariz al apretarse contra el vidrio. Era una cara barbuda. Los ojos, crueles y salvajes, brillaban con una expresión maligna. Mi hermano y yo nos precipitamos hacia la ventana, pero el hombre desapareció en seguida. Cuando volvimos al lado de nuestro padre, lo encontramos inmóvil y el pulso ya le había cesado de latir.

"Esa noche buscamos por todo el jardín. No encontramos ningún rastro, salvo la huella de un pie, precisamente debajo de la misma ventana. De no ser por esa huella, habríamos creído que todo era producto de nuestra imaginación. Sin embargo pronto tuvimos otra prueba, más convincente todavía, de que alguna mano secreta operaba en nuestro derredor. La ventana del cuarto de nuestro padre fue encontrada abierta a la mañana siguiente. Los cajones de la cómoda habían sido registrados y sobre el pecho del cadáver pudimos ver un pedazo de papel, escrito con mala letra, con las siguientes palabras: 'El signo de los cuatro'. Nunca supimos lo que significaba esa frase, ni quién podía haber sido el secreto visitante. Según pude juzgar, ninguno de los objetos pertenecientes a mi padre desapareció del cuarto, por más que todo había sido revuelto. Naturalmente, mi hermano y yo pensamos que tenía que existir alguna vinculación entre el incidente y el temor con que había vivido mi padre, pero hasta ahora todo sigue sumido en el más profundo de los misterios."

El hombrecito cesó de hablar para encender otra vez su hookah, y durante unos instantes siguió fumando en silencio, pensativo. Los tres habíamos escuchado inmóviles la extraordinaria narración. En la parte referente a la muerte de su padre, la señorita Morstan se puso pálida como un cadáver, y yo temí que se desmayara; pero el malestar se le pasó después de apurar un vaso de agua que le serví de un frasco veneciano colocado en una mesita. Sherlock Holmes se había echado hacia atrás en su silla, con expresión abstraída, las pestañas caídas sobre los chispeantes ojos. Al mirarlo, no pude menos que recordar las amargas quejas que le había oído proferir ese día con respecto a la vulgaridad de la vida: allí tenía, pues, un problema que iba a someter su sagacidad a una prueba decisiva. El señor Thaddeus Sholto paseaba sus miradas sobre nosotros, con visible orgullo por el efecto que su historia había producido; a poco, prosiguió su relato, entrecortado por las chupadas que daba a su pipa.

-Tanto mi hermano como yo nos sentimos, como ustedes imaginarán, bastante preocupados por lo del tesoro. Durante semanas y meses excavamos y revolvimos por todas las partes del jardín, sin descubrir su paradero.

"Era para volverse loco al pensar en que nuestro padre había estado a punto de mencionarnos el escondrijo, precisamente en el momento en que la muerte le sobrevino. Por el rosario podíamos juzgar del esplendor de las ocultas riquezas. Ese rosario fue causa de algunas pequeñas discusiones entre mi hermano y yo. Las perlas eran evidentemente de gran valor, y a él se le hacía duro deshacerse de ellas, pues, aquí entre nosotros, mi hermano se inclina algo al defecto de que padeció mi padre. Además, decía que si enviábamos el rosario, ello podría dar lugar a habladurías y causarnos trastornos. Todo lo que conseguí fue persuadirlo de que debía dejarme averiguar la dirección de la

señorita Morstan y enviarle una a una las perlas desprendidas del rosario, con intervalos fijos, para que así, por lo menos, estuviera al abrigo de la miseria."

-Bondadosa idea -dijo con acento de gratitud nuestra compañera- fue usted muy bueno al pensar· de esa manera.

El hombrecito hizo ademán, más bien, de pedir excusas.

-Nosotros éramos depositarios de los bienes de usted -dijo- ésa fue mi manera de ver el asunto, aunque mi hermano Bartholomew no se decidía a contemplarlo bajo la misma luz. Nosotros teníamos ya mucho dinero, y yo no sentía deseos de enriquecerme más. Por otra parte, habría sido de muy mal gusto tratar a una señorita de manera tan poco delicada. Le mauvais goût mène au crime.3 Los franceses saben expresar estas cosas con mucha claridad. Nuestra diferencia de opiniones sobre el particular fue tan lejos, que pensé que lo mejor sería poner casa aparte. Abandoné Pondicherry Lodge, trayéndome al viejo khitmutgar y a Williams. Pero ayer ocurrió un acontecimiento de la mayor importancia; el tesoro fue encontrado; en el acto, le escribí a usted, señorita Morstan. Ahora no nos queda más que ir a Norwood y pedir la parte que nos corresponde. Anoche hice saber a Bartholomew mis ideas al respecto, así es que aunque no nos recibirá muy bien, por lo menos nos espera.

El señor Thaddeus Sholto dejó de hablar, pero continuó agitándose en su lujoso asiento. Todo fue silencio durante un rato. Estábamos embargados por el nuevo giro que el misterioso asunto había tomado. Holmes fue el primero en ponerse de pie.

-Usted ha procedido bien, señor -le dijo-, desde el principio hasta el fin. Es posible que nosotros podamos retribuirle su buen comportamiento, arrojando alguna luz sobre aquello que para usted está todavía en la oscuridad. Pero, como la señorita Morstan hacía notar hace poco, ya es tarde, y lo mejor sería terminar cuanto antes con el asunto.

El hombrecito colgó con el mayor cuidado el tubo de su hookah, y de atrás de una cortina sacó un larguísimo y pesado abrigo con puños y cuello de astracán. Se lo abotonó tan arriba como pudo, no obstante que, con una noche tan oscura, nadie habría de verlo. Concluyó sus preparativos poniéndose una gorra de piel de conejo con orejeras que le caían hasta el cuello, de modo que lo único que quedaba visible de su persona era su movible y picada cara.

-Soy algo débil de salud -replicó, caminando hacia la calle-, y me veo obligado a tratarme como un valetudinario.

El cupé esperaba en la puerta. El programa había sido probablemente arreglado de antemano, pues apenas entramos en el carruaje, echó a andar con paso rapidísimo. Thaddeus Sholto hablaba sin cesar, en voz tan alta que dominaba el ruido de las ruedas.

-Bartholomew es un mozo inteligente -nos dijo-.

¿Cómo creen ustedes que descubrió el lugar en que se encontraba el tesoro? Persuadido, por fin, de que el escondrijo se hallaba puertas adentro, revolvió cada metro cúbico de la

casa, y midió el terreno por todas partes, para que no se le escapara una sola pulgada sin registrar. Entre otras cosas, observó que el edificio tenía setenta y cuatro pies de alto, y que sumando el alto de todas las habitaciones y teniendo en cuenta los espacios que hay entre ellas, explorados por él mediante varios sondajes, apenas llegaba a un total de setenta pies. Había, pues, un espacio de cuatro pies no examinados todavía, el cual no podía estar sino en la parte superior del edificio. Entonces abrió un agujero en el techo del cuarto más elevado, y se encontró con que encima de éste había una especie de cuartito, herméticamente cerrado y desconocido para todos. En el centro se levantaba el cofre del tesoro, apoyado sobre dos vigas. Lo bajó a través del agujero y allí sigue. Calcula el valor de las joyas en no menos de medio millón de libras esterlinas.

A la mención de esta suma gigantesca, todos nos miramos con ojos asombrados. La señorita Morstan, si podíamos poner en vigor sus derechos, se convertiría de una humilde institutriz en una de las mujeres más ricas de Inglaterra. Lo lógico hubiera sido que un amigo fiel se alegrara de aquella noticia; sin embargo, me avergüenza confesarlo, me dominó el egoísmo y sentí que el corazón me pesaba como un plomo. Tartamudeé algunas palabras de felicitación y me quedé sentado, inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho, sordo a la charla de nuestro nuevo conocido. Éste era un hipocondriaco confirmado y yo escuchaba, a distancia, una cadena interminable de síntomas y de preguntas suplicantes sobre la composición y acción de innumerables medicinas, algunas de las cuales llevaba en el bolsillo, en un estuche de piel. Confío en que no recuerde ninguna de las respuestas que le di esa noche. Holmes me aseguró, posteriormente, que me había oído prevenirlo contra el peligro terrible de tomar más de dos gotas de aceite de castor, mientras le recomendaba la estricnina en grandes dosis, como sedante. Sin importar lo que pueda haber dicho, me sentí ciertamente aliviado cuando nuestro coche se detuvo, por fin, y el cochero saltó hacia el suelo para abrir la portezuela.

-Éste es Pondicherry Lodge, señorita Morstan -dijo Thaddeus Sholto, ofreciéndole la mano para bajar.

V
La tragedia de Pondicherry Lodge

Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos a la casa de Bartholomew. Habiendo dejado tras nosotros la neblina húmeda de la gran ciudad, la noche tenía, ahora, un aspecto agradable y claro. Un viento tibio soplaba del oeste y pesadas nubes cabalgaban lentamente por el cielo, con la media luna espiando ocasionalmente hacia la tierra, a través de las rendijas que aquéllas dejaban. El tiempo era lo bastante claro como para ver a cierta distancia, pero Thaddeus Sholto bajó uno de los faroles laterales del carruaje para alumbrarnos el camino.

Pondicherry Lodge se levantaba en el centro de un amplio terreno que lo circundaba. Sobre el terreno se había levantado una alta barda de piedra rematada con vidrios rotos. Una sola puerta, angosta y recubierta de hierro, daba acceso al interior. Al llegar a ella, nuestro guía se detuvo y llamó de un modo peculiar, semejante al que emplean los

carteros.

-¿Quién es? -gritó una voz áspera desde el interior.

-Soy yo, McMurdo. A estas alturas ya deberías conocer mi modo de tocar.

Se escuchó un gruñido, y después, el sonido de un manojo de llaves. Por último, el chirrido de una cerradura al ser abierta. La pesada puerta giró hacia adentro y un hombre bajito y robusto se colocó en la parte entreabierta. La luz amarillenta de la linterna iluminó un rostro abotagado y unos ojillos parpadeantes y desconfiados.

-¿Es usted, señor Thaddeus? ¿Y quiénes son los demás? El amo no me dio órdenes de dejarlos pasar.

-¿No, McMurdo? ¡Me sorprendes! Dije anoche a mi hermano que traería algunos amigos.

-No ha salido de su cuarto en todo el día, señor Thaddeus, y no tengo órdenes. Usted sabe muy bien que debo apegarme a lo que me dicen. Puedo dejar entrar a usted; pero sus amigos deben quedarse donde están.

¡Aquél era un obstáculo inesperado! Thaddeus Sholto miró a su alrededor con expresión perpleja y desolada.

-¡Ésta es una maldad de tu parte, McMurdo! -dijo-. Si yo respondo por ellos eso debe bastarte. Viene con nosotros una joven, además. No puede quedarse en la calle a estas horas de la noche.

-Lo siento mucho, señor Thaddeus -dijo el portero en tono inexorable-. La gente puede ser amiga de usted y no ser amiga del amo. Y él me paga para que cumpla con mi deber y lo cumpliré. Yo no conozco a los amigos de usted.

-¡Oh, te equivocas, McMurdo! -exclamó Sherlock Holmes repentinamente-. No creo que me hayas olvidado. ¿No recuerdas al aficionado que peleó contigo tres rounds en la noche de tu beneficio, hace cuatro años?

-¿El señor Sherlock Holmes? -gritó el exboxeador-. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo pude haberle confundido? Si en lugar de quedarse allí tan quieto, se hubiera acercado y me hubiera colocado ese izquierdazo tan suyo, lo habría reconocido de inmediato. ¡Ah, usted es un hombre que ha desperdiciado sus talentos, sí, señor! Usted habría ido muy lejos, si se hubiera dedicado al box.

-Ya ve, Watson, si todo lo demás me fracasa, aún tengo la probabilidad de triunfar en una profesión científica -dijo Holmes echándose a reír-. Estoy seguro de que mi amigo boxeador no va a dejarnos aquí, en el frío.

-Pase usted, señor; pase usted... usted y sus amigos pueden pasar. Lo siento mucho, señor Thaddeus, pero las órdenes son muy estrictas. Tenía que asegurarme de quiénes

eran sus amigos antes de dejarles entrar.

Entramos. Un caminito de arena, trazado en medio del terreno desolado, conducía a la enorme casa cuadrada, envuelta entre las sombras. Sólo el reflejo de la luna hacía brillar el vidrio de una de las ventanas. Las vastas dimensiones del edificio, su aspecto sombrío y su mortal silencio, oprimían el corazón. El mismo Thaddeus Sholto parecía sentir cierto malestar y el farol vacilaba en su mano.

-No sé qué signifique esto -decía- debe haber alguna equivocación. Anoche le dije a Bartholomew bien claro que esta noche vendríamos, y sin embargo, no veo luz en su ventana. No sé qué pensar.

-¿Y siempre tiene la casa en esta oscuridad?

-Sí; en eso ha seguido la costumbre de mi padre. A veces sospecho que éste debe haberle dicho muchas más cosas que a mí. La ventana del cuarto de Bartholomew es aquella donde da la luna. Los vidrios brillan, pero no me parece que haya luz en el interior.

-No la hay -dijo Holmes- pero por aquella otra ventanita, cercana a la puerta, veo salir un rayo de luz.

-¡Ah! Ése es el cuarto del ama de llaves... el de la señora Bernstone. Ella nos dirá lo que hay. Tal vez ustedes no tengan inconveniente en esperar aquí uno o dos minutos, pues si entramos todos juntos, como ella tampoco sabía que íbamos a venir, la presencia de ustedes podría alarmarla. Pero, ¡chist! ¿Qué es eso?

Levantó el farol y lo agitó formando círculos de luz en derredor nuestro. La señorita Morstan me tomó del brazo, y todos permanecimos silenciosos, con los corazones sobresaltados y el oído al acecho. Del enorme, negruzco edificio se escapaban, en el silencio de la noche, tristes y lastimeros lamentos; era el continuo ¡ay! entrecortado y agudo de una mujer presa del terror.

-Ésa es la señora Bernstone -dijo Sholto-. No hay más mujer que ella en la casa. Espérenme aquí. Vuelvo al instante.

Se dirigió apresuradamente hacia la puerta y llamó a ella con su toque especial. Desde donde estábamos pudimos ver que una mujer alta y entrada en años le abría y manifestaba el placer que le causaba su visita.

-¡Oh! ¡Señor Thaddeus! ¡Qué gusto me da que haya venido...!

Alcanzamos a escuchar otras expresiones semejantes hasta que, al cerrarse la puerta, la voz se perdió en un murmullo monótono.

Nuestro guía nos había dejado el farol. Holmes lo levantó, lo dirigió en distintas direcciones y examinó atentamente la casa y los montones de escombros que cubrían el terreno por todas partes. La señorita Morstan y yo estábamos uno al lado del otro;

teníamos las manos entrelazadas. ¡Qué cosa tan maravillosamente sutil es el amor! Dos personas que nunca se habían visto hasta ese mismo día, entre las cuales no había existido un cambio de palabras cariñosas, ni siquiera la más leve mirada de afecto, y en un momento las manos de una y otra se buscaban y se unían. El fenómeno me ha maravillado después, pero entonces me pareció la cosa más natural acercarme a ella, y ella, por su parte, me ha dicho que desde que me vio se sintió instintivamente impulsada a volverse hacia mí en demanda de consuelo y protección. Permanecimos con las manos enlazadas, como dos niños, y nuestros corazones se sintieron tranquilos a pesar de las sombras que nos rodeaban.

-¡Qué lugar tan extraño! -exclamó mi compañera, mirando de un lado a otro.

-Tal parece que en este sitio hubieran soltado a todos los topos de Inglaterra. Algo parecido he visto en la falda de un cerro, cerca de Ballarat, donde los buscadores de minas habían hecho sus exploraciones.

-Y la causa es la misma -dijo Holmes-. Éstos son los rastros de los buscadores del tesoro. Recuerden ustedes que han estado más de seis años buscándolo. No hay que maravillarse de que el terreno parezca una criba.

La puerta de la casa se abrió con estrépito en ese momento y Thaddeus Sholto salió corriendo con las manos extendidas hacia adelante y con el terror retratado en los ojos.

-¡A Bartholomew le pasa algo raro! -gritó-. ¡Yo tengo miedo! Mis nervios no pueden soportar esto.

Estaba en realidad tembloroso y balbuciente; su cara movible y puntiaguda parecía querer salirse por entre el gran cuello de astracán, con la expresión desconsolada y suplicante de un niño aterrado.

-Entremos todos a la casa -dijo Holmes en tono seco y decidido.

-¡Sí, vamos! -suplicó Thaddeus Sholto-. Yo no me siento capaz de tomar esa resolución.

Entramos al cuarto del ama de llaves, situado en el lado izquierdo del corredor. La anciana se paseaba de un extremo a otro de la habitación, mirando asustada a un lado y a otro, apretándose los dedos; pero la presencia de la señorita Morstan pareció producir en ella el efecto de un calmante.

-¡Bendiga Dios esa cara tan cariñosa y tranquila! -exclamó en medio de un histérico sollozo-. ¡Cuánto bien me produce su presencia! ¡Oh! ¡Y cuánto he sufrido hoy!

Nuestra compañera le tomó la mano, una mano delgada y maltratada por el trabajo, y murmuró algunas palabras de consuelo, amables y cariñosas, que en el acto devolvieron el color a las mejillas de la anciana.

-El patrón se ha encerrado con llave y no contesta -explicó el ama de llaves-. Todo el día estuve esperando que me llamara sin atreverme a subir, pues con frecuencia desea estar

enteramente solo; pero hace como una hora, comprendiendo por fin que pasaba algo extraño, subí y miré por el ojo de la cerradura. Vaya usted, señor Thaddeus; vaya usted y mire por sí mismo. Durante diez años seguidos he visto diariamente al señor Bartholomew Sholto, unas veces alegre, otras triste; pero nunca le vi una cara como la que tiene hoy.

Sherlock Holmes tomó la lámpara y encabezó la marcha, pues Thaddeus Sholto estaba tan nervioso que los dientes parecían bailarle dentro de la boca. Temblaba de tal modo, que para subir las escaleras tuve que sostenerlo. Las rodillas se le doblaban. Dos veces, durante nuestra ascensión, Holmes sacó su lupa y examinó cuidadosamente ciertas manchas de la estera que cubría el centro de la escalera. A mí me parecieron simples manchas de barro, sin forma alguna. Mi amigo subía lentamente, escalón por escalón, manteniendo la lámpara bien baja y dirigiendo la mirada a derecha e izquierda. La señorita Morstan había quedado atrás con la asustada ama de llaves.

La tercera escalera terminaba en un corredor recto y bastante largo, a cuyo lado derecho había un gran cuadro pintado en tela de la India, y al izquierdo, tres puertas. Holmes seguía avanzando con la misma manera lenta y metódica y mi compañera y yo lo seguíamos de cerca; nuestras sombras, altas y negras, se balanceaban por el corredor. La puerta hacia la que nos dirigíamos era la tercera. Holmes llamó sin obtener respuesta, y entonces trató de dar vueltas al picaporte. Estaba cerrado por dentro y el pestillo era ancho y sólido, como pudimos ver acercando la lámpara. La llave estaba puesta, aunque ladeada, de manera que el agujero no quedaba enteramente cubierto. Sherlock Holmes se inclinó a mirar por él e inmediatamente volvió a levantarse, respirando con dificultad.

-Algo diabólico hay en esto, Watson -dijo, conmovido como jamás lo había visto-. ¿Qué piensa usted que pueda haber allí?

Me incliné hacia el agujero y retrocedí horrorizado. La luna alumbraba plenamente el cuarto, con luz vaga pero clara. Frente a la puerta había visto una cara idéntica a la de nuestro compañero Thaddeus Sholto. Era la misma cabeza prominente y lustrosa, el mismo fleco de cabellos rojos, el mismo rostro incoloro. Pero las facciones se contraían en una horrible sonrisa, en una mueca fija y sobrenatural, que en aquella habitación alumbrada por la luna impresionaba más los nervios que cualquier espasmo o contorsión. Tanto se parecía esa cara a la de nuestro diminuto amigo, que involuntariamente miré hacia atrás, para ver si éste estaba todavía allí. Luego recordé que Thaddeus nos había dicho que él y su hermano eran gemelos.

-¡Qué cosa tan terrible! -dije dirigiéndome a Holmes-. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

-Echar la puerta abajo -contestó; y recostándose sobre ella, cargó todo el peso de su cuerpo contra la cerradura.

La puerta crujió y gruñó, pero no cedió. Entonces nos pusimos los tres a empujarla, y por fin se abrió bruscamente, dejándonos libre la entrada.

La habitación parecía un laboratorio químico. En la pared que quedaba exactamente enfrente de la puerta había dos hileras de frascos de cristal y una mesa cubierta con

quemadores Bunsen, probetas y retortas. En los rincones había cestas de mimbre con toda clase de ácidos. Una de ellas parecía estar rota, porque un chorro de líquido oscuro se había desprendido de ella y la atmósfera estaba saturada de un olor parecido al del alquitrán, muy nauseabundo y penetrante. Una escala colgaba de un lado del cuarto, entre una pila de tablones y yeso. Arriba de ella, en el techo, se veía un agujero lo suficientemente grande como para permitir el paso de un hombre. Al pie de la escala había sido arrojado descuidadamente un trozo de cuerda.

Junto a la mesa, en un sillón de madera, el amo de la casa se encontraba sentado, encogido, con la cabeza sumida en el hombro izquierdo y con aquella horrible e inescrutable sonrisa en el rostro. Estaba rígido y frío. Era notorio que tenía varias horas de haber muerto. Me dio la impresión de que no sólo sus facciones, sino todos sus miembros estaban retorcidos de un modo, por demás, fantástico. Cerca de una de sus manos, sobre la mesa, se veía un instrumento peculiar. Era un bastón color marrón, con un puño de piedra semejante a la cabeza de un martillo, asegurado burdamente con cáñamo áspero y corriente. A un lado se encontraba una hoja de papel, arrancada de algún cuaderno de apuntes, y en ella se veían garabateadas algunas palabras. Holmes las leyó y me extendió el papel.

-Vea usted -dijo levantando las cejas significativamente.

A la luz de la linterna leí estremeciéndome de horror: "El signo de los cuatro".

-En nombre sea de Dios, ¿qué significa esto? -exclamé.

-Significa asesinato -contestó él, inclinándose sobre el muerto-. ¡Ah, ya me lo esperaba! ¡Mire acá! -Señaló hacia lo que parecía una gran espina oscura, clavada en la piel, exactamente arriba de la oreja del muerto.

-Parece una espina -comenté.

-Es una espina. Puede usted extraerla. Pero tenga cuidado porque está envenenada.

La tomé entre el dedo índice y el pulgar. Salió tan fácilmente que casi no dejó ninguna señal. Sólo quedó una gota de sangre en la perforación que había hecho.

-Éste es un misterio absolutamente indescifrable para mí -dije-. Me parece que se va oscureciendo, en lugar de aclararse.

-Por el contrario, se aclara a cada instante. Sólo me faltan unos cuantos eslabones para tener un caso perfectamente completo.

Thaddeus Sholto, cuya presencia casi habíamos olvidado desde el momento en que entramos a la habitación, estaba de pie, en el umbral, convertido en la imagen misma del terror, retorciéndose las manos y gimiendo sin cesar. De pronto, sin embargo, estalló en un grito agudo y lastimero.

-¡El tesoro ha desaparecido! -gritó-. ¡Robaron el tesoro! Allí está el agujero a través del

cual lo bajamos. ¡Yo le ayudé a hacerlo! ¡Fui la última persona que lo vio! Lo dejé aquí anoche y le oí cerrar la puerta con llave mientras yo descendía las escaleras.

-¿A qué hora fue eso?

-A las diez en punto de la noche. Y ahora está muerto. Llamarán a la policía y sospecharán que yo tuve alguna intervención en esta horrible tragedia. ¡Oh, sí, estoy seguro de que sospecharán de mí! Pero, ¿ustedes no me creen culpable, verdad, caballeros? Seguramente ustedes no pensarán que yo fui. ¿Creen que los habría traído si hubiera sido yo? ¡Oh, Dios! ¡Creo que me voy a volver loco! -sacudió los brazos y dio de patadas en el suelo, como quien está sufriendo un frenético acceso de locura.

-No tiene razón para ponerse así, señor Sholto -dijo Holmes bondadosamente, poniéndole la mano sobre el hombro-. Siga mi consejo. Vaya a la estación de policía e informe de lo que ha sucedido. Ofrézcase a ayudar y a cooperar en todo lo posible. Nosotros esperaremos aquí hasta que usted vuelva.

El hombrecillo obedeció, semiatontado, y lo oímos bajar la escalera.

VI
Sherlock Holmes hace una demostración

-Ahora, Watson -dijo Holmes frotándose las manos-, disponemos de media hora de libertad. Hagamos buen uso de ella. El caso está, como ya le he dicho, casi completo; pero no debemos fracasar por exceso de confianza. Por simple que ahora parezca el asunto, puede tener implicaciones más profundas.

-¿Simple? -grité yo.

-Claro que sí -insistió Sherlock con el aire del profesor que explica a sus alumnos un caso que le parece sencillo-. Siéntese en ese rincón, para que las huellas de sus pies no compliquen la cuestión. ¡Ahora, a trabajar! En primer lugar, ¿cómo entraron esos tipos, y cómo salieron? La puerta no ha sido abierta desde anoche. ¿Qué me dice de la ventana? -tomó la lámpara y se acercó a ella, explicando en voz alta sus observaciones. Más que dirigirse a mí, monologaba-. La ventana se cierra por dentro. El marco es sólido. No hay goznes a los lados. Vamos a abrirla. No hay ninguna cañería cerca. El techo está bastante fuera del alcance de cualquier persona. Sin embargo, un hombre ha entrado por la ventana. Anoche llovió un poco. Aquí está la huella de un pie, marcada por el lodo, sobre el alféizar. Y aquí hay una señal circular de lodo, y otra en el suelo, y otra más, cercana a la mesa. ¡Mire acá, Watson! Ésta es realmente una demostración preciosa.

Miré los discos de lodo, redondos y perfectamente definidos.

-Ésta no es la huella de un pie -dije.

-Es algo mucho más valioso para nosotros. Es la impresión de una pata de palo. Mire

aquí, en el alféizar, la marca de una bota gruesa, con un ancho tacón de metal. Cerca de ella está la huella de la pata de palo.

-Entonces, se trata de un cojo.

-Exactamente. Pero hay alguien más... un aliado muy hábil y eficiente. ¿Podría usted escalar este muro, doctor?

Me asomé por la ventana abierta. La luna todavía brillaba intensamente, iluminando aquel ángulo de la casa. Estábamos a unos veinte metros arriba del suelo y a pesar de que mis ojos hurgaron cuidadosamente, no pude encontrar un solo sitio en que pudieran encontrar apoyo los pies de un hombre en aquel muro liso de ladrillo.

-Es absolutamente imposible -exclamé.

-No cabe duda de que es imposible. Pero suponga usted que un amigo le arrojase desde aquí un extremo de aquella gruesa cuerda que veo en el rincón y amarrase el otro en este enorme gancho de la pared. Creo que entonces, siendo usted un hombre ágil, subiría fácilmente hasta aquí, aun teniendo una pata de palo. Después, naturalmente, bajaría del mismo modo y su amigo recogería la cuerda, la desprendería del gancho, cerraría la ventana, echaría el pestillo por dentro, y saldría de la habitación en la forma en que entró. Como cosa de importancia secundaria hay que hacer notar -y señaló con el dedo hacia la cuerda- que el amigo de la pierna de palo, aunque parece hábil para trepar, no ha sido nunca marinero, ni tiene las manos callosas. Con mi lente descubro más de una mancha de sangre en la cuerda, especialmente cerca del extremo, lo que me hace suponer que nuestro hombre descendió con tanta velocidad que se le desprendió un pedazo de piel.

-Todo está muy bien -dije yo-, pero el asunto se va volviendo más misterioso cada vez. ¿Y qué me dice del cómplice? ¿Cómo entró al cuarto?

-¡Sí, el cómplice! -repitió Holmes en actitud meditativa-. Todo lo que se refiera a ese sujeto es interesante. El tal auxiliar abre una mala página en los anales del crimen de nuestro país, pero en la India, si mi memoria no me es infiel, en Senegambia, se han presentado casos parecidos.

-¿Cómo habrá entrado? -repetí-. La puerta estaba cerrada con llave, la ventana era inaccesible. ¿Y la chimenea?

-La parte inferior de la chimenea es demasiado pequeña -contestó Holmes-. Ya había pensado en eso, pero tuve que descartarlo.

-¿Y entonces cómo?

-Usted no quiere aplicar mis preceptos -me observó Sherlock-. ¿Cuántas veces le he dicho que una vez eliminado lo imposible, lo que queda debe ser la verdad, por improbable que parezca? Sabemos que no ha podido venir por la ventana, ni por la puerta, ni por la chimenea. Sabemos también que no ha podido estar oculto en el cuarto,

pues aquí no hay dónde esconderse. ¿Por dónde penetró, entonces?

-¡Por el agujero del techo! -exclamé.

-Evidentemente. Ése es el único camino. Le agradecería me tuviera la lámpara. Vamos a extender nuestras pesquisas hasta el cuarto de arriba, el cuarto secreto en que estaba el tesoro.

Holmes subió por la escala, y poniendo una mano a cada lado del agujero, se introdujo por éste. Luego se inclinó desde arriba, tomó la lámpara y la sostuvo mientras yo subía.

El recinto en que nos encontrábamos, tenía unos tres metros de largo por dos de ancho. El piso estaba formado de frágiles tablones, lo que nos obligaba a tener que caminar con cuidado. El techo, en punta, no era, visiblemente, más que la cubierta interior de la verdadera techumbre de la casa. No había muebles ni objeto alguno, y el polvo acumulado durante años formaba en el suelo una espesa capa.

-¡Aquí tiene usted! -exclamó Sherlock Holmes poniendo su mano en la pared inclinada-. ¿Y ve usted? Ésta es una claraboya que conduce afuera. Con empujarla encuentra uno por dónde ha entrado el criminal número uno. Veamos si podemos encontrar otras huellas de su personalidad.

Acercó la lámpara al suelo y al instante vi, por segunda vez en aquella noche, que su rostro adquiría una expresión de sorpresa y horror. En cuanto a mí, al bajar la vista, sentí frío hasta en los huesos. En el piso se veían las huellas de un pie desnudo, perfectamente definido y formado, pero de dimensiones que apenas alcanzarían la mitad del tamaño ordinario del pie humano.

-¡Holmes! -murmuré a su oído-. ¡Esta horrible cosa ha sido hecha por un niño!

-Yo también me sentí horrorizado en el primer momento por la misma idea -me contestó- pero la cosa es muy natural. La memoria me ha fallado, porque, de lo contrario, habría podido explicar en el acto lo que acabamos de ver. Bajemos, pues nada tenemos ya que hacer aquí.

-¿Cuál es, entonces, su teoría respecto a esas huellas? -le pregunté cuando estuvimos abajo.

-Mi querido Watson, trate usted de hacer un pequeño análisis por sí mismo -me contestó impacientándose ligeramente-. Usted conoce mis métodos: aplíquelos, y la comparación de los resultados será digna de estudio.

-No concibo nada que explique los hechos -fue mi respuesta.

-Pues muy pronto lo verá usted -me dijo con indiferencia-. Ahora, aunque creo que ya no hay ninguna cosa de importancia que observar aquí, voy a buscar otra vez.

Sacó su lente y una cinta de medir, y se puso a recorrer el cuarto a gatas, midiendo,

comparando y examinando. Su larga y afilada nariz apenas despegaba unas cuantas pulgadas del suelo. Los escrutadores ojos brillaban como los de un pájaro. Tan silenciosos y furtivos eran sus movimientos, parecidos a los de un perro de caza que sigue una pista, que al verlo así no pude menos de pensar en el terrible criminal que habría sido si en vez de poner su energía y sagacidad al servicio de la ley, las hubiera ejercido en contra de ésta. Mientras husmeaba, profería gruñidos, hablando consigo mismo. De pronto, soltó una ruidosa exclamación de alegría.

-Decididamente estamos de buenas -dijo-. Ahora ya no nos queda mucho por hacer. El criminal Número Uno ha tenido la desgracia de meter el pie en la creosota. Puede usted ver el talón de su pequeño pie marcado aquí en esta parte del pestilente charco. ¿Ve usted? El liquido ha corrido en abundancia.

-Bueno, ¿y qué?

-Pues ya tenemos al individuo. ¿Le parece poco? Conozco un perro que seguiría este rastro hasta el fin del mundo. Si un gato puede descubrir un arenque en estado de descomposición en la despensa mejor cerrada, ¿cómo no ha de poder un sabueso entrenado especialmente seguir un olor tan penetrante como éste? La respuesta no es difícil y... Pero, vaya, aquí están los representantes titulares de la ley.

Del piso bajo subía el ruido de fuertes pisadas y el clamor de sonoras voces. La puerta del vestíbulo se cerró con estrépito.

-Antes de que suban, ponga usted su mano aquí, en el brazo de este pobre diablo, y después en la pierna. ¿Qué siente usted?

-Los músculos están tan duros como si fueran de madera -contesté.

-Así es. Se encuentran en un estado de extrema contracción, muy diferente del usual rigor mortis.4 Combinando eso con la contorsión de la cara y con la sarcástica sonrisa, o sea la risus sardonica,5 como la llamaban los escritores antiguos, ¿a qué conclusión llegaría usted?

-Muerte producida por algún poderoso alcaloide vegetal -contesté-. Alguna sustancia parecida a la estricnina, que produce el tétano.

-Esa misma idea se me ocurrió apenas vi la tirantez de los músculos de la cara. Al entrar en el cuarto, traté inmediatamente de encontrar el instrumento con que se introdujo el veneno al organismo. Como usted vio, pronto descubrí la espina clavada en la piel probablemente disparada de lejos, aunque no con gran fuerza. Examine usted la espina.

Tomándola cuidadosamente, la acerqué al farol. Era larga, puntiaguda y negra, y cerca de la punta parecía haber sido untada con alguna sustancia gomosa que se hubiese secado rápidamente. El extremo posterior había sido recortado y redondeado con un cuchillo.

-¿Cree usted que esa espina sea de madera inglesa?

-No, seguramente que no.

-Pues con todos esos datos debería usted estar en aptitud de sacar alguna conclusión precisa. Pero aquí vienen las fuerzas regulares y las auxiliares deben batirse en retirada.

Mientras Sherlock Holmes hablaba, se oyeron los pasos de personas que se acercaban por el corredor. Un hombre alto y corpulento, vestido con un traje gris, entró al cuarto con andar pesado. Tenía la cara colorada, grasosa e hinchada; sus ojos, muy pequeños y vivos, miraban de modo muy penetrante desde las profundidades de sus gruesos párpados. Tras él entraron un inspector de policía uniformado y Thaddeus Sholto, todavía palpitante.

-¡Este es un asunto fantástico! -exclamó el hombre corpulento-. ¡Un asunto que vale la pena! ¿Quiénes son esos dos? ¿Cuál es la razón de que la casa esté tan poblada como una conejera?

-Me parece que usted debe recordar quién soy, señor Athelney Jones -dijo Holmes con acento tranquilo.

-¡Ya lo creo que sí! -gruñó el otro-. Usted es el señor Sherlock Holmes, el teórico. ¡Cómo no voy a acordarme de usted! Nunca olvidaré las lecciones que nos dio a todos nosotros sobre las causas, consecuencias y efectos, en relación con el asunto de las joyas de Bishopgate. Ahora bien, usted nos puso sobre el rastro, pero convendrá en que más que el raciocinio lo que le ayudó en ese caso fue su buena suerte.

-Pues fue un caso de simple razonamiento.

-¡Vamos, vamos! ¡Nunca se avergüence usted de reconocer la verdad! ¿Y qué me dice usted de este asunto? ¡Mal negocio, mal negocio! Hechos descarnados, ningún lugar para las teorías. ¡Qué suerte para mí haberme encontrado hoy en Norwood, para hacerme cargo de este caso! Estaba en el puesto de policía cuando llegó el aviso. ¿De qué cree usted que ha muerto este hombre?

-¡Oh! Este es un asunto en que me sería difícil teorizar -contestó Holmes secamente.

-No, no. Nosotros no podemos negar que usted a veces da en el clavo. ¡Qué lío éste! La puerta cerrada, según entiendo. Joyas por valor de medio millón, desaparecidas. ¿Cómo estaba la ventana?

-Cerrada por dentro, pero en el antepecho hay rastros de pisadas.

-Bien, bien. Si la ventana estaba cerrada por dentro, las pisadas nada tienen que ver en el asunto. Eso lo indica el sentido común. El hombre puede haber muerto de un accidente, pero la cuestión es que las joyas no están aquí. ¡Ah! Se me ocurre una teoría. A veces me asaltan ideas geniales. Salga usted al corredor, sargento, y usted también, señor Sholto. El señor puede quedarse. ¿Qué piensa usted de esto que le voy a decir, Holmes?

Según su propia confesión, Sholto estuvo anoche con su hermano. El hermano murió por efecto de un accidente, y Sholto se llevó el tesoro. ¿Qué le parece a usted?

-Sin duda, el muerto se levantó después y echó llave a la puerta.

-¡Hum! La cosa falla ahí. Apliquemos el sentido común. Este Thaddeus Sholto estuvo con su hermano; entre ellos hubo una disputa, cosa que sabemos. El hermano está muerto y las joyas no aparecen. También esto lo sabemos. Nadie ha visto al hermano desde que Thaddeus se separó de él. La cama demuestra que el hermano no se acostó. Thaddeus está visiblemente trastornado. No tiene una apariencia muy atractiva que digamos. Ya ve usted que voy tendiendo mi red en torno de Thaddeus, y las mallas comienzan a apretarlo ya.

-Usted no está todavía en completa posesión de los hechos -dijo Holmes-. Esta astilla de madera, que tengo muchas razones para creer envenenada, estaba allí, en esa parte de la piel donde todavía puede usted ver la marca; este papel, escrito como ve, estaba en la mesa, y a su lado, este curioso bastón con puño de piedra. ¿Encaja todo eso en su teoría?

-La confirma en todos los aspectos -dijo pomposamente el obeso detective-. La casa está llena de curiosidades de la India. Thaddeus trajo eso acá y si la astilla estaba envenenada pudo haber hecho uso de ella al igual que cualquier otro hombre con intenciones asesinas. Ese papel tiene el exclusivo objeto de despistarnos, estoy seguro. La única cuestión que queda por resolver es cómo escapó. ¡Ah!, desde luego... aquí hay un agujero en el techo -con gran agilidad, tomando en cuenta su corpulencia, subió la escala y se introdujo por el agujero. Inmediatamente después oímos su voz, alegre y entusiasta, proclamando el feliz hallazgo de la claraboya.

-Puede descubrir algo -comentó Holmes irónicamente, encogiéndose de hombros-. Tiene chispazos ocasionales. Il n'y a pas des sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit! 6

-¡Vea usted! -exclamó Athelney Jones, descendiendo por la escala-. Los hechos son mejores que las simples teorías, después de todo. Mi punto de vista del caso ha sido confirmado. Hay una claraboya que se comunica con el techo y está parcialmente abierta.

-Yo fui quien la abrió.

-¡Oh, ya veo! Entonces, ¿usted la notó también? -dijo medio decepcionado-. Bueno, haciendo caso omiso de quién la vio primero, lo importante es que demuestra la manera como huyó nuestro caballero. ¡Inspector! -gritó.

-¡Sí, señor! -contestó la voz desde el corredor.

-Diga usted al señor Sholto que entre. ¡Ah! Ya está aquí. Señor Sholto, es mi deber prevenirle que cualquier cosa que usted diga ahora puede ser utilizada en su contra. En nombre de la justicia queda usted arrestado en relación con la muerte de su hermano.

-¡Ya está! ¿No decía yo? -gimió el pobre hombrecito, levantando las manos y mirándonos asustado.

-No tenga temor, señor Sholto -le dijo Holmes Muy pronto lo libraré de esa acusación.

-¡No prometa usted demasiado, señor "teorizador", no prometa usted demasiado! -le previno el detective en tono amenazador-. Puede ser que el asunto le resulte mucho más difícil de lo que piensa.

-No sólo estoy seguro de librar al señor Sholto, sino que voy a obsequiarlo a usted, sin el menor interés, con el nombre y señas de una de las dos personas que estuvieron anoche en este cuarto. Se llama Jonathan Small, es hombre de escasa educación, pequeño de estatura, activo, y con una pata de palo algo gastada en la parte inferior. El pie izquierdo lo lleva calzado con un botín de suela ordinaria, cuadrado en la punta, y el tacón tiene un ribete de hierro. Es hombre de cierta edad, tiene la cara y las manos quemadas por el sol, y ha estado en presidio. Estas pocas indicaciones pueden servirle a usted, y agrégueles: el sujeto debe tener en este momento la palma de la mano desgarrada, sin buena parte de la piel. La otra persona...

-¡Ah! ¿La otra persona? -preguntó Athelney Jones con voz burlona, a pesar de que estaba impresionado por la exactitud con que Holmes hablaba.

-Es una persona bastante rara -contestó éste, girando sobre sus talones-. Espero muy pronto poder presentarle a usted el par. Una palabra, Watson...

Y me llevó afuera, hasta cerca de la escalera.

-Este inesperado acontecimiento -dijo- nos ha hecho perder de vista el propósito original de nuestro viaje.

-Estaba pensando en eso precisamente -contesté-. No es justo que la señorita Morstan permanezca en este desagradable sitio.

-No. Debe usted acompañarla a su casa. Vive con la señora Cecil Forrester en Lower Camberwell; así que no está muy lejos. Lo esperaré aquí, si es que quiere volver. ¿No está demasiado cansado?

-De ningún modo. No creo que pueda descansar hasta saber más acerca de este fantástico asunto. Durante mi existencia he presenciado muchas cosas, pero le doy mi palabra de que esta rápida sucesión de extrañas sorpresas ha destrozado completamente mis nervios. Sin embargo, me gustaría llegar con usted hasta el fin del asunto.

-Su presencia me será de gran utilidad -contestó-. Resolveremos el caso de modo independiente y dejaremos que este tipo Jones se regocije con esos castillos de naipes que tanto le gusta construir. Cuando haya dejado a la señorita Morstan, quiero que vaya al número 3 de Pinchin Lane, cerca del río, en Lambeth. La tercera casa del lado derecho es de un taxidermista apellidado Sherman. Verá usted en la vitrina una comadreja sosteniendo un conejillo. Levante al viejo Sherman y dígale, con mis

cumplidos, que necesito a Toby inmediatamente. Traiga a Toby en el coche.

-Es un perro, supongo.

-Sí, un perro de raza indefinida, con un asombroso olfato. Prefiero tener la ayuda de Toby que la de toda la fuerza policiaca de Londres.

-Lo traeré -le contesté-. Ahora es la una. Estaré de vuelta antes de las tres, si logro conseguir un caballo fresco.

-Y yo veré qué puedo averiguar de la señora Bernstone y del criado indio. Este último, según me dijo el señor Thaddeus, duerme en la buhardilla contigua. Después estudiaré los métodos del gran Jones y escucharé sus nada delicados sarcasmos.

Goethe siempre tiene razón: Wir sind gewohnt, dass die Menschen verhöhnen was sie nicht verstehen.

VII
El episodio del barril

La policía había traído un coche y en él llevé a la señorita Morstan de regreso a su casa. Con un espíritu angelicalmente femenino, había resistido toda aquella tragedia con aparente tranquilidad porque había alguien más débil que ella a quien ayudar. Por eso, cuando fui a buscarla, la encontré amable y sosegada, al lado del ama de llaves. Ya en el coche, sin embargo, palideció y estuvo a punto de desmayarse; después le sobrevino un llanto nervioso, producido por las emociones a que había estado expuesta. En otra ocasión, posteriormente, me confesó que durante el trayecto me sintió frío y distante. No comprendía la lucha que se realizaba dentro de mi pecho, ni la fuerza de voluntad tan terrible a la que tuve que recurrir para controlarme. Mi corazón la amó apasionadamente desde aquel instante en que sentí su mano en la mía, en el jardín. Comprendí que ni aun muchos años de vida convencional y normal me podían haber mostrado mejor su naturaleza· dulce y valiente, como lo habían hecho las extrañas experiencias de ese solo día. Sin embargo, había dos pensamientos que sellaban mis labios y que impedían que brotaran las palabras de cariño y de consuelo que hubiera querido decirle. Era una mujer débil y desamparada, sacudida física y mentalmente por las emociones. Hablarle de amor en aquellos momentos hubiera equivalido a aprovecharse de las circunstancias. Pero, lo que resultaba peor, Mary estaba a punto de llegar a ser una mujer rica. Si las investigaciones de Holmes tenían éxito, se convertiría en heredera de una fortuna. ¿Era justo, era decente que un miserable cirujano del ejército, con un ingreso por igual miserable, se aprovechara de una intimidad que sólo circunstancias fortuitas habían establecido? ¿No me consideraría ella, entonces, como un vulgar cazador de fortunas? La sola idea de que ese pensamiento cruzara por su mente me ataba. Aquel tesoro de Agra se interponía entre nosotros como una barrera infranqueable.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando llegamos a la casa de la señora Cecil Forrester. La servidumbre se había retirado desde hacía varias horas, pero la señora Forrester se había interesado tanto en el extraño mensaje que recibiera la señorita

Morstan, que decidió esperarla. Ella misma nos abrió la puerta. Era una mujer simpática y de edad madura. Me impresionó la ternura con que abrazó a mi compañera y el tono maternal de su voz al saludarla. Saltaba a la vista que no la trataba como a una simple persona a sueldo, sino como a una verdadera amiga. Mary se apresuró a presentarme y la señora Forrester me invitó a pasar, suplicándome que le contara todas nuestras aventuras. Me excusé, explicándole la importancia de la misión que me habían confiado, pero le prometí visitarla después para informarle de los progresos que hubiéramos logrado en el caso. Al dirigirme hacia la puerta volví atrás y aún me parece ver el cuadro encantador que formaban las dos mujeres, cariñosamente abrazadas en el vestíbulo, bañadas por la luz de la lámpara. Era estimulante poder gozar de la contemplación de un hogar británico tranquilo, en medio de aquel loco, macabro y oscuro asunto en que estábamos enfrascados.

Entre más pensaba en lo que había sucedido, más me desorientaba. Repasé toda la extraordinaria secuencia de acontecimientos, mientras mi carruaje avanzaba por las silenciosas calles alumbradas por el gas de los faroles. Estaba el problema original. Pero eso, al menos, era perfectamente claro ahora. La muerte del capitán Morstan, el envío de las perlas, el anuncio, la carta... habíamos logrado hacer la luz sobre todos esos acontecimientos. Pero sólo nos habían conducido a un misterio más profundo y más trágico. El tesoro hindú; el curioso plano encontrado entre el equipaje de Morstan; la extraña escena de la muerte del mayor Sholto; el descubrimiento del tesoro, seguido inmediatamente por el asesinato del descubridor; las singulares circunstancias del crimen: las pisadas, las armas notables, las palabras del papel, iguales a las encontradas también en poder del capitán Morstan... era un verdadero laberinto en el que un hombre menos notablemente dotado que mi compañero se habría dado por vencido.

Pinchin Lane se componía de una hilera de casas de ladrillo de dos pisos y aspecto miserable, en el barrio más bajo de Lambeth. Tuve que llamar algún tiempo en el número 3 antes de obtener algún resultado. Por fin, noté el brillo de la luz de una vela tras el cristal de la ventana y un rostro apareció en ésta.

-¡Lárguese, borracho vagabundo! -gritó el rostro-. Si sigue armando bulla abriré las jaulas y le echaré cuarenta y tres perros encima.

-Todo lo que necesito es que deje salir uno -contesté.

-¡Lárguese! -gritó la voz-. ¡Malhaya sea, tengo un vampiro en esta maleta y se lo dejaré caer encima como no se marche de aquí!

-Pero lo que yo quiero es un perro -insistí.

-¡No voy a discutir con usted! -exclamó el señor Sherman-. Ahora, siga su camino; cuando cuente tres, soltaré el vampiro.

-El señor Sherlock Holmes... -empecé a decir; pero las palabras tuvieron un efecto mágico, pues la ventana se cerró de golpe y un instante después se abría la puerta.

El señor Sherman era un viejo alto y desgarbado, de hombros caídos, cuello largo y

anteojos azules.

-Un amigo del señor Sherlock Holmes es siempre bienvenido a esta casa -dijo-. Pase usted, señor. Cuidado con el tejón porque muerde. ¡Ah, grosero, grosero! ¿Tienes deseos de probar el sabor de la carne de mi visitante? -se dirigía a un armiño de prominentes ojos rojizos, que asomaba la cabeza entre los barrotes de una jaula-. No se fije usted en eso, señor... esa culebra no hace nada... le extraje el veneno, por lo que anda por el cuarto sin peligro. Acaba con toda clase de sabandijas. Perdone que haya sido brusco con usted al principio, pero los chiquillos del barrio me fastidian que da gusto y con frecuencia me levantan a medianoche. ¿Qué es lo que deseaba el señor Sherlock Holmes?

-Quiere un perro.

-¡Ah, me supongo que necesita a Toby!

-Sí, así dijo que se llamaba.

-Toby vive en el número siete, a la izquierda.

El hombre avanzó lentamente, alumbrando con la vela la extraña familia de animales de que se había rodeado. A la luz incierta y vacilante de la vela pude percibir vagamente los ojos brillantes que nos contemplaban con curiosidad desde todos los rincones.

Toby era un perro feo, de pelo largo y orejas caídas, mezcla de no sé qué razas, de piel blanca y castaña y de aspecto ordinario y antipático. Después de alguna vacilación aceptó el terrón de azúcar que el naturalista me había entregado para que le diera. Una vez que hubimos sellado de esa manera nuestra amistad, me siguió al carruaje sin la menor dificultad.

Acababan de dar las tres cuando llegué a Pondicherry Lodge. El expugilista McMurdo había sido arrestado como cómplice y ya estaba en la estación de policía, junto con el señor Sholto.

Dos vigilantes cuidaban la entrada de la casa, pero con sólo mencionar el nombre del detective me dejaron pasar con todo y perro.

Holmes estaba en la puerta de la casa, con las manos en los bolsillos y fumando su pipa.

-¡Ah! ¡Lo ha traído usted! -dijo-. ¡Verá usted qué perro! Athelney Jones ha salido. Durante la ausencia de usted he presenciado un gran despliegue de energía. Ha arrestado no solamente al amigo Thaddeus, sino también al portero, al ama de llaves y al sirviente indio. Ahora la casa nos pertenece, pues la única persona que ha quedado en ella es un sargento de policía que está arriba. Deje usted el perro aquí, y suba conmigo.

Atamos a Toby a la mesa del vestíbulo y subimos las escaleras. El cuarto estaba como lo habíamos dejado. El único cambio consistía en que el cadáver había sido cubierto con una sábana. Un sargento de policía, visiblemente aburrido, estaba recostado en un

rincón.

-Présteme usted su linterna, sargento -dijo mi compañero-. Ahora, áteme usted este pedazo de cartón al cuello, de modo que quede colgando por delante. Gracias. Y ahora, tengo que quitarme los botines y las medias. Hágase usted cargo de ellos, Watson. Yo voy a tener necesidad de andar descalzo. Moje usted un pañuelo en la creosota: así. Ahora, venga usted arriba un momento conmigo.

Pasamos por el agujero del techo y Holmes proyectó otra vez la luz sobre las huellas de las pisadas impresas en el polvo.

-Hágame usted el favor de fijarse bien en esas huellas -me dijo-. ¿Observa usted algo de particular en ellas?

-Son de un pie de niño o de una mujer diminuta.

-No hablo del tamaño. ¿No nota nada más?

-Se parecen a todas las huellas de pisadas.

-¡De ninguna manera! Mire usted. Esta es la marca dejada por el pie derecho. Ahora voy a imprimir a un lado la marca de mi pie. ¿Qué diferencia nota usted?

-Que sus dedos están juntos y apretados, mientras que en la otra huella están separados uno de otro.

-Exactamente. Ese es el punto, no lo olvide usted.

Ahora ¿quiere hacerme el favor de subir a esa claraboya y oler el marco de madera? Yo me quedo aquí, porque tengo este pañuelo en la mano.

Hice lo que me indicaba, y en el acto sentí un fuerte olor parecido al alquitrán.

-Quiere decir que para salir apoyó el pie allí. Si usted ha podido descubrir el rastro me parece que Toby lo hará también, y sin dificultad. Ahora, corra usted abajo, suelte el perro y fíjese en lo que va a hacer.

Cuando llegué al jardín, ya Sherlock Holmes estaba en el techo y desde abajo le vi deslizarse lentamente, como una culebra, por el borde del tejado. Pronto se perdió de vista detrás de un grupo de chimeneas, pero luego reapareció para desaparecer otra vez, hacia el otro lado del techo. Di la vuelta a la esquina de la casa, y lo vi sentado en la punta de una viga.

-¿Es usted, Watson? -me gritó.

-Sí.

-Éste es el sitio. ¿Qué es eso negro que hay allí?

-Un barril con agua.

-¿Lleno hasta el tope?

-Sí.

-¿No hay señas por allí de alguna escalera?

-No.

-¡Demonio de hombre! Este sitio es bastante peligroso, pero yo debo poder bajar por donde él subió. El tubo de agua parece sólido. Allá vamos, de todos modos.

Oí el roce de sus pies, la linterna comenzó a descender lentamente por la pared, hasta que Holmes saltó sobre la tapa del barril y de allí al suelo.

-Fue cosa fácil seguirle los pasos. Las tejas estaban flojas en todo el trayecto y el hombre, en su precipitación, dejó caer esto que confirma mi diagnóstico, como dicen ustedes los doctores.

El objeto que me enseñaba era una pequeña bolsa tejida con paja de colores, parecida por su forma y tamaño a una pitillera. Dentro de ella había media docena de espinas de madera oscura, puntiagudas en un extremo y redondas en el otro, iguales a la que había matado a Bartholomew Sholto.

-¡Son armas infernales! ¡Tenga usted cuidado, no se vaya a pinchar con ellas! Me complace mucho haberlas encontrado, pues éstas eran probablemente las únicas que le quedaban, y ya no corremos el peligro de meternos una en el pellejo. Por mi parte, preferiría enfrentarme a una bala Martini que a una de estas espinas. ¿Se cree usted capaz de emprender una caminata de seis millas, Watson?

-Ya lo creo.

-¿Lo soportará su pierna herida?

-¡Oh, sí!

-¡Ya estás aquí, tú! ¡Valiente Toby! ¡Huele, Toby, huele! -dijo acercando al hocico del perro el pañuelo mojado en creosota: el animal se quedó parado, con las piernas abiertas y la cabeza en actitud semejante a la del catador que huele el bouquet de un famoso vino.

Holmes arrojó el pañuelo, amarró una fuerte cuerda al collar del perro, y condujo a éste hasta el pie del barril. El animal prorrumpió en una serie de aullidos agudos y trémulos, y con la nariz en el suelo y la cola al aire, partió siguiendo el rastro, a un paso que

mantenía tirante la cuerda y que nos obligaba a caminar a gran velocidad.

El horizonte había ido aclarando hacia el este y ya podíamos distinguir hasta cierta distancia, a la luz de la fría y gris mañana. La casa, cuadrada y maciza, se destacaba detrás de nosotros con sus negruzcas ventanas herméticamente cerradas y sus paredes altas y desnudas. El perro nos llevaba a través de los terrenos de la casa, subiendo y bajando por los montículos. Todo el lugar, con sus montones de tierra y sus huecos sombríos, presentaba un aspecto que armonizaba con la horrible tragedia sucedida en la casa.

Llegamos al muro exterior y Toby siguió corriendo a lo largo de éste, olfateando precipitadamente, medio oculto entre la sombra, hasta que por fin se detuvo en un rincón, detrás de un pequeño arbusto. En el punto de unión de las dos paredes faltaban varios ladrillos y los huecos que habían dejado estaban gastados en su parte inferior, como si con frecuencia hubieran servido de escalera. Holmes trepó por allí, levantó al perro y lo dejó caer al otro lado.

-Aquí hay señales del hombre de la pata de palo -comentó Holmes cuando me reuní con él-. Mire esta mancha de sangre que hay en el yeso blanco. ¡Es una gran fortuna que no haya llovido con fuerza desde ayer! El olor debe permanecer en el camino a pesar de las veintiocho horas de ventaja que nos llevan.

Confieso que yo tenía mis dudas al respecto, al reflexionar en el gran tránsito que debía haber cruzado aquel camino de Londres en el intervalo. Sin embargo, mis temores se calmaron rápidamente. Toby no vaciló ni mostró desconcierto un instante, sino que continuó avanzando con absoluta seguridad, con sus pasos oscilantes tan peculiares. Era notorio que el penetrante olor de la creosota se elevaba por sobre todos los otros olores del camino.

-No vaya a creer -me dijo Holmes- que todo el éxito en este caso depende de la simple casualidad de que uno de estos tipos haya pisado la creosota. Ahora tengo conocimientos que me permitirían seguirlos de muchos modos diferentes. Éste, sin embargo, es el método más rápido y ya que la fortuna lo ha puesto en nuestras manos, sería realmente tonto desaprovecharlo. No obstante, ha impedido que se convierta en el problema puramente intelectual que había prometido ser al principio. Hubiera recibido un poco de crédito si no hubiera sido por esta pista demasiado palpable.

-¡Vaya que si hay crédito en esto, y de sobra! -le contesté-. Le aseguro, Holmes, que me maravillan los medios mediante los cuales ha sacado sus conclusiones. Estoy más impresionado aún que en el caso de Jefferson Hope. Esto me parece más profundo y más inexplicable. ¿Cómo pudo describir, por ejemplo, al hombre de la pata de palo con tanta seguridad?

-¡Sencillísimo, amigo mío! A mí no me gusta adoptar actitudes teatrales. La cosa es clara y evidente. Dos oficiales que están al frente de un presidio llegan a conocer un importante secreto relacionado con un tesoro enterrado. Un inglés llamado Jonathan Small les dibuja un plano. Usted recordará que vimos este nombre en el plano que tenía el capitán Morstan. Small lo firmó, en su nombre y en el de sus asociados, con el

dramático título de "El signo de los cuatro". Con ayuda del plano, los oficiales... o uno de ellos al menos... descubre el tesoro y lo trae a Inglaterra, dejando de cumplir, es probable, alguna de las condiciones bajo las cuales le fue dado el secreto. Ahora bien, ¿por qué no sacó el tesoro el propio Jonathan Small? La respuesta es obvia. El plano está fechado en la época en que Morstan estaba al frente de una prisión y, por tanto, en íntima asociación con prisioneros. Jonathan Small no sacó el tesoro porque tanto él como sus socios eran prisioneros y no podían huir.

-Pero todo eso son simples especulaciones.

-Son algo más que eso. Forman la única hipótesis que explica los acontecimientos. Veamos cómo encaja con lo que sucedió después. El mayor Sholto vive tranquilamente algunos años, feliz, en posesión del tesoro. Entonces recibe una carta de la India que le produce gran terror. ¿De qué podía tratarse?

-Probablemente de que las personas a quienes había engañado se encontraban en libertad, por haber cumplido su condena.

-O que habían escapado. Esto es más probable, porque él debía saber cuál iba a ser la fecha de su liberación y la noticia de ésta no podía haberle sorprendido. ¿Qué es lo que hace Sholto entonces? Toma precauciones contra un hombre que tiene una pierna de madera; y ese hombre es un blanco, fíjese usted, porque un día Sholto hace fuego erróneamente sobre un comerciante que también tiene una pierna de palo. Ahora bien, en el plano sólo hay un nombre de individuo de raza blanca; los otros son hindúes o mahometanos. No hay más hombre blanco que él. Por consiguiente, podemos decir con seguridad que Pata de Palo es Jonathan Small. ¿Cree usted falso mi razonamiento?

-No, es claro y preciso.

-Bueno, pongámonos ahora en el lugar de Jonathan Small. Veamos las cosas desde su punto de vista personal. Vino a Inglaterra con la doble idea de recuperar lo que, según él, le pertenecía y de vengarse del hombre que lo había perjudicado. Consiguió averiguar la residencia de Sholto, y es posible que llegase a comunicarse con alguien de dentro de la casa. Hay un criado, Lal Rao, a quien nosotros no hemos visto todavía. La señora Bernstone dice que es un buen hombre, pero quién sabe. Ahora bien, Small no podía encontrar el escondite del tesoro, conocido únicamente del mayor y de un criado fiel que ya había muerto. Un día sabe Small que Sholto está moribundo. Desesperado al pensar que el secreto del tesoro puede desaparecer con el mayor, burla la vigilancia de los guardianes, se acerca a la ventana del cuarto, y sólo retrocede en presencia de los dos hijos. Enloquecido por el odio que profesa al muerto, entra por la noche en el cuarto, registra los papeles con la esperanza de descubrir algún memorándum relativo al tesoro, y finalmente deja un recuerdo de su visita en una corta inscripción sobre un papel. Sin duda había resuelto de antemano que en caso de que le pudiera dar muerte al mayor, dejaría esa nota en el cadáver, como señal de que no se trataba de un vulgar asesinato, sino de algo que desde el punto de vista de los cuatro asociados era un acto de justicia. En los anales del crimen son frecuentes estos curiosos rasgos de orgullo y son indicaciones en cuanto a la persona del criminal. ¿Sigue usted el curso de mis ideas?

-Con perfecta claridad.

-Bueno. ¿Qué podía hacer Jonathan Small, sino seguir observando en secreto los esfuerzos que se hacían para encontrar el tesoro? Es posible que se ausentara de Inglaterra y sólo volviese de vez en cuando. Sobreviene el descubrimiento del cuartito de arriba y él lo sabe en el acto, lo que nos revela de nuevo que tiene un aliado dentro de la casa. Con su pierna de palo es literalmente incapaz de trepar solo hasta la elevada habitación de Bartholomew, así que aparece asociado con un compañero bastante raro, que vence la dfficultad pero mete su pie desnudo en la creosota, dando lugar así a la intervención de Toby y proporcionando una correría de seis millas a un oficial retirado y con un talón de Aquiles.

-Pero quien cometió el crimen no fue Jonathan, sino su extraño compañero.

-Eso es, y probablemente contra la voluntad de Jonathan, a juzgar por la prisa que se dio éste para volver a salir del cuarto apenas estuvo adentro. Jonathan no tenía resentimiento alguno contra Bartholomew Sholto y se habría contentado simplemente con maniatarlo y ponerle una mordaza; por otra parte no tenía ningún interés en arriesgar su propia cabeza. Pero la cosa no tenía remedio; los salvajes instintos de su compañero habían estallado y el veneno realizó su obra. Jonathan Small no tuvo, por tanto, otro recurso que dejar la famosa nota, bajar el cofre del tesoro al jardín y escapar con él. Tal ha sido el curso de los acontecimientos, conforme a mi manera de descifrar el enigma. En cuanto a los datos que he dado respecto a su persona, está claro que debe ser ya de cierta edad y estar quemado por el sol después de permanecer por largo tiempo en un horno como las islas Andaman. Su estatura es fácil de calcular por el largo de sus pasos y en cuanto a la barba, ya sabíamos que la tenía, pues como usted recordará ésta fue una de las cosas que más impresionó a Thaddeus Sholto cuando Small apareció en la ventana. Y con esto creo que no tengo más que añadir.

-¿Y el cómplice?

-¡Oh, bueno, no hay gran misterio en eso! Pero pronto sabrá mucho al respecto. ¡Qué preciosa mañana! Mire cómo flota esa nubecilla sonrosada; parece la pluma de algún gigantesco flamenco. La orilla rojiza del sol se eleva a empujones por sobre el techo de nubes que cubre Londres. Este buen sol brilla sobre un respetable número de personas, pero yo me atrevería a asegurar que entre todas ellas no hay nadie ocupado en una misión más extraña que la nuestra. ¡Qué pequeños nos sentimos con nuestras mezquinas ambiciones y nuestros ridículos afanes en presencia de las grandes fuerzas de la naturaleza! ¿Ha leído a Jean Paul?

-Bastante. Me familiaricé con él a través de Carlyle.

-Es como si hubiese usted seguido el curso de un arroyuelo hasta el lago en donde nace. Jean Paul hace un comentario curioso pero notable. Dice que la prueba principal de la grandeza verdadera de un hombre estriba en la percepción de su propia pequeñez. Esto proporciona, como usted ve, un poder de comparación y de apreciación que es en sí mismo una prueba de nobleza. Hay mucho alimento para este pensamiento en las obras

de Richter. Trae usted una pistola consigo, ¿no?

-Sólo traigo mi bastón.

-Es muy probable que necesitemos algo semejante si damos con esos tipos. Usted se hará cargo de Jonathan. Si el otro tipo intenta algo, tendré que matarlo.

Diciendo esto sacó su revólver, le puso dos balas y volvió a guardarlo en el bolsillo derecho de su saco.

Durante este tiempo Toby nos había conducido hacia la metrópoli por caminos semirrurales, flanqueados de villas. Ahora, sin embargo, empezábamos a avanzar por calles continuas, de las que iban saliendo obreros y trabajadores de los muelles, mientras numerosas mujeres, en su mayoría desarregladas, abrían las ventanas y barrían las aceras. En las tabernas de las esquinas comenzaba ya el movimiento; varios individuos de aspecto vulgar salían de estos establecimientos, limpiándose con la manga de la camisa el bigote mojado por el primer trago del día. Perros de aspecto extraño se acercaban a nosotros y nos miraban con expresión curiosa, pero nuestro inimitable Toby no miraba a la derecha ni a la izquierda. Seguía avanzando en línea recta, con el hocico pegado al suelo y lanzando alegres gruñidos que indicaban nuevas señales del rastro.

Habíamos atravesado Streatham, Brixton, Camberwell y ahora nos encontrábamos en Kennington Lane, después de haber dejado atrás las callejuelas laterales de oriente del Oval. Los hombres a quienes perseguíamos parecían haber avanzado en un curioso zigzag, probablemente con la idea de no ser observados. Nunca seguían el camino principal si podían continuar su camino por callejuelas extraviadas. Al pie de Kennington Lane parecían haber tomado hacia la izquierda a través de Bond Street y Miles Street. En el punto en que esta calle da vuelta hacia Knight's Place, Toby cesó de avanzar y empezó a correr hacia atrás y hacia adelante, con una oreja levantada y la otra caída, convertido en la personificación de la indecisión canina. Empezó a avanzar en círculos, mirándonos de vez en cuando, como si en su desesperación solicitara nuestra ayuda.

-¿Qué demonios le pasa a este perro? -gruñó Holmes-. Seguramente no tomaron un coche, ni se fueron volando por los aires.

-Quizás estuvieron aquí algún tiempo -sugerí.

-¡Oh, no hay cuidado! Estamos de nuevo sobre la pista -exclamó en tono de alivio.

Después de dar algunas vueltas, Toby parecía haberse decidido repentinamente, y partió con una energía y una determinación que no había demostrado hasta entonces. El olor parecía más intenso que antes, pues ni siquiera tuvo que poner el hocico en el suelo, sino que tiró de la cuerda y trató de echar a correr. Yo podía ver, por el brillo de los ojos de Holmes, que éste pensaba que nos acercábamos al final de nuestro viaje.

Nuestro guía nos hizo descender por Nine Elms, hasta llegar al gran aserradero de Broderick y Nelson, contiguo a la taberna de El Águila Blanca. Aquí el perro, muy

excitado, penetró al aserradero a través de una puerta lateral. Algunos de los obreros habían empezado ya a trabajar. El perro nos hizo correr a través del suelo cubierto de viruta y aserrín, para atravesar entonces un callejón, después un pasadizo y posteriormente dos grandes pilas de madera. Por fin se detuvo, con un ladrido de triunfo, al lado de un barril grande que se encontraba en el centro de un patio. Con la lengua colgando y los ojos brillantes, Toby saltó sobre el barril, mirándonos fijamente en espera de nuestras muestras de gratitud. Los tablones del barril y sus cintas de hierro estaban manchadas con un líquido negruzco y el aire se sentía pesado por el intenso olor a creosota que lo llenaba.

Sherlock Holmes y yo nos miramos fijamente y entonces, de modo simultáneo, estallamos en un irreprimible acceso de risa.

VIII
Los agentes irregulares de Baker Street

-¿Y ahora qué? -pregunté-. Toby ha perdido su carácter de infalible.

-Es explicable -dijo Holmes sacándolo del barril y saliendo con él-. Si usted toma en cuenta la cantidad de creosota que va de un lado a otro de Londres en un solo día, verá que no hay por qué admirarse de lo que pasó. Se usa en gran cantidad, sobre todo en esta época del corte de madera. El pobre Toby no es culpable.

-Nos pondremos de nuevo sobre la pista principal, supongo.

-Sí. Y, afortunadamente, no tenemos que recorrer una gran distancia. Evidentemente lo que desconcertó al perro en la esquina de Knight's Place es que había dos pistas diferentes, que iban en direcciones opuestas. Seguimos la que no era; eso es todo. Sólo nos queda seguir la otra.

No hubo ninguna dificultad en hacer esto. Al llevar a Toby al sitio en que había cometido el error, trazó un ancho medio círculo y finalmente partió en una nueva dirección.

-Tenemos que tener cuidado de que no nos lleve ahora al lugar de donde vino la creosota -observé.

-Ya había pensado en eso. Pero noté que camina por la acera, mientras que el barril fue llevado por el centro de la calle. No, ahora estamos sobre la verdadera pista.

El perro nos llevó hacia la orilla del río, atravesando Belmont Place y Prince Street. Al finalizar Broad Street corrió directamente hacia el agua, en donde había un pequeño embarcadero de madera. Toby nos llevó hasta la propia orilla de éste y allí se quedó, gimiendo con desesperación y viendo hacia el agua oscura que corría a nuestros pies.

-Hoy tenemos mala suerte -dijo Holmes-. Tomaron un bote aquí.

En el agua, muy cerca de la orilla, se balanceaban varios esquifes y lanchas pequeñas. Llevamos a Toby cerca de cada una de aquellas embarcaciones, pero, aunque olfateó con entusiasmo, no dio señales de haber encontrado nada en ninguna de ellas.

Junto al muelle se alzaba una pequeña casa de ladrillos, que en su segunda ventana ostentaba un letrero de madera que decía: "Mordecai Smith", en gruesas letras, y más abajo: "Botes de alquiler, por hora y por día". Una segunda inscripción trazada sobre la puerta informaba que también había una lancha de vapor, dato confirmado por la cantidad de carbón de piedra amontonado en el muelle. Sherlock Holmes miró lentamente a su alrededor y su rostro adquirió una expresión de desagrado.

-Esto se pone feo -dijo-. Estos tipos son mucho más vivos de lo que yo esperaba. Parece que se han preocupado en disimular su retirada y temo que aquí, en este lugar, hayan preparado de antemano una fuga perfecta.

Holmes se iba aproximando a la casa cuando la puerta se abrió y por ella salió corriendo un muchachito de aproximadamente seis años, perseguido por una mujer gruesa y colorada, que tenía en la mano una enorme esponja.

-Ven a lavarte, Jack -gritó la mujer-. Ven pronto, pillo de mil demonios, que si tu padre vuelve y te encuentra así, no será poco lo que tengamos que oírle.

-¡Qué chiquillo más bonito! -exclamó Holmes, desplegando su estrategia-. ¡Qué buenos colores tiene el pícaro! Dime, Jack, ¿qué es lo que más deseas en el mundo?

El chico reflexionó un momento.

-Un chelín -contestó.

-¿Y nada más?

-Bueno, pues dos chelines -contestó el pequeño, después de breve meditación.

-¡Pues aquí los tienes, tómalos! ¡Lindo chico, señora Smith!

-Dios lo bendiga a usted, señor. Cierto, es bonito pero es un diablillo. Mucho trabajo me cuesta manejarlo, sobre todo cuando mi marido sale y está varios días fuera.

-¿Y ahora está ausente? -dijo Holmes con expresión de desconsuelo-. Lo siento mucho, pues yo deseaba hablar con el señor Smith.

-Desde ayer por la mañana se marchó, señor, y a decir verdad ya empiezo a inquietarme por él. Pero si es un bote lo que desea el señor yo le podría proporcionar lo mismo.

-Deseaba alquilar la lancha de vapor.

-¡Vaya! Bendito sea usted, señor; pero si mi marido se ha ido en la lancha de vapor... Esto es lo que me da qué pensar, pues a bordo no había más carbón que el necesario

para ir cuando mucho hasta Woolwich y volver. Si se hubiera ido en la chalana, no tendría preocupación, pues muchas veces ha tenido que ir a Gravesend llevando algo y si ha encontrado trabajo por allá, se ha quedado. ¿Pero para qué sirve un bote de vapor sin carbón?

-Puede haberlo comprado en el muelle de abajo.

-Puede haberlo comprado, señor, pero no es capaz de tal cosa, pues muchas son las veces que le he oído bramar contra los precios que cobran por unos cuantos sacos. Y por otra parte, a mí no me es simpático ese cojo de la pata de palo, con su cara tan horrible y su manera de hablar tan extraña. ¿A qué puede venir con tanta frecuencia a la casa?

-¿Un cojo con pata de palo? -preguntó Holmes con negligente sorpresa.

-Sí, señor. Es un hombre moreno, con cara de mono, que viene frecuentemente a buscar a mi marido. Anoche fue él quien lo hizo levantar de la cama y lo que es más, mi hombre sabía que iba a venir, porque había preparado la lancha de vapor. Le digo con franqueza, señor, que este asunto no me tiene nada tranquila.

-Pero, mi querida señora Smith -dijo Holmes encogiéndose de hombros-, se está alarmando por nada. ¿Cómo puede usted saber que fue el cojo quien vino anoche? No comprendo por qué habla con tanta seguridad.

-Por su voz, señor. Reconocí su voz, que es fea y espesa como la neblina. Tocó en la ventana... deben haber sido las tres. "Arriba, capitán -dijo-, es hora de marcharnos." Mi viejo despertó a Jim... mi hijo mayor... y se fueron sin decirme una palabra. Oí a la pierna de palo golpeando en las piedras.

-¿Y venía solo el hombre de la pata de palo?

-No podría decirlo con seguridad, señor. Pero no oí más voz que la suya.

-Pues lo siento mucho, señora Smith, porque necesito una lancha de vapor y tenía muy buenas referencias de la... déjeme recordar... ¿cómo se llama?

-La Aurora, señor.

-¡Ah! ¿No es una lancha vieja, de color verde, con una franja amarilla, y muy ancha del centro?

-No por cierto. Es una cosita tan fina, que no hay en todo el río una que la iguale. No hace mucho tiempo que la pintaron de negro con dos fajas rojas.

-Gracias. Ojalá tenga usted pronto noticias del señor Smith. Yo voy a bajar al río, y, si veo a la Aurora, avisaré al señor Smith que está usted inquieta. ¿Dice que la chimenea es negra?

-No del todo, señor. Negra con una franja blanca.

-¡Ah! ¡Cierto! Los costados eran negros. Adiós, señora Smith. Aquí viene un botero con su chalana, Watson. Tomémosla para cruzar el río.

-Lo principal con esta clase de gente -dijo Holmes cuando estuvimos sentados en los bancos de la chalana- es no dejarles adivinar nunca que sus informaciones pueden ser de alguna importancia para uno. En el mismo instante en que llegan a creerlo, cierran la boca como una ostra. Por el contrario, si usted los escucha sin interés por la confidencia, tal como yo lo acabo de hacer, tiene la probabilidad de obtener cuanto desee.

-Ahora parece que todo está claro -observé.

-¿Y qué haría usted en mi lugar?

-Alquilaría una buena lancha y me iría río abajo, siguiendo la pista a la Aurora.

-Querido amigo, esta tarea sería colosal. La Aurora puede haber tocado en cualquiera de los muelles de uno u otro lado del río entre este punto y Greenwich. Desde el puente comienza un perfecto laberinto de desembarcaderos que tiene varias millas de extensión; aun cuando no se dedicara usted a otra cosa, emplearía en ella días y más días para visitarlos todos.

-Entonces, acudamos a la policía.

-No. Probablemente llamaré a Athelney Jones, pero sólo en el último momento. No es mal hombre y no deseo hacer nada que pueda herirlo profesionalmente, pero ya que hemos ido tan lejos en este asunto, estoy empeñado en desenredarlo solo.

-¿Y si pusiera avisos en los periódicos pidiendo datos a los empleados de los muelles?

-¡Peor que peor! Nuestros hombres verían entonces que la persecución de que eran objeto arreciaba y se apresurarían a abandonar el país. Aun sin eso, hay probabilidades de que se ausenten, pero mientras se crean perfectamente a salvo no se darán prisa en hacerlo. La energía de Jones nos va a servir en este sentido; es más que probable que su opinión sobre el asunto se abra paso hasta la prensa diaria y, entonces, los fugitivos crean que todos seguimos un rastro falso.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? -le pregunté en el momento en que desembarcábamos, cerca de la penitenciaria de Millbank.

-Tomar ese carruaje, irnos a casa, comer algo, y dormir una hora. Es casi seguro que esta noche la pasaremos también en vela. ¡Deténgase en una oficina de telégrafos, cochero! Vamos a quedarnos con Toby, porque todavía nos puede servir.

Nos detuvimos en la oficina de correos de la calle Great Peter, y Holmes envió su telegrama.

-¿Para quién cree usted que es? -me preguntó al entrar en el coche, que se puso otra vez en marcha.

-Le aseguro que no sé.

-¿Recuerda la división de detectives privados a la que recurrí para el asunto de Jefferson Hope?

-¡Oh! -le contesté riéndome.

-Pues éste es un caso en que sus servicios nos serán inapreciables. Si me fallan, tengo todavía otros recursos; pero, primero voy a ensayarlos a ellos. El telegrama era para Wiggins, mi sucio lugarteniente. Espero que antes de que hayamos concluido de almorzar lo tengamos en casa, con su pandilla.

Eran ya más de las ocho de la mañana para entonces y yo comenzaba a sentir una fuerte reacción después de las sucesivas emociones de la noche anterior. Me sentía cansado y aturdido, con la mente oscura y el cuerpo fatigado. No me impulsaba el entusiasmo profesional de mi compañero, ni podía observar el asunto como un problema intelectual puramente abstracto. Por lo que se refería a la muerte de Bartholomew Sholto, había oído muy poco de él y no podía sentir una gran antipatía por su asesino. El tesoro, sin embargo, era un asunto diferente. Esas riquezas, o parte de ellas, pertenecían a la señorita Morstan. Mientras hubiera una probabilidad de recobrarlas, estaba dispuesto a consagrar mi vida a ese objetivo. Es cierto que si lograba encontrarlas, probablemente Mary quedaría para siempre fuera de mi alcance. Sin embargo, mi amor por ella habría sido indigno y egoísta si me hubiera dejado influir por ese pensamiento.

Un baño y un cambio de ropa me hicieron sentir mejor. Cuando bajé a la sala, encontré ya listo el desayuno. Holmes se servía café.

-Aquí lo tiene usted -dijo, riendo y señalando hacia un periódico desplegado-. Entre el enérgico Jones y el tonto reportero han arreglado la cuestion a su gusto. Pero usted se debe sentir ya fastidiado del caso. Será mejor que coma primero el jamón con huevos.

Tomé el periódico que me ofrecía y leí la corta noticia, que tenía por encabezado: "Misterioso asunto en Upper Norwood".

"El señor Bartholomew Sholto, de Pondicherry Lodge, Upper Norwood -decía el Standard-, fue encontrado anoche muerto en su cuarto, aproximadamente a las 12, en circunstancias que indican la existencia de un crimen. Según nuestros informes, no se han hallado en el cadáver señales visibles de violencia, aunque una valiosa colección de piedras preciosas de la India, que el difunto había heredado de su padre, han sido sustraídas de la casa. El descubrimiento fue hecho por el señor Sherlock Holmes y el doctor Watson, que habían ido a la casa con el señor Thaddeus Sholto, hermano del muerto. El conocido agente de Scotland Yard, señor Athelney Jones, estaba casualmente, y por singular fortuna, en la estación de policía de Norwood, y a la media hora del primer aviso ya se encontraba en el lugar de la tragedia. En el acto consagró sus notables facultades a procurar la detención de los criminales. El resultado ha sido el

arresto de Thaddeus Sholto, hermano del muerto, junto con el ama de llaves, señora Bernstone, un criado hindú llamado Lal Rao y el portero apellidado McMurdo. Es indudable que el ladrón o ladrones conocían bien la casa pues el señor Jones ha podido, mediante sus probados conocimientos técnicos, establecer que los malvados no pudieron entrar por la puerta ni por la ventana, sino por el techo del edificio, penetrando por una puerta-claraboya a un cuarto que se comunica con la pieza en donde fue encontrado el cadáver. Este hecho, que ha sido puesto en claro perfectamente, prueba de manera concluyente que no se trata de ladrones que hubieran entrado a la casa accidentalmente. La pronta y enérgica acción de los funcionarios de la ley prueba la gran ventaja que significaría una organización de policía que permita que cerebros vigorosos y enérgicos puedan operar inmediatamente en casos semejantes. No podemos menos que señalar que lo acontecido es un argumento en favor de los que deseamos ver más descentralizado nuestro servicio de detectives, de modo que éstos se pongan en contacto más inmediato y efectivo con los asuntos que les corresponde investigar."

-¿No es admirable? -dijo Holmes saboreando su taza de café-. ¿Qué piensa usted de eso?

-Creo que hasta nosotros estuvimos muy cerca de ser arrestados como cómplices.

-Yo también lo creo, y ahora mismo no respondería de nuestra libertad si Jones sufriera un nuevo ataque de energía.

En ese instante sonó la campanilla con fuerza y la señora Hudson, la patrona de la casa, dio algunos gritos de cólera.

-¡Por Dios, Holmes! -exclamé medio levantándome de mi asiento-. Creo que ya están ahí en nuestra busca.

-No, la situación no es tan grave. Quienes están ahí son los de la fuerza no oficial: los agentes irregulares de Baker Street.

Mientras Holmes hablaba, oímos en la escalera un rumor de pies descalzos y muchas voces chillonas. Poco después entraban en el cuarto una docena de pilluelos de la calle, sucios y harapientos. No obstante su tumultuosa entrada, se notaba cierta disciplina, pues inmediatamente se alinearon frente a nosotros mirándonos como si esperaran nuestras órdenes. Uno de ellos, más alto y de más años que los otros, dio un paso militar al frente, con una expresión de importancia y superioridad muy divertida.

-Recibí su telegrama, señor -dijo-, y en seguida me vine con ellos. Tres chelines, y también seis peniques para el ómnibus.

-Aquí están -contestó Holmes sacando el dinero-. En adelante, los otros pueden informarte a ti, Wiggins, y tú a mí. No es posible que ustedes invadan la casa de esa manera. Sin embargo, no está por demás, en este caso, que todos oigan mis instrucciones. Necesito saber el paradero de una lancha de vapor llamada Aurora, pertenece a Mordecai Smith. Está pintada de negro con dos franjas rojas. La chimenea es negra con una franja blanca. Debe estar anclada río abajo, en alguna parte... Uno de

ustedes debe ir al desembarcadero de Mordecai Smith que está enfrente de Millbank, y estar alerta por si la lancha regresa. Divídanse el trabajo y registren minuciosamente ambas orillas. Apenas sepan algo, vengan a avisarme. ¿Han entendido?

-Sí, jefe -contestó Wiggins.

-En cuanto a sueldo, la misma tarifa que antes y una guinea para el que encuentre la lancha. Aquí tienen un día adelantado. ¡Y largo de aquí!

Dio un chelín a cada uno y todos se precipitaron escaleras abajo. Al instante los vi, desde la ventana, desbordarse por la calle.

-Si la lancha no ha naufragado, ellos me la encontrarán -dijo Holmes levantándose de la mesa y encendiendo su pipa-. Esos chiquillos pueden ir a todas partes, verlo todo, oír lo que todos hablan. Espero que antes de anochecer me traigan la noticia de que la han descubierto. Mientras tanto, lo único que nosotros podemos hacer es esperar. Hasta que hayamos encontrado la Aurora, o al señor Mordecai Smith, no tendremos nuevamente en nuestras manos la pista.

-Me parece que Toby podría comerse estos restos. ¿Va usted a acostarse, Holmes?

-No, no me siento cansado. Mi temperamento es muy curioso. Nunca me ha cansado el trabajo y en cambio la ociosidad me fatiga de modo abrumador. Ahora voy a fumar y a reflexionar. Lindo asunto el que nos ha proporcionado mi graciosa cliente. Si alguna vez un hombre tuvo una tarea fácil es la que tengo ahora en mis manos. Los hombres con piernas de palo no son nada comunes, pero el otro individuo, creo yo, es único.

-¡Otra vez ese hombre!

-No quiero convertirlo en un misterio... para usted, al menos. Pero ya debe haberse formado su propia opinión de él. Veamos, considere los datos de que disponemos. Huellas de pies diminutos, dedos jamás aprisionados por una bota, pies desnudos, un mazo con puño de piedra, gran agilidad, flechitas envenenadas. ¿Qué deduce de todo esto?

-¡Un salvaje! -exclamé-. Quizás uno de esos hindúes asociados con Jonathan Small.

-Lo creo muy difícil. Cuando vi por primera vez esas armas extrañas me incliné a creerlo así, pero el tipo notable de las huellas me hizo reconsiderar mi punto de vista. Algunos de los habitantes de la península Índica son hombrecillos pequeños, pero ninguno pudo haber dejado huellas como ésas. El hindú verdadero tiene pies grandes y delgados. El mahometano, que usa sandalia, tiene muy separado el dedo pulgar del resto de los dedos, por las cintas de la sandalia que pasan generalmente a través de él. Esas flechitas, además, pueden ser disparadas sólo de un modo. Por medio de una cerbatana. Ahora bien ¿dónde podemos encontrar un salvaje de este tipo?

-En América del Sur -aventuré.

Holmes extendió la mano hacia arriba y sacó de un anaquel un libro voluminoso.

-Este es el primer volumen de una enciclopedia que está siendo publicada. Puede considerarse como la autoridad más moderna. Veamos qué encontramos. "Islas Andaman, situadas a trescientas o cuatrocientas millas al norte de Sumatra, en la bahía de Bengala." ¡Hum! ¡Hum! ¿Qué es esto? "Clima húmedo, arrecifes de coral, tiburones, Port Blair, una isla prisión, Rutland Island, álamos..." ¡Ah, aquí está! "Los aborígenes de las islas Andaman pueden jactarse de ser la raza más pequeña que hay sobre la tierra, aunque algunos antropólogos piensan que los pigmeos del Africa son más bajos. Tampoco se descartan los indios digger de América y los indígenas de la Tierra del Fuego. La estatura media de los aborígenes de las islas Andaman es de menos de cuatro pies (un metro veinte centímetros), aunque se pueden encontrar adultos mucho más pequeños aún. Son un pueblo feroz, intratable y taciturno, aunque una vez ganada su confianza se convierten en los amigos más devotos." Escuche eso, Watson. Ahora, fíjese en esto: "Son horribles por naturaleza, con grandes cabezas deformes, ojos pequeños y feroces, y facciones distorsionadas. Sus pies y manos, sin embargo, son notablemente pequeños. Tan intratables y feroces son estos salvajes, que han resultado inútiles todos los esfuerzos de las autoridades británicas por conquistar su simpatía. Siempre han sido el terror de las naves naufragadas en los alrededores de sus islas, ya que destrozan a los supervivientes con mazos de cabeza de piedra o con flechas envenenadas, su arma más terrible. Estas masacres invariablemente concluyen con un festín caníbal". ¡Vaya una gente simpática, Watson! Si a este tipo lo hubieran dejado actuar a su gusto, este asunto habría tenido un aspecto más macabro todavía. Me imagino que Jonathan Small debe estar arrepentido de haberlo empleado.

-Pero, ¿cómo logró un cómplice tan singular?

-¡Ah, eso es más de lo que puedo decir, por el momento! Pero, ya que sabemos que Small viene de las islas Andaman, no resulta muy extraordinario que este isleño haya venido con él. Sin duda sabremos con el tiempo cómo llegó a establecerse esta intimidad. Watson, usted parece estar completamente agotado. Tiéndase sobre el sofá y veremos si puedo hacerlo dormir.

Trajo su violín de un rincón y, mientras yo me tendía sobre el diván, empezó a tocar un aire suave, melodioso, arrullador... compuesto por él, sin duda alguna, porque tenía un don extraordinario para la improvisación. Tengo un vago recuerdo de sus manos delgadas, de su rostro franco y del arco de su violín, elevándose y bajando. Entonces tuve la impresión de que flotaba tranquilamente en un suave mar de sonidos, hasta que me encontré en el país de los sueños, con el dulce rostro de Mary Morstan inclinado sobre mí.

IX
Se completa la cadena

La tarde estaba ya muy avanzada cuando desperté, sintiéndome perfectamente descansado. Sherlock Holmes se encontraba sentado en la misma posición en que lo dejé, con la salvedad de que había puesto su violín a un lado y estaba enfrascado en la

lectura de un libro. Al sentir que me movía me miró y noté que estaba preocupado.

-Ha dormido profundamente -me dijo-. Temí que nuestra charla lo despertara

-No oí nada. ¿Ha tenido nuevas noticias, entonces?

-Desgraciadamente, no. Confieso que estoy sorprendido y decepcionado. A estas alturas esperaba ya algo más concreto. Wiggins acaba de presentarse a darme su informe. Dice que no han encontrado rastros de la lancha. Es una cosa desesperante, porque cada minuto que transcurre es precioso.

-¿Puedo hacer algo? Me siento ahora perfectamente listo para cualquier misión nocturna.

-No, no podemos hacer nada. Tenemos que resignarnos a esperar. Si salimos, el mensaje podría llegar en nuestra ausencia, provocando con ello graves tardanzas. Puede usted hacer lo que desee. Yo me quedaré aquí, en guardia.

-Entonces iré a Camberwell a visitar a la señora Cecil Forrester. Ayer me suplicó que lo hiciera.

-¿A la señora Cecil Forrester? -preguntó Holmes con cierto brillo malicioso en los ojos.

-Bueno, desde luego que a la señorita Morstan también. Estarán ansiosas de noticias.

-Yo no les diría mucho de lo que sé, si fuera usted -dijo Holmes-. Las mujeres nunca son de confiar... ni la mejor de ellas.

No me molesté en discutir aquel atroz sentimiento antifeminista.

-Volveré dentro de una hora o dos -comenté.

-¡Está bien! ¡Que tenga buena suerte! Pero, oiga, ya que va a atravesar el río, hágame el favor de devolver a Toby, pues no creo que ahora nos pueda prestar ningún servicio.

Tomé al perrito y lo dejé, acompañado de medio soberano, en poder del viejo naturalista de Pinchin Lane. En Camberwell encontré a la señorita Morstan un poco agotada a consecuencia de las aventuras de la noche anterior, pero ansiosa de enterarse de todo lo sucedido. La señora Forrester también estaba llena de curiosidad. Les dije todo lo que habíamos hecho, suprimiendo, desde luego, las partes más terribles de la tragedia. Así que aunque hablé de la muerte del señor Sholto no dije nada preciso sobre el modo en que había sido asesinado. A pesar de todas mis omisiones, había emoción suficiente en el relato como para sorprenderlas y alterarlas.

-¡Es toda una novela! -gritó la señora Forrester-.

Una joven a quien roban su patrimonio, un tesoro de medio millón de libras esterlinas, un caníbal negro y un rufián cojo con pata de palo. ¡Caramba, sustituyen muy bien al

dragón convencional o al conde villano!

-Y hasta aparecen dos caballeros errantes al rescate -añadió la señorita Morstan mirándome con ternura.

-Mary, tu fortuna depende del éxito de esta investigación. No me parece verte lo suficientemente emocionada. ¡Imagínate lo que significará ser tan rica... tener el mundo a tus pies!

Sentí que el corazón me daba un vuelco cuando observé que la señorita Morstan no daba muestras de alegría ante esa perspectiva. Por el contrario, sacudió su orgullosa cabeza, como si el asunto aquel la tuviera sin cuidado.

-Es por el señor Thaddeus Sholto por quien me siento preocupada -dijo-. Todo lo demás carece de importancia; en cambio, ese señor se ha comportado conmigo de modo bondadoso y honorable, de principio a fin. Es nuestro deber librarlo de una acusación tan terrible e infundada.

Cuando salí de Camberwell empezaba a oscurecer y era completamente de noche cuando llegué a casa. El libro y la pipa de mi compañero se encontraban cerca de su sillón, pero él había desaparecido. Miré a mi alrededor, con la esperanza de encontrar alguna nota, pero no fue así.

-Supongo que el señor Sherlock Holmes salió -dije a la señora Hudson, que había subido para correr los cortinajes.

-No, señor. Está en su habitación. ¿Sabe una cosa? -su voz se convirtió en un discreto susurro-. ¡Temo por su salud!

-¿Por qué, señora Hudson?

-Bueno, está muy extraño. Una vez que se fue usted, empezó a caminar y a caminar, de arriba a abajo, de un lado a otro, hasta que el ruido de sus pasos me aturdió. Entonces lo oí hablando consigo mismo, y cada vez que sonaba la campanilla salía corriendo a preguntar: "¿Quién es, señora Hudson?" Y ahora se ha encerrado en su cuarto, pero lo sigo oyendo caminar como antes. Espero que no se vaya a enfermar, señor... Me aventuré a sugerirle algo sobre una medicina calmante, pero me dirigió una mirada tan feroz que no sé cómo pude salir del cuarto.

-No hay motivo alguno para que usted se inquiete por él, señora Hudson -le contesté-. Ya lo he visto ponerse así varias veces, con anterioridad. Tiene cierto asuntillo que lo tiene inquieto e intranquilo.

A pesar del tono tranquilo con que le hablé a nuestra bondadosa patrona, yo mismo me sentí alarmado cuando a la media noche desperté y oí en la pieza vecina el triste sonido de los pasos de Sherlock. Comprendí lo agobiador que era para su espíritu activo aquella involuntaria inacción.

A la hora del desayuno tenía un aspecto de gran agotamiento físico. Sus mejillas sonrosadas daban la impresión de que estaba afiebrado.

-Se está usted matando, amigo mío -le dije-. Le oí caminar por su cuarto toda la noche.

-Sí, no pude dormir. Este problema infernal me está consumiendo. Es espantoso estar detenido por un obstáculo tan insignificante cuando todos los demás han sido vencidos. Conozco a los hombres, sé cuál lancha emplearon... lo sé todo, y sin embargo, no logro noticias de ellos. He puesto a otros agentes a trabajar y he usado todos los medios a mi disposición. Todo el río ha sido registrado en ambas orillas, pero no hay noticias, ni la señora Smith ha sabido nada de su esposo. Pronto tendré que llegar a la conclusión de que han hundido la barca. Pero hay ciertos detalles que se oponen a tal teoría.

-Puede ser que la señora Smith nos haya puesto tras una pista falsa.

-No, creo que esa idea debe ser descartada. He hecho ya mis investigaciones y he llegado a comprobar que la lancha de vapor existe y que tiene las características que la mujer nos dio.

-¿Y no se habrán marchado río arriba?

-También he tenido en cuenta esa posibilidad, y he enviado gente a escudriñar el río hasta Richmond. Si de hoy a mañana no tenemos noticias, yo mismo me pondré en marcha, ya no en busca de la embarcación, sino de los hombres. Pero es seguro; seguro, que hoy vamos a saber algo.

Pero no fue así. Ni Wiggins ni los otros comisionados de Holmes nos enviaron la menor noticia. Llegaron los periódicos, la mayor parte con artículos sobre la tragedia de Norwood, todos más bien hostiles al infortunado Thaddeus Sholto, sin que ninguno de ellos trajera nuevos datos, salvo la noticia de que al día siguiente se iba a iniciar el juicio.

Por la noche fui a Camberwell, a comunicar nuestro fracaso a las señoras, y cuando volví a casa, Holmes estaba más preocupado que nunca, y de bastante mal humor. Apenas contestó a mis preguntas. Se pasó toda la noche enfrascado en un delicado análisis químico que exigía un considerable calentar de retortas y una gran destilación de vapores, a cuyo término el cuarto se llenó de olores lo suficientemente penetrantes como para hacer salir a cualquiera precipitadamente. Hasta las primeras horas de la mañana pude oír el rozar de las probetas, lo que me indicaba que mi amigo continuaba sumergido en sus operaciones.

Era todavía muy temprano cuando me desperté bruscamente, y con sorpresa lo vi de pie frente a mi cama, vestido con un tosco traje de marinero. Llevaba una camiseta y una ordinaria corbata roja.

-Me voy río abajo, Watson -me dijo-. He dado muchas vueltas al asunto y no veo más que un medio de salir del paso. De todos modos, vale la pena probarlo.

-No habrá inconveniente para que yo vaya con usted, supongo.

-No, usted puede ser mucho más útil quedándose aquí, en mi lugar. Yo mismo siento tener que ausentarme, pues es casi seguro que en el curso del día tengamos alguna noticia, aunque Wiggins parecía anoche haber perdido las esperanzas. Abra usted todas las cartas y telegramas y si encuentra algo proceda como mejor le parezca. ¿Puedo contar con usted?

-Con toda seguridad.

-Temo que no le sea posible telegrafiarme, pues no sabría decirle desde ahora dónde me encontraré más tarde. Sin embargo, si tengo suerte no iré muy lejos y de cualquier modo no volveré sin noticias.

A la hora del almuerzo no sabía aún qué había sido de él pero leyendo el Standard encontré nuevas alusiones al asunto.

"Respecto a la tragedia de Upper Norwood -decía el artículo-, tenemos motivos para creer que este asunto promete ser más complejo y misterioso de lo que al principio se suponía. Hay datos recientes que prueban la casi imposibilidad de que el señor Thaddeus Sholto estuviera complicado en el crimen. Anoche se le puso en libertad, lo mismo que al ama de llaves, señora Bernstone. Se cree, sin embargo, que la policía sigue la pista a los verdaderos culpables. El asunto está en manos del señor Athelney Jones, de Scotland Yard, quien se ocupa de él con su reconocida energía y sagacidad. Otras personas serán arrestadas de un momento a otro."

"Tal como están las cosas -pensé-, la situación es satisfactoria. Sea lo que sea, el amigo Sholto está a salvo. No alcanzo a imaginarme cuál será la pista que ahora se sigue, aunque no hay que hacer caso de la insinuación, pues es una frase estereotipada para los casos en que la policía comete un desatino."

Arrojé el diario sobre la mesa, pero mi vista tropezó en el mismo instante con un aviso de la sección de "Personas extraviadas". Decía así:

Desaparecido.- Mordecai Snith, dueño de embarcaciones, y su hijo Jim salieron del muelle Smith el martes a las tres de la mañana, aproximadamente, en la lancha de vapor Aurora, pintada de negro con dos bandas rojas y chimenea negra con faja blanca. Se pagará la suma de cinco libras a la persona que dé noticias sobre el paradero del citado señor Mordecai Smith y de la lancha Aurora, en el muelle del mismo nombre o en Baker Street 221 B.

Estaba claro que el aviso era obra de Holmes. La dirección de nuestra casa bastaba para probarlo. El procedimiento me pareció ingenioso, pues si los fugitivos leían el aviso, no verían en él más que la natural ansiedad de una esposa, causada por la desaparición de su marido.

El día me pareció interminable. Cada vez que sonaba la campanilla o alguien se acercaba de prisa por la calle, me imaginaba que era Holmes que regresaba, o alguien

que acudía al llamado del aviso.

Quise distraerme leyendo, pero mi pensamiento no se apartaba de nuestra extraña empresa y de la infame pareja en cuya persecución nos habíamos empeñado. "¿No habrá acaso -me preguntaba mentalmente-, alguna equivocación en los razonamientos de mi compañero? ¿Y si se estuviera engañando a sí mismo? ¿Y si hubiera construido toda una teoría partiendo de premisas falsas?"

Yo no le había visto nunca equivocarse, pero el razonador más perspicaz puede engañarse alguna vez. Era posible que el extremado refinamiento de su lógica lo indujera a un error; es decir, su preferencia por las explicaciones sutiles y caprichosas sobre las fáciles y comunes al alcance de la mano.

Pero al recorrer con el pensamiento la larga cadena de curiosas circunstancias, algunas de ellas triviales, pero todas apuntando en la misma dirección, no pude menos que concluir que en el caso de que las explicaciones de Holmes fueran incorrectas, la verdadera teoría tenía que ser igualmente excepcional y sorprendente.

A las tres de la tarde tocaron fuertemente la campanilla. Una voz autoritaria resonó en el vestíbulo y un momento después entró en mi cuarto, con no poca sorpresa mía, Athelney Jones en persona. Pero su actitud era muy diferente a la del brusco y sentencioso profesor que alardeaba de su sentido común y que con tanta confianza en sí mismo se había hecho cargo del asunto de Upper Norwood. Sus ojos miraban con expresión de abatimiento; su actitud era la de un hombre que parecía pedir disculpa.

-Buenos días, señor.

-Buenos días -dijo-. Parece que el señor Sherlock Holmes está ausente.

-Sí, y no sé cuándo volverá. Sin embargo, si usted desea esperarlo, siéntese y pruebe uno de estos cigarros.

-Gracias -me contestó, enjugándose el rostro con un pañuelo rojo.

-¿Quiere un poco de whisky con soda?

-Bueno, medio vaso. Hace mucho calor en esta época del año, y estoy cansado de tantos trabajos y sinsabores. ¿Conoce usted mi teoría sobre el asunto de Norwood?

-Recuerdo haberle oído exponer una.

-Bueno, pues me he visto obligado a desecharla. Ya tenía al señor Sholto estrechamente envuelto en mis redes, cuando de improviso se me escapa por un agujero abierto en el centro de la malla. Ha podido probar una coartada incontrovertible: desde el momento que salió del cuarto de su hermano, no estuvo ni un solo instante fuera de la vista de alguna persona, de modo que no pudo ser él quien saltó por las ventanas y trepó por los techos. El asunto es extremadamente oscuro, y mi crédito profesional está en juego.

Mucho me serviría ahora una pequeña ayuda.

-Todos necesitamos ayuda alguna vez -dije.

-Su amigo el señor Sherlock Holmes es un hombre maravilloso, señor -continuó el detective en voz baja y tono confidencial-. Es un hombre a quien nadie puede vencer. Lo he visto operar en gran número de asuntos y no puedo decir que en uno solo haya dejado de hacer completa luz. Es irregular en sus procedimientos y tal vez algo ligero en la exposición de sus teorías, pero, a pesar de ello, habría sido el mejor oficial del cuerpo de detectives. Lo digo sin que me importe que esta opinión se sepa o no. Esta mañana recibí un telegrama suyo, del que deduzco que tiene algunos datos sobre el asunto Sholto. Le voy a enseñar el telegrama.

Sacó el papel del bolsillo y me lo dio a leer. Estaba fechado en Poplar, a las 12, y decía: "Vaya usted inmediatamente a Baker Street. Si no he vuelto, espéreme. Sigo de cerca la pista a los asesinos de Sholto. Es necesario que vaya, si desea tomar parte en el desenlace".

-Esto suena bien -dije-. Seguramente ha encontrado otra vez el rastro.

-¡Ah! ¡Quiere decir que él también se había equivocado! Hasta los mejores detectives se extravían a veces. Por supuesto que esto mismo puede ser una falsa alarma, pero, como funcionario de la ley, mi deber es no dejar escapar la menor probabilidad. Pero alguien acaba de entrar en la casa. Tal vez sea Holmes.

Oímos un pesado paso por la escalera, al mismo tiempo que una respiración fatigada y difícil, como la de un hombre extenuado. Una o dos veces cesaron los pasos, como si la ascensión fuera superior a las fuerzas de la persona, hasta que por fin llegó a la puerta y entró.

Su aparición justificaba los ruidos que habíamos oído. Era un hombre de edad, vestido con un traje de marinero; la chaqueta la llevaba abotonada hasta el cuello. Estaba encorvado y le temblaban las piernas. Su respiración asmática denotaba gran sufrimiento. Apoyado en un grueso garrote, levantaba los hombros por el esfuerzo que hacía para introducir aire a sus pulmones. En torno del cuello tenía una corbata roja que le cubría hasta la barba. De su cara cubierta sólo resaltaba un par de ojos oscuros muy penetrantes, entre el marco formado por unas enmarañadas cejas blancas y unas largas patillas grises. Su apariencia era la de un respetable capitán de barco caído en la pobreza y agobiado por los años.

-¿Qué se le ofrece, amigo? -le pregunté.

El viejo miró en torno suyo, con el aire propio de las personas de edad avanzada.

-¿Está aquí el señor Sherlock Holmes? -preguntó a su vez.

-No, pero yo lo represento. Puede usted decirme a mí lo que se le ofrece.

-Necesito hablar con él personalmente -contestó.

-Pero le digo a usted que yo lo represento. ¿Se trata de la lancha de Mordecai Smith?

-Sí. Yo sé en dónde está la lancha, y sé en dónde se encuentran los hombres que el señor Sherlock Holmes busca. Sé dónde está el tesoro. Lo sé todo.

-Pues dígamelo a mí, yo se lo diré al señor Holmes.

-A él es a quien tengo que decírselo -repitió con la petulante obstinación de los viejos.

-Bueno, entonces espérelo.

-No, no. Yo no voy a perder un día entero por complacer a nadie. Si el señor Holmes no está aquí, que vaya él mismo y lo averigüe. Ninguno de ustedes dos me inspira confianza y no quiero decirles ni una sola palabra.

Y se volvió hacia la puerta, pero Athelney Jones se puso por delante.

-Espere un poco, amigo -le dijo-. Usted posee un secreto importante, y no puede salir de aquí. Tendrá que esperarse, aunque no quiera, hasta que nuestro amigo regrese.

El viejo se dirigió hacia la puerta, pero viendo que Athelney Jones se ponía de espaldas contra ésta, se convenció de la inutilidad de toda resistencia.

-¡Bonita manera de tratar a la gente! -exclamó golpeando en el suelo con su palo-. ¡Yo he venido aquí en busca de un caballero y ustedes dos, a quienes en mi vida he visto, me detienen y me tratan de este modo!

-No por eso le pesará a usted haber venido -le dije-. Nosotros lo recompensaremos por la pérdida de su tiempo. Siéntese aquí en el sofá y no tendrá que esperar mucho tiempo.

Se acercó al sofá de muy mal modo y, sentándose, se llevó la cara a las manos. Jones y yo volvimos a nuestros cigarros y a nuestra conversación. Pero súbitamente oímos la voz de Holmes junto a nosotros.

-Me parece que podrían obsequiarme con un cigarro -dijo.

Ambos saltamos de nuestros asientos. Holmes estaba allí, sentado junto a nosotros, muy divertido de nuestro asombro.

-¡Holmes! -exclamé-. ¡Usted aquí! ¿Pero en dónde está el viejo?

-Aquí está -contestó Holmes, levantando con la mano un montón de pelo blanco-. Aquí tienen ustedes: peluca, patillas, cejas y todo. Yo sabía que mi disfraz era bastante bueno, pero me parecía difícil que hasta ustedes se dejaran engañar.

-¡Ah, bribón! -exclamó Jones entusiasmado-. ¡Qué actor tan extraordinario habría sido

usted! La tos era exactamente la de un pobre diablo en camino al asilo y esas piernas tambaleantes valdrían en cualquier teatro diez libras por semana. Pero con todo, hubo un momento en que creí descubrir que al viejo le brillaban los ojos de manera muy semejante a los suyos. Ya ve que no lo dejamos escaparse tan fácilmente.

-Todo el día he estado ocupado en nuestro negocio -dijo Holmes encendiendo un cigarro-. ¿Sabe usted que hay muchos criminales que ya empiezan a conocerme, especialmente desde que este amigo (y me señaló) tomó a su cargo la publicación de mis pesquisas? Por eso ya no puedo ponerme en acción sin disfrazarme como lo he hecho ahora. ¿Recibió usted mi telegrama?

-Sí; a ello se debe mi visita.

-¿Y ha adelantado usted algo en el asunto?

-Todos mis planes han caído por tierra. He tenido que poner en libertad a dos de los presos y no tengo pruebas contra los otros dos.

-No importa. Nosotros le proporcionaremos un nuevo par en remplazo de los que libertó. Pero para eso es necesario que se ponga bajo mis órdenes. Puede aprovechar oficialmente todo el crédito que resulte de nuestra obra. Pero no procederá sino conforme a las instrucciones que yo le daré. ¿Está usted de acuerdo?

-En todo, si con eso conseguimos cazar a los criminales.

-Bueno, en primer lugar, necesito que un vaporcito de los más rápidos de la policía esté a las siete en el malecón de Westminster.

-Eso es fácil de arreglar. Hay siempre uno de guardia en ese lugar; pero puedo ir a llamar por teléfono, para asegurarme.

-Además, quiero dos policías competentes, para el caso de que haya resistencia.

-Habrá dos o tres hombres en el bote. ¿Qué más?

-Cuando aprehendamos a los hombres tendremos el tesoro. Creo que sería un gran placer para mi amigo, aquí presente, llevar la caja a la señorita Morstan. Quiero que sea ella la primera en abrirlo. ¿Qué le parece, Watson?

-Sería un gran placer para mí.

-Aunque es un procedimiento irregular -dijo Jones sacudiendo la cabeza de un lado a otro-, creo que podemos hacer esa pequeña concesión, aunque el tesoro posteriormente deberá entregarse a las autoridades para que decidan.

-De acuerdo. Eso será fácil de llevar a cabo. Otro punto. Me gustaría saber todos los detalles respecto a este caso directamente de los labios de Jonathan Small. Usted sabe que me gusta aclarar hasta los últimos detalles de cada uno de mis casos. ¿Hay alguna

objeción a que yo tenga una entrevista no oficial con ese individuo, ya sea aquí, en mis habitaciones, o en alguna otra parte, mientras él está cuidadosamente custodiado?

-Bueno, usted es el amo de la situación. Aún no tengo pruebas de la existencia de este individuo Jonathan Small. Sin embargo, si usted puede echarle mano no veo por qué pueda negarme a que tenga una entrevista con él.

-Entonces, todo queda entendido, ¿verdad?

-Perfectamente. ¿Hay algo más?

-Sólo que insisto en que cene usted con nosotros. La cena estará lista en media hora. Tengo ostras y un buen trozo de carnero que haré a la parrilla. Lo acompañaremos con un poco de vino blanco. Watson, usted nunca ha tenido oportunidad de apreciar mis dotes culinarias.

X
El fin del isleño

Nuestra cena fue bastante alegre. Holmes podía conversar agradable y animadamente cuando así se lo proponía y esa noche pareció estar decidido a ello. Estaba en un estado de exaltación nerviosa. Nunca lo había visto tan genial. Habló de una rápida sucesión de temas diferentes: de milagros y trucos de ilusionistas, de la alfarería medieval, de los violines Stradivarius, del budismo en Ceilán y de las naves de guerra del futuro... extendiéndose en cada uno de los temas como si hubiera hecho un estudio especial al respecto. Su brillante buen humor marcaba la reacción de la negra depresión que lo embargara en los días anteriores. Athelney Jones resultó ser también un hombre sociable en sus horas de descanso y se comportó durante la cena con el aire de un bon vivant .8 En cuanto a mí, me sentía feliz al pensar que nos acercábamos al fin de nuestra tarea. Holmes me contagió su animación. Ninguno de nosotros aludió durante la cena a la causa que nos había reunido.

Cuando limpiaron la mesa y quitaron el mantel, Holmes consultó su reloj y llenó tres vasos de oporto.

-Brindemos por el éxito de nuestra pequeña expedición -dijo-. Y ahora, es tiempo ya de que nos marchemos. ¿Tiene usted su pistola, Watson?

-En mi escritorio tengo mi viejo revólver de servicio.

-Será mejor que lo traiga consigo. Más vale estar preparados. Veo que el coche está ya en la puerta. Lo dejé ordenado para las seis y media.

Era poco más de las siete cuando llegamos al embarcadero de Westminster y encontramos ya nuestra lancha esperándonos. Holmes miró la lancha detenidamente.

-¿Hay algo que la identifique como lancha de la policía? -preguntó.

-Sí, esa lámpara verde que tiene a un lado.

-Entonces, quítenla.

Se realizó aquel pequeño cambio. Subimos a bordo y las amarras fueron soltadas. Jones, Holmes y yo nos sentamos en la popa. Había un hombre en el timón, otro atendiendo la máquina y dos inspectores de policía, de aspecto adusto, en la proa.

-¿A dónde nos dirigimos? -preguntó Jones.

-A la Torre. Dígales que se detengan frente a Jacobson's Yard.

Nuestra embarcación era evidentemente muy rápida. Pasamos velozmente las largas hileras de barcazas de carga como si estuvieran inmóviles y no navegando. Holmes sonrió con satisfacción al ver que pasábamos un vapor fluvial y lo dejábamos atrás.

-Creo que podremos alcanzar cualquier embarcación del río -dijo.

-Bueno, yo no me siento tan optimista, aunque no hay muchas lanchas más veloces que la nuestra.

-Tenemos que dar alcance a la Aurora y ésta tiene fama de desarrollar una gran velocidad. Le explicaré exactamente cómo he llegado a esto, Watson. ¿Recuerda qué furioso estaba de que me hubiera detenido una cosa tan insignificante?

-Sí.

-Bueno, di a mi mente un descanso completo, enfrascándome en un análisis químico. Uno de nuestros grandes hombres de Estado ha dicho que no hay mejor descanso que un cambio de trabajo. Así es. Cuando logré disolver el hidrocarburo en que estaba trabajando, volví a pensar en el problema de los Sholto y recapacité sobre el asunto de principio a fin. Los muchachos habían recorrido el río de arriba abajo sin resultado. La lancha no estaba en ningún muelle ni desembarcadero, ni había vuelto a su punto de partida. No era creíble que la hubieran echado a pique para borrar su rastro, a pesar de que ésa podía ser la última hipótesis, en el caso de que todas las demás fallaran. Yo sabía que Small tenía cierta dosis de astucia, aunque no sea capaz de nada parecido a la malicia fina. Ésta es, generalmente, fruto de la educación. De esa reflexión deduje que habiendo estado por algún tiempo en Londres, pues sabíamos que había vigilado continuamente Pondicherry Lodge, sería muy difícil que abandonara la ciudad de improviso. Sin duda, necesitaría algún tiempo, aunque no fuera más que un día, para arreglar sus cosas. Esa era, de todos modos, una probabilidad aceptable.

-A mí me habría parecido bastante improbable -observé-. Era más lógico que hubiese arreglado sus asuntos antes de emprender toda actividad.

-No, yo no lo creo así. Su alojamiento debía ser un punto de retirada demasiado valioso

para abandonarlo antes de estar seguro de que ya no lo necesitaba. Y además, otra reflexión me hizo confirmar esa idea. Jonathan debía haberse dado cuenta de que la peculiar apariencia de su compañero, por más que lo hubiera disfrazado, daría lugar a habladurías y tal vez a que se le relacionara con la tragedia de Norwood. Para eso sí tiene la suficiente astucia. Cuando salieron de su guarida era de noche y era evidente que deseaban regresar a ella antes de que amaneciese. Pues bien, según la señora Smith, cuando se embarcaron en la lancha eran más de las tres. Ya debía estar la mañana bastante clara y la gente comenzaría a circular dentro de una hora o algo así. Por consiguiente, me dije, no fueron muy lejos. Pagaron bien a Smith para que contuviera la lengua, le contrataron la lancha para la fuga final y corrieron a su escondite con la caja del tesoro. En un par de noches, cuando hubieran tenido tiempo para ver lo que decían los diarios y para ver, asimismo, si había alguna sospecha sobre ellos, escaparían protegidos por las sombras de la noche hacia algún barco anclado en Gravesend o en algún otro puerto, en donde, sin duda alguna, deben haber arreglado pasajes para América o las colonias.

-Pero, ¿y la lancha? No pueden haberla escondido en su guarida.

-Exactamente. Comprendí que la lancha no debía estar muy lejos, a pesar de haberse vuelto invisible. Entonces me puse en el lugar de Small y examiné el problema como debía haberlo hecho un hombre de su capacidad. Probablemente debe haber considerado que enviar la lancha de regreso a su muelle o mantenerla detenida en cualquier embarcadero habría hecho fácil la búsqueda, si por casualidad la policía se ponía tras su pista. ¿Cómo, entonces, podía esconder la lancha y al mismo tiempo tenerla a su disposición para el momento en que la necesitara? Me pregunté qué habría hecho yo, de estar en su caso. Sólo se me ocurrió una salida. Yo habría entregado la lancha en algún astillero, o en algún taller de reparaciones de barcos, con instrucciones de hacer algún cambio insignificante en ella. Colocada dentro del astillero, quedaba oculta a las miradas indiscretas y completamente a mi alcance.

-La cosa era bastante sencilla.

-Las cosas más sencillas son las que nunca se le ocurren a uno. Me propuse proceder conforme a mi idea y en el acto me puse en marcha, vestido con este inofensivo traje marinero. Pregunté en muchos astilleros, sin resultado alguno; pero, por fin, en el decimosexto, el de Jacobson, me dijeron que la Aurora había sido llevada allí dos días antes por un hombre que tenía una pierna de madera, el cual había pedido que le compusieran el timón. "El timón no tenía nada -me dijo el capataz-. Mírela dónde está; es aquélla de franjas rojas." Y en ese momento ¿quién creen ustedes que llegó? Mordecai Smith, el desaparecido dueño de la embarcación. Estaba completamente borracho. Yo no lo habría conocido, por supuesto, si él no hubiera dicho su nombre y el de la lancha. "La necesito para esta noche a las ocho -dijo-, a las ocho en punto, fíjese bien, pues tengo que llevar a dos señores que no pueden esperar". Se veía que le habían pagado bien, pues tenía mucho dinero y regalaba chelines a la gente del astillero. Cuando salió, lo seguí durante un rato, pero al ver que se metía en una taberna, regresé al astillero y habiendo encontrado en el camino a uno de los muchachos de Wiggins, lo puse de guardia a vigilar la lancha. La orden es que cuando ésta salga se acerque a la orilla del muelle y agite su pañuelo. Nosotros esperaremos río abajo y será muy difícil

que no podamos apoderarnos de los hombres y del tesoro.

-Sean o no esos hombres los verdaderos criminales -dijo Jones-, la manera como usted ha preparado su plan es excelente. Pero si el asunto hubiera estado en mis manos yo habría puesto un piquete de policía en el astillero de Jacobson para que los arrestara.

-Y no habría logrado nada. El tal Small es un sujeto bastante astuto y con seguridad enviará de antemano un espía, de modo que si éste le llegara a comunicar algo sospechoso, se nos eclipsaría lo menos por una semana más.

-Pero usted podía haber detenido a Mordecai Smith y haberlo obligado a que le enseñara el escondite de los otros -observé yo.

-Con eso no habría hecho más que perder mi tiempo. Hay cien probabilidades contra una de que Smith conozca el paradero de los criminales. Cuando necesiten de sus servicios le enviarán un recado y nada más. No, yo reflexioné sobre todas las situaciones posibles y la decisión que tomé me parece la mejor.

Durante la conversación habíamos ido pasando toda la serie de puentes que atraviesan el Támesis. Estábamos ya enfrente de la City cuando los últimos rayos del sol hicieron brillar la cruz de la cúpula de San Pablo. Antes de llegar a la Torre había anochecido.

-Ese es el astillero de Jacobson -dijo Holmes señalando un grupo de mástiles por el lado de Surrey-. Crucemos lentamente, de arriba hacia abajo, ocultándonos detrás de esta línea de barcos -y sacando del bolsillo un par de anteojos de noche, miró detenidamente la tierra-. Veo a mi centinela en su puesto, pero no hay señales de pañuelo.

-¿Si avanzáramos un poco más, corriente abajo, y allí esperáramos? -propuso Jones impaciente.

-No tenemos el derecho de dar nada por seguro -contestó Holmes-. Es cierto que hay diez probabilidades contra una de que la Aurora se dirija aguas abajo, pero nosotros no estamos seguros de ello. Este punto tiene la ventaja de que nos permite ver la entrada del astillero y, al mismo tiempo, evita que, a su vez, ellos nos vean a nosotros. La noche se presenta clara y luz no nos ha de faltar. Quedémonos aquí. Miren allá, donde alumbra el gas, cómo pasa la gente.

-Obreros del astillero que salen del trabajo.

-Feo aspecto el de esos individuos, pero debemos suponer que cada uno de ellos oculta en su interior una llama inmortal por pequeña que sea. Uno no se lo imagina al verlos. ¡Qué enigma tan extraño es el hombre!

-Alguien lo llama un alma escondida dentro de un animal.

-Winwood Reade trata muy bien el punto -dijo Holmes-. Hace notar que mientras el hombre es individualmente un enigma indescifrable, en conjunto se convierte en una certidumbre matemática. Usted no podría, por ejemplo, predecir las cosas de las que un

hombre sería capaz, pero sí puede decir con precisión para qué puede servir el término medio de los hombres que componen un grupo. Los individuos varían, pero la colectividad es siempre igual. Esto sostienen las estadísticas. Pero... ¿no es un pañuelo eso que veo allá? Estoy seguro de que algo se agita allí enfrente.

-Sí, es nuestro muchacho -exclamé yo-. Lo veo perfectamente...

-¡Y allí está la Aurora! -interrumpió Holmes-. ¡Y va como un demonio! ¡A todo vapor, maquinista! ¡Proa hacia aquella lancha de luz amarilla! ¡Por Cristo, que nunca me lo perdonaré si consigue escapársenos!

La lancha se había deslizado fuera del astillero sin ser vista y luego había pasado por detrás de dos o tres barquichuelos, de modo que antes de que nosotros la hubiéramos notado, ya andaba a gran velocidad. Y allá iba con la proa en dirección de la corriente, deslizándose con una estupenda rapidez. Jones la miró con grave expresión y movió la cabeza.

-Es tan veloz -dijo- que dudo que podamos alcanzarla.

-¡Pues tenemos que alcanzarla! -exclamó Holmes apretando los dientes-. ¡Carbón a la máquina, muchachos! ¡Que dé cuanto pueda! ¡Que arda nuestra lancha con tal de que alcancemos a la otra!

Nosotros íbamos a todo vapor. Las hornillas rugían y la poderosa máquina rechinaba y palpitaba. Se le habría creído con un enorme corazón de metal. La proa, larga y aguda, cortaba las tranquilas aguas del río, enviando agitadas olas a derecha e izquierda. Un gran farol amarillo, colocado en el bauprés, alumbraba el camino con un largo y brillante chorro de luz. Por delante, a poca distancia, aparecía un bulto negro: la Aurora. La estela de blanca espuma que dejaba tras de sí daba una idea de la rapidez de la marcha. Nosotros pasábamos como flechas por entre la multitud de lanchas, vapores y buques de velas rozándolas materialmente. Oíamos voces que nos apostrofaban en medio de la oscuridad, pero la Aurora volaba y nosotros la seguíamos sin perder un instante.

-¡Carbón, muchachos, más carbón! -gritaba Holmes, inclinándose hacia la máquina, y el terrible resplandor de abajo iluminaba sus enérgicas facciones aguileñas-. ¡Hay que llegar a la última libra de vapor que se pueda!

-Me parece que vamos ganando un poco de terreno -dijo Jones, que no quitaba los ojos de la Aurora.

-Estoy seguro de que sí -le contesté yo-. No pasarán muchos minutos sin que la alcancemos.

Pero en ese instante, por obra y gracia de nuestra mala suerte, un remolcador con tres lanchas cargadas se atravesó entre nosotros y la Aurora. Tuvimos que desviar el timón con toda la fuerza posible para evitar una colisión y antes de que pudiéramos rodear las lanchas y recuperar nuestra ruta, la Aurora nos había ganado por lo menos doscientos

metros de terreno. Sin embargo, todavía seguía a nuestra vista. La noche iba aclarando más y más y el cielo se cubría de estrellas.

Nuestra máquina avanzaba con estupenda rapidez y el frágil casco vibraba y crujía de manera alarmante. La mancha indefinida que había frente a nosotros fue convirtiéndose en la ligera y hermosa Aurora, a medida que nos acercábamos a ella. Jones volvió nuestro faro buscador hacia la otra lancha, de tal modo que pudiéramos ver claramente las figuras que había sobre su cubierta. Un hombre estaba sentado junto a la popa, con algo negro entre las rodillas. A su lado se veía un bulto negro que semejaba un perro. En el timón iba el hijo de Smith, mientras que, contra el brillo rojo de la caldera, destacaba el viejo Smith, desnudo hasta la cintura, que se ocupaba de echar carbón a la máquina, de modo desesperado.

Es probable que al principio tuvieran ciertas dudas sobre si en verdad les íbamos persiguiendo, pero ahora que seguíamos claramente su mismo curso, no podía ya haber la menor duda en el ánimo de ellos respecto a nuestras intenciones. En Greenwich estábamos ya a menos de cien metros de distancia. En Blackwall no nos separaban más de sesenta. He perseguido a muchas criaturas, en diferentes países, durante mi accidentada carrera, pero nunca ninguna persecución me ha producido una emoción tan grande como la loca y veloz cacería a través del Támesis.

La distancia se iba acortando notoriamente, metro a metro. En el silencio de la noche podíamos oír los bramidos de las máquinas de ambas embarcaciones. El hombre que estaba en la popa de la Aurora parecía estar muy ocupado, ahora en cuclillas, aunque de vez en cuando levantaba la mirada para calcular la distancia que aún nos separaba. Ya estábamos tan cerca de ellos que Jones pudo gritarles que se detuvieran. Ahora sólo nos separaba el largo de cuatro botes. Teníamos a Barking Level por un lado y, del otro, los pantanos de Plumstead. A la voz de Jones, el hombre se puso de pie en la cubierta y agitó sus dos puños en nuestra dirección, lanzándonos mil improperios con aguda y cascada voz. Era de mediana estatura y fuerte constitución. Al fijarme en sus piernas abiertas, vi que tenía una pata de palo. En el momento en que sus coléricos y estridentes gritos comenzaron a resonar, se movió el confuso bulto que yacía a su lado y se enderezó hasta convertirse en el hombrecito más pequeño que había visto en mi vida, con una cabeza deforme cubierta por una masa de enredados cabellos.

Holmes tenía ya su revólver en la mano y yo también saqué el mío a la vista de aquel ser salvaje y horrible.

El hombrecito estaba envuelto en una especie de capote oscuro, o tal vez en una frazada, que sólo le dejaba descubierta la cara, pero solamente la vista de esa cara era suficiente para quitarle el sueño a cualquiera durante una noche. Los diminutos ojos le brillaban con un fulgor sombrío y los delgados labios dejaban ver dos hileras de agudos dientes que rechinaban con ferocidad.

-Hagan fuego si levanta la mano -nos previno tranquilamente Holmes.

En ese momento no nos separaba de ellos más que un largo de bote y nuestro bauprés casi tocaba la popa de la Aurora. Me parece estar viendo todavía a los dos hombres: el

europeo, puesto de pie, con las piernas bastante apartadas, lanzándonos maldiciones; el hirsuto salvaje, por otro lado, con su horrible cara y sus fuertes y agudos dientes iluminados por la luz de nuestro farol.

La claridad de la noche nos ayudó mucho, pues pudimos ver cómo el salvaje, de improviso, sacaba de debajo de su abrigo un pedazo de madera redondo y corto, parecido a una regla de colegial, y se lo llevaba a la boca. Nuestros revólveres hicieron fuego al mismo tiempo. El salvaje dio una vuelta, levantó los brazos y con una especie de tos ahogada cayó al río. Ya se perdía entre el torbellino de las aguas, cuando todavía pude ver la amenazadora mirada que nos dirigían sus venenosos ojos.

El cojo se lanzó en ese momento sobre la rueda del timón y haciéndola girar con todas sus fuerzas, hizo que la Aurora se dirigiera en línea recta hacia la orilla sur, mientras nosotros pasábamos como un rayo a pocos pies de su popa. Viramos al instante y continuamos la persecución, pero ya la Aurora casi llegaba a tierra. El lugar era agreste y desierto; la luna iluminaba un extenso terreno pantanoso, interrumpido por lagunas de agua estancada y manchas de raquítica vegetación.

La lancha se metió con sordo ruido en un banco de fango, con la proa al aire y la popa a flor de agua. El fugitivo saltó por la borda, pero, al caer, la pierna de palo se le clavó en el suelo movedizo. En vano se esforzó en sacarla; por más que hizo, no pudo avanzar en un sentido ni en otro. Entonces se puso a bramar con impotente furia y a dar patadas en el suelo con el otro pie. Con eso no consiguió sino clavarse más y más en el banco fangoso. Cuando llegamos en nuestra lancha a su lado, lo encontramos tan fuertemente retenido por el fango, que, para izarlo a bordo, tuvimos que echarle un lazo y tirar con fuerza, como si estuviéramos pescando algún pez maligno.

Los dos Smith, padre e hijo, estaban sentados en su lancha, tristes y sombríos. Apenas se lo ordenamos, pasaron a bordo de la nuestra. Jalamos a la Aurora hasta que estuvo al costado de nuestra embarcación y entonces vimos en la cubierta un sólido cofre de hierro de fabricación india. No cabía duda de que ésa era el arca que contenía el tesoro de los Sholto. No encontramos la llave. Como el cofre pesaba considerablemente, con todo cuidado lo pasamos al pequeño camarote de nuestra embarcación. Mientras avanzábamos lentamente, ahora de regreso, hicimos girar nuestro faro buscador en todas direcciones, sin encontrar señales del isleño. En alguna parte del oscuro y fangoso fondo del Támesis yacen los restos de nuestro extraño y maligno visitante.

-Miren aquí -exclamó Holmes señalando hacia el piso de madera de nuestra lancha-. Apenas si disparamos a tiempo.

Exactamente enfrente del sitio en que estuvimos de pie se había clavado una de aquellas mortales flechitas que conocíamos tan bien. Nuestro enemigo debió haberla lanzado en el mismo instante en que nuestras balas lo alcanzaron. Holmes sonrió al ver aquel objeto y se encogió con su indiferencia acostumbrada, aunque confieso que, a mí, me hizo sentir enfermo el pensamiento de la horrible muerte que se pudo haber abatido sobre cualquiera de nosotros aquella noche.

XI
El gran tesoro de Agra

Nuestro cautivo se sentó en el camarote, frente a la caja de hierro por la que tanto había luchado y por cuya posesión esperara tanto tiempo. Era un individuo tostado por el sol, de ojos inquietos y una fina red de arrugas sobre sus facciones cobrizas, que hablaban elocuentemente de una dura vida al aire libre. La prominencia singular de su barbilla, cubierta por espesa barba, indicaba que era un hombre de terquedad rayana en el fanatismo. Su edad podía calcularse, aproximadamente, en cincuenta años, pues su rizado cabello negro mostraba algunas canas. Su rostro, en reposo, no era desagradable, aunque sus pobladas cejas y su barbilla agresiva le daban, como yo había podido apreciar momentos antes, un aspecto terrible cuando estaba encolerizado. Ahora permanecía sentado, con las manos esposadas y la cabeza caída sobre el pecho, mirando con ojos agudos y brillantes la caja que fuera causa de tantas desventuras. Me pareció que había más pena que cólera en su expresión rígida y contenida. En una ocasión levantó su mirada hacia mí, con cierto dejo burlón brillándole en los ojos.

-Bueno, Jonathan Small -dijo Holmes encendiendo un habano-, siento mucho que esto haya terminado así.

-Y yo lo siento también, señor -contestó el otro francamente-. No creo que pueda eludir la acción de la ley. Pero le doy a usted mi palabra de que nunca levanté mi mano contra el señor Sholto. Fue ese pequeño demonio de Tonga el que disparó una de sus malditas flechas contra él. Yo no intervine en eso, señor. Lo sentí tanto como si hubiera sido mi propio pariente. Di latigazos al malvado, con la punta de la cuerda, por lo que había hecho. Pero el hombre ya estaba muerto y no podía revivirlo.

-Tome un cigarrillo -dijo Holmes-, y será mejor que beba un trago de mi cantimplora, porque está empapado. ¿Cómo esperaba usted que un hombrecillo tan pequeño y débil como ese negro dominara al señor Sholto y lo controlara mientras subía usted por la cuerda?

-Usted parece saber tanto acerca de esto como si hubiera estado allí, señor. La verdad es que yo esperaba encontrar vacía la habitación. Conocía yo bastante bien los hábitos de la casa y era la hora en que el señor Sholto generalmente bajaba a cenar. No voy a hacer ningún secreto de este asunto. La mejor defensa que puedo tener es decir simplemente la verdad. Ahora bien, si hubiera sido el padre de Bartholomew Sholto, lo habría matado con placer. No habría pensado más, para apuñalarlo, de lo que pienso en fumarme este cigarro. Lo que no me puedo perdonar es que por mi culpa haya muerto el joven Sholto, con quien yo no tenía ningún motivo de resentimiento.

-Está usted a cargo del señor Athelney Jones, de Scotland Yard. Él va a ser tan amable de llevarlo a mis habitaciones, en donde le suplico que haga un relato fiel de todo lo que pasó. Debe usted ser veraz hasta en los detalles insignificantes, pues si lo es, quizá pueda ayudarle en algo. Creo poder probar que el veneno actúa tan rápidamente que el hombre ya estaba muerto cuando usted entró en la habitación.

-¡Así es, señor! Nunca recibí una impresión más fuerte en mi vida como cuando lo vi,

sonriéndome con la cabeza de lado, en el momento de saltar por la ventana. Me impresionó terriblemente, señor. Habría medio matado a Tonga por lo que hizo, si no se hubiera apresurado a ponerse fuera de mi alcance. Fue así como olvidó su mazo y algunos de sus dardos, lo que me atrevo a sospechar que les ayudó a ponerse sobre nuestra pista, aunque francamente no puedo comprender cómo pudieron seguirnos el rastro. No siento ningún rencor hacia usted por ello. Pero me parece una cosa extraña -añadió con una sonrisa amarga- que yo, teniendo derecho legal a más de medio millón de libras, haya pasado la primera mitad de mi vida construyendo un malecón en las islas Andaman y que ahora tenga que pasar la otra mitad cavando zanjas en Dartmoor. Fue un día maldito para mí aquel en que puse mis ojos por primera vez en el mercader Achmet y oí hablar del tesoro de Agra, el cual nunca trajo otra cosa que desventuras a su poseedor. Para Achmet, significó el asesinato; para el mayor Sholto, el temor y el remordimiento; para mí, esclavitud de toda una vida.

En ese momento, Athelney Jones asomó su ancho rostro y sus pesados hombros en la pequeña cabina.

-¡Oh, una reunión de familia! -comentó burlonamente-. Creo que probaré del contenido de su cantimplora, Holmes. Bueno, creo que debemos felicitarnos. Es una lástima que no hayamos detenido vivo al otro; pero no había alternativa. Debe usted confesar, mi querido Holmes, que nos hizo correr un riesgo grande. ¡Hubiera sido terrible que no hubiéramos podido alcanzarlos!

-Todo lo que termina bien está bien -contestó Holmes-. Aunque es cierto que ignoraba que la Aurora fuera una lancha de tanta potencia.

-Smith dice que es una de las embarcaciones más rápidas del río y que si él hubiera tenido otro hombre para ayudarlo con la máquina, nunca le habríamos dado alcance. Sin embargo, jura que no sabía nada sobre el asunto de Norwood.

-Y realmente es así -gritó nuestro prisionero-. Smith no sabía una palabra. Seleccioné su lancha porque había oído que era muy veloz. No le dijimos nada, pero le pagamos bien y hubiera obtenido una buena recompensa si nos hubiera logrado llevar con bien a nuestro barco, el Esmeralda, anclado en Gravesend, que parte dentro de algunas horas para el Brasil.

-Bueno, si no ha hecho ningún mal nos encargaremos de que nada malo le suceda. Aunque somos muy rápidos en aprehender a nuestros hombres, no nos precipitamos demasiado en condenarlos.

Era divertido notar la forma en que Jones empezaba a apropiarse del mérito de la captura. Por la leve sonrisa que cruzó el rostro de Sherlock Holmes, comprendí que no le había pasado inadvertido el asunto.

-Debemos estar acercándonos al puente Vauxhall -dijo Jones-. Le ayudaremos a desembarcar con el tesoro, doctor Watson. No necesito decirle que estoy aceptando una grave responsabilidad al permitir esto. Es una cosa completamente irregular, pero un convenio es un convenio. Debo, sin embargo, en cumplimiento del más estricto deber,

enviar un inspector con usted, ya que tiene a su cargo algo tan valioso. Supongo que tomará un coche, ¿no?

-Así es.

-Es una lástima que no tengamos la llave, porque podríamos hacer un inventario primero. Tendrá usted que forzarla. ¿Dónde está la llave, amigo?

-En el fondo del río -contestó Small brevemente.

-¡Hum! No tenía objeto que nos diera usted esta molestia innecesaria. Ya hemos tenido bastante trabajo con usted. Sin embargo, doctor, quiero advertirle que tenga cuidado. Lleve después la caja a su casa de Baker Street. Allí nos encontrará, en camino hacia la estación de policía.

Se detuvieron en Vauxhall para que desembarcara con mi pesada caja de hierro. Me acompañaba un bonachón y regordete inspector de policía. Un recorrido de un cuarto de hora nos llevó a la casa de la señora Cecil Forrester. La criada pareció sorprenderse de mi visita a tan altas horas de la noche. La señora Forrester había ido a una fiesta, me explicó, y era muy posible que llegara muy tarde. La señorita Morstan, sin embargo, estaba en el estudio. Me dirigí hacia allá, con la caja en la mano, dejando en el coche al alegre inspector.

Mary estaba sentada junto a la ventana abierta, vestida con un traje blanco de discretos adornos escarlata en cuello y cintura. Una suave luz de una lámpara, cubierta con una pantalla, caía sobre ella, jugueteando con su rostro dulce y grave y dando un brillo metálico a los rizos de su abundante cabellera. Uno de sus blancos brazos caía a un lado de la silla de mimbre en que se encontraba sentada, y toda su postura hablaba de una agobiadora melancolía. Sin embargo, al ruido de mis pisadas se puso de pie inmediatamente, y la sorpresa y el placer colorearon sus pálidas mejillas.

-Oí llegar un coche -me dijo-. Creí que la señora Forrester había vuelto muy temprano, pero nunca soñé que fuera usted. ¿Qué noticias me trae?

-He traído algo mejor que noticias -dije colocando la caja sobre la mesa. Empecé a hablar jovial y ligeramente, aunque sentía mi corazón agobiado por la pena-. Le he traído algo que vale por todas las noticias del mundo. Le he traido una fortuna.

Mary contempló la caja del tesoro.

-Entonces, ¿ése es el tesoro? -preguntó con frialdad.

-Sí, es el gran tesoro de Agra. La mitad le pertenece y la otra mitad es de Thaddeus Sholto. Corresponderá aproximadamente doscientas mil libras a cada uno. ¡Imagínese! Recibirá diez mil libras anuales de renta. Habrá muy pocas damas más ricas que usted en Inglaterra. ¿No es maravilloso?

Creo que debo haber exagerado mi supuesto regocijo y que ella descubrió cierta

falsedad en mis felicitaciones, porque levantó las cejas ligeramente y me miró con curiosidad.

-Si tengo esto, se lo debo a usted -dijo.

-No, no -protesté-, a mí no, sino a mi amigo Sherlock Holmes. A pesar de toda mi buena voluntad, jamás habría podido seguir una pista tan difícil.

-Por favor, le suplico que se siente y me cuente todo, doctor Watson.

Narré de modo breve lo que había ocurrido desde que la vi por última vez... el flamante método de investigación de Holmes, el descubrimiento de la Aurora, la aparición de Athelney Jones, nuestra expedición nocturna y la loca persecución a través del Támesis. Ella escuchó con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Cuando hablé del dardo que había estado a punto de causar la muerte de alguno de nosotros, palideció de tal modo que pensé que iba a desmayarse.

-No es nada -me dijo cuando la obligué a beber un poco de agua-. Ya estoy bien. Fue una impresión terrible saber que expuse a mis amigos a un peligro así.

-Ya todo pasó -contesté-. No fue nada. No le describiré más detalles macabros. Hablemos de algo más alegre. Aquí está el tesoro. ¿Qué podría ser más agradable? Dejé a mis amigos para traer esto conmigo. Pensé que le interesaría ser la primera en ver el tesoro.

-Claro que me interesa verlo -aseguró. Sin embargo, no había gran entusiasmo en su voz. Se me ocurrió que simulaba interés para no aparecer ingrata con su indiferencia al botín que tantos esfuerzos nos había costado obtener-. ¡Qué linda caja! -exclamó inclinándose sobre ella-. Debe haber sido hecha en la India, supongo.

-Sí, está labrada en metal de Benarés.

-¡Y es muy pesada! -agregó tratando de levantarla-. La caja por sí sola debe ser de mucho valor. ¿Dónde está la llave?

-Small la arrojó al Támesis. Tendré que usar el atizador de la señora Forrester.

En el frente de la caja había un gran aldabón con la forma de un Buda sentado. Debajo de uno de sus extremos introduje el atizador de hierro y, sirviéndome de éste como palanca, lo levanté. El aldabón se levantó produciendo un chasquido metálico. Con dedos temblorosos por la emoción, levanté la tapa. Los dos miramos hacia adentro, con expresión de gran asombro. ¡La caja estaba vacía!

Su peso era perfectamente explicable. Tenía una recubierta de hierro de dos centímetros de espesor. Era maciza, bien hecha, sólida, como corresponde a un cofre que está destinado a contener objetos de gran valor. Sin embargo, en su interior no había el más leve rastro de joyas. Estaba completamente vacía.

-¡El tesoro ha desaparecido! -dijo la señorita Morstan con perfecta tranquilidad.

Al escuchar sus palabras y comprender lo que significaban, sentí como si se levantara la neblina que cubría mi alma. No me había dado cuenta de hasta qué punto pesaba sobre ella aquel tesoro de Agra, hasta ese momento en que el peso hubo desaparecido. Era egoísta, desleal y perverso de mi parte, sin duda alguna, pero sólo acertaba a pensar en que, aquella barrera dorada que nos separaba, había desaparecido para siempre.

-¡Gracias a Dios! -exclamé desde lo más profundo de mi corazón.

Mary me miró con una sonrisa interrogadora.

-¿Por qué dice eso? -me preguntó.

-Porque ahora estás de nuevo a mi alcance -dije tomándole la mano. Ella no opuso resistencia-. Te amo, Mary, tan sincera y apasionadamente como puede amar un hombre a una mujer. Este tesoro, estas riquezas, habían sellado mis labios. Ahora que han dejado de existir, puedo decirte cuánto te amo. Por eso dije... ¡Gracias a Dios!

-Entonces, yo diré también... ¡gracias a Dios! -murmuró dejándose atraer hacia mi pecho. Sin importar quién hubiera perdido un tesoro, yo comprendí aquella noche que la aventura me había hecho encontrar un tesoro para mí solo.

XII
La extraña historia de Jonathan Small

El inspector que me esperaba en el coche era un hombre muy paciente, pues transcurrió largo tiempo antes de que me reuniera con él. Su rostro se nubló cuando le mostré la caja vacía.

-¡Allí va nuestra recompensa! -dijo tristemente-. Donde no hay dinero, no hay paga. El trabajo de esta noche nos hubiera producido una pequeña fortuna a Sam Brown y a mí, si el tesoro hubiera estado allí.

-El señor Thaddeus Sholto es un hombre rico -dije-. Procurará que ustedes sean recompensados, haya o no tesoro.

El inspector movió la cabeza de un lado a otro, con expresión taciturna.

-Esto ha tenido un fin desagradable y eso mismo pensará el señor Athelney Jones -insistió.

Su profecía resultó correcta, pues el detective se mostró cariacontecido cuando llegué a Baker Street y le enseñé la caja vacía. Acababan de llegar -Holmes, el prisionero y él-, pues habían cambiado de planes y decidieron reportarse en la estación en el camino de regreso a casa. Mi compañero estaba tendido en su sillón, con su acostumbrada expresión de indiferencia, mientras Small se encontraba sentado frente a él, muy erguido

y con la pata de madera cruzada sobre su pierna sana. Cuando mostré la caja vacía, se reclinó en el respaldo de la silla y se echó a reír alegremente.

-Esto es cosa suya, Small -dijo Athelney Jones, furioso.

-Sí, he puesto el tesoro en un sitio en donde nadie podrá encontrarlo nunca -gritó con exaltación-. Es mi tesoro, y si yo no puedo disfrutar de él, tendré buen cuidado de que ningún otro lo haga. Les aseguro que ningún hombre viviente tiene derecho al tesoro, salvo tres hombres, que purgan condena en la prisión de Andaman, y yo. Ahora sé que no puedo disfrutarlo, y sé que tampoco ellos podrán hacerlo. Mi interés se basa, también, en el interés de ellos. Ese ha sido, siempre, "el signo de los cuatro" entre nosotros. Bueno, estoy seguro de que ellos me hubieran pedido que hiciera lo que hice. Arrojé el tesoro al Támesis, antes que dejar que cayera en poder de los parientes de Sholto o de Morstan. No íbamos a permitir que se enriquecieran gracias a lo que nosotros habíamos hecho a Achmet. Ustedes encontrarán el tesoro donde está la llave y donde está también el pequeño Tonga. Cuando vi que su lancha iba a alcanzarnos, puse el botín en lugar seguro. No van a sacar una sola rupia de este asunto.

-Nos está engañando, Small -dijo Athelney Jones severamente-. Si hubiera deseado arrojar el tesoro al Támesis, habría sido más fácil para usted haberlo lanzando al agua la caja con todo su contenido.

-Sí, más fácil para mí... y más fácil para ustedes recobrar el tesoro -contestó dirigiéndonos una astuta mirada oblicua-. El hombre que fue lo suficientemente listo como para darme caza, lo habría sido también para sacar una caja de hierro del fondo del río. Ahora que las joyas están esparcidas por cinco millas de río, será algo más difícil sacarlas de allí. Me dolió mucho tener que hacer eso. Estaba casi loco de desesperación cuando ustedes me dieron alcance. Sin embargo, no tiene objeto apenarse por lo sucedido. He tenido muchas altas y bajas en mi vida, pero he aprendido a no lamentarme de lo irremediable.

-Lo que ha hecho es un asunto muy serio, Small -dijo el detective-. Si hubiera ayudado a los representantes de la ley, habría tenido mejores probabilidades de que le hicieran justicia durante el juicio a que será sometido.

-¡Justicia! -rugió el presidiario-. ¡Linda justicia! ¿Para quién es la justicia? ¿Para nosotros? ¿En dónde está la justicia para que puedan participar de ella los que la necesitan? ¡Miren ustedes cuánto me ha favorecido a mí! Veinte largos años en aquel pantano, semillero de fiebres, todo el día trabajando a pleno sol, toda la noche encadenado dentro de las inmundas barracas, devorado por los mosquitos, consumido por el paludismo, maltratado por cada uno de esos infames negros empleados como guardianes, y que se complacen en atormentar a los blancos. Ese es el precio que yo he pagado por el tesoro de Agra. ¡Y usted me habla de justicia porque ve que no me es posible soportar la idea de que otro pueda gozar del fruto casual de mis desventuras! Preferiría ser ahorcado veinte veces, o recibir en el pecho uno de los dardos de Tonga, a vivir en un calabozo de presidiario y saber que otra persona vive cómodamente en un palacio, con un dinero que me pertenece a mí.

Small había arrojado su máscara de estoicismo. Su discurso era un desordenado torrente de palabras. Sus ojos arrojaban chispas. Las esposas que lo sujetaban se entrechocaban por la manera como agitaba las manos. Al ver la furia que se retrataba en su rostro, comprendí cuán fundado y natural era el terror que se había apoderado del mayor Sholto al saber que el presidiario defraudado por él había salido en su busca.

-Usted olvida que nosotros no sabemos nada del asunto -le dijo Holmes con mucha calma-. Todavía no nos ha referido usted su historia y, por consiguiente, no podemos saber si la justicia ha estado o no, en principio, de su lado.

-Usted me ha hablado con mucha bondad, señor, aunque comprendo que es a usted a quien tengo que agradecer estos brazaletes que me oprimen las muñecas. Pero no le guardo rencor por esto, porque estaba expuesto a que me sucediera. Si usted quiere conocer mi historia, no hay motivos para que yo la oculte. Lo que voy a decirle es tan verídico como que hay Dios. Gracias, ponga usted el vaso aquí, cerca de mi mano, para poder beber un trago si me da sed.

"Soy de Worcestershire, nací cerca de Pershore. Si usted pudiera ir por allá, encontraría que todavía quedan muchos Small. A veces he pensado en ir a dar una vuelta por mi pueblo, pero la verdad es que nunca he sido orgullo de la familia y dudo que ésta se alegrara de volver a verme. Todos mis parientes han sido gente de orden, concurrentes asiduos a la iglesia, agricultores en pequeña escala, conocidos y respetados en toda la región. En cambio, yo comencé a causarles disgustos desde niño. Pero cuando acababa de cumplir dieciocho años los libré de mi presencia, pues por culpa de una muchacha me vi a punto de ser arrestado. No tuve más medio de escapar que aceptar el chelín de la reina y entrar en el 3er. Regimiento de Buffs, que salía para la India.

"Sin embargo, mi vocación de militar no era muy grande y todavía no había aprendido bien a cambiar el paso y a manejar mi carabina, cuando un día cometí la locura de ponerme a nadar en el Ganges. Felizmente para mí, John Holden, el sargento de mi compañía, estaba bañándose en ese momento y era uno de los mejores nadadores del ejército. Un cocodrilo me sorprendió y me arrancó la pierna derecha un poco más arriba de la rodilla, con tanta limpieza como si un cirujano la hubiera amputado. El dolor y la pérdida de sangre me hicieron desmayarme y es casi seguro que me habría ahogado si Holden no me hubiera tomado de las ropas y arrastrado hacia la orilla.

"Estuve cinco meses en el hospital y cuando por fin pude salir, trayendo esta pierna de madera adherida al muñón, me encontré con que el ejército me había dado de baja por invalidez y con que estaba incapacitado para realizar cualquier ocupación activa.

"Me sentía, como ustedes pueden imaginarse, desesperado de mi situación, pues era un inválido cuando aún no cumplía veinte años. Sin embargo, mi infortunio probó ser una bendición, poco después. Un hombre apellidado Abelwhite, que se dedicaba al cultivo del añil, quería un capataz que vigilara el trabajo de los coolies y se encargara de que en realidad desquitaran el sueldo que se les daba. Resultó ser amigo de nuestro coronel, quien había tomado un profundo interés en mí desde el accidente. Para no hacer el cuento largo, el coronel me recomendó para el puesto y como el trabajo se hacía en su mayor parte a caballo, mi pierna no resultaba un gran obstáculo, pues con el muñón

bastaba para poder mantenerme bien aferrado a la silla.

"Lo que tenía que hacer era recorrer la plantación, ver cómo trabajaban los hombres y reportar a los perezosos. El sueldo era bueno, gozaba de habitaciones cómodas y, en general, estaba tan contento que me propuse pasar el resto de mi vida allí. El señor Abelwhite era un hombre bondadoso y con frecuencia iba a visitarme a mi casita para fumar una pipa conmigo, pues los blancos de esas regiones se sienten atraídos por un cariño y un afecto que es completamente desconocido en los países de raza blanca.

"Bueno, mi buena suerte nunca me acompañó mucho tiempo. Repentinamente, sin la menor advertencia, estalló la gran revuelta sobre nosotros. Un mes antes, la India estaba tan pacífica en apariencia como Surrey o Kent; al siguiente, había doscientos mil demonios sueltos por todo el país y la India se había convertido en un verdadero infierno.

"Naturalmente, ustedes deben conocer todo eso mucho mejor que yo, pues la lectura no figura entre mis especialidades. Yo no sé más que lo que pasó ante mis ojos. Nuestra finca estaba en un lugar llamado Muttra, cerca del límite de las provincias del noroeste. Noche tras noche se iluminaba el cielo con el incendio de los caseríos y día tras día pasaban por nuestra casa las caravanas de europeos, con sus esposas y niños, en dirección de Agra, la guarnición más cercana.

"El señor Abelwhite era muy obstinado. Se le había metido en la cabeza que todos exageraban el asunto y que la revuelta se desvanecería tan fácilmente como había prendido. Se pasaba los días en la terraza, bebiendo whisky y fumando tranquilamente, mientras el país entero ardía a su alrededor. Por supuesto, nosotros no lo abandonamos. Ni yo ni Dawson, el hombre que llevaba los libros del establecimiento y que vivía allí con su esposa.

"Bueno, un día estalló la catástrofe. Yo había ido a una plantación algo lejana y regresaba en la tarde, cabalgando lentamente, cuando alcancé a ver algo que se encontraba en el fondo de una barranca. Dirigí mi caballo hacia el lugar y sentí que el corazón se me helaba al observar que aquel oscuro objeto lo formaban los restos de la mujer de Dawson, a la que habían destrozado a cuchilladas. Los chacales y los perros salvajes ya la habían devorado en parte. Un poco más adelante estaba el propio Dawson, echado boca abajo, muerto, empuñando todavía con la mano derecha un revólver descargado; frente a él habían quedado los cadáveres de cuatro cipayos.

"Detuve mi caballo, reflexionando qué dirección tomaría, pero en ese momento vi que de la casa de Abelwhite salía una columna de humo. Poco después, las llamas se abrían paso a través del techo. Comprendí, entonces, que nada podía hacer por mi patrón y que acercarme a aquel infierno significaría un sacrificio inútil. Desde el lugar en que me encontraba distinguía centenares de negros endemoniados, vestidos con casaca roja, que bailaban y aullaban en torno de la casa quemada. Algunos de ellos llamaron la atención de los otros sobre mí y sentí el silbido de un par de balas cerca de mi cabeza. Entonces lancé mi caballo por entre los sembradíos y por la noche me encontré en Agra, sano y salvo.

"Pero pronto vi que allí tampoco estábamos muy seguros. El país se agitaba de un extremo a otro como un avispero. En los lugares en que los ingleses conseguían reunirse en pequeños grupos, apenas podían dominar el terreno que se encontraba dentro del alrededor de sus cañones. Los que no se ponían a cubierto en esos refugios, andaban fugitivos y desamparados. Era una lucha de millones contra centenares y lo más cruel era que los hombres contra quienes luchábamos, ya sea que pertenecieran a la infantería, a la caballería o a la artillería, salían de nuestras mismas tropas. Habían sido seleccionados, enseñados y disciplinados por nosotros. Nos mataban con nuestras propias armas y tocaban nuestras cornetas para reunirse y atacarnos.

"En Agra estaba el 3er. Regimiento de Fusileros de Bengala, algunos sikas, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería. Se había formado, además, un cuerpo de voluntarios compuesto de empleados públicos y comerciantes y a él me incorporé, a pesar de mi pata de palo. A principios de julio salimos al encuentro de los rebeldes de Shahgungé y los hicimos retroceder por algún tiempo, pero la pólvora se nos agotó y tuvimos que replegarnos hacia la ciudad.

"De todos los alrededores no recibíamos más que malas noticias, lo que no debe causarles a ustedes admiración, pues si dan una ojeada al mapa verán que nos hallábamos precisamente en el corazón de la revuelta. Lucknow está a menos de cien millas al este de Agra, y Cawnpore, a una distancia casi igual hacia el sur. En cualquier dirección que hubiéramos mirado no habríamos visto más que torturas, asesinatos y violaciones.

"La ciudad de Agra es grande y en ella hormigueaban toda clase de fanáticos y feroces adoradores del diablo en todas sus formas. Eramos un puñado de hombres y estábamos perdidos si seguíamos en esas calles estrechas y tortuosas, por lo que nuestro jefe resolvió que nos trasladásemos a la otra orilla del río y tomásemos posesión de la antigua fortaleza de Agra.

"No sé si alguno de ustedes, señores, ha oído hablar alguna vez de esa vieja fortaleza. Es un lugar muy raro, el más curioso en que jamás me he encontrado, y eso que no he dejado de rodar por algunos extraños rincones. Antes que todo, su extensión es enorme, me atrevería a asegurar que sus muros encierran varios acres de terreno. La parte moderna es muy grande y en ella se estableció la guarnición con mujeres, niños, almacenes, etcétera.. Pero con ser tan grande esta parte moderna, no cabe comparación entre ella y la antigua a donde nadie va ya y en donde los escorpiones y los ciempiés se pasean con impunidad absoluta. La componen enormes y desiertos patios, pasadizos azotados por el viento y largos corredores que se cruzan y enmarañan de tal manera, que más fácil es perderse en ellos. Por esa razón, era muy raro que alguien se aventurara por esos rumbos, a no ser que algún grupo emprendiera una exploración, auxiliado por buenas antorchas.

"Las aguas del río bañan la parte delantera del fuerte, sirviéndole así de protección; pero en las fachadas laterales y en las de atrás, tanto de la parte vieja del edificio como de la nueva, hay muchas puertas que, naturalmente, tenían que ser bien custodiadas. La guarnición era reducida y el número de hombres que la componían era insuficiente para cubrir los puestos de los cuatro ángulos y manejar los cañones. De ahí la imposibilidad

de apostar una fuerte guardia en cada una de las innumerables entradas. Lo que hicimos fue organizar un cuerpo central de guardia en medio del fuerte y dejar cada puerta a cargo de un europeo y dos o tres indígenas.

"Yo fui escogido para guardar durante ciertas horas de la noche una pequeña puerta que se encontraba en el costado sudoeste del edificio, bastante aislada. Me pusieron dos soldados sikas a mis órdenes y me dieron instrucciones de disparar mi carabina en el caso de que ocurriera algo, a fin de que en el acto acudiera gente del cuerpo de la guardia central a auxiliarme. Pero el cuerpo central estaba por lo menos a doscientos pasos de mi puesto y en ese espacio se enredaba un laberinto de pasadizos y corredores, por lo que siempre abrigué serias dudas en cuanto a la posibilidad de que la gente llegara a tiempo, en caso de un ataque.

"De todos modos, yo estaba bastante orgulloso con el puesto de mando que se me había dado, considerando que no era más que un simple recluta y que me faltaba una pierna. Durante dos noches hice la guardia con mi dos punjabases, un par de individuos altos y de aspecto imponente, llamados Mahomet Singh y Abdullah Khan, ambos guerreros consumados que habían peleado contra nosotros en Chillan Wallah.

"Uno y otro hablaban bien el inglés. A pesar de ello, apenas conseguía que conversaran conmigo. Preferían estar juntos y charlar en su extraña jerga sika.

"Por mi parte, pasaba el tiempo del lado exterior de la puerta, con la vista perdida en el ancho río y en las temblorosas luces de la gran ciudad. El ruido de los tambores y cornetas, los alaridos y aullidos de los rebeldes, ebrios de opio y licor, eran suficientes para recordarnos durante toda la noche que al otro lado del río estaban nuestros peligrosos vecinos. El oficial de servicio pasaba cada dos horas por cada uno de los puestos, para cerciorarse de que no había novedad.

"La tercera noche de mi guardia era oscura y una menuda lluvia caía, empujada por el viento. No era divertido con semejante tiempo quedarse hora tras hora en la puerta, por lo que traté, una y otra vez, de hacer hablar a los sikas, sin obtener resultado.

"La ronda pasó a las dos de la mañana y por un momento rompió el fastidio de la noche. Viendo que mis compañeros no querían aceptar mi conversación, saqué mi pipa y puse en el suelo mi carabina para encender un fósforo. En el mismo instante me asaltaron los dos sikas, uno me apuntó a la cabeza con la carabina y el otro me puso en el cuello la punta de un gran cuchillo, jurando entre dientes que si hacía el menor movimiento, lo hundiría hasta el puño.

"Mi primer pensamiento fue que los dos estaban confabulados con los rebeldes y que ése no era más que el acto preparatorio de un asalto. Si caía esa entrada en manos de los rebeldes, el fuerte entero les pertenecería y las mujeres y niños que estaban dentro serían tratados como los de Cawnpore.

"Ustedes creerán tal vez, señores, que yo trato de presentarme con méritos que no tengo, pero les doy mi palabra de que cuando esa idea me pasó por la mente, abrí la boca, aunque sentía en la garganta la punta del cuchillo, con la intención de lanzar un grito,

seguramente el último, para hacer que la guardia acudiera. El hombre del cuchillo pareció adivinar mis pensamientos porque, sin soltarme, murmuró en voz baja:

"-No haga ruido alguno. El fuerte no corre ningún peligro. No hay perros rebeldes de este lado del río.

"Había cierto timbre de verdad en sus palabras y yo comprendí que si levantaba la voz era hombre muerto. Podía leer mi sentencia en los ojos oscuros del sika. Por tanto, esperé en silencio para averiguar qué deseaban de mí.

"-Escúcheme, sahib -dijo el más alto y el más feroz de los dos, que recibía el nombre de Abdullah Khan-. Usted tiene que estar con nosotros o lo tendremos que callar para siempre. La cuestión es demasiado grande para que vacilemos en hacerlo. O está en cuerpo y alma con nosotros, jurándolo por la Cruz de los cristianos, o su cuerpo será arrojado esta noche al foso y nosotros nos pasaremos con nuestros hermanos al ejército rebelde. No hay término medio. ¿Qué prefiere usted... la vida o la muerte? Podemos darle sólo tres minutos para decidirse, pues el tiempo está pasando y todo debe hacerse antes de que la guardia vuelva a pasar por aquí.

"-¿Cómo puedo decidirme? -dije yo-. No me han dicho aún lo que quieren de mí. Pero déjenme advertirles que si es algo en contra de la seguridad del fuerte, no estoy dispuesto a hacer ninguna concesión. En tal caso, húndanme ese cuchillo y no hablemos más.

"-No es nada contra el fuerte -dijo el hombre-. Nosotros sólo le pedimos que haga lo que todos sus compatriotas vienen a hacer aquí. Le pedimos que sea rico. Si usted quiere ser uno de los nuestros esta noche, le juramos sobre el cuchillo desnudo, con el triple juramento que ningún sika ha quebrantado jamás, que tendrá una parte del botín. Una cuarta parte del tesoro será suya. No podemos ser más justos.

"-Pero, ¿en qué consiste el tesoro? -pregunté-. Estoy tan deseoso de ser rico como otro cualquiera, si ustedes me enseñan cómo lograrlo.

"-Jure entonces por los huesos de su padre, por la honra de su madre, por la Cruz de su fe, no levantar la mano jamás, ni pronunciar nunca una palabra en nuestra contra, ni ahora ni después.

"-Lo juro, siempre y cuando el fuerte no esté en peligro.

"-Entonces, mis camaradas y yo juramos que usted tendrá una cuarta parte del tesoro, que será dividido por partes iguales entre los cuatro.

"-Pero, si sólo somos tres... -protesté.

"-No, Dosk Akbar debe tener su parte. Podemos contarle la historia mientras lo esperamos. Colócate en la puerta, Mahomet Singh, y avísanos cuando llegue con el otro. La historia es ésta, sahib, y voy a contársela porque sé que un juramento es sagrado para un cristiano y podemos confiar en usted. Si fuera un hindú mentiroso, no le habríamos

creído aunque hubiera jurado por todos los dioses de sus falsos templos. Pero el sika conoce al inglés y el inglés conoce al sika. Escuche, pues, lo que tengo que decirle:

"En las provincias del norte hay un rajá que tiene muchas riquezas aunque sus tierras son reducidas. Buena parte de ellas la heredó de su padre, pero en su mayoría las ha reunido él mismo, pues su carácter es ruin y prefiere guardar el oro a gastarlo. Cuando estalló la revuelta quiso ser amigo del león y sin embargo, creyó que el fin de los blancos había llegado, al oír que en todo el país no se hablaba más que de expulsión y muerte.

"A pesar de todo, siendo como es hombre precavido, trazó sus planes de manera que, sucediera lo que sucediera, por lo menos le quedara la mitad de su tesoro. Todo lo que era oro y plata lo guardó en los sótanos de su palacio; las piedras más preciosas y las mejores perlas que poseía, en cambio, las puso en un cofre de hierro que entregó a un servidor fiel para que, disfrazado de comerciante, lo trajera al fuerte de Agra y lo escondiera aquí hasta que el país volviera a la paz. De esa manera, si los rebeldes triunfaban, le quedaría el dinero, es decir, el oro y la plata; si los ingleses eran los victoriosos, las joyas estarían aquí. Una vez dividida su fortuna, se arrojó a la lucha en favor de los cipayos, porque éstos eran los más fuertes en su comarca. Al proceder así, fíjese usted, sahib, sus bienes pueden pasar a poder de los que han sido fieles al juramento que prestaron.

"Este supuesto comerciante, que viaja con el nombre de Achmet, está ahora en la ciudad de Agra y va a venir al fuerte. Trae por compañero a mi hermano de leche, Dosk Akbar, quien conoce el secreto y le ha prometido conducirlo esta noche hasta una de las puertas laterales de la fortaleza, habiendo escogido ésta. Dentro de un momento estarán aquí. El lugar es solitario y nadie sabrá que han venido.

"La gente oirá decir que Achmet el comerciante ha muerto, y nada más, pero nosotros nos repartiremos el tesoro del rajá. ¿Qué dice usted, sahib?"

Jonathan Small hizo una pequeña pausa para ordenar sus ideas y luego siguió:

-En Worcestershire consideramos grande y sagrada la vida de un hombre, pero en un país en donde todo lo que nos rodea es fuego y sangre y se tropieza con la muerte a la vuelta de cada esquina, el asunto varía de aspecto. Que Achmet el comerciante hubiera existido o no me era indiferente, mientras que al oír hablar del tesoro, el corazón me había dado un vuelco. Ante la idea de todo lo que podía hacer con el dinero en mi tierra natal, y de la cara que mis parientes pondrían al ver que la oveja negra regresaba con los bolsillos llenos de oro, me decidí de inmediato, pero Abdullah Khan creyó ver que vacilaba y buscó nuevos argumentos.

"-Piense usted, sahib -continuó-, en que si este hombre cae en manos del comandante, será ahorcado o fusilado y las joyas irán a parar a manos del gobierno, con lo que nadie ganará ni una rupia. Y si a nosotros nos toca arrestar al hombre, ¿por qué no nos ha de tocar igualmente el tesoro? Las joyas estarán mejor en nuestro poder que en las arcas de la Compañía. Con ellas tendremos los cuatro más que suficiente para ser ricos y grandes personajes. Nadie sabrá lo que ocurrió porque aquí estamos aislados de todos los

hombres. ¿Qué otra cosa podríamos exigir? Díganos usted otra vez, sahib, si está con nosotros o si debemos considerarlo como enemigo.

"-Estoy con ustedes en cuerpo y alma -le contesté.

"-Bien -me dijo él devolviéndome la carabina-. Ya ve usted que tengo confianza en su palabra y que sé que no ha de faltar usted a ella como nosotros no faltaremos a la nuestra. Ahora sólo tenemos que esperar a mi hermano y al comerciante.

"-Estoy con ustedes en cuerpo y alma -repetí-. ¿Y su hermano sabe lo que va a suceder? -pregunté.

"-La idea es de él, la ha planeado muy bien. Ahora vamos a la puerta a reunirnos con Mahomet Singh.

"La menuda llovizna seguía cayendo, pues era el principio de la estación lluviosa. Negros nubarrones cruzaban el firmamento y era difícil distinguir a cierta distancia. Frente a la puerta había un profundo foso. Era extraño para mí estar de pie allí, con aquellos dos salvajes punjabases, esperando al hombre que se acercaba a una muerte segura.

"De pronto, mi mirada sorprendió el brillo de una linterna del otro lado del foso. Desapareció entre las ondulaciones del terreno, pero volvió a aparecer, avanzando lentamente en dirección nuestra.

"-¡Aquí vienen! -exclamé.

"-Usted lo recibirá con naturalidad, sahib -susurró Abdullah a mi oído-. Procure no darle motivo de alarma. Envíenos con él y nosotros haremos el resto, mientras usted permanece aquí en guardia. Tenga la linterna lista para alumbrarlo, con objeto de que podamos estar seguros de que es nuestro hombre.

"La luz se acercaba lentamente, hasta que pude ver dos figuras oscuras en la orilla opuesta del foso. Dejé que descendieran al fondo del foso, atravesaron el agua estancada en él y empezaban a subir hacia la puerta, antes de gritar:

"-¿Quién vive?

"-Amigos -fue la respuesta.

"Saqué la linterna y el torrente de luz cayó sobre ellos de lleno. El primero era un hombre sika, la espesa barba negra le llegaba casi hasta la cintura. Yo no había visto jamás a un hombre tan alto, más que en alguna exhibición de rarezas. El otro era de baja estatura, rechoncho, con un turbante amarillo y un bulto, envuelto en un chal, bajo el brazo. Parecía estar asustado. Las manos le temblaban notoriamente y movía la cabeza sin cesar, de un lado a otro, mirando furtivamente con sus ojos pequeños y brillantes. Parecía un ratón en el momento de salir del agujero. La idea de que íbamos a matarlo me dio un escalofrío, pero luego pensé en el tesoro y el corazón se me endureció como

una piedra.

"Cuando el hombre vio que yo era blanco dio un grito de alegría y corrió hacia mí.

"-¡Protéjame usted, sahib! -dijo con voz entrecortada-. ¡Protéjame usted! He atravesado todo el Raipootona para buscar refugio en el fuerte de Agra. Me han robado, me han maltratado, me han ultrajado, porque he sido fiel a la Compañía. Bendita sea esta noche en que por fin me encuentro a salvo, con mis escasos bienes.

"-¿Qué trae usted en ese bulto? -le pregunté.

"-Una caja de hierro que contiene algunos objetos familiares que no desearía perder, aunque no tienen ningún valor. Esto no quiere decir que yo sea un mendigo y tanto a usted, joven sahib, como al gobernador, los recompensaré si me dan el asilo que vengo a pedir.

"Imposible me fue seguir hablando con aquel hombre. Mientras más miraba su asustada cara, más duro se me hacía pensar en que lo íbamos a matar a sangre fría. Lo mejor era concluir de una vez.

"-¡Llévenlo al cuerpo principal de guardia! -dije.

"Los dos sikas se pusieron uno a cada lado, el gigante por detrás, entrando así el grupo por la puerta. Jamás hombre alguno se encaminó tan tranquilamente a la muerte. Yo me quedé en mi puesto de costumbre.

"Desde allí oí el mesurado paso de los tres a lo largo de los desiertos corredores. De improviso cesaron las pisadas y a mis oídos llegó el ruido de voces ahogadas, de una sorda lucha y fuertes golpes. Al cabo de un momento sentí, horrorizado, que alguien corría en mi dirección, respirando fuertemente, como si el aliento fuera a faltarle. Dirigí la luz de mi linterna hacia el largo y recto pasadizo y vi al falso mercader que se iba acercando, rápido como el viento, con la cara bañada en sangre, y detrás de él, saltando como un tigre, el enorme sika de barba negra con un cuchillo brillándole en la mano.

"Nunca he visto a nadie correr tan ligero como el gordo comerciante. Iba ganando terreno al sika y me di cuenta de que si conseguía salir al aire libre, nadie podría alcanzarlo. El corazón se me oprimía de compasión, pero otra vez me acometió la idea del tesoro, más y más imperativa.

"El hombre pasaba en ese instante delante de mí. Le metí la carabina por entre las piernas y lo vi dar dos vueltas en el aire, como una liebre herida de muerte. Antes de que pudiera siquiera incorporarse, ya el sika estaba encima de él y le hundía dos veces el cuchillo en el costado. Achmet no exhaló un gemido ni movió un músculo, allí donde había caído permaneció inmóvil. Yo creo que en la caída se descalabró. Ya ven ustedes, señores, que cumplo mi promesa de decirles lo ocurrido, exactamente, palabra por palabra, aunque no me sea favorable."

Jonathan Small suspendió el relato y levantó sus maniatadas manos para beber el

whisky con agua que Holmes le había servido.

Confieso que, por mi parte, sentía en ese momento una invencible repugnancia hacia el hombre, no solamente por su intervención a sangre fría en tan tremendo asesinato, sino, además, por la indiferencia y hasta cierto punto el orgullo con que narraba la espantosa historia. Cualquiera que fuese el castigo que le estaba reservado, yo sentía que ya jamás contaría con mis simpatías. Sherlock Holmes y Jones, silenciosos y con las manos puestas en las rodillas, seguían con profundo interés el relato, pero en sus rostros se retrataba el mismo disgusto que yo sentía. Es probable que Small lo notara, pues, cuando nos dirigió de nuevo la palabra, había en su voz y en sus maneras un tinte de desconfianza.

-Aquello fue muy malo, no cabe duda -dijo-, pero yo desearía saber cuántas personas habrían rehusado, encontrándose en mi lugar, esa fortuna que me ofrecían, cuando hubieran sabido que al no aceptarla, serían degolladas. Después, estando ya el hombre dentro del fuerte, yo tenía que decidir entre mi vida y la suya. Si lograba escaparse, todo se descubriría, y a mí me habrían formado un consejo de guerra y probablemente fusilado, pues en tiempos como ésos no abunda la clemencia.

-Continúe usted su historia -le dijo Holmes con sequedad.

-Bueno. Lo llevamos al interior, entre Abdullah, Akbar y yo. No dejaba de pesar bastante, por más que fuese de baja estatura. Mahomet Singh se quedó de guardia en la puerta.

"Los sikas habían preparado un lugar para enterrar al muerto. Se encontraba a alguna distancia de la puerta, en un patio cuyas baldosas estaban destrozadas. El suelo se había hundido en un rincón, formando una tumba natural, y en ella depositamos al comerciante Achmet, cubriéndolo después con gran cantidad de pedazos de baldosas. Después de esto, volvimos en busca del tesoro.

"Éste se encontraba en el mismo sitio donde lo había dejado caer Achmet al verse atacado. El cofre era el mismo que ahora está abierto en esa mesa. La llave colgaba de un cordón de seda atado a aquella asa cincelada que hay en la tapa.

"Lo abrimos y la luz de la linterna iluminó una gran cantidad de piedras preciosas, parecidas a las de los cuentos que yo leía en Pershore cuando era niño. La vista de tantas riquezas cegaba.

"Después de haberlas observado con ojos de avaricia un buen rato, sacamos todas las joyas e hicimos una lista. Había ciento cuarenta y tres diamantes de primera, incluyendo uno que ha sido llamado, creo, el Gran Mogol, y que se dice es la segunda piedra en el mundo, por su tamaño. Había noventa y siete esmeraldas finísimas y ciento setenta rubíes, algunos de los cuales, sin embargo, eran pequeños. Había cuarenta carbunclos, doscientos diez zafiros, sesenta y un ágatas, y una gran cantidad de berilos, ónices, ojos de gato, turquesas y otras piedras preciosas cuyos nombres me eran entonces desconocidos, pero con los que me familiaricé posteriormente. Además de esto, había casi trescientas perlas muy finas, doce de las cuales estaban ensartadas en un hilo de

oro. Por cierto, estas últimas han sido sacadas del cofre, pues no estaban allí cuando lo recobré.

"Después de contar nuestras riquezas, las colocamos de nuevo en el cofre y las llevamos a la puerta, para mostrarlas a Mahomet Singh. Entonces renovamos solemnemente nuestro juramento de apoyarnos mutuamente y ser fieles a nuestro secreto. Acordamos esconder nuestro botín en un lugar seguro hasta que el país hubiera recobrado de nuevo la paz, para entonces dividirlo por partes iguales entre nosotros. No tenía objeto dividirlo por el momento, pues si encontraban en nuestro poder joyas de tanto valor, eso causaría sospechas y en el fuerte no contábamos con ninguna habitación privada o un lugar en que cada uno pudiera ocultar la parte del tesoro que le correspondía. Llevamos la caja, por tanto, al mismo patio en donde habíamos enterrado el cadáver de Achmet, y allí, bajo ciertos ladrillos, en el muro mejor conservado, hicimos un agujero y guardamos nuestra fortuna. Tomamos cuidadosa nota del sitio y al día siguiente dibujé cuatro planos, uno para cada uno de nosotros, y pusimos al pie de ellos el signo de los cuatro, pues habíamos jurado que cada uno de nosotros actuaría siempre en beneficio de todos, de tal modo que ninguno sacara mayor provecho que los demás. Ese es un juramento que, con la mano sobre el corazón, puedo asegurar que no he quebrantado jamás.

"Bueno, no tiene objeto que yo les cuente, caballeros, lo que fue del levantamiento de la India. Después que Wilson tomó Delhi, y sir Colin liberó Lucknow, la médula de la revuelta quedó rota. Empezaron a llegar nuevas tropas y Nana Sahib tuvo que retirarse hacia las fronteras. Una columna volante, comandada por el coronel Greathead rodeó Agra y limpió la región de rebeldes. La paz iba restableciéndose en el país y nosotros cuatro empezábamos a confiar en que había llegado el momento de marcharnos sin peligro, con nuestra parte del tesoro, a disfrutar de éste. De pronto, sin embargo, nuestras esperanzas se desvanecieron, pues fuimos arrestados por el asesinato de Achmet.

"Todo sucedió de la siguiente manera. Cuando el rajá puso en manos de Achmet sus joyas, lo hizo porque sabía que era un hombre de confianza. Pero los orientales son gente muy suspicaz, sin embargo. Por eso el rajá seleccionó un servidor, todavía de más confianza, para que espiara al primero. Este segundo hombre recibió instrucciones de no perder de vista a Achmet y de seguirlo como su propia sombra. Esa noche fue tras él y lo vio pasar la puerta. Desde luego, pensó que se había refugiado en el fuerte. Al día siguiente, él mismo solicitó ser admitido en él, pero no logró encontrar a Achmet.

"Esto pareció tan extraño al espía que, después de algún tiempo de búsqueda infructuosa, se dirigió a un sargento y le comunicó sus temores, haciendo que el sargento diera parte al comandante. Un rápido registro concluyó con el descubrimiento del cadáver y así fue como, en el mismo momento en que nosotros nos creíamos a salvo, fuimos aprehendidos y enjuiciados bajo la acusación de asesinato. Los tres, como guardianes de la puerta esa noche, y el otro, porque se le había visto en compañía de la víctima.

"En el proceso no se habló una sola palabra del tesoro, pues el rajá había sido depuesto y expulsado de la India y nadie más que él podía haber revelado la verdad, pero el

asesinato resultó probado y nosotros convictos de haberlo ejecutado. Los tres sikas fueron condenados a trabajos forzados perpetuos y yo a muerte, pero después me conmutaron la sentencia y quedé en igual situación que los otros.

¡Extraña posición la nuestra! Los cuatro nos encontrábamos con la cadena al pie, casi sin ninguna probabilidad de escapar y, a pesar de ello, con el secreto que poseíamos habríamos podido vivir cada uno en un palacio.

"Era cosa de arrancarse a pedazos el corazón tener que soportar las patadas y puñetazos de cualquier miserable guarda y no comer más que arroz y no beber más que agua, cuando la fortuna estaba allí cerca, esperando únicamente que extendiéramos hacia ella la mano. Al principio temí volverme loco, pero siempre he sido muy terco y conseguí dominar mi impaciencia, esperando que el momento propicio se presentara.

"Un día me imaginé que éste, por fin, había llegado. Los cuatro fuimos transportados de Agra a Madrás y de allí a la isla Blair, del grupo de las Andaman. Los presidiarios blancos son raros en ese punto y como mi conducta había sido buena desde el principio, llegué a gozar pronto de muchos privilegios. Me dieron una choza en el pueblo Esperanza, pequeño lugar situado en la falda del monte Hariet, y me dejaron con libertad para pasearme. El lugar es insalubre, asolado por las fiebres y con sus alrededores infestados de caníbales siempre listos para aprovechar la oportunidad de lanzarnos un dardo envenenado.

"Había que dragar, abrir fosos, cultivar papas y una docena de cosas más, de modo que en todo el día no cesábamos de trabajar, pero en la noche podíamos disponer de nuestro tiempo hasta cierta hora. En esos ratos aprendí, entre otras cosas, a preparar medicinas para el médico y hasta llegué a saber algo de enfermedades y curaciones.

"Esto no impedía que yo viviese constantemente alerta, esperando la oportunidad de escaparme, pero la isla se encuentra a cientos de millas de otras costas, y en esos mares el viento sopla poco, por no decir nada; fugarse era una cosa sumamente difícil.

"El doctor Somerton, médico del establecimiento, era un joven alegre, muy aficionado a todo género de deportes. Los otros oficiales jóvenes se reunían por las noches en sus habitaciones a jugar a los naipes. La pieza destinada a botiquín, donde yo acostumbraba preparar las drogas, era un cuartito contiguo a la sala del médico. Ambas piezas se comunicaban por una pequeña ventana. Con frecuencia, aburrido por la soledad, apagaba la luz y de pie frente a la ventana me ponía a verlos jugar y a oír su conversación. Soy muy aficionado a los naipes y mirándolos me hacía la ilusión de estar jugando yo mismo. Los jugadores eran el mayor Sholto, el capitán Morstan y el teniente Bromlie Brown, es decir, los tres jefes de la guarnición, además del médico, y dos o tres empleados del presidio, veteranos de la baraja, que jugaban con elegancia, con mucha calma y gran prudencia. La partida era siempre interesante.

"Pues bien, pronto noté una cosa por demás extraña: los civiles ganaban siempre y los militares nunca dejaban de perder. No quiero insinuar nada, pero eso era lo que pasaba. Los empleados de la prisión no habían hecho, desde que se encontraban en las Andaman, otra cosa que jugar a los naipes; se conocían el juego al dedillo, mientras que

los oficiales sólo trataban de pasar el tiempo y eran muy descuidados.

"Noche tras noche se vaciaban los bolsillos de los militares y entre más perdían, más se empeñaban en seguir jugando. Al mayor Sholto le iba peor que a nadie. Si al principio pagaba en oro y billetes de banco, pronto empezó a emitir pagarés por grandes sumas. A veces ganaba un poco, lo suficiente para que renacieran sus esperanzas de desquite, pero en seguida se le volteaba la suerte y la desdicha se ensañaba con mayor crueldad que nunca. Todo el día se le veía vagar más sombrío que un cielo tempestuoso; pronto comenzó a beber sin medida.

"Una noche perdió como nunca había perdido. Yo estaba sentado en mi choza cuando él y el capitán Morstan pasaron de regreso a sus habitaciones. Eran amigos íntimos y nunca se les veía separados. El mayor hablaba de sus pérdidas.

"-Ya no hay remedio, Morstan -decía al pasar por delante de mi choza-. Tengo que pedir mi retiro. Estoy arruinado.

"-¡No seas tonto, viejo! -le contestó el otro dándole una palmada en el hombro-. Yo también he tenido una mala racha, pero...

"Eso fue todo lo que pude escuchar, pero fue suficiente para hacerme reflexionar.

"Dos días después vi al mayor Sholto paseándose por la playa y aproveché la oportunidad para hablarle.

"-Quisiera que me diera usted un consejo, mayor -le dije.

"-Bueno, Small, ¿de qué se trata? -me preguntó quitándose la pipa de la boca.

"-Quería preguntarle, señor, a quién corresponde, según la ley, un tesoro que se halla escondido. Yo sé dónde hay uno enterrado que vale medio millón y ya que no puedo aprovecharlo, creo que tal vez sería lo mejor denunciarlo a las autoridades, con lo que obtendría, quizás, que se me redujera una parte de mi pena.

"-¿Medio millón, Small? -balbuceó el mayor, mirándome fijamente como para cerciorarse de que decía la verdad.

"-Sí, señor, en piedras preciosas y perlas. Está en un sitio que yo sé, a la disposición del que vaya a buscarlo. Lo más curioso del caso es que su verdadero dueño ha sido declarado fuera de la ley. En este caso, ¿el tesoro pertenece al primero que lo encuentre?

"-No. Al gobierno, Small, al gobierno vme dijo esto con un acento que me hizo comprender que ya era mío.

"-¿Entonces usted cree que debo dar parte al gobernador general? -le pregunté con calma.

"-Sí, sí, pero no haga usted nada con precipitación, porque tal vez se arrepentirá

después. Cuénteme cómo es eso, Small, preséntemelo usted hechos.

"Le referí toda la historia, introduciendo en ésta algunos pequeños cambios para que el mayor no pudiera identificar los lugares, y cuando terminé, siguió inmóvil y pensativo. Por el temblor de sus labios comprendí su lucha interior.

"-El asunto es por demás importante, Small -me dijo por fin-, y no debe usted decir a nadie una palabra de él. Pronto volveremos a hablar.

"A las dos noches siguientes se presentaron en mi choza él y su amigo, el capitán Morstan, sirviéndose de una linterna para encontrar el camino por entre la negra oscuridad.

"-Deseo que el capitán Morstan oiga la historia de los propios labios de usted, Small -me dijo el mayor.

"Yo repetí el relato que le había hecho a él.

"-¿Cree usted que sea verdad? -preguntó-. ¿Será lo suficiente para proceder?

"El capitán Morstan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

"-Mire usted, Small -me dijo el mayor-. Mi amigo y yo hemos hablado del asunto y hemos llegado a la conclusión de que en el secreto que usted posee, no toca intervención alguna al gobierno. Después de todo, no se trata sino de bienes privados que le pertenecen y por eso usted puede disponer libremente de ellos. Ahora, la cuestión es ¿qué precio pone usted a su secreto? Si llegáramos a entendernos en cuanto a este punto, podría ser que nosotros nos hiciéramos cargo del negocio o que, por lo menos, lo examináramos.

"El mayor trataba de hablar en tono frío o indiferente, pero sus ojos brillaban de codicia y de impaciencia.

"-¡Ah! En cuanto a eso, señores -contesté tratando también de aparecer dueño de mí mismo, pero mostrándome, a pesar de todo, tan excitado como él-, el hombre que se encuentra en mi posición no puede hacer más que un trato. Ustedes me ayudarán a recuperar la libertad, lo mismo que a mis tres compañeros; a cambio de ello, los asociaremos en el negocio, es decir, les daremos la quinta parte del tesoro.

"-¡Hum! -me contestó-. ¡La quinta parte! La proposición no es muy tentadora.

"-Cincuenta mil para cada uno de los dos -le dije.

"-Pero ¿cómo podríamos libertarlos? Bien sabe que eso es imposible.

"-No es del todo imposible -le contesté-. Todo lo tengo pensado hasta en los menores detalles. El único obstáculo para nuestra fuga consiste en la falta de una embarcación apropiada para el viaje y de provisiones para el tiempo que éste dure, pero en Calcuta y

Madrás hay gran cantidad de yates y goletas que pueden servir perfectamente para tal objeto. Nos embarcaríamos durante la noche; con desembarcar en algún punto de la costa india, habrían ganado ustedes su parte del tesoro.

"-Si no se tratara más que de uno -dijo.

"-Todos o ninguno -le contesté-. Lo hemos jurado; los cuatro tenemos que salvarnos juntos.

-Ya ve usted, Morstan -hizo notar el mayor-, Small es hombre de palabra, pues no abandona a sus amigos. Me parece que podemos tener confianza en él.

-Este negocio es inmundo -contestó el otro-. Pero como usted me dice, con ese dinero podemos retirarnos del servicio.

"-Bueno, Small -dijo el mayor-. Aceptamos el negocio, pero antes, naturalmente, tenemos que comprobar la verdad de su historia. Dígame dónde está escondido el cofre y yo pediré permiso, de modo que en el vapor mensual de provisiones pasaré a la India con ese objeto.

"-No tan pronto -le repliqué con calma, mientras él se excitaba más-. Yo debo obtener primero el consentimiento de mis tres camaradas. Ya le he dicho a usted que todos o ninguno.

"-¡Qué tontería! -prorrumpió Sholto-. ¿Qué tienen que hacer esos negros con nuestro trato?

"-Negros o azules -le dije-, yo estoy con ellos y con ellos tengo que ponerme de acuerdo.

"El asunto se arregló en una segunda conferencia, a la que asistieron Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dosk Akbar. Volvimos a discutir el negocio y por fin llegamos a este convenio:

"Nosotros entregaríamos a cada uno de los dos oficiales un plano del fuerte de Agra, señalando en ellos el lugar donde el tesoro estaba escondido. El mayor Sholto iría a la India a comprobar nuestra información. Si encontraba el cofre lo dejaría allí, nos enviaría un pequeño yate provisto de víveres para el viaje, debiendo esta embarcación detenerse frente a la isla Rutland hasta que nosotros la abordáramos, y volvería entonces a su puesto. El capitán Morstan pediría después licencia para ausentarse, se reuniría con nosotros y nos llevaría a Agra, donde nos repartiríamos el tesoro. La parte correspondiente al mayor Sholto se le daría al capitán Morstan.

"Este convenio lo sellamos con los juramentos más solemnes que la mente puede concebir y la boca expresar. Toda la noche me la pasé trabajando y por la mañana ya estaban listos los dos planos, marcados con el signo de los cuatro: Abdullah, Akbar, Mahomet y yo.

"Bueno, señores, estoy cansándoles a ustedes con mi largo relato, pues ya veo que mi amigo el señor Jones está impaciente por encerrarme en un calabozo bien seguro. Voy a abreviar todo lo que pueda. El infame Sholto fue a la India, pero jamás volvió a vernos. El capitán Morstan me enseñó su nombre en la lista de pasajeros de uno de los vapores que habían salido poco después. Un tío suyo había muerto, dejándole una fortuna, y él se había separado del ejército; pero su herencia no le impedía traicionar a cinco hombres como nos traicionó a nosotros. Morstan fue a Agra a los pocos días y comprobó, como lo esperábamos, que el tesoro había desaparecido. Sholto se había robado el tesoro, olvidándose del sagrado juramento hecho. Desde ese día ya no viví más que para la venganza, pensando en ella de día y soñando con ella de noche. La venganza llegó a ser en mí una pasión dominante y avasalladora. Poco me importaba la ley, poco el presidio. Escaparme, perseguir a Sholto hasta encontrarlo, estrangularlo con mis propias manos, era mi único pensamiento. El mismo tesoro de Agra se había convertido para mí en cosa de poca importancia al lado de la necesidad de exterminar a Sholto.

"Deben saber ustedes que durante mi vida me he preocupado de muchas cosas y todas las he realizado, sin excepción, Pero esta vez pasó mucho tiempo antes de que llegara mi día. Les he dicho que había aprendido algo de medicina. Un día en que el doctor Somerton estaba en cama, con fiebre, una cuadrilla de presidiarios se presentaron en la enfermería con un pequeño indígena que se encontraron en el bosque. el cual, sintiéndose gravemente enfermo, había ido allí en busca de un lugar solitario donde morir. Yo me hice cargo del enfermo, por más que éste era perverso como una serpiente. Al cabo de dos meses lo había curado y puesto en condiciones de andar. El isleño me tomó cariño y ya casi no iba a ver a sus gentes. La mayor parte del tiempo se la pasaba en mi choza. Yo llegué a aprender algo de su idioma, lo que hizo que me quisiera más.

"Tonga -éste era su nombre- era experto en la navegación de las costas y tenía una canoa bastante grande. Cuando me convencí de que realmente me tenía cariño y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, decidí servirme de él para escapar. Un día le hablé al respecto. Convenimos en que una noche, designada de antemano, se acercaría con su embarcación a un muelle viejo que nadie vigilaba y en donde yo estaría esperándolo. Le di instrucciones para que se proveyera de varios cántaros de agua y de una cantidad regular de patatas, cocos y papas dulces.

"El pequeño Tonga era agradecido y fiel y jamás hombre alguno tuvo un compañero tan leal como ése. En la noche convenida estuvo con su canoa en el muelle. Pero dio la casualidad de que en esos momentos se encontraba por allí uno de los guardas, un miserable indígena que nunca había desperdiciado la oportunidad de insultarme y maltratarme. Muchas veces había jurado vengarme de él, y ahora, de improviso, se me presentaba la ocasión de cumplir mi juramento. Se hubiera dicho que la suerte lo ponía en mi camino para que yo pudiera pagar mi deuda antes de salir de la isla. Estaba de pie en la playa, dándome la espalda, con su carabina al hombro. Miré a todos lados en busca de una piedra para hacerle volar los sesos, pero no la encontré por ninguna parte.

"Entonces se me ocurrió una extraña idea. Me senté en el suelo y en medio de la oscuridad me desaté del muslo la pata de palo. Di tres largos saltos y caí sobre el hombre, dándole un fuerte golpe en plena frente, con el que le hundí los sesos. Todavía pueden ver ustedes la madera astillada en la parte que chocó contra el cráneo. Ambos

rodamos por tierra, pues yo no pude conservar el equilibrio, pero al incorporarme vi que estaba perfectamente inmóvil.

"Me dirigí a la embarcación y al cabo de una hora estábamos en plena mar. Tonga había llevado consigo todos sus bienes, sus armas y sus dioses. Entre otras cosas tenía un largo bambú y algunas esteras hechas de ramas de cocos, lo que me permitió preparar una especie de vela para la canoa. Durante diez días estuvimos vagando en una y otra dirección, confiados al azar. Al undécimo día fuimos recogidos por un buque de vela que iba de Singapur a Sedán, llevando un cargamento de peregrinos malayos. Estos eran tan numerosos que llenaban el buque, pero Tonga y yo conseguimos acomodarnos entre ellos. Los malayos tenían la excelente cualidad de que no se ocupaban del prójimo ni hacían preguntas indiscretas.

"Si fuera a contarles a ustedes todas las aventuras que pasamos mi pequeño compañero y yo, no me lo agradecerían, pues los tendría escuchándome hasta el amanecer. Vagamos por aquí y por allá en diferentes países, pues parecía que algo nos alejaba siempre de Londres. Pero yo no perdía de vista ni un momento mi propósito y casi no había noche que no soñara con Sholto. Creo haberlo matado en mis sueños más de cien veces. Por fin, hace algunos años, conseguimos desembarcar en Inglaterra. No me fue difícil encontrar la casa de Sholto y en el acto me puse a averiguar si había vendido las piedras o todavía las conservaba. Me hice amigo de alguien que estaba en posibilidad de ayudarme -no menciono nombres porque no deseo arrastrar conmigo a nadie- y pronto supe que aún conservaba el tesoro. Entonces traté de acercármele de diferentes modos, pero el hombre era muy astuto y siempre estaba custodiado por dos pugilistas, aparte de sus hijos y su khitmutgar.

"Un día recibí la noticia de que estaba moribundo. Corrí a la casa y me metí en el jardín, furioso al pensar que se escapaba de mis garras; miré por la ventana y lo vi en la cama, con un hijo a cada lado. Yo había ido resuelto a vérmelas con los tres, pero cuando le vi las quijadas caídas, comprendí que ya estaba muerto. Esa misma noche entré en el cuarto y registré los papeles para ver si encontraba las señas del lugar donde se encontraba mi tesoro, pero no descubrí una sola línea que me lo revelara. Al salir de la habitación estaba tan rabioso como puede estarlo un hombre en la peor de las circunstancias. Antes de marcharme me dije que si alguna vez volvía a ver a mis amigos los sikas, les agradaría saber que yo había dejado en el cuarto de nuestro burlador un recuerdo del odio que le teníamos. Fue entonces cuando escribí 'el signo de los cuatro' en un papel que prendí en el pecho del cadáver. Era demasiado que lo llevaran a la tumba sin un recuerdo de los hombres burlados y robados por él.

"Por esas fechas vivíamos de lo que producía la exhibición del pobre Tonga en las ferias y otros lugares por el estilo, donde yo lo presentaba como el Negro Caníbal. Tonga comía carne cruda delante del público y bailaba sus danzas guerreras, lo que nos dejaba al final del día un buen puñado de peniques. Yo seguía recibiendo constantemente noticias de Pondicherry Lodge. Durante mucho tiempo no supe sino que los hijos buscaban el tesoro y no lo encontraban. Pero, por fin, sucedió lo que esperábamos con tanta impaciencia: el tesoro había sido encontrado. Estaba en el techo de la casa, encima del laboratorio químico de Bartholomew Sholto. Fui a observar el lugar y no me fue posible trazarme, en seguida, un plan para llegar hasta allá arriba con mi pierna de palo.

Averigüé y supe de la existencia de la puerta-claraboya, informándome, también, de la hora en que el señor Sholto comía. Me pareció, entonces, que con el auxilio de Tonga podía realizar mi deseo; poniendo manos a la obra, lo llevé hasta el sitio mismo y le até una larga cuerda a la cintura. Tonga era un gato para trepar y pronto estuvo en el techo, pero la mala suerte de Bartholomew Sholto lo retuvo en el cuarto y esto le costó la vida. El negrito creyó haber hecho algo magnífico matándolo, pues cuando yo llegué al cuarto, izándome por la cuerda, lo encontré orgulloso como un pavo real. Se sorprendió mucho cuando lo golpeé con la punta de la cuerda, echándole mil maldiciones por su insaciable sed de sangre. Tomé el cofre del tesoro y lo amarré con la cuerda, deslizándome por ella después, pero antes dejé, sobre la mesa, el signo de los cuatro, para hacer ver que las piedras preciosas habían ido a dar por fin a manos de aquellos que tenían más derecho que nadie sobre ellas. Tonga izó la cuerda desde arriba, cerró la ventana y salió por donde había entrado.

"No sé si me falta algo que contar. Había oído hablar a un marinero de la velocidad de la Aurora, la lancha de Smith, y pensé que ésta podía servirnos para nuestra fuga. Contraté al viejo Smith. Le ofrecí una gruesa suma de dinero si nos ponía sanos y salvos a bordo del vapor. Es probable que Smith se diera cuenta de que a nosotros nos pasaba algo raro, pero nunca le revelamos nuestro secreto. Todo lo que he referido es la verdad, señores, y si la he dicho a ustedes no ha sido para divertirlos, pues no han trabajado ciertamente por mi felicidad, sino porque he creído que mi mejor defensa consiste en no ocultar nada, de modo que todo el mundo sepa el comportamiento del mayor Sholto conmigo y sepa, asimismo, que soy inocente de la muerte de su hijo."

-La historia es extraordinaria -dijo Sherlock Holmes-. Interesante como pocas. En la última parte de su narración no ha habido más que una cosa que yo ignoraba, y es que la cuerda había sido llevada por usted. Yo suponía que la habían encontrado en el cuarto. Y ahora que recuerdo, mi creencia era que Tonga había dejado caer todos sus dardos, pero después tuvo uno más para dispararlo sobre nosotros.

-Sí, señor, todos se le habían caído, salvo el que le quedaba en el tubo con que los lanzaba.

-¡Oh, desde luego! -dijo Holmes-. Pero eso tampoco se me ocurrió.

-¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacerme? -preguntó amablemente el prisionero.

-Creo que no, gracias -contestó mi compañero.

-Bueno, Holmes -dijo Athelney Jones-, merece usted nuestras mayores consideraciones. Sabemos ahora que es usted un verdadero maestro en el arte de la investigación; pero el deber es el deber y he ido demasiado lejos al cumplir los caprichos de usted y de su amigo. No me sentiré tranquilo hasta que tengamos a nuestro amigo, aquí presente, a buen recaudo. El coche sigue esperando y abajo hay dos inspectores. Estoy muy agradecido con ambos por su ayuda. Desde luego, serán llamados para atestiguar en el juicio. Que pasen ustedes buenas noches.

-Buenas noches, caballeros -dijo Jonathan Small a su vez.

-Pase usted primero, Small -comentó Jones al salir de la habitación-. Tendré buen cuidado de que no me golpeé con su pierna de palo como lo hizo con el caballero de las islas Andaman.

-Bueno, éste es el fin de nuestro pequeño drama -comenté después de haber estado fumando en silencio algún rato-. Me temo que ésta será probablemente la última investigación en que tendré oportunidad de estudiar sus métodos. La señorita Morstan me ha hecho el honor de aceptarme como su futuro esposo.

Holmes lanzó un gruñido de desilusión.

-Ya me lo temía; realmente no puedo felicitarlo -murmuró.

Yo me sentí un poco ofendido.

-¿Tiene usted alguna razón para sentirse insatisfecho de mi elección?

-Absolutamente ninguna. Creo que se trata de una de las jóvenes más encantadoras que he conocido y que se ha mostrado muy útil en la investigación que hemos estado haciendo. Tiene un verdadero genio en tal sentido. Recuerde usted que supo conservar el plano del lugar donde se encontraba el tesoro, de entre todos los papeles de su padre. Pero el amor es una cosa emocional y todo lo que es emocional se opone a ese frío razonamiento que me parece la cualidad más importante del hombre y que antepongo a todo lo demás. Yo no me casaré nunca, para que mi juicio y mi sentido común no sufran serios perjuicios.

-Confío -dije echándome a reír- en que mi juicio podrá sobrevivir a la prueba. Pero, parece usted muy cansado.

-Sí, empiezo ya a sentir los efectos de las andanzas. Estaré convertido en un guiñapo humano durante una semana, cuando menos.

-Es extraño cómo los accesos de lo que en cualquier otro hombre llamaría pereza, alternan en usted con ataques de vigor y energía extraordinarias.

-Sí -contestó él-, hay en mi personalidad características que me hacen aparecer como un completo haragán, combinadas con características de un hombre excepcionalmente inquieto y activo; pero, volviendo al asunto de Norwood, ¿vio usted cómo yo tenía razón cuando le dije que Small contaba con un aliado dentro de la casa? El aliado no puede ser otro que Lal Rao, el criado. Así que Jones tuvo realmente el honor indiscutible de haber cogido un pez en su gran redada.

-La división me parece bastante injusta -comenté-. Usted ha hecho la mayor parte del trabajo en este asunto. Yo saco de él una esposa. Jones obtiene el crédito. ¿Y qué le queda a usted?

-Para mí queda aún la botella de cocaína -dijo Sherlock Holmes. Y extendió su mano, larga y blanca, hacia ella.

El tratado naval

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

El primer mes de julio después de mi matrimonio se hizo memorable por tres casos interesantes en los que yo tuve la suerte de estar asociado con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro registrados en mis notas bajo los encabezamientos de La aventura de la segunda mancha, La aventura del Tratado naval y La aventura del capitán cansado. Pero el primero de estos casos se refiere a intereses de tan gran categoría, e implica en sí a tantas de las familias más distinguidas del reino, que será imposible hacerlo público durante muchos años. Sin embargo, ningún otro de los casos de que se ocupó Holmes sirvió tanto como ése para ilustrar el valor de sus métodos analíticos, ni ha causado impresión tan profunda en quienes estuvieron relacionados con dicho señor. Conservo todavía un relato casi verbal de la entrevista en que Holmes demostró los hechos auténticos de ese caso a monsieur Dubuque, de la Policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el afamado especialista de Dantzig, personajes ambos que habían malgastado sus energías persiguiendo soluciones que resultaron accesorias. Sin embargo, para cuando pueda relatarse sin peligro esa historia habrá llegado ya el nuevo siglo. Mientras tanto, voy a pasar al caso segundo de mi lista, que en un momento dado prometió también adquirir importancia nacional, y que fue señalado por varios incidentes que le dan un carácter completamente único.

En mis años escolares estuve yo íntimamente relacionado con un muchacho que se llamaba Percy Phelps, que tenía, más o menos, mi edad, aunque iba dos clases más adelantado que yo. Era un joven muy despejado, y se llevaba cuantos premios ofrecía la escuela, acabando sus hazañas con la conquista de una beca, que le envió a proseguir su triunfal carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba extraordinariamente bien emparentado, e incluso cuando éramos todos unos muchachitos sabíamos que el hermano de su madre era lord Holdhurst, el gran político conservador. Tan vistoso parentesco le benefició poco en la escuela; al contrario, nosotros encontrábamos un placer especial en mortificarle en el campo de juego y en darle con un wicket en las espinillas. Pero cuando entró en el mundo la cosa varió. Me enteré confusamente de que su talento y su influencia le habían valido un buen cargo en el Foreign Office, y desde entonces ya no volví a pensar en él hasta que la siguiente carta me recordó su existencia

«Briarbrae, Woking.

»Mi querido Watson: No dudo de que te acordarás del renacuajo Phelps, que estudiaba el quinto cuando tú estabas en el tercero. Es, incluso, posible que te hayas enterado de que, gracias a la influencia de mi tío, logré un buen cargo en el Foreign Office, y que ocupaba un puesto de confianza y de honor hasta que una horrenda desgracia agostó súbitamente mi carrera.

»De nada sirve dar detalles por escrito del espantoso suceso. Es probable que, si accedes a mi solicitud, tenga que relatártelo. Acabo justamente de recobrarme después de nueve semanas de fiebre cerebral, y me encuentro extraordinariamente débil. ¿Crees que te seria posible venir a visitarme trayendo en tu compañía a tu amigo el señor Holmes? Me gustaría escuchar su opinión acerca de mi caso, aunque las personas de autoridad me aseguran que ya no es posible hacer nada más. Esfuérzate por traerlo en tu compañía lo antes posible. Cada minuto que pasa se me antoja una hora mientras vivo en esta horrenda incertidumbre.

Asegúrale que si no he solicitado antes su consejo, no ha sido porque no apreciase su talento, sino porque no he andado bien de la cabeza desde que cayó el golpe sobre mí. Pero ya me encuentro otra vez sereno, aunque no me atrevo a pensar demasiado en el asunto por miedo a una recaída. Me encuentro tan débil, que, como verás, tengo que dictar mi carta. Procura conseguir el traerlo contigo.

»Tu viejo compañero de escuela,

Percy Phelps.»

Hubo algo que me conmovió en la lectura de esta carta, algo que excitaba la compasión en las reiteradas peticiones de que llevase conmigo a Holmes. Tan conmovido estaba yo, que lo habría intentado, aunque se tratase de una empresa difícil; pero, como es natural, yo sabía perfectamente que Holmes estaba tan encariñado con su profesión, que siempre se encontraba tan dispuesto a llevar su ayuda como su cliente pudiera encontrarse dispuesto a recibirla. Mi esposa estuvo de acuerdo conmigo en que no podía perderse un instante en plantear a Holmes el asunto; por eso, antes de que transcurriese una hora desde el desayuno, me encontré una vez más de regreso en mis viejas habitaciones de Baker Street.

Estaba Holmes sentado a su mesa lateral, vestido con su batín y entregado de lleno a una investigación química Una retorta grande, encorvada, hervía furiosamente a la azulada llama de un calentador Bunsen, y las gotas destiladas iban cayendo en una medida de dos litros. Apenas si mi amigo levantó la vista cuando yo entré, y yo, dándome cuenta de que su investigación era, sin duda, importante, me senté en un sillón y esperé. Holmes metía su probeta de cristal tan pronto en una botella como en otra, sacando algunas gotas de cada una y, por último, colocó encima de la mesa un tubo de ensayo que contenía una solución. Tenía en su mano derecha una tira de papel tornasolado.

-Llega usted en el momento de la crisis, Watson -me dijo-. Si este papel permanece azul, todo va bien. Si se vuelve encarnado, eso equivale a la vida de un hombre.

Metió el papel dentro del tubo de ensayos, y en el acto se revistió de un color granate, apagado y sucio.

-¡Ejem! ¡Me lo imaginaba! -exclamó-. Estaré a sus órdenes dentro de un instante, Watson. Encontrará usted el tabaco dentro de la zapatilla persa.

Se dirigió a su mesa de escritorio y garrapateó varios telegramas, que luego entregó al

botones. Acto continuo se dejó caer en el sillón que había enfrente del mío, y levantó sus rodillas hasta que los dedos de sus manos se cerraron alrededor de sus largas y delgadas espinillas.

-Un pequeño asesinato de tipo muy vulgar -dijo-. Me imagino que usted me trae algo mejor. Es usted, Watson, el ave de las tormentas. ¿De qué se trata?

Le entregué la carta, que él leyó con toda su atención reconcentrada.

-No nos dice gran cosa, ¿verdad? -comentó, al devolvérmela.

-Nada apenas.

-Sin embargo, la letra es interesante.

-Pero la letra no es la suya.

-Precisamente. Es letra de mujer.

-Es de un hombre, no es posible negarlo -exclamé yo.

-No, es letra de mujer, y de una mujer de extraordinario carácter. Comprenda usted que en los comienzos de una investigación tiene alguna importancia el saber que el cliente se halla en estrecho contacto con alguien de índole excepcional, para el mal o para el bien. Este caso ha despertado ya mi interés. Si usted está listo, nos pondremos al instante en camino para Woking, y visitaremos a este diplomático que se encuentra en tan mala situación y a la señora a quien el dicta sus cartas.

Tuvimos la buena suerte de alcanzar uno de los primeros trenes que salían de Waterloo, y en algo menos de una hora nos encontramos entre los bosques de abetos y los brezales de Woking. Briarbrae resultó ser una gran casa aislada que se levantaba en el interior de un extenso parque, a pocos minutos de camino de la estación. Al pasar nuestras tarjetas, nos introdujeron en una sala elegantemente dispuesta, donde vino a reunírsenos, algunos minutos después, un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Andaría más cerca de los cuarenta que de los treinta años, pero sus mejillas eran tan coloradas y sus ojos tan alegres, que daba todavía la impresión de un muchacho regordete y pícaro.

-Me alegro de que hayan venido -nos dijo, estrechando nuestras manos efusivamente-. Percy no ha dejado en toda la mañana de preguntar por ustedes. Pobre muchacho, que se aferra aunque sea a una paja.

Su padre y su madre me rogaron que me entrevistase con ustedes, porque la simple mención del asunto les resulta dolorosa.

-Hasta ahora no se nos han dado detalles -hizo notar Holmes- Por lo que veó, usted no es un miembro de la familia

Nuestro nuevo conocido pareció sorprenderse, y luego, bajando la vista, empezó a reírse.

-Naturalmente, usted vio el monograma J. H. en mi medallón -dijo-. Creí de momento que el haberlo adivinado era un golpe de efecto suyo. Me llamo Josep Harrison y, como Percy se va a casar con mi hermana, emparentaré con ellos por lo menos políticamente. Encontrará usted a mi hermana en la habitación de Percy, porque lleva dos meses cuidándolo en todo. Quizá sea lo mejor que vayamos allí en seguida, porque yo sé todo lo impaciente que está.

La habitación donde nos llevaron se hallaba situada en la misma planta que la sala. Hallábase amueblada, en parte, como cuarto de estar, y en parte, como dormitorio, y había flores delicadamente colocadas en todos los ángulos y rincones. Sobre un sofá, próximo a la ventana abierta, estaba tendido un hombre joven, muy pálido y demacrado; entraban por ésta los ricos perfumes del jardín y el aire veraniego embalsamado. Al lado del joven se hallaba sentada una mujer, que se puso en pie al vernos entrar, diciendo:

-¿Debo retirarme, Percy?

El la agarró de la mano para que no lo hiciese.

-¿Cómo estás, Watson? -dijo con mucha cordialidad-. No te habría reconocido jamás con ese bigote, y creo que tú tampoco habrías jurado que yo soy aquél. Supongo que este caballero es tu célebre amigo el señor Sherlock Holmes, ¿verdad?

Hice la presentación en breves palabras, y ambos tomamos asiento. El individuo robusto nos había dejado, pero su hermana se quedó, con su mano en la del inválido. Era mujer de aspecto llamativo, demasiado baja y gruesa para ser simétrica, pero con un hermoso cutis aceitunado, ojazos negros de italiana y un tesoro de cabellos negrísimos. La pálida cara de su acompañante resultaba más cansada y macilenta por contraste con las ricas tonalidades de ella.

-No les haré perder el tiempo -dijo, incorporándose en su sofá-. Me zambulliré en el tema sin preámbulos.

Yo, señor Holmes, era un hombre feliz y al que acompañaba el éxito, estando en vísperas de contraer matrimonio, cuando una terrible desgracia hizo zozobrar todas las perspectivas de mi vida. Estaba, como ya Watson le habrá informado, en el Foreing Office, y gracias a la influencia de mi tío, lord Holdhurst, alcancé rápidamente un cargo de responsabilidad. Cuando mi tío desempeñó el cargo de ministro del Exterior de este Gobierno, me encargó de varias misiones de confianza, que siempre llevé a cabo felizmente, debido a lo cual, llegó a tener la máxima fe en mi habilidad y en mi tacto. Hará diez semanas (para ser más exacto, el veintitrés de mayo) me llamó a su despacho particular, y, después de felicitarme por lo bien que había trabajado, me comunicó que me tenía reservada otra misión de confianza que yo debería llevar a cabo. «Este -me dijo, mostrándome un rollo gris de papel que tomó de su escritorio- es el original del Tratado secreto entre Italia e Inglaterra, acerca del cual, lamento decirlo, han circulado ya algunos rumores en los periódicos. Es de enorme importancia que no se filtre ningún

otro dato. Las embajadas de Francia y de Rusia pagarían sumas enormes por conocer el contenido de estos documentos. No saldrían de mi despacho si no fuera absolutamente indispensable sacar copias de los mismos. ¿Tienes una mesa escritorio propia en tu oficina?» «Sí, señor.» «Pues entonces, hazte cargo del Tratado y ciérralo en ella con llave. Yo daré instrucciones para que puedas quedarte después que los demás se retiren, a fin de que tengas ocasión de copiarlo con comodidad, sin miedo a que nadie mire lo que estás haciendo. Cuando hayas terminado, cierra otra vez con llave el original y la copia, y entrégamelos mañana por la mañana personalmente.» Me hice cargo de los documentos y...

-Perdone un instante -dijo Holmes-. ¿Estaban ustedes solos durante esta conversación?

-Absolutamente solos.

-¿Es una habitación espaciosa?

-Treinta pies por treinta.

-¿En el centro de la misma?

-Sí, poco más o menos.

-¿Y hablaban en voz baja?

-La voz de mi tío ha sido siempre notablemente baja- Yo apenas hablé.

-Gracias -dijo Holmes, cerrando los ojos-. Prosiga, por favor.

-Hice exactamente lo que él me había indicado, y esperé a que los demás escribientes se marchasen. Uno de los que trabajaban en mi misma oficina, Charles Gorot, tenía algunos trabajos retrasados que poner al día; lo dejé, pues, haciéndolos y me marché a comer. Cuando regresé, ya él se había marchado. Yo tenía prisa en hacer mi trabajo porque sabía que Joseph, el señor Hamson, con el que acaban ustedes de hablar, estaba en Londres y que vendría a Woking con el tren de las once. Yo quería, si era posible, alcanzar ese tren. Cuando me puse a leer el Tratado, comprendí en seguida que mi tío no se había hecho culpable de exageración en lo que me había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que en él se definía la posición de la Gran Bretaña hacia la Triple Alianza, previéndose la actitud que nuestro país adoptaría en el caso de que la flota francesa adquiriese una superioridad completa sobre la de Italia en el Mediterráneo. Las cuestiones en ella tratadas eran puramente navales. Al pie del documento estaban las firmas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Eché un vistazo a todo y me puse a la tarea de copiar. Era un documento largo, escrito en francés y que abarcaba veintiséis artículos distintos. Lo copié todo lo rápidamente que pude, pero a las nueve de la noche sólo llevaba hechos nueve artículos, y parecía inútil que pensase en alcanzar mi tren. Me sentía amodorrado y atontado, en parte, por efecto de la comida, y en parte, por efecto de un largo día de trabajo. Una taza de café me aclararía el cerebro. Durante toda la noche permanece de guardia un ordenanza en una casilla que hay al pie de la escalera, y suele preparar el café en su lámpara de alcohol para los funcionarios que estén

trabajando horas extraordinarias. Tiré, pues, de la campanilla, para que acudiese. Con gran sorpresa mía, la que acudió fue una mujer grandota, de cara ordinaria y entrada en años, vestida con un delantal. Me dijo que era la mujer del ordenanza, que hacía los trabajos de limpieza, y yo le encargué el café.

Copié otros artículos y, sintiéndome más soñoliento que nunca, me levanté y me paseé por la habitación para estirar las piernas. Mi café no había llegado todavía y yo empecé a preguntarme a qué obedecería aquel retraso. Abrí la puerta, y me lancé pasillo adelante para averiguarlo. De la habitación en que yo había estado trabajando arrancaba un pasillo débilmente iluminado, sin que tuviese ésta otra salida El pasillo desemboca en una escalera en curva, y la casilla del ordenanza está en el corredor que hay al pie de la escalera. A mitad de la escalera hay un rellano, en el que desemboca otro pasillo, formando ángulo recto. Este segundo pasillo conduce, por otra pequeña escalera, a una puerta lateral destinada a la servidumbre, y de la que se sirven también como de atajo los empleados que vienen de Charles Street. Aquí tiene un esbozo tosco del lugar.

-Gracias. Creo que voy siguiéndole perfectamente-dijo Sherlock Holmes.

-Es de la máxima importancia que usted repare en este detalle. Descendí por la escalera al vestíbulo encontrándome al ordenanza completamente dormido en su casilla, mientras el agua de la cafetera hervía furiosamente encima de la lámpara de alcohol, hasta el punto de verterse por el suelo. Alargué mi mano, y estaba a punto de zarandear al hombre, que dormía profundamente, cuando resonó con fuerza encima de su cabeza una campanilla, y él se despertó sobresaltado. «¡Señor Phelps, señori», exclamó, mirándome con asombro. «Bajé para ver si está listo mi café.» «Había puesto la cafetera a hervir y me quedé dormido, señor.» Me miró a mí, y miró luego a la campanilla que vibraba aún, y el asombro fue haciéndose cada vez mayor en su rostro, hasta que preguntó: «Pero, señor, si usted está aquí, ¿quién ha tocado la campanilla?» «¡La campanilla! ¿Qué campanilla es ésa?», le dije yo. «La de la habitación en que usted estaba trabajando.» Sentí como si una mano helada me apretase el corazón. Alguien estaba en la habitación en la que yo había dejado sobre la mesa el precioso documento. Eché a correr como loco escaleras arriba y por el pasillo adelante. No había nadie en el corredor, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal y cual yo lo había dejado, salvo que los documentos que me habían sido confiados habían desaparecido de la mesa en que estaban. La copia seguía allí, pero el original se lo habían llevado.

Holmes se irguió en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que aquel problema era de los que a él le gustaban.

-Vamos a ver, ¿y qué hizo usted entonces? -murmuró.

-Comprendí en el acto que el ladrón tenía que haber subido por la escalera de la puerta lateral. De haber subido por el otro camino, yo habría tenido que tropezarme con él.

-¿Está usted bien seguro de que no pudo durante todo ese tiempo estar escondido en la misma habitación o en el pasillo que, según usted lo ha descrito, se hallaba débilmente alumbrado?

-Ambas cosas son absolutamente imposibles. Ni siquiera una rata podía esconderse en el cuarto o en el pasillo. No existe escondite alguno.

-Gracias. Siga usted.

-El ordenanza, adivinando por mi palidez que algo había que temer, me siguió escaleras arriba. En seguida salimos ambos corriendo por el pasillo y bajamos por la empinada escalera que conduce a Charles Street. La puerta que hay al pie estaba cerrada, pero sin echar la llave. La abrimos de par en par y nos lanzamos fuera. Recuerdo con toda claridad que, en el momento de abrirla, sonaron tres campanadas en una iglesia de la vecindad. Eran las diez menos cuarto.

-Eso tiene una importancia enorme -dijo Holmes, haciendo una anotación en el puño de su camisa

-La noche era muy oscura, y caía una llovizna tibia No se veía a nadie por Charles Street, aunque, allá en su extremidad, por Whitehall, el movimiento era, como siempre, muy grande. Tal como estábamos, con las cabezas descubiertas, echamos a correr, por la acera adelante, hasta el final de la calle, donde tropezamos con un guardia que estaba allí en pie. «Se ha cometido un robo -le dije jadeante-. Ha sido robado del Foreing Office un documento de inmenso valor. ¿Ha pasado alguien por aquí?» -Llevo sin moverme un cuarto de hora, señor -me contestó-. En todo ese tiempo sólo ha pasado una persona, una mujer alta y ya de edad, con un chal de Paisley.» «¡Esa no es otra que mi mujer! -exclamó el ordenanza-. ¿No ha pasado nadie más?» «Nadie.» «Pues entonces el ladrón debió de tomar la otra dirección», gritó el ordenanza, tirándome de la manga. Pero yo no quedé convencido, y los esfuerzos que él hacía para apartarme de allí no hicieron otra cosa que aumentar mis sospechas. «¿Hacia dónde tiró la mujer?», dije yo, excitado. «Lo ignoro, señor. La vi pasar, pero no tenía motivos especiales para fijarme en ella Parecía llevar prisa.» «Cuánto hace de eso? .» «Hará pocos minutos.» «¿Menos de cinco?» «Eso es, más de cinco no hará.» «Señor, está usted perdiendo el tiempo, y cada minuto es ahora de importancia -exclamó el ordenanza-. Hágame caso, porque mi mujer nada tiene que ver en el asunto; vámonos al otro lado de la calle. Si usted no quiere venir, iré yo.» Y echó a correr en la otra dirección. Pero yo corrí tras, él inmediatamente y le sujeté la manga, preguntándole: «dónde vive usted?» «En Ivy Lane, número dieciséis, Brixton -me contestó-; pero no se deje usted arrastrar por una pista falsa, señor Phelps. Vamos al otro lado de la calle y veamos si nos enteramos de algo.» Nada se perdía siguiendo su consejo. Nosotros dos y el guardia corrimos hacia el otro extremo, pero sólo descubrimos una calle de gran movimiento, con mucha gente que iba y venía, pero todos anhelando llegar a un lugar de refugio en una noche tan húmeda No había por allí ningún ocioso que pudiera informarnos de las personas que habían pasado. Regresamos después al Ministerio, registrando las escaleras y el pasillo sin resultado alguno. El que conduce hasta las oficinas está alfombrado con una especie de linóleo cremoso, en el que se señalan con gran facilidad las pisadas. Lo revisamos cuidadosamente, sin encontrar ninguna huella.

-¿No había estado lloviendo toda la noche?

-Desde las siete, más o menos.

-¿Cómo pudo ser, pues, que la mujer que entró en la oficina a eso de las nueve no dejase las huellas de sus botas embarradas?

-Me alegro de que haya suscitado usted ese punto. También a mí se me ocurrió en aquel instante. Las asistentas acostumbran quitarse las botas en la casilla del ordenanza, y se calzan allí zapatillas.

-Eso está muy claro. No había, pues, huellas, aunque la noche era lluviosa, ¿no es cierto? Desde luego, la cadena de los hechos resulta de extraordinario interés. ¿Y qué hizo usted acto continuo?

-Examinamos también mi oficina. No hay en ella posibilidad de que exista una puerta secreta, y las ventanas están a sus buenos treinta pies de altura del suelo. Las dos estaban, además, cerradas por dentro. La alfombra elimina, así mismo, toda suposición de un escotillón, y el techo es de los corrientes, enjalbegados.

Yo me jugaría la vida a que quien robó mis papeles sólo pudo entrar por la puerta del despacho.

-¿.Y qué me dice usted de la chimenea?

-No la hay. Nos servimos de una estufa El llamador de la campanilla cuelga de su alambre a la derecha misma de mi mesa escritorio. El que llamó, fuese quien fuese, tuvo que llegarse hasta mi escritorio para hacerlo. Pero ¿cómo se le ocurrió al criminal tirar del llamador de la campanilla? Es un misterio de lo más insoluble.

-Desde luego, ese incidente se sale de lo vulgar. ¿Qué otros pasos dio usted? Me imagino que si examinó la oficina lo haría en busca de las huellas que hubiera podido dejar el ladrón: una colilla, por ejemplo; un guante, una horquilla o cualquier otra menudencia, ¿no es así?

-No encontramos nada de eso.

-¿Ni olía a nada?

-No caímos en ese detalle.

-Pues nos habría servido muchísimo en esta investigación el humillo del tabaco.

-Como yo no fumo nunca, creo que si hubiese olido a tabaco lo habría advertido. No había allí rastro de ninguna clase. La única realidad tangible era que la mujer del ordenanza, cuyo apellido es señora Tangey, se había ausentado con prisas de allí. Su marido no pudo dar otra explicación sino la de que era, más o menos, la hora en que su mujer se marchaba siempre a casa. El guardia y yo convinimos en que el plan mejor consistía en detener a la mujer antes que pudiera desembarazarse de los documentos, dando por supuesto que era ella quien había de tenerlos. Entonces había llegado ya la

alarma a Scotland Yard, y el detective Forbes vino inmediatamente y tomó en sus manos el caso con gran actividad. Alquilamos un coche y antes de media hora nos encontrábamos en la dirección que se nos había dado. Nos abrió la puerta una mujer joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. No había regresado su madre todavía, y nos pasó a la habitación delantera a fin de que la esperásemos. Unos diez minutos más tarde llamaron a la puerta, y fue entonces cuando yo cometí la única equivocación seria que me echo en cara. En lugar de abrir la puerta nosotros mismos, dejamos que la abriera la joven. Le oímos que decía «Madre, hay dos hombres dentro, esperándola», y acto seguido oímos un pataleo de pies que huían hacia el fondo del pasillo. Forbes abrió de golpe la puerta, y ambos corrimos hacia el cuarto posterior, es decir, la cocina; pero la mujer había llegado antes. Nos miró con ojos desafiadores, pero de pronto me reconoció, y puso cara de absoluto asombro.

«¡Pero si es el señor Phelps, de la oficina!», exclamó. «¿Y quién creyó que éramos cuando huyó?», le preguntó mi acompañante. «Pensé que eran los agentes de embargo -contestó-. Hemos tenido algunas dificultades con un comerciante.»

«Esa no es explicación suficiente -contestó Forbes-. Tenemos razones para creer que ha sustraído usted un documento importante del Foreing Office, y que si usted corrió fue para desembarazarse del mismo. Tiene usted que venir con nosotros a Scotland Yard para que la registren.» Fue en vano que ella protestase y se resistiese. Se hizo venir un coche de alquiler de cuatro ruedas, y los tres volvimos en el mismo. Habíamos antes registrado la cocina y, especialmente, el hogar de la misma, por si se había desprendido de los papeles mientras estuvo sola. No había, sin embargo, rastros de cenizas ni de pedazos Una vez llegados a Scotland Yard, fue puesta inmediatamente en manos de la matrona. Esperé con intranquilidad angustiosa a que ésta volviese con el informe. No había rastro alguno de los documentos Entonces se me representó por vez primera y con toda su fuerza lo horrible de mi situación. Hasta ese momento había estado actuando y la acción había entorpecido el pensamiento. Era tal mi confianza en recuperar el Tratado, que ni siquiera me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ya nada quedaba por hacer, y tuve ocasión de darme cuenta de cuál era la situación en que me encontraba. ¡Era horrible! Watson, que está aquí presente, podrá decirle que en la escuela era yo un muchacho nervioso y sensible. Tal es mi condición. Pensé en mi tío y en sus colegas de Gabinete, en la vergüenza que yo le había acarreado a el y a todos mis parientes.

¿Qué importa que hubiese sido yo víctima de un accidente extraordinario? Cuando los intereses diplomáticos están en juego, de nada sirve alegar accidentes. Estaba arruinado: vergonzosa e irremediablemente arruinado. No sé lo que hice. Supongo que daría un espectáculo.

Conservo un confuso recuerdo de un grupo de funcionarios que me rodeaba intentando consolarme. Uno de ellos vino en coche conmigo hasta la estación de Waterloo y me metió en el tren para Woking. Creo que hubiera venido acompañándome hasta mi casa, de no haber sido porque el doctor Ferrier, que vive cerca, venía con el mismo tren. El doctor se hizo cargo de mí bondadosamente, y fue una suerte, porque me dio un ataque en la estación, y cuando llegamos a mi casa era yo en realidad un loco furioso. Puede usted imaginarse lo que en ésta ocurriría cuando la llamada del doctor a la puerta hizo

que todos se levantaran de la cama encontrándome en semejante estado. Mi pobre Annie, aquí presente, y mi madre quedaron desconsoladas. El doctor Ferrier había oído lo suficiente de boca del detective en la estación para poder dar una idea de lo que había ocurrido, y lo que él contó no contribuyó a mejorar las cosas. Todos comprendieron que yo tenía enfermedad para mucho tiempo. Por eso convirtieron este dormitorio alegre, que ocupaba Joseph, en cuarto de enfermo para mí, instalándole a él en otro. Y aquí he permanecido, señor Holmes, por espacio de más de nueve semanas, inconsciente y delirando de fiebre cerebral. De no haber sido por la señorita Harrison, aquí presente, y por los cuidados del médico, no estaría hablando con ustedes ahora. Ella me ha atendido día a día, y una enfermera de profesión me atendía durante la noche, porque en mis ataques de locura habría sido yo capaz de cualquier cosa. Mi razón se ha ido aclarando poco a poco, pero hasta estos últimos tres días no he recobrado por completo la memoria. A veces desearía que la hubiese perdido definitivamente. Lo primero que hice fue telegrafiar al señor Forbes, que tiene el caso en sus manos. El vino aquí y me aseguró que, a pesar de que se había hecho todo lo que era posible hacer, no se había encontrado ni asomo de pista alguna. Se había sometido al ordenanza y a su esposa a toda clase de interrogatorios, sin que se hubiese hecho la menor luz en el asunto. Las sospechas de la Policía recayeron en Gorot, al que, como usted quizá recuerde, trabajó aquella noche horas extraordinarias en la oficina A decir verdad, sólo dos puntos podían sugerir alguna sospecha sobre él: el haberse quedado después de la hora y su apellido francés: pero, a decir verdad, yo no empecé mi trabajo hasta después que él se marchó, y, por otra parte, viene él de familia hugonote, pero es tan inglés por sus simpatías y tradiciones como podemos serlo usted y yo. Nada se descubrió que pudiera complicarlo de una manera u otra, y el asunto no pasó adelante. Recurro a usted, señor Holmes, como a mi última esperanza. Si usted me fracasa, puedo dar por perdidos para siempre mi honor y mi cargo.

El inválido se dejó caer sobre los almohadones, fatigado por aquella larga narración, y su enfermera le sirvió una copa de una preparación estimulante. Holmes permanecía callado, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en actitud que quien no le conociese habría juzgado de indiferencia, pero que a mí me constaba que era señal de la más intensa concentración mental.

-Su exposición ha sido tan expresiva -dijo por último-, que me ha dejado realmente pocas preguntas por hacer. Hay, sin embargo, una de la mayor importancia.. ¿Dijo usted a alguna persona que tenía que quedarse a realizar esa tarea?

-A nadie.

-¿Ni siquiera a la señorita Harrison, por ejemplo?

-No. Entre la orden de realizar esa tarea y su ejecución, yo no regresé a Woking.

-¿Y no estuvo ninguno de sus familiares a visitarlo?

-Ninguno.

-¿Conocía alguno de ellos por dónde se iba hasta su despacho?

-¡Oh, sí!; a todos ellos se les había enseñado.

-Pero bueno, estas preguntas no vienen a cuento, ya que nada les había dicho usted acerca del Tratado.

-Nada les hablé.

-¿Tiene usted algunos informes acerca del ordenanza?

-Nada, fuera de que se trata de un veterano.

-En qué regimiento sirvió?

-Lo he oído decir alguna vez, ¡ah, sí!, en los Coldstream Guards.

-Gracias. Estoy seguro de que Forbes me dará más detalles. Los funcionarios de Policía actúan de un modo excelente en reunir datos, aunque no siempre saben emplearlos ventajosamente. ¡Qué cosa más encantadora es la rosa!

Holmes pasó por delante del sofá para abrir la ventana, y colgó en las manos el tallo colgante de una rosa musgueña, poniéndose a contemplar la delicada combinación del granate y el verde. Fue aquélla una novedad en su manera de ser, porque hasta entonces no le había visto nunca interesarse por los productos de la Naturaleza.

-No hay nada en que sea tan indispensable la lógica como en la religión -dijo apoyando su espalda en los postigos de la ventana-. El buen razonador puede construirla igual que una ciencia exacta. A mí me parece que nuestra certidumbre suprema de la bondad de la Providencia está en las flores. Todas las demás cosas: nuestras facultades, nuestras ansias, nuestro alimento, son, en realidad, necesarios para nuestra existencia en primera instancia. Pero esta rosa constituye un extra Su aroma y su color son un embellecimiento de la vida, no condición indispensable de ella. Únicamente la bondad da más de lo obligado, y por eso digo que de las flores podemos derivar grandes esperanzas.

Percy Phelps y su enfermera miraban a Holmes durante este razonamiento con sorpresa y con mucha desilusión pintada en sus rostros. Holmes había quedado sumido en ensoñaciones, con la rosa entre sus dedos. Transcurrieron así varios minutos, hasta que la joven las cortó diciendo:

-¿Ve usted algunas probabilidades de aclarar este misterio, señor Holmes? -preguntó con un punto de esperanza en su voz.

-¡Oh, el misterio!-exclamó Holmes volviendo con un respingo a las realidades de la vida-. Bien, sería absurdo negar que el caso es abstruso y complicado, pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y les comunicaré los extremos que pudieran

llamarme la atención.

-¿Ve usted alguna pista?

-Usted me ha proporcionado siete: pero, como es natural, necesito ponerlas a prueba antes de que pueda dictaminar sobre su valor.

-¿Sospecha usted de alguien?

-Sospecho de mí mismo...

-¿Qué dice?

-Por haber llegado con demasiada rapidez a establecer conclusiones.

-Pues entonces váyase a Londres y póngalas a prueba

-Ese es un consejo excelente, señorita Harrison -dijo Holmes levantándose-. Creo que nada mejor podemos hacer, Watson. Señor Phelps, no se abandone a falsas esperanzas. El asunto está muy embrollado.

-Estaré febril hasta volver a verlo a usted -exclamó el diplomático.

-Bien, vendré mañana con el mismo tren de hoy, aunque es muy verosímil que mi informe sea negativo.

-¡Que Dios le bendiga por esa promesa de venir! -dijo nuestro cliente-. El saber que se está haciendo algo me da nueva vida. A propósito, he recibido carta de lord Holdhurst.

-¡Ah, sí! ¿Y qué le dice?

-Me escribe con frialdad, pero no con aspereza. Quizá se ha abstenido de hacerlo pensando en mi enfermedad. Repite que el asunto es de máxima importancia, y agrega que no se tomará ninguna medida acerca de mi porvenir, con lo que alude, claro está, a mi despido, hasta que recobre la salud y haya tenido una oportunidad de reparar mi desgracia.

-Bueno, con ello se muestra razonable y considerado -dijo Holmes-. Vamos, Watson, que nos espera en Londres un buen día de trabajo.

El señor Joseph Harrison nos condujo en coche a la estación, y no tardamos en rodar hacia Londres en un tren de Portsmouth. Holmes marchaba sumido en profundos pensamientos y apenas si abrió la boca hasta después que pasamos el empalme de Clapham.

-Da gusto venir hacia Londres en una de estas líneas de alto nivel, que le permiten a uno mirar hacia abajo a las casas.

Creí que bromeaba, porque el panorama era bastante sórdido, pero no tardó en explicarse.

-Fíjese en esos grupos, aislados y voluminosos, de edificios que se alzan por encima de los tejados de pizarra, como islas de ladrillo en un mar color plomizo.

-Son los internados.

-¡Son faros, muchacho! ¡Lumbreras del futuro! Cápsulas que tienen dentro centenares de semillitas brillantes, de las que brotarán la Inglaterra más sabia y mejor del porvenir. Supongo, Watson, que este señor Phelps no será un bebedor.

-No lo creo.

-Ni yo tampoco. Pero nos es preciso calcular con todas las posibilidades. El pobre se ve metido, desde luego, en aguas muy profundas, y la cuestión estriba en que podamos sacarlo a la orilla ¿Qué le pareció la señorita Harrison?

-Una joven de mucho carácter.

-Sí, pero de la clase de las buenas, si no me equivoco. Ella y su hermano son hijos únicos de alguno de los magnates del hierro de allá, por Northumberland. Phelps quedó comprometido con ella durante un viaje que hizo el invierno pasado. Ella vino para que la conociesen los padres de él, y se trajo de acompañante a su hermano. En esto se produjo la catástrofe, y ella siguió en la casa para cuidar de su novio; su hermano Joseph, que se encontraba muy a gusto, se quedó también. Ya ve usted que he realizado algunas investigaciones por mi cuenta Pero el día de hoy tiene que estar dedicado a la investigación.

-Mi clientela... -empecé a decir, pero Holmes me interrumpió con alguna aspereza.

-Bueno, si a usted le parecen sus casos más interesantes que los míos...

-Lo que iba a decir es que mi clientela puede pasarse perfectamente sin mí un par de días, puesto que es la época de menos movimiento del año.

-Magnífico -me dijo, recobrando su buen humor-. Pues entonces investigaremos juntos este asunto. Creo que deberíamos empezar por visitar a Forbes. Es probable que nos proporcione todos los detalles que necesitamos hasta que hayamos decidido desde qué punto debemos abordar el problema.

-Dijo usted que tenía una pista.

-La verdad es que tenemos varias, pero únicamente realizando nuevas investigaciones podemos calibrarlas.

El crimen más difícil de rastrear es el que carece de móviles. Pero este de ahora no carece de ellos. ¿Quién se beneficia con él? Tenemos, de un lado, al embajador de

Francia; del otro, al de Rusia; de otro, a quienquiera que pudiera vendérselo a uno de los dos, y tenemos a lord Holdhurst.

-¡Lord Holdhurst!

-Le diré. Es perfectamente concebible que un estadista llegue a encontrarse en una situación en que no le desagrade que sea destruido casualmente un documento de esa clase.

-Pero no un estadista del honroso pasado de lord Holdhurst.

-Siempre sería una posibilidad, y no podemos permitirnos el pasarla por alto. Mientras tanto, he puesto ya en marcha ciertas investigaciones.

-¿Ya?

-Sí, desde la estación de Woking envié telegramas a todos los periódicos de la tarde de Londres.

Aparecerá en ellos este anuncio.

Me alargó una hoja arrancada de un cuaderno de notas; en ella estaba garrapateado con lápiz

«Diez libras de recompensa-. Por el número del coche de alquiler que dejó un viajero en o cerca de la puerta del Foreign Office en Charles Street a las diez menos cuarto de la noche del 23 de mayo. Dirigirse 22 B, Baker Street.»

-¿De modo que usted opina que el ladrón llegó en un coche de alquiler?

-Si no es así, nada se habrá perdido. Pero si el señor Phelps está en lo cierto cuando afirma que ni en el despacho ni en los pasillos existe ningún escondite, no cabe duda de que la persona en cuestión tuvo que venir del exterior. Si vino del exterior en una noche tan lluviosa, y, sin embargo, no dejó en el linóleo rastro alguno de humedad, puesto que fue examinado pocos minutos después que él pasó, entonces hay grandes probabilidades de que viniese en un coche. Sí, creo que podemos deducir con bastante seguridad que vino en un coche.

-El razonamiento parece plausible.

-Esa es una de las pistas de que hablé. Pudiera ser que nos condujese a alguna parte. Tenemos, por otro lado, la de la campanilla, y ése es precisamente el rasgo más característico del caso. ¿Por qué tocaría la campanilla? ¿Tiró de ella el ladrón por pura fanfarronada? ¿O la hizo sonar alguien que estaba en compañía del ladrón y que quiso evitar el crimen? ¿Fue un simple accidente? ¿O acaso, acaso...?

Holmes volvió a sumirse en las reconcentradas y silenciosas meditaciones de que antes había salido a la superficie; pero a mí, que estaba acostumbrado a todos sus cambios de

humor, me pareció que alguna posibilidad había aparecido súbitamente ante su imaginación.

Eran las tres y veinte cuando llegamos a la estación terminal, y después de almorzar rápidamente en el buffet, seguimos en el acto viaje hacia Scotland Yard. Holmes había telegrafiado ya a Forbes, y lo encontramos esperándonos. Era un hombre pequeño, astuto, de expresión aguda, pero que no tenía nada de simpática.

Nos recibió con marcada frialdad, especialmente cuando se enteró del asunto que allí nos llevaba, y dijo con algo de impertinencia

-Señor Holmes, he oído antes de ahora hablar de sus métodos. Usted está bastante dispuesto a servirse de los datos que la Policía pueda poner a su disposición, para luego dar fin usted mismo al caso y de esa manera desacreditamos.

-Todo lo contrario -dijo Holmes-; de mis últimos cincuenta y tres casos sólo se ha mencionado mi nombre en cuatro, y la Policía se ha llevado los honores en cuarenta y nueve. No lo censuro por ignorarlo, ya que es usted joven y falto de experiencia, pero si usted desea progresar en sus nuevas obligaciones, trabaje conmigo, y no contra mí.

-Me alegraría recibir algunas sugerencias-dijo el detective cambiando de actitud-. Hasta ahora, ningún honor me ha procurado este caso.

-¿Qué gestiones ha hecho usted?

-He hecho seguir constantemente la pista de Tangey, el ordenanza Se retiró del regimiento de Guardias con una buena hoja de servicios, y nada hemos podido descubrir que le sea perjudicial. Sin embargo, su mujer tiene poco que perder. Yo creo que sabe más de lo que aparenta.

-¿Ha puesto usted a alguien que le siga los pasos?

-Hemos dedicado a esa tarea a una de nuestras mujeres. La señora Tangey bebe, y nuestra agente alternó con ella en dos ocasiones en que estaba bien bebida, pero no consiguió sacarle nada

-He oído decir que tuvieron en casa a los agentes de embargo.

-Sí, pero le liquidaron la cuenta.

-¿De dónde sacaron el dinero?

-Por ese lado la cosa está clara El marido tenía que cobrar su retiro; no se ha visto indicio alguno de que les sobre el dinero.

-¿Qué explicación dio ella por haber acudido a la llamada del señor Phelps cuando éste pidió el café?

-Contestó que su marido estaba muy cansado y que ella quiso aliviarle de ese trabajo.

-Sí, esto concuerda, sin duda alguna, con el hecho de que un poco más tarde estuviese dormido en su silla.

De modo, pues, que lo único que hay en contra de esta pareja es la conducta de la mujer. ¿Le preguntó usted por qué razón se alejó tan de prisa aquella noche? Su precipitación hizo que el guardia se fijase en ella

-Se había retirado más tarde que de costumbre, y tenía prisa por llegar a su casa.

-¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps llegaron a su casa antes que ella, siendo así que se pusieron en camino, por lo menos, veinte minutos después?

-Lo atribuye a la diferencia de ir en ómnibus o en coche hansorn.

-¿Explicó por qué, al llegar a su casa, se metió corriendo en la cocina de la parte de atrás?

-Adujo que era allí donde tenía el dinero para pagar a los agentes de embargo.

-Ya veo que, por lo menos, tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al retirarse del Ministerio se cruzó con alguien o vio a alguien vagabundear por Charles Street?

-No vio a nadie, fuera del guardia.

-Por lo que veo, ha interrogado usted bien a fondo. ¿Qué más ha hecho usted?

-Llevamos siguiéndole los pasos desde hace nueve semanas al empleado Gorot, pero sin resultado. No podemos aducir nada en su contra.

-¿Alguna otra cosa?

-Pues la verdad, no tenemos nada más en qué basarnos para seguir adelante. No hay pruebas de ninguna clase.

-Ha formado usted alguna hipótesis sobre cómo pudo sonar la campanilla?

-Le confieso que ahí yo me pierdo. Quienquiera que fuese, debió de ser persona de sangre fría al ponerse a dar la alarma de aquella manera.

-Si, es una acción verdaderamente rara. Muchas gracias por todo lo que acaba de informarme. Si llego a encontrarme en situación de entregarles al individuo, recibirá usted noticias mías. Vámonos, Watson.

-¿Adónde nos dirigimos ahora? -le pregunté al salir de aquella oficina.

-Vamos a celebrar una entrevista con lord Holdhurst, ministro del Gabinete y futuro

primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos la suerte de que lord Holdhurst estuviese aún en sus habitaciones de Downing Street, y al entregar Holmes su tarjeta se nos hizo subir inmediatamente. El estadista nos recibió con la vieja cortesía que le distingue, y nos hizo sentar en dos espléndidos sillones, a uno y otro lado de la chimenea. En pie sobre la esterilla, entre nosotros dos, con su cuerpo alto y esbelto, su rostro de rasgos bien marcados y de expresión pensativa y sus rizados cabellos, teñidos prematuramente de gris, parecía la imagen viva de un tipo que no es demasiado corriente, el del aristócrata que es verdaderamente noble.

-Señor Holmes -dijo sonriente-, su nombre me es muy familiar. Como es lógico, no puedo simular ignorancia del objeto de la visita de ustedes. Sólo ha ocurrido un suceso en estas oficinas que puede atraer su atención. ¿Podría preguntarle en interés de quién actúa usted?

-En interés del señor Percy Phelps.

-¡Desdichado sobrino mío! Ya comprenderá que nuestro parentesco me hace todavía más imposible el servirle de pantalla de cualquier manera que sea. Me temo que este incidente ha de ser sumamente perjudicial para su carrera.

-¿Y si se recuperase el documento?

-¡Ah!, eso sería otra cosa.

-Yo traía preparadas una o dos preguntas que desearía plantearle, lord Holdhurst.

-Me será muy grato proporcionarle todos los informes que poseo.

-¿Fue en esta misma habitación en la que usted dio sus instrucciones relativas a la copia del documento?

-En ésta fue.

-¿Verdad que difícilmente pudo nadie escuchar sus palabras?

-Eso no puede ni siquiera pensarse.

-¿Mencionó usted a alguien su propósito de entregar el Tratado para sacar una copia del mismo?

-A nadie absolutamente.

-¿Está usted seguro de ello?

-Segurísimo.

-Bien, puesto que usted no se lo dijo a nadie, y tampoco se lo dijo el señor Phelps, y

nadie sabía nada del asunto, sacaremos en consecuencia que el ladrón se encontró en la oficina de su sobrino de una manera casual. Vio la oportunidad y se apoderó del documento.

-Eso está ya fuera de mi terreno.

Holmes meditó un instante, y dijo:

-Hay otro punto importantísimo del que yo desearía hablarle. Tengo entendido que usted temía que se derivasen graves consecuencias del hecho de hacerse públicos los detalles de este Tratado, ¿no es así?

Por la expresiva cara del estadista cruzó una sombra.

-Gravísimas consecuencias, desde luego.

-¿Han ocurrido?

-Hasta ahora, no.

-Si el Tratado estuviese va en manos, pongamos por caso, de los ministerios de Relaciones Exteriores de Francia o de Rusia, ¿calcula que ese hecho llegaría a conocimiento de usted?

-Calculo que sí -dijo lord Holdhurst torciendo el gesto.

-Ahora bien: habiendo transcurrido diez semanas desde entonces, sin que usted haya tenido noticias de ese origen ¿seria ilógico suponer que el Tratado no llegó a sus manos, por la razón que sea?

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

-Señor Holmes, es difícil suponer que el ladrón se apoderase del Tratado para colocarlo en un marco y colgarlo en la pared.

-Quizá espere que le mejoren el precio.

-Si espera que transcurra un poco más de tiempo, no sacará por él absolutamente nada. Dentro de algunos meses, el Tratado dejará de ser secreto.

-Eso es importantísimo -dijo Holmes-. Naturalmente que es también posible que el ladrón haya caído víctima de una súbita enfermedad.

-¿De un ataque de fiebre cerebral, por ejemplo? -preguntó el estadista clavando en Holmes una rápida mirada.

-Yo no he dicho eso -contestó Holmes imperturbable-. Bien, lord Holdhurst, ya le hemos quitado una parte demasiado grande de su valioso tiempo, y le daremos los

buenos días.

-Les deseo éxito completo en su investigación, sea quien sea el criminal -contestó el aristócrata al despedirnos en la puerta con una inclinación.

-Es un hombre magnífico- dijo Holmes cuando salíamos a Whitehall-. Pero tiene que sostener una lucha para mantenerse a tono con su posición. No es rico, ni mucho menos, y tiene que hacer frente a muchas exigencias. ¿Se fijó usted en que se ha hecho poner medias suelas en las botas? Bueno, Watson, no quiero impedirle por más tiempo que se dedique a sus legítimas ocupaciones. Nada más haré por hoy, a menos que reciba alguna contestación a mi anuncio relativo al coche de alquiler. Pero le quedaría sumamente agradecido si me acompañase mañana a Woking en el mismo tren que tomamos hoy.

Me reuní con él a la mañana siguiente, tal como habíamos convenido, y nos trasladamos juntos a Woking. Me dijo que no había recibido contestación alguna a su anuncio, y que ninguna nueva luz había venido a proyectarse sobre el caso. Holmes sabía revestirse, cuando él quería, de la absoluta inmovilidad de rostro de un piel roja, y no pude en esta ocasión deducir de la expresión del suyo si se hallaba satisfecho o no de la marcha del caso. Recuerdo que su conversación versó acerca del sistema de medidas de Bertillon y que no recató su entusiástica admiración hacia el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente bajo el cuidado de su solícita enfermera pero con un aspecto mucho mejor que la otra vez. Se levantó del sofá y salió a recibimos sin dificultad cuando nosotros entramos.

-¡Hay alguna noticia? -preguntó con ansiedad.

-Tal como esperaba, mi informe es negativo -dijo Holmes-. He visto a Forbes, he hablado con el tío de usted y he puesto en marcha un par de mecanismos de investigación que quizá nos conduzcan a alguna parte.

-¿No se ha desanimado usted, según eso?

-De ninguna manera.

-¡Que Dios le bendiga por esas palabras! -exclamó la señorita Harrison-. Si conservamos nuestro ánimo y nuestra paciencia, la verdad se abrirá paso al fin.

-Nosotros tenemos más cosas que contarle a usted, que usted a nosotros -dijo Phelps volviendo a sentarse en el sofá.

-Ya calculaba que tendría algo que contarme.

-Sí, nos ha ocurrido durante la noche una aventura, que además pudo haber tenido serias consecuencias.

A medida que hablaba fue revistiéndose de gravedad y apareció en sus ojos algo muy

semejante al miedo.

-¿Sabe usted que empiezo a creer que soy el centro inconsciente de alguna conspiración monstruosa y que está en juego mi vida, lo mismo que mi honor?

-¡Hola! -exclamó Holmes.

-Suena a cosa increíble, porque, que yo sepa, no tengo un solo enemigo en el mundo. Sin embargo, es la única conclusión que puedo sacar de lo que me ha ocurrido la pasada noche.

-Cuéntemelo, haga el favor.

-Es preciso que sepa usted que la noche pasada ha sido la primera que he dormido sin enfermera en este cuarto. Me sentía tan mejorado, que creí que podría pasar sin ella. Sin embargo, dejé encendida una mariposa. Pues bien: serían las dos de la mañana, y yo dormía profundamente, cuando me despertó súbitamente un ruido ligero. Se parecía al que hace un ratoncillo que roe una tabla, y permanecí algunos momentos escuchando, convencido de que, en efecto, ésa era la causa. Pero fue creciendo de volumen, y de pronto me llegó de la ventana un chasquido metálico, seco. Me senté en la cama atónito. Ya no cabía duda de qué clase de ruidos eran aquéllos. Los débiles habían sido producidos por alguien que estaba pasando a la fuerza un instrumento por la rendija de los dos armazones de la ventana, y el segundo, al hacer presión sobre el pestillo empujándolo hacia atrás. Sobrevino entonces una pausa, que duró unos diez minutos, como si el que andaba allí estuviese dando tiempo para ver si el ruido me había despertado. Acto continuo oí un suave crujido, como si abriesen despacito la ventana. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son los de antes. Salté de mi cama y abrí de par en par los postigos. Había un hombre agazapado en la ventana. Huyó como una exhalación, y apenas si distinguí algo de él. Iba embozado en una especie de capa que le tapaba la parte inferior del rostro. De una sola cosa estoy seguro; a saber de que llevaba algún arma en la mano. Me pareció un cuchillo largo. Vi con claridad su brillo cuando se volvió para correr.

-Esto está interesantísimo -dijo Holmes-. Dígame, ¿qué hizo usted entonces?

-Si hubiese estado más fuerte, le habría seguido, saltando por la ventana abierta. En mi situación, tiré del llamador de la campanilla y desperté a la casa. Me llevó algún tiempo, por que la campanilla suena en la cocina y los criados duermen en el piso alto. Sin embargo, grité, y esto hizo que acudiese Joseph, y Joseph despertó a los demás. Joseph y el lacayo encontraron huellas en el macizo de flores que hay en la parte de fuera de la ventana, pero en los últimos días ha hecho un tiempo tan seco, que le resultó imposible seguir la pista por la cespedera. Sin embargo, en la valla de madera que bordea la carretera hay un sitio, según me han informado, que parece indicar que alguien se encaramó para saltar al otro lado, y al hacerlo rompió un trozo de la parte superior. Nada he comunicado aún a la Policía local; me pareció que sería mejor escuchar antes la opinión de usted.

El relato de nuestro cliente pareció haber producido un efecto extraordinario en

Sherlock Holmes. Se levantó de la silla y se paseó por la habitación presa de un nerviosismo irreprimible.

-Las desgracias nunca vienen solas -dijo Phelps sonriéndose, aunque saltaba a la vista que su aventura le había amilanado un poco.

-De luego, usted ha tenido ya su parte en cuestión de desgracias -dijo Holmes-. ¿Se siente con fuerzas para dar conmigo una vuelta alrededor de la casa?

-Claro que sí. Me gustaría tomar un poco el sol. Joseph vendrá también.

-Y yo -dijo la señorita Harnson.

-Perdóneme, pero usted no -le contestó Holmes moviendo negativamente la cabeza-. Tengo que suplicarle que permanezca donde está, sin moverse para nada de aquí.

La joven volvió a sentarse con expresión descontenta. Pero su hermano se había reunido con nosotros, y echamos a andar los cuatro juntos. Nos dirigimos contorneando la cespedera a la parte exterior de la ventana del diplomático. Había, en efecto, y según él había dicho, ciertas huellas en el macizo de flores, pero estaban irremediablemente borrosas y confusas. Holmes se inclinó un instante para examinarlas, pero en seguida enderezó el cuerpo, encogiéndose de hombros.

-No creo que nadie sea capaz de sacar gran cosa de esto -dijo-. Demos un paseo alrededor de la casa y veamos por qué razón eligió el ladrón esta ventana precisamente. Yo diría que esas ventanas de la sala y del comedor, que son más amplias, habrían debido atraerle más que aquélla.

-Pero ésas son más visibles desde la carretera -apuntó el señor Joseph Harrison.

-¡Ah, sí!, desde luego. Aquí hay una puerta que también pudo intentar abrir. ¿A qué está destinada?

-Es la de los proveedores. Como es natural, se cierra por la noche.

-¿Han sufrido ustedes en alguna ocasión una alarma de esta clase?

-Nunca -contestó nuestro cliente.

-Guardan ustedes en la casa objetos de plata o algo capaz de atraer a los ladrones?

-Nada que tenga mucho valor.

Holmes fue paseando lentamente alrededor de la casa con las manos en los bolsillos y un aire despreocupado que no era habitual en él.

-A propósito -dijo Holmes a Joseph Hamson-, tengo entendido que usted ha descubierto el sitio por el que parece que el individuo en cuestión escaló la valla. Vamos a echar allí

una ojeada.

El joven nos condujo hasta el lugar en que había sido resquebrajada una de las maderas de la valla. Un trozo pequeño de la misma había quedado colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con mirada crítica.

-De modo que usted cree que esto fue hecho anoche? Da la impresión de que es cosa bastante vieja, ¿no le parece?

-Sí, es posible.

-No hay rastro alguno de que alguien haya saltado desde este al otro lado de la valla. Bueno, estoy creyendo que de aquí no vamos a sacar nada. Volvamos al dormitorio y vamos a pasar revista a la situación.

Percy Phelps caminaba muy despacio y apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. - Holmes cruzó rápidamente el campo de césped, y llegamos a la ventana del dormitorio, que estaba abierta, mucho antes que los otros dos.

-Señorita Harrison -le dijo Holmes, poniendo en sus palabras la máxima expresión-, es indispensable que no se mueva en todo el día de donde está. No debe ausentarse de aquí por nada ni por nadie en todo el día. Es de la más vital importancia.

-Lo haré, señor Holmes, si es ése su deseo -contestó ella atónita.

-Y cuando usted se retire para acostarse cierre la puerta de este dormitorio con llave, y llévesela usted. Prométame que lo hará.

-¿Y Percy?

-Vendrá con nosotros a Londres.

-Y yo, ¿no he de acompañarle?

-Es preciso por el bien del señor Phelps. ¡Usted puede actuar en favor suyo! ¡Rápido! ¡Prométamelo!

Ella le contestó con un cabeceo de asentimiento en el instante mismo en que llegaban los otros dos.

-Por qué te estás ahí dormitando, Annie? -le gritó su hermano-. ¡Ven aquí afuera a tomar el sol!

-No; gracias, Joseph. Me duele un poco la cabeza y en esta habitación hace un frescor delicioso y reconfortante.

-¿Qué propone usted ahora, señor Holmes? -preguntó nuestro cliente.

-Pues que no perdamos de vista la investigación más importante por dedicarnos a este otro asunto secundario. Sería para mí una grandísima ayuda el que pudiera usted trasladarse con nosotros a Londres.

-¿Ahora mismo?

-Cuanto antes le sea cómodo. Pongamos de aquí a una hora.

-Me siento ya fuerte, si de veras puedo servirle de ayuda.

-Puede servirme de grandísima ayuda.

-¿Desea quizá que pase allí la noche?

-Se lo iba precisamente a proponer.

-De ese modo, si el amigo de la noche pasada me hace otra visita, se encontrará con que el pájaro ha volado. Nos hemos puestos todos en sus manos, señor Holmes, y debe usted decirnos exactamente lo que desea que hagamos. Quizá prefiera usted que nos acompañe Joseph, a fin de que cuide de mí. -

-¡Oh, no!; ya sabe que mi amigo Watson es médico. El le cuidará. Almorzaremos aquí, si usted nos lo permite, y luego saldremos los tres para Londres.

Todo se dispuso según Holmes había indicado, aunque la señorita Harrison se disculpó y no salió del dormitorio, de acuerdo con la promesa hecha a Sherlock. No se me ocurría cuál pudiera ser la finalidad de los manejos de mi amigo, como no tratase de mantener a la joven alejada de Phelps. Este, alegre al sentirse mejor de salud y por la perspectiva de entrar en acción, almorzó con nosotros en el comedor. Sin embargo, Holmes nos preparaba una sorpresa todavía mayor, porque después de acompañarnos hasta la estación y de vernos instalados en nuestro coche, me anunció tranquilamente su propósito de no abandonar Woking.

-Sólo hay uno o dos puntos que yo desearía aclarar antes de marcharme -dijo-. Su ausencia puede, en cierto modo, serme útil, señor Phelps. Watson, yo le ruego que cuando lleguen a Londres se dirija inmediatamente con nuestro amigo en coche a Baker Street y no se muevan de allí hasta que yo me presente. Es una suerte que sean ustedes viejos compañeros de escuela, porque tendrán mucho que hablar.

El señor Phelps puede ocupar por esta noche la habitación que queda libre, y yo me reuniré con ustedes a tiempo para el desayuno, porque hay un tren que me llevará a Waterloo a las ocho.

-Pero ¿y esa investigación que íbamos a realizar en Londres? -preguntó Phelps tristemente.

-La podremos llevar a cabo mañana. Creo que, de momento al menos, puedo ser más

útil aquí.

-Dígales en Briarbrae que espero estar de regreso mañana por la noche -exclamó Phelps cuando empezamos a alejarnos del andén.

Phelps y yo hablamos del asunto durante el viaje, pero ninguno de los dos pudimos dar con una razón que explicase satisfactoriamente este nuevo giro de la situación.

-Yo me imagino que lo que desea es seguir alguna pista relacionada con el intento de escalo de la noche pasada, si es que, en efecto, se trataba de un ladrón, Yo, por lo menos, creo que no era un ladrón corriente.

-¿Qué es, pues, lo que crees?

-La verdad, y atribúyelo, si quieres, a mis nervios, creo que se está tejiendo en torno mío una profunda intriga política, y que, por razones que no se me alcanzan, los conspiradores buscan mi vida Esto suena a cosa absurda y desorbitada, pero fíjate en los hechos. ¿Para qué iba a. intentar un ladrón introducirse violentando la ventana en un dormitorio en el que no tenía ninguna esperanza de encontrar cosa de valor, y para qué había de venir armado de un largo cuchillo?

-.Estás seguro de que no era uná palanqueta de ladrón de casas?

-¡Oh, no!; era un cuchillo. Distinguí con toda claridad el brillo de la hoja.

-Pero ¿por qué diablos habrían de perseguirte con tal saña?

-¡Ahí está precisamente la cuestión!

-Pues entonces, si Holmes opina lo mismo que tú quizá eso explicaría estas medidas suyas ¿no te parece? Suponiendo que tu hipótesis fuese acertada, si él consigue echarle el guante al individuo que te amenazó la noche pasada, llevaría adelantado mucho para descubrir quién fue el ladrón del Tratado. Es absurdo el suponer que tengas dos enemigos: uno que te roba, mientras que el otro atenta contra tu vida

-Pero el señor Holmes nos dijo que él no iba a Briarbrae.

-Yo le conozco desde hace algún tiempo, y nunca le he visto hacer nada sin tener sus buenas razones para ello -le contesté, y nuestra conversación derivó hacia otros temas.

Fue para mí un día aburrido, Phelps se encontraba débil de su larga enfermedad, y sus desgracias lo traían nervioso y propenso a quejarse. Intenté en vano despertar su interés hablándole del Afganistán, de la India, de las cuestiones sociales, de todo cuanto pudiera apartar su pensamiento de su obsesión. Siempre volvía él a su perdido Tratado, haciendo preguntas, barruntos y cábalas sobre lo que estaría llevando a cabo Holmes, sobre los pasos que daría lord Holdhurst, sobre cuáles serían las noticias que recibiríamos a la mañana siguiente. A medida que avanzaba la noche, su excitación se fue haciendo

dolorosa.

-¿Tienes fe absoluta en Holmes? -me preguntó.

-He sido testigo de algunos hechos suyos extraordinarios.

-¡Pero nunca habrá aclarado ningún problema tan oscuro como éste!

-¡Oh, sí; le he visto resolver asuntos que presentaban muchas menos pistas que este tuyo!

-¡Pero en ninguno de ellos estarían en juego intereses de tal importancia!

-Eso lo ignoro, aunque sé a ciencia cierta que ha actuado en favor de tres casas reinantes en Europa, y que se trataba de asuntos de importancia vital.

-Claro que tú lo conoces, Watson. Es un individuo tan inescrutable, que nunca sé yo a qué atenerme con él.

¿Crees que tiene esperanzas? ¿Piensas que espera conseguir un éxito en este asunto?

-No me ha dicho una palabra.

-Esa es una mala sena!.

-Todo lo contrarío, mi experiencia me enseña que cuando anda despistado lo dice. Cuando se muestra de veras taciturno es cuando sigue un husmillo y no está absolutamente seguro de que es el verdadero. Pero bueno, querido compañero, nosotros no arreglaremos el problema con nuestro nerviosismo. Te suplico, pues, que te acuestes, para que el día de mañana te encuentre de buen temple, traiga para nosotros lo que traiga.

Logré, por último, convencer a mi compañero de que siguiese mi consejo, si bien comprendí, por su visible excitación, que era mucho esperar el que se durmiese. A decir verdad, resultó el suyo un humor contagioso, porque yo también me pasé media noche dando vueltas en la cama, sin poder apartar mi pensamiento de aquel extraño problema, intentando un centenar de teorías, a cuál más imposible. ¿Por qué motivo se había quedado Sherlock Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que no se moviese en todo el día del dormitorio del enfermo? ¿Por qué había tomado tales medidas a fin de que los habitantes de Biarbrae no se enterasen de que él quedaba en el pueblo? Me estrujé la sesera buscando una explicación que abarcara todos esos hechos, hasta que caí dormido.

Eran las siete cuando me desperté, dirigiéndome en el acto a la habitación de Phelps, encontrando a éste ojeroso y agotado, después de una noche de insomnio. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado.

-Lo tendremos aquí a la hora que nos prometió -le contesté-. Ni un minuto antes ni

después.

Mis palabras resultaron ciertas, porque inmediatamente después de las ocho frenó delante de la puerta un coche del que se apeó nuestro amigo. Vimos mirando por la ventana que traía la mano izquierda vendada y que su cara estaba ceñuda y pálida Entró en la casa, pero tardó un ratito en subir por la escalera.

-Trae aspecto de hombre vencido -exclamó Phelps.

No tuve más remedio que confesar que así era, en efecto.

-Después de todo -dije-, es probable que la clave del asunto se encuentre en Londres.

Phelps dejó escapar un gemido, y dijo:

-No sé por qué, pero yo tenía puestas grandísimas esperanzas en su regreso. Pero ¿verdad que ayer no tenía la mano vendada de ese modo? ¿Que ha podido ocurrir?

-¿Está usted acaso herido, Holmes? -le pregunté a mi amigo cuando entro en la habitación.

-¡Bah! no es más que un rasguño que se debe a torpeza mía -contestó, dándonos los buenos días con una inclinación de cabeza-. Este caso suyo, señor Phelps, es, sin disputa, uno de los más oscuros de cuantos me ha tocado investigar.

-Me temí que resultase superior a sus fuerzas.

-Ha sido ésta una notable experiencia.

-Ese vendaje delata aventuras -le dije yo-. ¿No quiere decirnos qué es lo que ha ocurrido?

-Después que nos desayunemos, mi querido Watson. Tenga presente que he venido respirando los aires de Surrev durante treinta millas esta mañana. Me imagino que no habrá habido contestación a mi anuncio para los cocheros, ¿verdad? Bueno, bueno; es demasiado pedir ganar siempre.

La mesa estaba puesta ya, y en el momento en que yo me disponía a tirar del llamador de la campanilla entró la señora Hudson con el té y el café. Algunos minutos más tarde trajo los cubiertos, y los tres

nos sentamos a la mesa: Holmes, hambriento, yo, lleno de curiosidad, y Phelps, en el más negro estado de abatimiento.

-La señora Hudson se ha puesto a la altura de la situación -dijo Holmes quitando la tapadera a una fuente de pollo en salsa-. Su cocina es poco variada, pero tiene el mismo concepto que una escocesa de lo que debe ser un buen desayuno. ¿Qué tiene usted ahí,

Watson?

-Jamón con huevos -le contesté.

-¡Perfectamente! ¿Qué le apetece, señor Phelps: aves en salsa, huevos, o es que prefiere servirse usted mismo?

-Gracias. No me apetece nada -dijo el señor Phelps.

-¡Por favor! Mire, vea si le agrada eso que hay en la fuente que tiene delante.

-No, gracias; prefiero no comer nada.

-Pues entonces -le dijo Holmes con sonrisa maliciosa- supongo que, por lo menos, no tendrá inconveniente en servirme a mí de esa fuente.

Phelps levantó la tapadera, y al hacerlo dejó escapar un grito y se quedó inmóvil, mirando atónito y con la cara tan blanca como la fuente misma que contemplaba. En el centro de la misma veíase un rollo pequeño de papel gris azulado. Le echó mano, lo devoró con los ojos, y luego se puso a bailar como un loco por la habitación, apretándolo contra su pecho y lanzando chillidos de alegría hasta que cayó en un sillón, tan agotado y exhausto por sus propias emociones, que tuvimos que verterle aguardiente en la boca para impedir que se desmayase.

-¿Bueno está! ¡Bueno está! -dijo Holmes, dándole palmadas cariñosas en el hombro-. He obrado mal en soltárselo de esa manera; pero Watson, aquí presente, le -dirá que no acierto a prescindir de una pincelada de dramatismo.

Phelps le cogió la mano y se la besó, exclamando:

-¿Que Dios le bendiga! Me ha salvado usted el honor.

-Sí, pero tenga en cuenta que yo me jugaba el mío -dijo Holmes-. Le aseguro que a mi me resulta tan odioso el fracasar en un caso como a usted cometer una pifia en un encargo oficial.

Phelps se guardó el precioso documento en el bolsillo más recóndito de su chaqueta.

-No tengo alma para retrasar por más tiempo su desayuno, pero me estoy muriendo de ganas de saber cómo se hizo con el documento y dónde se encontraba éste.

Sherlock Holmes se echó al cuerpo una taza de café y luego se dedicó al jamón con huevos. Acto continuo se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su silla.

-Empezaré por contarles lo que hice, y a continuación por que- lo hice. Después de despedirme de ustedes en la estación di un encantador paseo, cruzando un admirable paisaje de Surrey, deteniéndome en una linda aldeíta llamada Ripley, donde me hice servir el té en un mesón, y luego, como medida de precaución, llené mi frasco y metí en

el bolsillo un paquete de bocadillos. Me quedé allí hasta anochecido, y entonces volví a salir para Woking. Poco después- de la puesta del sol me encontraba en la carretera de la parte de fuera de la finca de Briarbrae. Pues bien: esperé a que la carretera quedase desierta, aunque creo que nunca debe de estar muy concurrida, y trepé por encima de la cerca, metiéndome en la finca.

-¿Por qué, si la puerta cochera estaría abierta? -se le escapó decir a Phelps.

-Caprichos que yo suelo tener en estas cosas. Elegí el sitio en que se yerguen los tres abetos y, cubierto por ellos, avancé sin peligro de que pudiera verme nadie desde la casa; me agazapé entre los arbustos que hay al otro lado, y seguí a gatas pasando dé uno a otro, como lo atestigua el calamitoso estado de mis rodilleras, hasta que alcancé el grupo de rododendros que hay frente por frente a la ventana de su dormitorio. Una vez allí, me acurruqué y esperé los acontecimientos. No estaba echada la cortina de su habitación, y veía a la señorita Harrison. que leía sentada a la mesa. A las diez y cuarto cerró el libro, aseguró los postigos y se retiró. Oí cómo cerraba la puerta, y tuve la seguridad de que lo había hecho con llave.

-¿Con llave? -exclamó sin poderse contener Phelps.

-Sí, yo le había dado instrucciones a la señorita Harrison de que cuando se retirase a acostar cerrase por fuera y se llevase la llave. Cumplió a la letra con cuanto yo le dije, y desde luego, de no haber contado con su colaboración, no tendría usted ahora el documento en el bolsillo de su chaqueta. Se retiró, pues, se apagaron las luces, y yo quedé agazapado en el bosquecillo de rododendros. La noche era hermosa, pero, con todo, la vigilia fue por demás fatigosa Claro que una espera así tiene esa especie de emoción que siente el deportista que, tumbado cerca de la corriente de aire, espera la pieza de caza mayor. Sin embargo, resultó larguísima, casi tanto, Watson, como cuando usted y yo esperamos en el cuarto de la muerte al perseguir la solución del problema de La banda de lunares. Allá en Woking, había un reloj de iglesia que daba los cuartos de hora, y en más de un momento llegué á creer que se había parado. Pero, al fin, a eso de las dos de la madrugada, oí de pronto el suave ruido de un cerrojo que se coma hacia atrás y el crujir de una llave. Un instante después se abrió la puerta de la servidumbre y apareció bajo la luz de la luna el señor Joseph Hamson.

-¡Joseph! -exclamó Phelps.

-Traía la cabeza descubierta, pero se había echado sobre los hombros una capa, para poder taparse en un instante la cara, si alguien daba la alarma Avanzó de puntillas a la sombra del muro de la casa, y cuando llegó a la ventana metió un cuchillo de hoja larga por la rendija de los ventanillos y empujó hacia atrás el enganche. Abrió aquéllos, y luego metió el cuchillo entre los postigos, levantó la barra y.los abrió de par en par. Desde donde yo estaba dominábase perfectamente el interior de la habitación, y yo veía todos sus movimientos. Encendió un par de velas que hay encima de la repisa de la chimenea y acto continuo se puso a levantar la esquina de la alfombra cerca de la puerta. Más tarde se agachó y levantó un trozo cuadrado de tarima, como el que es corriente dejar para que los fontaneros puedan tener acceso a las puntas de las tuberías del gas. El trozo en cuestión cubría la junta en forma de T, de la que arranca la tubería que sirve a

la cocina, que cae debajo. De ese escondite extrajo ese pequeño rollo de papel, volvió a encajar la tarima, dejó la alfombra como estaba antes, apagó las velas y cayó en mis brazos, porque le estaba esperando de la aparte de afuera de la ventana. Pero e! señorito Joseph es hombre de peores intenciones de lo que yo creía. Me tiró tres cuchilladas, y tuve que derribarlo dos veces sobre la hierba antes de poder dominarlo. Me produje un corte en los nudillos. Cuando terminamos la cosa, solamente veía él por un ojo, pero en esa mirada se leía el asesinato. Sin embargo, atendió a razones y me entregó el documento. Una vez éste en mi mano, lo dejé marcharse, pero esta mañana telegrafié todos los detalles a Forbes. Si él se da prisa suficiente y apresa a su pájaro, santo y bueno. Pero si, como yo me lo malicio, encuentra el nido vacío para cuando llegue allí, tanto mejor para el Gobierno. Yo me imagino que el señor Phelps, por un lado, y lord Holdhurst, por otro, prefiriría con mucho que el asunto no llegue ni siquiera al tribunal correccional.

-¡Santo Dios! -dijo sin aliento casi nuestro cliente-. Pero ¿me quiere usted decir que durante esas diez largas semanas de agonía el documento robado no dejó de estar conmigo en el mismísimo cuarto?

-Así es.

-¡Y Joseph! ¡Joseph, un bandido y un ladrón!

-¡Ejem! Me temo que el carácter de Joseph sea más profundo y peligroso de lo que cualquiera juzgaría guiándose por las apariencias. Por lo que me ha dicho esta mañana, yo calculo que ha sufrido fuertes pérdidas especulando con valores, y que no parará en barras para mejorar su situación económica. Como es un hombre totalmente egoísta, al presentársele una ocasión no consintió que la felicidad de su hermana o la reputación de usted le impidiesen obrar

Percy Phelps se dejó caer sobre el respaldo del asiento, y dijo:

-Se me va la cabeza. Las palabras de usted me han dejado atónito.

-La principal dificultad que presentaba el caso de usted es que existían demasiados datos -comentó Holmes con su estilo didáctico-. Lo vital se hallaba oscurecido y oculto por lo subalterno. De todos los hechos que se nos presentaban teníamos que quedarnos con los que estimábamos esenciales, para luego unirlos en su orden, reconstruyendo así esa notabilísima cadena de acontecimientos. Yo empecé a sospechar de Joseph por lo siguiente: usted tenía el propósito de hacer esa noche el viaje con él hasta su casa, y era, por consiguiente, muy verosímil que él fuese a buscarlo de paso para la estación.

Cuando supe por usted que alguien tenía tan gran interés en entrar en su dormitorio, en el que nadie sino Joseph pudo haber escondido algo (usted nos dijo en su narración que Joseph tuvo que trasladarse a otro dormitorio cuando llegó usted con el médico), mis sospechas se transformaron en certidumbre, sobre todo porque la tentativa tuvo lugar la primera noche que faltó la enfermera, lo que demostraba que el intruso conocía bien lo que ocurría en la casa

-¡Qué ciego he estado!

-Lo ocurrido, hasta donde yo he podido reconstruir los hechos, es esto: Josep Harrison entró en el edificio por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, fue derecho hacia el despacho de usted, en el que entró momentos después que usted lo abandonó. Al no encontrar allí a nadie tiró del llamador de la campanilla, y en ese preciso momento sus ojos se posaron en el documento que había encima de la mesa.

Le bastó una ojeada para comprender que la casualidad había puesto en su camino un documento de Estado de inmenso valor. Rápido como el relámpago, se lo metió en el bolsillo y desapareció. Como usted recordará, transcurrieron algunos minutos hasta que el adormilado ordenanza llamó su atención hacia la campanilla, y ésos le bastaron al ladrón para llevar a cabo su fuga. Marchó a Woking con el primer tren y, después de examinar su botín y de convencerse de su inmenso valor, lo ocultó en lo que creyó que era un lugar seguro, con el propósito de sacarlo de allí uno o dos días después para llevarlo a la Embajada francesa o al sitio en que juzgó que se lo pagarían espléndidamente. Pero usted se presenta de pronto y él se ve echado del cuarto que ocupaba, sin que desde ese momento hubiese nunca menos de dos personas presentes en el mismo, siéndole por ello imposible recuperar su tesoro. La situación debió de ser como para volverlo loco. Por fin creyó llegada su oportunidad. Intentó entrar subrepticiamente, pero se vio chasqueado por lo ligero del sueño de usted. Como recordará, esa noche no tomó usted su medicina habitual.

-Lo recuerdo.

-Yo opino que él había tomado medidas para que la medicina tuviese eficacia esa noche, y que contaba con encontrarlo a usted inconsciente. Yo me dije, como es natural, que repetiría su tentativa en cuanto pudiera hacerlo sin peligro. La ausencia de usted le proporcionó la ocasión que deseaba. Hice que la señorita Harrison no se moviese de allí en todo el día, para que él no se nos anticipase. Después de haberle hecho creer que la costa estaba libre, monté guardia, según ya les he dicho. Yo sabía que el documento se encontraba probablemente dentro de la habitación, pero no quería hacer levantar el entarimado y los zócalos para buscarlo. Le dejé, pues, apoderarse del papel vigilándolo desde mi escondite, y de ese modo me ahorré un trabajo molestísimo. ¿Falta algún otro punto por esclarecer?

-¿Y por qué en la primera ocasión probó a entrar por la ventana, siendo así que podía haber entrado por la puerta?

-Porque para llegar a la puerta habría tenido que pasar por delante de siete dormitorios. Por otra parte, le era facilísimo salir a la cespedera. ¿Algo más?

-Pero seguramente que no llevaría el propósito de asesinarme. ¿Qué opina usted? Pensó servirse del cuchillo únicamente como herramienta.

-Quizá tenga usted razón -contestó Holmes encogiéndose de hombros-. Lo que yo puedo asegurar es que el señor Harrison es un caballerito de cuya compasión no me gustaría, ni muchísimo menos, tener que depender.

El tren especial desaparecido

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

La confesión hecha por Herbert de Lernac, que se halla en la actualidad penado con sentencia de muerte en Marsella, ha venido a arrojar luz sobre uno de los crímenes más inexplicables del siglo, sobre un suceso que, según creo, no tiene precedente alguno en los anales del crimen de ningún país. Aunque en los medios oficiales se muestran reacios a tratar del asunto, por lo que los informes entregados a la prensa son muy pocos, existen, no obstante, indicaciones de que la confesión de este archicrirninal está corroborada por los hechos y de que hemos encontrado, al fin, la solución del más asombroso de los asuntos. Como el suceso ocurrió hace ya ocho años y una crisis política que en aquellos momentos tenía absorta la atención del público vino, hasta cierto punto, a quitarle importancia, convendrá que yo exponga los hechos tal como me ha sido posible conocerlos. Los he examinado comparando los periódicos de Liverpool de aquella fecha, las actas de la investigación realizada acerca de John Stater, maquinista del tren, y los archivos de la compañía de ferrocarril de Londres y la Costa Occidental, que han sido puestos cortésmente a mi disposición. Resumiéndolos, son como siguen:

El día 3 de junio de 1890, un caballero que dijo llamarse monsieur Louis Caratal pidió una entrevista con míster James Bland, superintendente de la estación central de dicho ferrocarril en Liverpool. Era un hombre de corta estatura, edad mediana y pelo negro, cargado de espaldas hasta el punto de producir la impresión de alguna deformidad del espinazo. Iba acompañado por un amigo, hombre de aspecto fisico impresionante, pero cuyas maneras respetuosas y cuyas atenciones constantes daban a entender que dependía del otro. Este amigo o acompañante, cuyo nombre no se dio a conocer, era sin duda alguna extranjero y probablemente español o sudamericano, a juzgar por lo moreno de su tez. Se observó en él una particularidad. Llevaba en la mano izquierda una carpeta negra de cuero, de las de los correos, y un escribiente observador de las oficinas centrales se fijó en que la llevaba sujeta a la muñeca por medio de una correa. Ninguna importancia se dio en aquel entonces a este hecho, pero los acontecimientos que siguieron demostraron que la tenía. Se hizo pasar a monsieur Caratal hasta el despacho de míster Bland, quedando esperándole fuera su acompañante.

El negocio de monsieur Caratal fue solucionado rápidamente. Aquella tarde había llegado de un país de Centroamérica. Ciertos negocios de máxima importancia exigían su presencia en París sin perder ni un solo momento. Se le había ido el expreso de Londres y necesitaba que se le pusiese un tren especial. El dinero no tenía importancia, porque era un problema de tiempo. Si la Compañía se prestaba a que lo ganase poniéndole un tren, él aceptaba las condiciones de la misma.

Míster Bland tocó el timbre, mandó llamar al director de tráfico, míster Potter Hood, y dejó arreglado el asunto en cinco minutos. El tren saldría tres cuartos de hora más tarde. Se requería tiempo para asegurarse que la línea estaba libre. Se engancharon dos coches, con un furgón detrás para un guarda, a una poderosa locomotora conocida con el

nombre de Rochdale, que tenía el número 247 en el registro de la Compañía. El primer vagón sólo tenía por finalidad disminuir las molestias producidas por la oscilación. El segundo, como de costumbre, estaba dividido en cuatro departamentos: un departamento de primera, otro de primera para fumadores, uno de segunda y otro de segunda para fumadores. El primer departamento, el delantero, fue reservado a los viajeros. Los otros tres quedaron vacíos. El jefe de tren fue James McPherson, que llevaba ya varios años al servicio de la Compañía. El fogonero, William Smith, era nuevo en el oficio.

Al salir del despacho del superintendente, monsicur Caratal fue a reunirse con su acompañante y ambos dieron claras señales de la gran impaciencia que tenían por ponerse en marcha. Pagaron la suma que se les pidió, es decir, cincuenta libras y cinco chelines, a la tarifa correspondiente para los trenes especiales de cinco chelines por milla y a continuación pidieron que se les condujese hasta el vagón, instalándose inmediatamente en el mismo, aunque se les aseguró que transcurriría cerca de una hora hasta que la vía estuviese libre. En el despacho del que acababa de salir monsieur Caratal ocurrió, mientras tanto, una coincidencia extraña.

El hecho de que en un rico centro comercial alguien solicite un tren especial no es cosa extraordinaria; pero que la misma tarde se soliciten dos de esos trenes ya era cosa poco corriente. Eso fue, sin embargo, lo que ocurrió; apenas míster Bland hubo despachado el asunto del primer viajero, cuando se presentó en su despacho otro con la misma pretensión. Este segundo viajero se llamaba míster Horace Moore, hombre de aspecto militar y porte caballeresco, que alegó una enfermedad grave y repentina de su esposa, que se hallaba en Londres, como razón absolutamente imperiosa para no perder un instante en ponerse de viaje. Eran tan patentes su angustia y su preocupación, que míster Bland hizo todo lo posible para complacer sus deseos. No había ni que pensar en un segundo tren especial, porque ya el comprometido perturbaba hasta cierto punto el servicio corriente local. Sin embargo, quedaba la alternativa de que míster Moore cargase con una parte de los gastos del tren de monsicur Caratal e hiciese el viaje en el otro departamento vacío de primera clase, si monsieur Caratal ponía inconvenientes a que lo hiciese en el ocupado por el y por su compañero. No parecía fácil que pusiese objeción alguna a ese arreglo; sin embargo, cuando míster Potter Hood le hizo esta sugerencia:, se negó en redondo a tomarla ni siquiera en consideración. El tren era suyo, dijo, e insistiría en utilizarlo para uso exclusivo suyo. Cuando míster Horace Moore se enteró de que no podía hacer otra cosa que esperar al tren ordinario que sale de Liverpool a las seis, abandonó la estación muy afligido. El tren en que viajaban el deforme monsieur Caratal y su gigantesco acompañante dio su pitido de salida de la estación de Liverpool a las cuatro y treinta y un minutos exactamente, según el reloj de la estación. La vía estaba en ese momento libre y el tren no había de detenerse hasta Manchester.

Los trenes del ferrocarril de Londres y la Costa Occidental ruedan por líneas pertenecientes a otra Compañía hasta la ciudad de Manchester, a la que el tren especial habría debido llegar antes de las seis. A las seis y cuarto se produjo entre los funcionarios de Liverpool una gran sorpresa, que llegó incluso a consternación al recibo de un telegrama de Manchester, en el que se anunciaba que no había llegado todavía. Se preguntó a St. Helens, que se encuentra a un tercio de distancia entre ambas ciudades, y

contestaron lo siguiente:

«A James Bland, superintendente, Central L. and W C., Liverpool. -El especial pasó por aquí a las 4,52, de acuerdo con su horario. -Dowser, St. Helens.»

Este telegrama se recibió a las 6,40. A las 6,50 se recibió desde Manchester un segundo telegrama.

«Sin noticias del especial anunciado por usted.»

Y diez minutos más tarde un tercer telegrama, todavía más desconcertante:

«Suponemos alguna equivocación en horario indicado para el especial. El tren corto procedente de St Helens, que debía seguir al especial, acaba de llegar y no sabe nada de este último. Sírvase telegrafiar. -Manchester»

El caso estaba asumiendo un aspecto por demás asombroso, aunque el último de los telegramas aportó en ciertos aspectos un alivio a los directores de Liverpool. Parecía difícil que, si al especial te había ocurrido algún accidente, pudiera pasar el tren corto por la misma línea sin haber advertido nada. Pero ¿qué otra alternativa quedaba? ¿Dónde podía encontrarse el tren en cuestión? ¿Lo habían desviado a algún apartadero, por alguna razón desconocida, para permitir el paso del tren más lento? Esa explicación cabía dentro de lo posible, en el caso de que hubiesen tenido que llevar a cabo la reparación de alguna pequeña avería. Se enviaron sendos telegramas a todas las estaciones intermedias entre St. Helens y Manchester, y tanto el superintendente como el director de tráfico permanecieron junto al transmisor, presas de la máxima expectación, en espera de que fuesen llegando las contestaciones que habían de informarles con exactitud de lo que te había ocurrido al tren desaparecido. Las contestaciones fueron llegando en el mismo orden de las preguntas, es decir, en el de las estaciones que venían a continuación de la de St. Helens.

Especial pasó por aquí a las 5. -Collins Green.»

Especial pasó por aquí 5,5. -Earlestown.»

Especial pasó por aquí 5,15. -Newton.»

«Especial pasó por aquí 5,20. -Kenyon-Empalme.»

«Ningún especial pasó por aquí. -Barton Moss.»

Los dos funcionarios se miraron atónitos.

-No me ha ocurrido cosa igual en mis treinta años de servicio -dijo míster Bland.

-Es algo absolutamente sin precedentes e inexplicable, señor. Algo le ha ocurrido al especial entre Kenyon-Empalme y Barton Moss.

-Sin embargo, si la memoria no me falla, no existe apartadero entre ambas estaciones. El especial se ha fugado de los raíles.

-Pero ¿cómo es posible que el tren ordinario de las cuatro cincuenta haya pasado por la misma línea sin verlo?

-No queda otra alternativa, míster Hood. Tiene por fuerza que haber descarrilado. Quizá el tren corto haya observado algo que arroje alguna luz en el problema. Telegrafiaremos a Manchester pidiendo mayores informes, y a Kenyon-Empalme le daremos instrucciones de que salgan inmediatamente a revisar la vía hasta Barton Moss.

La respuesta de Manchester no se hizo esperar:

«Sin noticias del especial desaparecido. Maquinista y jefe del tren corto afirman de manera terminante que ningún descarrilamiento ha ocurrido entre Kenyon-Empalmc y Barton Moss. La vía, completamente libre, sin ningún detalle fuera de lo corriente. -Manchester»

-Habrá que despedir a ese maquinista y a ese jefe de tren -dijo, ceñudo, míster Bland-. Ha ocurrido un descarrilamiento y ni siquiera se han fijado. No cabe duda de que el especial se salió de los raíles sin estropear la vía, aunque eso es superior a mis entendederas. Pero no tiene más remedio que haber ocurrido así y ya verá usted cómo no tardamos en recibir telegrama de Kenyon o de Barton Moss anunciándonos que han encontrado al especial en el fondo de un barranco.

Pero la profecía de míster Bland no estaba llamada a cumplirse. Transcurrió media hora y llegó, por fin, el siguiente mensaje enviado por el jefe de estación de Kenyon-Empalme:

«Sin ningún rastro del especial desaparecido. Con seguridad absoluta que pasó por aquí y que no llegó a Barton Moss. Desenganchamos máquina de tren mercancías y yo mismo he recorrido la línea, que está completamente libre, sin señal alguna de que haya ocurrido accidente.»

Míster Bland se tiró de los cabellos, lleno de perplejidad, y exclamó:

-¡Esto raya con la locura, Hood! ¿Es que puede en Inglaterra esfumarse un tren en el aire a plena luz del día? Esto es absurdo. Locomotora, tender, dos coches, un furgón, cinco personas.... y todo desaparecido en la vía despejada de un ferrocarril. Si no recibimos alguna noticia concreta, iré yo personalmente a recorrer la línea dentro de una hora, en compañía del inspector Collins.

Al fin ocurrió algo concreto, que tomó la forma de otro telegrama procedente de Kenyon-Empalme:

«Lamento informar que cadáver de John Slater, maquinista tren especial, acaba de ser encontrado entre matorral aliagas a dos millas y cuarto de este empalme. Cayó de locomotora, rodó barranco abajo y fue a parar entre arbustos. Parece muerte debida a

heridas en la cabeza que produjose al caer. Examinado cuidadosamente terreno alrededores, sin encontrar rastro de tren desaparecido.»

He dicho ya que el país se encontraba en el hervor de una crisis política, contribuyendo todavía más a desviar la atención del público las noticias sobre sucesos importantes y sensacionales que ocurrían en París, donde un escándalo colosal amenazaba con derribar al Gobierno y desacreditar a muchos de los dirigentes de Francia. Esta clase de noticias llenaban las páginas de los periódicos y la extraña desaparición del tren despertó una atención mucho menor que la que se le habría dedicado en momentos de mayor tranquilidad. Además, el suceso presentaba un aspecto grotesco, que contribuyó a quitarle importancia: los periódicos desconfiaban de la realidad de los hechos tal como venían relatados. Más de uno de los diarios londinenses trató el asunto de ingeniosa noticia falsa, hasta que la investigación del juez acerca de la muerte del desdichado maquinista (investigación que no descubrió nada importante) convenció a todos de que era un incidente trágico.

Mister Bland, acompañado del inspector Collins, decano de los detectives al servicio de la Compañía, marchó aquella misma tarde a Kenyon-Empalme. Dedicaron todo el siguiente día a investigaciones que obtuvieron sólo un resultado totalmente negativo. No sólo no existía rastro del tren desaparecido, sino que resultaba imposible formular una hipótesis que pudiera explicar lo ocurrido. Por otro lado, el informe oficial del inspector Collins (que tengo ante mis ojos en el momento de escribir estas líneas) sirvió para demostrar que las posibilidades eran mucho más numerosas de lo que habría podido esperarse. Decía el informe:

«En el trecho de vía comprendido entre estas dos estaciones, la región está llena de fundiciones de hierro y de explotaciones de carbón. Algunas de éstas se hallan en funcionamiento, pero otras han sido abandonadas. No menos de una docena cuentan con líneas de vía estrecha, por las que circulan vagonetas hasta la línea principal. Desde luego, hay que descartarías. Sin embargo, existen otras siete que disponen, o que han dispuesto, de líneas propias que llegan hasta la principal y enlazan con ésta, lo que les permite transportar los productos desde la bocamina hasta los grandes centros de distribución. Todas esas líneas tienen sólo algunas millas de longitud. De las siete, cuatro pertenecen a explotaciones carboníferas abandonadas o, por lo menos, a pozos de mina que ya no se explotan. Son las de Redgaundet, Hero, Slough of Despond y Heartscase, mina esta última que era hace diez años una de las más importantes del Lancashire. Es posible también eliminar de nuestra investigación estas cuatro líneas, puesto que sus vías han sido levantadas en el trecho inmediato a la via principal, para evitar accidentes, de modo que en realidad no tienen ya conexión con ella. Quedan otras tres líneas laterales, que son las que conducen a los siguientes lugares:

»a) A las fundiciones de Carnstock;

»b) A la explotación carbonífera de Big Ben;

»c) A la explotación carbonífera de Perseverance.

»La de Big Ben es una vía que no tiene más de un cuarto de milla de trayecto y que

muere en un gran depósito de carbón que espera ser retirado de la bocamina. Allí nadie había visto ni oído hablar de ningún tren especial. La línea de las fundiciones de hierro de Camstock estuvo, durante el día 3 de junio, bloqueada por 16 vagones cargados de hematites. Se trata de una vía única y nada pudo pasar por ella. En cuanto a la línea de la Perseverance, se trata de una doble vía por la que tiene lugar un tráfico importante, debido a que la producción de la mina es muy grande. Ese tráfico se llevó a cabo durante el día 3 de junio como de costumbre; centenares de hombres, entre los que hay que incluir una cuadrilla de peones del ferrocarril, trabajaron a lo largo de las dos millas y cuarto del trayecto de esa línea y es inconcebible que un tren inesperado haya podido pasar por ella sin llamar la atención de todos. Para terminar, se puede hacer constar el detalle de que esta vía ramificada se encuentra más próxima a St. Helens que el lugar en que fue hallado el cadáver del maquinista, por lo que existen toda clase de razones para creer que el tren había dejado atrás ese lugar antes que le ocurriese ningún accidente.

»Por lo que se refiere a John Slater, ninguna pista se puede sacar del aspecto ni de las heridas que presenta su cadáver. Lo único que podemos afirmar, con los datos que poseemos, es que halló la muerte al caer de su máquina, aunque no nos creemos autorizados para emitir una opinión acerca del motivo de su caída ni de lo que le ocurrió a su máquina con posterioridad.»

En conclusión, el inspector presentaba la dimisión de su cargo, pues se encontraba muy irritado por la acusación de incompetencia que se le hacía en los periódicos londinenses.

Transcurrió un mes, durante el cual tanto la policía como la Compañía ferroviaria prosiguieron en sus investigaciones sin el más pequeño éxito. Se ofreció una recompensa y se prometió el perdón en caso de no tratarse de un crimen; pero nadie aspiró a una cosa ni a otra. Los lectores de los periódicos abrían éstos diariamente con la seguridad de que estaría por fin aclarado aquel enigma tan grotesco; pero fueron pasando las semanas y la solución seguía tan lejana como siempre. En la zona más poblada de Inglaterra, en pleno día y en una tarde del mes de junio había desaparecido con sus ocupantes un tren, lo mismo que si algún mago poseedor de una química sutil lo hubiese volatilizado y convertido en gas. Desde luego, entre las distintas hipótesis que aparecieron en los periódicos, hubo algunas que afirmaban en serio la intervención de potencias sobrenaturales o, por lo menos, preternaturales y que el deforme monsieur Caratal era en realidad una persona a la que se conoce mejor con otro nombre menos fino. Otros atribuían el maleficio a su moreno acompañante, aunque nadie era capaz de formular en frases claras de qué recurso se había valido.

Entre las muchas sugerencias publicadas por distintos periódicos o por individuos particulares, hubo una o dos que ofrecían la suficiente posibilidad para atraer la atención de los lectores. Una de ellas, la aparecida en The Tímes, con la firma de un aficionado a la lógica que por aquel entonces gozaba de cierta fama, abordaba el problema de una manera analítica y semicientífica. Será suficiente dar aquí un extracto; pero los curiosos pueden leer la carta entera en el número correspondiente al día 3 de julio. Venía a decir:

. «Uno de los principios elementales del arte de razonar es que, una vez que se haya eliminado lo imposible, la verdad tiene que encerrarse en el residuo, por improbable que parezca. Es cierto que el tren salió de Kenyon-Empalme. Es cierto que no llegó a Barton

Moss. Es sumamente improbable, pero cabe dentro de lo posible, que el tren haya sido desviado por una de las siete vías laterales existentes. Es evidentemente imposible que un tren circule por un trecho de vía sin raíles; por consiguiente, podemos reducir los casos improbables a las tres vías en actividad, es decir, la de las fundiciones de hierro Camstock la de Big Ben y la de Perseverance. ¿Existe alguna sociedad secreta de mineros de carbón, alguna Camorra inglesa, capaz de destruir el tren y a sus viajeros? Es improbable, pero no imposible. Confieso que soy incapaz de apuntar ninguna otra solución. Yo aconsejaría, desde luego, a la Compañía que concentrase todas sus energías en estudiar esas tres líneas y a los trabajadores del lugar en que estas terminan. Quizá el examen de las casas de préstamos del distrito sacase a la luz algunos hechos significativos.»

Tal sugerencia despertó considerable interés por proceder de una reconocida autoridad en esa clase de asuntos y levantó también una furiosa oposición de los que la calificaban de libelo absurdo en perjuicio de una categoría de hombres honrados y dignos. La única respuesta que se dio a estas censuras fue un reto a quienes las formulaban para que expusiesen ellos públicamente otra hipótesis más verosímil. Esto provocó efectivamente otras dos, que aparecieron en los números del Times correspondientes a los días 7 y 9 de julio. Apuntaba la primera de ellas la idea de que quizá el tren hubiese descarrilado y se hubiese hundido en el canal de Lancashire y Staffordshire, que corre paralelo al ferrocarril en un trecho de algunos centenares de yardas. Esta sugerencia quedó desacreditada al publicarse la profundidad que tiene el canal, que no podía, ni mucho menos, ocultar un objeto de semejante volumen. El segundo corresponsal llamaba la atención sobre la cartera que constituía el único equipaje que los viajeros llevaban consigo, apuntando la idea de la posibilidad de que llevasen oculto en su interior algún nuevo explosivo de una fuerza inmensa y pulverizadora. Pero el absurdo evidente de suponer que todo el tren hubiera podido quedar pulverizado y la vía del ferrocarril no hubiese sufrido el menor daño, colocaba semejante hipótesis en el terreno de las burlas. En esa situación sin salida encontrábanse las investigaciones, cuando ocurrió un incidente nuevo y completamente inesperado.

El hecho es, nada más y nada menos, que haber ,recibido la señora de McPherson una carta de su marido, James McPherson, el mismo que iba de jefe de tren en el especial desaparecido. La carta, con la fecha de 5 de julio de 1890, había sido puesta en el correo de Nueva York y llegó a destino el 14 del mismo mes. Expresáronse dudas acerca de su autenticidad, pero la señora McPherson afirmó terminantemente la de la letra; además, el venir con ella la cantidad de cien dólares en billetes de cinco dólares bastaba para descartar la idea de que no se tratase de una añagaza. El remitente no daba dirección alguna y la carta era como sigue:

«Mi querida esposa: Lo he meditado muchísimo y me resulta insoportable el renunciar a ti. Y también a Elisita. Por más que lucho contra esa idea, no puedo apartarla de mi cabeza. Te envío dinero, que podrás cambiarlo por veinte libras inglesas, que serán suficientes para que tú y Elisita crucéis el Atlántico. Los barcos de Hamburgo que hacen escala en Southampton son muy buenos y más baratos que los de Liverpool. Si vosotras vinieseis y os alojaseis en la Johnston House, yo procuraría avisaros de qué manera podríamos rcunirnos, pero de momento me encuentro con grandes dificultades y soy poco feliz, porque me resulta duro renunciar a vosotras dos. Nada más, pues, por el

momento, de tu amante esposo,

James McPhcrson.»

Se calculó durante algún tiempo con mucha seguridad que esta carta conduciría al esclarecimiento total del caso, sobre todo porque se consiguió el dato de que en el buque de pasajeros Vistula, propiedad de la Hamburg y New York, que había zarpado el día 7 de junio, figuraba como pasajero un hombre de gran parecido fisico con el jefe de tren desaparecido. La señora McPherson y su hermana, Elisita Dolton, embarcaron para Nueva York según las instrucciones que se les daban y permanecieron alojadas durante tres semanas en la Johnston House, sin recibir noticia alguna del desaparecido. Es probable que ciertos comentarios índiscretos aparecidos en la prensa advirtiesen a éste que la policía las empleaba como cebo. Sea como sea, lo cierto es que nadie les escribió ni se acercó a ellas y que las mujeres acabaron por regresar a Liverpool.

Así quedaron las cosas, sin nueva alteración hasta el año actual de 1898. Por increíble que parezca, durante los últimos ocho años nada ha trascendido que arrojase la más pequeña luz sobre la extraordinaria desaparición del tren especial en el que viajaban monsieur Caratal y su acompañante. Las minuciosas investigaciones que se realizaron acerca de los antecedentes de los dos viajeros pudieron únicamente dejar comprobado el hecho de que monsicur Caratal era muy conocido en Arnérica Central como financiero y agente político y que en el transcurso de su viaje a Europa exteriorizó una ansiedad extraordinaria por llegar a París. Su acompañante, que figuraba en el registro de pasajeros con el nombre de Eduardo Gómez, era hombre que tenía una historia de personaje violento, con fama de bravucón y peleador. Sin embargo, existían pruebas de que servía con honradez y abnegación los intereses de monsicur Caratal y de que este último, hombre de cuerpo desmedrado, se servía de el como guardián y protector. Puede agregarse a esto que de París llegaron informes acerca de las finalidades que monsicur Caratal perseguía probablemente en su precipitado viaje.

En el anterior relato están comprendidos todos los hechos que se conocían sobre este caso hasta que los diarios de Marsella publicaron la reciente confesión de Herbert de Lernac, que se encuentra actualmente en la cárcel, condenado con sentencia de muerte por el asesinato de un comerciante de apellido Bonvalot. He aquí la traducción literal del documento:

«No doy a la publicidad esta información por simple orgullo o jactancia; si quisiera darme ese gusto, Podría relatar una docena de hazañas mías más o menos espléndidas. Lo hago con objeto de que ciertos caballeros de París se den por enterados de que yo, que puedo dar noticias de la muerte de monsicur Caratal, estoy también en condiciones de decir en beneficio y a petición de quién se llevó a cabo ese hecho, a menos que el indulto que estoy esperando me llegue muy rápidamente. ¡Mediten, señores, antes de que sea demasiado tarde! Ya conocen ustedes a Herbert de Lemac y les consta que es tan presto para la acción como para la palabra. Apresúrense, porque de lo contrario están perdidos.

No citaré nombres por el momento. ¡Qué escándalo si yo los diese a conocer! Me limitaré a exponer con que habilidad llevé a cabo la hazaña. En aquel entonces fui leal a

quienes se sirvieron de mí y no dudo de que también ellos lo serán conmigo ahora. Lo espero y, hasta que no me convenza de que me han traicionado, me reservaré esos nombres, que producirían una conmoción en Europa. Pero cuando llegue ese día... Bien, no digo más.

Para no andar con rodeos diré que el año 1890 hubo en París un célebre proceso relacionado con un monstruoso escándalo de políticos y financieros. Hasta dónde llegaba la monstruosidad del escándalo únicamente lo supimos ciertos agentes confidenciales como yo. Estaban en juego la honra y la carrera de muchos de los hombres más destacados de Francia. Mis lectores habrán visto sin duda un grupo de nueve bolos en pie, todos muy rígidos y muy firmes. De pronto llega rodando la bola desde lejos, y a éste le doy y a éste también, pop, pop, pop, los nueve bolos ruedan por el suelo. Pues bien: represéntense a algunos de los hombres más destacados de Francia como a estos bolos, que ven llegar desde lejos a este monsieur Caratal, que hacía de bola. Si se le permitía llegar a París, todos ellos -pop, pop, pop- rodarían por el suelo. Se decidió que no llegase.

No los acuso de tener clara conciencia de lo que iba a ocurrir. Ya he dicho que estaban en juego grandes intereses financieros y políticos. Se formó un sindicato para poner en marcha la empresa. Hubo algunos de los que se suscribieron al sindicato que no llegaron a comprender cuál era su finalidad. Otros sí que tenían una idea clara de la misma y pueden estar seguros de que yo no me he olvidado de sus nombres. Mucho antes de que monsieur Caratal embarcase en América, tuvieron ellos noticia de su viaje y supieron que las pruebas que traía con el equivalían a la ruina de todos ellos. El sindicato disponía de una suma ¡limitada de dinero; una suma ¡limitada, en toda la extensión de la palabra. Buscaron un agente capaz de manejar con seguridad aquella fuerza gigantesca. El hombre elegido tenía que ser fértil en recursos, decidido y adaptable; es decir, de los que se encuentran uno entre un millón. Se decidieron por Herbert de Lemac y reconozco que acertaron.

Quedó a mi cargo elegir mis subordinados, manejar sin trabas de ninguna clase la fuerza que proporciona el dinero y asegurarme de que monsieur Caratal no llegase jamás a París. Me puse a la tarea que se me había encomendado con la energía que me es característica antes de que transcurriese una hora de recibir las instrucciones que se me dieron, y las medidas que tomé fueron las mejores que era posible idear para conseguir el objetivo.

»Envié inmediatamente a Sudamérica a un hombre de mi absoluta confianza para que hiciese el viaje a Europa junto con monsieur Caratal. Si ese hombre hubiese llegado a tiempo a su destino, el barco en que este señor navegaba no habría llegado jamás a Liverpool. Por desgracia, había zarpado antes de que mi agente pudiera alcanzarlo. Flete un pequeño bergantín armado para cortar el paso al buque; pero tampoco me acompañó la suerte. Sin embargo, yo, como todos los grandes organizadores, admitía la posibilidad del fracaso y preparaba una serie de alternativas con la seguridad de que alguna de ellas tendría éxito. Nadie calcule las dificultades de mi empresa por debajo de lo que realmente eran, ni piense que en este caso era suficiente recurrir a un vulgar asesinato. No sólo era preciso destruir a monsicur Caratal; había que hacer desaparecer también sus documentos y a sus acompañantes, si teníamos razones para creer que había

comunicado a éstos sus secretos. Téngase además presente que ellos vivían alerta, sospechando vivamente lo que se les preparaba. Era una empresa digna de mí desde todo punto de vista, porque yo alcanzo la plenitud de mis facultades cuando se trata de empresas ante las cuales otros retrocederían asustados.

»Todo estaba preparado en Liverpool para la recepción que había de hacerse a monsicur Caratal, y mi ansiedad era todavía mayor porque tenía razones para creer que ese hombre había tomado medidas para disponer de una guardia considerable desde el momento en que llegase a Londres. Todo había de hacerse, pues, entre el momento en que él pusiese el pie en el muelle de Liverpool y el de su llegada a la estación terminal en Londres del ferrocarril de Londres y la Costa Occidental. Preparamos seis proyectos, cada uno más complicado que el anterior; de las andanzas del viajero dependería cuál de esos proyectos pondríamos por obra. Lo teníamos todo dispuesto, hiciese lo que hiciese. Lo mismo si viajaba en un tren ordinario, que si tomaba un expreso o contrataba un tren especial, le saldríamos al paso. Todo estaba previsto y a punto.

»Ya se supondrá que me era imposible realizarlo todo personalmente. ¿Qué sabía yo de las líneas inglesas de ferrocarriles? Pero con dinero es posible procurarse agentes activos en todo el mundo y encontré muy pronto a uno de los cerebros más agudos de Inglaterra, que se puso a mi servicio. No quiero citar nombres, pero sería injusto que yo me atribuyese todo el mérito. Mi aliado inglés era digno de la alianza que establecí con ¿l. Conocía a fondo la línea del ferrocarril en cuestión y tenía bajo su mando a una cuadrilla de trabajadores inteligentes y en los que podía confiar. La idea fue suya y yo sólo tuve que contribuir en algunos detalles. Compramos a varios funcionarios del ferrocarril, siendo James McPherson el más importante de todos, porque nos cercioramos de que, tratándose de trenes especiales, era casi seguro que actuase de jefe de tren. También Smith, el fogonero, estaba a nuestras órdenes. Se tanteó asimismo a John Slater, maquinista; pero resultó hombre demasiado terco y peligroso, por lo que prescindimos de él. No teníamos una certidumbre absoluta de que monsicur Caratal contratase un tren especial, pero nos pareció muy probable que lo hiciese, porque era cosa de la máxima importancia para él llegar cuanto antes a París. Realizamos, pues, preparativos especiales para hacer frente a esa eventualidad. Esos preparativos estaban a punto hasta en sus menores detalles mucho antes de que el vapor diese vista a las costas de Inglaterra. Quizá divierta al que lea esto saber que uno de mis agentes iba embarcado en la lancha del piloto que guió al vapor hasta el lugar en que tenía que anclar.

»Desde el instante de la llegada de Caratal a Liverpool, supimos que recelaba peligro y estaba sobre aviso. Traía de escolta a un individuo peligroso, de apellido Gómez, que iba bien armado y dispuesto a servirse de sus armas. Este individuo llevaba encima los documentos confidenciales de Caratal y estaba preparado para protegerlos igual que a su amo. Existía, pues, la probabilidad de que Caratal se hubiese confiado a Gómez, y sería perder energías acabar con el primero dejando con vida al segundo. Forzosamente tenía que ser idéntico su final, y nuestros proyectos a ese respecto se vieron favorecidos por la solicitud que hicieron de un tren especial. Está claro que en ese tren especial dos de los tres empleados de la Compañía estaban al servicio nuestro y que la suma que les pagamos por ello iba a permitirles gozar de independencia durante el resto de su vida. Yo no llegaré hasta el punto de afirmar que los ingleses son más honrados que los naturales de cualquier otro país, pero sí afirmo que su precio de venta me ha resultado

siempre más caro.

»He hablado ya de mi -agente inglés. Es un hombre a quien espera un gran porvenir, a menos que algún mal de garganta se lo lleve antes de tiempo. A su cargo corrieron todas las medidas que hubo de tomar en Liverpool, mientras que yo me situé en el mesón del Empalme de Kenyon, donde aguard¿ un despacho cifrado para entrar en acción. Cuando todo estuvo dispuesto para el tren especial, mi agente me telegrafió en el acto, advirtiéndome que debía tenerlo todo preparado inmediatamente. El, por su parte, solicitó, con el nombre y apellido de Horace Moore, otro tren especial, confiando en que le enviarían en el mismo en que viajaría monsicur Caratal. Su presencia en el tren podría sernos útil en determinadas circunstancias. Si, por ejemplo, nos fallaba nuestro golpe máximo, mi agente cuidaría de matarlos a los dos a tiros y de destruir los documentos; pero Caratal estaba sobre aviso y se negó a que viajase en su tren ninguna otra persona. Entonces mi agente se retiró de la estación, volvió a penetrar en ella por la otra puerta y se metió en el furgón por el lado contrario al del andén. Viajó, pues, con el jefe de tren McPherson.

»Voy a satisfacer el interés del lector poniéndole al corriente de lo que yo tenia tramado. Todo había sido preparado con varios días de antelación, a falta sólo de los últimos retoques. La línea de desviación que habíamos elegido había estado anteriormente conectada con la vía principal- pero esa conexión estaba ya cortada. No teníamos que hacer, para volver a conectarla, sino colocar unos pocos raíles. Estos habían sido colocados con todo el sigilo posible para no llamar la atención y sólo quedaba completar la unión con la vía principal, disponiendo las agujas tal y como habían estado en otro tiempo. Las traviesas no habían sido quitadas y los raíles, bridas y remaches estaban preparados, porque nos habíamos apoderado de ellos en un apartadero que había en el trecho abandonado de la línea. Valiéndome de mi cuadrilla de trabajadores, cortos en número, pero competentes, lo tuvimos todo preparado mucho antes de que llegase el tren especial. Cuando éste llegó, se desvió hacia la línea lateral tan suavemente, que los dos viajeros no advirtieron, por lo visto, en modo alguno el traqueteo de los ejes en las agujas.

»Nuestro proyecto era que Smith, el fogonero, cloroformizase a John Slater, el maquinista, a fin de que éste desapareciese con los demás. En este punto, y sólo en este punto, fallaron nuestros proyectos, porque dejo de lado la estupidez criminal de McPherson escribiendo a su mujer. Nuestro fogonero se manejó en su papel con tal torpeza, que Slater cayó de la locomotora en sus forcejeos. Aunque la suerte nos acompañó y ese hombre se desnucó al caer, no por eso deja de constituir un borrón en lo que de otro modo habría sido una obra de absoluta maestría, de las que es preciso contemplar con callada admiración. El técnico en crímenes descubrirá en John Slater la única grieta de todas nuestras admirables combinaciones. Quien como yo lleva obtenidos tantos éxitos, puede permitirse ser sincero y por esa razón señalo con el dedo a John Slater y afirmo que fue el único fallo.

»Pero ya tenemos a nuestro tren especial dentro de la línea de dos kilómetros o, más bien, de una milla de longitud, que conduce, o más bien que solía conducir, a la mina abandonada de Heartsease, que había sido una de las minas de carbón más importantes de Inglaterra. Se me preguntará cómo pudo ocurrir que nadie viese circular el tren por la

línea abandonada y contesto que esa línea corre en todo su trayecto por una profunda trinchera. Nadie que no estuviese en el borde de esa trinchera podía verlo. Pero alguien estaba allí. Quien estaba era yo mismo y ahora diré lo que vi.

»Mi ayudante se había quedado junto a las agujas para dirigir la maniobra de desviación del tren. Le acompañaban cuatro hombres armados. Si el tren hubiese descarrilado, cosa que nos pareció probable porque las agujas estaban muy oxidadas, tendríamos todavía medios a que recurrir Una vez que mi ayudante vio que el tren se había desviado sin dificultad por la línea lateral, dejó a mi cargo la responsabilidad. Yo estaba esperando en un lugar desde el que se distinguía la boca de la mina y estaba armado, lo mismo que mis dos acompañantes. De ahí se verá que yo estaba siempre dispuesto para cualquier contingencia.

»Cuando el tren se hubo metido bastante por la línea lateral, el fogonero Smith amenguó la velocidad de la locomotora y luego volvió a ponerla en la velocidad máxima- pero el, McPherson y mi lugarteniente inglés saltaron a tierra antes de que fuese demasiado tarde. Quizá ese retardamiento del tren fue lo que primero llamó la atención de los viajeros, aunque, para cuando se asomaron a la ventanilla, ya el tren avanzaba de nuevo a toda velocidad. Al pensar en el desconcierto que debieron sentir, no puedo menos de sonreírme. Imagínese el lector cuáles serían sus propias sensaciones si, al sacar la cabeza por la ventanilla del lujoso coche, advirtiese de pronto que el tren corría por una vía oxidada y carcomida, de un color encarnado y amarillento por la falta de uso y por el abandono. ¡Que vuelco les debió dar el corazón cuando se dieron cuenta, con la rapidez del relámpago, de que al final de aquella vía siniestra de ferrocarril no se encontraba Manchester, sino la muerte! Pero ya el tren corría a una velocidad increíble, saltando y balanceándose sobre las vías podridas, en tanto que las ruedas chirriaban de manera espantosa sobre la superficie de los rieles. Pasaron a muy poca distancia de mí y pude ver sus rostros. Caratal rezaba, según me pareció, o al menos tenía colgado de la mano algo parecido a un rosario. El otro bramaba como un toro bravo que ha tomado el husmillo de la sangre del matadero. Nos vio en lo alto del talud y nos hizo señas lo mismo que un loco. En seguida dio un tirón a su muñeca y arrojó por la ventana hacia nosotros su cartera de documentos. Estaba claro lo que quería decimos. Aquellas eran las pruebas acusadoras y, si les perdonábamos la vida, ellos prometían no hablar jamás. Nos habría causado gran placer el poder hacerlo, pero el negocio es el negocio. Además, el tren estaba ya tan fuera de nuestro control como del suyo.

»Aquel hombre cesó en sus alaridos cuando el tren dobló entre retumbos la curva y se presentó ante ellos, con sus fauces abiertas, la negra boca de la mina. Nosotros habíamos quitado las tablas que la cerraban, dejando desembarazada la entrada. En los tiempos en que la mina trabajaba, los rieles de la vía llegaban hasta muy cerca del montacargas, para mayor comodidad en el manejo del carbón, sólo tuvimos, pues, que agregar dos o tres rieles para que alcanzasen hasta el borde mismo del pozo de mina. En realidad, como la longitud de los carriles no coincidía exactamente, la línea sobresalía unos tres pies de los bordes del pozo. Vimos asomadas a la ventana dos cabezas: la de Caratal debajo y la de Gómez encima; pero tanto el uno como el otro habían quedado mudos ante lo que vieron. Y, sin embargo, no podían retirar sus cabezas. Parecía que el espectáculo los había paralizado.

»Yo me había preguntado cómo el tren, a toda velocidad, caería en el pozo hacia el que lo había dirigido, y sentía vivo interés por contemplar el espectáculo. Uno de mis colaboradores opinaba que daría un verdadero salto saliendo por el otro lado, y la verdad es que estuvo a punto de ocurrir eso. Sin embargo, por suerte nuestra, no llegó a salvar todo el hueco y los parachoques de la locomotora golpearon el borde contrario del pozo con un estrépito espantoso. La chimenea de la locomotora voló por los aires. El ténder, los coches y el furgón quedaron destrozados y aplastados, formando un revoltijo que, junto con los restos de la máquina, cegó por un instante la boca del pozo. Pero en seguida cedió alguna cosa en el centro del montón y toda la masa de hierros, carbón humeante, aplicaciones de metal, ruedas, obra de madera y tapicería se hundió con estrépito, como una masa informe, dentro de la mina. Escuchamos una sucesión de traqueteos, ruidos y golpes, producidos por el choque de todos aquellos restos contra las paredes del pozo; y al cabo de un rato largo nos llegó un estruendo atronador. El tren había tocado fondo. Debió de estallar la caldera, porque después de aquel estruendo se produjo un estampido seco y subió desde las profundidades, hasta salir al exterior formando torbellinos, una espesa nube de vapor y de humo, que luego cayó sobre nosotros como un chaparrón de lluvia. El vapor se deshilachó luego, formando nubecíllas que se fueron esfumando poco a poco bajo los rayos del sol, y volvió a reinar un silencio absoluto dentro de la mina de Heartscase.

»Una vez realizados con tanto éxito nuestros proyectos, sólo nos quedaba ya retiramos sin dejar rastro Nuestra pequeña cuadrilla de trabajadores que había quedado en la cabecera de la línea, había levantado ya los raíles y desconectado aquélla, dejándolo todo corno había estado antes. No menos activamente trabajábarnos nosotros en la mina. Arrojamos la chimenea y otros fragmentos dentro del pozo, cubrimos la boca de éste con las tablas, tal y como estaba siempre, y levantarnos los carriles que llegaban hasta el pozo, retirándolos de aquel lugar. Después, sin precipitaciones, pero sin demoras innecesarias, salimos del país. La mayoría marchamos a la capital de Francia, mi colega inglés se dirigió a Manchester y McPherson se embarcó en Southampton, emigrando a Norteamérica. Léanse los periódicos ingleses de aquellas fechas y se verá con qué perfección realizamos nuestro trabajo y de qué manera hicimos perder por completo nuestra pista a sus finos sabuesos.

»Se recordará que Gómez tiró por la ventana su cartera, y no hará falta que diga que yo me apoderé de ella y la entregué a quienes me habían encomendado el trabajo. Quizá interese hoy a esos patronos míos saber que extraje de la cartera un par de documentos sin importancia como recuerdo de la hazaña. No tengo deseos de publicarlos; pero, sin embargo, en este mundo cada cual mira por sí. ¿Qué me queda, pues, por hacer si mis amigos no acuden en mi ayuda cuando yo los necesito? Caballeros, crean ustedes que Herbert de Lernac es tan extraordinario de enemigo como lo fue de amigo suyo y que no es hombre que se deje llevar a la guillotina sin antes hacer que todos y cada uno de ustedes se vean en camino hacia el presidio de Nueva Caledonia.

Dense prisa, en interés de ustedes mismos, monsieur de , general y barón (pongan sus nombres cada uno de ustedes en los espacios en blanco). Les prometo que en la próxima edición no quedará ningún espacio en blanco.

»P. D. Al releer mi exposición observo que he pasado por alto un solo detalle, el que se

refiere al desdichado McPherson, que tuvo la estupidez de escribir a su mujer, citándose con ella en Nueva York Cualquiera se imaginará que, cuando unos intereses como los nuestros estaban en peligro, no podíamos abandonarlos a la casualidad de que un hombre como aquel descubriese o no a una mujer lo que sabía. No podíamos tener confianza en McPherson después de que este faltó a su juramento escribiendo a su mujer. Tomamos por consiguiente las medidas necesarias para que no llegara a entrevistarse con ella. A veces he pensado que sería amable escribirle a esa mujer y darle la seguridad de que no hay impedimento alguno para que contraiga nuevo matrimonio.

Espanto en las alturas

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

En el que se transcribe el manuscrito conocido con el nombre de Notas Fragmentarias de Joyce-Amstrong.

Ha quedado descartada por cuantos han entrado a fondo en el estudio del caso la idea de que el relato extraordinario conocido con el nombre de *Notas-fragmentarias de Joyce-Armstrong*, sea una complicada y macabra broma tramada por un desconocido que poseía un sentido perverso del humorismo. Hasta el maquinador más fantástico y tortuoso vacilaría ante la perspectiva de ligar sus morbosas alucinaciones con sucesos trágicos y fehacientes para darles una mayor credibilidad. A pesar de que las afirmaciones hechas en esas notas sean asombrosas y lleguen incluso hasta la monstruosidad, lo cierto es que la opinión general se está viendo obligada a darlas por auténticas, y resulta imprescindible que reajustemos nuestras ideas de acuerdo con la nueva situación. Según parece, este mundo nuestro se encuentra ante un peligro por demás extraño e inesperado, del que únicamente lo separa un margen de seguridad muy ligero y precario. En este relato, en el que se transcribe el documento original en su forma, que es por fuerza algo fragmentaria, trataré de exponer ante el lector el conjunto de los hechos hasta el día de hoy, y como prefacio a lo que voy a narrar, diré que si alguien duda de lo que cuenta Joyce-Armstrong, no puede ponerse ni por un momento en tela de juicio todo cuanto se refiere al teniente Myrtle, R. N. y a míster Harry Connor, que halló su fin, sin ninguna duda posible, de la manera que en el documento se describe.

Las *Notas fragmentarias de Joyce-Armstrong* fueron encontradas en el campo conocido con el nombre de Lower Haycook, que queda a una milla al oeste de la aldea de Withyham, en la divisoria de los condados de Kent y de Sussex. El día 15 del pasado mes de septiembre, James Flynn, un peón de labranza que trabaja con el agricultor Mathew Dodd, de la granja Chanutry, de Withyham, vio una pipa de palo de rosa, cerca del sendero que rodea el cierre de arbustos de Lower Haycook. A pocos pasos de distancia recogió unos prismáticos rotos. Por último, distinguió entre algunas ortigas que había en el canal lateral un libro poco abultado, con tapas de lona, que resultó ser un cuaderno de hojas desprendibles, algunas de las cuales se habían soltado y se movían

aquí y allá por la base de la cerca. El campesino las recogió, pero algunas de esas hojas, y entre ellas la que debía ser la primera del cuaderno, no se encontraron por más que se las buscó, y esas páginas perdidas dejan un vacío lamentable en este importantísimo relato. El peón entregó el cuaderno a su amo, y éste, a su vez, se lo mostró al doctor H. M. Atherton, de Hartfield. Este caballero comprendió en el acto la necesidad de que tal documento fuese sometido al examen de un técnico, y con ese objeto lo hizo llegar al Club Aéreo de Londres, donde se encuentra actualmente.

Faltan las dos primeras páginas del manuscrito, y también ha sido arrancada la página final en que termina el relato: sin embargo, su pérdida no le hace perder coherencia. Se supone que las primeras exponían en detalle los títulos que como aeronauta poseía míster Joyce-Armstrong, pero esos títulos pueden buscarse en otras fuentes, siendo cosa reconocida por todos que nadie le superaba entre los muchos pilotos aéreos de Inglaterra. Míster Joyce-Armstrong gozó durante muchos años la reputación de ser el más audaz y el más cerebral de los aviadores. Esa combinación de cualidades lo puso en condiciones de inventar y de poner a prueba varios dispositivos nuevos entre los que está incluido el hoy corriente mecanismo giroscópico bautizado con su apellido. La parte principal del manuscrito está escrita con tinta y buena letra. pero, unas cuantas líneas del final lo están a lápiz y con letra tan confusa, que resultan difíciles de leer. Para ser exactos, diríamos que están escritas como si hubiesen sido garrapateadas apresuradamente desde el asiento de un aeroplano en vuelo. Conviene que digamos también que hay varias manchas, tanto en la última página como en la tapa exterior, y que los técnicos del Ministerio del Interior han dictaminado que se trata de manchas de sangre, sangre humana probablemente y, sin duda alguna, de animal mamífero. Como en esas manchas de sangre se descubrió algo que se parece extraordinariamente al microbio de la malaria, y como se sabe que Joyce-Armstrong padecía de fiebres intermitentes, podemos presentar el caso como un ejemplo notable de las nuevas armas que la ciencia moderna ha puesto en manos de nuestros detectives.

Digamos ahora algunas palabras acerca de la personalidad del autor de este relato que hará época. Según lo que afirman los pocos amigos que sabían en verdad algo de Joyce-Armstrong, era éste un poeta y un soñador, además de mecánico e inventor. Disponía de una fortuna importante, y había invertido buena parte de ella en su afición al vuelo. En sus cobertizos de las proximidades de Devizes tenía cuatro aeroplanos particulares, y se asegura que en el transcurso del año pasado realizó no menos de ciento setenta vuelos. Era hombre reservado y sufría de accesos de misantropía. En esos accesos esquivaba el trato con los demás. El capitán Dangerfield, que era quien más a fondo le trataba, afirma que en ciertos momentos la excentricidad de su amigo amenazaba con adquirir contornos de algo más grave. Una manifestación de esa excentricidad era su costumbre de llevar una escopeta en su aeroplano.

Otro detalle característico era la impresión morbosa que produjo en sus facultades el accidente del teniente Myrtle. Éste había caído desde una altura aproximada de treinta mil pies, cuando intentaba superar la marca. Aunque su cuerpo conservó su apariencia de tal, la verdad horrible fue que no quedó el menor rastro de su cabeza. Joyce-Armstrong, según cuenta Dangerfield, planteaba en toda reunión de aviadores la siguiente pregunta, subrayada con una enigmática sonrisa: ¿Quieren decirme adónde fue

a parar la cabeza de Myrtle?

En otra ocasión, estando de sobremesa en el comedor común de la Escuela de Aviación de Salisbury Plain, planteó un debate acerca de cuál sería el mayor peligro permanente con el que tendrían que enfrentarse los aviadores. Después de escuchar las opiniones que allí se fueron exponiendo acerca de los baches aéreos, la construcción defectuosa y la pérdida de velocidad, al llegarle el turno para exponer su opinión, se encogió de hombros y rehusó hacerlo, dejando la impresión de que no estaba conforme con ninguna de las expuestas por sus compañeros.

No estará de más que digamos que, al examinar sus asuntos particulares, después de la total desaparición de este aviador, se vio que lo tenía todo arreglado con tal exactitud que parece indicar que había tenido una fuerte premonición de la catástrofe. Hechas estas advertencias esenciales, paso a copiar la narración al pie de la letra, empezando en la página tercera del ensangrentado cuaderno:

"Sin embargo, durante mi cena en Reims con Coselli y con Gustavo Raymond, pude convencerme de que ni el uno ni el otro habían percibido ningún peligro especial en las capas más altas de la atmósfera. No les expuse lo que pensaba; pero como estuve tan próximo a ese peligro, tengo la seguridad de que si ellos lo hubiesen percibido de una manera parecida, habrían expuesto, sin duda alguna, lo que les había ocurrido. Ahora bien; esos dos aviadores son hombres hueros y vanidosos, que sólo piensan en ver sus nombres en los periódicos. Es interesante hacer constar que ni el uno ni el otro pasaron nunca mucho más allá de los veinte mil pies de altura. Todos sabemos que en algunas ascensiones en globo y en la escalada de montañas se ha llegado a cifras más elevadas. Tiene que ser bastante más allá de esa altura cuando el aeroplano penetra en la zona de peligro, dando siempre por bueno el que mis barruntos y corazonadas sean exactos.

La aviación se practica entre nosotros desde hace más de veinte años, y surge en el acto la siguiente pregunta: ¿Por qué este peligro no se ha descubierto hasta el día de hoy? La respuesta es evidente. Antaño, cuando se pensaba que un motor de cien caballos de las marcas Gnome o Green bastaba y sobraba para todas las necesidades, los vuelos eran muy limitados. En la actualidad, cuando el motor de trescientos caballos es la regla y no la excepción, el vuelo hasta las capas superiores de la atmósfera se ha hecho fácil y es más corriente. Algunos de nosotros podemos recordar que, siendo jóvenes, Garros conquistó celebridad mundial alcanzando los mil novecientos pies de altura y que sobrevolar los Alpes fue juzgado hazaña extraordinaria. En la actualidad, la norma corriente es inconmensurablemente más elevada, y se hacen veinte vuelos de altura al año por cada uno de los que se hacían en épocas pasadas. Muchos de esos vuelos de altura se han acometido sin daño alguno. Los treinta mil pies han sido alcanzados una y otra vez sin más molestias que el frío y la dificultad de respirar. ¿Qué demuestra esto? Un visitante ajeno a nuestro planeta podría realizar mil descensos en éste sin ver jamás un tigre. Sin embargo, los tigres existen, y si ese visitante descendiera en el interior de una selva, quizá fuese devorado por ellos. Pues bien: en las regiones superiores del aire existen selvas y habitan en ellas cosas peores que los tigres. Yo creo que se llegará, andando el tiempo, a trazar mapas exactos de esas selvas y junglas. Hoy mismo podría yo citar los nombres de dos de ellas. Una se extiende sobre el distrito Pau-Biarritz, en Francia: la otra queda exactamente sobre mi cabeza en este momento, cuando escribo

estas líneas en mi casa de Wiltshire. Y estoy por creer que existe otra en el distrito de Homburg-Wiesbaden.

Empecé a pensar en el problema al ver cómo desaparecían algunos aviadores. Claro está que todo el mundo aseguraba que habían caído en el mar; pero yo no me quedé en modo alguno satisfecho con esa explicación. Por ejemplo, el caso de Verrier en Francia: su aparato fue encontrado en las proximidades de Bayona, pero nunca se descubrió el paradero de su cadáver. Vino después el caso de Baxter, que desapareció, aunque su motor y una parte de la armazón de hierro fueron descubiertos en un bosque de Leicestershire. El doctor Middleton, de Amesbury, que seguía el vuelo de ese aviador por medio de un telescopio, declara que un momento antes de que las nubes ocultasen el campo visual, vio cómo el aparato, que se encontraba a enorme altura, picó súbitamente en línea perpendicular hacia arriba, y dio una serie de respingos sucesivos de que él jamás habría creído capaz a un aeroplano. Esa fue la última visión que se tuvo de Baxter. Se publicaron en los periódicos cartas, pero no se llegó a nada concreto. Ocurrieron otros casos similares, y de pronto se produjo la muerte de Harry Connor. ¡Qué cacareo se armó a propósito del misterio sin resolver que se encerraba en los aires. y cuántas columnas se imprimieron a ese respecto en los periódicos populares; pero qué, poco se hizo para llegar hasta el fondo mismo del problema! Harry Connor descendió desde una altura ignorada y lo hizo en un fantástico planeo. No salió del aparato y murió en su asiento de piloto. ¿De qué murió? Enfermedad cardíaca, dijeron los médicos. ¡Tonterías! El corazón de Connor funcionaba tan a la perfección como funciona el mío. ¿Qué fue lo que dijo Venables? Venables fue el único que estaba a su lado cuando Connor murió. Dijo que el piloto temblaba y daba la impresión de un hombre que ha sufrido un susto terrible. Murió de miedo, afirmó Venables; pero no podía imaginarse qué fue lo que le asustó. Una sola palabra pronunció el muerto delante de Venables; una palabra que sonó algo así como monstruoso. En la investigación judicial no consiguieron sacar nada en limpio. Pero yo sí que pude sacar. ¡Monstruos! Esa fue la última palabra que pronunció el pobre Harry Connor. Y, en efecto, murió de miedo, tal y como opinó Venables. Tenemos luego el caso de la cabeza de Myrtle. ¿Creen ustedes -cree en realidad nadie- que la fuerza de la caída desde lo alto puede arrancar limpiamente a una persona la cabeza del resto del cuerpo? Bien; quizá eso sea posible pero yo al menos no he creído nunca que a Myrtle le ocurriese una cosa semejante. Tenemos, además, la grasa con que estaban manchadas sus ropas; alguien declaró en la investigación que estaban pegajosas de grasa. ¡Y pensar que esas palabras no intrigaron a nadie! A mí sí que me hicieron meditar, aunque, a decir verdad. ya pensaba en eso hace bastante tiempo. He llevado a cabo tres vuelos de altura, pero nunca llegué a la suficiente

-¡cuántas bromas me dirigía Dangerfield a propósito de mi escopeta! En la actualidad, disponiendo como dispongo de este aparato ligero de Paul Veroner, con su motor Robur de ciento setenta caballos, podría alcanzar fácilmente mañana mismo los treinta mil pies. Llevaré mi escopeta al tratar de superar esa marca, y quizá al mismo tiempo de apuntar a otra cosa. Es peligroso, sin duda alguna. Quien no quiera correr peligros es mejor que renuncie por completo a volar y que se acoja a las zapatillas de franela y al batín. Pero yo haré mañana una visita a la selva de la atmósfera, y si hay algo oculto en ella lo descubriré. Si vuelvo de la escalada, me habré convertido en hombre bastante célebre. Si no regreso este cuaderno podrá servir de explicación de lo que intento hacer, y de cómo perdí mi vida al intentarlo. Pero, por favor, señores: nada de chácharas tontas

acerca de accidentes ni de misterios.

Para realizar mi tarea he elegido mi monoplano Paul Veroner. Cuando se trata de hacer algo práctico, no hay nada como el monoplano. Ya Beaumont lo descubrió en los primeros días de la aviación. Empezando porque no le perjudica la humedad, y se tiene la impresión en todo momento de que se vuela entre nubes, este aparato mío es un pequeño y simpático modelo, que me responde lo mismo que responde a las riendas un caballo de boca blanda. El motor es un Robur de seis cilindros, que desarrolla una potencia de ciento setenta y cinco caballos. Dispone de todos los adelantos modernos: fuselaje cerrado, buen tren de aterrizaje, frenos, estabilizadores giroscópicos y tres velocidades, se timonea mediante la alteración del ángulo de los planos, de acuerdo con el principio de las persianas de Venecia. Llevo conmigo una escopeta y una docena de cartuchos cargados con postas de caza mayor. ¡Qué cara puso Perkins, mi buen mecánico, cuando le ordené que pusiese esas cosas dentro del aparato! Me vestí con la indumentaria de un explorador del Polo Ártico, con dos elásticos debajo de mi traje especial, y con gruesos calcetines dentro de botas acolchadas, un pasamontañas con orejeras, y mis anteojeras de talco. Dentro del cobertizo me ahogaba de calor, pero yo pretendía subir a alturas de Himalayas y tenía que ataviarme en consecuencia. Perkins se dio cuenta de que yo me traía entre manos algo importante, y me suplicó que lo dejara acompañarme. Quizá lo habría hecho si el aparato hubiese sido un biplano, pero el monoplano es cosa de un solo hombre, si de veras se quiere aprovechar toda su capacidad de ascensión. Metí, como es lógico, una bolsa de oxígeno; quien intente superar la marca de altura y no la lleve se quedará helado o se hará pedazos, si no le ocurren ambas cosas a la vez.

Revisé cuidadosamente los planos del timón, la dirección y la palanca elevadora. Hecho eso, me metí en el aparato. Todo, por lo que pude ver, estaba en condiciones. Entonces puse en marcha el motor y comprobé que funcionaba con toda suavidad. Cuando soltaron el aparato, éste se elevó casi instantáneamente en su velocidad mínima. Tracé un par de círculos por encima de mi campo de aviación para que el motor se calentase; saludé entonces a Perkins y a los demás con la mano, horizontalicé los planos y puse el motor en la máxima velocidad. El aparato se deslizó igual que una golondrina a favor del viento por espacio de ocho o diez millas; luego lo levanté un poco de cabeza y empezó a subir trazando una enorme espiral, en dirección al banco de nubes que tenía por encima de mí. Es de la máxima importancia ir ganando altura lentamente para adaptar el organismo a la presión atmosférica conforme se sube.

El día era sofocante y caluroso para lo que suele ser un mes de septiembre en Inglaterra, y se advertían el silencio y la pesadez de la lluvia inminente. De cuando en cuando llegaban por el Sudoeste súbitas ráfagas de viento. Una de ellas fue tan violenta e inesperada que me sorprendió distraído y casi me hizo cambiar de dirección por un instante. Recuerdo los tiempos en que bastaba una ráfaga, un súbito torbellino o un bache en el aire para poner en peligro a un aparato; eso ocurría antes de que aprendiésemos a dotar a nuestros aeroplanos de motores potentes capaces de dominarlo todo. En el momento en que yo alcanzaba los bancos de nubes y el altímetro señalaba los tres mil pies, empezó a caer la lluvia. ¡Qué manera de diluviar! El agua tamborileaba sobre las alas del aparato y me azotaba en la cara, empañando mis anteojos de manera que apenas podía distinguir nada. Puse la máquina a la velocidad mínima, porque

resultaba difícil avanzar a contralluvia. Al ganar altura, la lluvia se convirtió en granizo, y no tuve más remedio que volverle la espalda. Uno de los cilindros dejó de funcionar; creo que por culpa de una bujía sucia; pero yo seguía subiendo, a pesar de todo, y a la máquina le sobraba fuerza. Todas esas molestias del cilindro, obedeciesen a la causa que fuere, pasaron al cabo de un rato, y pude oír el runruneo pleno y profundo de la máquina, los diez cilindros cantaban al unísono. Ahí es donde se advierte la belleza de nuestros modernos silenciadores. Nos permiten por lo menos el control de nuestros motores por el oído. ¡Cómo chillan, berrean y sollozan cuando funcionan defectuosamente! Antaño se perdían todos esos gritos con que piden socorro, porque el estruendo monstruoso del aparato se lo tragaba todo. ¡Qué lástima que los aviadores primitivos no puedan resucitar para ver la belleza y la perfección del mecanismo, conseguidas al precio de sus vidas!

A eso de las nueve y media me estaba yo aproximando a las nubes. Allá abajo, convertida en borrón oscuro por la lluvia, se extendía la gran llanura de Salisbury. Media docena de aparatos volaban llevando pasajeros a una altura de dos mil pies, y parecían negras golondrinas sobre el fondo verde. Supongo que se preguntaban qué diablos hacía yo tan arriba, en la región de las nubes. De pronto se extendió por debajo de mí una cortina gris y sentí que los pliegues húmedos del vapor formaban torbellinos alrededor de mi cara. Experimenté una sensación desagradable de frío y de viscosidad. Pero me encontraba sobre la tormenta de granizo, y eso era una ventaja. La nube era tan negra y espesa como las nieblas londinenses. Anhelando salir de ella, dirigir el aparato hacia arriba hasta que resonó la campanilla de alarma, y advertí que me estaba deslizando hacia atrás. Las alas de mi aparato, empapadas de agua, le habían dado un peso mayor que el que yo pensaba; pero entré en una nube menos espesa y no tardé en superar la primera capa nubosa. Surgió una segunda capa, de color opalino y como deshilachada, a gran altura por encima de mi cabeza; me encontré, pues, con un techo igualmente blanco por encima mío y con un suelo negro e ininterrumpido por debajo, mientras el monoplano ascendía trazando una espiral enorme entre los dos estratos de nubes. En esos espacios de nube a nube se experimenta una mortal sensación de soledad. En cierta ocasión, se me adelantó una gran bandada de pequeñas aves acuáticas, que volaban rapidísimas hacia Occidente. El rápido revuelo de sus alas y sus chillidos sonoros fueron una delicia para mis oídos. Creo que se tratalra de cercetas, pero valgo poco como zoólogo Ahora que nosotros los hombres nos hemos convertido en pájaros, sería preciso que aprendiésemos a conocer a fondo y de una sola ojeada a nuestras hermanas las aves.

Por debajo de mí, el viento soplaba con fuerza e imprimía balanceos a la inmensa llanura de nubes. En un momento dado se formó una gran marea, un torbellino de vapores, y a través de su centro, que tomó la configuración de una chimenea, distinguí un trozo del mundo lejano. Un gran biplano blanco cruzó a enorme profundidad por debajo de mí. Me imagino que sería el encargado del servicio matutino de correos entre Bristol y Londres. El agujero provocado por el torbellino de nubes volvió a cerrarse y entonces nada alteró la inmensa soledad en que me encontraba.

Poco después de las diez alcancé el borde inferior del estrato de nubes sobre mí. Estaban formadas por finos vapores diáfanos que se deslizaban rápidamente desde el Oeste. Durante todo ese tiempo había ido subiendo de manera constante la fuerza del viento

hasta convertirse en una fuerte brisa de veintiocho millas por hora, según mi aparato. La temperatura era ya muy fría, a pesar de que mi altímetro sólo señalaba los nueve mil pies. El motor funcionaba admirablemente, y nos lanzamos hacia arriba con firme runruneo. El banco de nubes era de mayor espesor que lo calculado por mí, pero pude salir de él, poco después, descubriendo un cielo sin nubes y un sol brillante, es decir, todo azul y oro por encima; y todo plata brillante por debajo, formando una llanura inmensa y luminosa hasta perderse de vista. Eran ya más de las diez y cuarto, y la aguja del barógrafo señalaba los doce mil ochocientos pies. Seguí subiendo y subiendo, con el oído puesto en el profundo runruneo de mi motor y los ojos clavados tan pronto en el indicador de revoluciones, como en el marcador del combustible y en la bomba de aceite. Con razón se afirma que los aviadores son gente que no conoce el miedo. La verdad es que tienen que pensar en tantas cosas, que no les queda tiempo para preocuparse de sí mismos. Fue en ese momento cuando advertí la poca confianza que se podía tener en la brújula al alcanzar determinadas alturas. A los quince mil pies, la mía señalaba hacia Occidente,
con un punto de desviación hacia el Sur; pero el sol y el viento me proporcionaron la orientación exacta.

Esperaba encontrar en semejantes alturas una inmovilidad absoluta; pero a cada mil pies de nueva elevación, el viento adquiría mayor fuerza. Mi aparato gruñía y se estremecía en todas sus junturas y remaches cuando se ponía de cara al viento, y era arrastrado lo mismo que una hoja de papel cuando yo lo frenaba para hacer un viraje, resbalando a favor del viento a una velocidad superior quizá a la que ha viajado mortal alguno. Sin embargo, tenía que seguir haciendo virajes a sotavento, porque lo que me proponía no era únicamente superar la marca de altura. Según todos mis cálculos mi selva aérea quedaba por encima del pequeño Wiltshire, y todo mi esfuerzo resultaría perdido si saliese a la superficie superior del estrato de nubes más allá de ese punto.

Cuando alcancé los diecinueve mil pies de altura, a eso del mediodía, el viento soplaba con tal fuerza que no pude menos que observar con algo de preocupación los sostenes de mis alas, temiendo que de un momento a otro estallasen, o se aflojasen. Llegué incluso a soltar el paracaídas que llevaba detrás y aseguré su gancho en la argolla de mi cinturón de cuero, para estar preparado por si ocurría lo peor. Había llegado el momento en que la más pequeña chapucería en la tarea del mecánico se paga con la vida del aviador. El aparato, sin embargo, resistió valerosamente. Todas las fibras y tirantes zumbaban y vibraban lo mismo que cuerdas de arpa bien templada; pero resultaba magnífico ver cómo el aparato seguía imponiéndose a la naturaleza y enseñoreándose del firmamento, a pesar de todos los golpes y sacudidas. Algo hay, sin duda alguna, de divino en el hombre mismo para que haya podido superar las limitaciones que parecían serle impuestas por la creación; para superarlas, además, con el desprendimiento, el heroísmo y la abnegación que ha demostrado en esta conquista del aire. ¡Que se callen los que hablan de que el hombre degenera! ¿En qué época de los anales de nuestra raza se ha escrito hazaña como la de la aviación?

Éstos eran los pensamientos que circulaban por mi cerebro mientras trepaba por aquel monstruoso plano inclinado, y el viento me azotaba unas veces en la cara y otras me silbaba detrás de las orejas, y el país de nubes que quedaba por debajo de mí se hundía a distancia tal, que los pliegues y montículos de plata habían quedado alisados y

convertidos en una llanura resplandeciente. Pero tuve de pronto la sensación de algo horrible y sin precedentes. Antes había tenido conciencia práctica de lo que suponía encontrarse metido dentro de un torbellino, pero jamás en un torbellino de semejante magnitud. Aquella enorme y arrebatadora riada de viento de que he hablado ya, tenía, según parece, dentro de su corriente, unos remolinos tan monstruosos como ella. Me vi arrastrado súbitamente y sin un segundo de advertencia hasta el corazón de uno de ellos. Giré sobre mí mismo por espacio de un par de minutos con tal velocidad que perdí casi el sentido, y de pronto caí a plomo, sobre el ala izquierda, dentro de la hueca chimenea que formaba el eje de aquél. Caí lo mismo que una piedra, y perdí casi mil pies de altura. Sólo gracias a mi cinturón permanecí en mi asiento, y el golpe de la sorpresa y la falta de respiración me dejaron tirado y casi insensible, de bruces sobre el costado del fuselaje. Pero yo he sido siempre capaz de realizar un esfuerzo supremo; ése es mi único gran mérito como aviador. Tuve la sensación de que el descenso se retardaba. El torbellino tenía más bien forma de cono que de túnel vertical, y yo me había metido durante mi ascensión en el vértice mismo. Con un tirón terrorífico, echando todo mi peso a un lado, enderecé los planos del timón y me zafé del viento. Un instante después salí como una bala de aquel oleaje y me deslizaba suavemente por el firmamento abajo. Después, zarandeado, pero victorioso, dirigí la cabeza del aparato hacia arriba y reanudé mi firme esfuerzo por la espiral hacia lo alto. Di un gran rodeo para evitar el punto de peligro del torbellino, y no tardé en hallarme a salvo por encima suyo. Muy poco después de la una me encontraba a veintiún mil pies sobre el nivel del mar. Vi jubiloso que había salido por encima del huracán, y que el aire se iba calmando más y más a cada cien metros que subía.

Por otro lado, la temperatura era muy fría, y sentí las nauseas características que se producen por el enrarecimiento del aire. Desatornillé por vez primera la boca de mi bolsa de oxígeno y aspiré de cuando en cuando una bocanada del gas reconfortante. Lo sentía correr por mis venas igual que una bebida cordial, y me sentí jubiloso casi hasta el punto de la borrachera. Me puse a gritar y cantar a medida que me remontaba cada vez más arriba, dentro de un mundo exterior helado y silencioso.

Para mí es cosa completamente clara que la insensibilidad que se apoderó de Glaisher, y en menor grado de Coxnvell, cuando, en 1862, llegaron en su ascensión en globo hasta la altura de treinta mil pies, fue causada por la extraordinaria velocidad con que se realiza una subida perpendicular. No se producen esos síntomas tan espantosos cuando la ascensión se lleva a cabo siguiendo una suave cuesta arriba, acostumbrándose de ese modo, por una graduación lenta, a la menor presión barométrica. A esa misma altura de los treinta mil pies no necesité ni inhalador de oxígeno, y pude respirar sin exagerada fatiga. Sin embargo, el frío era crudísimo, y mi termómetro estaba a cero grado Fahrenheit. A la una y media me hallaba yo casi a siete millas por encima de la superficie de la tierra, y seguía elevándome más y más. Comprobé, sin embargo, que el aire rarificado presentaba un apoyo mucho menos sensible a mis planos, y en consecuencia fue necesario rebajar mucho mi ángulo de ascenso. Era evidente que a pesar de lo ligero de mi peso y de la gran fuerza de mi motor, llegaría a un punto del que no podría pasar. Para empeorar la situación aún más, una de las bujías, empezó a fallar otra vez, y el motor producía explosiones intermitentes a destiempo. Se me angustió el corazón temiendo que iba a fracasar.

Fue en esos momentos cuando me ocurrió una cosa extraordinaria. Sentí que pasaba por mi lado y que se me adelantaba algo sibilante que dejaba un reguero de humo y que estalló con un ruido estrepitoso y siseante, despidiendo una nube de vapor. De momento no pude imaginarme lo que había ocurrido. Luego, recordé que la Tierra sufre un constante bombardeo de piedras meteóricas, y que apenas sería habitable si ésas piedras no se convirtiesen casi siempre en vapor al entrar en las capas exteriores de la atmósfera. He ahí un peligro más para el aviador de las grandes alturas; lo digo porque pasaron por mi lado otras dos cuando estaba acercándome a la marca de los cuarenta mil pies. No me cabe la menor duda de que ese peligro ha de ser muy grande en el borde de la envoltura de la Tierra.

La aguja de mi barógrafo marcaba cuarenta y un mil trescientos pies, cuando me di cuenta de que ya no podía seguir subiendo. Físicamente, el esfuerzo no era todavía tan grande que me resultase insoportable; pero mi aparato sí que había llegado a su límite. El aire rarificado no presentaba seguro apoyo a las alas, y el menor movimiento se convertía en un deslizamiento lateral; también sus controles respondían como con pereza. Quizá si el motor hubiese funcionado de una manera perfecta, habríamos podido subir otro millar de pies, pero seguía teniendo fallos, y dos de los diez cilindros parecían estar inutilizados. Si yo no había alcanzado aún la zona del espacio que venía buscando, era evidente que ya no tropezaría con ella en este viaje. ¿Y no sería posible que la hubiese alcanzado ya? Cerniéndome en círculo, lo mismo que un colosal halcón, al nivel de los cuarenta mil pies, dejé que el monoplano marchase libre, y me dediqué a observar con cuidado los alrededores con mis prismáticos Mannheim. El firmamento estaba absolutamente limpio sin indicio alguno de los peligros que yo había supuesto.

He dicho que me cernía trazando círculos. Se me ocurrió de pronto que haría bien en dar una mayor amplitud a esos círculos, trazando una nueva ruta aérea. El cazador que penetra en una selva terrestre, la atraviesa cuando busca levantar caza. Mis razonamientos me llevaron a pensar que la selva aérea cuya existencia yo había supuesto tenía que caer más o menos por encima del Wiltshire. En ese caso, debía de estar hacia el Sur y el Oeste de donde yo me encontraba. Me orienté por el sol, puesto que la brújula de nada me servía, y tampoco era visible punto alguno de la Tierra. Únicamente se distinguía la lejana llanura plateada de nubes. Sin embargo, obtuve mi dirección hacia el punto señalado. Calculé que mi provisión de gasolina no duraría sino otra hora más o menos; pero podía permitirme gastarla hasta la última gota, ya que me era posible en cualquier momento lanzarme en un planeo ininterrumpido y magnífico que me condujese hasta la superficie de la Tierra.

De pronto tuve la sensación de algo nuevo para mí. La atmósfera que tenía delante había perdido su transparencia cristalina. Estaba cubierta de manojitos alargados y desflecados de una cosa que yo podría comparar únicamente con las volutas finísimas del humo de cigarrillos. Flotaba formando roscas y guirnaldas, y se retorcía y giraba lentamente a la luz del sol. Cuando el monoplano los atravesó como una flecha, percibí en mis labios un regusto débil de aceite, y en las partes de madera del aparato apareció una espuma grasienta. Se habría dicho que una materia orgánica infinitamente tenue flotaba en la atmósfera. Orgánica, pero sin vida, como algo difuso y en iniciación, que se extendía por muchos acres cuadrados y que se iba desflecando hasta penetrar en el vacío. No; aquello no tenía vida. ¿Y no podrían ser unos restos de vida? Y, sobre todo, ¿no podría

ser el alimento de una vida, de una vida monstruosa, de la misma manera que la pobre grasa del océano sirve de alimento a la enorme ballena? Eso iba pensando cuando alcé los ojos y distinguí la más asombrosa visión que se ofreció nunca a los ojos de un hombre. ¿Podré describírsela al lector tal como yo mismo la vi el jueves pasado?

Imagínese el lector una medusa de mar como las que cruzan por nuestros mares en verano, en forma de campana y de un tamaño enorme; mucho más voluminosa, por lo que a mí me pareció, que la cúpula de la iglesia de San Pablo. Su color era ligeramente sonrosado con venas de un fino color verde; pero el conjunto de aquella colosal construcción era tan tenue que apenas se vislumbraba su silueta sobre el fondo azul oscuro del firmamento.

Un ritmo suave y regular marcaba sus pulsaciones. De ese cuerpo enorme colgaban dos tentáculos verdes y fláccidos que se balanceaban con lentitud hacia atrás y hacia adelante. Esa visión magnífica cruzó suavemente, con silenciosa majestad, por encima de mi cabeza; era tan ingrávida y frágil como una pompa de jabón, y se deslizó majestuosa por su ruta.

Yo había impreso un medio viraje a mi monoplano, a fin de poder seguir contemplando aquel ser grandioso; de pronto, y de una manera instantánea, me encontré en medio de una verdadera escuadra de otros iguales, de todos los tamaños, aunque ninguno de la magnitud del primero. Algunos eran pequeñísimos, pero la mayoría tenía más o menos el volumen de un globo corriente, con idéntica curvatura en la parte superior. Se observaba en ellos una finura de grano y de color que me trajo a la memoria los espejos venecianos de mejor calidad. Los matices predominantes eran el rosa y el verde, pero todos mostraban encantadoras iridiscencias allí donde el sol brillaba a través de sus formas delicadas. Cruzaron, dejándome atrás, algunos centenares de esos seres, formando una escuadra fantástica y maravillosa de bajeles sorprendentes y desconocidos del océano del firmamento. Eran unas criaturas cuyas formas y sustancia se hallaban tan a tono con aquellas alturas serenas que no podía concebirse cosa tan delicada dentro del radio visual y de sonido de nuestra tierra.

Pero un nuevo fenómeno atrajo casi en seguida mi atención: el de las serpientes de las regiones exteriores de la atmósfera. Eran éstas unas espirales largas, delgadas y fantásticas de una materia vaporosa, que giraban y se enroscaban con gran rapidez, volando y retorciéndose sobre sí mismas con tal velocidad que apenas mis ojos podían seguirlas. Algunos de esos seres fantasmales tenían veinte o treinta pies de largura, y era difícil calcular su grosor, porque sus diluidos perfiles parecían esfumarse en la atmósfera que las circundaba. Esas serpientes aéreas eran de un color gris muy claro, del color del humo, advirtiéndose en su interior algunas líneas más oscuras, que producían la impresión de un auténtico organismo. Una de esas serpientes pasó rozándome casi la cara. Tuve la sensación de un contacto frío y viscoso; pero la composición era tan impalpable, que no me sugirió la idea de ninguna clase de peligro físico, como tampoco me lo sugirieron los bellos seres acompañados que los habían precedido. Su contextura no ofrecía solidez mayor que la espuma flotante que deja una ola al romperse.

Pero me esperaba otra experiencia más terrible. Dejándose caer ingrávida desde una gran altura, vino hacia mí una mancha vaporosa y purpúrea. Cuando la vi por vez

primera, me pareció pequeña; pero se fue agrandando rápidamente a medida que se me aproximaba, hasta llegar a ser de centenares de pies cuadrados de volumen. Aunque moldeada en alguna sustancia transparente y como gelatinosa, tenía contornos mucho más marcados y una consistencia más sólida que todo lo que había visto anteriormente. Se advertían también más detalles de que poseía una organización física; destacaban de una manera especial dos láminas circulares, enormes y sombreadas, a uno y otro lado, que podían ser sus ojos, y entre las dos láminas un saliente blanco perfectamente sólido, que presentaba la curvatura y la crueldad del pico de un buitre.

El aspecto total de aquel monstruo era terrible y amenazador; cambiaba constantemente de colores, pasando desde un malva muy claro hasta un púrpura sombrío e irritado, tan espeso, que, al interponerse entre mi monoplano y el sol, proyectó una sombra. En la curva superior de su cuerpo inmenso se distinguían tres grandes salientes que sólo se me ocurre comparar con enormes burbujas, y al contemplarlas quedé convencido de que estaban repletas de algún gas extraordinariamente ligero, con el fin de sostener la masa informe y semisólida que flota en el aire rarificado. Aquel ser avanzó rápido, manteniéndose paralelo al monoplano y siguiendo fácilmente su misma velocidad: me dio escolta horrible en un trecho de más de veinte millas, cerniéndose sobre mí como ave de presa que espera el instante de lanzarse sobre su víctima. Su sistema de avance -tan rápido que no era fácil seguirlo- consistía en proyectar delante de él un saliente largo y gelatinoso que, a su vez, parecía tirar hacia sí el resto de aquel cuerpo contorsionante. Era tan elástico y gelatinoso, que no ofrecía en dos momentos sucesivos idéntica conformación, y, sin embargo, a cada nuevo cambio parecía más amenazador y repugnante.

Me di cuenta de que traía malas intenciones. Lo pregonaba con los sucesivos aflujos purpúreos de su repugnante cuerpo. Aquellos ojos difusos y salientes, vueltos siempre hacia mí, eran fríos e implacables dentro de su glutinosidad rencorosa. Lancé mi monoplano en picada hacia abajo para huir de aquello. Al hacer yo esa maniobra, con la rapidez de un relámpago se disparó desde aquella masa de burbuja flotante un largo tentáculo y cayó tan rápido y sinuoso como un trallazo sobre la parte delantera de mi aparato. Al apoyarse por un instante sobre el motor caldeado, se oyó un ruidoso silbido, y el tentáculo se retiró con la misma rapidez, mientras que el cuerpo enorme y sin relieve se encogió como acometido de un dolor súbito. Yo me dejé caer en picada; pero el tentáculo volvió a descargarse sobre mi monoplano, y la hélice lo cortó con la misma facilidad que habría cortado una voluta de humo. Una espiral larga, reptante, pegajosa, parecida al anillo de una serpiente, me agarró por detrás, rodeó mi cintura y comenzó a arrastrarme fuera del fuselaje. Yo pugné por libertarme; mis dedos se hundieron en la superficie viscosa, gelatinosa, y logré desembarazarme por un instante de aquella presión; sólo por un instante, porque otro anillo me aferró por una de mis botas y me dio tal tirón, que casi me hizo caer de espaldas.

En ese momento disparé los dos cañones de mi escopeta, aunque era lo mismo que atacar a un elefante con un tirador, pues no se podía suponer que ningún arma humana dejara lisiado a aquel volumen gigantesco. Sin embargo, mi puntería fue mejor de lo que yo podía imaginar; una de las grandes ampollas o burbujas que aquel ser tenía en lo alto de la espalda estalló con una tremenda explosión al ser perforada por las postas de mi escopeta. Había acertado en mi suposición: aquellas vejigas enormes y transparentes

encerraban un gas que las distendía con su fuerza elevadora; el cuerpo enorme y de aspecto de nube cayó instantáneamente de costado, en medio de retorcimientos desesperados para volver a encontrar el equilibrio, y mientras tanto el pico blanco castañeteaba y jadeaba, presa de una furia espantosa.

Pero yo había huido, lanzándome por el plano más escarpado que me atreví a buscar; mi motor a toda marcha y la hélice en plena propulsión, unidos a la fuerza de gravedad, me lanzaron hacia la tierra lo mismo que un aerolito. Al volver la vista, vi que la mancha informe y purpúrea se empequeñecía rápidamente hasta fundirse en el azul del firmamento que tenía detrás. Yo me encontraba fuera de la selva mortal de la región exterior de la atmósfera.

Cuando me vi fuera de peligro, cerré la válvula del combustible del motor, porque no hay nada que destroce tan rápidamente a un avión como el lanzarse con toda la potencia del motor en marcha desde gran altura. Fue el mío un vuelo planeado magnífico, en espiral, desde casi ocho millas de altura primero, hasta el nivel del banco de nubes de plata; después, hasta la nube tormentosa del estrato inferior, y, por último, atravesando los goterones de lluvia, hasta la superficie de la tierra. Al salir de las nubes, distinguí por debajo de mí el canal de Bristol; pero como aún me quedaba en el depósito algo de gasolina, me metí veinte millas tierra adentro antes de aterrizar en un campo que quedaba a media milla de la aldea de Ashcombe. Un automóvil que pasaba por allí me cedió tres latas de gasolina, y a las seis y diez minutos de aquella tarde logré posarme suavemente en un prado de mi propia casa, en Devizes, después de una excursión que ningún ser humano ha realizado jamás, quedando con vida para contarlo. He visto la belleza y he visto también el espanto de las alturas; una belleza mayor y un espanto mayor que ésos no están al alcance del hombre.

Pues bien: tengo el proyecto de volver a esas alturas antes de anunciar al mundo lo que he descubierto. Me mueve a ello el que necesito poder mostrar algo tangible, a manera de prueba, antes de dar a conocer a los hombres lo que llevo relatado. Es cierto que no tardarán otros en seguir mi camino y traerán la confirmación de lo que yo he afirmado; pero quisiera convencer a todos desde el primer momento. No creo que resulte difícil la captura de aquellas burbujas iridiscentes y encantadoras del aire. Se dejan arrastrar tan lentamente en su carrera, que un monoplano rápido no tendría dificultad alguna en cortarles el paso. Es muy probable que se disolverían en las capas más densas de la atmósfera, en cuyo caso todo lo que yo podría traerme a la tierra sería un montoncito de jalea amorfa. Sin embargo, no dejaría de ser algo que proporcionaría consistencia a mi relato. Sí, volveré a subir, aunque con ello corra un peligro. No parece que esos espantables seres purpúreos abunden. Es probable que no tropiece con ninguno; pero si tropiezo, me zambulliré en el acto hacia la tierra. En el peor de los casos, dispongo siempre de mi escopeta y sé que debo apuntar..."

Aquí falta, por desgracia, una página del manuscrito. En la siguiente, con letras grandes e inseguras, aparecen estas líneas:

"Cuarenta y tres mil pies. No volveré ya a ver de nuevo la tierra. Por debajo de mí hay tres de esos seres. ¡Que Dios me valga, porque será morir de muerte espantosa!"

Tal es, al pie de la letra, el relato de Joyce-Armstrong. De su autor nada ha vuelto a saberse. En el coto de míster Budd-Lushington, en los límites de Kent y de Sussex, a pocas millas del lugar en que fue encontrado el cuaderno, han sido recogidas algunas piezas de su monoplano destrozado. Si la hipótesis del desdichado aviador sobre la existencia de lo que él llama la selva aérea en un espacio limitado de las regiones atmosféricas que quedan encima del Sudoeste de Inglaterra resulta exacta, se deduciría de ello que Joyce-Armstrong lanzó su monoplano a toda velocidad para salir de la misma, pero que fue alcanzado y devorado por aquellos seres espantosos en algún lugar por debajo de la atmósfera exterior y por encima del sitio en el que fueron encontrados esos restos dolorosos. Una persona que apreciase su equilibrio cerebral preferiría no hacer hincapié en el cuadro de aquel monoplano resbalando a toda velocidad cielo abajo, perseguido por los seres espantosos e innominados que se deslizaban con igual rapidez por debajo de él, cortándole siempre el camino de la tierra y estrechando el cerco de su víctima gradualmente. Sé muy bien que son muchos los que todavía toman a chacota los hechos que acabo de relatar; pero incluso quienes se mofan tendrán que reconocer por fuerza que Joyce-Armstrong ha desaparecido, y yo les recomendaría que hiciesen caso de las palabras que él escribió: "Este cuaderno puede servir de explicación de lo que estoy intentando y de cómo perdí mi vida en el intento. Pero, por favor, que se dejen de chácharas y no hablen de accidentes y de misterios".

Estrella de plata

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Estoy viendo, Watson, que no tendré más remedio que ir -me dijo Holmes, cierta mañana, cuando estábamos desayunándonos juntos.

-¡Ir! ¿Adónde?

-A Dartmoor..., a King’s Pyland.

No me sorprendió. A decir verdad, lo único que me sorprendía era que no se encontrase mezclado ya en aquel suceso extraordinario, que constituía tema único de conversación de un extremo a otro de toda la superficie de Inglaterra Mi compañero se había pasado un día entero yendo y viniendo por la habitación, con la barbilla caída sobre el pecho y el ceño contraído, cargando una y otra vez su pipa del tabaco negro más fuerte, sordo por completo a todas mis preguntas y comentarios. Nuestro vendedor de periódicos nos iba enviando las ediciones de todos los periódicos a medida que salían, pero Holmes los tiraba a un rincón después de haberles echado una ojeada Sin embargo, a pesar de su silencio, yo sabía perfectamente cuál era el tema de sus cavilaciones. Sólo había un problema pendiente de la opinión pública que podía mantener en vilo su capacidad de análisis, y ese problema era el de la extraordinaria desaparición del caballo favorito de la Copa Wessex y del trágico asesinato de su entrenador.

Por eso, su anuncio repentino de que iba a salir para el escenario del drama correspondió

a lo que yo calculaba y deseaba.

-Me seria muy grato acompañarle hasta allí, si no le estorbo -le dije.

-Me haría usted un gran favor viniendo conmigo, querido Watson. Y opino que no malgastará su tiempo, porque este suceso presenta algunas características que prometen ser únicas. Creo que disponemos del tiempo justo para tomar nuestro tren en la estación de Paddington. Durante el viaje entraré en más detalles del asunto. Me haría usted un favor llevando sus magníficos gemelos de campo.

Así fue como me encontré yo, una hora más tarde, en el rincón de un coche de primera clase, en route hacia Exeter, a toda velocidad, mientras Sherlock Holmes, con su cara, angulosa y ávida, enmarcada por una gorra de viaje con orejeras, se chapuzaba rápidamente, uno tras otro, en el paquete de periódicos recién puestos a la venta, que había comprado en Paddington. Habíamos dejado ya muy atrás a Reading cuando tiró el último de todos debajo del asiento, y me ofreció su petaca.

-Llevamos buena marcha -dijo, mirando por la ventanilla y fijándose en su reloj-. En este momento marchamos a cincuenta y tres millas y media por hora.

-No me he fijado en los postes que marcan los cuartos de milla

-le contesté.

-Ni yo tampoco. Pero en esta línea los del telégrafo están espaciados a sesenta yardas el uno del otro, y el cálculo es sencillo. ¿Habrá leído ya usted algo, me imagino, sobre ese asunto del asesinato de John Straker y de la desaparición de Silver Blaze?

-He leído lo que dicen el Telegraph y el Chronicle.

-Es éste uno de los casos en que el razonador debe ejercitar su destreza en tamizar los hechos conocidos en busca de detalles, más bien que en descubrir hechos nuevos. Ha sido ésta una tragedia tan fuera de lo corriente, tan completa y de tanta importancia, personal para muchísima gente, que nos vemos sufriendo de plétora de inferencias, conjeturas e hipótesis. Lo difícil aquí es desprender el esqueleto de los hechos..., de los hechos absolutos e indiscutibles..., de todo lo que no son sino arrequives de teorizantes y de reporteros. Acto continuo, bien afirmados sobre esta sólida base, nuestra obligación consiste en ver qué consecuencias se pueden sacar y cuáles son los puntos especiales que constituyen el eje de todo el misterio. El martes por la tarde recibí sendos telegramas del coronel Ross, propietario del caballo, y del inspector Gregory, que está investigando el caso. En ambos se pedía mi colaboración.

-¡Martes por la tarde! -exclamé yo-. Y estamos a jueves por la mañana... ¿Por qué no fue usted ayer?

-Pues porque cometí una torpeza, mi querido Watson..., y me temo que esto me ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que creerán quienes sólo me conocen por las memorias que usted ha escrito. La verdad es que me pareció imposible que el caballo

más conocido de Inglaterra pudiera permanecer oculto mucho tiempo, especialmente en una región tan escasamente poblada como esta del norte de Dartmoor. Ayer estuve esperando de una hora a otra la noticia de que había sido encontrado, y de que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, al amanecer otro día y encontrarme con que nada se había hecho, fuera de la detención del joven Fitzroy Sirnpson, comprendí que era hora de que yo entrase en actividad. Pero tengo la sensación de que, en ciertos aspectos, no se ha perdido el día de ayer.

-¿Tiene usted, según eso, formada ya su teoría?

-Tengo por lo menos dentro del puño los hechos esenciales de este asunto. Voy a enumerárselos. No hay nada que aclare tanto un caso como el exponérselo a otra persona, y si he de contar con la cooperación de usted, debo por fuerza señalarle qué posición nor sirve de punto de partida

Me arrellané sobre los cojines del asiento, dando chupadas a mi cigarro, mientras que Holmes, con el busto adelantado y marcando con su largo y delgado dedo índice sobre la planta de la mano los puntos que me detallaba, me esbozó los hechos que habían motivado nuestro viaje.

-Silver Blaze -me dijo- lleva sangre de Isonomv, y su historial en las pistas es tan lucido como el de su famoso antepasado. Está en sus cinco años de edad, y ha ido ganando sucesivamente todos los premios de carreras para su afortunado propietario, el coronel Ross. Hasta el momento de la catástrofe era el favorito de la Copa Wessex, estando las apuestas a tres contra uno a favor suyo. Es preciso tener en cuenta que este caballo fue siempre el archifavorito de los aficionados a las carreras, sin que nunca los haya defraudado; por eso se han apostado siempre sumas enormes a su favor, aun dando primas. De ello se deduce que muchísima gente estaba interesadísima en evitar que Silver Blaze se halle presente el martes próximo cuando se dé la señal de partida.

Como es de suponer, en King's Pyland, lugar donde se hallan situadas las cuadras de entrenamiento del coronel, se tenía en cuenta ese hecho. Tomáronse toda clase de precauciones para guardar al favorito. John Straker, el entrenador, era un jokey retirado, que había corrido con los colores del coronel Ross antes que el excesivo peso le impidiese subir a la báscula. Cinco años sirvió al coronel como jokey, y siete de entrenador, mostrándose siempre un servidor leal y celoso. Tenía a sus órdenes tres hombres, porque se trata de unas cuadras pequeñas, en las que sólo se cuidaban en total cuatro caballos. Todas las noches montaba guardia en la cuadra uno de los hombres, mientras los otros dos dormían en el altillo. De los tres hay los mejores informes. John Straker, que era casado, vivía en un pequeño chalé situado a unas doscientas yardas de las cuadras. No tenía hijos, tenía un buen pasar y una criada. Las tierras circundantes no están habitadas; pero a cosa de media milla hacia el Norte se alza un pequeño grupo de chalés que han sido edificados por un contratista de Tavistok para cuantos, enfermos no, deseen disfrutar de los aires puros de Dartmoor. El pueblo mismo de Tavistok se halla situado a unas dos millas al Oeste; también a cosa de dos millas, pero cruzando los marjales, está la finca de entrenamiento de caballos de Capleton, propiedad de lord Backwater, regentada por Silas Brown. En todas las demás direcciones la región de marjales está completamente deshabitada, y sólo la frecuentan algunos gitanos

trashumantes. Ahí tiene cuál era la situación el pasado lunes al ocurrir la catástrofe. Esa tarde, después de someterse a los caballos a ejercicio y de abrevarlos, como de costumbre, se cerraron las cuadras con llave, a las nueve. Dos de los peones se dirigieron entonces a la casa del entrenador, y allí cenaron en la cocina, mientras que el tercero, llamado Ned Hunter, se quedaba de guardia. Pocos minutos después de las nueve, la criada, Edith Baxter, le llevó a la cuadra su cena, que consistía en un plato de cordero con salsa fuerte. No le llevó líquido alguno para beber, porque en los establos había agua corriente y le estaba prohibido al hombre de guardia tomar ninguna otra bebida. La muchacha se alumbró con una linterna, porque la noche era muy oscura y tenía que cruzar por campo abierto.

Ya estaba Edith Baxter a menos de treinta yardas de las cuadras, cuando surgió de entre la oscuridad un hombre, que le dijo que se detuviese. Cuando el tal quedó enfocado por el círculo de luz amarilla de la linterna, vio la muchacha que se trataba de una persona de aspecto distinguido, y que vestía terno de mezclilla gris con gorra de paño. Llevaba polainas y un pesado bastón con empuñadura de bola Pero lo que impresionó muchísimo a Edith Baxter fue la extraordinaria palidez de su cara y lo nervioso de sus maneras. Su edad andaría por encima de los treinta, más bien que por debajo.

-¿Puede usted decirme dónde me encuentro? -preguntó él-. Estaba ya casi resuelto a dormir en el páramo, cuando distinguí la luz de su linterna.

-Se encuentra usted próximo a las cuadras de entrenamiento de King’s Pyland -le contestó ella.

-¿De veras? ¡Qué suerte la mía! -exclamó---. Me han informado de que en ellas duerme solo todas las noches uno de los mozos. ¿Es que acaso le lleva usted la cena? Dígame: ¿será usted tan orgullosa que desdeñe el ganarse lo que vale un vestido nuevo? --sacó del bolsillo del chakto un papel blanco, doblado, y agregó-: Haga usted que ese mozo reciba esto esta noche, y le regalaré el vestido más bonito que se puede comprar con dinero.

La mujer se asustó viendo la ansiedad que mostraba en sus maneras, y se alejó a toda prisa, dejándolo atrás, hasta la ventana por la que tenía la costumbre de entregar las comidas. Estaba ya abierta, y Hunter se hallaba sentado a la mesa pequeña que había dentro. Empezó a contarle lo que le había ocurrido, y en ese instante se presentó otra vez el desconocido.

-Buenas noches -dijo éste, asomándose a la ventana-. Deseo hablar con usted unas palabras.

La muchacha ha jurado que, mientras el hombre hablaba, vio que de su mano cerrada salía una esquina del paquetito de papel.

-¿A qué viene usted aquí? -le preguntó el mozo.

-A un negocio que le puede llenar con algo el bolsillo -le contestó el otro-. Usted tiene dos caballos que figuran en la Copa Wessex... Silver Blaze y Bayard. Déme datos

exactos acerca de ellos, y nada perderá con hacerlo. ¿Es cierto que, a igualdad de peso, Bayard podría darle al otro cien yardas de ventaja en las mil doscientas, y que la gente de estas cuadras ha apostado su dinero a su favor?

-De modo que es usted uno de esos condenados individuos que venden informes para las carreras -exclamó el mozo de cuadra-. Le voy a enseñar de qué manera les servimos en King's Pyland -se puso en pie y echo a correr hacia donde estaba el perro, para soltarlo.

La muchacha escapó a la casa; pero durante su carrera se volvió para mirar, y vio que el desconocido estaba apoyado en la ventana. Sin embargo, un instante después, cuando Hunter salió corriendo con el perro sabueso, el desconocido ya no estaba allí, y aunque el mozo de cuadra corrió alrededor de los edificios, no logró descubrir rastro alguno del mismo.

-¡Un momento! -dije yo-. ¿No dejaría el mozo de cuadra sin cerrar la puerta cuando salió corriendo con el perro?

-¡Muy bien preguntado, Watson, muy bien preguntado! -murmuró mi compañero-. Ese detalle me pareció de una importancia tal, que ayer envié un telegrama a Dartmoor con el exclusivo objeto de ponerlo en claro. El mozo cerró con llave la puerta antes de alejarse. Puedo agregar que la ventana no tiene anchura suficiente para que pase por ella un hombre.

Hunter esperó a que volviesen los otros mozos de cuadra, y entonces envió un mensaje al entrenador, enterándole de lo ocurrido. Straker se sobresaltó al escuchar el relato, aunque, por lo visto, no se dio cuenta exacta de su verdadero alcance. Sin embargo, quedó vagamente impresionado, y cuando la señora Straker se despertó, a la una de la madrugada, vio que su marido se estaba vistiendo. Contestando a las preguntas de la mujer, le dijo que no podía dormir, porque se sentía intranquilo acerca de los caballos, y que tenía el propósito de ir hasta las cuadras para ver si todo seguía bien. Ella le suplicó que no saliese de casa, porque estaba oyendo el tamborileo de la lluvia en las ventanas; pero no obstante las súplicas de la mujer, el marido se echó encima su amplio impermeable y abandonó la casa.

La señora Straker despertose a las siete de la mañana, y se encontró con que aún no había vuelto su marido. Se vistió a toda prisa, llamó a la criada y marchó a los establos. La puerta de éstos se hallaba abierta: en el interior, todo hecho un ovillo, se hallaba Hunter en su sillón, sumido en un estado de absoluto atontamiento. El establo del caballo favorito se hallaba vacío, y no había rastro alguno del entrenador.

Los dos mozos de cuadra que dormían en el altillo de la paja, encima del cuarto de los atalajes, se levantaron rápidamente. Nada habían oído durante la noche, porque ambos tienen el sueño profundo. Era evidente que Hunter sufría los efectos de algún estupefaciente enérgico. Y como no se logró que razonase, le dejaron dormir hasta que la droga perdiese fuerza, mientras los dos mozos y las dos mujeres salían corriendo a la busca de los que faltaban. Aún les quedaban esperanzas de que, por una razón o por otra, el entrenador hubiese sacado al caballo para un entrenamiento de primera hora. Pero al subir a una pequeña colina próxima a la casa, desde la que se abarcaba con la

vista los páramos próximos, no solamente no distinguieron por parte alguna al caballo favorito, sino que vieron algo que fue para ellos como una advertencia de que se hallaban en presencia de una tragedia.

A cosa de un cuarto de milla de las cuadras, el impermeable de Job Straker aleteaba encima de una mata de aliagas. Al otro lado de las aliagas, el páramo formaba una depresión a modo de cuenco, y en el fondo de ella fue encontrado el cadáver del desdichado entrenador. Tenía la cabeza destrozada por un golpe salvaje dado con algún instrumento pesado, presentando además una herida en el muslo, herida cuyo corte largo y limpio, había sido evidentemente infligida con algún instrumento muy cortante. Sin embargo, veíase con claridad que Straker se había defendido vigorosamente contra sus asaltantes, porque tenía en su mano derecha un cuchillo manchado de sangre hasta la empuñadura, mientras que su mano izquierda aferraba una corbata de seda roja y negra, que la doncella de la casa reconoció como la que llevaba la noche anterior el desconocido que había visitado los establos.

Al volver en sí de su atontamiento. Hunter se expresó también de manera terminante en cuanto a quién era el propietario de la corbata. Con la misma certidumbre aseguró que había sido el mismo desconocido quien, mientras se apoyaba en la ventana, había echado alguna droga en su plato de cordero en salsa fuerte, privando de ese modo a las cuadras de su guardián.

Por lo que se refiere al caballo desaparecido, veíanse en el barro del fondo del cuenco fatal pruebas abundantes de que el animal estaba allí cuando tuvo lugar la pelea. Pero desde aquella mañana no se ha visto al caballo; y aunque se ha ofrecido una gran recompensa, y todos los gitanos de Dartmoor andan buscándolo, nada se ha sabido del mismo. Por último, el análisis de los restos de la cena del mozo de cuadras ha demostrado que contenían una cantidad notable de opio en polvo, dándose el caso de que los demás habitantes de la casa que comieron ese guiso aquella misma noche, no experimentaron ninguna mala consecuencia.

Esos son los hechos principales del caso, una vez despojados de toda clase de suposiciones y expuestos de la peor manera posible. Voy a recapitular ahora las actuaciones de la Policía en el asunto.

El inspector Gregory, a quien ha sido encomendado el caso, es un funcionario extremadamente competente. Si estuviera dotado de imaginación, llegaría a grandes alturas en su profesión. Llegado al lugar del suceso, identificó pronto, y detuvo, al hombre sobre quien recaían, naturalmente, las sospechas. Poca dificultad hubo en dar con él, porque era muy conocido en aquellos alrededores. Se llama, según parece, Fitzroy Simpson. Era hombre de excelente familia y muy bien educado, había dilapidado una fortuna en las carreras, y vivía ahora realizando un negocio callado y elegante de apuestas en los clubs deportivos de Londres. El examen de su cuaderno de apuestas demuestra que él las había aceptado hasta la suma de cinco mil libras en contra del caballo favorito.

Al ser detenido, hizo espontáneamente la declaración de que había venido a Dartrnoor con la esperanza de conseguir algunos informes acerca de los caballos de la cuadra de

King’s Pyland, y también acerca de Deshoroiigh, segundo favorito, que está al cuidado de Silas Brown, en las cuadras de Capleton. No intentó negar que había actuado la noche anterior en la forma que se ha descrito, pero afirmó que no llevaba ningún propósito siniestro, y que su único deseo era obtener datos de primera mano. Al mostrársele la corbata se puso muy pálido, y no pudo, en manera alguna, explicar cómo era posible que estuviese en la mano del hombre asesinado. Sus ropas húmedas demostraban que la noche anterior había estado a la intemperie durante la tormenta, y su bastón, que es de los que llaman abogado de Penang, relleno de plomo, era arma que bien podía, descargando con el mismo repetidos golpes, haber causado las heridas terribles a que había sucumbido el entrenador.

Por otro lado, no mostraba el detenido en todo su cuerpo herida alguna, siendo así que el estado del cuchillo de Straker podía indicar que uno por lo menos de sus atacantes debía de llevar encima la señal del arma. Ahí tiene usted el caso, expuesto concisamente, Watson, y le quedaré sumamente agradecido si usted puede proporcionarme alguna luz.

Yo había escuchado la exposición que Holmes me había hecho con la claridad que es en él característica. Aunque muchos de los hechos me eran familiares, yo no había apreciado lo bastante su influencia relativa ni su mutua conexión.

-¿ Y no será posible -le dije- que el tajo que tiene Straker se lo haya producido con su propio cuchillo en los forcejeos convulsivos que suelen seguirse a las heridas en el cerebro?

-Es más que posible; es probable -dijo Holmes-. En tal caso, desaparece uno de los puntos principales que favorecen al acusado.

-Pero, aun con todo eso, no llego a comprender cuál puede ser la teoría que sostiene la Policía.

-Mucho me temo que cualquier hipótesis que hagamos se encuentre expuesta a objeciones graves -me contestó mi compañero-. Lo que la Policía supone, según yo me imagino, es que Fitzroy Simpson, después de suministrar la droga al mozo de cuadras, y de haber conseguido de un modo u otro una llave duplicada, abrió la puerta del establo y sacó fuera al caballo con intención, en apariencia, de mantenerlo secuestrado. Falta la brida del animal, de modo que Simpson debió de ponérsela. Hecho esto, y dejando abierta la puerta, se alejaba con el caballo por la paramera, cuando se tropezó o fue alcanzado por el entrenador. Se trabaron, como es natural, en pelea, y Simpson le saltó la tapa de los sesos con su bastón, sin recibir la menor herida producida por el cuchillito que Straker empleó en propia defensa; y luego, o bien el ladrón condujo el animal a algún escondite que tenía preparado, o bien aquel se escapó durante la pelea, y anda ahora vagando por los páramos. Así es como ve el caso la Policía, y por improbable que ésta parezca, lo son aún más todas las demás explicaciones. Sin embargo, yo pondré a prueba su veracidad así que me encuentre en el lugar de la acción. Hasta entonces, no veo que podamos adelantar mucho más de la posición en que estamos.

Iba ya vencida la tarde cuando llegamos a la pequeña población de Tavistock, situada, como la protuberancia de un escudo, en el centro de la amplia circunferencia de

Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación: era el uno hombre alto y rubio, de pelo y barba leonados y de ojos de un azul claro, de una rara viveza; el otro, un hombre pequeño y despierto, muy pulcro y activo, de levita y botines, patillitas bien cuidadas y monóculo. Este último era el coronel Ross, sportrnau muy conocido, y el otro, el inspector Gregorv, apellido que estaba haciéndose rápidamente famoso en la organización detectivesca inglesa.

-Me encanta que haya venido usted, señor Holmes -dijo el coronel-. El inspector aquí presente ha hecho todo lo imaginable; pero yo no quiero dejar piedra sin mover en el intento de vengar al pobre Straker y de recuperar mi caballo.

-¿No ha surgido ninguna circunstancia nueva? -preguntó Holmes.

-Siento tener que decirle que es muy poco lo que hemos adelantado -dijo el inspector-. Tenemos ahí fuera un coche descubierto, y como usted querrá, sin duda, examinar el terreno antes que oscurezca, podemos hablar mientras vamos hacia allí.

Un minuto después nos hallábamos todos sentados en un cómodo landó y rodábamos por la curiosa y vieja población del Devonshire. El inspector Gregory estaba pletórico de datos, y fue soltando un chorro de observaciones, que Holmes interrumpía de cuando en cuando con una pregunta o con una exclamación. El coronel Ross iba recostado en su asiento, con el sombrero echado hacia adelante, y yo escuchaba con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory formulaba su teoría, que coincidía casi exactamente con la que Holmes había predicho en el tren.

-La red se va cerrando fuertemente en torno a Fitzroy Simpson

-dijo a modo de comentario-, y yo creo que él es nuestro hombre. No dejo por eso de reconocer que se trata de pruebas puramente circunstanciales, y que puede surgir cualquier nuevo descubrimiento que eche todo por tierra.

-¿Y qué me dice del cuchillo, de Straker?

-Hemos llegado a la conclusión de que se hirió él mismo al caer.

-Eso me sugirió mi amigo, el doctor Watson, cuando veníamos. De ser así, influiría en contra de Simpson.

-Sin duda alguna. A él no se le ha encontrado ni cuchillo ni herida alguna. Las pruebas de su culpabilidad son, sin duda, muy fuertes: tenía gran interés en la desaparición del favorito; recae sobre él la sospecha de haber narcotizado al mozo de cuadra; no hay duda de que anduvo a la intemperie durante la tormenta; iba armado de un pesado bastón, y se encontró su corbata en las manos del muerto. La verdad es que creo que poseemos material suficiente para presentarnos ante el Jurado.

Holmes movió negativamente la cabeza, y dijo:

-Un defensor hábil lo haría todo pedazos. ¿Para qué iba a sacar al caballo del establo? Si

pretendía algún daño, ¿por qué no lo iba a hacer allí mismo? ¿Se le ha encontrado una llave duplicada? ¿Qué farmacéutico le vendió el opio en polvo? Sobre todo, ¿en qué sitio pudo esconder un caballo como éste, él, forastero en esta región? ¿Qué explicación ha dado acerca del papel que deseaba que la doncella hiciese llegar al mozo de cuadra?

-Asegura que se trataba de un billete de diez libras. Se le encontró en el billetero uno de esa suma. Pero las demás objeciones que usted hace no son tan formidables como parecen. Ese hombre no es ajeno a la región. Se ha hospedado por dos veces en Tavistock durante el verano. El opio se lo trajo probablemente de Londres. La llave, una vez que le sirvió para sus propósitos, la tiraría lejos. Quizá se encuentre el caballo en el fondo de alguno de los antiguos pozos de mina que hay en el páramo.

-¿Y qué me dice a propósito de la corbata?

-Confiesa que es suya, y afirma que la perdió. Pero ha surgido en el caso un factor nuevo, que quizá explique el que sacara al caballo del establo.

Holmes aguzó los oídos.

-Hemos encontrado huellas que demuestran que la noche del lunes acampó una cuadrilla de gitanos a una milla del sitio en donde tuvo lugar el asesinato. Los gitanos habían desaparecido el martes. Ahora bien: partiendo del supuesto de que entre los gitanos y Simpson existía alguna clase de concierto, ¿no podría ser que cuando fue alcanzado llevase el caballo a los gitanos, y no podría ser que lo tuviesen éstos?

-Desde luego que cabe en lo posible.

-Se está explorando el páramo en busca de estos gitanos. He hecho revisar también todas las cuadras y edificios aislados en Tavistock, en un radio de diez millas.

-Tengo entendido que muy cerca de allí hay otras cuadras de entrenamiento.

-Sí, y es ése un factor que no debemos menospreciar en modo alguno. Como su caballo Desborough es el segundo en las apuestas, tenían interés en la desaparición del favorito. Se sabe que Silas Brown, el entrenador, lleva apostadas importantes cantidades en la prueba, y no era, ni mucho menos, amigo del pobre Straker. Sin embargo, hemos registrado las cuadras, sin encontrar nada que pueda relacionarlo con los sucesos.

-¿Tampoco se ha descubierto nada que relacione a este Simpson con los intereses de las cuadras de Capleton?

-Absolutamente nada.

Holmes se recostó en el respaldo, y la conversación cesó. Unos minutos después nuestro cochero hizo alto junto a un lindo chalé de ladrillo rojo, de aleros salientes, que se alzaba junto a la carretera. A cierta distancia, después de cruzar un prado, vejase un largo edificio anexo de tejas grises. En todas las demás direcciones el páramo, de suaves ondulaciones y bronceado por los helechos en trance de mustiarse, dilatábase hasta la

línea del horizonte, sin más interrupción que los campanarios de Tavistock y un racimo de casas, allá hacia el Oeste, que señalaba la situación de las cuadras de Capleton. Saltamos todos fuera del coche, a excepción de Holmes, que siguió recostado, con la mirada fija en el cielo que tenía delante, completamente absorto en sus pensamientos. Sólo cuando yo le toqué en el brazo dio un violento respingo y se apeó.

-Perdone -dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que se había quedado mirándole, algo sorprendido-. Estaba soñando despierto

-había en sus ojos cierto brillo y en sus maneras una contenida excitación que me convencieron, acostumbrado como estaba yo a sus actitudes, de que se había puesto sobre alguna pista, aunque no podía imaginar si la habría alcanzado.

-Quizá prefiera usted, señor Holmes, seguir directamente hasta la escena del crimen -dijo Gregory.

-Opto por quedarme unos momentos más aquí mismo y abordar una o dos cuestiones de detalle. Supongo que traerían aquí a Straker, ¿verdad?

-Sí, su cadáver está en el piso de arriba. Mañana tendrá lugar la investigación judicial.

-Llevaba algunos años a su servicio, ¿no es cierto, coronel Ross?

-Siempre vi en él a un excelente servidor.

-Dígame, inspector, harían ustedes, me imagino, un inventarío de todo cuanto tenía en los bolsillos al morir, ¿verdad?

-Si desea usted ver lo que se le encontró, tengo los objetos en el cuarto de estar.

-Me gustaría mucho.

Entramos en fila en la habitación delantera, y tomamos asiento en torno a una mesa central, redonda, mientras el inspector abría con llave un cofre cuadrado de metal y colocaba delante de nosotros un montoncito de objetos. Había una caja de cerillas vestas, un cabo de dos pulgadas de vela de sebo, una pipa A. D. P. de raíz de eglantina, una tabaquera de piel de foca que contenía media onza de Cavendish en hebra larga, un reloj de plata con cadena de oro, un lapicero de aluminio, algunos papeles y un cuchillo de mango de marfil y hoja finísirna, recta, con la marca «Weiss and Co. Londres».

-Este es un cuchillo muy especial -dijo Holmes, cogiéndolo y examinándolo minuciosamente-. Como advierto en él manchas de sangre, supongo que se trata del que se encontró en la mano del difunto. Watson, con seguridad que este cuchillo es de los de su profesión.

-Es de la clase que llamamos para cataratas -le contesté.

-Eso me pareció. Una hoja muy fina destinada a un trabajo muy delicado. Artefacto raro

para ser llevado por un hombre que había salido a una expedición peligrosa, especialmente porque no podía meterlo cerrado en el bolsillo.

-La punta estaba defendida por un disco de corcho, que fue hallado junto al cadáver -dijo el inspector-. La viuda nos dijo que el cuchillo llevaba ya varios días encima de la mesa de tocador y que lo cogió al salir de la habitación. Como arma, valía poca cosa; pero fue quizá lo mejor de que pudo echar mano en ese momento.

-Es muy posible. ¿Y qué papeles son ésos?

-Tres de ellos son cuentas de vendedores de heno, con su recibí. Otro es una carta con instrucciones del coronel Ross. Y éste otro es una factura de un modista por valor de treinta y siete libras y quince chelines, extendida por madame "Lesurier" de Bond Street, a nombre de Wiliam Darbyshire. La señora Straker nos ha informado de que el tal Darbyshire era un amigo de su marido, y que a veces le dirigían aquí las cartas.

-Esta madame Darbyshire era mujer de gustos algo caros -comentó Holmes, mirando de arriba abajo la cuenta-. Veintidós guineas es un precio bastante elevado para un solo vestido ¡Ea!, por lo visto, ya no hay nada más que ver aquí, y podemos marchar hasta el lugar del crimen.

Cuando salíamos del cuarto de estar, se adelantó una mujer que había estado esperando en el pasillo, y puso su mano sobre la manga del inspector. Tenía el rostro macilento, delgado, ojeroso, con el sello de un espanto reciente.

-¿Les han echado ustedes ya mano? ¿Los han descubierto ustedes? -exclamó jadeante.

-No, señora Straker; pero el señor Holmes, aquí presente, ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo cuanto esté a nuestro alcance.

Holmes le dijo:

-Señora Straker, estoy seguro de haber sido presentado a usted hará algún tiempo en Plymouth, durante una garden party.

-No, señor. Está usted equivocado.

-¡Válgame Dios! Pues yo lo habría jurado. Llevaba usted un vestido de seda color tórtola, con guarniciones de pluma de avestruz.

-En mi vida he usado un vestido así -contestó la señora.

-Entonces ya no cabe duda -dijo Holmes.

Se disculpó y salió de la casa del inspector. Un. corto paseo a través del páramo nos llevó a la hondonada en que fue hallado el cadáver. Las aliagas de las que había sido colgado el impermeable se hallaban al borde mismo del hoyo.

-Tengo entendido que esa noche no hacía viento -dijo Holmes.

-En absoluto; pero llovía fuerte.

-En ese caso, el impermeable no fue arrastrado por el viento, sino colocado ahí deliberadamente.

-Sí; estaba extendido sobre las aliagas.

-Eso me interesa vivamente. Veo que el suelo está lleno de huellas. Sin duda que habrán pasado por aquí muchos pies desde la noche del lunes.

-Colocamos aquí al lado un trozo de estera, y ninguno de nosotros pisó fuera de ella.

-Magnífico.

-Traigo en este maletín una de las botas que calzaba ‘Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura vieja de Silver Blaze.

-¡Mi querido inspector, usted se está superando a sí mismo! Holmes echó mano del maletín, bajó a la hondonada y colocó la estera más hacia el centro. Después, tumbado boca abajo, y apoyando la barbilla en las manos, escudriñó minuciosamente el barro pataleado que tenía delante.

-¡Hola! -dijo de pronto-. ¿Qué es esto?

Era una cerilla vesta, medio quemada y tan embarrada que a primera vista parecía una astillita de madera.

-No me explico cómo se me pasó por alto -dijo el inspector, con expresión de fastidio.

-Era invisible, porque estaba sepultada en el barro. Si yo la he descubierto, ha sido porque la andaba buscando.

-¡Cómo! ¿Que esperaba usted encontrarla?

-Creí que no era improbable.

Holmes sacó del maletín la bota y el zapato comparó las impresiones de ambos con las huellas que había en el barro. Trepó acto continuo al borde de la hondonada y anduvo a gatas por entre los helechos y los matorrales.

-Sospecho que no hay más huellas -dijo el inspector-. Yo he examinado muy minuciosamente el suelo en cien yardas a la redonda.

-¡De veras! -dijo Holmes, levantándose-. No habría cometido yo la impertinencia de volver a examinarlo, si usted me lo hubiese dicho. Pero, antes de que oscurezca, quiero darme un paseíto por los páramos, a fin de poder orientarme mañana, y me voy a meter

esta herradura en el bolsillo, a ver si me da buena suerte.

El coronel Ross, que había dado algunas muestras de impaciencia ante el método tranquilo y sistemático de trabajar que tenía mi compañero, miró su reloj.

-Inspector, yo desearía que regresase usted conmigo -dijo-. Quisiera consultarle acerca de varios detalles, y especialmente sobre si no deberíamos borrar a nuestro caballo de la lista de inscripciones para la copa, mirando por las conveniencias del público.

-No haga semejante cosa -exclamó Holmes con resolución-. Yo, en su caso, dejaría el nombre en la lista.

El coronel se inclinó, y dijo:

-Me alegro muchísimo de que me haya dado su opinión. Cuando haya terminado su labor, nos encontrará en la casa del pobre Straker, y podremos ir juntos en coche a Tavistock.

Regresó con el inspector, mientras Holmes y yo avanzábamos despacio por el páramo. El sol empezaba a hundirse detrás de los edificios de las cuadras de Capleton, y la dilatada llanura que se extendía ante nosotros estaba como teñida de oro, que se ensombrecía, convirtiéndose en un vivo y rojizo color marrón, en los sitios donde los helechos y los zarzales captaban la luminosidad del atardecer.

-Por este lado, Watson -dijo, por fin, Holmes-. Dejemos de lado por el momento la cuestión de quién mató a Straker, y ciñámonos a descubrir el paradero del caballo. Pues bien; suponiendo que se escapó durante la tragedia o después de ésta, ¿hacia dónde pudo ir? Los caballos son animales de índole muy gregaria. Abandonado este nuestro a sus instintos, o bien regresaría a King's Pyland o se dirigiría a Capleton. ¿Qué razón puede haber parra que lleve una vida selvática por los páramos? De haberlo hecho, con seguridad que alguien lo habría visto a estas horas. ¿Y qué razón hay también para que lo secuestren los gitanos? Esta gente se larga siempre de los lugares donde ha habido algún asunto feo, porque no quieren que la Policía les caiga encima con toda clase de molestias. Ni por asomos podían pensar en vender un caballo como éste. Correrían, pues, un grave peligro y no ganarían nada llevándoselo. Eso es evidente.

-¿Dónde está, pues, el caballo?

-He dicho ya que con seguridad marchó a King's Pyland o a Capleton. Al no estar en King's Pyland, tiene que estar en Capleton. Tomemos esto como hipótesis de trabajo, y veamos adónde nos lleva En esta parte del páramo, según hizo notar el inspetor, el suelo es muy duro y seco; pero forma pendiente en dirección a Capleton, y desde aquí mismo se distingue que hay, allá lejos, una hondonada alargada, que quizá estaba muy húmeda la noche del lunes. Si nuestra hipótesis es correcta, el caballo tuvo que cruzar esa hondonada, y es en ésta donde debemos buscar sus huellas.

Mientras hablábamos, habíamos ido caminando a buen paso, y sólo invertimos algunos minutos en llegar a la hondonada en cuestión. Yo, a petición de Holmes, tiré hacia la

derecha, siguiendo citalud, y él tiró hacia la izquierda; no habría andado yo cincuenta pasos cuando le oí lanzar un grito, y vi que me llamaba con la mano. Las huellas del caballo se dibujaban con claridad en la tierra blanduzca que él tenía delante, y la herradura que sacó del bolsillo ajustaba exactamente en ellas.

-Vea usted qué valor tiene la imaginación -me dijo Holmes-. Es la única cualidad que le falta a Gregory. Nosotros nos imaginamos lo que pudo haber ocurrido, hemos actuado siguiendo esa suposición, y resultó que estábamos en lo cierto. Sigamos adelante.

Cruzamos el fondo pantanoso y entramos en un espacio de un cuarto de milla de césped seco y duro. Otra vez el terreno descendió en declive, y otra vez tropezamos con las huellas. Perdimos éstas por espacio de media milla, pero fue para volver a encontrarlas muy cerca ya de Capleton. El primero en verlas fue Holmes, y se detuvo para señalármelas con expresión de triunfo en el rostro. Paralelas a las huellas del caballo, veíanse las de un hombre.

-Hasta aquí el caballo venía solo -exclamó.

-Así es. El caballo venía solo hasta aquí. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Las dobles huellas cambiaron de pronto de dirección, tomando la de King's Pyland. Holmes dejó escapar un silbido, y los dos fuimos siguiéndolas. Los ojos de Holmes no se apartaban de las pisadas, pero yo levanté la vista para mirar a un lado, y vi con sorpresa esas mismas dobles huellas que volvían en dirección contraria.

-Un tanto para usted, Watson -dijo Holmes, cuando yo le hice ver aquello-. Nos ha ahorrado una larga caminata que nos habría traído de vuelta sobre nuestros propios pasos. Sigamos esta huella de retorno.

No tuvimos que andar mucho. La doble huella terminaba en la calzada de asfalto que conducía a las puertas exteriores de las cuadras de Capleton. Al ácercarnos, salió corriendo de las mismas un mozo de cuadra.

-Aquí no queremos ociosos -nos dijo.

-Sólo deseo hacer una pregunta -dijo Holmes, metiendo en el bolsillo del chaleco los dedos índice y pulgar-. ¿Será demasiado temprano para que hablemos con tu jefe, el señor Silas Brown, si acaso venimos mañana a las cinco de la mañana?

-¡Válgame Dios, caballero! Si alguno anda a esa hora por aquí, será él, porque es siempre el primero en levantarse. Pero, ahí lo tiene usted precisamente, y él podrá darle en persona la respuesta. De ninguna manera, señor, de ninguna manera; me jugaría el puesto si él me ve recibir dinero de usted. Si lo desea, démelo más tarde.

En el momento en que Sherlock Holmes metía de nuevo en el bolsillo la media corona que había sacado del mismo, avanzó desde la puerta un hombre entrado en años y de expresión violenta, que empuñaba en la mano un látigo de caza.

-¿Qué pasa, Dawson? -gritó- No quiero chismorreos. Vete a tu obligación. Ustedes..., ¿qué diablos quieren ustedes por acá?

-Hablar diez minutos con usted, mi buen señor -le contestó Holmes con la más meliflua de las voces.

-No tengo tiempo para hablar con todos los ociosos que aquí se presentan. Lárguense, si no quieren salir perseguidos por un perro.

Holmes se inclinó hacia adelante y cuchicheó algo al oído del entrenador. Este dio un respingo y se sonrojó hasta las sienes.

-¡Eso es un embuste! -gritó--. ¡Un embuste infernal!

-Perfectamente, pero ¿quiere que discutamos acerca de ello en público, o prefiere que lo hagamos en la sala de su casa?

-Bueno, venga conmigo, si así lo desea.

Holmes se sonrió, y me dijo:

-No le haré esperar más que unos minutos, Watson. ¡Ea! señor Brown, estoy a su disposición.

Antes de que Holmes y el entrenador reapareciesen pasaron sus buenos veinte minutos, y los tonos rojos se habían ido desvaneciendo hasta convertirse en grises. Jamás he visto cambio igual al que había tenido lugar en Silas Brown durante tan breve plazo. El color de su cara era cadavérico, brillaban sobre sus cejas gotitas de sudor, y le temblaban las manos de tal manera que el látigo de caza se agitaba lo mismo que una rama sacudida por el viento. Sus maneras valentonas y avasalladoras habían desaparecido por completo, y avanzaba al costado de mi compañero con las mismas muestras de zalamería de un perro a su amo.

-Serán cumplidas sus instrucciones. Serán cumplidas -le decía.

-No quiero equivocaciones -dijo Holmes, volviéndose a mirar; y el entrenador parpadeó al encontrarse con la mirada amenazadora de mi compañero.

-¡Oh, no, no las habrá! Estaré allí. ¿Quiere que lo cambie antes o después?

Holmes meditó un momento y de pronto rompió a reír.

-No, no lo cambie -dijo-. Le daré instrucciones por escrito a este respecto. Nada de trampas, o...

-¡Puede usted confiar en mí, puede usted confiar en mí!

-Usted actuará en ese día igual que si fuera suyo.

-Puede usted descansar en mí.

-Sí, creo que puedo hacerlo. Bueno, mañana sabrá usted de mí.

Holmes dio media vuelta, sin hacer caso de la mano temblorosa que el otro le tendió, y nos pusimos en camino para King's Pyland.

-Rara vez he tropezado con una mezcla de fanfarrón, cobarde y reptil, como este maese Silas Brown -comentó Holmes, mientras caminábamos juntos a paso largo.

-Entonces es que el caballo lo tiene él, ¿verdad?

-Me vino con fanfarronadas queriendo hurtar el cuerpo, pero yo le hice una descripción tan exacta de todos los pasos que había dado aquella mañana, que ha acabado convenciéndose de que le estuve mirando. Usted, como es natural, se fijaría en que la puntera de las huellas tenía una forma cuadrada muy especial, y también se fijaría en que las de sus botas correspondían exactamente a la de las huellas. Además, como es natural, ningún subalterno se habría atrevido a semejante cosa. Le fui relatando cómo él, al levantarse el primero, según tenía por costumbre, vio que por el páramo vagaba un caballo solitario; que se dirigió hasta el lugar en que estaba el animal, y que reconoció con asombro, por la mancha blanca de la frente que dio al caballo favorito su nombre, que la casualidad ponía en sus manos el único caballo capaz de vencer al otro, por el que él había apostado su dinero. Acto continuo, le conté que su primer impulso había sido devolverlo a King's Pyland, pero que el demonio le había hecho ver cómo podía ocultar el caballo hasta después de la carrera, y que entonces había vuelto sobre sus pasos y lo había escondido en Capleton. Al oír cómo yo le contaba todos los detalles, se dio por vencido, y solo pensó ya en salvar la piel.

-Pero se había realizado un registro en sus establos.

-Bueno, un viejo disfrazacaballos, como él, tiene muchas artimañas.

-Pero ¿no le da a usted miedo dejar el caballo en poder suyo, teniendo como tiene toda clase de intereses en hacerle daño?

-Mi querido compañero, ese hombre lo conservará con el mismo cuidado que a las niñas de sus ojos. Sabe que su única esperanza de que le perdonen es el presentarlo en las mejores condiciones.

-A mí no me dio el coronel Ross la impresión de hombre capaz de mostrarse generoso, haga él lo que haga.

-La decisión no está en manos del coronel Ross. Yo sigo mis propios métodos, y cuento mucho o cuento poco, según me parece. Es la ventaja de no actuar como detective oficial. No sé si usted habrá reparado en ello, Watson; pero la manera de tratarme el coronel fue un poquitín altanera. Estoy tentado en divertirme un poco a costa suya. No

le hable usted nada acerca del caballo.

-Desde luego que no lo haré sin permiso de usted.

-Además, esto resulta un hecho subalterno si se compara con el problema de quién mató a John Straker. ¿A ese problema al que usted se va a dedicar?

-Todo lo contrario, ambos regresamos a Londres con el tren de la noche.

Las palabras de mi amigo me dejaron como fulminado. Llevábamos sólo algunas horas en Devonshire, y me resultaba totalmente incomprensible que suspendiese una investigación que tan brillante principio había tenido.

Ni una sola palabra más conseguí sacarle hasta que estuvimos de regreso en casa del entrenador. El coronel y el inspector nos esperaban en la sala.

-Mi amigo y yo regresamos a la capital con el expreso de medianoche -dijo Holmes-. Hemos podido respirar durante un rato el encanto de sus magníficos aires de Dartmoor.

El inspector puso tamaño ojos, el coronel torció desdeñosamente el labio.

-Veo que usted desespera de poder detener al asesino del pobre Straker -dijo el coronel.

Holmes se encogió de hombros, y dijo:

-Desde luego, existen graves dificultades para conseguirlo. Sin embargo, tengo toda clase de esperanzas de que su caballo tomará el martes la partida en la carrera, y yo le suplico tenga para ello listo a su jokey. ¿Podría pedir una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre que tenía en el bolsillo, y se la entregó a Holmes.

-Querido Gregory, usted se adelanta a todo lo que yo necesito. Si ustedes tienen la amabilidad de esperar aquí unos momentos, yo quisiera hacer una pregunta a la mujer de servicio.

-No tengo más remedio que decir que me ha defraudado bastante su asesor londinense -dijo el coronel Ross, ásperamente, cuando mi amigo salió de la habitación-. No veo que hayamos adelantado nada desde que él vino.

-Tiene usted por lo menos la seguridad que le ha dado de que su caballo tomará parte en la carrera.

-Sí, tengo la seguridad que él me ha dado -dijo el coronel, encogiéndose de hombros-. Preferiría tener mi caballo.

Iba yo a contestar algo en defensa de mi amigo, cuando éste volvió a entrar en la

habitación.

-Y ahora, caballeros, estoy listo para ir a Tavistock -les dijo. Al subir al coche, uno de los mozos de cuadra mantuvo abierta la portezuela. De pronto pareció ocurrírsele a Holmes una idea, porque se echó hacia adelante y dio un golpecito al mozo en el brazo, diciéndole:

-Veo ahí, en el prado, algunas ovejas. ¿Quién las cuida?

-Yo las cuido, señor.

-¿No les ha pasado nada malo a estos animales durante los últimos tiempos?

-Verá usted, señor no ha sido cosa muy grave, pero el hecho es que tres de los animales han quedado mancos.

Me fijé en que la contestación complacía muchísimo a Holmes, porque se rió por lo bajo y se frotó las manos.

-¡Ahí tiene, Watson, un tiro de largo alcance, de alcance muy largo! -me dijo, pellizcándome el brazo-. Gregorv, permítame llamarle la atención sobre esta extraña epidemia de las ovejas. ¡Adelante, cochero!

El coronel Ross seguía mostrando en la expresión de su cara la pobre opinión que se había formado de las habilidades de mi compañero; pero en la del inspector pude ver que su interés se había despertado vivamente.

-¿Da usted importancia a ese asunto? -preguntó.

-Extraordinaria.

-¿Existe algún otro detalle acerca del cual desearía usted llamar mi atención?

-Sí, acerca del incidente curioso del perro aquella noche.

-El perro no intervino para nada.

-Ese es precisamente el incidente curioso -dijo como comentario Sherlock Holmes.

Cuatro días después estábamos de nuevo, Holmes y yo, en el tren, camino de Winchester, para presenciar la carrera de la Copa de Wessex. El coronel Ross salió a nuestro encuentro, de acuerdo con la cita que le habíamos dado, fuera de la estación, y marchamos en su coche de sport de cuatro caballos hasta el campo de carreras, situado al otro lado de la ciudad. La expresión de su rostro era de seriedad, y, sus maneras, en extremo frías.

-No he visto por parte alguna a mi caballo -nos dijo.

-Será usted capaz de conocerlo si lo ve, ¿no es así? -le preguntó Holmes.

Esto irritó mucho al coronel, que le contestó:

-Llevo veinte años dedicado a las carreras de caballos, y nadie me había hecho hasta ahora pregunta semejante. Cualquier niño seria capaz de reconocer a Silver Blaze por la mancha blanca de la frente y su pata delantera jaspeada.

-¿Y cómo van las apuestas?

-Ahí tiene usted lo curioso del caso. Ayer podía usted tomar apuestas a quince por uno, pero esta diferencia se ha ido reduciendo cada vez más y actualmente apenas se ofrece el dinero tres a uno.

-¿Ejem! -exclamó Holmes-. Es evidente que hay alguien que sabe algo.

Cuando nuestro coche se detuvo en el espacio cerrado, cerca de la tribuna grande, miré el programa para ver las inscripciones. Decía así:

COPA WESSEX

52 soberanos c. u., con 1.000 soberanos más, para caballos de cuatro y de cinco años. Segundo, 300 libras. Tercero, 200 libras.

Pista nueva (una milla y mil cien yardas).

1. The Negro, del señor Heath Newton (gorra encamada, chaquetilla canela).

2. Pugilist, del coronel Wardlaw (gorra rosa, chaquetilla azul y negra).

3. Desborouglz de lord Backwater (gorra amarilla y mangas ídem).

4. Silver Blaze, del coronel Ross (gorra negra y chaquetilla roja).

5. Iris, del duque de Balmoral (franjas amarillas y negras).

6. Rasper, de lord Singleford (gorra púrpura y mangas negras).

-Borramos al otro caballo nuestro y hemos puesto todas nuestras esperanzas en la palabra de usted -dijo el coronel-. ¿Cómo? ¿Qué ocurre? ¿Silver Blaze favorito?

-Cinco a cuatro contra Silver Blaze -bramaba el ring-. ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Quince a cinco contra Desborough! ¡Cinco a cuatro por cualquiera de los demás!

-Ya han levantado los números -exclamé---. Figuran allí los seis.

-¡Los seis! Entonces es que mi caballo corre -exclamó el coronel, presa de gran

excitación-. Pero yo no lo veo. Mis colores no han pasado.

-Sólo han pasado hasta ahora cinco caballos. Será ese que viene ahí.

Mientras yo hablaba salió del pesaje un fuerte caballo bayo y cruzó por delante de nostros al trotecito, llevando a sus espaldas los bien conocidos colores negro y rojo del coronel.

-Ese no es mi caballo -gritó el propietario-. Ese animal no tiene en el cuerpo un solo cabello blanco. ¿Qué es lo que usted ha hecho, señor Holmes?

-Bueno, bueno; vamos a ver cómo se porta -contestó mi amigo, imperturbable. Estuvo mirando al animal durrante algunos minutos con mis gemelos de campo. De pronto gritó-: ¡Estupendo! ¡Magnífico arranque! Ahí los tenemos, doblando la curva.

Desde nuestro coche de sport los divisamos de manera magnífica cuando avanzaban por la recta. Los seis caballos marchaban tan juntos y apareados que habría bastado una alfombra para cubrirlos a todos; pero a mitad de la recta la saeta de Desborough perdió su fuerza, y el caballo del coronel, surgiendo al frente a galope, cruzó el poste de llegada, a unos eis cuerpos delante de su rival, mientras que Iris, del duque de Balmoral, llegaba tercero, muy rezagado.

-Sea como sea, la carrera es mía -jadeó el coronel, pasándose la mano por los ojos-. Confieso que no le veo al asunto ni pies ni cabeza. ¿No le parece, señor Holmes, que es hora ya de que usted desvele su misterio?

-Desde luego, coronel. Lo sabrá usted todo. Vamos juntos a echar un vistazo al caballo. Aquí lo tenemos -agregó cuando penetrábamos en el pesaje, recinto al que sólo tienen acceso los propietarios y sus amigos-. No tiene usted sino lavarle la cara y la pata con alcohol vínico, y verá cómo se trata del mismo querido Silver Blaze de siempre.

-¡Me deja usted sin aliento!

-Me lo encontré en poder de un simulador, y me tomé la libertad de hacerle correr tal y como me fue enviado.

-Mi querido señor, ha hecho usted prodigios. El aspecto del caballo es muy bueno. En su vida corrió mejor. Le debo a usted mil excusas por haber puesto en duda su habilidad. Me ha hecho un gran favor recuperando mi caballo. Me lo haría usted todavía mayor si pudiera echarle el guante al asesino de John Straker.

-Lo hice ya -contestó con tranquilidad Holmes.

El coronel y yo le miramos atónitos:

-¡Que le ha echado usted el guante! ¿Y dónde está?

-Está aquí.

-¡Aquí! ¿Dónde?

-En este instante está en mi compañía.

El coronel se puso colorado e irritado, y dijo:

-Señor Holmes, confieso cumplidamente que he contraído obligaciones con usted; pero eso que ha dicho tengo que mirarlo o como un mal chiste o como un insulto.

Sherlock Holmes se echó a reír, y contestó:

-Coronel, le aseguro que en modo alguno he asociado el nombre de usted con el crimen. ¡El verdadero asesino está detrás mismo de usted!

Holmes avanzó y puso su mano sobre eL reluciente cuello del pura sangre.

-¡E] caballo! -exclamarnos a una el coronel y yo.

-Sí, el caballo. Quizá aminore su culpabilidad si les digo que lo hizo en defensa propia, y que John Straker era un hombre totalmente indigno de la confianza de usted. Pero ahí suena la campana, y como yo me propongo ganar algún dinerillo en la próxima carrera, diferiré una explicación más extensa para otro momento más adecuado.

Aquella noche, al regresar en tren a Londres, dispusimos del rincón de un pullman para nosotros solos; creo que el viaje fue tan breve para el coronel Ross como para mí, porque lo pasamos escuchando el relato que nuestro compañero nos hizo de lo ocurrido en las cuadras de entrenamiento a Dartmoor, el lunes por la noche, y de los medios de que se valió para aclararlo.

-Confieso -nos dijo- que todas las hipótesis que yo había formado a base de las noticias de los periódicos resultaron completamente equivocadas. Sin embargo, había en esos relatos determinadas indicaciones, de no haber estado sobrecargadas con otros detalles que ocultaron su verdadero significado. Marché a Devonshire convencido de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque, como es natural, me daba cuenta de que las pruebas contra él no eran, ni mucho menos, completas.

Mientras íbamos en coche, y cuando ya estábamos a punto de llegar a la casa del entrenador, se me ocurrió de pronto lo inmensamente significativo del cordero en salsa fuerte. Quizá ustedes recuerden que yo estaba distraído, y que me quedé sentado cuando ya ustedes se apeaban. En ese instante me asombraba, en mi mente, de que hubiera yo podido pasar por alto una pista tan clara.

-Pues yo -dijo el coronel- confieso que ni aun ahora comprendo en qué puede servirnos.

-Fue el primer eslabón de mi cadena de razonamientos. El opio en polvo no es, en modo alguno. sustancia insípida. Su sabor no es desagradable, pero sí perceptible. De haberlo

mezclado con cualquier otro plato, la persona que lo hubiese comido lo habría descubierto sin la menor duda, y es probable que no hubiese seguido comiendo. La salsa fuerte era exactamente el medio de disimular ese sabor. Este hombre desconocido, Fitzroy Simpson, no podía en modo alguno haber influido con la familia del entrenador para que se sirviese aquella noche esa clase de salsa, y llegaría a coincidencia monstruosa el suponer que ese hombre había ido, provisto de opio en polvo, la noche misma en que comían un plato capaz de disimular su sabor. Semejante caso no cabe en el pensamiento. Por consiguiente, Simpson queda eliminado del caso, y nuestra atención se centra sobre Straker y su esposa, que son las dos personas de cuya voluntad ha podido depender el que esa noche se haya cenado en aquella casa cordero con salsa fuerte. El opio fue echado después que se apartó la porción destinada al mozo de cuadra que hacía la guarda, porque los demás de la casa comieron el mismo plato sin que sufrieran las malas consecuencias. ¿Quién, pues, de los dos tuvo acceso al plato sin que la criada le viera?

Antes de decidir esta cuestión, había yo comprendido todo el significado que tenía el silencio del perro, porque siempre ocurre que una deducción exacta sugiere otras. Por el incidente de Simpson me había enterado de que en la casa tenían un perro, y, sin embargo, ese perro no había ladrado con fuerza suficiente para despertar a los dos mozos que dormían en el altillo, a pesar de que alguien había entrado y se había llevado un caballo. Era evidente que el visitante nocturno era persona a la que el perro conocía mucho.

Yo estaba convencido va, o casi convencido, de que John Straker había ido a las cuadras en lo más profundo de la noche y había sacado de ellas a Silver Blaze. ¿Con qué finalidad? Sin duda alguna que con una finalidad turbia, porque, de otro modo, ¿para qué iba a suministrar una droga estupefaciente a su propio mozo de cuadras? Pero yo no atinaba con qué finalidad podía haberlo hecho. Antes de ahora se han dado casos de entrenadores que han ganado importantes sumas de dinero apostando contra sus propios caballos, por medio de agentes y recurriendo a fraudes para impedirles luego que ganasen la carrera. Unas veces valiéndose del jockey, que sujetaba el caballo. Otras veces recurriendo a medios más seguros y más sutiles. ¿De qué medio pensaba servirse en esta ocasión? Yo esperaba encontrar en sus bolsillos algo que me ayudase a formar una conclusión.

Eso fue lo que ocurrió. Seguramente que ustedes no han olvidado el extraño cuchillo que se encontró en la mano del difunto, un cuchillo que ningún hombre en su sano juicio habría elegido para arma. Según el doctor Watson nos dijo, se trataba de una forma de cuchillo que se emplea en cirugía para la más delicada de las operaciones conocidas. También esa noche iba a ser empleado para realizar una operación delicada. Usted, coronel Ross, con la amplia experiencia que posee en asuntos de carreras de caballos, tiene que saber que es posible realizar una leve incisión en los tendones de la corva de un caballo, y que esa incisión se puede hacer subcutánea, sin que quede absolutamente ningún rastro. El caballo así operado sufre una pequeñísima cojera, que se atribuiría a un mal paso durante los entrenamientos o a un ataque de reumatismo, pero nunca a una acción delictiva.

-¡Canalla y miserable! -exclamó el coronel.

-Ahí tenemos la explicación de por qué John Straker quiso llevar el caballo al páramo. Un animal de tal vivacidad habría despertado seguramente al más profundo dormilón en el momento en que sintiese el filo del cuchillo. Era absolutamente necesario operar al aire libre.

-¡He estado ciego! -exclamó el coronel-. Naturalmente que para eso era para lo que necesitaba el trozo de vela, y por lo que encendió una cerilla.

-Sin duda alguna. Pero al hacer yo inventarío de las cosas que tenía en los bolsillos, tuve la suerte de descubrir, no sólo el método empleado para el crimen, sino también sus móviles.

Como hombre de mundo que es, coronel, sabe que nadie lleva en sus bolsillos las facturas pertenecientes a otras personas. Bastante tenemos la mayor parte de nosotros con pagar las nuestras propias. Deduje en el acto que Straker llevaba una doble vida, y que sostenía una segunda casa. La índole de la factura me demostró que andaba de por medio una mujer, - una mujer que tenía gustos caros. Aunque es usted generoso con su servidumbre, dificilmente puede esperarse que un empleado suyo esté en condiciones de comprar a su mujer vestidos para calle de veinte guineas. Interrogué a la señor Straker, sin que ella se diese cuenta, acerca de ese vestido. Seguro ya de que ella no lo había tenido nunca, tomé nota de la dirección de la modista, convencido de que visitándola con la fotografía de Straker podría desembarazarme fácilmente de aquel mito del señor Darbyshire.

Desde ese momento quedó todo claro. Straker había sacado el caballo y lo había llevado a una hondonada en la que su luz resultaría invisible para todos. Simpson, al huir, había perdido la corbata, y Straker la recogió con alguna idea, quizá con la de atar la pata del animal. Una vez dentro de la hondonada, se situó detrás del caballo, y encendió la luz; pero aquél, asustado por el súbito resplandor, y con el extraordinario instinto, propio de los animales, de que algo malo se le quería hacer, largó una coz, y la herradura de acero golpeó a Straker en plena frente. A pesar de la lluvia, Straker se había despojado ya de su impermeable para llevar a cabo su delicada tarea, y, al caer, su mismo cuchillo le hizo un corte en el muslo. ¿Me explico con claridad?

-¡Asornbroso! -exclamó el coronel-. ¡Asombroso! Parece que hubiera estado usted allí presente.

-Confieso que mi último tiro fue de larguísimo alcance. Se me ocurrió que un hombre tan astuto como Straker no se lanzaría a realizar esa delicada incisión de tendones sin un poco de práctica previa. ¿En qué animales podía ensayarse? Me fijé casualmente en las ovejas, e hice una pregunta que, con bastante sorpresa mía, me demostró que mi suposición era correcta.

-Señor Holmes, ha dejado usted las cosas completamente claras.

-Al regresar a Londres, visité a la modista, y ésta reconoció en el acto a Straker corno

uno de sus buenos clientes, llamado Darbyshire, que tenía una esposa muy llamativa y muy aficionada a los vestidos caros. Estoy seguro de que esta mujer lo metió a él en deudas hasta la coronilla, y que por eso se lanzó a este miserable complot.

-Una sola cosa no nos ha aclarado usted todavía -exclamó el coronel-. ¿Dónde estaba el caballo?

-¡Ah! El caballo se escapó, y uno de sus convecinos cuidó de él. Creo que por ese lado debernos conceder una amnistía. Pero, si no estoy equivocado, estarnos ya en el empalme de Clapham, y llegaremos a la estación Victoria antes de diez minutos. Coronel, si usted tiene ganas de fumar un cigarro en nuestras habitaciones, yo tendré mucho gusto en proporcionarle cualquier otro detalle que pueda despertar su interés.

SV

Estudio en escarlata

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Índice

PRIMERA PARTE (Reimpresión de las memorias de John H. Watson, doctor en medicina y oficial retirado del Cuerpo de Sanidad)

1. Mr. Sherlock Holmes
2. La ciencia de la deducción
3. El misterio de Lauriston Gardens
4. El informe de John Rance
5. Nuestro anuncio atrae a un visitante
6. Tobías Gregson en acción
7. Luz en la oscuridad

SEGUNDA PARTE. La tierra de los santos

1. En la gran llanura alcalina
2. La flor de Utah
3. John Ferrier habla con el profeta
4. La huida
5. Los ángeles vengadores
6. Continuación de las memorias de John Watson, doctor en Medicina
7. Conclusión

Primera parte

(Reimpresión de las memorias de John H. Watson, doctor en medicina y oficial retirado del Cuerpo de Sanidad)

1. Mr. Sherlock Holmes

En el año 1878 obtuve el título de doctor en medicina por la Universidad de Londres, asistiendo después en Netley a los cursos que son de rigor antes de ingresar como médico en el ejército. Concluidos allí mis estudios, fui puntualmente destinado el 5.0 de Fusileros de Northumberland en calidad de médico ayudante. El regimiento se hallaba por entonces estacionado en la India, y antes de que pudiera unirme a él, estalló la segunda guerra de Afganistán. Al desembarcar en Bombay me llegó la noticia de que las tropas a las que estaba agregado habían traspuesto la línea montañosa, muy dentro ya de territorio enemigo. Seguí, sin embargo, camino con muchos otros oficiales en parecida situación a la mía, hasta Candahar, donde sano y salvo, y en compañía por fin del regimiento, me incorporé sin más dilación a mi nuevo servicio.

La campaña trajo a muchos honores, pero a mí sólo desgracias y calamidades. Fui separado de mi brigada e incorporado a las tropas de Berkshire, con las que estuve de servicio durante el desastre de Maiwand. En la susodicha batalla una bala de Jezail me hirió el hombro, haciéndose añicos el hueso y sufriendo algún daño la arteria subclavia. Hubiera caído en manos de los despiadados ghazis a no ser por el valor y lealtad de Murray, mi asistente, quien, tras ponerme de través sobre una caballería, logró alcanzar felizmente las líneas británicas.

Agotado por el dolor, y en un estado de gran debilidad a causa de las muchas fatigas sufridas, fui trasladado, junto a un nutrido convoy de maltrechos compañeros de infortunio, al hospital de la base de Peshawar. Allí me rehice, y estaba ya lo bastante sano para dar alguna que otra vuelta por las salas, y orearme de tiempo en tiempo en la terraza, cuando caí víctima del tifus, el azote de nuestras posesiones indias. Durante meses no se dio un ardite por mi vida, y una vez vuelto al conocimiento de las cosas, e iniciada la convalecencia, me sentí tan extenuado, y con tan pocas fuerzas, que el consejo médico determinó sin más mi inmediato retorno a Inglaterra. Despachado en el transporte militar Orontes, al mes de travesía toqué tierra en Portsmouth, con la salud malparada para siempre y nueve meses de plazo, sufragados por un gobierno paternal, para probar a remediarla.

No tenía en Inglaterra parientes ni amigos, y era, por tanto, libre como una alondra -es decir, todo lo libre que cabe ser con un ingreso diario de once chelines y medio-. Hallándome en semejante coyuntura gravité naturalmente hacia Londres, sumidero enorme donde van a dar de manera fatal cuantos desocupados y haraganes contiene el imperio. Permanecí durante algún tiempo en un hotel del Strand, viviendo antes mal que bien, sin ningún proyecto a la vista, y gastando lo poco que tenía, con mayor liberalidad, desde luego, de la que mi posición recomendaba. Tan alarmante se hizo el estado de mis finanzas que pronto caí en la cuenta de que no me quedaban otras alternativas que decir adiós a la metrópoli y emboscarme en el campo, o imprimir un radical cambio a mi modo de vida. Elegido el segundo camino, principié por hacerme a la idea de dejar el hotel, y sentar mis reales en un lugar menos caro y pretencioso.

No había pasado un día desde semejante decisión, cuando, hallándome en el Criterion Bar, alguien me puso la mano en el hombro, mano que al dar media vuelta reconocí como perteneciente al joven Stamford, el antiguo practicante a mis órdenes en el Barts.

La vista de una cara amiga en la jungla londinense resulta en verdad de gran consuelo al hombre solitario. En los viejos tiempos no habíamos sido Stamford y yo lo que se dice uña y carne, pero ahora lo acogí con entusiasmo, y él, por su parte, pareció contento de verme. En ese arrebato de alegría lo invité a que almorzara conmigo en el Holborn, y juntos subimos a un coche de caballos..

-Pero ¿qué ha sido de usted, Watson? -me preguntó sin embozar su sorpresa mientras el traqueteante vehículo se abría camino por las pobladas calles de Londres-. Está delgado como un arenque y más negro que una nuez.

Le hice un breve resumen de mis aventuras, y apenas si había concluido cuando llegamos a destino.

-¡Pobre de usted! -dijo en tono conmiserativo al escuchar mis penalidades-. ¿Y qué proyectos tiene?

-Busco alojamiento -repuse-. Quiero ver si me las arreglo para vivir a un precio razonable.

-Cosa extraña -comentó mi compañero-, es usted la segunda persona que ha empleado esas palabras en el día de hoy.

-¿Y quién fue la primera? -pregunté.

-Un tipo que está trabajando en el laboratorio de química, en el hospital. Andaba quejándose esta mañana de no tener a nadie con quien compartir ciertas habitaciones que ha encontrado, bonitas a lo que parece, si bien de precio demasiado abultado para su bolsillo.

-¡Demonio! -exclamé-, si realmente está dispuesto a dividir el gasto y las habitaciones, soy el hombre que necesita. Prefiero tener un compañero antes que vivir solo.

El joven Stamford, el vaso en la mano, me miró de forma un tanto extraña.

-No conoce todavía a Sherlock Holmes -dijo-, podría llegar a la conclusión de que no es exactamente el tipo de persona que a uno le gustaría tener siempre por vecino.

-¿Sí? ¿Qué habla en contra suya?

-Oh, en ningún momento he sostenido que haya nada contra él. Se trata de un hombre de ideas un tanto peculiares..., un entusiasta de algunas ramas de la ciencia. Hasta donde se me alcanza, no es mala persona.

-Naturalmente sigue la carrera médica -inquirí.

-No... Nada sé de sus proyectos. Creo que anda versado en anatomía, y es un químico de primera clase; pero según mis informes, no ha asistido sistemáticamente a ningún curso de medicina. Persigue en el estudio rutas extremadamente dispares y excéntricas, si bien

ha hecho acopio de una cantidad tal y tan desusada de conocimientos, que quedarían atónitos no pocos de sus profesores.

-¿Le ha preguntado alguna vez qué se trae entre manos?

-No; no es hombre que se deje llevar fácilmente a confidencias, aunque puede resultar comunicativo cuando está en vena.

-Me gustaría conocerle -dije-. Si he de partir la vivienda con alguien, prefiero que sea persona tranquila y consagrada al estudio. No me siento aún lo bastante fuerte para sufrir mucho alboroto o una excesiva agitación. Afganistán me ha dispensado ambas cosas en grado suficiente para lo que me resta de vida. ¿Cómo podría entrar en contacto con este amigo de usted?

-Ha de hallarse con seguridad en el laboratorio -repuso mi compañero-. O se ausenta de él durante semanas, o entra por la mañana para no dejarlo hasta la noche. Si usted quiere, podemos llegarnos allí después del almuerzo.

-Desde luego -contesté, y la conversación tiró por otros derroteros.

Una vez fuera de Holborn y rumbo ya al laboratorio, Stamford añadió algunos detalles sobre el caballero que llevaba trazas de convertirse en mi futuro coinquilino.

-Sepa exculparme si no llega a un acuerdo con él -dijo-, nuestro trato se reduce a unos cuantos y ocasionales encuentros en el laboratorio. Ha sido usted quien ha propuesto este arreglo, de modo que quedo exento de toda responsabilidad.

-Si no congeniamos bastará que cada cual siga su camino -repuse-. Me da la sensación, Stamford -añadí mirando fijamente a mi compañero-, de que tiene usted razones para querer lavarse las manos en este negocio. ¿Tan formidable es la destemplanza de nuestro hombre? Hable sin reparos.

-No es cosa sencilla expresar lo inexpresable -repuso riendo-. Holmes posee un carácter demasiado científico para mi gusto..., un carácter que raya en la frigidez. Me lo figuro ofreciendo a un amigo un pellizco del último alcaloide vegetal, no con malicia, entiéndame, sino por la pura curiosidad de investigar a la menuda sus efectos. Y si he de hacerle justicia, añadiré que en mi opinión lo engulliría él mismo con igual tranquilidad. Se diría que habita en su persona la pasión por el conocimiento detallado y preciso.

-Encomiable actitud.

-Y a veces extremosa... Cuando le induce a aporrear con un bastón los cadáveres, en la sala de disección, se pregunta uno si no está revistiendo acaso una forma en exceso peculiar.

-¡Aporrear los cadáveres!

-Sí, a fin de ver hasta qué punto pueden producirse magulladuras en un cuerpo muerto.

Lo he contemplado con mis propios ojos.

-¿Y dice usted que no estudia medicina?

-No. Sabe Dios cuál será el objeto de tales investigaciones... Pero ya hemos llegado, y podrá usted formar una opinión sobre el personaje.

Cuando esto decía enfilamos una callejuela, y a través de una pequeña puerta lateral fuimos a dar a una de las alas del gran hospital. Siéndome el terreno familiar, no precisé guía para seguir mi itinerario por la lúgubre escalera de piedra y a través luego del largo pasillo de paredes encaladas y puertas color castaño. Casi al otro extremo, un corredor abovedado y de poca altura torcía hacia uno de los lados, conduciendo al laboratorio de química.

Era éste una habitación de elevado techo, llena toda de frascos que se alineaban a lo largo de las paredes o yacían desperdigados por el suelo. Aquí y allá aparecían unas mesas bajas y anchas erizadas de retortas, tubos de ensayo y pequeñas lámparas Bunsen con su azul y ondulante lengua de fuego. En la habitación hacía guardia un solitario estudiante que, absorto en su trabajo, se inclinaba sobre una mesa apartada. Al escuchar nuestros pasos volvió la cabeza, y saltando en pie dejó oír una exclamación de júbilo.

-¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! -gritó a mi acompañante mientras corría hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano-. He hallado un reactivo que precipita con la hemoglobina y solamente con ella.

El descubrimiento de una mina de oro no habría encendido placer más intenso en aquel rostro.

-Doctor Watson, el señor Sherlock Holmes -anunció Stamford a modo de presentación.

-Encantado -dijo cordialmente mientras me estrechaba la mano con una fuerza que su aspecto casi desmentía-. Por lo que veo, ha estado usted en tierras afganas.

-¿Cómo diablos ha podido adivinarlo? -pregunté, lleno de asombro.

-No tiene importancia -repuso él riendo por lo bajo-. Volvamos a la hemoglobina. ¿Sin duda percibe usted el alcance de mi descubrimiento?

-Interesante desde un punto de vista químico -contesté-, pero, en cuanto a su aplicación práctica...

-Por Dios, se trata del más útil hallazgo que en el campo de la Medina Legal haya tenido lugar durante los últimos años. Fíjese: nos proporciona una prueba infalible para descubrir las manchas de sangre. ¡Venga usted a verlo!

Era tal su agitación que me agarró de la manga de la chaqueta, arrastrándome hasta el tablero donde había estado realizando sus experimentos.

-Hagámonos con un poco de sangre fresca -dijo, clavándose en el dedo una larga aguja y vertiendo en una probeta de laboratorio la gota manada de la herida.

-Ahora añado esta pequeña cantidad de sangre a un litro de agua. Puede usted observar que la mezcla resultante ofrece la apariencia del agua pura. La proporción de sangre no excederá de uno a un millón. No me cabe duda, sin embargo, de que nos las compondremos para obtener la reacción característica.

Mientras tal decía, arrojó en el recipiente unos pocos cristales blancos, agregando luego algunas gotas de cierto líquido transparente. En el acto la mezcla adquirió un apagado color caoba, en tanto que se posaba sobre el fondo de la vasija de vidrio un polvo parduzco.

-¡Ajá! -exclamó, dando palmadas y alborozado como un niño con zapatos nuevos-. ¿Qué me dice ahora?

-Fino experimento -repuse.

-¡Magnífico! ¡Magnífico! La tradicional prueba del guayaco resultaba muy tosca e insegura. Lo mismo cabe decir del examen de los corpúsculos de sangre... Este último es inútil cuando las manchas cuentan arriba de unas pocas horas. Sin embargo, acabamos de dar con un procedimiento que actúa tanto si la sangre es vieja como nueva. A ser mi hallazgo más temprano, muchas gentes que ahora pasean por la calle hubieran pagado tiempo atrás las penas a que sus crímenes les hacen acreedoras.

-Caramba... -murmuré.

-Los casos criminales giran siempre alrededor del mismo punto. A veces un hombre resulta sospechoso de un crimen meses más tarde de cometido éste; se someten a examen sus trajes y ropa blanca: aparecen unas manchas parduzcas. ¿Son manchas de sangre, de barro, de óxido, acaso de fruta? Semejante extremo ha sumido en la confusión a más de un experto, y ¿sabe usted por qué? Por la inexistencia de una prueba segura. Sherlock Holmes ha aportado ahora esa prueba, y queda el camino despejado en lo venidero.

Había al hablar destellos en sus ojos; descansó la palma de la mano a la altura del corazón, haciendo después una reverencia, como si delante suyo se hallase congregada una imaginaria multitud.

-Merece usted que se le felicite -apunté, no poco sorprendido de su entusiasmo.

-¿Recuerda el pasado año el caso de Von Bischoff, en Frankfort? De haber existido esta prueba, mi experimento le habría llevado en derechura a la horca. ¡Y qué decir de Mason, el de Bradford, o del célebre Muller, o de Lefévre de Montpellier, o de Samson el de Nueva Orleans! Una veintena de casos me acuden a la mente en los que la prueba hubiera sido decisiva.

-Parece usted un almanaque viviente de hechos criminales -apuntó Stamford con una

carcajada-. ¿Por qué no publica algo? Podría titularlo «Noticiario policiaco de tiempos pasados».

-No sería ningún disparate -repuso Sherlock Holmes poniendo un pedacito de parche sobre el pinchazo-. He de andar con tiento -prosiguió mientras se volvía sonriente hacia mí-, porque manejo venenos con mucha frecuencia.

Al tiempo que hablaba alargó la mano, y eché de ver que la tenía moteada de parches similares y descolorida por el efecto de ácidos fuertes.

-Hemos venido a tratar un negocio -dijo Stamford tomando asiento en un elevado taburete de tres patas, y empujando otro hacia mí con el pie-. Este señor anda buscando dónde cobijarse, y como se lamentaba usted de no encontrar nadie que quisiera ir a medias en la misma operación, he creído buena la idea de reunirlos a los dos.

A Sherlock Holmes pareció seducirle el proyecto de dividir su vivienda conmigo.

-Tengo echado el ojo a unas habitaciones en Baker Street -dijo-, que nos vendrían de perlas. Espero que no le repugne el olor a tabaco fuerte.

-No gasto otro -repuse.

-Hasta ahí vamos bastante bien. Suelo trastear con sustancias químicas y de vez en cuanto realizo algún experimento. ¿Le importa?

-En absoluto.

-Veamos..., cuáles son mis otros inconvenientes. De tarde en tarde me pongo melancólico y no despego los labios durante días. No lo atribuya usted nunca a mal humor o resentimiento. Déjeme sencillamente a mi aire y verá qué pronto me enderezo. En fin, ¿qué tiene usted a su vez que confesarme? Es aconsejable que dos individuos estén impuestos sobre sus peores aspectos antes de que se decidan a vivir juntos.

Me hizo reír semejante interrogatorio. -Soy dueño de un cachorrito -dije-, y desapruebo los estrépitos porque mis nervios están destrozados... y me levanto a las horas más inesperadas y me declaro, en fin, perezoso en extremo. Guardo otra serie de vicios para los momentos de euforia, aunque los enumerados ocupan a la sazón un lugar preeminente.

-¿Entra para usted el violín en la categoría de lo estrepitoso? -me preguntó muy alarmado.

-Según quién lo toque -repuse-. Un violín bien tratado es un regalo de los dioses, un violín en manos poco diestras...

-Magnífico -concluyó con una risa alegre-. Creo que puede considerarse el trato zanjado..., siempre y cuando dé usted el visto bueno a las habitaciones.

-¿Cuándo podemos visitarlas?

-Venga usted a recogerme mañana a mediodía; saldremos después juntos y quedará todo arreglado.

-De acuerdo, a las doce en punto -repuse estrechándole la mano.

Lo dejamos enzarzado con sus productos químicos y juntos fuimos caminando hacia el hotel.

-Por cierto -pregunté de pronto, deteniendo la marcha y dirigiéndome a Stamford-, ¿cómo demonios ha caído en la cuenta de que venía yo de Afganistán?

Sobre el rostro de mi compañero se insinuó una enigmática sonrisa.

-He ahí una peculiaridad de nuestro hombre -dijo-. Es mucha la gente a la que intriga esa facultad suya de adivinar las cosas.

-¡Caramba! ¿Se trata de un misterio? -exclamé frotándome las manos-. Esto empieza a ponerse interesante. Realmente, le agradezco infinito su presentación... Como reza el dicho, «no hay objeto de estudio más digno del hombre que el hombre mismo».

-Aplíquese entonces a la tarea de estudiar a su amigo -dijo Stamford a modo de despedida-. Aunque no le arriendo la ganancia. Verá como acaba sabiendo él mucho más de usted, que usted de él ... Adiós.

-Adiós -repuse, y proseguí sin prisas mi camino hacia el hotel, no poco intrigado por el individuo que acababa de conocer.

2. La ciencia de la deducción

Nos vimos al día siguiente, según lo acordado, para inspeccionar las habitaciones del 221B de Baker Street a que se había hecho alusión durante nuestro encuentro. Consistían en dos confortables dormitorios y una única sala de estar, alegre y ventilada, con dos amplios ventanales por los que entraba la luz. Tan conveniente en todos los aspectos nos pareció el apartamento y tan moderado su precio, una vez dividido entre los dos, que el trato se cerró de inmediato y, sin más dilaciones, tomamos posesión de la vivienda. Esa misma tarde procedí a mudar mis pertenencias del hotel a la casa, y a la otra mañana Sherlock Holmes hizo lo correspondiente con las suyas, presentándose con un equipaje compuesto de maletas y múltiples cajas. Durante uno o dos días nos entregamos a la tarea de desembalar las cosas y colocarlas lo mejor posible. Salvado semejante trámite, fue ya cuestión de hacerse al paisaje circundante e ir echando raíces nuevas.

No resultaba ciertamente Holmes hombre de difícil convivencia. Sus maneras eran suaves y sus hábitos regulares. Pocas veces le sorprendían las diez de la noche fuera de la cama, e indefectiblemente, al levantarme yo por la mañana, había tomado ya el desayuno y enfilado la calle. Algunos de sus días transcurrían íntegros en el laboratorio

de química o en la sala de disección, destinando otros, ocasionalmente, a largos paseos que parecían llevarle hasta los barrios más bajos de la ciudad. Cuando se apoderaba de él la fiebre del trabajo era capaz de desplegar una energía sin parangón; pero a trechos y con puntualidad fatal, caía en un extraño estado de abulia, y entonces, y durante días, permanecía extendido sobre el sofá de la sala de estar, sin mover apenas un músculo o pronunciar palabra de la mañana a la noche. En tales ocasiones no dejaba de percibir en sus ojos cierta expresión perdida y como ausente que, a no ser por la templanza y limpieza de su vida toda, me habría atrevido a imputar al efecto de algún narcótico. Conforme pasaban las semanas, mi interés por él y la curiosidad que su proyecto de vida suscitaba en mí, fueron haciéndose cada vez más patentes y profundos. Su misma apariencia y aspecto externos eran a propósito para llamar la atención del más casual observador. En altura andaba antes por encima que por debajo de los seis pies, aunque la delgadez extrema exageraba considerablemente esa estatura. Los ojos eran agudos y penetrantes, salvo en los períodos de sopor a que he aludido, y su fina nariz de ave rapaz le daba no sé qué aire de viveza y determinación. La barbilla también, prominente y maciza, delataba en su dueño a un hombre de firmes resoluciones. Las manos aparecían siempre manchadas de tinta y distintos productos químicos, siendo, sin embargo, de una exquisita delicadeza, como innumerables veces eché de ver por el modo en que manejaba Holmes sus frágiles instrumentos de física.

Acaso el lector me esté calificando ya de entrometido impenitente en vista de lo mucho que este hombre excitaba mi curiosidad y de la solicitud impertinente con que procuraba yo vencer la reserva en que se hallaba envuelto todo lo que a él concernía. No sería ecuánime sin embargo, antes de dictar sentencia, echar en olvido hasta qué punto sin objeto era entonces mi vida, y qué pocas cosas a la sazón podían animarla. Siendo el que era mi estado de salud, sólo en días de tiempo extraordinariamente benigno me estaba permitido aventurarme al espacio exterior, faltándome, los demás, amigos con quienes endulzar la monotonía de mi rutina cotidiana. En semejantes circunstancias, acogí casi con entusiasmo el pequeño misterio que rodeaba a mi compañero, así como la oportunidad de matar el tiempo probando a desvelarlo.

No seguía la carrera médica. Él mismo, respondiendo a cierta pregunta, había confirmado el parecer de Stamford sobre semejante punto. Tampoco parecía empeñado en suerte alguna de estudio que pudiera auparle hasta un título científico, o abrirle otra cualquiera de las reconocidas puertas por donde se accede al mundo académico. Pese a todo, el celo puesto en determinadas labores era notable, y sus conocimientos, excéntricamente circunscritos a determinados campos, tan amplios y escrupulosos que daban lugar a observaciones sencillamente asombrosas. Imposible resultaba que un trabajo denodado y una información en tal grado exacta no persiguieran un fin concreto. El lector poco sistemático no se caracteriza por la precisión de los datos acumulados en el curso de sus lecturas. Nadie satura su inteligencia con asuntos menudos a menos que tenga alguna razón de peso para hacerlo así.

Si sabía un número de cosas fuera de lo común, ignoraba otras tantas de todo el mundo conocidas. De literatura contemporánea, filosofía y política, estaba casi completamente en ayunas. Cierta vez que saqué yo a colación el nombre de Tomás Carlyle, me preguntó, con la mayor inocencia, quién era aquél y lo que había hecho. Mi estupefacción llegó sin embargo a su cenit cuando descubrí por casualidad que ignoraba

la teoría copernicana y la composición del sistema solar. El que un hombre civilizado desconociese en nuestro siglo XIX que la tierra gira en torno al sol, se me antojó un hecho tan extraordinario que apenas si podía darle crédito.

-Parece usted sorprendido -dijo sonriendo ante mi expresión de asombro-. Ahora que me ha puesto usted al corriente, haré lo posible por olvidarlo.

-¡Olvidarlo!

-Entiéndame -explicó-, considero que el cerebro de cada cual es como una pequeña pieza vacía que vamos amueblando con elementos de nuestra elección. Un necio echa mano de cuanto encuentra a su paso, de modo que el conocimiento que pudiera serle útil, o no encuentra cabida o, en el mejor de los casos, se halla tan revuelto con las demás cosas que resulta difícil dar con él. El operario hábil selecciona con sumo cuidado el contenido de ese vano disponible que es su cabeza. Sólo de herramientas útiles se compondrá su arsenal, pero éstas serán abundantes y estarán en perfecto estado. Constituye un grave error el suponer que las paredes de la pequeña habitación son elásticas o capaces de dilatarse indefinidamente. A partir de cierto punto, cada nuevo dato añadido desplaza necesariamente a otro que ya poseíamos. Resulta por tanto de inestimable importancia vigilar que los hechos inútiles no arrebaten espacio a los útiles.

-¡Sí, pero el sistema solar..! -protesté.

-¿Y qué se me da a mí el sistema solar? -interrumpió ya impacientado-: dice usted que giramos en torno al sol... Que lo hiciéramos alrededor de la luna no afectaría un ápice a cuanto soy o hago.

Estuve entonces a punto de interrogarle sobre eso que él hacía, pero un no sé qué en su actitud me dio a entender que semejante pregunta no sería de su agrado. No dejé de reflexionar, sin embargo, acerca de nuestra conversación y las pistas que ella me insinuaba. Había mencionado su propósito de no entrometerse en conocimiento alguno que no atañera a su trabajo. Por tanto, todos los datos que atesoraba le reportaban por fuerza cierta utilidad. Enumeraré mentalmente los distintos asuntos sobre los que había demostrado estar excepcionalmente bien informado. Incluso tomé un lápiz y los fui poniendo por escrito. No pude contener una sonrisa cuando vi el documento en toda su extensión. Decía así: «Sherlock Holmes; sus límites.

1. Conocimientos de Literatura: ninguno.

2. Conocimientos de Filosofía: ninguno.

3. Conocimientos de Astronomía: ninguno.

4. Conocimientos de Política: escasos.

5. Conocimientos de Botánica: desiguales. Al día en lo atañadero a la belladona, el opio y los venenos en general. Nulos en lo referente a la jardinería.

6. Conocimientos de Geología: prácticos aunque restringidos. De una ojeada distingue un suelo geoló gico de otro. Después de un paseo me ha enseñado las manchas de barro de sus pantalones y ha sabido decirme, por la consistencia y color de la tierra, a qué parte de Londres correspondía cada una.

7. Conocimientos de Química: profundos.

8. Conocimientos de Anatomía: exactos, pero poco sistemáticos.

9. Conocimientos de literatura sensacionalista: inmensos. Parece conocer todos los detalles de cada hecho macabro acaecido en nuestro siglo.

10. Toca bien el violín.

11. Experto boxeador, y esgrimista de palo y espada.

12. Familiarizado con los aspectos prácticos de la ley inglesa.»

Al llegar a este punto, desesperado, arrojé la lista al fuego. «Si para adivinar lo que este tipo se propone -me dije- he de buscar qué profesión corresponde al común denominador de sus talentos, puedo ya darme por vencido.»

Observo haber aludido poco más arriba a su aptitud para el violín. Era ésta notable, aunque no menos peregrina que todas las restantes. Que podía ejecutar piezas musicales, y de las difíciles, lo sabía de sobra, ya que a petición mía había reproducido las notas de algunos lieder de Mendelssohn y otras composiciones de mi elección. Cuando se dejaba llevar de su gusto, rara vez arrancaba sin embargo a su instrumento música o aires reconocibles. Recostado en su butaca durante toda una tarde, cerraba los ojos y con ademán descuidado arañaba las cuerdas del violín, colocado de través sobre una de sus rodillas. Unas veces eran las notas vibrantes y melancólicas, otras, de aire fantástico y alegre. Sin duda tales acordes reflejaban al exterior los ocultos pensamientos del músico, bien dándoles su definitiva forma, bien acompañándolos no más que como una caprichosa melodía del espíritu. Sabe Dios que no hubiera sufrido pasivamente esos exasperantes solos a no tener Holmes la costumbre de rematarlos con una rápida sucesión de mis piezas favoritas, ejecutadas en descargo de lo que antes de ellas había debido oír.

Llevábamos juntos alrededor de una semana sin que nadie apareciese por nuestro habitáculo, cuando empecé a sospechar en mi compañero una orfandad de amistades pareja a la mía. Pero, según pude descubrir a continuación, no sólo era ello falso, sino que además los contactos de Holmes se distribuían entre las más dispersas cajas de la sociedad. Existía, por ejemplo, un hombrecillo de ratonil aspecto, pálido y ojimoreno, que me fue presentado como el señor Lestrade y que vino a casa en no menos de tres o cuatro ocasiones a lo largo de una semana. Otra mañana una joven elegantemente vestida fue nuestro huésped durante más de media hora. A la joven sucedió por la noche un tipo harapiento y de cabeza cana -la clásica estampa del buhonero judío-, que parecía hallarse sobre ascuas y que a su vez dejó paso a una raída y provetta señora. Un día estuvo mi compañero departiendo con cierto caballero anciano y de melena blanca como

la nieve; otro, recibió a un mozo de cuerda que venía con su uniforme de pana. Cuando alguno de los miembros de esta abigarrada comunidad hacía acto de presencia, solía Holmes suplicarme el usufructo de la sala y yo me retiraba entonces a mi dormitorio. Jamás dejó de disculparse por el trastorno que de semejante modo me causaba. -Tengo que utilizar esta habitación como oficina -decía-, y la gente que entra en ella constituye mi clientela-. ¡Qué mejor momento para interrogarle a quemarropa! Sin embargo, me vi siempre sujeto por el recato de no querer forzar la confidencia ajena. Imagina que algo le impedía dejar al descubierto ese aspecto de su vida, cosa que pronto me desmintió él mismo yendo derecho al asunto sin el menor requerimiento por mi parte.

Se cumplía como bien recuerdo el 4 de marzo, cuando, habiéndome levantado antes que de costumbre, encontré a Holmes despachando su aún inconcluso desayuno. Tan hecha estaba la patrona a mis hábitos poco madrugadores, que no hallé ni el plato aparejado ni el café dispuesto. Con la característica y nada razonable petulancia del común de los mortales, llamé entonces al timbre y anuncié muy cortante que esperaba mi ración. Acto seguido tomé un periódico de la mesa e intenté distraer con él el tiempo mientras mi compañero terminaba en silencio su tostada. El encabezamiento de uno de los artículos estaba subrayado en rojo, y a él, naturalmente, dirigí en primer lugar mi atención.

Sobre la raya encarnada aparecían estas ampulosas palabras: EL LIBRO DE LA VIDA, y a ellas seguía una demostración de las innumerables cosas que a cualquiera le sería dado deducir no más que sometiendo a examen preciso y sistemático los acontecimientos de que el azar le hiciese testigo. El escrito se me antojó una extraña mezcolanza de agudeza y disparate. A sólidas y apretadas razones sucedían inferencias en exceso audaces o exageradas. Afirmaba el autor poder adentrarse, guiado de señales tan someras como un gesto, el estremecimiento de un músculo, o la mirada de unos ojos, en los más escondidos pensamientos de otro hombre. Según él, la simulación y el engaño resultaban impracticables delante de un individuo avezado al análisis y a la observación. Lo que éste dedujera sería tan cierto como las proposiciones de Euclides. Tan sorprendentes serían los resultados, que el no iniciado en las rutas por donde se llega de los principios a las conclusiones, habría por fuerza de creerse en presencia de un auténtico nigromante.

-A partir de una gota de agua -decía el autor-, cabría al lógico establecer la posible existencia de un océano Atlántico o unas cataratas del Niágara, aunque ni de lo uno ni de lo otro hubiese tenido jamás la más mínima noticia. La vida toda es una gran cadena cuya naturaleza se manifiesta a la sola vista de un eslabón aislado. A semejanza de otros oficios, la Ciencia de la Deducción y el Análisis exige en su ejecutante un estudio prolongado y paciente, no habiendo vida humana tan larga que en el curso de ella quepa a nadie alcanzar la perfección máxima de que el arte deductivo es susceptible. Antes de poner sobre el tapete los aspectos morales y psicológicos de más bulto que esta materia suscita, descenderé a resolver algunos problemas elementales. Por ejemplo, cómo apenas divisada una persona cualquiera, resulta hacedero inferir su historia completa, así como su oficio o profesión. Parece un ejercicio pueril, y sin embargo afina la capacidad de observación, descubriendo los puntos más importantes y el modo como encontrarles respuesta. Las uñas de un individuo, las mangas de su chaqueta, sus botas, la rodillera de los pantalones, la callosidad de los dedos pulgar e índice, la expresión facial, los puños de su camisa, todos estos detalles, en fin, son prendas personales por donde

claramente se revela la profesión del hombre observado. Que semejantes elementos, puestos en junto, no iluminen al inquisidor competente sobre el caso más difícil, resulta, sin más, inconcebible.

-¡Valiente sarta de sandeces! -grité, dejando el periódico sobre la mesa con un golpe seco-. Jamás había leído en mi vida tanto disparate.

-¿De qué se trata? -preguntó Sherlock Holmes.

-De ese artículo -dije, apuntando hacia él con mi cucharilla mientras me sentaba para dar cuenta de mi desayuno-. Veo que lo ha leído, ya que está subrayado por usted. No niego habilidad al escritor. Pero me subleva lo que dice. Se trata a ojos vista de uno de esos divagadores de profesión a los que entusiasma elucubrar preciosas paradojas en la soledad de sus despachos. Pura teoría. ¡Quién lo viera encerrado en el metro, en un vagón de tercera clase, frente por frente de los pasajeros, y puesto a la tarea de ir adivinando las profesiones de cada uno! Apostaría uno a mil en contra suya.

-Perdería usted su dinero -repuso Holmes tranquilamente-. En cuanto al artículo, es mío.

-¡Suyo!

-Sí; soy aficionado tanto a la observación como a la deducción. Esas teorías expuestas en el periódico y que a usted se le antojan tan quiméricas, vienen a ser en realidad extremadamente prácticas, hasta el punto que de ellas vivo.

-¿Cómo? -pregunté involuntariamente.

-Tengo un oficio muy particular, sospecho que único en el mundo. Soy detective asesor... Verá ahora lo que ello significa. En Londres abundan los detectives comisionados por el gobierno, y no son menos los privados. Cuando uno de ellos no sabe muy bien por dónde anda, acude a mí, y yo lo coloco entonces sobre la pista. Suelen presentarme toda la evidencia de que disponen, a partir de la cual, y con ayuda de mi conocimiento de la historia criminal, me las arreglo decentemente para enseñarles el camino. Existe un fuerte aire de familia entre los distintos hechos delictivos, y si se dominan a la menuda los mil primeros, no resulta difícil descifrar el que completa el número mil uno. Lestrade es un detective bien conocido. No hace mucho se enredó en un caso de falsificación, y hallándose un tanto desorientado, vino aquí a pedir consejo.

-¿Y los demás visitantes?

-Proceden en la mayoría de agencias privadas de investigación. Son gente que está a oscuras sobre algún asunto y acude a buscar un poco de luz. Atiendo a su relato, doy mi opinión, y presento la minuta.

-¿Pretende usted decirme -atajé- que sin salir de esta habitación se las compone para poner en claro lo que otros, en contacto directo con las cosas, e impuestos sobre todos sus detalles, sólo ven a medias?

-Exactamente. Poseo, en ese sentido, una especie de intuición. De cuando en cuando surge un caso más complicado, y entonces es menester ponerse en movimiento y echar alguna que otra ojeada. Sabe usted que he atesorado una cantidad respetable de datos fuera de lo común; este conocimiento facilita extraordinariamente mi tarea. Las reglas deductivas por mí sentadas en el artículo que acaba de suscitar su desdén me prestan además un inestimable servicio. La capacidad de observación constituye en mi caso una segunda naturaleza. Pareció usted sorprendido cuando, nada más conocerlo, observé que había estado en Afganistán.

-Alguien se lo dijo, sin duda.

-En absoluto. Me constaba esa procedencia suya de Afganistán. El hábito bien afirmado imprime a los pensamientos una tan rápida y fluida continuidad, que me vi abocado a la conclusión sin que llegaran a hacérseme siquiera manifiestos los pasos intermedios. Éstos, sin embargo, tuvieron su debido lugar. Helos aquí puestos en orden: «Hay delante de mí un individuo con aspecto de médico y militar a un tiempo. Luego se trata de un médico militar. Acaba de llegar del trópico, porque la tez de su cara es oscura y ése no es el color suyo natural, como se ve por la piel de sus muñecas. Según lo pregona su macilento rostro ha experimentado sufrimientos y enfermedades. Le han herido en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y de manera forzada... ¿en qué lugar del trópico es posible que haya sufrido un médico militar semejantes contrariedades, recibiendo, además, una herida en el brazo? Evidentemente, en Afganistán». Esta concatenación de pensamientos no duró el espacio de un segundo. Observé entonces que venía de la región afgana, y usted se quedó con la boca abierta.

-Tal como me ha relatado el lance, parece cosa de nada -dije sonriendo-. Me recuerda usted al Dupin de Allan Poe. Nunca imaginé que tales individuos pudieran existir en realidad.

Sherlock Holmes se puso en pie y encendió la pipa.

-Sin duda cree usted halagarme estableciendo un paralelo con Dupin -apuntó-. Ahora bien, en mi opinión, Dupin era un tipo de poca monta. Ese expediente suyo de irrumpir en los pensamientos de un amigo con una frase oportuna, tras un cuarto de hora de silencio, tiene mucho de histriónico y superficial. No le niego, desde luego, talento analítico, pero dista infinitamente de ser el fenómeno que Poe parece haber supuesto.

-¿Ha leído usted las obras de Gaboriau? -pregunté-. ¿Responde Lecoq a su ideal detectivesco?

Sherlock Holmes arrugó sarcástico la nariz.

-Lecoq era un chapucero indecoroso -dijo con la voz alterada-, que no tenía sino una sola cualidad, a saber: la energía. Cierto libro suyo me pone sencillamente enfermo... En él se trata de identificar a un prisionero desconocido, sencillísima tarea que yo hubiera ventilado en veinticuatro horas y para la cual Lecoq precisa, poco más o menos, seis meses. Ese libro merecería ser repartido entre los profesionales del ramo como manual y

ejemplo de lo que no hay que hacer.

Hirió algo mi amor propio al ver tratados tan displicentemente a dos personas que admiraba. Me aproximé a la ventana, y tuve durante un rato la mirada perdida en la calle llena de gente. «No sé si será este tipo muy listo», pensé para mis adentros, «pero no cabe la menor duda de que es un engreído.»

-No quedan ya crímenes ni criminales -prosiguió, en tono quejumbroso-. ¿De qué sirve en nuestra profesión tener la cabeza bien puesta sobre los hombros? Sé de cierto que no me faltan condiciones para hacer mi nombre famoso. Ningún individuo, ahora o antes de mí, puso jamás tanto estudio y talento natural al servicio de la causa detectivesca... ¿Y para qué? ¡No aparece el gran caso criminal! A lo sumo me cruzo con alguna que otra chapucera villanía, tan transparente, que su móvil no puede hurtarse siquiera a los ojos de un oficial de Scotland Yard.

Persistía en mí el enfado ante la presuntuosa verbosidad de mi compañero, de manera que juzgué conveniente cambiar de tercio.

-¿Qué tripa se le habrá roto al tipo aquél? -pregunté señalando a cierto individuo fornido y no muy bien trajeado que a paso lento recorría la acera opuesta, sin dejar al tiempo de lanzar unas presurosas ojeadas a los números de cada puerta. Portaba en la mano un gran sobre azul, y su traza era a la vista la de un mensajero.

-¿Se refiere usted seguramente al sargento retirado de la Marina? -dijo Sherlock Holmes.

«¡Fanfarrón!», pensé para mí. «Sabe que no puedo verificar su conjetura.»

Apenas si este pensamiento había cruzado mi mente, cuando el hombre que espiábamos percibió el número de nuestra puerta y se apresuró a atravesar la calle. Oímos un golpe seco de aldaba, una profunda voz que venía de abajo y el ruido pesado de unos pasos a lo largo de la escalera.

-¡Para el señor Sherlock Holmes! -exclamó el extraño, y, entrando en la habitación, entregó la carta a mi amigo. ¡Era el momento de bajarle a éste los humos! ¡Quién le hubiera dicho, al soltar aquella andanada en el vacío, que iba a verse de pronto en el brete de hacerla buena!

Pregunté entonces con mi más acariciadora voz:

-¿Buen hombre, tendría usted la bondad de decirme cuál es su profesión?

-Ordenanza, señor -dijo con un gruñido-. Me están arreglando el uniforme.

-¿Qué era usted antes? -inquirí mientras miraba maliciosamente a Sherlock Holmes con el rabillo del ojo. -Sargento, señor, sargento de infantería ligera de la Marina Real. ¿No hay contestación? Perfectamente, señor.

Y juntando los talones, saludó militarmente y desapareció de nuestra vista.

3. El misterio de Lauriston Gardens

No ocultaré mi sorpresa ante la eficacia que otra vez evidenciaban las teorías de Holmes. Sentí que mi respeto hacia tamaña facultad adivinatoria aumentaba portentosamente. Aun así, no podía acallar completamente la sospecha de que fuera todo un montaje enderezado a deslumbrarme en vista de algún motivo sencillamente incomprensible. Cuando dirigí hacia él la mirada, había concluido ya de leer la nota y en sus ojos flotaba la expresión vacía y sin brillo por donde se manifiestan al exterior los estados de abstracción meditativa.

-¿Cómo diantres ha llevado usted a cabo su deducción? -pregunté.

-¿Qué deducción? -repuso petulantemente.

-Caramba, la de que era un sargento retirado de la Marina. -No estoy para bagatelas -contestó de manera cortante; y añadió, con una sonrisa-: Perdone mi brusquedad, pero ha cortado usted el hilo de mis pensamientos. Es lo mismo... Así, pues, ¿no le había saltado a la vista la condición del mensajero?

-Puede estar seguro.

-Resulta más fácil adivinar las cosas que explicar cómo da uno con ellas. Si le pidieran una demostración de por qué dos y dos son cuatro, es posible que se viera usted en un aprieto, no cabiéndole, con todo, ninguna duda en torno a la verdad del caso. Incluso desde el lado de la calle opuesto a aquel donde se hallaba nuestro hombre, acerté a distinguir un ancla azul de considerable tamaño tatuada sobre el dorso de su mano. Primera señal marinera. El porte era militar, sin embargo, y las patillas se ajustaban a la longitud que dicta el reglamento. Henos, pues, instalados en la Armada. Añádase cierta fachenda y como ínfulas de mando... Seguramente ha notado usted lo erguido de su cabeza y el modo como hacía oscilar el bastón. Un hombre formal, respetable, por añadidura de mediana edad... Tomados los hechos en conjunto, ¿de quién podía tratarse, sino de un sargento?

-¡Admirable! -exclamé.

-Trivial... -repuso Holmes, aunque adiviné por su expresión el contento que en él habían producido mi sorpresa y admiración-. Dejé dicho hace poco que no quedaban criminales. Pues bien, he de desmentirme. ¡Eche un vistazo!

Me confió la nota traída por el ordenanza.

-¡Demonios! -grité tras ponerle la vista encima-, ¡es espantoso!

-Parece salirse un tanto de los casos vulgares -observó flemático-. ¿Tendría la bondad de leérmela en voz alta?

He aquí la carta a la que di lectura:

«Ml QUERIDO SHERLOCK HOLMES,

»Esta noche, en el número tres de Lauriston Gardens, según se va a Brixton, se nos ha presentado un feo asunto. Como a las dos de la mañana advirtió el policía de turno que estaban las luces encendidas, y, dado que se encuentra la casa deshabitada, sospechó de inmediato algo irregular. Halló la puerta abierta, y en la pieza delantera, desprovista de muebles, el cuerpo de un caballero bien trajeado. En uno de sus bolsillos había una tarjeta con estas señas grabadas: "Enoch J. Drebber, Cleveland, Ohio, U.S.A". No ha tenido lugar robo alguno, ni se echa de ver cómo haya podido sorprender la muerte a este desdichado. Aunque existen en la habitación huellas de sangre, el cuerpo no ostenta una sola herida. Desconocemos también por qué medio o conducto vino a dar el finado a la mansión vacía; de hecho, el percance todo presenta rasgos desconcertantes. Si se le pone a tiro llegarse aquí antes de las doce, me hallará en el escenario del crimen. He dejado orden de que nada se toque antes de que usted dé señales de vida. Si no pudiera acudir, le explicaría el caso más circunstanciadamente, en la esperanza de que me concediese el favor de su dictamen.

»Le saluda atentamente,

TOBÍAS GREGSON.»

-Gregson es el más despierto de los inspectores de Scotland Yard -apuntó mi amigo-; él y Lestrade constituyen la flor y nata de un pelotón de torpes. Despliegan ambos rapidez y energía, mas son convencionales en grado sorprendente. Por añadidura, se tienen puesta mutuamente la proa. En punto a celos no les va a la zaga la damisela más presumida, y como uno y otro decidan tirar de la manta, la cosa va a resultar divertida.

No podía contener mi sorpresa ante la calma negligente con que iba Sherlock Holmes desgranando sus observaciones. -Desde luego no hay un momento que perder -exclamé-: ¿le parece que llame ahora mismo a un coche de caballos? -No sé qué decirle. Soy el hombre más perezoso que imaginarse pueda... Cuando me da por ahí, naturalmente, porque, llegado el caso, también sé andar a la carrera.

-¿No era ésta la ocasión que tanto esperaba?

-¿Y qué más da, hombre de Dios? En el supuesto de que me las componga para desenredar la madeja, no le quepa duda que serán Gregson, Lestrade y compañía quienes se lleven los laureles. ¡He ahí lo malo de ir uno por su cuenta!

-Le ha suplicado su ayuda...

-En efecto. Me sabe superior, y en privado lo reconoce, mas antes se dejaría cortar la lengua que admitir esa superioridad en público. Sin embargo, podemos ir a echar un vistazo. Haré las cosas a mi modo, y cuando menos podré reírme a costa de ellos. ¡En marcha!

Se puso el gabán a toda prisa, dando muestras, según se movía de un lado a otro, de que a la desgana anterior había sucedido una etapa de euforia.

-No olvide su sombrero -dijo.

-¿Desea usted que le acompañe?

-Sí, si no se le ocurre nada mejor que hacer.

Un momento después nos hallábamos instalados en un coche, en rápida carrera hacia el camino de Brixton.

Se trataba de una de esas mañanas brumosas en que los cendales de niebla, suspendidos sobre los tejados y azoteas, parecen copiar el sucio barro callejero. Estaba Holmes de excelente humor, no cesando de abundar en asuntos tales como los violines de Cremona o la diferencia que media entre un Stradivarius y un Amati. En cuanto a mí, no abrí la boca, ya que el tiempo melancólico y el asunto fúnebre que nos solicitaba no eran a propósito para levantarle a uno el ánimo.

-Parece usted tener el pensamiento muy lejos del caso que se trae entre manos -dije al cabo, interrumpiendo la cháchara musical de Holmes.

-Faltan datos -repuso-. Es un error capital precipitarse a edificar teorías cuando no se halla aún reunida toda la evidencia, porque suele salir entonces el juicio combado según los caprichos de la suposición primera.

-Los datos no van a hacerse esperar -observé, extendiendo el índice-; esta calle es la de Brixton y aquélla la casa, a lo que parece.

-En efecto. ¡Pare, cochero, pare!

Unas cien yardas nos separaban todavía de nuestro destino, pese a lo cual Holmes porfió en apearse del coche y hacer andando lo que restaba de camino.

El número tres de Lauriston Gardens ofreció un aspecto entre amenazador y siniestro. Formaba parte de un grupo de cuatro inmuebles sitos algo a trasmano de la carretera, dos de ellos habitados y vacíos los restantes. Las fachadas de estos últimos estaban guarnecidas de tres melancólicas hileras de ventanas, tan polvorientas y cegadas que no habría resultado fácil distinguir unas de otras a no ser porque, de trecho en trecho, podía verse, como una catarata crecida en la oquedad de un ojo, el cartel de «Se alquila». Unos jardincillos salpicados de cierta vegetación anémica y escasa ponían tierra entre la calle y los portales, a los que se accedía por unos senderos estrechos, compuestos de una sustancia amarillenta que parecía ser mezcla de arcilla y grava. La lluvia caída durante la noche había convertido el paraje en un barrizal. El jardín se hallaba ceñido por un muro de ladrillo, de tres pies de altura y somero remate de madera; sobre este cercado o empalizada descansaba su macicez un guardia, rodeado de un pequeño grupo de curiosos, quienes, castigando inútilmente la vista y el cuello, hacían lo imposible por

alcanzar el interior del recinto.

Yo había imaginado que Sherlock Holmes entraría de galope en el edificio para aplicarse sin un momento de pérdida al estudio de aquel misterio. Nada más lejos, aparentemente, de su propósito. Con un aire negligente que, dadas las circunstancias, rayaba en la afectación, recorrió varias veces, despacioso, el largo de la carretera, lanzando miradas un tanto ausentes al suelo, el cielo, las casas fronteras y la valla de madera. Acabado que hubo semejante examen, se dio a seguir palmo a palmo el sendero, o mejor dicho, el borde de hierba que flanqueaba el sendero, fijos los ojos en tierra. Dos veces se detuvo y una de ellas le vi sonreírse, a la par que de sus labios escapaba un murmullo de satisfacción. Se apreciaban sobre el suelo arcilloso varias improntas de pasos; pero como quiera que la policía había estado yendo y viniendo, no alcanzaba yo a comprender de qué utilidad podían resultar tales huellas a mi amigo. Con todo, en vista de las extraordinarias pruebas de facultad perceptiva que poco antes me había dado, no me cabía la menor duda de que a sus ojos se hallaban presentes muchos más indicios que a los míos.

En la puerta nos tropezamos a un hombre alto y pálido, de cabellera casi blanca por lo rubia, el cual, apenas vernos -llevaba en la mano un cuaderno de notas-, se precipitó hacia Sherlock Holmes, asiendo efusivamente su diestra.

-¡Le agradezco que haya venido! -dijo-. Todo está como lo encontré..

-Excepto eso -repuso Holmes señalando el sendero-. Una manada de búfalos no habría obrado mayor confusión. Aunque sin duda supongo, Gregson, que ya tenía usted hecha una composición de lugar cuando permitió semejante estropicio.

-La tarea del interior de la casa no me ha dejado sosiego para nada -dijo evasivamente el detective-. Mi colega el señor Lestrade se encuentra aquí. A él había confiado mirar por las demás cosas.

Holmes dirigió los ojos hacia mí y enarcó sardónico las cejas.

-Con dos tipos como usted y Lestrade en la brecha, no sé qué va a pintar aquí una tercera persona -repuso. Halagado, Gregson frotó una mano contra la otra.

-Creo que hemos hecho todo lo hacedero -dijo-; aunque, tratándose de un caso extraño, imaginé que le interesaría echar un vistazo.

-¿Se llegó usted aquí en coche? -preguntó Sherlock Holmes.

-No.

-¿Tampoco Lestrade?

-Tampoco.

-Vamos entonces a dar una vuelta por la habitación.

Tras este extemporáneo enunciado, entró en la casa seguido de Gregson, en cuyo rostro se dibujaba la más completa sorpresa.

Un corto pasillo, polvoriento y con el entarimado desnudo, conducía a la cocina y demás dependencias. Dos puertas se abrían a sendos lados. Una llevaba, evidentemente, varias semanas cerrada. La otra daba al comedor, escenario del misterioso hecho ocurrido. Allí se dirigió Holmes, y yo detrás de él, presa el corazón del cauteloso sentimiento que siempre inspira la muerte.

Se trataba de una gran pieza cuadrada cuyo tamaño aparecía magnificado por la absoluta ausencia de muebles. Un papel vulgar y chillón ornaba los tabiques, enmohecido a trechos y deteriorado de manera que las tiras desgarradas y colgantes dejaban de vez en cuando al desnudo el rancio yeso subyacente. Frente por frente de la puerta había una ostentosa chimenea, rematada por una repisa que quería figurar mármol blanco. A uno de los lados de la repisa se erguía el muñón rojo de una vela de cera. Sólo una ventana se abría en aquellos muros, tan sucia que la luz por ella filtrada, tenue e incierta, daba a todo un tinte grisáceo, intensificado por la espesa capa de polvo que cubría la estancia.

De estos detalles que aquí pongo me percaté más tarde. Por lo pronto mi atención se vio solicitada por la triste, solitaria e inmóvil figura que yacía extendida sobre el entarimado, fijos los ojos inexpresivos y ciegos en el techo sin color. Se trataba de un hombre de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, de talla mediana, ancho de hombros, rizado el hirsuto pelo negro, y barba corta y áspera. Gastaba levita y chaleco de grueso velarte, pantalones claros, y puños y cuello de camisa inmaculados. A su lado, en el suelo, se destacaba la silueta de una pulcra y bien cepillada chistera. Los puños cerrados, los brazos abiertos y la postura de las piernas, trabadas una con otra, sugerían un trance mortal de peculiar dureza. Sobre el rostro hierático había dibujado un gesto de horror, y, según me pareció, de odio, un odio jamás visto en ninguna otra parte. Esta contorsión maligna y terrible, en complicidad con la estrechez de la frente, la chatedad de la nariz y el prognatismo pronunciado daban al hombre muerto un aire simiesco, tanto mayor cuanto que aparecía el cuerpo retorcido y en insólita posición. He contemplado la muerte bajo diversas apariencias, todas, sin embargo, más tranquilizadoras que la ofrecida por esa siniestra y oscura habitación a orillas de la cual discurría una de las grandes arterias del Londres suburbial.

Lestrade, flaco y con su aire de animal de presa, estaba en pie junto al umbral, desde donde nos dio la bienvenida a mi amigo y a mí.

-Este caso va a traer cola -observó-. No se le compara ni uno sólo de los que he visto antes, y llevo tiempo en el oficio.

-¿Alguna pista? -dijo Gregson.

-En absoluto -repuso Lestrade.

Sherlock Holmes se aproximó al cuerpo, e hincándose de rodillas lo examinó

cuidadosamente.

-¿Están seguros de que no tiene ninguna herida? -inquirió al tiempo que señalaba una serie de manchas y salpicaduras de sangre en torno al cadáver.

-¡Desde luego! -clamaron los detectives.

-Entonces, cae de por sí que esta sangre pertenece a un segundo individuo... Al asesino, en el supuesto de que se haya perpetrado un asesinato. Me vienen a las mientes ciertas semejanzas de este caso con el de la muerte de Van Jansen, en Utrecht, allá por el año treinta y cuatro. ¿Recuerda usted aquel suceso, Gregson?

-No.

-No deje entonces de acudir a los archivos. Nada hay nuevo bajo el sol... Cada acto o cada cosa tiene un precedente en el pasado.

Al tiempo sus ágiles dedos volaban de un lado para otro, palpando, presionando, desabrochando, examinando, mientras podía apreciarse en los ojos esa expresión remota a la que antes he aludido. Tan presto llegó el reconocimiento a término, que nadie hubiera podido adivinar su exactitud exquisita. La operación de aplicar la nariz a los labios del difunto, y una ojeada a las botas de charol, pusieron el punto final.

-Me dicen que el cuerpo no ha sido desplazado -señaló interrogativamente.

-Lo mínimo necesario para el fin de nuestras pesquisas.

-Pueden llevarlo ya al depósito de cadáveres -dijo Holmes-. Aquí no hay nada más que hacer.

Gregson disponía de una camilla y cuatro hombres. A su llamada penetraron en la habitación, y el extraño fue aupado del suelo y conducido fuera. Cuando lo alzaban se oyó el tintineo de un anillo, que rodó sobre el pavimento. Lestrade, tras haberse hecho con la alhaja, le dirigió una mirada llena de confusión.

-En la habitación ha estado una mujer -observó-. Este anillo de boda pertenece a una mujer...

Y mientras así decía, nos mostraba en la palma de la mano el objeto hallado. Hicimos corro en torno a él y echamos una ojeada. Saltaba a la vista que el escueto aro de oro había adornado un día la mano de una novia.

-Se nos complica el asunto -dijo Gregson-. ¡Y sabe Dios que no era antes sencillo!

-¿Está usted seguro de que no se simplifica? -repuso Holmes-. Veamos, no va a progresar usted mucho con esa mirada de pasmo..., ¿encontraron algo en los bolsillos del muerto?

-Está todo allí -dijo Gregson señalando unos cuantos objetos reunidos en montón sobre uno de los primeros peldaños de la escalera-. Un reloj de oro, número noventa y siete ciento sesenta y tres, de la casa Barraud de Londres. Una cadena de lo mismo, muy maciza y pesada. Un anillo, también de oro, que ostenta el emblema de la masonería. Un alfiler de oro cuyo remate figura la cabeza de un bulldog, con dos rubíes a modo de ojos. Tarjetero de piel de Rusia con unas cartulinas a nombre de Enoch J. Drebber de Cleveland, título que corresponde a las iniciales E. J. D. bordadas en la ropa blanca. No hay monedero, aunque sí dinero suelto por un montante de siete libras trece chelines. Una edición de bolsillo del Decamerón de Boccaccio con el nombre de Joseph Stangerson escrito en la guarda. Dos cartas, dirigida una a E. J. Drebber, y a Joseph Stangerson la otra.

-¿Y la dirección?

-American Exchange, Strand, donde debían permanecer hasta su oportuna solicitación. Proceden ambas de la Guion Steamship Company, y tratan de la zarpa de sus buques desde Liverpool. A la vista está que este desgraciado se disponía a volver a Nueva York.

-¿Ha averiguado usted algo sobre el tal Stangerson?

-Inicié las diligencias de inmediato -dijo Gregson-. He puesto anuncios en todos los periódicos, y uno de mis hombres se halla destacado en el American Exchange, de donde no ha vuelto aún.

-¿Han establecido contacto con Cleveland?

-Esta mañana, por telegrama.

-¿Cómo lo redactaron?

-Tras hacer una relación detallada de lo sucedido, solicitamos cuanta información pudiera sernos útil.

-¿Hizo hincapié en algún punto que le pareciese de especial importancia?

-Pedí informes acerca de Stangerson.

-¿Nada más? ¿No existe para usted ningún detalle capital sobre el que repose el misterio de este asunto? ¿No telegrafiará de nuevo?

-He dicho cuanto tenía que decir -repuso Gregson con el tono de amor propio ofendido.

Sherlock Holmes rió para sí, y parecía presto a una observación, cuando Lestrade, ocupado durante el interrogatorio en examinar la habitación delantera, hizo acto de presencia, frotándose las manos con mucha fachenda.

-El señor Gregson -dijo-, acaba de encontrar algo de suma importancia, algo que se nos

habría escapado si no llega a darme por explorar atentamente las paredes.

Brillaban como brasas los ojos del hombrecillo, a duras penas capaz de contener la euforia en él despertada por ese tanto de ventaja obtenido sobre su rival.

-Síganme -dijo volviendo a la habitación, menos sombría desde el momento en que había sido retirado su lívido inquilino-. ¡Ahora, aguarden!

Encendió un fósforo frotándolo contra la suela de la bota, y lo acostó a guisa de antorcha a la pared.

-¡Vean ustedes! -exclamó, triunfante.

He dicho antes que el papel colgaba en andrajos aquí y allá. Justo donde arrojaba ahora el fósforo su luz, una gran tira se había desprendido del soporte, descubriendo un parche cuadrado de tosco revoco. De lado a lado podía leerse, garrapateada en rojo sangriento, la siguiente palabra:

RACHE

-¿Qué les parece? -clamó el detective alargando la mano con desparpajo de farandulero-. Por hallarse estos trazos en la esquina más oscura de la habitación nadie les había echado el ojo antes. El asesino o la asesina los plasmó con su propia sangre. Observen esa gota que se ha escurrido pared abajo... En fin, queda excluida la hipótesis del suicidio. ¿Por qué hubo de ser escrito el mensaje precisamente en el rincón? Ya he dado con la causa. Reparen en la vela que está sobre la repisa. Se encontraba entonces encendida, resultando de ahí una claridad mayor en la esquina que en el resto de la pieza.

-Muy bien. ¿Y qué conclusiones saca de este hallazgo suyo? -preguntó Gregson en tono despectivo.

-Escuche: el autor del escrito, hombre o mujer, iba a completar la palabra «Rachel» cuando se vio impedido de hacerlo. No le quepa duda que una vez desentrañado el caso saldrá a relucir una dama, de nombre, precisamente... ¡Sí, ría cuanto quiera, señor Holmes, mas no olvide, por listo que sea, que después de habladas y pensadas las cosas, no resta mejor método que el del viejo perro de rastreo!

-Le ruego que me perdone -repuso mi compañero, quien había excitado la cólera del hombrecillo con un súbito acceso de risa-. Sin duda corresponde a usted el mérito de haber descubierto antes que nadie la inscripción, debida, según usted afirma, a la mano de uno de los actores de este drama. No me ha dado lugar aún a examinar la habitación, cosa a la que ahora procederé con su permiso.

Esto dicho, desenterró de su bolsillo una cinta métrica y una lupa, de grueso cristal y redonda armadura. Pertrechado 'con semejantes herramientas, se aprestó después a una silenciosa exploración de la pieza, deteniéndose unas veces, arrodillándose otras, llegando incluso a ponerse de bruces en el suelo en determinada ocasión. Tan absorto se

hallaba por la tarea, que parecía haber olvidado nuestra presencia, estableciendo consigo mismo un diálogo compuesto de un pintoresco conjunto de exclamaciones, gruñidos, susurros y ligeros gritos de triunfo y ánimo, emitidos en ininterrumpida sucesión. Imposible era, frente a parejo espectáculo, no darse a pensar en un sabueso bien entrenado y de pura sangre en persecución de su presa, ora haciendo camino, ora deshaciendo lo andado, anhelante siempre hasta el hallazgo del rastro perdido. Más de veinte minutos duraron las pesquisas, en el curso de las cuales fueron medidas con precisión matemática distancias entre marcas para mí invisibles, o aplicada la cinta métrica, repentinamente, y de forma igualmente inalcanzable, a los muros de la habitación. En cierto sitio reunió Holmes un montoncito de polvo gris y lo guardó en un sobre. Finalmente, aplicó al ojo la lupa y sometió cada una de las palabras escritas con sangre a un circunstanciadísimo examen. Hecho lo cual, debió dar las pesquisas por terminadas, ya que fueron lupa y cinta devueltos a sus primitivos lugares.

-Se ha dicho que el genio se caracteriza por su infinita sensibilidad para el detalle -observó con una sonrisa-. La definición es muy mala, pero rige en lo tocante al oficio detectivesco.

Gregson y Lestrade habían seguido las maniobras de su compañero amateur con notable curiosidad y un punto de desdén. Evidentemente ignoraban aún, como yo había ignorado hasta poco antes, que los más insignificantes ademanes de Sherlock Holmes iban enderezados siempre a un fin práctico y definido.

-¿Cuál es su dictamen? -inquirieron a coro.

-¿Me creen capaz de menoscabar su mérito, osando iluminarles sobre el caso? -repuso mi amigo-. Están ustedes llevándolo muy diestramente, y sería pena inmiscuirse.

No necesito decir la hiriente ironía de estas palabras.

-Si tienen ustedes en lo sucesivo la bondad de confiarme la naturaleza de sus investigaciones -prosiguió-, me placerá ayudarles en la medida de mis fuerzas. Entre tanto sería conveniente cruzar unas palabras con el policía que halló el cadáver. ¿Podría saber su nombre y dirección?

Lestrade consultó un libro de notas.

-John Rance -dijo-. Está ahora fuera de servicio. Puede encontrarle en el cuarenta y seis de Audley Court, Kennington Park Gate.

Holmes tomó nota de la dirección.

-Venga, doctor -añadió-; vayamos a echar un vistazo a nuestro hombre... En cuanto a ustedes -dijo volviéndose hacia los policías-, les haré saber algo que acaso sea de su incumbencia. Existe un asesinato, cometido, para más señas, por un hombre. Mide más de uno ochenta, se halla en la flor de la vida, tiene pie pequeño para su altura, llevaba a la sazón unas botas bastas de punta cuadrada y estaba fumando un cigarro puro tipo Trichinopoly. Llegó aquí con su víctima en un carruaje de cuatro ruedas, tirado por un

caballo con tres cascos viejos y uno nuevo, el de la pata delantera derecha; probablemente el asesino es de faz rubicunda, y ostenta en la mano diestra unas uñas de peculiar longitud. No son muchos los datos, aunque pueden resultar de alguna ayuda.

Lestrade y Gregson intercambiaron una sonrisa de incredulidad.

-Suponiendo que se haya producido un asesinato, ¿cómo llegó a ser ejecutado? -preguntó el primero.

-Veneno -repuso cortante Sherlock Holmes, y se dirigió hacia la puerta-. Otra cosa, Lestrade -añadió antes de salir-. «Rache» es palabra alemana que significa «Venganza», de modo que no pierda el tiempo buscando a una dama de ese nombre.

Disparada la última andanada dejó la habitación, y con ella a los dos boquiabiertos rivales.

4. El informe de John Rance

A la una de la tarde abandonamos el número tres de Lauriston Gardens. Sherlock Holmes me condujo hasta la oficina de telégrafos más próxima, donde despachó una larga nota. Después llamó a un coche de alquiler, y dio al conductor la dirección que poco antes nos había facilitado Lestrade.

-La mejor evidencia es la que se obtiene de primera mano -observó mi amigo-; yo tengo hecha ya una composición de lugar, y aún así no desdeño ningún nuevo dato, por menudo que parezca.

-Me asombra usted, Holmes -dije-. Por descontado, no está usted tan seguro como parece de los particulares que enumeró hace un rato.

-No existe posibilidad de error -contestó-. Nada más llegado eché de ver dos surcos que un carruaje había dejado sobre el barro, a orillas de la acera. Como desde hace una semana, y hasta ayer noche, no ha caído una gota de lluvia, era fuerza que esas dos profundas rodadas se hubieran producido justo por entonces, esto es, ya anochecido. También apreció pisadas de caballo, las correspondientes a uno de los cascos más nítidas que las de los otros tres restantes, prueba de que el animal había sido herrado recientemente. En fin, si el coche estuvo allí después de comenzada la lluvia, pero ya no estaba -al menos tal asegura Gregson- por la mañana, se sigue que hizo acto de presencia durante la noche, y que, por tanto, trajo a la casa a nuestros dos individuos.

-De momento, sea... -repuse-; ¿pero cómo se explica que obre en su conocimiento la estatura del otro hombre?

-Es claro; en nueve de cada diez casos, la altura de un individuo está en consonancia con el largor de su zancada. El cálculo no presenta dificultades, aunque tampoco es cuestión de que le aburra ahora a usted dándole pormenores. Las huellas visibles en la arcilla del exterior y el polvo del interior me permitieron estimar el espacio existente entre paso y paso. Otra oportunidad se me ofreció para poner a prueba esta primera conjetura...

Cuando un hombre escribe sobre una pared, alarga la mano, por instinto, a la altura de sus ojos. Las palabras que hemos encontrado se hallaban a más de seis pies del suelo. Como ve, se trata de un juego de niños.

-¿Y la edad?

-Un tipo que de una zancada se planta a cuatro pies y medio de donde estaba, anda todavía bastante terne. En el sendero del jardín vi un charco de semejante anchura con dos clases de huellas: las de las botas de charol, que lo habían bordeado, y las de las botas de puntera cuadrada, que habían pasado por encima. Aquí no hay misterios. Me limito a aplicar a la vida ordinaria los preceptos sobre observación y deducción que usted pudo leer en aquel articulo. ¿Tiene alguna otra curiosidad?

-La longitud de las uñas y la marca del tabaco -dije.

-La inscripción de la pared fue efectuada con la uña del dedo índice, untada en sangre. A través de la lupa acerté a observar que el estuco se hallaba algo rayado, prueba de que la uña no había sido recortada. Recogí una muestra de la ceniza esparcida por el suelo. Era oscura, y como formando escamas: este residuo sólo lo produce un cigarro tipo Trichinopoly. He leído estudios sobre la ceniza del tabaco, llegando a escribir incluso un trabajo científico. Me precio de poder distinguir todas las marcas de puro o cigarrillo no más que echando un vistazo a sus restos quemados. En detalles como éste se diferencia el detective hábil de los practicones al estilo de Lestrade o Gregson.

-¿Y la faz rubicunda? -pregunté.

-Ésa ha sido una conjetura un tanto aventurada, aunque no dudo de su verdad. De momento, permítame callar semejante punto.

Me pasé la mano por la frente.

-Siento como si fuera a estallarme la cabeza... -observé-. Cuanto más cavilo sobre el asunto, más enigmático se me antoja. ¿Cómo diablos entraron los dos hombres -supuesto que fuesen dos- en la casa vacía? ¿Qué ha sido del cochero que los llevó hasta ella? ¿De qué expediente usó uno de los individuos para que engullera el otro el veneno? ¿De dónde procede la sangre? ¿Cuál pudo ser el objeto del asesinato, si descartamos el robo? ¿Por qué conducto llegó el anillo de la mujer hasta la casa? Ante todo, ¿a santo de qué se puso a escribir el segundo hombre la palabra alemana «RACHE» antes de levantar el vuelo? Me reconozco incapaz de poner en armonía tantos hechos contradictorios.

Mi compañero sonrió con gesto aprobatorio.

-Ha resumido usted los aspectos problemáticos del caso de forma sucinta e inteligente -dijo-. Resta aún mucho por ser elucidado, aunque tengo ya pronto un veredicto sobre los puntos clave. En lo referente al descubrimiento de ese infeliz de Lestrade, se trata no más que de una añagaza para situar a la policía sobre una pista falsa, insinuándole historias de socialismo y sociedades secretas. Mas no hay alemanes por medio. La «A»,

fíjese bien, estaba escrita con caligrafía un poco gótica. Ahora bien, los alemanes de veras emplean siempre los caracteres latinos, de donde cabe afirmar que nos hallamos frente a un burdo imitador empeñado en exagerar un tanto su papel. Existía el propósito de conducir la investigación fuera de su curso adecuado. De momento, no más aclaraciones, doctor; como usted sabe, los adivinadores malogran su magia al desvelar el artificio que hay detrás de ella, y si continúo explicándole mi método va a llegar a la conclusión de que soy un tipo vulgar, después de todo.

-Puede usted tener la seguridad de lo contrario -repuse-; ha traído la investigación detectivesca a un grado de exactitud científica que jamás volverá a ser visto en el mundo.

Un puro rubor de satisfacción encendió el rostro de mi compañero ante semejantes palabras y el tono de verdad con que estaban dichas. Había ya observado que era tan sensible el halago en lo atañadero a su arte, como pueda serlo cualquier muchachita respecto de su belleza física.

-Otra cosa voy a confiarle -dijo-. El que gastaba bota acharolada, y su acompañante, el de las botas de puntera cuadrada, llegaron en el mismo coche de alquiler e hicieron el sendero juntos y en buena amistad, probablemente cogidos del brazo. Una vez dentro, recorrieron varias veces la habitación -mejor dicho, las botas de charol permanecieron fijas en un punto mientras las otras medían sucesivamente la estancia-. Estos hechos se hallaban escritos en el polvo; pude apreciar también que el individuo en movimiento fue dejándose ganar por el nerviosismo. La longitud creciente de sus pasos lo demuestra. En ningún instante dejó de hablar, al tiempo que su furia, sin duda, iba en aumento. Entonces ocurrió la tragedia. Dispone usted ya de todos los datos ciertos, puesto que los restantes entran en el campo de la conjetura. Nuestra base de partida, sin embargo, no es mala. ¡Ahora, apresurémonos! ¡No quiero dejar de asistir esta tarde al concierto que en el Hall da Norman Neruda!

Esta conversación tuvo lugar mientras el carruaje hilaba su camino por una infinita sucesión de sucias calles y tristes pasadizos. Llegados éramos al más sucio y triste de todos, cuando el cochero detuvo de pronto su vehículo.

-Ahí está Audley Court -explicó, señalando una grieta o corredor abierto en el frontero muro de ladrillos-. De vuelta, me hallarán en el mismo lugar.

Audley Court no era un paraje placentero. Calle adelante desembocamos en un patio cuadrangular, tendido de losas y con sórdidas construcciones a los lados. Allí, entre grupos de chiquillos mugrientos, y sorteando las cuerdas empavesadas de ropa puesta a secar, llegamos a nuestro paradero, la puerta del número 45, guarnecida de una pequeña placa de bronce que ostentaba el nombre de «Rance». Fuimos enterados de que el policía estaba en la cama, y hubimos de aguardarlo en una breve pieza que a la entrada hacía las veces de sala de recibir.

Al fin apareció el hombre, un tanto enfadado, según se echaba de ver, por la súbita interrupción de su sueño.

-Ya he presentado mi informe en la comisaría -dijo. Holmes enterró la mano en el bolsillo, sacó medio soberano, y se puso a juguetear con él despaciosamente. -Resulta que nos gustaría oírlo repetido de sus propios labios -afirmó.

-Estoy a su completa disposición -repuso entonces el policía, súbitamente fascinado por el pequeño disco de oro. -Diga no más, como le venga a las mientes, lo que usted presenció.

Rance tomó asiento en el sofá de crin y contrajo las cejas, en la actitud de quien se concentra para poner toda su alma en una empresa.

-Ahí va la historia entera -dijo-. Mi ronda dura desde las diez de la noche a las seis de la madrugada. A las once hubo trifulca en «El Ciervo Blanco», pero, fuera de eso, no se produjo otra novedad durante el tiempo de servicio. A la una, cuando comenzaban a caer las primeras gotas, me tropecé en la esquina de Henrietta Street a Harry Murcher -el que tiene a su cargo la vigilancia de Holland Grove-, y allí estuvimos de palique un buen rato. Hacia las dos -o quizá un poco más tarde- me puse otra vez en movimiento para ver si todo seguía en orden en Brixton Road. Ni un susurro se oía en la calle enfangada... Tampoco se me echó a la cara persona viviente, aunque me rebasaron uno o dos coches. Seguí mi marcha, pensando, dicho sea entre nosotros, en lo bien que me vendría un vaso de ginebra calentita, de los de a cuatro, cuando súbitamente percibí un rayo de luz filtrándose por una de las ventanas de la casa en cuestión. Ahora bien, yo sabía que esas dos casas de Lauriston Gardens estaban deshabitadas con motivo de unos desagües que el dueño se negaba a reponer, siendo así que el último inquilino había muerto de unas tifoideas. Me dejó un tanto patitieso aquella luz, y sospeché de inmediato alguna irregularidad. Alcanzada la puerta...

-Se detuvo usted, y retrocedió después hasta la cancela del jardín -interrumpió mi compañero-. ¿Por qué?

Rance se sobrecogió todo, fijos los maravillados ojos en Sherlock Holmes.

-¡Cierto, señor! -dijo-, aunque el diablo me confunda si llego a saber alguna vez cómo lo ha adivinado usted. En fin, ganada la puerta, me pareció aquello tan silencioso y solitario que consideré oportuno agenciarme antes la ayuda de otra persona. No hay bicho de carne y hueso que me asuste, pero me dio por imaginar que a lo mejor el difunto de las fiebres tifoideas andaba revolviendo en los desagües para ver qué se lo había llevado al otro mundo. Esta idea me produjo como un cosquilleo, y viré hasta la puerta del jardín, desde donde no se oteaba rastro de la linterna de Murcher ni de persona alguna.

-¿No había nadie en la calle?

-Nadie, señor, ni tan siquiera un perro se echaba de ver... Hice entonces de tripas corazón, volví sobre mis pasos y empujé la puerta. Adentro no encontré novedad, sólo una luz brillando en la habitación. Se trataba de una vela colocada encima de la repisa de la chimenea, una vela roja, por cuyo resplandor yo...

-Sí, sé ya todo lo que usted vio. Dio varias vueltas por la pieza, y después se hincó de rodillas junto al cadáver, y después caminó en derechura a la puerta de la cocina, y después...

John Race se puso en pie de un salto, pintado el susto en la cara y con una expresión de desconfianza en los ojos. -¿Desde dónde estuvo espiándome? -exclamó-. Me da en la nariz que sabe usted mucho más de lo que debiera. Soltando una carcajada, arrojó Holmes su tarjeta sobre la mesa.

-¡No se le ocurra arrestarme por asesinato! -dijo-. Soy de la jauría, no la pieza perseguida. El señor Gregson o el señor Lestrade pueden atestiguarlo. Ahora, adelante. ¿Qué ocurrió a continuación?

Rance volvió a sentarse, sin que desapareciera empero de su rostro la expresión de desconfianza.

-Volví a la cancela e hice sonar mi silbato. A la llamada acudieron Murcher y otros dos compañeros.

-¿Seguía la calle despejada de gente?

-De gente útil, sí.

-¿Qué quiere usted decir?

La boca del policía se distendió en una amplia sonrisa.

-Llevo vistos muchos hombres en mi vida -adujo-, aunque todos se me antojan sobrios al lado de aquel tipo. Estaba junto a la cancela cuando salí de la casa, apoyado en la verja y gritando a los cuatro vientos una canción que se titula Columbine's New-fangled Banner, o cosa por el estilo. No se aguantaba en pie. ¡Bonita ayuda iba a prestarme!

-Descríbame al hombre -dijo Sherlock Holmes.

Esta reiterada digresión pareció irritar un tanto a Rance.

-¡Un borracho muy peculiar! -prosiguió-. A no ser el momento que era, habría acabado en la comisaría.

-Su rostro, sus ropas... ¿Reparó en ellas? -atajó Holmes impaciente.

-¿Cómo no, si hubimos de sentarlo, para que no se cayera, entre Murcher y yo? Era un tipo largo, de mejillas rojas, con la parte inferior de la cara embozada...

-Basta con eso -exclamó Holmes-. ¿Qué fue del hombre?

-¡Pues no teníamos poco que hacer, para cuidar encima de él! -repuso el policía en tono

ofendido-. Estese tranquilo: habrá sabido volver solito a su casa.

-¿Cómo iba vestido?

-Con un abrigo marrón.

-¿Sostenía un látigo en la mano?

-¿Un látigo? No...

-No lo llevaba consigo esta segunda vez... -murmuró mi compañero-. ¿Oyó usted o pudo ver al cabo de un rato, un coche de caballos?

-No.

-Ea, es dueño usted de medio soberano -dijo mi compañero, poniéndose en pie y recogiendo su sombrero-. Temo, Rance, que no le aguarda un futuro brillante en el Cuerpo. La cabeza de usted no debiera ser sólo de adorno. Pudo haber ganado ayer noche los galones de sargento. El hombre que sostuvo en sus brazos encierra la solución de este misterio, y constituye el principal objeto de nuestras pesquisas. No es momento de que demos más vueltas al asunto... Confórmese con mi palabra. Andando, doctor...

Enfilamos el camino de vuelta al coche, dejando a nuestro informador indeciso entre la incredulidad y la pena.

-¡Valiente idiota! ¡Pensar que ha desperdiciado una de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en un millón!

-Yo estoy aún a oscuras. La descripción del hombre coincide con sus presunciones acerca del segundo actor de este drama, pero... ¿por qué hubo de volver a la casa? No suelen conducirse así los criminales.

-El anillo, amigo mío, el anillo; he ahí la causa de su retorno. Si no se nos presenta otro medio de echar el lazo al criminal, podemos aún probar suerte con el anillo. Voy a atraparlo, doctor; le apuesto a usted dos a uno que no se me va de las manos. Por cierto, gracias. A no ser por su insistencia, me habría perdido el caso más bonito de todos cuantos se me han presentado. Podríamos llamarlo estudio en escarlata... ¿Por qué no emplear por una vez una jerga pintoresca? Existe una roja hebra criminal en la madeja incolora de la vida, y nuestra misión consiste en desenredarla, aislarla, y poner al descubierto sus más insignificantes sinuosidades. Ahora a comer, y después a oír a Norman Neruda. Maneja el dedo y pulsa la cuerda de modo admirable... ¿Cuál esa melodía de Chopin que interpreta tan maravillosamente? Tra-lala-Lara-lira-lei.

Y el sabueso amateur, recostado en su asiento, siguió lanzando trinos, en tanto meditaba yo sobre los arcanos del alma humana.

5. Nuestro anuncio atrae aun visitante

Con el excesivo ajetreo de la jornada se resintió mi no fuerte salud, y por la tarde estaba agotado. Después que Holmes hubo partido al concierto, busqué el sofá para descabezar allí dos horas de sueño. Vano intento. Tras todo lo ocurrido, no cesaban de cruzar por mi agitada imaginación las más insólitas conjeturas y fantasías. Apenas cerrados los ojos veía delante de mí el descompuesto semblante, la traza simiesca del hombre asesinado. Tan sobrecogedora era la impresión suscitada por ese rostro que, aun sin quererlo, sentía un impulso de gratitud hacia la mano anónima que había obrado su extrañamiento de este mundo. Nunca se ha plasmado el vicio con elocuencia tan repugnante como la manifestada por las facciones de Enoch J. Drebber, avecindado en Cleveland. Naturalmente, no desconocía que la ley tiene también sus imperativos y que la depravación de la víctima no constituye motivo de disculpa para el criminal.

Cuanto más cavilaba sobre lo acontecido, tanto más extraordinaria se me volvía la hipótesis de mi compañero acerca de una muerte por envenenamiento. Recordaba ahora su gesto de aplicar la nariz a los labios del interfecto, y no dudaba en atribuirlo a alguna razón de peso. Pero descartado el veneno, ¿a qué causa remitirse, si no se apreciaban heridas ni huellas de estrangulamiento? Y además, ¿a quién demonios pertenecía la sangre, profusamente esparcida por el suelo? No existían señales de lucha, ni se había encontrado junto al cuerpo ningún arma de que pudiera servirse el agredido para atacar a su ofensor. ¡Duro trabajo el de conciliar el sueño, para Holmes no menos que para mí, en medio de tanto interrogante sin respuesta! Sólo de una secreta y satisfactoria explicación de los hechos, una explicación que aún no se me alcanzaba, podía dimanar, según me lo parecía a mí entonces, la serena y segura actitud de Holmes.

Éste volvió tarde, mucho más de lo que el concierto exigía. La cena estaba ya servida.

-¡Soberbio recital! -comentó mientras tomaba asiento-. ¿Recuerda usted lo que Darwin ha dicho acerca de la música? En su opinión, la facultad de producir y apreciar una armonía data en la raza humana de mayor antigüedad que el uso del lenguaje. Acaso sea ésta la causa de que influya en nosotros de forma tan sutil. Perviven en nuestras almas recuerdos borrosos de aquellos siglos en que el mundo se hallaba aún en su niñez...

-No me parece la idea muy estricta -apunté.

-Las ideas sobre la naturaleza han de ser tan holgadas como la naturaleza misma. ¿Cómo podría de otra manera ser ésta interpretada? A propósito -prosiguió-, su aspecto no es el de siempre. Se conoce que el asunto de Brixton Road le tiene a usted trastornado.

-No voy a decirle que no -repuse-. Y el caso es que con la experiencia de Afganistán debiera haberme curtido un poco. He visto a camaradas hechos picadillo en Maiwand sin conmoverme de este modo.

-Me hago cargo. Este asunto está envuelto en un misterio que estimula la imaginación; sin la imaginación no existe el miedo. ¿Ha leído usted el periódico de esta tarde?

-No.

-Rinde cumplida cuenta de lo sucedido, quitando que, al ser aupado el cuerpo, rodó un anillo de compromiso por el suelo. No es inoportuno el olvido.

-Explíqueme eso.

-Eche un vistazo a este anuncio -repuso-. He enviado por la mañana uno idéntico a cada periódico, inmediatamente después de ocurrida la cosa.

Me hizo llegar el periódico desde el otro lado de la mesa, y yo busqué con los ojos el lugar señalado. Ocupaba el mensaje la cabeza de la columna destinada a «Hallazgos».

«Esta mañana», decía, «ha sido encontrado un anillo de compromiso, en oro de ley, en el tramo de Brixton Road comprendido entre la taberna de "El Ciervo Blanco" y Holand Grove. Dirigirse al Doctor Watson, 221 B, Baker Street, de ocho a nueve de la noche.»

-Disculpe que haya utilizado su nombre -prosiguió-, pero el mío habría sido visto por alguno de estos badulaques, siempre prontos a meter las narices donde no les llaman.

-Eso no importa -repuse-. Importa más que no tengo el anillo.

-¡Claro que lo tiene! -exclamó, entregándome uno-. Para el caso es lo mismo, casi un facsímil.

-¿Y quién cree usted que contestará al anuncio?

-Naturalmente el tipo de abrigo marrón, nuestro amigo de rostro congestionado y botas con puntera cuadrada. Si no se presenta él personalmente, enviará a un cómplice.

-¿No se le antoja la maniobra demasiado peligrosa?

-En absoluto. Si estoy en lo cierto, y todo indica que tal es el caso, el hombre que nos preocupa sacrificaría cualquier cosa por no perder el anillo. Sospecho que se le cayó al suelo cuando se inclinaba sobre el cadáver, y que al pronto no lo echó en falta. Después de abandonar la casa y descubrir su pérdida, dio presurosa marcha atrás, pero la Policía había sido atraída ya a causa de la vela, que tontamente había dejado encendida. Se fingió borracho para despejar las sospechas acaso despertadas por su presencia en la cancela. Ahora, póngase en el pellejo de nuestro personaje. Revisando el caso, le habrá dado por pensar que el extravío ha podido producirse en la calle, fuera ya de la casa. ¿Qué hacer entonces? Sin duda ha consultado afanosamente los periódicos de la tarde, en la esperanza de hallar razón del objeto perdido. Mi anuncio no ha podido escapar a su atención. Estará ahora felicitándose de su suerte. ¿Por qué recelar una trampa? Desde su punto de vista, ninguna relación puede establecerse entre el hallazgo del anillo y el asesinato. Es probable que venga..., mejor aún, es inevitable. Aquí le tendremos antes de una hora.

-¿Y después? -dije.

-Déjelo de mi cuenta... ¿Dispone usted de algún arma?

-Mi viejo revólver de soldado y unos cuantos cartuchos. -Pues ya está usted limpiando ese revólver y poniendo los cartuchos en la recámara. Nuestro visitante es un hombre desesperado, sin nada que perder; acaso no baste el cogerlo desprevenido.

Fui a mi alcoba e hice lo que se me había aconsejado. Cuando volví con la pistola estaba ya la mesa despejada y Holmes, como otras veces, mataba el tiempo arañando las cuerdas de su violín.

-Cada vez es más espesa la maraña -observó al verme entrar-. Acabo de recibir desde América contestación a mi telegrama, y resulta que me hallaba en lo cierto.

-Explíquese -pedí entonces, impaciente.

-Este violín requiere cuerdas nuevas -dijo evasivamente Holmes-. En fin, métase la pistola en el bolsillo, y cuando se nos presente aquí ese pájaro, háblele sosegadamente. Yo me ocupo del resto. Evite las miradas insistentes, no vaya a despertar en él sospechas.

-Son en este instante exactamente las ocho -comenté, mirando el reloj.

-Estará probablemente aquí pasados unos minutos. Deje la puerta entreabierta. Así... Ahora, introduzca la llave por la parte de dentro. ¡Gracias! Encontré ayer esta rareza en un puesto de libros de lance... Se trata de De Jure ínter Gentes impreso en latín por una casa de Lieja, en los Países Bajos, allá por el año 1642. La cabeza del rey Carlos no había rodado aún por el cadalso cuando este pequeño volumen de tejuelos marrones vio la luz.

-¿Quién es el impresor?

-Philippe de Croy, o quien quiera que sea. En la guarda, con tinta casi borrada por los años, está escrita la leyenda «Ex libris Gulielmi Whyte». Me pregunto quién será el tal Willam Whyte. Probablemente un pragmático del XVII, como se echa de ver por el estilo abogadesco de su prosa. ¡Pero he aquí a nuestro hombre, según creo!

En ese instante se oyó en la entrada un fuerte campanillazo. Sherlock Holmes se incorporó suavemente y puso su silla frontera a la puerta. Oímos los pasos de la criada a través del vestíbulo, y después el ruido seco del picaporte al ser accionado.

-¿Vive aquí el doctor Watson? -preguntó una voz clara aunque más bien áspera.

No pudimos escuchar la respuesta de la sirviente, pero la puerta se cerró, siguiendo a ese ruido el de unos pasos escaleras arriba. Se apoyaban los pies sobre el suelo indecisamente, como arrastrándose. A medida que estas señales llegaban a mi compañero, una expresión de sorpresa iba pintándose en su rostro. Vino a continuación la penosa travesía del pasillo, y por fin unos débiles golpe de nudillos sobre la puerta.

-¡Adelante! -exclamé.

A mi convocatoria, en vez de la fiera humana que esperábamos, acudió renqueando una anciana y decrépita mujer. Pareció deslumbrada por el súbito destello de luz, y tras esbozar una reverencia, permaneció inmóvil, parpadeando en dirección nuestra mientras sus dedos se agitaban nerviosos e inseguros en la faltriquera. Miró a mi amigo, cuyo semblante había adquirido tal expresión de desconsuelo que a poco más pierdo la compostura y rompo a reír.

El vejestorio desenterró de sus ropas un periódico de la tarde y señaló nuestro anuncio.

-Aquí me tienen en busca de lo mío, caballeros -dijo improvisando otra reverencia-; un anillo de compromiso perdido en Brixton Road. Pertenece a mi Sally, casada hace doce meses con un hombre que trabaja como camarero en un barco de la Unión. ¡No quiero ni decirles lo que pasaría si a la vuelta ve a su mujer sin el anillo! ¡Es de natural irascible, y de malísimas pulgas cuando le da a la botella! Sin ir más lejos ayer fue mi niña al circo...

-¿Es éste el anillo? -pregunté.

-¡El Señor sea alabado! -exclamó la mujer-. Feliz noche le aguarda hoy a Sally... Éste es el anillo.

-¿Tendría la bondad de darme su dirección? -inquirí, tomando un lápiz.

-Duncan Street 13, Houndsditch. Muy a desmano de aquí.

-La calle Brixton no queda entre Houndsditch y circo alguno -terció entonces Sherlock Holmes, cortante.

La anciana dio media vuelta, mirándole vivamente con sus ojillos enrojecidos.

-El caballero pedía razón de mis señas -dijo-. Sally vive en el 3 de Mayfield Place, Peckham.

-¿Su apellido es..?

-Mi apellido es Sawyer, y el de ella Dennis, Dennis por Tom Dennis, su marido, un chico apañadito mientras está navegando -los jefes, por cierto, lo traen en palmitas-, pero no tanto en tierra, a causa de las mujeres y los bares...

-Aquí tiene usted el anillo, señora Sawyer -interrumpí de acuerdo con una seña de mi compañero-; no dudo que pertenece a su hija, y me complace devolverlo a su legítimo dueño.

Con mucho sahumerio de bendiciones, y haciendo protestas de gratitud, aquella ruina se embolsó el anillo, deslizándose después escaleras abajo. En ese mismo instante Sherlock Holmes saltó literalmente de su asiento y acudió veloz a su cuarto. Transcurridos apenas

unos segundos apareció envuelto en un abrigo largo y amplio, de los llamados Ulster, y vestido el cuello con una bufanda.

-Voy a seguirla -me espetó a bocajarro-; se trata sin duda de un cómplice que nos conducirá hasta nuestro hombre. ¡Aguarde aquí mi vuelta!

Apenas si la puerta principal se había cerrado tras el paso de nuestra visitante, cuando Holmes se precipitó escaleras abajo. A través de la ventana pude observar a la vieja caminando penosamente a lo largo de la acera opuesta, mientras mi amigo la perseguía a una prudencial distancia.

-O es todo un disparate -pensé-, o esta mujer le llevará a la entraña del misterio.

No necesitaba Holmes haberme dicho que le aguardara en pie, puesto que jamás habría podido conciliar el sueño hasta conocer el desenlace de la aventura.

Holmes había partido al filo de las nueve. No teniendo noción de cuando volvería, decidí matar el tiempo aspirando estúpidamente el humo de mi pipa mientras fingía leer la Vie de Bohème de Henri Murger. Dieron las diez y oí los pasos de la sirviente camino de su dormitorio. Sonaron las once, y el más cadencioso taconeo del ama de llaves cruzó delante de mi puerta, en dirección también a la cama. Serían casi las doce cuando llegó a mis oídos el ruido seco del picaporte de la entrada. Ver a mi amigo y adivinar que no le había asistido el éxito fue todo uno. La pena y el buen humor parecían disputarse en él la preeminencia, hasta que de pronto llevó el segundo la mejor parte y Holmes dejó escapar una franca carcajada.

-¡Por nada del mundo permitiría que la Scotland Yard llegase a saber lo ocurrido! -exclamó, derrumbándose en su butaca-. He hecho tanta burla de ellos que no cesarían de recordármelo hasta el fin de mis días. Sí, me río porque adivino que a la larga me saldré con la mía.

-¿Qué hay? -pregunté.

-Le contaré un descalabro. Escuche: la vieja había caminado un trecho cuando comenzó a cojear, dando muestras de tener los pies baldados. Al fin se detuvo e hizo señas a un coche de punto. Acorté la distancia con el propósito de oír la dirección señalada al cochero, aunque por las voces de la vieja, bastantes a derribar una muralla, bien pudiera haber excusado tanta cautela. «¡Lléveme al 13 de Duncan Street, Houndsditch», chilló. «¿Habrá dicho antes la verdad?», pensé entonces para mí, y viéndola ya dentro del vehículo, me enganché a la trasera de éste. Se trata el último, por cierto, de un arte que todo detective debiera dominar. En fin, nos pusimos en movimiento, sin que una sola vez aminoraran los caballos su marcha hasta la calle en cuestión. Antes de alcanzada la decimotercera puerta desmonté e hice lo que quedaba de camino a pie, más bien despacio, como un paseante cualquiera. Vi detenerse el coche. Su conductor saltó del pescante y fue a abrir una de sus portezuelas, donde permaneció un rato a la espera. Nadie asomó la cabeza. Cuando llegué allí estaba el hombre palpando el interior de la cabina con aire de pasmo, al tiempo que adornaba su cólera con el más florido rosario de improperios que jamás haya escuchado. No había trazas del pasajero, quien según

creo va a demorar no poco rato el importe de la carrera. Al preguntar en el número 13, supe que se hallaba ocupado por un respetable industrial de papeles pintados, de nombre Keswick, y que ninguna persona apellidada Sawyer o Dennis había sido vista en el referido inmueble.

-¿Pretende usted decirme -repuse asombrado-, que esa vieja y vacilante anciana ha sido capaz de saltar del coche en marcha sin que usted o el piloto se apercibieran de ello?

-¡Dios confunda a la vieja! -dijo con mucho énfasis Sherlock Holmes-. ¡Viejas nosotros, y viejas burladas! ¡Ha debido tratarse de un hombre joven y vigoroso, amén de excelente actor! Su caracterización ha sido inmejorable. Observó sin duda que estaba siendo perseguido, y se las compuso para darme esquinazo. Ello demuestra que el sujeto tras el cual nos afanamos no se halla tan desasistido como yo pensaba, y que cuenta con amigos dispuestos a jugarse algo por él. Bueno, doctor, parece usted agotado... Siga mi consejo y acuéstese.

Me encontraba en verdad al límite de mis fuerzas, de modo que di por buena aquella invitación. Dejé a Holmes sentado frente al fuego en brasas, y, muy entrada ya la noche, pude oír los suaves y melancólicos gemidos de su violín, señal de que se hallaba el músico meditando sobre el extraño problema pendiente todavía de explicación.

6. Tobías Gregson en acción

Al día siguiente sólo tenía la prensa palabras para «El misterio de Brixton», según fue bautizado aquel suceso. Tras hacer una detallada relación de lo ocurrido, algún periódico le dedicaba además el artículo de fondo. Vine así al conocimiento de puntos para mí inéditos. Conservo todavía en mi libro de recortes numerosos extractos y fragmentos relativos al caso. He aquí una muestra de ellos:

El Daily Telegraph señalaba que en la historia del crimen difícilmente podría hallarse un episodio rodeado de circunstancias más desconcertantes. El nombre alemán de la víctima, la ausencia de móviles, y la siniestra inscripción sobre el muro, apuntaban conjuntamente hacia un ajuste de cuentas entre refugiados políticos o elementos revolucionarios. Los socialistas tenían varias ramificaciones en América, y el interfecto había violado sin duda las reglas tácitas del juego, siendo por ese motivo rastreado hasta Londres. Tras traer un tanto extemporáneamente a colación a la Vehmgericht, el aqua tofana, los Carbonari, a la marquesa de Brinvilliers, la teoría darwiniana, los principios de Malthus, y el asesinato de la carretera de Ratcliff, el autor del artículo remataba su perorata con una admonición al gobierno y la recomendación de que los extranjeros residentes en Inglaterra fuesen vigilados más de cerca.

Al Standard todo se le volvía decir que esta clase de crímenes tendían a cundir bajo los gobiernos liberales. Estaba su causa en el soliviantamiento de las masas y la consiguiente debilitación de la autoridad. El finado era de hecho un caballero americano que llevaba residiendo algunas semanas en la metrópoli. Se había alojado en la pensión de madame Charpentier, en Torquay Terrace, Camberwell. El señor Joseph Stangerson, su secretario particular, le acompañaba en sus viajes. El martes día 4 habían partido los dos hacia Euston Station con el manifiesto propósito de coger el expreso de Liverpool.

No existían dudas sobre su presencia conjunta en uno de los andenes de la estación. Aquí se extraviaba el rastro de ambos caballeros hasta el ya referido hallazgo del cadáver del señor Drebber en la casa vacía de Brixton Road, a muchas millas de distancia de Euston. Cómo pudo la víctima alcanzar el escenario del crimen y hallar la muerte, eran interrogantes aún abiertos. Acerca del paradero del señor Stangerson no se sabía absolutamente nada. Por fortuna incumbía al señor Lestrade y al señor Gregson, de Scotland Yard, la investigación del caso, sobre cuyo esclarecimiento, dada la conocida pericia de ambos inspectores, cabría esperar pronto noticias.

Según el Daily News, el crimen no podía ser sino político. El ejercicio despótico del poder y el odio al liberalismo, propios de los gobiernos continentales, arrojaban hacia nuestras costas a muchos hombres que acaso fueran excelentes ciudadanos a no hallarse su espíritu estragado por el recuerdo de los padecimientos sufridos. Entre estas gentes regía un puntilloso código de honor cuyo incumplimiento se castigaba con la muerte. No debía excusarse ningún esfuerzo en la búsqueda del secretario, Stangerson, ni en la investigación de algunos puntos concernientes a los hábitos de vida del interfecto. De gran importancia resultaba sin duda el descubrimiento de la casa donde éste se había hospedado, hazaña imputable enteramente a la perspicacia y energía del señor Gregson, de la Scotland Yard.

Sherlock Holmes y yo repasamos estas noticias durante el desayuno, con gran regocijo por parte de mi amigo.

-Ya le dije que, independientemente de cómo discurriera esta historia, los laureles serían al foral para Gregson y Lestrade.

-Según qué visos tome la cosa.

-¡Da lo mismo, bendito de Dios! Si nuestro hombre resulta atrapado, lo habrá sido en razón de sus esfuerzos; si por el contrario escapa, lo hará pese a ellos. Ocurra una cosa o la opuesta, llevan las de ganar... Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

-¿Qué demonios sucede? -exclamé yo, pues se había producido de pronto, en el vestíbulo primero y después en las escaleras, un gran estrépito de pasos, acompañados de audibles muestras de disgusto por parte del ama de llaves.

-Va usted a conocer el ejército de policías que tengo a mi servicio en Baker Street -repuso gravemente mi compañero, y en ese momento se precipitaron en la habitación media docena de los más costrosos pilluelos que nunca haya acertado a ver.

-¡Fiiirmés! -gritó Holmes con bronca voz, y los seis perdidos se alinearon enhiestos y horribles como seis esfinges de quincallería.

-De aquí en adelante -prosiguió Holmes-, será Wiggins quien suba a darme el parte, y vosotros os quedaréis abajo. ¿Ha habido suerte, Wiggins?

-No, patrón, todavía no -dijo uno de los jóvenes.

-En verdad, no esperaba otra cosa. Sin embargo, perseverad. Aquí tenéis vuestro jornal.

Dio a cada uno un chelín.

-Largo, y no se os ocurra volver la próxima vez sin alguna noticia.

Agitó la mano, y los seis chicos se precipitaron como ratas escaleras abajo. Un instante después, la calle resonaba con sus agudos chillidos.

-Cunde más uno de estos piojosos que doce hombres de la fuerza regular -observó Holmes-. Basta que un funcionario parezca serlo, para que la gente se llene de reserva. Por el contrario, mis peones tienen acceso a cualquier sitio, y no hay palabra o consigna que no oigan. Son además vivos como ardillas; perfectos policías a poco que uno dirija sus acciones.

-¿Les ha puesto usted a trabajar en el asunto de la calle Brixton? -pregunté.

-Sí: hay un punto que me urge dilucidar. No es sino cuestión de tiempo. ¡Ahora prepárese a recibir nuevas noticias, probablemente con su poco de veneno, porque ahí viene Gregson más hueco que un pavo! Imagino que se dirige a nuestro portal. Sí, acaba de detenerse. ¡En efecto, tenemos visita!

Se oyó un violento campanillazo y un instante después las zancadas del rubicundo detective, quien salvando los escalones de tres en tres, se plantó de sopetón en la sala.

-Querido colega, ¡felicíteme! -gritó sacudiendo la mano inerte de Holmes-. He dejado el asunto tan claro como el día.

Me pareció como si una sombra de inquietud cruzara por el expresivo rostro de mi compañero.

-¿Quiere usted decirme que está en la verdadera pista? -¡Pista..! ¡Tenemos al pájaro en la jaula!

-¿Cómo se llama?

-Arthur Charpentier, alférez de la Armada Británica -exclamó pomposamente Gregson juntando sus mantecosas manos e inflando el pecho.

Sherlock Holmes dejó escapar un suspiro de alivio, iluminado el semblante por una sonrisa.

-Tome asiento, caramba, y saboree uno de estos puros -dijo-. Ardemos en curiosidad por saber cómo ha resuelto el caso. ¿Le apetecería un poco de whisky con agua?

-No voy a decirle que no -repuso el detective-. La tensión formidable a que me he visto sometido estos últimos días ha concluido por agotarme. No se trata tanto, compréndame, del esfuerzo físico como del constante ejercicio de la inteligencia. Sabrá apreciarlo,

amigo mío, porque los dos nos ganamos la vida a fuerza de sesos.

-Me abruma usted -repuso Holmes con mucha solemnidad-. Ahora, relátenos cómo llevó a término esta importante investigación.

El detective se instaló en la butaca y aspiró complacido el humo de su cigarro. De pronto pareció ganarle un recuerdo en extremo hilarante, y dándose una palmada en el muslo, dijo:

-Lo bueno del caso, es que ese infeliz de Lestrade, que se cree tan listo, ha seguido desde él principio una pista equivocada. Anda a la caza de Stangerson, el secretario, no más culpable de asesinato que usted o que yo. Quizá lo tenga ya bajo arresto.

Semejante idea abrió de nuevo en Gregson la compuerta de la risa, tanta que a poco más se ahoga.

-¿Y de qué manera dio usted con la clave?

-Se lo diré, aunque ha de quedar la cosa, como usted, doctor Watson, sin duda comprenderá, exclusivamente entre nosotros. Primero era obligado averiguar los antecedentes americanos del difunto. Ciertas personas habrían aguardado a que sus solicitudes encontrasen respuesta, o espontáneamente suministrasen información las distintas partes interesadas. Mas no es éste el estilo de Tobías Gregson. ¿Recuerda el sombrero que encontramos junto al muerto?

-Sí -dijo Holmes-; llevaba la marca John Underwood and Sons, 129, Camberwell Road. -

Gregson pareció al punto desarbolado.

-No sospechaba que lo hubiese' usted advertido -dijo-. ¿Ha estado en la sombrerería?

-No.

-Pues sepa usted -repuso con voz otra vez firme-, que no debe desdeñarse ningún indicio, por pequeño que parezca.

-Para un espíritu superior nada es pequeño -observó Holmes sentenciosamente.

-Bien, me llegué a ese Underwood, y le pregunté si había vendido un sombrero semejante en hechura y aspecto al de la víctima. En efecto, consultó los libros y de inmediato dio con la respuesta. Había sido enviado el sombrero a nombre del señor Drebber, residente en la pensión Charpentier, Torquay Terrace. Así supe la dirección del muerto.

-Hábil... ¡Muy hábil! -murmuró Sherlock Holmes.

-A continuación pregunté por madame Charpentier -prosiguió el detective-. Estaba

pálida y parecía preocupada. Su hija, una muchacha de belleza notable, dicho sea de paso, se hallaba con ella en la habitación; tenía los ojos enrojecidos, y cuando le interpelé sus labios comenzaron a temblar. Tomé buena nota de ello. Empezaba a olerme la cosa a chamusquina. Conoce usted por experiencia, señor Holmes, la sensación que invade a un detective cuando al fin se halla en buen camino. Es un hormigueo muy especial.

»-¿Está usted enterada de la misteriosa muerte de su último inquilino, el señor Enoch J. Drebber, de Cleveland? -pregunté.

»La madre asintió, incapaz de decir palabra. La muchacha rompió a llorar. Tuve más que nunca la sensación de que aquella gente no era ajena a lo ocurrido.

»-¿A qué hora partió el señor Drebber hacia la estación? -añadí.

»-A las ocho -contestó ella, tragando saliva para dominar el nerviosismo-. Su secretario, el señor Stangerson, dijo que había dos trenes, uno a las 9,15 y otro a las 11. Tenía pensado coger el primero.

»-¿Y no volvió a verlo?

»Una mutación terrible se produjo en el semblante de la mujer. Sus facciones adquirieron palidez extraordinaria. Pasaron varios segundos antes de que pudiera articular la palabra "no", y aun entonces fue ésta pronunciada en tono brusco, poco natural.

»Se hizo el silencio, roto al cabo por la voz firme y tranquila de la muchacha.

»-A nada, madre, conduce el mentir -dijo-. Seamos sinceras con este caballero. Vimos de nuevo al señor Drebber.

»-¡Dios sea misericordioso!- gritó la madre echando los brazos a lo alto y dejándose caer en la butaca-. ¡Acabas de asesinar a tu hermano!

»-Arthur preferiría siempre que dijésemos la verdad- repuso enérgica la joven.

»-Será mejor que hablen por lo derecho -tercié yo-. Con las medias palabras no se adelanta nada. Además, ignoran ustedes hasta dónde llega nuestro conocimiento del caso.

»-¡Tú lo has querido, Alice!- exclamó la madre, y volviéndose hacia mí, añadió-: No le ocultaré nada, señor. No atribuya mi agitación a temor sobre la parte desempeñada por mi hijo en este terrible asunto. Es absolutamente inocente. Me asusta tan sólo que a los ojos de usted o de los demás pueda parecer que le toca alguna culpa. Mas ello no es ciertamente concebible. Sus altas prendas morales, su profesión, sus antecedentes, constituyen garantía bastante.

»-Sólo puede prestarle ayuda declarando la verdad -contesté-. Si su hijo es inocente, se

beneficiará de ella.

»-Quizá, Alice, sea conveniente que nos dejes solos -apuntó la mujer, y su hija abandonó el cuarto-. Bien, señor, prosiguió-, no tenía intención de hacerle semejantes confidencias, pero dado que mi niña le ha desvelado lo ocurrido, no me queda otra alternativa. Se lo relataré todo sin omitir detalle.

»-El señor Drebber ha permanecido con nosotros cerca de tres semanas. Él y su secretario, el señor Stangerson, volvían de un viaje por el continente. Sus baúles ostentaban unas etiquetas con el nombre de "Copenhagen", señal de que había sido éste su último apeadero. Stangerson era hombre pacífico y retraído: siento tener que dar muy distinta cuenta de su patrón, agresivo y de maneras toscas. La misma noche de su llegada el alcohol acentuó tales rasgos. No recuerdo, de hecho, haberlo visto nunca sobrio después de las doce del mediodía. Con el servicio se concedía licencias intolerables. Peor aún, pronto hizo extensiva a mi hija tan reprobable actitud, llegando a permitirse una serie de insinuaciones que afortunadamente ella es demasiado inocente para comprender. En cierta ocasión la tomó en sus brazos y la apretó contra sí, arrebato cobarde que su mismo secretario no pudo por menos de echarle en cara.

»-¿Por qué toleró esos desmanes tanto tiempo? -repuse-: ¿Acaso no está usted en el derecho de deshacerse de sus huéspedes, llegado el caso?

»-La señora Charpentier se ruborizó ante mi pertinente pregunta.« ¡Válgame Dios, ojalá lo hubiera despedido el día mismo de su llegada!", dijo. "Pero la tentación era viva. Me pagaba una libra por cabeza y día -lo que hace catorce a la semana-, y estamos en la temporada baja. Soy viuda, con un hijo en la Armada que me ha costado por demás. Me afligía la idea de desaprovechar ese dinero. Hice lo que me dictaba la conciencia. Lo último acaecido rebasaba el límite de lo tolerable y conminé a mi huésped para que abandonara la casa. Fue ése el motivo de su marcha."

»-Prosiga.

»-Cuando lo vi partir sentí como si me quitaran un peso de encima. Mi hijo se encuentra precisamente ahora de permiso, pero no le dije nada porque es de natural violento y adora a su hermana. Al cerrar la puerta detrás de aquellos hombres respiré tranquila. Sin embargo, no había pasado una hora cuando se oyó un timbrazo y recibí la noticia de que el señor Drebber estaba de vuelta. Daba muestras de gran agitación, extremada, evidentemente, por el alcohol. Se abrió camino hasta la sala que ocupábamos mi hija y yo e hizo algunas incoherentes observaciones acerca del tren, que según él no había podido tomar. Se encaró después con Alice y delante de mis mismísimos ojos le propuso que se fugara con él. "Eres mayor de edad", dijo "y la ley no puede impedirlo. Tengo dinero abundante. Olvida ala vieja y vente conmigo. Vivirás como una princesa." La pobre chiquilla estaba tan asustada que quiso huir, pero aquel salvaje la sujetó por la muñeca e intentó arrastrarla hasta la puerta. Dio un grito que atrajo de inmediato a mi hijo Arthur. Desconozco lo que ocurrió después. Oí juramentos y los ruidos confusos de una pelea. Mi miedo era tanto que no me atrevía a levantar la cabeza. Cuando al fin alcé los ojos, Arthur estaba en el umbral riendo y con un bastón en la mano. "No creo que este tipo vuelva a molestarnos", dijo. "Iré detrás suyo para ver qué hace." A

continuación, llegaba la noticia de la muerte del señor Drebber.

»El relato de la señora Charpentier fue entrecortado y dificultoso. A ratos hablaba tan quedo que apenas se alcanzaba a oír lo que decía. Hice sin embargo un rápido resumen escrito de cuanto iba relatando, de modo que no pudiese existir posibilidad de error.

-Apasionante -observó Sherlock Holmes con un bostezo-. ¿Qué ocurrió después?

-Concluida la declaración de la señora Charpentier -repuso el detective-, eché de ver que todo el caso reposaba sobre un solo punto. Fijando en ella la mirada de una forma que siempre he hallado efectiva con las mujeres, le pregunté a qué hora había vuelto su hijo.

»-¿No lo sabe?

»-No..., dispone de una llave y entra y sale cuando quiere.

»-¿Había vuelto cuando fue usted a la cama?

»-No.

»-¿Cuándo se acostó?

»-Hacia las once.

»-¿De modo que su hijo ya llevaba fuera más de dos horas?

»-Sí.

»-¿Quizá cuatro o cinco?

»-Sí.

»-¿Qué estuvo haciendo durante ese tiempo?

»-Lo ignoro -repuso ella palideciendo intensamente.

»Por supuesto, estaba todo dicho. Adivinado el paradero del teniente Charpentier, me hice acompañar de dos oficiales y arresté al sospechoso. Cuando posé la mano sobre su hombro conminándole a que se entregase sin resistencia, contestó insolente: "Imagino que estoy siendo arrestado por complicidad en el asesinato de ese miserable de Drebber." Nada le habíamos dicho sobre el caso, de modo que semejante comentario da mucho que pensar.

-Mucho -repuso Holmes.

-Aún portaba el grueso bastón que su madre afirma haberle visto cuando salió en persecución de Drebber. Se trata de una auténtica tranca de roble.

-En resumen, ¿cuál es su teoría?

-Bien, mi teoría es que siguió a Drebber hasta la calle Brixton. Allí se produjo una disputa entre los dos hombres, en el curso de la cual Drebber recibió un golpe de bastón, en la boca del estómago quizá, bastante a producirle la muerte sin la aparición de ninguna huella visible. Estaba la noche muy mala y la calle desierta, de modo que Charpentier pudo arrastrar el cuerpo de su víctima hasta el interior de la casa vacía. La vela, la sangre, la inscripción sobre la pared, el anillo, son probablemente pistas falsas con que se ha querido confundir a la Policía.

-¡Magnífico! -dijo Holmes en un tono alentador-. Realmente, progresa deprisa. ¡Acabaremos por hacer carrera de usted!

-Me precio de haber realizado un buen trabajo -contestó envanecido el detective-. El joven ha declarado que siguió un trecho el rastro de Drebber, hasta que éste, viéndose acechado, montó en un coche de punto. De vuelta a casa se tropezó a un antiguo camarada de a bordo, y los dos dieron un largo paseo. No ha sabido sin embargo decirme a satisfacción dónde se aloja este segundo individuo. Opino que las piezas encajan con pulcritud. Me divierte sobre todo pensar en las inútiles idas y venidas de Lestrade. Temo que le valgan de poco. ¡Pero caramba, aquí lo tenemos!

Sí, era Lestrade, que había subido las escaleras mientras hablábamos, y entraba ahora en la habitación. Eché sin embargo en falta la viveza y desenvoltura propios de su porte. Traía el semblante oscurecido, y hasta en la vestimenta se percibía un vago desaliño. Había venido evidentemente con el propósito de asesorarse cerca de Sherlock Holmes, porque la vista de su colega pareció turbarle. Permaneció todo confuso en el centro de la estancia, manoseando nerviosamente su sombrero y sin saber qué hacer.

-Se trata -dijo por fin- del más extraordinario, incomprensible asunto que nunca me haya echado en cara.

-¿Usted cree, señor Lestrade? -exclamó Gregson con voz triunfante-. Sabía que no podría ser otra su conclusión. ¿Qué hay del secretario, el señor Stangerson?

-El secretario, el señor Joseph Stangerson -repuso Lestrade gravemente-, ha sido asesinado hacia las seis de esta mañana, en el Private Hotel de Halliday.

7. Luz en la oscuridad

El calibre y carácter inesperado de la nueva noticia eran tales que quedamos todos sumidos en un gran estupor. Gregson saltó de su butaca derramando el whisky y el agua que aún no había tenido tiempo de ingerir. Yo miré en silencio a Sherlock Holmes, cuyos labios permanecían apretados y crispadas las cejas sobre entrambos ojos.

-¡También Stangerson! -murmuró-. El asunto se complica.

-No era antes sencillo -gruñó Lestrade allegándose una silla-. Por cierto, me da en la

nariz que he interrumpido una especie de consejo de guerra.

-¿Está usted seguro de la noticia? -balbució Gregson.

-Vengo derecho de la habitación donde ha ocurrido el percance -repuso-. He sido precisamente yo el primero en descubrirlo.

-Gregson acaba de explicarnos qué piensa del caso -observó Holmes-. ¿Tendría usted inconveniente en relatarnos lo que por su cuenta ha hecho o visto?

-Ninguno -dijo Lestrade tomando asiento-. Confieso abiertamente que en todo momento creí a Stangerson complicado en la muerte de Drebber. El último suceso demuestra el alcance de mi error. Llevado de él, me puse a investigar el paradero del secretario. Ambos habían sido vistos juntos en Euston Station alrededor de las ocho y media de la tarde del día tres. A las dos de la mañana aparecía el cuerpo de Drebber en la calle Brixton. Era, por tanto, cuestión de averiguar qué había hecho Stangerson entre las ocho y media y la hora del crimen, y hacia dónde conducían sus pasos ulteriores. Despaché un telegrama a Liverpool con la descripción de mi hombre, y la advertencia de que no apartasen un instante los ojos de los barcos con destino a América. A continuación inicié una operación de rastreo por todos los hoteles y pensiones de la zona de Euston. Pensaba que si Drebber y su secretario se habían separado, era natural que el último buscara alojamiento en algún sitio a mano para descolgarse en la estación a la mañana siguiente.

-Habiendo tenido previamente la precaución de acordar con su compañero un posterior punto de encuentro -observó Holmes.

-En efecto. Toda la tarde de ayer se me fue en pesquisas inútiles. Esta mañana me puse a la tarea muy temprano, y a las ocho estaba ya plantado a la puerta del Halliday's Private Hotel, en la calle Little George. Inmediatamente me confirmaron la presencia del señor Stangerson en la lista de huéspedes.

-Sin duda es usted el caballero que estaba esperando -observaron-. Dos días hace que aguarda su visita.

»-¿Cuál es su habitación -inquirí.

»-La del piso de arriba. Desea ser despertado a las nueve.

»Subiré ahora mismo -dije.

»Confiaba que, desconcertado ante mi súbita aparición, dejara escapar quizá una frase comprometedora. El botones se ofreció a conducirme hasta la habitación. Se hallaba en el segundo piso, al cabo de un estrecho pasillo. Me señaló la puerta con un ademán de la mano, y se disponía ya a bajar las escaleras, cuando vi algo que me revolvió el estómago pese a mis veinte años largos de servicio. Por debajo de la puerta salía un pequeño hilo de sangre que, trazando caprichosos meandros a lo largo del pasillo, iba a estancarse contra el zócalo frontero. Di un grito que atrajo al botones. Casi se desmaya al llegar a

mi altura. La puerta estaba cerrada por dentro, pero conseguimos quebrantar el pestillo a fuerza de hombros. Debajo de la ventana de la habitación, abierta de par en par, yacía hecho un ovillo y en camisa de dormir el cuerpo de un hombre. Estaba muerto, y desde hacía algún tiempo, según eché de ver por la frialdad y rigidez de sus miembros. Cuando lo volvimos boca arriba el botones reconoció de inmediato al individuo que había alquilado la habitación bajo el nombre de señor Stangerson. Una cuchillada en el costado izquierdo, lo bastante profunda para alcanzar el corazón, daba razón de aquella muerte. Y ahora viene lo más misterioso del asunto. ¿Qué imaginan ustedes que encontré en la pared, encima del cuerpo del asesinado?

Sentí un estremecimiento de todo el cuerpo, y como una aprensión de horror, antes incluso de que Sherlock Holmes hablara.

-La palabra «RACHE», escrita con sangre -dijo.

-Así es -repuso Lestrade en tono de espanto, y permanecimos silenciosos durante un rato.

Había un no sé qué de metódico e incomprensible en las fechorías del anónimo asesino que acrecía la sensación de horror. Mis nervios, bastante templados en el campo de batalla, chirriaban heridos al solo estremecimiento de lo acontecido.

-Nuestro hombre ha sido avistado... -prosiguió Lestrade-. Un repartidor de leche, camino de su tienda, acertó a pasar por la callejuela que arranca de los establos contiguos a la trasera del hotel. Observó que cierta escalera de mano, generalmente tendida en tierra, estaba apoyada contra una de las ventanas del segundo piso, abierta de par en par. Al cabo de un rato volvió la cabeza y vio a un hombre descendiendo por ella. Su actitud era tan abierta y reposada que el chico lo confundió sin más con un carpintero o un operario al servicio del hotel. Nada, excepto lo temprano de la hora, le pareció digno de atención. El chico cree recordar que el hombre era alto, tenía las mejillas congestionadas, e iba envuelto en un abrigo marrón. Hubo de permanecer arriba un rato después del asesinato, ya que hallamos sangre en la jofaina, donde se lavó las manos, y huellas sangrientas también en las sábanas, con las que de propósito enjugó el cuchillo.

Miré a Holmes, impresionado de la semejanza existente entre la descripción del criminal y la adelantada antes por él. La euforia o la vanidad estaban sin embargo ausentes del rostro de mi amigo.

-¿Y no ha encontrado usted en la habitación nada que pudiera conducirnos hasta el asesino? -preguntó.

-En absoluto. Stangerson tenía en el bolsillo el portamonedas de Drebber, cosa por otra parte natural, ya que hacía todos los pagos. Contamos ochenta y tantas libras, las mismas que portaba antes de ser muerto. De los posibles móviles del crimen hay que excluir desde luego el robo. No había en los bolsillos documentos ni anotaciones, fuera de un telegrama fechado en Cleveland un mes antes más o menos, con la siguiente leyenda: «J. H. se encuentra en Europa». El mensaje no traía firma.

-¿Nada más? -insistió Holmes.

-Nada importante. Había sobre la cama una novela que debió leer antes de dormirse, una pipa en una silla adyacente, un vaso de agua posado sobre la mesita de noche, y en el antepecho de la ventana una menuda caja de pomada con dos píldoras dentro.

Sherlock Holmes saltó de su asiento, presa de un júbilo extraordinario.

-¡Me han facilitado ustedes el último eslabón! -exclamó jubiloso-. El caso está cerrado.

Los dos detectives le dirigieron una mirada llena de pasmo.

-Tengo ahora entre las manos -añadió con aplomo mi compañero- los hilos que componen esta complicada madeja. No sabría, ciertamente, dar cuenta de todos los detalles, pero cuanto de importante ha sucedido, desde la separación de Drebber y Stangerson en la estación hasta el descubrimiento del segundo cadáver, se me revela casi con la nitidez de lo efectivamente visto. Les haré una demostración de eso que digo. ¿Podría agenciarse las píldoras?

-Las traigo conmigo -repuso Lestrade dejándonos ver una pequeña caja blanca-; hice acopio de ellas, junto al portamonedas y el telegrama, para ponerlas después a buen recaudo en la comisaría. Están aquí de milagro, ya que no les atribuyo la menor importancia.

-¡Déme esas píldoras! -exclamó Holmes; y a continuación, volviéndose hacia mí, añadió: -Díganos, doctor, ¿son estás comprimidos de uso corriente?

Ciertamente no lo eran. De un gris nacarado, pequeños, redondos, se tornaban casi transparentes vistos al trasluz.

-De su transparencia y ligereza concluyo que son solubles en agua -observé.

-Exactamente -repuso Holmes-. ¿Tendría ahora la bondad de bajar al primer piso y traer a ese pobre terrier hace tiempo enfermo, el que ayer pretendía el ama de llaves que usted librase por fin de tanto sufrimiento?

Descendí al primer piso y tomé al perro en mis brazos. La respiración difícil y la mirada vidriosa anunciaban una muerte próxima. De hecho, por la nieve inmaculada de su hocico, podía colegirse que aquel animal había vivido más de lo que es costumbre en la especie canina. Lo posé sobre un cojín, encima de la alfombra.

-Partiré en dos una de estas píldoras -anunció Holmes, y sacando su cortaplumas hizo verdad lo que había dicho-. Devolveremos la primera mitad a la caja, con el propósito que después se verá. La otra mitad voy a colocarla en esta copa de vino, donde he vertido un poco de agua. Pueden ustedes apreciar que nuestro amigo el doctor llevaba razón, y que la pastilla se disuelve en el líquido.

-No dudo que todo esto es fascinante -terció Lestrade en el tono herido de quien

sospecha estar siendo víctima de una broma-; ¿pero qué demonios tiene que ver con la muerte de Joseph Stangerson?

-¡Paciencia, amigo mío, paciencia! Comprobará a su tiempo hasta qué punto no es sólo importante, sino esencial. Bien, ahora añado a la mezcla unas gotas de leche que la hagan sabrosa y se la doy a beber al perro, que no desdeñará el ofrecimiento.

En efecto, el animal apuró con ansiedad el mejunje que, mientras hablaba, había vertido Holmes en un platillo y colocado después delante suyo. La actitud de mi amigo estaba revestida de tal gravedad que todos, impresionados, permanecimos sentados en silencio y con la mirada fija en el perro, a la espera de algún acontecimiento extraordinario. Ninguno se produjo, sin embargo. El terrier permaneció extendido sobre el cojín, batallando por llenar de aire sus pulmones, ni mejor ni peor que antes de la libación.

Holmes había sacado su reloj de bolsillo, y conforme pasaba el tiempo inútilmente, una grandísima desolación se iba apoderando de su semblante. Se mordió los labios, aporreó la mesa con los dedos, y dio otras mil muestras de aguda impaciencia. Tan fuerte era su agitación que sentí auténtica pena, al tiempo que los dos detectives, antes jubilosos que afligidos por el fracaso de que eran testigos, sonreían maliciosamente.

-No puede tratarse de una coincidencia -gritó al fin saltando de su asiento y midiendo la estancia a grandes y frenéticos pasos-; es imposible que sea una pura coincidencia. Las mismas píldoras que deduje en el caso de Drebber aparecen tras la muerte de Stangerson. Y sin embargo son inofensivas. ¿Qué diantre significa ello? Desde luego no cabe que toda mi cadena de inferencias apunte en una falsa dirección. ¡Imposible! Y aún así esta pobre criatura no ha empeorado! ¡Ah, ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!

Con un alarido de perfecta felicidad acudió a la caja, partió la segunda píldora en dos, la disolvió en agua, añadió leche, y ofreció de nuevo la mezcla al terrier. No había tocado casi la lengua del desafortunado animal aquel líquido, cuando una terrible sacudida recorrió todo su cuerpo, rodando después por tierra tan rígido e inerte como si un rayo mortal se hubiera abatido sobre él desde las alturas.

Sherlock Holmes dio un largo suspiro y enjugó el sudor que perlaba su frente.

-Debiera tener más fe -dijo-; ya es tiempo de saber que cuando un hecho semeja oponerse a una apretada sucesión de deducciones, existe siempre otra interpretación que salva la aparente paradoja. De las dos píldoras que hay en este pastillero, una es inofensiva, mientras que su compañera encierra un veneno mortal. Vergüenza me causa no haberlo supuesto apenas vista la caja.

Semejante observación se me antojó gratuita, que difícilmente podía persuadirme de que Holmes la hubiera hecho en serio. Ahí estaba, sin embargo, el perro muerto como testimonio de lo cierto de sus conjeturas. Tuve la sensación de que empezaba a ver más claro, y sentí una suerte de vaga, incipiente percepción de la verdad.

-Todo esto ha de sorprenderles -prosiguió Holmes- por la sencilla razón de que no repararon al principio de la investigación en cierto dato, el único rico en consecuencias.

Quiso la suerte que le concediera yo el peso que realmente tenía, y los acontecimientos posteriores no han hecho sino afirmar mi suposición original, de la que realmente se seguían como corolario lógico. Lo que a ustedes se presentaba en tinieblas o dejaba perplejos, señalaba para mí el camino auténtico, esbozado ya en mis primeras conclusiones. No debe confundirse lo insólito con lo misterioso. Cuanto más ordinario un crimen, más misterioso también, ya que estarán ausentes las características o peculiaridades que puedan servir de punto de partida a nuestro razonamiento. El asesinato hubiera resultado infinitamente más difícil de desentrañar si llega a ser descubierto el cadáver en la calle y no acompañado de esos aditamentos sensacionales y outré, los que le conferían, precisamente, un aire peculiar. Los detalles extraordinarios, lejos de estorbar esta investigación, han servido para facilitarla.

El señor Gregson, que había atendido a la alocución dando muestras de considerable impaciencia, no pudo al fin contenerse. -Mire usted, señor Holmes -dijo-, no necesita convencernos de que es usted un tipo listo, ni de que sigue métodos de trabajo muy personales. Sin embargo, no es éste el momento de ponerse a decir sermones o ventear teorías. La cuestión es atrapar al criminal. Hice mi propia composición de lugar, al parecer equivocadamente. El joven Charpentier no ha podido estar complicado en el segundo asesinato. Lestrade ha escogido a Stangerson, enfilando también, por lo que se ve, una ruta desviada. Usted sin embargo, según lo demuestran algunas observaciones aisladas, acumula mayor conocimiento sobre el caso que nosotros, habiendo llegado el momento, creo, de que nos diga de una vez y por lo derecho lo que sabe. ¿Le consta ya el nombre del asesino?

-He de sumarme por fuerza a la petición de Gregson -observó Lestrade-. Ambos hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos, y los dos hemos fracasado. Le he oído decir a usted desde que estoy en esta habitación que contaba ya con todos los datos precisos. Espero que no los tenga ocultos por más tiempo.

-Cualquier tardanza en el apresamiento del asesino -tercié yo-, podría darle opción a una nueva atrocidad.

Ante nuestra insistencia, Holmes dio muestras de vacilar. Continuó midiendo el aposento a grandes pasos, con la cabeza hincada en el pecho y las cejas fruncidas, señales que en él denotaban un estado de profunda reflexión.

-No habrá más asesinatos -dijo al fin, parándose en seco y mirándonos a la cara-. Tal posibilidad queda descartada. Me preguntan ustedes si conozco el nombre del asesino. La respuesta es sí. Ello, sin embargo, poco significa comparado con la tarea más complicada de ponerle las manos encima. Espero hacerlo pronto, y a mi manera: pero es asunto delicado, ya que hemos de vérnoslas con un hombre astuto y desesperado al que presta ayuda, como he podido comprobar, un cómplice de prendas no menos formidables. Mientras el asesino desconozca que alguien le sigue la pista, existe la posibilidad de atraparlo: mas en cuanto le asalte la más mínima sospecha cambiará de nombre, perdiéndose sin más entre los cuatro millones de habitantes que pueblan esta gran ciudad. Sin propósito de ofenderles, debo admitir que considero a nuestros rivales de talla excesiva para las fuerzas de la policía, y que ésta ha sido la razón de que no requiera su ayuda. Si fracaso, no dudaré en reconocer el error de esta omisión, mas es

riesgo que estoy dispuesto a correr. De momento, sepan ustedes que tan pronto como considere posible transmitirles información sin poner en peligro mis planes, lo haré gustoso.

Gregson y Lestrade quedaron lejos de satisfechos con estas declaraciones y la no muy halagadora alusión al cuerpo de policía. El primero se sonrojó hasta la raíz de sus rubios cabellos, en tanto los ojos de abalorio del otro echaban vivas chispas de inquietud y resentimiento. Ninguno de los dos había tenido tiempo sin embargo de abrir la boca, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta y la mínima y poco agraciada persona del joven Wiggins, portavoz de los pilluelos, entró en escena.

-Señor -dijo llevándose la mano a la guedeja que le caía sobre la frente-, tengo ya abajo el coche de caballos.

-Bien hecho, chico -repuso Holmes en tono casi afectuoso. Después, habiendo sacado de un cajón un par de esposas de acero, añadió: -¿Por qué no adoptan este modelo en la Scotland Yard? Observen ustedes la suavidad del resorte. Cierra en un instante.

-También sirven las viejas mientras haya alguien a quien ponérselas -gruñó Lestrade.

-Está bien, está bien -repuso Holmes, sonriendo-. El cochero podría ayudarme a bajar los bultos. Dile que suba, Wiggins.

Me sorprendió ver a mi amigo prepararse a lo que parecía un largo viaje, ya que no me tenía dicho nada sobre su proyecto. Había en la habitación una pequeña maleta que asió enérgicamente y comenzó a sujetar con una correa. En tal manejo se hallaba ocupado cuando hizo acto de presencia el cochero.

-Venga acá, buen hombre -dijo hincando la rodilla en tierra, con la cabeza siempre echada hacia adelante-, y ponga mano a esta hebilla.

El cochero se llegó a él con aire entre arisco y desafiante, y alargó los brazos para auxiliarle en la faena. Entonces se oyó el clic de un resorte, resonaron unos metales, y Sherlock Holmes recuperó rápidamente la posición erecta.

-Señores -exclamó, centelleantes los ojos-, permítanme presentarles al señor Jefferson Hope, el asesino de Enoch Drebber y Joseph Stangerson.

El suceso tuvo lugar en un instante, tan breve que ni tiempo me dio a cobrar conciencia cabal de lo ocurrido. Conservo en la memoria la viva imagen de aquel momento: la expresión de triunfo de Holmes, y la faz furiosa, atónita, del hombre, fijos los ojos en las brillantes esposas que como por arte de encantamiento habían ceñido de pronto sus muñecas. Durante uno o dos segundos pudimos parecer un grupo de estatuas. Entonces el hombre dejó escapar un grito de loco, y desasiéndose de la presa de Holmes impulsó su cuerpo contra la ventana. Maderos y cristales cedieron ante la acometida, mas no había el fugitivo completado aún su propósito cuando Holmes, Lestrade y Gregson hacían de nuevo, al igual que sabuesos, presa en él. Fue arrastrado hacia la habitación, donde se desarrolló una formidable lucha. Tanta era la fuerza y el empeño de nuestro

enemigo que varias veces nos vimos frustrados en el intento de inmovilizarlo. Parecía poseído del empuje convulsivo de un hombre al que domina una crisis epiléptica. Cara y manos se hallaban terriblemente laceradas por el cristal de la ventana, mas la pérdida de sangre no le restaba un ápice de fuerza. Hasta que Lestrade consiguió asirlo de la corbata y hacer con ella torniquete, cortándole casi la respiración, no cesó en su resistencia; aun entonces sólo nos sentimos dueños del campo después de haberle atado de pies y manos. Tras ello volvimos a incorporarnos, sin aliento y jadeando.

-Abajo está su coche -dijo Sherlock Holmes-. Nos servirá para conducirlo a Scotland Yard. Y ahora, caballeros -prosiguió con una sonrisa complaciente-, puede decirse que hemos llegado ya al fondo de nuestro pequeño misterio. Háganme cuantas preguntas les ronden por la cabeza, sin temor de que vaya a dejar alguna pendiente.

Segunda parte

La tierra de los santos

1. En la gran llanura alcalina

En medio del gran continente norteamericano se extiende un desierto árido y tenebroso que durante muchos años obró de obstáculo al avance de la civilización. De Sierra Nevada a Nebraska, y del río Yellowstone en el Norte al Colorado en el Sur, reinan la desolación y el silencio. Los visajes con que aquí se expresa la Naturaleza son múltiples. Hay exaltadísimas montañas de cúpulas nevadas, y oscuros y tenebrosos valles. Existen ríos veloces que penetran como cuchillos en la ruinosa fábrica de una garganta o un cañón; y se dilatan también llanuras interminables, sepultadas en invierno bajo la nieve, y cubiertas en verano por el polvo gris del álcali salino. Todo ello, hasta lo más diverso, presidido por un mismo espíritu de esterilidad, tristeza y desabrimiento.

La tierra maldita está deshabitada. De cuando en cuando se aventuran en ella, en peregrinación hacia nuevos cazaderos, algunas partidas de pawnees o piesnegros, mas no existe uno solo, ni el más bravo o arrojado, que no sienta afán por dejar a sus espaldas la llanura imponente y acogerse otra vez al refugio de las praderas. El coyote acecha entre los matorrales, el busardo quiebra el aire con su vuelo pesado y el lento oso gris merodea sordamente por los barrancos, en busca del poco sustento que aquellos pedregales puedan dispensarle. No pueblan otras criaturas el vasto desierto.

Es cosa cierta que ningún panorama del mundo aventaja en lo tétrico al que se divisa desde la vertiente norte de Sierra Blanco. Hasta donde alcanza el ojo se extiende la tierra llana, salpicada de manchas alcalinas e interrumpida a trechos por espesuras de chaparros enanos. Cierran la raya extrema del firmamento los picos nevados y agudos de una larga cadena de montañas. De este paisaje interminable está ausente la vida o cuanto pueda evocarla. No se columbra una sola ave en el cielo, duro y azul, no estremece la tierra gris y yerta ningún movimiento, y, sobre todo, el silencio es absoluto. Por mucho que se afine el oído, no se aprecia siquiera una sombra de ruido en la soledad inmensa; nada sino silencio, completo y sobrecogedor silencio.

Hemos dicho que es absoluta la ausencia de vida en la vasta planicie. Un pequeño

detalle lo desmiente. Mirando hacia abajo desde Sierra Blanco se distingue un camino que cruza el desierto y, ondulante, se pierde en la línea remota del horizonte. Está surcado de ruedas de carros y lo han medido las botas de innumerables aventureros. Aquí y allá refulgen al sol, inmaculados sobre el turbio sedimento de álcali, unos relieves blancos. ¿Qué son? ¡Son huesos! Grandes y de textura grosera unos, más delicados y menudos los otros. Pertenecieron los primeros a algún buey, a seres humanos éstos... A lo largo de mil quinientas millas puede seguirse el rastro de la mortífera ruta por los restos dispersos que a su vera han ido dejando quienes sucumbían antes de llegar al final del camino.

Tal era el escenario que, el día 4 de mayo de 1847, se ofrecía a los ojos de cierto solitario viajero. La apariencia de éste semejaba a propósito para tamaños parajes. Imposible habría resultado, guiándose por ella, afirmar si frisaba en los cuarenta o en los sesenta años. Era de rostro enjuto y macilento, tenía la piel avellanada y morena, como funda demasiado estrecha de la que quisiera salirse la calavera, y en la barba y el pelo, muy crecidos, el blanco prevalecía casi sobre el castaño. Los ojos se hundían en sus cuencas, luciendo con un fulgor enfermizo, y la mano que sostenía el rifle apenas si estaba más forrada de carne que el varillaje de los huesos. Para tenerse en pie había de descansar el cuerpo sobre el arma, y sin embargo su espigada figura y maciza osamenta denotaban una constitución ágil y férrea al tiempo. En la flaqueza del rostro, y en las ropas que pendían holgadas de los miembros resecos, se adivinaba el porqué de ese aspecto decrépito y precozmente senil: aquel hombre agonizaba, agonizaba de hambre y de sed.

Se había abierto trabajosamente camino a lo largo del barranco, y hasta una leve eminencia después, en el vano propósito de descubrir algún indicio de agua. Ahora se extendía delante suyo la infinita planicie salada, circuida al norte por el cinturón de montañas salvajes, monda toda ella de plantas, árboles o cosa alguna que delatara la existencia de humedad. No se descubría en el ancho espacio un solo signo de esperanza. Norte, oriente y occidente fueron escudriñados por los ojos interrogadores y extraviados del viajero. Habían llegado a término, sí, sus correrías, y allí, en aquel risco árido, sólo le aguardaba la muerte. «¿Y por qué iba a ser de otro modo? ¿Por qué no ahora mejor que en un lecho de plumas, dentro quizá de veinte años?», murmuró mientras se sentaba al abrigo de un peñasco.

Antes de adoptar la posición sedente, había depositado en el suelo el rifle inútil, y junto a él un voluminoso fardo al que servía de envoltura un mantón gris, pendiente de su hombro derecho. Se diría el bulto en exceso pesado para sus fuerzas, porque al ser apeado dio en tierra con cierto estrépito. De la envoltura gris escapó entonces un pequeño gemido, y una carita asustada, de ojos pardos y brillantes, y dos manezuelas gorditas y pecosas, asomaron por de fuera.

-¡Me has hecho daño! -gritó una reprobadora voz infantil.

-¿De verdad? -contestó pesaroso el hombre-. Ha sido sin querer.

Y mientras tal decía deshizo el fardo y rescató de él a una hermosa criatura de unos cinco años de edad, cuyos elegantes zapatos y bonito vestido rosa, guarnecido de un

pequeño delantal de hilo, pregonaban a las claras la mano providente de una madre. La niña estaba pálida y delgada, aunque por la lozanía de brazos y piernas se echaba de ver que había sufrido menos que su compañero.

-¿Te sientes bien? -preguntó éste con ansiedad al observar que la niña seguía frotándose los rubios bucles que cubrían su nuca.

-Cúrame con un besito -repuso ella en un tono de perfecta seriedad, al tiempo que le mostraba la parte dolorida-. Eso solía hacer mamá. ¿Dónde está mamá?

-No está aquí. Quizá no pase mucho tiempo antes de que la veas.

-¡Se ha ido! -dijo la niña-. Qué raro... ¡No me ha dicho adiós! Me decía siempre adiós, aunque sólo fuera antes de ir a tomar el té a casa de la tita, y... ¡lleva tres días fuera! ¡Qué seco está esto! Dime, ¿no hay agua, ni nada que comer?

-No, no hay nada, primor. Aguanta un poco y verás que todo sale bien. Pon tu cabeza junto a la mía, así... ¿Te sientes más fuerte? No es fácil hablar cuando se tienen los labios secos como el esparto, aunque quizá vaya siendo hora de que ponga las cartas boca arriba. ¿Qué guardas ahí?

-¡Cosas bonitas! ¡Mira qué cosas tan preciosas! -exclamó entusiasmada la niña mientras mostraba dos refulgentes piedras de mica-. Cuando volvamos a casa se las regalaré a mi hermano Bob.

-Verás dentro de poco aún cosas mejores -repuso el hombre con aplomo-. Ten paciencia. Te estaba diciendo..., ¿recuerdas cuando abandonamos el río?

-¡Claro que sí!

-Pensamos que habría otros ríos. Pero no han salido las cosas a derechas: el mapa, o los compases, o lo que fuere nos han jugado una mala pasada, y no se ha dejado ver río alguno. Nos hemos quedado sin agua. Hay todavía unas gotitas para las personas como tú, y...

-Y no te has podido lavar -atajó la criatura, a la par que miraba con mucha gravedad el rostro de su compañero.

-Ni tampoco beber. El primero en irse fue el señor Bender, y después el indio Pete, y luego la señora McGregor, y luego Johnny Hones, y luego, primor, tu madre.

-Entonces mi madre está muerta también -gimió la niña, escondiendo la cabeza en el delantal y sollozando amargamente.

-Todos han muerto, menos tú y yo. Pensé..., que encontraríamos agua en esta dirección, y, contigo al hombro, me puse en camino. No parece que hayamos prosperado. ¡Dificilísimo será que salgamos adelante!

-¿Nos vamos a morir entonces? -preguntó la niña conteniendo los sollozos, y alzando su carita surcada por las lágrimas.

-Temo que sí.

-¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora? -exclamó con júbilo la pequeña-. ¡Me tenías asustada! Cuanto más rápido nos muramos, naturalmente, antes estaremos con mamá.

-Sí que lo estarás, primor.

-Y tú también. Voy a decirle a mamá lo bueno que has sido conmigo. Apuesto a que nos estará esperando a la puerta del paraíso con un jarro de agua en la mano, y muchísimos pasteles de alforfón, calentitos y tostados por las dos caras, como los que nos gustaban a Bob y a mí... ¿Cuánto faltará todavía?

-No sé... Poco.

Los ojos del hombre permanecían clavados en la línea norte del horizonte. Sobre el azul del cielo, y tan rápidos que semejaban crecer a cada momento, habían aparecido tres pequeños puntos. Concluyeron al cabo por adquirir las trazas de tres poderosas aves pardas, las cuales, luego de describir un círculo sobre las cabezas de los peregrinos, fueron a posarse en unos riscos próximos. Eran busardos, los buitres del Oeste, mensajeros indefectibles de la muerte.

-¡Gallos y gallinas! -exclamó la niña alegremente, señalando con el índice a los pájaros macabros, y batiendo palmas para hacerles levantar el vuelo-. Dime, ¿hizo Dios esta tierra?

-Naturalmente que sí -repuso el hombre, un tanto sorprendido por lo inesperado de la pregunta.

-Hizo la de Illinois, allá lejos, y también la de Missouri -prosiguió la niña-, pero no creo que hiciera esta de aquí. Esta de aquí está mucho peor hecha. El que la hizo se ha olvidado del agua y de los árboles.

-¿Y si rezaras una oración? -sugirió el hombre tras un largo titubeo.

-No es aún de noche.

-Da lo mismo. Se sale de lo acostumbrado, pero estoy seguro de que a Él no le importará. Di las oraciones que decías todas las noches en la carreta, cuando atravesábamos los Llanos.

-¿Por qué no rezas tú también? -exclamó la niña, con ojos interrogadores.

-Se me ha olvidado rezar. Llevo sin rezar desde que era un mocoso al que doblaba en altura este rifle que ves aquí. Aunque bien mirado, nunca es demasiado tarde. Empieza

tú, y yo me uniré en los coros.

-Pues vas a tener que arrodillarte, igual que yo -dijo la pequeña posando el mantón en tierra-. Levanta las manos y júntalas. Así... Parece como si se sintiera uno más bueno.

¡Curiosa escena la que se desarrolló entonces a los ojos de los busardos, únicos e indiferentes testigos! Sobre el breve chal, codo con codo, adoptaron la posición orante ambos peregrinos, la niña versátil y el arrojado y rudo aventurero. - Estaban la tierna carita de la niña y el rostro anguloso y macilento del hombre vueltos con devoción pareja hacia el cielo limpio de nubes, en pos del Ser terrible que de frente los con templaba, mientras las dos voces -frágil y clara una, áspera y profunda la otra- se fundían en un solo ruego de misericordia y perdón. Concluida la oración se recogieron de nuevo al abrigo de la roca, cayendo dormida al cabo la niña en el regazo de su protector. Vigiló éste durante un tiempo el sueño de la pequeña, mas la naturaleza, finalmente, lo redujo también a su mandato inexorable. Tres días y tres noches llevaba sin concederse un instante de tregua o reparador descanso. Lentamente los párpados se deslizaron sobre los ojos fatigados y la cabeza fue hundiéndose en su pecho, hasta, confundida ya la barba gris del hombre con los rizos dorados de la niña, quedar ambos caminantes sumidos en idéntico sueño, profundo y horro de imágenes.

Media hora de vigilia hubiera bastado al vagabundo para contemplar la escena que ahora verá el lector. En la remota distancia, allí donde se hace la planicie fronteriza del cielo, se insinuó una como nubecilla de polvo, muy tenue al principio y apenas distinguible de la colina en que se hallaba envuelto el horizonte, después de superior tamaño, y, al fin, rotunda y definida. Fue aumentando el volumen de la nube, causada, evidentemente, por alguna muchedumbre o concurrencia de criaturas en movimiento. A ser aquellas tierras más fértiles, habría podido pensarse en el avance de una populosa manada de bisontes. Mas no es un suelo sin hierba sino a propósito para que en él paste el ganado... Próximo ya el torbellino de polvo ala solitaria eminencia donde reposaban los dos náufragos de la pradera, se insinuaron tras la bruma contornos de carretas guarnecidas con toldos, y perfiles de hombres armados, caballeros en sus monturas. ¡Se trataba de una expedición al Oeste, y qué expedición! Llegado uno de los extremos de ella a los pies de la montaña, aún seguía el otro perdido en el horizonte. A través de la llanura toda se extendía la caravana enorme, compuesta de galeras y carros, hombres a pie y hombres a caballo. Innumerables mujeres procedían vacilantes con su equipaje a cuestas, y los niños se afanaban detrás de los vehículos o asomaban las cabecitas bajo la envoltura blanca de los toldos. No podían ser estas gentes simples emigrantes; por fuerza habían de constituir un pueblo nómada, llevado de las circunstancias a buscar cobijo en nuevas tierras. Un estruendo confuso, una especie de fragor de ruedas chirriantes y resoplante caballería, ascendía de aquella masa humana y se perdía en el aire claro. Ni siquiera entonces, sin embargo, lograron despertarse los dos fatigados caminantes.

Encabezaba la columna más de una veintena de graves varones, de rostros ceñudos, envueltos los cuerpos en los pliegues de un oscuro ropaje hecho a mano, y provistos de rifles. Al llegar al pie del risco suspendieron la marcha, formando entre ellos breve conciliábulo.

-Los pozos, hermanos, se encuentran a la derecha -dijo uno al que daba carácter la boca enérgica, el rostro barbihecho y la cabellera enmarañada.

-A la derecha de Sierra Blanco... Alcanzaremos pues, Río Grande-, añadió otro.

-No tengáis cuidado del agua -exclamó un tercero-. El que pudo hacerla brotar de la roca, no abandonará a su pueblo elegido.

-¡Amén! ¡Amén! -respondieron todos a coro.

A punto se hallaban de reanudar el camino, cuando uno de los más jóvenes y perspicaces lanzó un grito de sorpresa, al tiempo que señalaba el escarpado risco frontero. En lo alto ondeaba un trocito de tela color rosa, brillante y nítidamente recortado sobre el fondo de piedra gris. A la visión de aquel objeto siguió un vasto movimiento de caballos enfrenados y de rifles que eran extraídos de sus fundas. Un destacamento de jinetes a galope sumó sus fuerzas a las del grupo de vanguardia: la palabra «Pieles Rojas» estaba en todos los labios.

-No puede haber muchos indios por estas tierras -dijo un hombre ya mayor, el que según todas las trazas parecía detener el mando-. Atrás hemos dejado a los Pawnees, y no quedan más tribus hasta después de cruzadas las montañas.

-Quiero echar una ojeada, hermano Stangerson -anunció entonces otro de los exploradores.

-Yo también, yo también -clamaron una docena de voces más.

-Dejad abajo vuestros caballos; aquí mismo os esperamos -contestó el anciano. En un abrir y cerrar de ojos pusieron pie a tierra los jóvenes voluntarios, fueron amarradas las cabalgaduras, y se dio principio al ascenso de la escarpadura, en dirección al punto que había provocado semejante revuelo. Avanzaban los hombres rauda y silenciosamente, con la seguridad y destreza del explorador consumado. Desde el llano, se les vio saltar de roca en roca, hasta aparecer sus siluetas limpiamente perfiladas sobre el horizonte. El joven que había dado la voz de alarma abría la marcha. De súbito, observaron sus compañeros que echaba los brazos a lo alto, como presa de irrefrenable asombro, asombro que pareció comunicarse al resto de la comitiva apenas se hubo ésta reunido con el de cabeza.

En la pequeña plataforma que ponía remate al risco pelado, se elevaba un solitario y gigantesco peñasco, a cuyo pie yacía un hombre alto, barbiluengo y de duras facciones, aunque enflaquecido hasta la extenuación. Su respiración regular y plácido gesto, eran los que suelen acompañar al sueño profundo. Enlazada a su cuello moreno y fuerte había una niña de brazuelos blancos y delicados. Estaba rendida su cabecita rubia sobre la pechera de pana del hombre, y en sus labios entreabiertos -que descubrían la nieve inmaculada de los dientes- retozaba una sonrisa infantil. Los miembros del hombre eran largos y ásperos, en peregrino contraste con las rollizas piernecillas de la criatura, las cuales terminaban en unos calcetines blancos y unos pulcros zapatitos de brillantes hebillas. La extraña escena tenía lugar ante la mirada de tres solemnes busardos

apostados en la visera del peñasco. A la aparición de los recién llegados, dejaron oír un rauco chillido de odio y se descolgaron con sordo batir de alas.

El estrépito de las inmundas aves despertó a los dos yacentes, quienes echaron a su alrededor una mirada extraviada. El hombre recuperó, vacilante, la posición erecta y tendió la vista sobre la llanura, desierta cuando le había sorprendido el sueño y poblada ahora de muchedumbre enorme de bestias y seres humanos. Ganado por una incredulidad creciente, se pasó la mano por los ojos. «Debe ser esto lo que llaman delirio», murmuró para sí. La pequeña permanecía a su lado, cogida a las faldas de su casaca y sin decir nada, aunque vigilándolo todo con los ojos pasmados e inquisitivos de la niñez.

No les fue difícil a los recién ascendidos acreditar su condición de seres de carne y hueso. Uno de ellos cogió a la niña y la atravesó sobre los hombros, mientras otros dos asistían a su desmadejado compañero en el descenso hacia la caravana.

-Me llamo John Ferrier -explicó el caminante-; la pequeña y yo somos cuanto queda de una expedición de veintiún miembros. Allá en el sur, la sed y el hambre han dado buena cuenta del resto.

-¿La niña es hija tuya? -preguntó uno de los exploradores.

-Por tal la tengo -repuso desafiante el aventurero-. Mía es, porque la he salvado. Nadie va a arrebatármela. De ahora en adelante se llamará Lucy Ferrier. Pero, ¿quiénes sois vosotros? -prosiguió mirando con curiosidad a sus fornidos y atezados rescatadores-. En verdad que no se os puede contar con los dedos de una mano.

-Sumamos cerca de diez mil -dijo uno de los jóvenes-; somos los hijos perseguidos de Dios, los elegidos del Ángel Moroni.

-Nunca he oído hablar de él -replicó el caminante-, pero a la vista está que no le faltan amigos.

-No uses ironía con lo sagrado -repuso el otro en tono cortante-. Somos aquellos que tienen puesta su fe en las santas escrituras, plasmadas con letra egipcia sobre planchas de oro batido y confiadas a Joseph Smith en el enclave de Palmyra. Procedemos de Nauvoo, en el Estado de Illinois, asiento de nuestra iglesia, y buscamos amparo del hombre violento y sin Dios, aunque para ello hayamos de llegar al corazón mismo del desierto.

El hombre de Nauvoo pareció despabilar la memoria de John Ferrier.

-Entonces -dijo-, sois mormones.

-En efecto, somos los mormones -repusieron todos a una sola voz.

-¿Y dónde os dirigís?

-Lo ignoramos. La mano de Dios guía a los mormones por medio de su profeta. A él te conduciremos. Él decidirá tu suerte.

Habían alcanzado ya la base de la colina, donde se hallaba congregada una multitud de peregrinos: mujeres pálidas y de ojos medrosos, niños fuertes y reidores, varones de expresión alucinada. A la vista de la juventud de uno de los extraños, y de la depauperación del otro, se elevaron de la turba gritos de asombro y conmiseración. No se detuvo sin embargo el pequeño cortejo, sino que se abrió camino, seguido de gran copia de mormones, hasta una carreta que sobresalía de las demás por su anchura excepcional e inusitada elegancia. Seis caballos se hallaban uncidos a ella, en contraste con los dos, o cuatro a lo sumo, que tiraban de las restantes. Junto al carrero se sentaba un hombre de no más de treinta años, aunque de poderosa cabeza y la firme expresión que distingue al caudillo. Estaba leyendo un volumen de lomo oscuro que dejó a un lado a la llegada del gentío. Tras escuchar atentamente la relación de lo acontecido, se dirigió a los dos malaventurados.

-Si hemos de recogeros entre nosotros -dio solemnemente-, será sólo a condición de que abracéis nuestro credo. No queremos lobos en el rebaño. ¡Pluga a Dios mil veces que blanqueen vuestros huesos en el desierto, antes de que seáis la manzana podrida que con el tiempo contamina a las restantes! ¿Aceptáis los términos del acuerdo?

-No hay términos que ahora puedan parecerme malos -repuso Ferrier con tal énfasis que los solemnes Ancianos no acertaron a reprimir una sonrisa. Sólo el caudillo perseveró en su terca y formidable seriedad.

-Hermano Stangerson -dijo-, hazte cargo de este hombre y de la niña, y dales comida y bebida. A ti confío la tarea de instruirles en nuestra fe. ¡Demasiado larga ha sido ya la pausa! ¡Adelante! ¡Adelante hacia Sión!

-¡Adelante hacia Sión! -bramó la muchedumbre de mormones, y el grito corrió de boca en boca a lo largo de la caravana, hasta perderse, como un murmullo, en la distancia remota. Entre estallidos de látigos y crujir de ruedas reanudaron la marcha las pesadas carretas, volviendo a serpentear al pronto en el desierto la comitiva enorme. El anciano bajo cuya tutela habían sido puestos los recién hallados, condujo a éstos a su carruaje, y allí les dio el prometido sustento.

-Aquí permaneceréis -les dijo-. A no mucho tardar os habréis recuperado de vuestras fatigas. Recordad, mientras tanto, que compartís nuestra fe, y la compartís para siempre. Lo ha dicho Brigham Young, y lo ha dicho con la voz de Joseph Smith, cuya voz es también la voz de Dios.

2. La flor de Utah

No es éste lugar a propósito para rememorar las privaciones y fatigas experimentadas por el pueblo emigrante antes de su definitiva llegada a puerto. Desde las orillas del Mississippi, hasta las estribaciones occidentales de las Montañas Rocosas, consiguió abrirse camino con pertinacia sin parangón apenas en la historia. Ni el hombre salvaje ni la bestia asesina, ni el hambre, ni la sed, ni el cansancio, ni la enfermedad, ninguno de

los obstáculos en fin que plugo a la Naturaleza atravesar en la difícil marcha, fueron bastantes a vencer la tenacidad de aquellos pechos anglosajones. Sin embargo, la longitud del viaje y su cúmulo de horrores habían acabado por conmover hasta los corazones más firmes. Todos, sin excepción, cayeron de hinojos en reverente acción de gracias a Dios cuando, llegados al vasto valle de Utah, que se extendía a sus pies bajo el claro sol, supieron por los labios de su caudillo que no era otra la tierra de promisión, y que aquel suelo virgen les pertenecía ya para siempre.

Pronto demostró Young ser un hábil administrador, amén de jefe enérgico. Fueron aprestados mapas y planos en previsión de la ciudad futura de los mormones. Se procedió, según la categoría de cada destinatario, al reparto y adjudicación de las tierras circundantes. El artesano volvió a blandir su herramienta, y el comerciante a comprar y a vender. En la ciudad surgían calles y plazas como por arte de encantamiento. En el campo, se abrieron surcos para las acequias, fueron levantadas cercas y vallas, se limpió la maleza y se voleó la semilla, de modo que, al verano siguiente, ya cubría la tierra el oro del recién granado trigo. No había cosa que no prosperase en aquella extraña colonia. Sobre todo lo demás, sin embargo, creció el templo erigido por los fieles en el centro de la ciudad. Desde el alba a los últimos arreboles del día, el seco ruido del martillo y el chirriar asmático de la sierra imperaban en torno al monumento con que el pueblo peregrino rendía homenaje a Quien le había guiado salvo a través de tantos peligros.

Los dos vagabundos, John Perrier y la pequeña, su hija adoptiva y compañera de infortunio, hicieron junto a los demás el largo camino. No fue éste trabajoso para la joven Lucy Ferrier que, recogida en la carreta de Stangerson, partió vivienda y comida con las tres esposas del mormón y su hijo, un obstinado e impetuoso muchacho de doce años. Habiéndose repuesto de la conmoción causada por la muerte de su madre, conquistó fácilmente el afecto de las tres mujeres (con esa presteza de la que sólo es capaz la infancia) y se hizo a su nueva vida trashumante. En tanto, el recobrado Ferrier ganaba fama de guía útil e infatigable cazador. Tan presto conquistó para sí la admiración de sus nuevos compañeros que, al dar éstos por acabada la aventura, recibió sin un solo reparo o voto en contra una porción de tierra no menor ni menos fecunda que las de otros colonos, con las únicas excepciones de Young y los cuatro ancianos principales, Stangerson, Kemball, Johnston y Drebber.

En la hacienda así adquirida levantó John Ferrier una sólida casa de troncos, ampliada y recompuesta infinitas veces en los años subsiguientes, hasta alcanzar al fin envergadura considerable. Era hombre con los pies afirmados en tierra, inteligente en los negocios y hábil con las manos, amén de recio, lo bastante para aplicarse sin descanso al cultivo y mejora de sus campos. Crecieron así su granja y posesiones desmesuradamente. A los tres años había sobrepujado a sus vecinos, a los seis se contaba entre el número de los acomodados, a los nueve de los pudientes, y a los doce no pasaban de cinco o seis quienes pudieran comparársele en riqueza. Desde el gran mar interior hasta las montañas de Wahsatch, el nombre de John Ferrier descollaba sobre todos los demás.

Sólo en un concepto ofendía este hombre la susceptibilidad de sus correligionarios. Nadie fue parte a convencerle para que fundara un harén al modo de otros mormones. Sin dar razones de su determinación, porfió en ella con firmeza inconmovible. Unos le

acusaron de tibieza en la práctica de la religión recientemente adquirida; otros, de avaricia y espíritu mezquinamente ahorrativo. Llegó incluso a hablarse de un amor temprano, una muchacha de blondos cabellos muerta de nostalgia en las costas del Atlántico. El caso es que, por la causa que fuere, Ferrier permaneció estrictamente célibe. En todo lo demás siguió el credo de la joven comunidad, ganando fama de hombre ortodoxo y de recta conducta.

Junto al padre adoptivo, entre las cuatro paredes de la casa de troncos, y aplicada a la dura brega diaria, se crió Lucy Ferrier. El fino aire de las montañas y el aroma balsámico del pino cumplieron las veces de madre y niñera. Según transcurrían los años la niña se hizo más alta y fuerte, adquiriendo las mejillas color y el paso cadencia elástica. No pocos sentían revivir en sí antiguos hervores cada vez que, desde el tramo de camino que sesgaba la finca de Ferrier, veían a la muchacha afanarse, joven y ligera, en los campos de trigo, o gobernar el cimarrón de su padre con una destreza digna en verdad de un auténtico hijo del Oeste. De esta manera se hizo flor el capullo, y el mismo año que ganaba Ferrier preeminencia entre los granjeros del lugar, se cumplía en su hija el más acabado ejemplo de belleza americana que encontrarse pudiera en la vertiente toda del Pacífico.

No fue el padre, sin embargo, el primero en advertir que la niña de antes era ya mujer. Rara vez ocurre tal. Esa transformación es harto sutil y lenta para que quepa situarla en un instante preciso. Más ajena todavía al cambio permanece la doncella misma, quien sólo al tono de una voz o al contacto de una mano, súbitas chispas iniciadoras de un fuego desconocido, descubre con orgullo y miedo a la vez la nueva y poderosa facultad que en ella ha nacido a la vida. Pocas mujeres han olvidado de hecho el día preciso y el exacto incidente por el que viene a ser conocido ese albor de una existencia nueva. En el caso de Lucy Ferrier la ocasión fue memorable de por sí, aparte el alcance que después tendría en su propio destino y en el de los demás.

Era una calurosa mañana de junio, y los Santos del último Día se afanaban en su cotidiana tarea al igual que un enjambre de abejas, cuyo fanal habían escogido por emblema y símbolo de la comunidad. De los campos y de las calles ascendía el sordo rumor del trabajo incesante. A lo largo de las carreteras polvorientas, avanzaban filas de mulas con pesadas cargas, en dirección todas al Oeste, ya que había estallado la fiebre del oro en California y la ruta continental tenía estación en la ciudad de los Elegidos. También se veían rebaños de vacas y ovejas, procedentes de pastos remotos, y partidas de fatigados emigrantes, no menos maltrechos que sus caballerías tras el viaje inacabable. En medio de aquella abigarrada muchedumbre, hilaba su camino con destreza de amazona Lucy Ferrier, arrebatado el rostro por el ejercicio físico y suelta al viento la larga cabellera castaña. Venía a la ciudad para dar cumplimiento a cierto encargo de su padre, y, desatenta a todo cuanto no fuera el asunto que en ese instante la solicitaba, volaba sobre su caballo, con la usada temeridad de otras veces. Se detenían a mirarla asombrados los astrosos aventureros, e incluso el indio impasible, con sus pieles a cuestas, rompía un instante su reserva ante el espectáculo de aquella bellísima rostro pálido.

Había alcanzado los arrabales de la ciudad, cuando halló la carretera obstruida por un gran rebaño de ganado al que daban gobierno media docena de selváticos pastores de la

pradera. Impaciente, hizo por superar el obstáculo lanzándose a una súbita brecha que se insinuaba enfrente. Cuando se hubo introducido en ella, sin embargo, el ganado volvió a cerrarse en torno, viéndose al pronto inmersa la amazona en la corriente movediza de las cuernilargas e indómitas bestias. Habituada como estaba a vivir entre ganado, no sintió alarma, e intentó por todos los medios abrirse camino a través de la manada. Por desgracia los cuernos de una de las reses, al azar o de intento, entraron en violento contacto con el flanco del cimarrón, excitándolo en grado máximo. El animal se levantó sobre sus patas traseras con un relincho furioso, al tiempo que daba unos saltos y hacía unas corvetas bastantes a derribar a un jinete de medianas condiciones. No podía ser la situación más peligrosa. Cada arrebato del caballo acentuaba el roce con los cuernos circundantes, y éstos inducían a su vez en la cabalgadura renovadas y furibundas piruetas. Sin falta debía la joven mantenerse sujeta a la silla de la montura, ya que al más leve desliz cabía que fuera a dar su cuerpo entre las pezuñas de las espantadas criaturas, encontrando así una muerte horrible. No hecha a tales trances, comenzó a nublarse su cabeza, al cabo que cedía la presa de la mano en la brida. Sofocada por la nube de polvo y el hedor de la forcejeante muchedumbre animal, se hallaba al borde del abandono, cuando oyó una voz amable que a su lado le prometía asistencia. A continuación una poderosa mano, curtida y tostada por el sol, asió del freno al asustado cuadrúpedo, conduciéndole pronto, sin mayores incidencias, fuera del tropel.

-Espero, señorita, que haya salido usted ilesa de la aventura -dijo respetuosamente a la joven su providencial salvador.

Aquélla levantó su rostro hacia el otro rostro, fiero y moreno, y riendo con franqueza repuso:

-¡Qué susto! ¿Cómo pensar que Pancho fuera a tener tanto miedo de un montón de vacas?

-Gracias a Dios, ha podido usted mantenerse en la montura -contestó el hombre con gesto grave. Se trataba de un joven alto y de aguerrido aspecto, el cual, caballero en un poderoso ejemplar de capa baya, y guarnecido el cuerpo con las toscas galas del cazador, iba armado de un largo rifle, suspendido al bies tras de los hombros.

-Debe ser usted la hija de John Ferrier -añadió-; la he visto salir a caballo de su granja. Cuando lo vea, pregúntele si le trae algún recuerdo el nombre de «Jefferson Hope», el de St. Louis. Si ese Ferrier es el que yo pienso, mi padre y el suyo fueron uña y carne.

-¿Por qué no viene y se lo pregunta usted mismo? -apuntó ella con recato.

El joven pareció complacido por la invitación, y en sus ojos negros refulgió una chispa de contento.

-Lo haré -dijo-, aunque llevamos dos meses en las montañas y mi traza no es a propósito para esta clase de visitas. Su padre de usted deberá recibirme tal como estoy.

-Es su deudor, igual que yo -replicó la joven-. Me tiene un cariño extraordinario; si esas

vacas hubieran llegado a causarme la muerte, creo que habría muerto él también.

-Y yo -añadió el jinete.

-¡Usted! No creo que fuera a partírsele el corazón... ¡Ni siquiera somos amigos!

La oscura faz del cazador se ensombreció de semejante manera ante esta observación, que Lucy Ferrier no pudo evitar una carcajada.

-No me entienda mal, ¡ea! -dijo-. Ahora sí que somos amigos. No le queda más remedio que venir a vernos... En fin, he de seguir camino, porque, según está pasando el tiempo, no volverá a confiarme jamás mi padre recado alguno. ¡Adiós!

-¡Adiós -repuso el otro, alzando su sombrero alado e inclinándose sobre la mano de la damita. Tiró ésta de las riendas a su potro, blandió el látigo, y desapareció en la ancha carretera tras una ondulante nube de polvo.

El joven Jefferson Hope se unió a sus compañeros, triste y taciturno. Habían recorrido las montañas de Nevada en busca de plata, y volvían ahora a Salt Lake City, con el fin de reunir el capital necesario para la exploración de un filón descubierto allá arriba. Sus pensamientos, puestos hasta entonces, al igual que los del resto de la cuadrilla, en el negocio pendiente, no podían ya ser los mismos tras el encuentro súbito. La vista de la hermosa muchacha, fresca y sana como las brisas de la sierra, había conmovido lo más íntimo de su volcánico e indómito corazón. Desaparecida la joven de su presencia, supo que una crisis acababa de producirse en su vida, y que ni las especulaciones de la plata, ni cosa alguna, podían compararse en importancia a lo recién acontecido. El efecto obrado de súbito en su corazón no era además un amor fugaz de adolescente, sino la pasión auténtica que se apodera del hombre de férrea voluntad e imperioso carácter. Estaba hecho a triunfar en todas las empresas. Se dijo solemnemente que no saldría mal de ésta, mientras de algo sirvieran la perseverancia y el tenaz esfuerzo.

Aquella misma noche se presentó en casa de John Ferrier, y a la siguiente y a la otra también, hasta convertirse en visitante asiduo y conocido. John, encerrado en el valle y absorbido por el trabajo diario, había tenido menguadísimas oportunidades de asomarse al mundo en torno durante los últimos doce años. De él le daba noticias Jefferson Hope, con palabras que cautivaban a Lucy no menos que a su padre. Había sido pionero en California, la loca y legendaria región de rápidas fortunas y estrepitosos empobrecimientos; había sido explorador, trampero, ranchero, buscador de plata... No existía aventura emocionante, en fin, que no hubiera corrido alguna vez Jefferson Hope. A poco ganó el afecto del viejo granjero, quien se hacía lenguas de sus muchas virtudes. En tales ocasiones Lucy permanecía silenciosa, mas podía echarse de ver, por el arrebol de las mejillas y el brillar de ojos, que no era ya la muchacha dueña absoluta de su propio corazón. Quizá escapasen estas y otras señales a los ojos del buen viejo, aunque no, desde luego, a los de quien constituía su recóndita causa.

Cierto atardecer de verano el joven llegó a galope por la carretera y se detuvo frente al cancel. Lucy estaba en el porche y, al verle, fue en dirección suya. El visitante pasó las

bridas del caballo por encima de la cerca y tomó el camino de la casa.

-He de marcharme, Lucy -dijo asiéndole entrambas manos, al tiempo que la miraba tiernamente a los ojos-. No te pido que vengas ahora conmigo, pero ¿lo harás más adelante, cuando esté de vuelta?

-¿Vas a tardar mucho? -repuso la joven, riendo y encendiéndose toda.

-No más de dos meses. Vendré entonces por ti, querida. Nadie podrá interponerse entre nosotros dos.

-¿Qué dice mi padre?

-Ha dado su consentimiento, siempre y cuando me las arregle para poner en marcha esas minas. Sobre esto último no debes preocuparte.

-Oh, bien. Si estáis de acuerdo papá y tú, yo no tengo nada más que añadir -susurró ella, la mejilla apoyada en el poderoso pecho del aventurero.

-¡Dios sea alabado! -exclamó éste con ronca voz, e inclinando la cabeza, besó a la chica-. El trato puede considerarse zanjado. Cuanto más me demore, más difícil va a resultarme iniciar la marcha. Me aguardan en el cañón. ¡Adiós, amor, adiós! Dentro de dos meses me verás de nuevo.

Con estas palabras se separó de ella y, habiéndose plantado de un salto encima del caballo, picó espuelas a toda prisa sin volver siquiera la cabeza, en el temor, quizá, de que una sola mirada a la prenda de su corazón le hiciera desistir de su recién concebido proyecto. Permaneció Lucy junto al cancel, fija la vista en el jinete hasta desvanecerse éste en el horizonte. Después volvió a la casa. En todo Utah no podría hallarse chica más feliz.

3. John Ferrier habla con el profeta

Tres semanas habían transcurrido desde la marcha de Jefferson Hope y sus compañeros. Se entristecía el corazón de John Ferrier al pensar que pronto volvería el joven, arrebatándole su preciado tesoro. Sin embargo, la expresión feliz de la muchacha le reconciliaba mil veces más eficazmente con el pacto contraído que el mejor de los argumentos. Desde antiguo había determinado en lo hondo de su resuelta voluntad que a ningún mormón sería dada jamás la mano de su hija. Semejante unión se le figuraba un puro simulacro, un oprobio y una desgracia. Con independencia de los sentimientos que la doctrina de los mormones le inspiraba en otros terrenos, se mantenía sobre lo último inflexible, amén de mudo, ya que por aquellos tiempos las actitudes heterodoxas hallaban mal acomodo en la Tierra de los Santos.

Mal acomodo y terrible peligro... Hasta los más santos entre los santos contenían el aliento antes de dar voz a su íntimo parecer en materia de religión, no fuera cualquier palabra, o frase mal comprendida, a atraer sobre ellos un rápido castigo. Los perseguidos de antaño se habían constituido a su vez en porfiados y crudelísimos

perseguidores. Ni la Inquisición sevillana, ni la tudesca Vehmgericht, ni las sociedades secretas de Italia acertaron jamás a levantar maquinaria tan formidable como la que tenía atenazado al Estado de Utah.

La organización resultaba doblemente terrible por sus atributos de invisibilidad y misterio. Todo lo veía y podía, y sin embargo escapaba al ojo y al oído humanos. Quien se opusiera a la Iglesia, desaparecía sin dejar rastro ni razón de sí. Mujer e hijos aguardaban inútilmente el retorno del proscrito, cuya voz no volvería a dejarse oír de nuevo, ni siquiera en anuncio de la triste sentencia que los sigilosos jueces habían pronunciado. Una palabra brusca, un gesto duro, eran castigados con la muerte. Ignoto, el poder aciago gravitaba sobre todas las existencias. Comprensible era que los hombres vivieran en terror perpetuo, sellada la boca y atada la lengua lo mismo en poblado que en la más rigurosa de las soledades.

En un principio sufrieron persecución tan sólo los elementos recalcitrantes, aquellos que, habiendo abrazado la fe de los mormones, deseaban abandonarla o pervertirla. Pronto, sin embargo, aumentó la multitud de las víctimas. Eran cada vez menos las mujeres adultas, grave inconveniente para una doctrina que proponía la poligamia. Comenzaron a circular extraños rumores sobre emigrantes asesinados y salvajes saqueos ocurridos allí donde nunca, anteriormente, había llegado el indio. Mujeres desconocidas vinieron a nutrir los serrallos de los Ancianos, mujeres que lloraban y languidecían, y llevaban impresas en el rostro las señales de un espanto inextinguible. Algunos caminantes, rezagados en las montañas, afirmaban haberse cruzado con pandillas de hombres armados y enmascarados, en sigilosa y rápida peregrinación al amparo de las sombras. Tales historias y rumores fueron adquiriendo progresivamente cuerpo y confirmación, hasta concretarse en título y expresión definitivos. Incluso ahora, en los ranchos aislados del Oeste, el nombre de «La Banda de los Danitas», o «Los Ángeles Vengadores», conserva resonancias siniestras.

El mayor conocimiento de la organización que tan terribles efectos obraba, tendió antes a magnificar que a disimular el espanto de las gentes. Imposible resultaba saber si una persona determinada pertenecía a Los Ángeles Vengadores. Los nombres de quienes tomaban parte en las orgías de sangre y violencia perpetradas bajo la bandera de la religión eran mantenidos en riguroso secreto. Quizá el amigo que durante el día había escuchado ciertas dudas referentes al Profeta y su misión se contaba por la noche entre los asaltantes que acudían para dar cumplimiento al castigo inmisericorde y mortal. De este modo, cada cual desconfiaba de su vecino, recatando para sí sus más íntimos sentimientos.

Una hermosa mañana, cuando estaba a punto de partir hacia sus campos de trigo, oyó John Ferrier el golpe seco del pestillo al ser abierto, tras de lo cual pudo ver, a través de la ventana, a un hombre ni joven ni viejo, robusto y de cabello pajizo, que se aproximaba sendero arriba. Le dio un vuelco el corazón, ya que el visitante no era otro que el mismísimo Brigham Young. Lleno de inquietud -pues nada bueno presagiaba semejante encuentro- Ferrier acudió presuroso a la puerta para recibir al jefe mormón. Este último, sin embargo, correspondió fríamente a sus solicitaciones, y, con expresión adusta, le siguió hasta el salón.

-Hermano Ferrier -dijo, tomando asiento y fijando en el granjero la mirada a través de las pestañas rubias-, los auténticos creyentes te han demostrado siempre bondad. Fuiste salvado por nosotros cuando agonizabas de hambre en el desierto, contigo compartimos nuestra comida, te condujimos salvo hasta el Valle de los Elegidos, recibiste allí una generosa porción de tierra y, bajo nuestra protección, te hiciste rico. ¿Es esto que digo cierto?

-Lo es -repuso John Ferrier.

-A cambio de tantos favores, no te pedimos sino una cosa: que abrazaras la fe verdadera, conformándote a ella en todos sus detalles. Tal prometiste hacer, y tal, según se dice, desdeñas hacer.

-¿Es ello posible? -preguntó Ferrier, extendiendo los brazos en ademán de protesta-. ¿No he contribuido al fondo común? ¿No he asistido al Templo? ¿No he..?

-¿Dónde están tus mujeres? -preguntó Young, lanzando una ojeada en derredor-. Hazlas pasar para que pueda yo presentarles mis respetos.

-Cierto es que no he contraído matrimonio -repuso Ferrier-. Pero las mujeres eran pocas, y muchos aquellos con más títulos que yo para pretenderlas. Además, no he estado solo: he tenido una hija para cuidar de mí.

-De ella, precisamente, quería hablarte -dijo el jefe de los mormones-. Se ha convertido, con los años, en la flor de Utah, y ahora mismo goza del favor de muchos hombres con preeminencia en esta tierra.

John Ferrier, en su interior, dejó escapar un gemido.

-Corren rumores que prefiero desoír, rumores en torno a no sé qué compromiso con un gentil. Maledicencias, supongo, de gente ociosa. ¿Cuál es la decimotercera regla del código legado a nosotros por Joseph Smith, el santo? «Que toda doncella perteneciente a la fe verdadera contraiga matrimonio con uno de los elegidos: pues si se uniera a un gentil, cometería pecado nefando.» Siendo ello así, no es posible que tú, que profesas el credo santo, hayas consentido que tu hija lo vulnere.

Nada repuso John Ferrier, ocupado en juguetear nerviosamente con su fusta.

-Por lo que en torno a ella resuelvas, habrá de medirse la fortaleza de tu fe. Tal ha convenido el Sagrado Consejo de los Cuatro. Tu hija es joven: no pretendemos que despose a un anciano, ni que se vea privada de toda elección. Nosotros los Ancianos poseemos varias novillas(1), mas es fuerza que las posean también nuestros hijos. Stangerson tiene un hijo varón, Drebber otro, y ambos recibirían gustosos a tu hija en su casa. Dejo a ella la elección... Son jóvenes y ricos, y profesan la fe verdadera. ¿Qué contestas?

1. Heber C. Kemball, en uno de sus sermones, alude con este título galante a sus cien

esposas.

Ferrier permaneció silencioso un instante, arrugado el entrecejo.

-Concédeme un poco de tiempo -dijo al fin-. Mi hija es muy joven, quizá demasiado para tomar marido. -Cuentas con un plazo de un mes -dijo Young, enderezándose de su asiento-. Transcurrido éste, habrá de dar la chica una respuesta.

Estaba cruzando el umbral cuando se volvió de nuevo, el rostro encendido y centelleantes los ojos:

-¡Guárdate bien, John Ferrier -dijo con voz tonante-, de oponer tu débil voluntad a las órdenes de los Cuatro Santos, porque en ese caso sentiríais tu hija y tú no yacer, reducidos a huesos mondos, en mitad de Sierra Blanco!

Con un amenazador gesto de la mano soltó el pomo de la puerta, y Ferrier pudo oír sus pasos desvaneciéndose pesadamente sobre la grava del sendero.

Estaba todavía en posición sedente, con el codo apoyado en la rodilla e incierto sobre cómo exponer el asunto a su hija, cuando una mano suave se posó en su hombro y, elevando los ojos, observó a la niña de pie junto a él. La sola vista de su pálido y aterrorizado rostro, fue bastante a revelarle que había escuchado la conversación.

-No lo pude evitar -dijo ella, en respuesta a su mirada-. Su voz atronaba la casa. Oh, padre, padre mío, ¿qué haremos?

-No te asustes -contestó éste, atrayéndola hacia sí, y pasando su mano grande y fuerte por el cabello castaño de la joven-. Veremos la manera de arreglarlo. ¿No se te va ese joven de la cabeza, no es cierto?

A un sollozo y a un ademán de la mano, súbitamente estrechada a la del padre, se redujo la respuesta de Lucy.

-No, claro que no. Y no me aflige que así sea. Se trata de un buen chico y de un cristiano, mucho más, desde luego, de lo que nunca pueda llegar a ser la gente de por aquí, con sus rezos y todos sus sermones. Mañana sale una expedición camino de Nevada, y voy a encargarme de que le hagan saber el trance en que nos hallamos. Si no me equivoco sobre el muchacho, le veremos volver aquí con una velocidad que todavía no ha alcanzado el moderno telégrafo.

Lucy confundió sus lágrimas con la risa que las palabras de su padre le producían.

-Cuando llegue, nos señalará el curso más conveniente. Es usted el que me inquieta. Una oye..., oye cosas terribles de quienes se enfrentan al Profeta: siempre sufren percances espantosos.

-Aún no nos hemos opuesto a nadie -repuso el padre-. Tiempo tenemos de mirar por nuestra suerte. Disponemos de un mes de plazo; para entonces espero que nos hallemos

lejos de Utah.

-¡Lejos de Utah!

-Qué remedio...

-¿Y la granja?

-Convertiremos en dinero cuanto sea posible, renunciando al resto. Para ser sincero, Lucy, no es ésta la primera vez que semejante idea se me cruza por la cabeza. No me entusiasma el estar sometido a nadie, menos aún al maldito Profeta que tiene postrada a la gente de esta tierra. Nací americano y libre, y no entiendo de otra cosa. Quizá sea demasiado viejo para mudar de parecer. Si el tipo de marras persiste en merodear por mi granja, acaso acabe dándose de bruces con un puñado de postas avanzando en sentido contrario.

-Pero no nos dejarán marchar -objetó la joven.

-Aguarda a que venga Jefferson y entonces nos las compondremos para hacerlo. Entre tanto, querida, sosiégate, y no permitas que se te pongan los ojos feos de tanto llorar, no vaya a ser que al verte se la tome el chico conmigo. No hay razón para preocuparse, ni peligro ninguno.

John Ferrier imprimió a estas observaciones un tono de pausada confianza, lo que no fue obstáculo, sin embargo, para que advierta la joven cómo, llegada la noche, aseguraba con más cuidado del habitual las puertas de la casa, al tiempo que limpiaba y nutría de cartuchos la oxidada escopeta que hasta entonces había colgado de la pared de su dormitorio.

4. La huida

A la mañana siguiente, después de su entrevista con el Profeta de los mormones, acudió John Ferrier a Salt Lake City, donde, tras ponerse en contacto con un conocido que había de seguir el camino de Nevada, entregó el recado para Jefferson Hope. En él se explicaba al joven lo inminente del peligro a que estaban expuestos, y lo necesaria que se había hecho su vuelta. Cumplidas estas diligencias, pareció sosegarse el anciano y, ya de mejor talante, volvió a su casa.

Cerca de la granja, observó con sorpresa que a cada uno de los machones laterales de la portalada había atado un caballo. La sorpresa fue en aumento cuando al entrar en su casa se echó a la cara dos jóvenes, cómodamente instalados en el salón. Uno era de faz alongada y pálida, y estaba arrellanado en la mecedora, extendidas las piernas y puestos los dos pies sobre la estufa. El otro, un mozo de cuello robusto y tosco y mal dibujadas facciones, permanecía en pie junto a la ventana. Con las manos en los bolsillos, se entretenía silbando un himno entonces muy en boga. Ambos saludaron a Ferrier con una ligera inclinación de cabeza, después de lo cual dio el de la mecedora inicio a la conversación:

-Quizá no sepas quiénes somos -dijo-. Este de aquí es hijo del viejo Drebber, y yo soy Joseph Stangerson, uno de tus compañeros de peregrinación en el desierto cuando el Señor extendió su mano y se dignó recibirte entre los elegidos.

-Como recibirá a las restantes naciones del mundo en el instante por Él previsto -añadió el otro con acento nasal-; lentamente trenza su red el Señor, mas los agujeros de ésta son finísimos.

John Ferrier esbozó un frío saludo. No le cogía de nuevas la identidad de sus visitantes.

-Por indicación de nuestros padres -prosiguió Stangerson-, hemos venido a solicitar la mano de tu hija. Vosotros determinaréis a cuál de los dos corresponde. Dado que yo tengo tan sólo cuatro mujeres, mientras que el hermano Drebber posee siete, me parece que reúno yo más títulos para ser el elegido.

-Ta, ta, hermano Stangerson -repuso aquél-, no se trata de cuántas mujeres tengamos, sino del número de ellas que podamos mantener. Mi padre me ha traspasado sus molinos, por lo que soy más rico que tú.

-Pero me aguarda a mí un futuro más holgado -respondió su rival, vehementemente-. Cuando el Señor tenga a bien llevarse a mi padre, entraré en posesión de su casa de tintes y su tenería. Además, soy mayor que tú, y por lo mismo estoy más alto en la jerarquía de la Iglesia.

-A la chica toca decir la última palabra -replicó el joven Drebber, mientras sonreía a la propia imagen reflejada en el vidrio de la ventana-. Que sea ella quien decida.

Durante todo el diálogo había permanecido John Ferrier en el umbral dándose a los demonios y casi tentado a descargar su fusta sobre las espaldas de los visitantes.

-Un momento -dijo al fin, acercándose a ellos-. Cuando mi hija os convoque, podréis venir, pero hasta entonces no quiero ver vuestras caras por aquí.

Los dos jóvenes mormones le dirigieron una mirada de estupefacción. A sus ojos, el forcejeo por la mano de la hija suponía un máximo homenaje, no menos honroso para ésta que para su padre.

-Hay dos caminos que conducen fuera de la habitación -gritó Ferrier-, la puerta y la ventana. ¿Cuál preferís?

Su rostro moreno había adquirido una expresión tan salvaje, y las manos un tan amenazador ademán, que los dos visitantes saltaron de sus asientos, emprendiendo una rápida retirada. El viejo granjero les siguió hasta la puerta.

-Me haréis saber quién de los dos se ha dispuesto que sea el agraciado -dijo con sorna.

-¡Recibirás tu merecido! -chilló Stangerson, lívido de ira-. Has desafiado al Profeta y al

Consejo de los Cuatro. Materia tienes de arrepentimiento para el resto de tus días.

-El Señor asentará sobre ti su pesada mano -exclamó a su vez el joven Drebber-; ¡por Él serás fulminado!

-¡Si ha de ser así, comencemos ya! -dijo Ferrier, furioso, y se hubiera precipitado escaleras arriba en busca de su escopeta a no sujetarlo Lucy por un brazo para impedir los efectos de su furia. Antes de que pudiera desasirse, el estrépito de unas uñas de caballo sobre el camino medía ya la distancia que habían puesto por medio sus enemigos.

-¡Mequetrefes hipócritas! -exclamó, enjugándose el sudor de la frente-. Prefiero verte en la tumba, niña, antes que esposa de cualquiera de ellos.

-Yo también, padre -repuso ella vehementemente-; pero Jefferson estará pronto de vuelta con nosotros.

-Sí. Poco ha de tardar. Cuanto menos, mejor, pues no sabemos qué otras sorpresas nos aguardan.

Era llegado en verdad el momento de que alguien acudiera, con su consejo y ayuda, en auxilio del tenaz anciano y su hija adoptiva. Hasta entonces no se había dado aún en la colonia un caso parejo de insubordinación y desobediencia a la autoridad de los Ancianos. Si las desviaciones menores eran castigada tan severamente, ¡cuál no sería el destino de este empecatado rebelde! Ferrier conocía que su riqueza y posición no lo eximían del castigo. Otros no menos ricos y conocidos que él habían desaparecido de la faz de la tierra, revertiendo sus propiedades a manos de la Iglesia. Aunque valeroso, no acertaba a reprimir un sentimiento de pánico ante el peligro impreciso y fantasmal que le amenazaba. A todo mal conocido se sentía capaz de hacer frente con pulso firme, pero la incertidumbre presente encerraba algo de terroríficamente paralizador. Recató aun así su miedo a la hija, afectando echar a barato lo acontecido, lo que no fue obstáculo, sin embargo, para que ella, con la sagacidad que infunde el amor, percibiera claramente la preocupación de que era presa el anciano.

Suponía éste que mediante una señal u otra le haría Young patente el disgusto hacia su conducta, y no andaba errado, aunque el anuncio llegó de forma inesperada. A la mañana siguiente, al despertarse, encontró para su sorpresa un pequeño rectángulo de papel prendido a la colcha, a la altura del pecho, y en él escritas con letra enérgica y desmañada estas palabras: «Veintinueve días restan para que te enmiendes, y entonces...».

Ese vago peligro que parecía insinuarse tras los puntos suspensivos era mucho más temible que cualquier amenaza concreta. Que el mensaje hubiera podido llegar a la habitación, sumió a John Ferrier en una casi dolorosa perplejidad, ya que los sirvientes dormían en un pabellón separado de la casa, y las puertas y ventanas de ésta habían sido cerradas a cal y canto. Se deshizo del papel y ocultó lo ocurrido a su hija, aunque el incidente no pudo por menos de producirle una mortal angustia. Esos veintinueve días representaban sin duda lo sobrante del mes concedido por Young. ¿Qué valían la fuerza

o el coraje contra un enemigo dotado de tan misteriosas facultades? La mano que había prendido el alfiler hubiese podido empujarlo hasta el centro de su corazón, sin que él llegara nunca a conocer la identidad de quien le causaba la muerte.

Mayor fue aún su conmoción a la mañana siguiente. Se había sentado para tomar el desayuno cuando Lucy dejó escapar un gesto de sorpresa al tiempo que señalaba el techo de la habitación. En su mitad, en torpes caracteres, se leía, escrito probablemente con la negra punta de un tizón, el número veintiocho. Nada significaba esta cifra para la hija, y Ferrier prefirió no sacarla de su ignorancia. Aquella noche, armado de una escopeta, montó guardia alrededor de la casa. No vio ni oyó cosa alguna y, sin embargo, al clarear, los largos trazos del número veintisiete cruzaban la hoja exterior de la puerta principal.

De esta guisa fueron transcurriendo los días; tan inevitablemente como sucede a la noche la luz de la mañana, mantenían sus invisibles enemigos la cuenta del menguante mes de gracia, expuesta siempre en algún lugar manifiesto. Ora aparecía el número fatal sobre una pared, ora en el suelo, más tarde, quizá, en un pequeño rótulo pegado al cancel del jardín o a la baranda. Pese a su permanente actitud de vigilancia, no pudo descubrir John Ferrier de dónde procedían estas advertencias diarias. Un horror rayano con la superstición llegó a poseerlo a la vista de cualquiera de ellas. Crispado y rendido, sus ojos adquirieron la expresión turbia de una fiera acorralada. Todas sus esperanzas, su única esperanza, se cifraba en el retorno del joven cazador de Nevada.

Los veinte días de franquía se redujeron a quince, éstos a diez y no daba aún señales de sí el ausente. Paso a paso fue aproximándose el temido término sin que llegaran noticias de fuera. Cada vez que un jinete rompía el silencio con el estrépito de su caballo a lo largo del camino, o incitaba un carretero a su recua, el viejo granjero se precipitaba hacia la puerta, creyendo ya llegado a su auxiliador. Al fin, cuando los cinco últimos días dieron paso a los cuatro siguientes, y los cuatro a sus sucesivos tres, perdió el ánimo, y con él la esperanza en la salvación. Solo, y mal conocedor de las montañas circunvecinas, se sentía por completo perdido. En los caminos más transitados se había montado un estricto servicio de vigilancia que estorbaba el paso a los transeúntes no autorizados por el Consejo. Mirara donde mirara, se veía inevitablemente condenado a sufrir el castigo que se cernía sobre su cabeza. Con todo, mil veces hubiera preferido el anciano la muerte a consentir en lo que por fuerza se le antojaba el deshonor de su hija.

Sobre tales calamidades y los vanos intentos de ponerles remedio, reflexionaba una tarde el sedente John Ferrier. Aquella misma mañana había sido trazado el número dos sobre la pared de su casa, anuncio de la única franquía que, junto a la siguiente, todavía restaba hasta la expiración del plazo.

¿Qué ocurriría entonces? Mil terribles e imprecisas fantasías atormentaban su imaginación. ¿Qué sería de su hija cuando él faltara? No ofrecía escape la invisible maraña que alrededor de ellos se había trenzado. Derrumbó la cabeza sobre la mesa y se abandonó al llanto ante el sentimiento de su propia impotencia.

Pero ¿qué era eso? Un suave arañazo había turbado el silencio reinante -un ruido tenue, aunque claramente perceptible en medio de la quietud de la noche-. Procedía de la

puerta de la casa. Ferrier se deslizó hasta el vestíbulo y aguzó el oído. Hubo una pausa breve y después el blando, insidioso sonido volvió a repetirse. Evidentemente, alguien estaba golpeando con mucho tiento los cuarterones de la puerta. ¿Quizá un nocturno sicario enviado para llevar adelante las órdenes asesinas del tribunal secreto? ¿O acaso el agente encargado de grabar el anuncio del último día de gracia? Ferrier sintió que una muerte instantánea sería preferible a esta azorante incertidumbre que paralizaba su corazón. De un salto llegó hasta la puerta y, descorriendo el cerrojo, la abrió de par en par.

Fuera reinaba una absoluta quietud. Estaba despejada la noche, y en lo alto se veían parpadear las estrellas. Ante los ojos del granjero se extendía el pequeño jardín frontero, ceñido por la cerca y la portalada, pero ni en el espacio interior ni en la carretera se echaba de ver figura humana alguna. Con un suspiro de alivio oteó Ferrier a izquierda y derecha, hasta que, habiendo dirigido por casualidad la mirada en dirección a sus pies, observó con asombro que un hombre yacía boca abajo sobre el suelo, abiertos en compás los brazos y las piernas.

Tal sobresalto le produjo la vista del cuerpo, que hubo de recostarse sobre la pared con una mano puesta en la garganta para sofocar el grito que de ésta pujaba por salir. Su primer pensamiento fue el de dar al hombre postrado por herido o muerto, mas, al mirarlo de nuevo, percibió cómo, serpenteando con la rapidez y sigilo de un ofidio, se deslizaba sobre el suelo hasta penetrar en el vestíbulo. Una vez dentro recuperó velozmente la posición erecta, cerró la puerta, y fueron entonces dibujándose ante el asombrado granjero las enérgicas facciones y decidida expresión de Jefferson Hope.

-¡Santo Cielo! -dijo jadeante John Ferrier-. ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué diablos has entrado en casa así?

-Déme algo de comer -repuso el otro con voz ronca-. Hace cuarenta y ocho horas que no me llevo a la boca un trozo de pan o una gota de agua.

Se arrojó sobre la carne fría y el pan que, después de la cena, aún restaban en la mesa de su huésped, y dio cuenta de ellos vorazmente.

-¿Cómo anda de ánimo Lucy? -preguntó una vez satisfecha su hambre.

-Bien. Desconoce el peligro en que nos hallamos -repuso el padre.

-Tanto mejor. La casa está vigilada por todas partes. De ahí que me arrastrara hasta ella. Los tipos son listos, aunque no lo bastante para jugársela a un cazador Washoe.

John Ferrier se sintió renacer a la llegada de su devoto aliado. Asiendo la mano curtida del joven, se la estrechó cordialmente.

-Me enorgullezco de ti, muchacho -exclamó-. Pocos habrían tenido el arrojo de venir a auxiliarnos en este trance.

-No anda descaminado, a fe mía -repuso el joven cazador-. Le tengo ley, pero a ser

usted el único en peligro me lo habría pensado dos veces antes de meter la mano en este avispero. Lucy me trae aquí, y antes de que le sobrevenga algún mal, hay en Utah un Hope para dar por ella la vida.

-¿Qué hemos de hacer?

-Mañana se acaba el plazo, y a menos que nos pongamos esta misma noche en movimiento, estará todo perdido. Tengo una mula y dos caballos esperándonos en el Barranco de las Águilas. ¿De cuánto dinero dispone?

-Dos mil dólares en oro y otros cinco mil en billetes.

-Es suficiente. Cuento yo con otro tanto. Hemos de alcanzar Carson City a través de las montañas. Preciso es que despierte a Lucy. Suerte que no duermen aquí los criados...

En tanto aprestaba Ferrier a su hija para el viaje inminente, Jefferson Hope juntó toda la comida que pudo encontrar en un pequeño paquete, al tiempo que llenaba de agua un cántaro de barro; como sabía por experiencia, los manantiales eran escasos en las montañas y muy distantes entre sí. Apenas si había terminado los preparativos cuando apareció el granjero con su hija, ya vestida y pertrechada para la marcha. El encuentro de los dos enamorados fue caluroso, pero breve, pues cada minuto era precioso, y restaba aún mucho por hacer.

-Salgamos cuanto antes -dijo Jefferson, en un susurro, donde se conocía, sin embargo, el tono firme de quien, sabiendo la gravedad de un lance, ha preparado su corazón para afrontarlo-. La entrada principal y la trasera están guardadas, aunque cabe deslizarse por la ventana lateral y seguir después a campo traviesa. Ya en la carretera, dos millas tan sólo nos separan del Barranco de las Águilas, en que aguardada caballería. Cuando despunte el día estaremos a mitad de camino, en plena montaña.

-¿Y si nos cierran el paso? -preguntó Ferrier.

Hope dio una palmada a la culata del revólver, que sobresalía tras la hebilla de su cinturón.

-En caso de que fueran demasiados para nosotros..., no dejaríamos este mundo sin que antes nos hicieran cortejo dos o tres de ellos -dijo, con una sonrisa siniestra.

Apagadas ya todas las luces del interior de la casa, Ferrier contempló desde la ventana, sumida en sombra, los campos que habían sido suyos, y de los que ahora iba a partirse para siempre. Era éste, sin embargo, un sacrificio al que ya tenía preparado su espíritu, y la consideración del honor y felicidad de su hija compensaba con creces el sentimiento de la fortuna perdida. Reinaba tal paz en las vastas mieses y en torno a los susurrantes árboles, que nadie hubiese acertado a sospechar el negro revoloteo de la muerte. Sin embargo, la palidez de rostro y rígida expresión del joven cazador indicaban a las claras que en su trayecto hasta la casa no habían sido pocos los signos fatales por él advertidos.

John Ferrier llevaba consigo el talego con el oro y los billetes; Jefferson Hope, las

escasas provisiones y el agua, mientras Lucy, en un pequeño atadijo, había hecho acopio de algunas de sus prendas más queridas. Tras abrir la ventana con todo el cuidado que las circunstancias exigían, aguardaron a que una nube ocultara la faz de la luna, aprovechando ese instante para descolgarse, uno a uno, al diminuto jardín. Con el aliento retenido y rasantes al suelo, ganaron al poco el seto limítrofe, de cuyo abrigo no se separó la comitiva hasta llegar a un vano abierto a los campos cultivados. Apenas lo habían alcanzado, cuando el joven retuvo a sus acompañantes empujándoles de nuevo hacia la sombra, en la que permanecieron temblorosos y en silencio.

Por ventura, la vida en las praderas había dotado a Jefferson Hope de un oído de lince. Un segundo después de su repliegue rasgó el aire el melancólico y casi inmediato aullido de un búho, contestado al punto por otro idéntico, pocos pasos más allá. En ese instante emergió del vano la silueta fantasmal de un hombre; repitió éste la lastimera señal, y a su conjunto salió de la sombra una segunda figura humana.

-Mañana a medianoche -dijo el primero, quien parecía ser, de los dos, el investido de mayor autoridad-. Cuando el chotacabras grite tres veces.

-Bien -repuso el segundo-. ¿He de pasar el mensaje al Hermano Drebber?

-Que él lo reciba y tras él los siguientes. ¡Nueve a siete!

-¡Siete a cinco! -repitió su compañero-. Y ambas siluetas partieron rápidas en distintas direcciones. Las palabras finales recataban evidentemente una seña y su correspondiente contraseña. Apenas desvanecidos en la distancia los pasos de los conspiradores, Jefferson Hope se puso en pie y, después de aprestar a sus compañeros a través del vano, inició una rápida marcha por mitad de las mieses, sosteniendo y casi llevando en vilo a la joven cada vez que ésta sentía flaquear sus fuerzas.

-¡Deprisa, deprisa! -jadeaba de cuando en cuando-. Estamos cruzando la línea de centinelas. Todo depende de la velocidad a que avancemos. ¡Deprisa, digo!

Ya en la carretera, cubrieron terreno con mayor presteza. Sólo una vez se cruzaron con otro caminante, mas tuvieron ocasión de deslizarse a un campo vecino y pasar así inadvertidos. Antes de alcanzar la ciudad, el cazador enfiló un sendero lateral y accidentado que conducía a las montañas. El desigual perfil de los picos rocosos se insinuó de pronto en la noche: el angosto desfiladero que entre ellos se abría no era otro que el Barranco de las Águilas, donde permanecían a la espera los caballos. Guiado de un instinto infalible, Jefferson Hope siguió su rumbo a través de las peñas y a lo largo del lecho seco de un río, hasta dar con una retirada quiebra, oculta por rocas. Allí estaban amarrados los fieles cuadrúpedos. La muchacha fue instalada sobre la mula, y el viejo Ferrier montó, con el talego, en uno de los caballos, mientras Jefferson Hope guiaba al restante por el difícil y escabroso camino.

Sólo para quien estuviera hecho a las manifestaciones más extremas de la Naturaleza podía resultar aquella ruta llevadera. A uno de los lados se elevaba un gigantesco peñasco por encima de los mil metros de altura. Negro, hosco y amenazante, erizada la rugosa superficie de largas columnas de basalto, sugería su silueta el costillar de un

antiguo monstruo petrificado. A la otra mano un vasto caos de escoria y guijarros enormes impedía de todo punto la marcha. Entre ambas orillas discurría la desigual senda, tan angosta a trechos que habían de situarse lo viajeros en fila india, y tan accidentado que únicamente a un jinete consumado le hubiera resultado posible abrirse en ella camino. Sin embargo, pese a todas las fatigas, estaban alegres los fugitivos, ya que, a cada paso que daban, era mayor la distancia entre ellos y el despotismo terrible de que venían huyendo.

Pronto se les hizo manifiesto, con todo, que aún permanecían bajo la jurisdicción de los Santos. Habían alcanzado lo más abrupto y sombrío del desfiladero cuando la joven dejó escapar un grito, a la par que señalaba hacia lo alto. Sobre una de las rocas que se asomaban al camino, destacándose duramente sobre el fondo, montaba guardia un centinela solitario. Descubrió a la comitiva a la vez que era por ella visto, y un desafiante y marcial ¡quién vive! resonó en el silencioso barranco.

-Viajeros en dirección a Nevada -dijo Jefferson Hope, con una mano puesta sobre el rifle, que colgaba a uno de los lados de su silla.

Pudieron observar cómo el solitario vigía amartillaba su arma, escrutando el hondón con expresión insatisfecha.

-¿Con la venia de quién? -preguntó.

-Los Sagrados Cuatro -repuso Ferrier. Su estancia entre los mormones le había enseñado que tal era la máxima autoridad a que cabía referirse.

-Nueve a siete -gritó el centinela.

-Siete a cinco -contestó rápido Jefferson Hope, recordando la contraseña oída en el jardín.

-Adelante, y que el Señor sea con vosotros -dijo la voz desde arriba-. Más allá de este enclave se ensanchaba la ruta, y los caballos pudieron iniciar un ligero trote. Mirando hacia atrás, alcanzaron a ver al centinela apoyado sobre su fusil, señal de que habían dejado a sus espaldas la posición última de los Elegidos y que cabalgaban ya por tierras de libertad.

5. Los ángeles vengadores

Durante toda la noche trazaron su camino a través de desfiladeros intrincados y de senderos irregulares sembrados de rocas. Varias veces perdieron el rumbo y otras tantas el íntimo conocimiento que Hope tenía de las montañas les permitió recuperarlo. Al rayar el alba, un escenario de maravillosa aunque agreste belleza se ofreció a sus ojos. Cerrando el contorno todo del espacio se elevaban los altos picos coronados de nieve, cabalgados los unos sobre los otros en actitud de vigías que escrutan el horizonte. Tan empinadas eran las vertientes rocosas a entrambos lados, que los pinos y alerces parecían estar suspendidos encima de sus cabezas, como a la espera de un parco soplo de aire para caer con violencia sobre los viajeros. Y no era la sensación meramente

ilusoria, pues se hallaba aquella hoya pelada salpicada en toda su extensión por peñas y árboles que hasta allí habían llegado de semejante manera. Justo a su paso, una gran roca se precipitó de lo alto con un estrépito sordo, que despertó ecos en las cañadas silenciosas, e imprimió a los cansinos caballos un galope alocado.

Conforme el sol se levantaba lentamente sobre la línea de oriente, las cimas de las grandes montañas fueron encendiéndose una tras otra, al igual que los faroles de una verbena, hasta quedar todas rutilantes y arreboladas. El espectáculo magnífico alegró los corazones de los tres fugitivos y les infundió nuevos ánimos. Detuvieron la marcha junto a un torrente que con ímpetu surgía de un barranco y abrevaron a los caballos mientras daban rápida cuenta de su desayuno. Lucy y su padre habrían prolongado con gusto ese tiempo de tregua, pero Jefferson Hope se mostró inflexible.

-Ya estarán sobre nuestra pista -dijo-. Todo depende de nuestra velocidad. Una vez salvos en Carson podremos descansar el resto de nuestras vidas.

Durante el día entero se abrieron camino a través de los desfiladeros, habiéndose distanciado al atardecer, según sus cálculos, más de treinta millas de sus enemigos. A la noche establecieron el campamento al pie de un risco saledizo, medianamente protegido por las rocas del viento álgido, y allí, apretados para darse calor, disfrutaron de unas pocas horas de sueño. Antes de romper el día, sin embargo, ya estaban en pie, prosiguiendo viaje. No habían echado de ver señal alguna de sus perseguidores, y Jefferson Hope comenzó a pensar que se hallaban acaso fuera del alcance de la terrible organización en cuya enemistad habían incurrido. Ignoraba aún cuán lejos podía llegar su garra de hierro, y qué presta estaba ésta a abatirse sobre ellos y aplastarlos.

Hacia la mitad del segundo día de fuga, su escaso lote de provisiones comenzó a agotarse. No inquietó ello, sin embargo, en demasía al cazador, pues abundaban las piezas por aquellos parajes, y no una, sino muchas veces, se había visto en la precisión de recurrir a su rifle para satisfacer las necesidades elementales de la vida. Tras elegir un rincón abrigado, juntó unas cuantas ramas secas y produjo una brillante hoguera, en la que pudieran encontrar algún confortamiento sus amigos; se encontraban a casi cinco mil pies de altura, y el aire era helado y cortante. Después de atar los caballos y despedirse de Lucy, se echó el rifle sobre la espalda y salió en busca de lo que la suerte quisiera dispensarle. Volviendo la cabeza atrás vio al anciano y a la joven acurrucados junto al brillante fuego, con las tres caballerías recortándose inmóviles sobre el fondo. A continuación, las rocas se interpusieron entre el grupo y su mirada.

Caminó un par de millas de un barranco a otro sin mayor éxito, aunque, por las marcas en las cortezas de los árboles, y otros indicios, coligió la presencia de numerosos osos en la zona. Al fin, tras dos o tres horas de búsqueda infructuosa, y cuando desanimado se disponía a dar marcha atrás, vio, echando la vista a lo alto, un espectáculo que le hizo estremecer de alegría. En el borde de una roca voladiza, a trescientos o cuatrocientos pies sobre su cabeza, afirmaba sobre el suelo las pezuñas una criatura de apariencia vagamente semejante a la de una cabra, aunque armada de un par de descomunales cuernos. La gran astada -por tal se le conocerá probablemente el guarda o vigía de un rebaño invisible al cazador; mas por fortuna estaba mirando en dirección opuesta a éste y no había advertido su presencia. Puesto de bruces, descansó el rifle sobre una roca y

enfiló largamente y con firme pulso la diana antes de apretar el gatillo. El animal dio un respingo, se tambaleó un instante a orillas del precipicio, y se desplomó al cabo valle abajo.

Pesaba en exceso la res para ser llevada a cuestas, de modo que el cazador optó por desmembrar una pierna y parte del costado. Con este trofeo terciado sobre uno de los hombros se dio prisa a desandar lo andado, ya que comenzaba a caer la tarde. Apenas puesto en marcha, sin embargo, advirtió que se hallaba en un trance difícil. Llevado de su premura había ido mucho más allá de los barrancos conocidos, resultándole ahora difícil encontrar el camino de vuelta. El valle donde estaba tendía a dividirse y subdividirse en numerosas cañadas, tan semejantes que se hacía imposible distinguirlas entre sí. Enfiló una por espacio de una milla o más hasta tropezar con un venero de montaña que le constaba no haber visto antes. Persuadido de haber errado el rumbo, probó otro distinto, mas no con mayor éxito. La noche caía rápidamente, y apenas si restaba alguna luz cuando dio por fin con un desfiladero de aire familiar. Incluso entonces no fue fácil seguir la pista exacta, porque la luna no había ascendido aún y los altos riscos, elevándose a una y otra mano, acentuaban aún más la oscuridad. Abrumado por su carga, y rendido tras tanto esfuerzo, avanzó a trompicones, infundiéndose ánimos con la reflexión de que a cada paso que diera se acortaba la distancia entre él y Lucy, y de que habría comida bastante para todos durante el resto del viaje.

Ya se hallaba en el principio mismo del desfiladero en que había dejado a sus compañeros. Incluso en la oscuridad acertaba a reconocer la silueta de las rocas que los rodeaban. Estarían esperándolo, pensó, con impaciencia, pues llevaba casi cinco horas ausente. En su alegría juntó las manos, se las llevó á la boca a modo de bocina, y anunció su llegada con un fuerte grito, resonante a lo largo de la cañada. Se detuvo y esperó la respuesta. Ninguna obtuvo, salvo la de su propia voz, que se extendió por las tristes, silenciosas cañadas, hasta retornar multiplicada en incontables ecos. De nuevo gritó, incluso más alto que la vez anterior, y de nuevo permanecieron mudos los amigos a quien había abandonado tan sólo unas horas atrás. Una angustia indefinible y sin nombre se apoderó de él, y dejando caer en su desvarío la preciosa carga de carne, echó a correr frenéticamente campo adelante.

Al doblar la esquina pudo avistar por entero el lugar preciso en que había sido encendida la hoguera. Aún restaba un cúmulo de brasas, evidentemente no avivadas desde su partida. El mismo silencio impenetrable reinaba en derredor. Con sus aprensiones mudadas en certeza prosiguió presuroso la pesquisa. No se veía cosa viviente junto a los restos de la hoguera: bestias, hombre, muchacha, habían desaparecido. Era evidente que algún súbito y terrible desastre había ocurrido durante su ausencia, un desastre que los comprendía a todos, sin dejar empero rastro alguno tras de sí.

Atónito, y como aturdido por el suceso, Jefferson Hope sintió que le daba vueltas la cabeza, y hubo de apoyarse en su rifle para no perder el equilibrio. Sin embargo, era en esencia hombre de acción, y se recobró pronto de su temporal estado de impotencia. Tomando un leño medio carbonizado de la ya lánguida hoguera, lo atizó de un soplido hasta producir en él una llama, y alumbrándose con su ayuda, procedió al examen del pequeño campamento. La tierra estaba toda hollada por pezuñas de caballo, señal de que

una cuadrilla de jinetes había alcanzado a los fugitivos. La dirección de las improntas indicaba asimismo que la partida había dirigido de nuevo sus pasos hacia Salt Lake City. ¿Quizá con sus dos compañeros? Estaba próximo Jefferson Hope a dar por buena esta conjetura, cuando sus ojos cayeron sobre un objeto que hizo vibrar hasta en lo más recóndito todos los nervios de su cuerpo. Cerca, hacia uno de los límites del campamento, se elevaba un montecillo de tierra rojiza, que a buen seguro no había estado allí antes. No podía ser sino una fosa recién excavada. Al aproximarse, el joven cazador distinguió el perfil de una estaca hincada en el suelo, con un papel sujeto a su extremo ahorquillado. En él se leían estas breves, aunque elocuentes palabras:

JOHN FERRIER,

Vecino de Salt Lake City.

Murió el 4 de agosto de 1860.

El valeroso anciano, al que había dejado de ver apenas unas horas antes, estaba ya en el otro mundo, y éste era todo su epitafio. Desolado, Jefferson Hope miró en derredor, por si hubiera una segunda tumba, mas no vio traza de ninguna. Lucy había sido arrebatada por sus terribles perseguidores para cumplir su destino original como concubina en el harén de uno de los hijos de los Ancianos. Cuando el joven cayó en la cuenta de este hecho fatal, que no estaba en su mano remediar, deseó de cierto compartir la suerte del viejo granjero y su última y silenciosa morada bajo el suelo.

De nuevo, sin embargo, su espíritu activo le permitió sacudirse el letargo a que induce la desesperación. Cuando menos podía consagrar el resto de su vida a vengar el agravio. Además de paciencia y perseverancia enormes, Jefferson Hope poseía también una peculiar aptitud para la venganza, aprendida acaso de los indios entre los que se había criado. Mientras permanecía junto al fuego casi extinto, comprendió que la única cosa que alcanzaría a acallar su pena habría de ser el desquite absoluto, obrado por mano propia contra sus enemigos. Su fuerte voluntad e infatigable energía no tendrían, se dijo, otro fin. Pálido, ceñudo el rostro, volvió sobre sus pasos hasta donde había dejado caer la carne, y, tras reavivar las brasas, asó la suficiente para el sustento de algunos días. La envolvió luego y, cansado como estaba, emprendió la vuelta a través de las montañas, en pos de los Ángeles Vengadores.

Durante cinco días avanzó, abrumado y con los pies doloridos, por los desfiladeros que antes había atravesado a uña de caballo. En la noche se dejaba caer entre las rocas, concediendo unas pocas horas al sueño, pero primero que rayase el día estaba ya de nuevo en marcha. Al sexto día llegó al Cañón de las Águilas, punto de arranque de su desdichada fuga. Desde allí alcanzaba a contemplarse el hogar de los Santos. Maltrecho y exhausto se apoyó sobre su rifle, mientras tendía fieramente el puño curtido contra la silenciosa ciudad extendida a sus pies. Al mirarla con mayor sosiego, echó de ver banderas en las calles principales y otros signos de fiesta. Estaba aún preguntándose a qué se debería aquello, cuando atrajo su atención un batir de cascos contra el suelo, seguido por la aparición de un jinete que venía de camino. Cuando lo tuvo lo bastante cerca pudo reconocer a un mormón llamado Cowper, al que había rendido servicios en distintas ocasiones. Por tanto, al cruzarse con él, lo abordó con el fin de saber algo sobre

el paradero de Lucy Ferrier.

-Soy Jefferson Hope -dijo-. ¿No me reconoce?

El mormón le dirigió una mirada de no disimulado asombro. Resultaba de hecho difícil advertir en aquel caminante harapiento y desgreñado, de cara horriblemente pálida y de ojos feroces y desorbitados, al apuesto y joven cazador de otras veces. Satisfecho, sin embargo, sobre este punto, el hombre mudó la sorpresa en consternación.

-Es locura que venga por aquí -exclamó-. Por sólo dirigirle la palabra, peligra ya mi vida. Está usted proscrito a causa de su participación en la fuga de los Ferrier.

-No temo a los Cuatro Santos ni a su mandamiento -dijo Hope vehementemente-. Algo tiene que haber llegado a sus oídos, Cowper. Le conjuro por lo que más quiera para que dé contestación a unas pocas preguntas. Siempre fuimos amigos. Por Dios, no rehuya responderme.

-¿De qué se trata? -inquirió nervioso el mormón-. Sea rápido. Hasta las rocas tienen oídos, y los árboles ojos.

-¿Qué ha sido de Lucy Ferrier?

-Fue dada ayer por esposa al joven Drebber. ¡Ánimo, hombre, ánimo! Parece usted un difunto...

-No se cuide de mí -repuso Hope con un susurro. Estaba mortalmente pálido, y se había dejado caer al pie del peñasco que antes le servía de apoyo-. ¿De modo que se ha casado?

-Justo ayer. No otra cosa conmemoran las banderas que ve ondear en la Casa Fundacional. Los jóvenes Drebber y Stangerson anduvieron disputándose la posesión del trofeo. Ambos formaban parte de la cuadrilla que había rastreado a los fugitivos, y de Stangerson es la bala que dio cuenta del padre, lo que parecía concederle alguna ventaja; mas al solventarse la cuestión en el Consejo, la facción de Drebber llevó la mejor parte, y el profeta puso en manos de éste a la chica. A nadie pertenecerá por largo tiempo, sin embargo, ya que ayer vi la muerte pintada en su cara. Más semeja un fantasma que una mujer. ¿Se marcha usted?

-Sí -dijo Jefferson Hope, abandonada por fin su posición sedente. Parecía cincelado en mármol el rostro del cazador, tan firme y dura se había tornado su expresión, en tanto los ojos brillaban con un resplandor siniestro.

-¿A dónde se dirige?

-No se preocupe -repuso, y terciando el arma sobre un hombro, siguió cañada adelante hasta lo más profundo de la montaña, allí donde tienen las alimañas su guarida. De todas ellas, era él la más peligrosa; entre aquellas fieras, la dotada de mayor fiereza.

La predicción del mormón se cumplió con macabra exactitud. Bien impresionada por la aparatosa muerte de su padre, bien a resultas del odioso matrimonio a que se había visto forzada, la pobre Lucy no volvió a levantar cabeza, falleciendo, al cabo, tras un mes de creciente languidez. Su estúpido marido, que la había desposado sobre todo porque apetecía la fortuna de John Ferrier, no mostró gran aflicción por la pérdida; pero sus otras mujeres lloraron a la difunta, y velaron su cuerpo la noche anterior al sepelio, según es costumbre entre los mormones. Estaban agrupadas al alba en derredor del ataúd cuando, para su inexpresable sorpresa y terror, la puerta se abrió violentamente y un hombre de aspecto salvaje, curtido por la intemperie y cubierto de harapos, penetró en la habitación. Sin decir palabra o dirigir una sola mirada a las mujeres encogidas de espanto, se dirigió a la silenciosa y pálida figura que antes había contenido el alma pura de Lucy Ferrier. Inclinándose sobre ella, apretó reverentemente los labios contra la fría frente, tras de lo cual, levantando la mano inerte, tomó de uno de sus dedos el anillo de desposada.

-No la enterrarán con esto -gritó con fiereza; y antes de que nadie pudiera dar la señal de alarma, desapareció escaleras abajo. Tan peregrino y breve fue el episodio que los testigos habrían hallado difícil concederle crédito o persuadir de su veracidad a un tercero, a no ser por el hecho indudable de que el anillo que distinguía a la difunta como novia había desaparecido.

Durante algunos meses Jefferson Hope permaneció en las montañas, llevando una extraña vida salvaje y nutriendo en su corazón la violenta sed de venganza que lo poseía. En la ciudad se referían historias sobre una fantástica figura que merodeaba por los alrededores y que tenía su morada en las solitarias cañadas montañosas. En cierta ocasión, una bala atravesó silbando la ventana de Stangerson y fue a estamparse contra la pared a menos de un metro del mormón. Otra vez, cuando pasaba Drebber junto a un crestón, se precipitó sobre él una gran peña, que le hubiera causado muerte terrible a no tener la presteza de arrojarse de bruces hacia un lado. Los dos jóvenes mormones descubrieron pronto la causa de estos atentados contra sus vidas y encabezaron varias expediciones por las montañas con el propósito de capturar o dar muerte a su .enemigo, siempre sin éxito. Entonces decidieron no salir nunca solos o después de anochecido, y pusieron guardia a sus casas. Transcurrido un tiempo ya no le fue necesario mantener estas medidas, pues había desaparecido todo rastro de su oponente, en el que terminaron por creer acallado el deseo de venganza.

Por lo contrario, éste, si cabe, se adueñaba cada vez más del cazador. Su espíritu estaba formado de una materia dura e inflexible, habiendo hecho hasta tal punto presa en él la idea dominante del desquite, que apenas quedaba espacio para otros sentimientos. Aún así era aquel hombre, sobre todas las cosas, práctico. Comprendió pronto que ni siquiera su constitución de hierro podría resistir la presión constante a que la estaba sometiendo. La intemperie y la falta de alimentación adecuada principiaban a obrar su efecto. Caso de que muriese como un perro en aquellas montañas, ¿qué sería de su venganza? Y había de morir de cierto si persistía en el empeño. Sintió que estaba jugando las cartas de sus enemigos, de modo que muy a su pesar volvió a las viejas minas de Nevada, con ánimo de reponer allí su salud y reunir dinero bastante a proseguir sin privaciones su proyecto.

No entraba en sus propósitos estar ausente arriba de un año, mas una combinación de circunstancias imprevistas le retuvo en las minas cerca de cinco. Al cabo de éstos, sin embargo, el recuerdo del agravio y su afán justiciero no eran menos agudos que en la noche memorable transcurrida junto a la tumba de John Ferrier. Disfrazado, y bajo nombre supuesto, retornó a Salt Lake City, menos atento a su vida que a la obtención de la necesaria justicia. Un trance adverso le aguardaba en la ciudad. Se había producido pocos meses antes un cisma en el Pueblo Elegido, tras la rebelión contra los Ancianos de algunos jóvenes miembros que, separados del cuerpo de la Iglesia, habían dejado Utah para convertirse en gentiles. Drebber y Stangerson se contaban entre éstos, y nadie conocía su paradero. Corría la especie de que el primero, por haber alcanzado a convertir parte de sus bienes en dinero, seguía siendo hombre acaudalado, mientras su compañero Stangerson nutría el número de los relativamente pobres. Sobre su destino actual nadie poseía, sin embargo, la menor noticia.

Muchos hombres, por grande que fuera el deseo de venganza, habrían cejado en su propósito ante tamañas dificultades, pero Jefferson Hope no desfalleció un solo instante. Con sus escasos bienes de fortuna, y ayudándose con tal o cual modesto empleo, viajó de una ciudad a otra de los Estados Unidos en busca de sus enemigos. Fue cediendo cada año lugar al siguiente, y se entreveró su negra cabellera de hebras blancas, mas no cesó aquel sabueso humano en su pesquisa, atento todo al objeto que daba sentido a su vida. Al fin obtuvo tanto ahínco su recompensa. Bastó la rápida visión de un rostro al otro lado de una ventana para confirmarle que Cleveland, en Ohio, constituía a la sazón el refugio de sus dos perseguidos. Nuestro hombre retornó a su pobre alojamiento con un plan de venganza concebido en todos sus detalles. El azar quiso, sin embargo, que Drebber, sentado junto a la ventana, reconociera al vagabundo, en cuyos ojos leyó una determinación homicida. Acudió presuroso a un juez de paz, acompañado por Stangerson, que se había convertido en su secretario, y explicó el peligro en que se hallaban sus vidas, amenazadas, según dijo, por el odio y los celos de un antiguo rival. Aquella misma tarde Jefferson Hope fue detenido, y no pudiendo pagar la fianza, hubo de permanecer en prisión varias semanas. Cuando al fin recobró la libertad halló desierta la casa de Drebber, quien, junto a su secretario, había emigrado a Europa.

Otra vez había sido burlado el vengador, y de nuevo su odio intenso lo indujo a proseguir la caza. Andaba escaso de fondos, sin embargo, y durante un tiempo, tuvo que volver al trabajo, ahorrando hasta el último dólar para el viaje inminente. Al cabo, rehechos sus medios de vida, partió para Europa, y allí, de ciudad en ciudad, siguió la pista de sus enemigos, oficiando en toda suerte de ocupaciones serviles, sin dar nunca alcance a su presa. Llegado a San Petersburgo, resultó que aquéllos habían partido a París, y una vez allí se encontró con que acababan de salir para Copenhague. A la capital danesa arribó de nuevo con unos días de retraso, ya que habían tomado el camino de Londres, donde logró, al fin, atraparlos. Para lo que sigue será mejor confiar en el relato del propio cazador, tal como se halla puntualmente registrado en el «Diario del Doctor Watson», al que debemos ya inestimables servicios.

6. Continuación de las memorias de John Watson, doctor en Medicina

La furiosa resistencia del prisionero no encerraba al parecer encono alguno hacia nosotros, ya que al verse por fin reducido, sonrió de manera afable, a la par que

expresaba la esperanza de no haber lastimado a nadie en la refriega.

-Supongo que van a llevarme ustedes a la comisaría -dijo a Sherlock Holmes-. Tengo el coche a la puerta. Si me desatan las piernas iré caminando. Peso ahora considerablemente más que antes.

Gregson y Lestrade intercambiaron una mirada, como si se les antojara la propuesta un tanto extemporánea; pero Holmes, cogiendo sin más la palabra al prisionero, aflojó la toalla que habíamos enlazado a sus tobillos. Se puso aquél en pie y estiró las piernas, casi dudoso, por las trazas, de que las tuviera otra vez libres. Recuerdo que pensé, según estaba ahí delante de mí, haber visto en muy pocas ocasiones hombre tan fuertemente constituido. Su rostro moreno, tostado por el sol, traslucía una determinación y energía no menos formidables que su aspecto físico.

-Si está libre la plaza de comisario, considero que es usted la persona indicada para ocuparla -dijo, mirando a mi compañero de alojamiento con una no disimulada admiración-. El modo como ha seguido usted mi pista raya en lo asombroso.

-Será mejor que me acompañen -dijo Holmes a los dos detectives.

-Yo puedo llevarlos en mi coche -repuso Lestrade.

-Bien. Que Gregson suba con nosotros a la cabina. Y usted también, doctor. Se ha tomado con interés el caso y puede sumarse a la comitiva.

Acepté de buen grado, y todos juntos bajamos a la calle. El prisionero no hizo por emprender la fuga, sino que, tranquilamente, entró en el coche que había sido suyo, seguido por el resto de nosotros. Lestrade se aupó al pescante, arreó al caballo, y en muy breve tiempo nos condujo a puerto. Se nos dio entrada a una habitación pequeña, donde un inspector de policía anotó el nombre de nuestro prisionero, junto con el de los dos individuos a quienes la justicia le acusaba de haber asesinado. El oficial, un tipo pálido e inexpresivo, procedió a estos trámites como si fueran de pura rutina.

-El prisionero comparecerá a juicio en el plazo de una semana -dijo-. Entre tanto, ¿tiene algo que declarar, señor Hope? Le prevengo que cuanto diga puede ser utilizado en su contra.

-Mucho es lo que tengo que decir -repuso, lentamente, nuestro hombre-. No quiero guardarme un solo detalle.

-¿No sería mejor que atendiera a la celebración del juicio? -preguntó el inspector.

-Es posible que no llegue ese momento -contestó-. Mas no se alteren. No me ronda la cabeza la idea del suicidio. ¿Es usted médico?

Volvió hacia mí sus valientes ojos negros en el instante mismo de formular la última pregunta.

-Sí -repliqué.

-Ponga entonces las manos aquí -dijo con una sonrisa, al tiempo que con las muñecas esposadas se señalaba el pecho.

Le obedecí, percibiendo acto seguido una extraordinaria palpitación y como un tumulto en su interior. Las paredes del pecho parecían estremecerse y temblar como un frágil edificio en cuyos adentros se ocultara una maquinaria poderosa. En el silencio de la habitación acerté a oír también un zumbido o bordoneo sordo, procedente de la misma fuente.

-¡Diablos! -exclamé-. ¡Tiene usted un aneurisma aórtico!

-Así le dicen, según parece -repuso plácidamente-. La semana pasada acudí al médico y me aseguró que estallaría antes de no muchos días. Ha ido empeorando de año en año desde las muchas noches al sereno y el demasiado ayuno en las montañas de Salt Lake. Cumplida mi tarea, me importa poco la muerte, mas no quisiera irme al otro mundo sin dejar en claro algunos puntos. Preferiría no ser recordado como un vulgar carnicero.

El inspector y los dos detectives intercambiaron presurosos unas cuantas palabras sobre la conveniencia de autorizar semejante relato.

-¿Considera, doctor, que el peligro de muerte es inmediato? -inquirió el primero.

-No hay duda -repuse.

-En tal caso, y en interés de la justicia, constituye evidentemente nuestro deber tomar declaración al prisionero -dijo el inspector.

-Es libre, señor, de dar inicio a su confesión, que, no lo olvide, quedará aquí consignada.

-Entonces, con su permiso, voy a tomar asiento -replicó aquél, conformando el acto a las palabras-. Este aneurisma que llevo dentro me ocasiona fácilmente fatiga, y la tremolina de hace un rato no ha contribuido a enmendar las cosas. Hallándome al borde de la muerte, comprenderán ustedes que no tengo mayor interés en ocultarles la verdad. Las palabras que pronuncie serán estrictamente ciertas. El uso que hagan después de ellas es asunto que me trae sin cuidado.

Tras este preámbulo, Jefferson Hope se recostó en la silla y dio principio al curioso relato que a continuación les transcribo. Su comunicación fue metódica y tranquila, como si correspondiera a hechos casi vulgares. Puedo responder de la exactitud de cuanto sigue, ya que he tenido acceso al libro de Lestrade, en el que fueron anotadas puntualmente, y según iba hablando, las palabras del prisionero.

-No les incumbe saber por qué odiaba yo a estos hombres -dijo-. Importa tan sólo que eran responsables de la muerte de dos seres humanos (un padre y una hija), y que, por tanto, habían perdido el derecho a sus propias vidas. Tras el mucho tiempo transcurrido desde la comisión del crimen, me resultaba imposible dar prueba fehaciente de su

culpabilidad ante un tribunal. En torno a ella, sin embargo, no alimentaba la menor duda, de modo que determiné convertirme a la vez en juez, jurado y ejecutor. No hubiesen ustedes obrado de otro modo a ser verdaderamente hombres y encontrarse en mi lugar.

»La chica de la que he hecho mención era, hace veinte años, mi prometida. La casaron por la fuerza con ese Drebber, lo que vino a ser lo mismo que llevarla al patíbulo. Yo tomé de su dedo exangüe el anillo de boda, prometiéndome solemnemente que el culpable no habría de morir sin tenerlo ante los ojos, en recordación del crimen en cuyo nombre se le castigaba. Esa prenda ha estado en mi bolsillo durante los años en que perseguí por dos continentes, y al fin di caza, a mi enemigo y a su cómplice. Ellos confiaban en que la fatiga me hiciese cejar en el intento, mas confiaron en vano. Si, como es probable, muero mañana, lo haré sabiendo que mi tarea en el mundo está cumplida y bien cumplida. Muertos son y por mi mano. Nada ansío ni espero ya.

»Al contrario que yo, eran ellos ricos, así que no resultaba fácil seguir su pista. Cuando llegué a Londres apenas si me quedaba un penique, y no tuve más remedio que buscar trabajo. Monto y gobierno caballos como quien anda: pronto me vi en el empleo de cochero. Cuanto excediera de cierta suma que cada semana había de llevar al patrón, era para mi bolsillo. Ascendía, por lo común, a poco, aunque pude ir tirando. Me fue en especial difícil orientarme en la ciudad, a lo que pienso el laberinto más endiablado que hasta la fecha haya tramado el hombre. Gracias, sin embargo, a un mapa que llevaba conmigo, acerté, una vez localizados los hoteles y estaciones principales, a componérmelas no del todo mal.

»Pasó cierto tiempo antes de que averiguase el domicilio de los dos caballeros de mis entretelas; mas no descansé hasta dar con ellos. Se alojaban en una pensión de Camberwell, al otro lado del río. Supe entonces que los tenía a mi merced. Me había dejado crecer la barba, lo que me tornaba irreconocible. Proyectaba seguir sus pasos en espera del momento propicio. No estaba dispuesto a dejarlos escapar de nuevo.

»Poco faltó, sin embargo, para que lo hicieran. Se encontraran donde se encontrasen, andaba yo pisándoles los talones. A veces les seguía en mi coche, otras a pie, aunque prefería lo primero, porque entonces no podían separarse de mí. De ahí resultó que sólo cobrara las carretas a primera hora de la mañana o a última de la noche, principiando a endeudarme con mi patrón. Me tenía ello sin cuidado, mientras pudiera echarles el guante a mis enemigos.

»Eran éstos muy astutos, sin embargo. Debieron sospechar que acaso alguien seguía su rastro, ya que nunca salían solos o después de anochecido. Durante dos semanas no los perdí de vista, y en ningún instante se separó el uno del otro. Drebber andaba la mitad del tiempo borracho, pero Stangerson no se permitía un segundo de descuido. Los vigilaba de claro en claro y de turbio en turbio, sin encontrar sombra siquiera de una oportunidad; no incurría, aun así, en el desaliento, pues una voz interior me decía que había llegado mi hora. Sólo tenía un cuidado: que me estallara esta cosa que llevo dentro del pecho demasiado pronto, impidiéndome dar remate a mi tarea.

»Al fin, una tarde en la que llevaba ya varias veces recorrida en mi coche Torquay

Terrace -tal nombre distinguía a la calle de la pensión donde se alojaban-, observé que un vehículo hacía alto justo delante de su puerta. Sacaron de la casa algunos bultos, y poco después Drebber y Stangerson, que habían aparecido tras ellos, partieron en el carruaje. Incité a mi caballo y no los perdí de vista, aunque me inquietaba la idea de que fueran a cambiar otra vez de residencia. Se apearon en Euston Station, y yo confié mi montura a un niño mientras los seguía hasta los andenes. Oí que preguntaban por el tren de Liverpool y también la contestación del vigilante, quien les explicó que ya estaba en camino y que habían de aguardar una hora hasta el siguiente.

»La noticia pareció alterar grandemente a Stangerson y producir cierta complacencia en Drebber. Me arrimé a ellos lo bastante para escuchar cada una de las palabras que a la sazón se intercambiaban. Drebber dijo que le aguardaba un pequeño negocio .y que si el otro tenía a bien esperarle, se reuniría con él a no mucho tardar. Su compañero no se mostró conforme y recordó su acuerdo de permanecer juntos. Drebber repuso que el asunto era delicado y que debía tratarlo él solo. No pude oír la réplica de Stangerson, mas Drebber prorrumpió en improperios, diciendo al otro que no era al cabo sino un sirviente a sueldo, sin títulos para ordenarle esto o lo de más allá. Entonces prefirió ceder el secretario, tras de lo cual quedó convencido que Drebber se reuniría con Stangerson en el hotel Halliday Private, caso de que llegase a perder el último tren. El primero aseguró que estaría de vuelta en los andenes antes de las once y abandonó la estación.

»La ocasión que tanto tiempo había aguardado parecía ponerse por fin al alcance de la mano. Tenía a mis enemigos en mi poder. Juntos podían darse protección uno al otro, mas por separado se hallaban a mi merced. No me dejé llevar sin embargo de la premura. Mi plan estaba ya dibujado. No hay satisfacción en la venganza a menos que el culpable encuentre modo de saber de quién es la mano que lo fulmina y cuál la causa del castigo. Entraba en mis propósitos que el hombre que me había agraviado pudiera comprender que sobre él se proyectaba la sombra de su antiguo pecado. Por ventura, el día antes, mientras visitaban unos inmuebles en Brixton Road, un sujeto había extraviado la llave de uno de ellos en mi coche. Fue reclamada y devuelta aquella misma tarde, no antes, sin embargo, de que yo hubiera hecho un molde, y obtenido una réplica, de la original. De este modo ganaba acceso a un punto al menos de la ciudad donde podía tener la seguridad de obrar sin ser interrumpido. Cómo arrastrar a Drebber hasta esa casa era la difícil cuestión que ahora se me presentaba.

»Mi hombre prosiguió calle abajo, entrando en uno o dos bares, y demorándose en el último casi media hora. Salió del último dibujando eses, bien empapado ya en alcohol. Hizo una seña al simón que había justo en frente de mí. Lo seguí tan de cerca que el hocico de mi caballo rozaba casi con el codo del conductor. Cruzamos el puente de Waterloo y después, interminablemente, otras calles, hasta que para mi sorpresa me vi en la explanada misma de donde habíamos partido. Ignoraba la razón de ese retorno, pero azucé a mi caballo y me detuve a unas cien yardas de la casa. Drebber entró en ella, y el simón siguió camino. Denme un vaso de agua, por favor. Tengo la boca seca de tanto hablar.

»Le alcancé el vaso, que apuró al instante.

»-Así está mejor -dijo-. Bien, llevaba haciendo guardia un cuarto de hora, aproximadamente, cuando de pronto me llegó de la casa un ruido de gente enzarzada en una pelea. Inmediatamente después se abrió con brusquedad la puerta y aparecieron dos hombres, uno de los cuales era Drebber y el otro un joven al que nunca había visto antes. Este tipo tenía sujeto a Drebber por el cuello de la chaqueta, y cuando llegaron al pie de la escalera le dio un empujón y una patada después que lo hizo trastabillar hasta el centro de la calle.

»-¡Canalla! -exclamó, enarbolando su bastón-. ¡Voy a enseñarte yo a ofender a una chica honesta!

»Estaba tan excitado que sospecho que hubiera molido a Drebber a palos, de no poner el miserable pies en polvorosa. Corrió hasta la esquina, y viendo entonces mi coche, hizo ademán de llamarlo, saltando después a su interior.

»-Al Holliday´s Private -dijo.

»Viéndolo ya dentro sentí tal pálpito de gozo que temí que en ese instante último pudiera estallar mi aneurisma. Apuré la calle con lentitud, mientras reflexionaba sobre el curso a seguir. Podía llevarlo sin más a las afueras y allí, en cualquier camino, celebrar mi postrer entrevista con él. Casi tenía decidido tal cuando Drebber me brindó otra solución. Se había apoderado nuevamente de él el delirio de la bebida, y me ordenó que le condujera a una taberna. Ingresó en ella tras haberme dicho que aguardara por él. No acabó hasta la hora de cierre, y para entonces estaba tan borracho que me supe dueño absoluto de la situación.

»No piensen que figuraba en mi proyecto asesinarlo a sangre fría. No hubiese vulnerado con ello la más estricta justicia, mas me lo vedaba, por así decirlo, el sentimiento. Desde tiempo atrás había determinado no negarle la oportunidad de seguir vivo, siempre y cuando supiera aprovecharla. Entre los muchos trabajos que he desempeñado en América se cuenta el de conserje y barrendero en un laboratorio de York College. Un día el profesor, hablando de venenos, mostró a los estudiantes cierta sustancia, a la que creo recordar que dio el nombre de alcaloide, y que había extraído de una flecha inficionada por los indios sudamericanos. Tan fuerte era su efecto que un solo gramo bastaba a producir la muerte instantánea. Eché el ojo a la botella donde guardaba la preparación, y cuando todo el mundo se hubo ido, cogí un poco para mí. No se me da mal el oficio de boticario; con el alcaloide fabriqué unas píldoras pequeñas y solubles, que después coloqué en otros tantos estuches junto a unas réplicas de idéntico aspecto, mas desprovistas de veneno. Decidí que, llegado el momento, esos caballeros extrajeran una de las píldoras, dejándome a mí las restantes. El procedimiento era no menos mortífero y, desde luego, más sigiloso, que disparar con una pistola a través de un pañuelo. Desde entonces nunca me separaba de mi precioso cargamento, al que ahora tenía ocasión de dar destino.

»Más cerca estábamos de la una que de las doce, y la noche era de perros, huracanada y metida en agua. Con lo desolado del paisaje aledaño contrastaba mi euforia interior, tan intensa que había de contenerme para no gritar. Quien quiera de ustedes que haya anhelado una cosa, y por espacio de veinte años porfiado en anhelarla, hasta que de

pronto la ve al alcance de su mano, comprenderá mi estado de ánimo. Encendí un cigarro para calmar mis nervios, mas me temblaban las manos y latían las sienes de pura excitación. Conforme guiaba el coche pude ver al viejo Ferrier y a la dulce Lucy mirándome desde la oscuridad y sonriéndome, con la . misma precisión con que les veo ahora a ustedes. Durante todo el camino me dieron escolta, cada uno a un lado del caballo, hasta la casa de Brixton Road.

»No se veía un alma ni llegaba al oído el más leve rumor, quitando el menudo de la lluvia. Al asomarme a la ventana del carruaje avisté a Drebber, que, hecho un lío, se hallaba entregado al sueño del beodo. Lo sacudí por un brazo.

»-Hemos llegado -dije.

»-Está bien, cochero -repuso.

»Supongo que se imaginaba en el hotel cuya dirección me había dado, porque descendió dócilmente y me siguió a través del jardín. Hube de ponerme a su flanco para tenerle derecho, pues estaba aún un poco turbado por el alcohol. Una vez en el umbral, abrí la puerta y penetramos en la pieza del frente. Le doy mi palabra de honor que durante todo el trayecto padre e hija caminaron juntos delante de nosotros.

»-Está esto oscuro como boca de lobo -dijo, andando a tientas.

»-Pronto tendremos luz -repuse, al tiempo que encendía una cerilla y la aplicaba a una vela que había traído conmigo-. Ahora, Enoch Drebber -añadí levantando la candela hasta mi rostro-, intente averiguar quién soy yo.

»Me contempló un instante con sus ojos turbios de borracho, en los que una súbita expresión de horror, acompañada de una contracción de toda la cara, me dio a entender que en mi hombre se había obrado una revelación. Retrocedió vacilante, dando diente con diente y lívido el rostro, mientras un sudor frío perlaba su frente. Me apoyé en la puerta y lancé una larga y fuerte carcajada. Siempre había sabido que la venganza sería dulce, aunque no todo lo maravillosa que ahora me parecía.

»-¡Miserable! -dije-. He estado siguiendo tu pista desde Salt Lake City hasta San Petersburgo, sin conseguir apresarte. Por fin han llegado tus correrías a término, porque ésta será, para ti o para mí, la última noche.

»Reculó aún más ante semejantes palabras, y pude adivinar, por la expresión de su cara, que me creía loco. De hecho, lo fui un instante. El pulso me latía en las sienes como a redobles de tambor, y creo que habría sufrido un colapso a no ser porque la sangre, manando de la nariz, me trajo momentáneo alivio.

»-¿Qué piensas de Lucy Ferrier ahora? -grité, cerrando la puerta con llave y agitando ésta ante sus ojos-. El castigo se ha hecho esperar, pero ya se cierne sobre ti.

»Vi temblar sus labios cobardes. Habría suplicado por su vida, de no saberlo inútil.

»-¿Va a asesinarme? -balbució.

»-¿Asesinarte? -repuse-. ¿Se asesina acaso a un perro rabioso? ¿Te preocupó semejante cosa cuando separaste a mi pobre Lucy de su padre recién muerto para llevarla a tu maldito y repugnante harén?

»-No fui yo autor de esa muerte -gritó.

»-Pero sí partiste por medio un corazón inocente -dije, mostrándole la caja de las pastillas-. Que el Señor emita su fallo. Toma una y trágala. En una habita la muerte, en otra la salvación. Para mí será la que tú dejes. Veremos si existe justicia en el mundo o si gobierna a éste el azar.

»Cayó de hinojos pidiendo a gritos perdón, mas yo desenvainé mi cuchillo y lo allegué a su garganta hasta que me hubo obedecido. Tragué entonces la otra píldora, y durante un minuto o más estuvimos mirándonos en silencio, a la espera de cómo se repartía la Suerte. ¿Podré olvidar alguna vez la expresión de su rostro cuando, tras las primeras convulsiones, supo que el veneno obraba ya en su organismo? Reí al verlo, mientras sostenía a la altura de sus ojos el anillo de compromiso de Lucy. Fue breve el episodio, ya que el alcaloide actúa con rapidez. Un espasmo de dolor contrajo su cara; extendió los brazos, dio unos tumbos, y entonces, lanzando un grito, se derrumbó pesadamente sobre el suelo. Le di la vuelta con el pie y puse la mano sobre su corazón. No observé que se moviera. ¡Estaba muerto!

»La sangre había seguido brotando de mi nariz, sin que yo lo advirtiera. No sé decirles qué me indujo a dibujar con ella esa inscripción. Quizá fuera la malicia de poner a la policía sobre una pista falsa, ya que me sentía eufórico y con el ánimo ligero. Recordé que en Nueva York había sido hallado el cuerpo de un alemán con la palabra «Rache» escrita sobre la pared, y se me hicieron presentes las especulaciones de la prensa atribuyendo el hecho a las sociedades secretas. Supuse que en Londres no suscitaría el caso menos confusión que en Nueva York, y mojando un dedo en mi sangre, grabé oportunamente el nombre sobre uno de los muros. Volví después a mi coche y comprobé que seguía la calle desierta y rugiente la noche. Llevaba hecho algún camino cuando, al hundir la mano en el bolsillo en que solía guardar el anillo de Lucy, lo eché en falta. Sentí que me fallaba el suelo debajo de los pies, pues no me quedaba de ella otro recuerdo. Pensando que acaso lo había perdido al reclinarme sobre el cuerpo de Drebber, volví grupas y, tras dejar el coche en una calle lateral, retorné decidido a la casa. Cualquier peligro me parecía pequeño, comparado al de perder el anillo. Llegado allí casi me doy de bruces con el oficial, que justo entonces salía del inmueble, y sólo pude disipar sus sospechas fingiéndome mortalmente borracho.

»De la manera dicha encontró Enoch Drebber la muerte.

»Sólo me restaba dar idéntico destino a Stangerson y saldar así la deuda de John Ferrier. Sabiendo que se alojaba en el Halliday's Private, estuve al acecho todo el día, sin avistarlo un instante. Imagino que entró en sospechas tras la incomparecencia de Drebber. Era astuto ese Stangerson y difícil de coger desprevenido. No sé si creyó que encerrándose en el hotel me mantenía a raya, mas en tal caso se equivocaba. Pronto

averigüé qué ventana daba a su habitación, y a la mañana siguiente, sirviéndome de unas escaleras que había arrumbadas en una callejuela tras el hotel, penetré en su cuarto según rayaba el día. Lo desperté y le dije que había llegado la hora de responder por la muerte cometida tanto tiempo atrás. Le describí lo acontecido con Drebber, poniéndole después en el trance de la píldora envenenada. En vez de aprovechar esa oportunidad que para salvar el pellejo le ofrecía, saltó de la cama y se arrojó a mi cuello. En propia defensa, le atravesé el corazón de una cuchillada. De todos modos, estaba sentenciado, ya que jamás hubiera sufrido la providencia que su mano culpable eligiese otra píldora que la venenosa.

»Poco más he de añadir, y por suerte, ya que me acabo por momentos. Seguí en el negocio del coche un día más o menos, con la idea de ahorrar lo bastante para volver a América. Estaba en las caballerizas cuando un rapaz harapiento vino preguntando por un tal Jefferson Hope, cuyo vehículo solicitaban en el 221 B de Baker Street. Acudí a la cita sin mayores recelos, y el resto es de ustedes conocido: el joven aquí presente me plantó sus dos esposas, con destreza asombrosa. Tal es la historia. Quizá me tengan por un asesino, pero yo estimo, señores, que soy un mero ejecutor de la justicia, en no menor medida que ustedes mismos.

Tan emocionante había asido el relato, y con tal solemnidad dicho, que permanecimos en todo instante mudos y pendientes de lo que oíamos. Incluso los dos detectives profesionales, hechos como estaban a cuanto se relaciona con el crimen, semejaban fascinados por la historia. Cuando ésta hubo terminado se produjeron unos minutos de silencio, roto tan sólo por el lápiz de Lestrade al rasgar el papel en que iban quedando consignados los últimos detalles de su informe escrito.

-Sobre un solo punto desearía que se extendiese usted un poco más -dijo al fin Sherlock Holmes-. ¿Qué cómplice de usted vino en busca del anillo anunciado en la prensa?

El prisionero hizo un guiño risueño a mi amigo.

-Soy dueño de decir mis secretos, no de comprometer a un tercero. Leí su anuncio y pensé que podía ser una trampa, o también la ocasión de recuperar el anillo que buscaba. Mi amigo se ofreció a descubrirlo. Admitirá que no lo hizo mal.

-¡Desde luego!-repuso Holmes con vehemencia.

-Y ahora, caballeros -observó gravemente el inspector-, ha llegado el momento de cumplir lo que la ley estipula. El jueves comparecerá el preso ante los magistrados, siendo además necesaria la presencia de ustedes. Mientras tanto, yo me hago cargo del acusado.

Mientras esto decía hizo sonar una campanilla, a cuya llamada dos guardianes tomaron para sí al prisionero. Mi amigo y yo abandonamos la comisaría, cogiendo después un coche en dirección a Baker Street.

7. Conclusión

Teníamos orden de comparecer frente a los magistrados el jueves, mas llegada esa fecha fue ya inútil todo testimonio. Un juez más alto se había hecho cargo del caso, convocando a Jefferson Home a un tribunal donde, a buen seguro, le sería aplicada estricta justicia. La misma noche de la captura hizo crisis su aneurisma, y a la mañana siguiente fue encontrado el cuerpo sobre el suelo de la celda; en el rostro había impresa una sonrisa de placidez, como la de quien, volviendo la cabeza atrás, contempla en el último instante una vida útil o un trabajo bien hecho.

-Gregson y Lestrade han de estar tirándose de los cabellos -observó Holmes cuando a la tarde siguiente discutíamos sobre el asunto.

-Muerto su hombre, ¿quién les va a dar ahora publicidad?

-No veo que interviniesen grandemente en su captura -repuso.

-Poco importa que una cosa se haga -replicó mi compañero con amargura-. La cuestión está en hacer creer a la gente que la cosa se ha hecho. Mas vaya lo uno por lo otro -añadió poco después, ya de mejor humor-. No me habría perdido la investigación por nada del mundo. No alcanzo a recordar caso mejor que éste. Aun siendo simple, encerraba puntos sumamente instructivos.

-¡Simple! -exclamé.

-Bien, en realidad, apenas si admite ser descrito de distinto modo -dijo Sherlock Holmes, regocijado de mi sorpresa-. La prueba de su intrínseca simpleza está en que, sin otra ayuda que unas pocas deducciones en verdad nada extraordinarias, puse mano al criminal en menos de tres días.

-Cierto -dije.

-Ya le he explicado otras veces que en esta clase de casos lo extraordinario constituye antes que un estorbo, una fuente de indicios. La clave reside en razonar a la inversa, cosa, sea dicho de paso, tan útil como sencilla, y poquísimo practicada. Los asuntos diarios nos recomiendan proceder de atrás adelante, de donde se echa en olvido la posibilidad contraria. Por cada cincuenta individuos adiestrados en el pensamiento sintético, no encontrará usted arriba de uno con talento analítico.

-Confieso -afirmé- que no consigo comprenderle del todo.

-No esperaba otra cosa. Veamos si logro exponérselo más a las claras. Casi todo el mundo, ante una sucesión de hechos, acertará a colegir qué se sigue de ellos... Los distintos acontecimientos son percibidos por la inteligencia, en la que, ya organizados, apuntan a un resultado. A partir de éste, sin embargo, pocas gentes saben recorrer el camino contrario, es decir, el de los pasos cuya sucesión condujo al punto final. A semejante virtud deductiva llamo razonar hacia atrás o analíticamente.

-Comprendo.

-Pues bien, nuestro caso era de esos en que se nos da el resultado, restando todo lo otro por adivinar. Permítame mostrarle las distintas fases de mi razonamiento. Empecemos por el principio... Como usted sabe, me aproximé a la casa por mi propio pie, despejada la mente de todo supuesto o impresión precisa. Comencé, según era natural, por inspeccionar la carretera, donde, ya se lo he dicho, vi claramente las marcas de un coche, al que por consideraciones puramente lógicas supuse llegado allí de noche. Que era en efecto un coche de alquiler y no particular, quedaba confirmado por la angostura de las rodadas. Los caballeros en Londres usan un cabriolé, cuyas ruedas son más anchas que las del carruaje ordinario.

Así di mi primer paso. Después atravesé el jardín siguiendo el sendero, cuyo suelo arcilloso resultó ser especialmente propicio para el examen de huellas. Sin duda no vio usted sino una simple franja de barro pisoteado; pero a mis ojos expertos cada marca transmitía un mensaje pleno de contenido. Ninguna de las ramas de la ciencia detectivesca es tan principal ni recibe tan mínima atención como ésta de seguir un rastro. Por fortuna, siempre lo he tenido muy en cuenta, y un largo adiestramiento ha concluido por convertir para mí esta sabiduría en segunda naturaleza. Reparé en las pesadas huellas del policía, pero también en las dejadas por los dos hombres que antes habían cruzado el jardín. Que eran las segundas más tempranas, quedaba palmariamente confirmado por el hecho de que a veces desaparecían casi del todo bajo las marcas de las primeras. Así arribé a mi segunda conclusión, consistente en que subía a dos el número de los visitantes nocturnos, de los cuales uno, a juzgar por la distancia entre pisada y pisada, era de altura más que notable, y algo petimetre el otro, según se echaba de ver por las menudas y elegantes improntas que sus botas habían producido.

Al entrar en la casa obtuve confirmación de la última inferencia. El hombre de las lindas botas yacía delante de mí. Al alto, pues, procedía imputar el asesinato, en caso de que éste hubiera tenido lugar. No se veía herida alguna en el cuerpo del muerto, mas la agitada expresión de su rostro declaraba transparentemente que no había llegado ignaro a su fin. Quienes perecen víctimas de un ataque al corazón, o por otra causa natural y súbita, jamás muestran esa apariencia desencajada. Tras aplicar la nariz a los labios del difunto, detecté un ligero olor acre, y deduje que aquel hombre había muerto por la obligada ingestión de veneno. Al ser el envenenamiento voluntario, pensé, no habría quedado impreso en su cara tal gesto de odio y miedo. Por el método de exclusión, me vi, pues, abocado a la única hipótesis que autorizaban los hechos. No crea usted que era aquélla en exceso peregrina. La administración de un veneno por la fuerza figura no infrecuentemente en los anales del crimen. Los casos de Dolsky en Odesa, y el de Leturier en Montpellier, acudirían de inmediato a la memoria de cualquier toxicólogo.

A continuación se suscitaba la gran pregunta del porqué. La rapiña quedaba excluida, ya que no se echaba ningún objeto en falta. ¿Qué había entonces de por medio? ¿La política, quizá una mujer? Tal era la cuestión que entonces me inquietaba. Desde el principio me incliné por lo segundo. Los asesinos políticos se dan grandísima prisa a escapar una vez perpetrada la muerte. Ésta, sin embargo, había sido cometida con flema notable, y las mil huellas dejadas por su amor a lo largo y ancho de la habitación declaraban una estancia dilatada en el escenario del crimen. Sólo un agravio personal, no político, acertaba a explicar tan sistemático acto de venganza. Cuando fue descubierta la inscripción en la pared, me confirmé aún más en mis sospechas. Se

trataba, evidentemente, de un falso señuelo. El hallazgo del anillo zanjó la cuestión. Era claro que el asesino lo había usado para atraer a su víctima el recuerdo de una mujer muerta o ausente. Justo entonces pregunté a Gregson si en el telegrama enviado a Cleveland se inquiría también por cuanto hubiera de peculiar en el pasado de Drebber. Fue su contestación, lo recordará usted, negativa.

Después procedí a un examen detenido de la habitación, en el curso del cual di por buena mi primera estimación de la altura del asesino, y obtuve los datos referentes al cigarro de Trichonopoly y a la largura de sus uñas. Había llegado ya a la conclusión de que, dada la ausencia de señales de lucha, la sangre que salpicaba el suelo no podía proceder sino de las narices del asesino, presa seguramente de una gran excitación. Observé que el rastro de la sangre coincidía con el de sus pasos. Es muy difícil que un hombre, a menos que posea gran vigor, pueda fundir, impulsado de la sola emoción, semejante cantidad de sangre, así que aventuré la opinión de que era el criminal un tipo robusto y de faz congestionada. Los hechos han demostrado que iba por buen camino.

Tras abandonar la casa hice lo que Gregson había dejado de hacer. Envié un telegrama al jefe de policía de Cleveland, donde me limitaba a requerir cuantos detalles se relacionasen con el matrimonio de Enoch Drebber. La respuesta fue concluyente. Declaraba que Drebber había solicitado ya la protección de la ley contra un viejo rival amoroso, un tal Jefferson Hope, y que este Hope se encontraba a la sazón en Europa. Supe entonces que tenía la clave del misterio en mi mano y que no restaba sino atrapar al asesino.

Tenía ya decidido que el hombre que había entrado en la casa con Drebber y el conductor del carruaje eran uno y el mismo individuo. Se apreciaban en la carretera huellas que sólo un caballo sin gobierno puede producir. ¿Dónde iba a estar el cochero sino en el interior del edificio? Además, vulneraba toda lógica el que un hombre cometiera deliberadamente un crimen ante los ojos, digamos, de una tercera persona, un testigo que no tenía por qué guardar silencio. Por último, para un hombre que quisiera rastrear a otro a través de Londres, el oficio de cochero parecía sin duda el más adecuado. Todas estas consideraciones me condujeron irresistiblemente a la conclusión de que Jefferson Hope debía contarse entre los aurigas de la metrópoli.

Si tal había sido, era razonable además que lo siguiera siendo. Desde su punto de vista, cualquier cambio súbito sólo podía atraer hacia su persona una atención inoportuna. Probablemente, durante cierto tiempo al menos, persistiría en su oficio de cochero. Nada argüía tampoco que lo fuera a hacer bajo nombre supuesto. ¿Por qué mudar de nombre en un país donde era desconocido? Organicé, por tanto, mi cuadrilla de detectives vagabundos, ordenándoles acudir a todas las casas de coches de alquiler hasta que dieran con el hombre al que buscaba. Qué bien cumplieron el encargo y qué prisa me di a sacar partido de ello, son cosas que aún deben estar frescas en su memoria. El asesinato de Stangerson nos cogió enteramente por sorpresa, mas en ningún caso hubiésemos podido impedirlo. Gracias a él, ya lo sabe, me hice con las píldoras, cuya existencia había previamente conjeturado. Vea cómo se ordena toda la peripecia según una cadena de secuencias lógicas, en las que no existe un solo punto débil o de quiebra.

-¡Magnífico! -exclamé-. Sus méritos debieran ser públicamente reconocidos. Sería

bueno que sacase a la luz una relación del caso. Si no lo hace usted, lo haré yo.

-Haga, doctor, lo que le venga en gana -repuso-. Y ahora, ¡eche una mirada a esto! -agregó entregándome un periódico.

Era el Echo del día, y el párrafo sobre el que llamaba mi atención aludía al caso de autos.

«El público, rezaba, se ha perdido un sabrosísimo caso con la súbita muerte de un tal Hope, autor presunto del asesinato del señor Enoch Drebber y Joseph Stangerson. Aunque quizá sea demasiado tarde para alcanzar un conocimiento preciso de lo acontecido, se nos asegura de fuente fiable que el crimen fue efecto de un antiguo y romántico pleito, al que no son ajenos ni el mormonismo ni el amor. Parece que las dos víctimas habían pertenecido de jóvenes a los Santos del último Día, procediendo también Hope, el prisionero fallecido, de Salt Lake City. El caso habrá servido, cuando menos, para demostrar espectacularmente la eficacia de nuestras fuerzas policiales y para instruir a los extranjeros sobre la conveniencia de zanjar sus diferencias en su lugar de origen y no en territorio británico. Es un secreto a voces que el mérito de esta acción policial corresponde por entero a los señores Lestrade y Gregson, los dos famosos oficiales de Scotland Yard. El criminal fue capturado, según parece, en el domicilio de un tal Sherlock Holmes, un detective aficionado que ha dado ya ciertas pruebas de talento en este menester, talento que acaso se vea estimulado por el ejemplo constante de sus maestros. Es de esperar que, en prueba del debido reconocimiento a sus servicios, se celebre un homenaje en honor de los dos oficiales.»

-¿No se lo dije desde el comienzo? -exclamó Sherlock Holmes, con una carcajada-. He aquí lo que hemos conseguido con nuestro Estudio en Escarlata: ¡Procurar a esos dos botarates un homenaje!

-Pierda cuidado -repuse-. He registrado todos los hechos en mi diario, y el público tendrá constancia de ellos. Entre tanto, habrá usted de conformarse con la constancia del éxito, al igual que aquel avaro romano:

Populus me sibilat, at mihi plaudo.

Ipse domi simul ac nummos contemplar in arca.

La aventura de Abbey Grange

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Una cruda y fría mañana del invierno cíe 1837 me desperté al sentir que alguien me tiraba del hombro. Era Holmes. la vela que llevaba en la mano iluminaba el rostro ansioso que se inclinaba sobre mí, y me bastó una mirada para comprender que algo iba mal.

-¡Vamos, Watson, vanos! -me gritó-. La partida ha comenzado. ¡Ni una palabra! ¡Vístase y venga conmigo!

Diez minutos después, íbamos los dos en un coche de alquiler, rodando por calles silenciosas, camino de la estación de Charing Cross. Comenzaban a aparecer las primeras y débiles luces de la aurora invernal y, de cuando en cuando, alcanzábamos a ver la figura borrosa de algún obrero madrugador que se cruzaba con nosotros, difuminada en la bruma iridiscente de Londres. Holmes se arrebujaba en silencio en su grueso abrigo, y yo le imitaba de buena gana, porque hacía un frío intenso v ninguno de los dos habíamos desayunado. Hasta que no hubimos tomado un poco de té caliente en la estación y ocupado nuestros asientos en el tren de Kent, no nos sentimos lo suficientemente descongelados, él para hablar y yo para escuchar. Holmes sacó una carta del bolsillo y la leyó en voz alta:

"ABBEY GRANGE, MARSHAM, KENT, 3,30 de la mañana.

QUERIDO SR. HOLMES: Me gustaría mucho poder contar (cuanto antes con su ayuda en lo que promete ser un caso de lo más extraordinario. Parece que entra de lleno en su especialidad. Aparte de dejar libre a la señora, procuraré que todo se mantenga exactamente como o lo encontré, pero le ruego que no pierda un instante, porque es difícil dejar aquí a lord Eustace. -Le saluda atentamente,

Stanley HOPKINS.»

-Hopkins ha recurrido a mí en siete ocasiones, y en todas ellas su llamada estaba justificada -dijo Holmes- Creo que todos esos casos han pasado a formar parte de su colección, y debo reconocer, Watson, que posee un cierto sentido de la selección que compensa muchas cosas que me parecen deplorables en sus relatos. Su nefasta costumbre de mirarlo todo desde el punto de vista narrativo, en lugar de considerarlo como un ejercicio científico, ha echado a perder lo que podría haber sido una instructiva, e incluso clásica, serie de demostraciones. Pasa usted por encima de los aspectos más sutiles y refinados del trabajo, para recrearse en detalles sensacionalistas, que pueden emocionar, pero jamás instruir al lector.

-¿Por qué no los escribe usted mismo? -dije, algo picado.

-Lo haré, querido Watson, lo haré. Por el momento, como sabe, estoy demasiado ocupado, pero me propongo dedicar mis años de decadencia a la composición de un libro de texto que compendie en un solo volumen todo el arte de la investigación. La que tenemos ahora entre manos parece ser un caso se asesinato.

-Entonces, ¿cree usted que este sir Eustace está muerto?

-Yo diría que sí. La letra de Hopkins indica que se encuentra muy alterado, y no es precisamente un hombre emotivo. Sí, me da la impresión de que ha habido violencia y que no han levantado el cadáver, en espera de que lleguemos a examinarlo. No me llamaría por un simple suicidio. En cuanto a eso de dejar libre a la señora..., parece

como si se hubiera quedado encerrada en una habitación durante la tragedia. Vamos a entrar en las altas esferas, Watson: papel crujiente, monograma «E.B.», escudo de armas, casa con nombre pintoresco... Creo que el amigo Hopkins estará a la altura de su reputación y nos proporcionará una interesante mañana. El crimen se cometió anoche, antes de las doce.

-¿Cómo puede saber eso?

-Echando un vistazo al horario de trenes y calculando el tiempo. Primero hubo que llamar a la policía local, ésta se puso en comunicación con Scotland Yard, Hopkins tuvo que llegar hasta allí, y luego me hizo llamar a mí. Todo eso ocupa buena parte de la noche. Bien, ya llegamos a la estación de Chislehurst, y pronto saldremos de dudas.

Un trayecto en coche de unas dos millas por estrechos caminos rurales nos llevó hasta la puerta exterior de un amplio jardín, que nos fue franqueada por un anciano guardés, cuyo rostro macilento reflejaba los efectos de algún terrible desastre. La avenida de acceso a la mansión atravesaba un espléndido parque entre hileras de añosos olmos y terminaba ante un edificio bajo y extenso, con una columnata frontal que recordaba el estilo de Palladio. Saltaba a la vista que la parte central, toda cubierta de hiedra, era muy antigua, pero los grandes ventanales demostraban que se habían realizado reformas en tiempos modernos, y un ala de la mansión parecía completamente nueva. La puerta estaba abierta, y en ella nos aguardaba la figura juvenil del inspector Stanley Hopkins, con su rostro despierto y sagaz.

-Me alegro mucho de que haya venido, señor Holmes. Y usted también, doctor Watson. Aunque, la verdad, de haber sabido lo que iba a ocurrir, no les habría molestado, porque en cuanto la señora volvió en sí nos dio una explicación tan clara del asunto que poco nos queda ya por hacer. ¿Se acuerda usted de la banda de ladrones de Lewisham?

-¿Quiénes, los tres Randall?

-Exacto; el padre y dos hijos. Han sido ellos, no cabe la menor duda. Hace quince días dieron un golpe en Sydenham y fueron vistos e identificados. Hace falta mucha sangre fría para dar otro golpe tan pronto y tan cerca. Y esta vez les va a costar la horca.

-¿Así que sir Eustace está muerto?

-Sí; le aplastaron la cabeza con su propio atizador de chimenea.

-Según me ha dicho el cochero, se trata de sir Eustace Brackenstall.

-Exacto; uno de los hombres más ricos de Kent. Lady Brackenstall se encuentra en la sala de estar. La pobre mujer ha sufrido una experiencia espantosa. Cuando la vi por primera vez, parecía medio muerta. Creo que lo mejor será que la vea usted v escuche su versión de los hechos. Luego examinaremos juntos el comedor.

Lady Brackenstall no era una persona corriente. Pocas veces he visto una figura tan elegante, una presencia tan femenina y un rostro tan bello. Era rubia, de cabellos

dorados v ojos azules, y no cabe duda de que su cutis habría presentado la tonalidad perfecta que suele acompañar a estos rasgos de no ser porque su reciente experiencia la había dejado pálida y demacrada. Sus sufrimientos habían sido tanto físicos como mentales, porque encima de un ojo se le había formado un tremendo chichón de color violáceo, que su doncella, una mujer alta y austera, mojaba constantemente con agua y vinagre. Yacía tendida de espaldas sobre un diván, con aspecto de total agotamiento, pero en cuanto nosotros entramos en la habitación, su mirada rápida y observadora y la expresión de alerta de sus hermosas facciones nos hicieron comprender que la terrible experiencia no había quebrantado ni su ingenio ni su valor. Estaba envuelta en una amplia bata de colores azul y plata, pero a su lado, sobre el diván, colgaba un vestido de noche negro con lentejuelas.

-Ya le he contado todo lo que sucedió, señor Hopkins -dijo con voz cansada-. ¿No podría usted repetirlo por mí? Bien, si usted cree que es necesario, explicaré a estos caballeros lo ocurrido. ¿Han estado ya en el comedor?

-Me ha parecido mejor que oyeran primero su historia, señora.

-Me sentiré mucho mejor cuando haya arreglado usted todo esto. Es horrible pensar que todavía sigue ahí tirado.

La mujer sufrió un estremecimiento y se cubrió el rostro con las manos. Al hacerlo, la manga de su bata se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto el antebrazo. Holmes dejó escapar una exclamación.

-¡Señora, tiene usted más heridas! ¿Qué es esto?

Dos marcas de color rojo intenso resaltaban sobre el blanco y bien torneado brazo. Lady Brackenstall se apresuró a cubrirlo.

-No es nada. No tiene nada que ver con el espantoso suceso de anoche. Si usted y su amigo hacen el favor de sentarse, les contaré todo lo que pueda.

»Soy la esposa de sir Eustace Brackenstall. Nos casamos hace aproximadamente un año. Supongo que no tendría sentido tratar de ocultar que nuestro matrimonio no ha sido feliz. Me temo que todos nuestros vecinos se lo dirían, aunque yo intentara negarlo. Tal vez parte de la culpa sea mía. Me crié en el ambiente más libre y menos convencional de Australia del Sur, y esta vida inglesa, con sus protocolos y su etiqueta, no va conmigo. Pero la principal razón era un hecho conocido por todos: que sir Eustace era un borracho empedernido. Pasar una hora con un hombre así ya resulta desagradable. ¿Se imaginan lo que puede representar para una mujer sensible v cultivada verse atada a él día v noche? Defender la validez de un matrimonio así es un sacrilegio, un crimen, una infamia... Les aseguro que estas monstruosas leyes suyas acabarán atrayendo una maldición sobre su país. El cielo no consentirá que perdure tanta maldad.

Se incorporó por un instante, con las mejillas encendidas y los ojos despidiendo fuego bajo el terrible golpe de la frente. Pero la mano firme y cariñosa de la austera doncella le colocó de nuevo la cabeza sobre la almohada y el arrebato de furia se diluyó en

apasionados sollozos. Por fin pudo continuar:

-Voy a contarles lo de anoche. Seguramente ya sabrán que en esta casa toda la servidumbre duerme en el ala moderna. En este bloque central vivimos nosotros; la cocina está en la parte de atrás y nuestro dormitorio arriba. Teresa, mi doncella, duerme encima de mi habitación. No hay nadie más en esta parte de la casa, y ningún ruido podría despertar a los que están en el ala más apartada. Los ladrones tenían que saberlo, pues de lo contrario no habrían actuado como lo hicieron.

»Sir Eustace se retiró aproximadamente a las diez y media. La servidumbre ya se había marchado a su sector. La única que seguía levantada era mi doncella, que permanecía en su habitación del piso alto hasta que yo necesitara sus servicios. Yo me quedé en esta habitación hasta después de las once, absorta en la lectura de un libro. Luego di una vuelta por la casa para asegurarme de que todo estaba en orden antes de subir a mi cuarto. Tenía la costumbre de hacerlo o misma, porque, como ya les he explicado, sir Eustace no siempre estaba en condiciones. Revisé la cocina, la despensa, el armero, la sala de billar y, por último, el comedor. Al acercarme a la ventana, que tiene cortinas muy gruesas, sentí de pronto que me daba el viento en la cara y comprendí que estaba abierta. Descorrí las cortinas y me encontré cara a cara con un hombre ya mayor, ancho de hombros, que acababa de penetrar en la habitación. La ventana es un ventanal francés, que en realidad forma una puerta que da al jardín. Yo llevaba en la mano una palmatoria con la vela encendida, y a su luz pude ver a otros dos hombres que venían detrás del primero y estaban entrando en aquel momento. Retrocedí, pero el hombre se me echó encima al instante. Me agarró primero por la muñeca y después por la garganta. Abrí la boca para gritar, pero él me dio un puñetazo tremendo encima del ojo, que me derribó por el suelo. Debí de permanecer inconsciente durante unos minutos, porque cuando volví en mí descubrí que habían arrancado el cordón de la campanilla y me habían atado con él al sillón de roble situado a la cabecera de la mesa del comedor. Estaba tan apretada que no podía moverme, y me habían amordazado con un pañuelo para impedir que hiciera ruido. En aquel preciso instante, mi desdichado esposo entró en el comedor. Sin duda, había oído ruidos sospechosos y venía preparado para una escena como la que, efectivamente, se encontró. Estaba en mangas de camisa y empuñaba su bastón favorito, de madera de espino. Se lanzó contra uno de los ladrones, pero otro, el más viejo, se agachó, cogió el atizador de la chimenea y le pegó un golpe terrible según pasaba a su lado. Cayó sin soltar ni un gemido y ya no volvió a moverse. Me desmayé de nuevo, pero también esta vez debieron de ser muy pocos minutos los que permanecí inconsciente. Cuando abrí los ojos, vi que se habían apoderado de toda la plata que había en el aparador y que habían abierto una botella de vino. Cada uno de ellos tenía una copa en la mano. Ya les he dicho, ¿o no?, que uno era viejo y barbudo, y los otros dos muchachos imberbes. Podrían haber sido un padre y sus dos hijos. Estaban cuchicheando entre ellos. Luego se acercaron a mí y se aseguraron de que seguía bien atada. Y por fin se marcharon, cerrando la ventana al salir. Tardé por lo menos un cuarto de hora en quitarme la mordaza de la boca, y cuando lo conseguí, mis gritos hicieron bajar a la doncella. No tardó en acudir el resto del servicio y avisamos a la policía, que inmediatamente se puso en contacto con Londres. Esto es todo lo que puedo decirles, caballeros, y espero que no será necesario que vuelva a repetir una historia tan dolorosa.

-¿Alguna pregunta, señor Holmes? -preguntó Hopkins.

-No quiero abusar más de la paciencia y el tiempo de lady Brackenstall -dijo Holmes-. Pero antes de pasar al comedor, me gustaría oír lo que pueda usted contarnos -añadió, dirigiéndose a la doncella.

-Yo vi a esos hombres antes de que entraran en la casa -dijo ésta-. Estaba sentada junto a la ventana de mi habitación y vi a tres hombres a la luz de la luna, junto al portón de la casa del guardés, pero en aquel momento no le di importancia. Más de una hora después, oí gritar a la señora y bajé corriendo, encontrándola como ella dice, pobre criatura, y al señor en el suelo, con la sangre y los sesos desparramados por todo el comedor. Cualquier otra mujer se habría vuelto loca, allí atada y con el vestido salpicado de sangre; pero a la señorita Mary Fraser de Adelaida nunca le faltó valor, y lady Brackenstall de Abbey Grange no ha cambiado de manera de ser. Creo, caballeros, que ya la han interrogado bastante, y ahora se va a retirar a su habitación con su vieja Teresa para tomarse el descanso que tanto necesita.

Con ternura maternal, la sombría mujer pasó el brazo alrededor de los hombros de su señora y la ayudó a salir de la habitación.

-Lleva con ella toda la vida -dijo Hopkins-. La cuidó de pequeña y vino con ella a Inglaterra cuando partieron de Australia, hace año y medio. Se llama Teresa Wright, y va no se encuentran doncellas de su clase. Por aquí, señor Holmes, haga el favor.

Del expresivo rostro de Holmes había desaparecido toda señal de interés, y comprendí que, al esfumarse el misterio, el caso había perdido todo su encanto. Todavía faltaba practicar una

detención, pero ¿qué tenían de especial aquellos vulgares maleantes para que él se ensuciara las manos con ellos? Un especialista en enfermedades raras y difíciles que descubriera que le han llamado para tratar un sarampión experimentaría una desilusión semejante a la que yo leí en los ojos de mi amigo. Aun así, la escena que nos aguardaba en el comedor de Abbey Grange era lo bastante extraña como para atraer su atención y despertar de nuevo su apagado interés.

Se trataba de una habitación muy espaciosa y de techo muy alto, con artesonado de roble tallado, revestimiento de paneles de roble, y un notable surtido de cabezas de ciervo y armas antiguas adornando las paredes. En el extremo más alejado de la puerta se encontraba el ventanal francés del que habíamos oído hablar. A la derecha, tres ventanas más pequeñas llenaban la estancia de fría luz invernal. A la izquierda había una chimenea ancha y profunda, con una enorme repisa de roble. Junto a la chimenea había un pesado sillón, también de roble, con travesaños en la base. Entrelazado en los espacios de la madera había un grueso cordón de color escarlata, atado con fuerza a ambos extremos del travesaño de abajo. Al desatar a la señora, había aflojado el cordón, pero los nudos que lo sujetaban al sillón seguían intactos. En estos detalles no reparamos hasta más adelante, porque, por el momento, toda nuestra atención había quedado concentrada en el espantoso objeto que yacía sobre la alfombra de piel de tigre

extendida delante de la chimenea.

Dicho objeto era el cadáver de un hombre alto y bien constituido, de unos cuarenta años de edad. Estaba caído de espaldas, con el rostro vuelto hacia arriba y los blancos dientes asomando en una especie de sonrisa entre la barba negra y bien recortada. Tenía las manos cerradas y levantadas por encima de la cabeza, empuñando un grueso bastón de madera de espino. Sus facciones morenas, atractivas y aguileñas estaban retorcidas en un espasmo de odio vengativo que le daba a su muerto rostro una horrible expresión demoníaca. Parecía evidente que se encontraba en la cama cuando percibió que algo ocurría, ya que vestía una camisa de noche con muchos bordados y perifollos, y sus pies descalzos asomaban bajo los pantalones. La cabeza presentaba una herida espantosa, v toda la habitación daba testimonio de la ferocidad salvaje del golpe que lo había derribado. Caído junto a él, se veía un pesado atizador de hierro, curvado por la fuerza del golpe. Holmes examinó el instrumento y el indescriptible destrozo que había ocasionado.

-Este viejo Randall tiene que ser un hombre muy fuerte -comentó.

-Sí -dijo Hopkins-. Tengo algunos datos suyos y es un tipo de cuidado.

-No debería resultar difícil echarle el guante.

-Ni lo más mínimo. Le anduvimos buscando durante algún tiempo, y llegó a decirse que había huido a América, pero ahora que sabemos que la banda está aquí, no hay manera de que se nos escape. Ya hemos dado aviso en todos los puertos de mar, y antes de esta noche se ofrecerá una recompensa. Lo que no entiendo es cómo han podido hacer una salvajada semejante, sabiendo que la señora daría su descripción y que nosotros teníamos que reconocerla por fuerza.

-Exacto. Lo más lógico habría sido asesinar también a lady Brackenstall para callarle la boca.

-Tal vez no se dieran cuenta de que se había recuperado de su desmayo -aventuré yo.

-Parece bastante probable. Si creyeron que seguía inconsciente, no tenían por qué matarla. ¿Qué me dice de este pobre hombre, Hopkins?

-Era un hombre de buen corazón cuando estaba sobrio, pero un verdadero demonio cuando estaba borracho o, mejor dicho, cuando estaba medio borracho, porque casi nunca se emborrachaba hasta el límite. En esas ocasiones parecía poseído por el diablo y era capaz de cualquier cosa. Por lo que he oído, a pesar de su fortuna y de su título, ha estado una o dos veces a punto de cruzarse en nuestro camino. Hubo un escándalo que costó bastante acallar, porque se dijo que había rociado de petróleo a un perro y le había prendido fuego (para empeorar las cosas, se trataba del perro de la señora). Y en otra ocasión le tiró una garrafa a la cabeza a Teresa Wright, la doncella; también entonces se armó un buen lío. En general, y esto que quede entre nosotros, la casa resultará más agradable sin él. ¿Qué mira usted ahora?

Holmes se había puesto de rodillas y examinaba con gran interés los nudos del cordón rojo con el que habían atado a la señora. A continuación, inspeccionó concienzudamente el extremo que había quedado roto y deshilachado cuando el asaltante arrancó el cordón.

-Al arrancar esto, la campanilla de la cocina tuvo que hacer un ruido tremendo -comentó.

-Nadie podía oírlo. La cocina está en la parte de atrás de la casa.

-¿Y cómo sabía el ladrón que no lo iba a oír nadie? ¿Cómo se atrevió a tirar del cordón de una campanilla de manera tan insensata?

-Exacto, señor Holmes, eso es. Acaba usted de plantear la misma pregunta que yo me vengo haciendo una y otra vez. No cabe duda de que este sujeto conocía la casa y sus costumbres. Tiene que haber estado completamente seguro de que toda la servidumbre se había acostado ya, a pesar de ser relativamente temprano, y de que nadie podía oír sonar la campana de la cocina. De lo que se deduce que tenía que estar compinchado con alguno de los sirvientes. Esto, desde luego, es de cajón. Lo malo es que hay ocho sirvientes, y todos tienen buenas referencias.

-En igualdad de condiciones -dijo Holmes-, uno se inclinaría a sospechar de la persona a quien le tiraron una garrafa a la cabeza. Sin embargo, eso supondría una traición a su señora, por quien esta mujer parece sentir devoción. Bueno, bueno, este detalle carece de importancia, porque cuando agarre usted a Randall no creo que le resulte difícil averiguar quiénes fueron sus cómplices. Desde luego, todos los detalles que tenemos a la vista parecen corroborar el relato de la señora, si es que necesitaba corroboración -se acercó al ventanal francés y lo abrió de par en par-. Aquí no se ven huellas, pero el terreno es durísimo y no es de esperar que las haya. Veo que esas velas que hay encima de la repisa de la chimenea han estado encendidas.

-Sí, los ladrones se alumbraron con ellas y con la palmatoria de la señora.

-¿Y qué se llevaron?

-Pues no se llevaron gran cosa..., como media docena de artículos de plata que había en ese aparador. Lady Brackenstall opina que la muerte de sir Eustace los debió impresionar, y que por eso no saquearon la casa, como habrían hecho en otras circunstancias.

-Seguro que fue eso. Y sin embargo, se pusieron a beber vino, según tengo entendido.

-Para calmarse los nervios.

-Ya. Supongo que nadie ha tocado estas tres copas que hay sobre el aparador.

-Así es; y la botella está tal como la dejaron.

-Vamos a ver... ¡Caramba, caramba! ¿Qué es esto?

Las tres copas estaban juntas, todas ellas con rastros de vino, y una de ellas contenía bastantes posos. La botella estaba cerca de las copas, llena en sus dos terceras partes, y junto a ella había un tapón de corcho, largo y muy manchado. El aspecto de la botella y el polvo que la cubría indicaban que los asesinos habían saboreado un vino nada corriente.

La actitud de Holmes había cambiado de pronto. Su expresión de indiferencia había desaparecido y de nuevo pude advertir una chispa de interés en sus ojos hundidos y penetrantes. Cogió el corcho y lo examinó minuciosamente.

-¿Cómo sacaron el corcho? -preguntó.

Hopkins señaló un cajón a medio abrir. En su interior había unas cuantas piezas de mantelería y un enorme sacacorchos.

-¿Ha dicho lady Brackenstall que usaron ese sacacorchos?

-No; recuerde que estaba inconsciente mientras ellos abrían la botella.

-Es cierto. La verdad es que no utilizaron este sacacorchos. Esta botella se abrió con un sacacorchos de bolsillo, probablemente de los que van incorporados a una navaja, y que no tendría más de una pulgada y media de largo. Si examina usted la parte superior del corcho, verá que tuvieron que meter el sacacorchos tres veces para poder sacar el tapón. No han llegado a atravesarlo. Este sacacorchos tan grande habría atravesado el tapón y lo habría sacado de un solo tirón. Cuando atrape usted a ese tipo, verá cómo lleva encima una de esas navajas de múltiples usos.

-¡Magnífico! -exclamó Hopkins.

-Pero estas copas confieso que me desconciertan. Lady Brackenstall vio beber a los tres hombres, ¿no dijo eso? -Sí; eso lo dejó muy claro.

-Entonces, eso zanja la cuestión. ¿Qué más podríamos decir? Y sin embargo, Hopkins, tiene usted que admitir que estas tres copas son muy curiosas. ¿Cómo, que no ve usted nada de curioso en ellas? Está bien, dejémoslo correr. Es posible que cuando un hombre posee facultades v conocimientos especiales, como los míos, tienda a buscar explicaciones complicadas aunque tenga una más sencilla a mano. Lo de las copas, naturalmente, podría ser pura casualidad. En fin, buenos días, Hopkins. No creo que pueda serle útil para nada y parece que ya tiene usted el caso aclarado. Ya me avisará cuando detengan a Randall, y espero que me informe de cualquier otra novedad que pueda presentarse. Confío en poder felicitarle pronto por haber llevado el caso a una conclusión satisfactoria. Vamos, Watson, creo que aprovecharemos mejor el tiempo en casa.

Durante nuestro viaje de regreso pude darme cuenta, por la expresión de Holmes, de que se encontraba muy intrigado por algo que había observado. De cuando en cuando, y

haciendo un esfuerzo, lograba desembarazarse de aquella impresión y hablar como si el asunto estuviera muy claro, pero de pronto volvían a acometerle las dudas, y sus cejas fruncidas y su mirada abstraída indicaban que sus pensamientos habían volado de nuevo hacia el gran comedor de Abbey Grange, escenario de aquella tragedia nocturna. Por fin, con un impulso repentino, y en el preciso momento en que nuestro tren empezaba a arrancar en una estación de las fueras, saltó al andén y me arrastró a mí tras él.

-Perdóneme, querido amigo -dijo mientras veíamos desaparecer tras una curva los vagones de cola de nuestro tren-. Lamento mucho hacerle víctima de lo que quizás parezca un mero capricho, pero, por mi vida, Watson, que me resulta sencillamente imposible dejar el caso como está. Todos mis instintos se rebelan contra ello. Hay un error, todo es un error..., ¡le juro que es un error! Y sin embargo, la declaración de la señora no tiene cabos sueltos, la confirmación de la doncella parece suficiente, casi todos los detalles concuerdan... ¿Qué puedo yo oponer a eso? Tres copas de vino, eso es todo. Pero si yo no hubiera dado ciertas cosas por sentadas, si lo hubiera examinado todo con la atención que dedico cuando abordo un caso desde cero, sin dejarme influir por una historia perfectamente construida..., ¿acaso no habría encontrado algo más concreto en que basarme? Pues claro que sí. Siéntese en este banco, Watson, hasta que pase un tren hacia Chislehurst, y deje que le exponga mis razones. Pero, antes que nada, le ruego que borre de su mente la idea de que todo lo que nos han contado la doncella y la señora tiene que ser necesariamente cierto. No debemos permitir que la encantadora personalidad de la dama influya en nuestro buen juicio.

»Desde luego, hay en su relato algunos detalles que, si los consideramos en frío, resultan bastante sospechosos. Estos ladrones dieron un golpe importante en Sydenham hace quince días. Los periódicos hablaron de ellos y publicaron sus descripciones, y parece natural que si alguien desea inventar una historia en la que intervienen ladrones imaginarios se inspire en ellos. Pero en realidad, y como regla general, los ladrones que acaban de dar un buen golpe se conforman con disfrutar de su botín en paz y tranquilidad, sin embarcarse en nuevas empresas arriesgadas. Además de esto, no es normal que los ladrones actúen a una hora tan temprana; no es normal que golpeen a una señora para impedir que grite, ya que a cualquiera se le ocurre que ese es el medio más seguro de hacerla gritar; no es normal que cometan un asesinato cuando son lo bastante numerosos para reducir a un solo hombre sin tener que matarlo; no es normal que se conformen con un botín reducido cuando tienen mucho más a su alcance; y, por último, yo diría que no es nada normal que unos hombres de esa clase dejen una botella medio llena. ¿Qué le parecen todas esas anormalidades, señor Watson?

-Desde luego, su efecto acumulativo es considerable, y sin embargo, cada una de ellas por sí sola es perfectamente posible. A mí lo que me parece menos normal de todo es que ataran a la señora al sillón.

-Bueno, de eso no estoy tan seguro, Watson. Es evidente que, una de dos: o tenían que matarla, o tenían que inmovilizarla para que no pudiera dar la alarma en cuanto ellos escaparan. Pero, de cualquier modo, creo haber demostrado que existe un cierto factor de improbabilidad en la historia de la dama, ¿no le parece? Y luego, para colmo, viene el detalle de las copas de vino.

-¿Qué pasa con las copas de vino?

-¿Puede usted representárselas mentalmente?

-Las veo con toda claridad.

-Nos dicen que tres hombres bebieron de ellas. ¿Le parece a usted probable?

-¿Por qué no? Había vino en las tres.

-Exacto. Pero sólo había posos en una copa. Tiene usted que haberse fijado en ello. ¿Qué le sugiere eso?

-La última copa que se llenó tendría más poso.

-Nada de eso. La botella tenía poso en abundancia, y resulta inconcebible que en las dos primeras copas no caiga nada y la tercera quede llena de poso. Existen dos explicaciones posibles, y sólo dos. La primera es que, después de llenar la segunda copa, agitaran la botella, con lo cual la tercera copa recibiría todo el poso. Esto no parece probable. No, no; estoy seguro de tener razón.

-¿Y qué es lo que supone usted?

-Que sólo se utilizaron dos copas, y que las heces de ambas se echaron en una tercera copa, para dar la falsa impresión de que allí habían estado tres personas. De ser así, todo el poso habría quedado en esta última copa, ¿no es cierto? Sí, estoy convencido de ello. Pero si he acertado con la verdadera explicación de este pequeño fenómeno, entonces el caso se eleva al instante desde el plano de lo vulgar al de lo excepcional, ya que eso sólo puede significar que lady Brackenstall y su doncella nos han mentido deliberadamente, que no debemos creer ni una sola palabra de su historia, que tienen alguna razón de peso para encubrir al verdadero asesino, y que tendremos que reconstruir el caso por nuestros propios medios, sin ninguna ayuda por su parte. Esta es la misión que ahora nos aguarda, Watson, y ahí viene el tren de Chislehurst.

Los habitantes de Abbey Grange se sorprendieron mucho de nuestro regreso, pero Sherlock Holmes, al enterarse de que Stanley Hopkins había ido a presentar su informe en la jefatura, tomó posesión del comedor, cerró la puerta por dentro y se enfrascó durante dos horas en una de aquellas minuciosas y concienzudas investigaciones que formaban la sólida base en la que se apoyaban sus brillantes trabajos deductivos. Sentado en un rincón, como un estudiante aplicado que observa una demostración del profesor, yo seguía paso a paso aquella admirable exploración. El ventanal, las cortinas, la alfombra, el sillón, la cuerda... Todo fue examinado al detalle y debidamente ponderado. Ya se habían llevado el cadáver del desdichado barones, pero todo lo demás continuaba tal como lo habíamos visto por la mañana. En un momento dado, y con gran asombro por mi parte, Holmes se subió a la repisa de la chimenea. Muy por encima de su cabeza colgaban las pocas pulgadas de cordón rojo que permanecían unidas al cable. Se quedó un buen rato mirando hacia arriba y luego, con intención de acercarse más, apoyó la rodilla en una moldura de la pared de madera. De este modo llegaba con la

mano a pocas pulgadas del extremo roto del cordón; pero lo que más pareció interesarle no fue esto, sino la moldura misma. Por último, saltó al suelo con una exclamación de satisfacción.

-Ya está, Watson -dijo-. Tenemos el caso resuelto, y es uno de los más notables de nuestra colección. ¡Pero hay que ver lo torpe que he sido y lo cerca que he estado de cometer el mayor disparate de mi vida! Ahora creo que, a falta de unos pocos eslabones, mi cadena está ya casi completa.

-¿Ya tiene usted a sus hombres?

-A mi hombre, Watson, a mi hombre. Sólo uno, pero un tipo de cuidado. Fuerte como un león..., fíjese en ese golpe, que ha doblado el atizador. Uno noventa de estatura, ágil como una ardilla, hábil con los dedos y, sobre todo, con un talento más que notable, ya que toda esta ingeniosa historia es invención suya. Sí, Watson, nos hemos topado con la obra de un individuo verdaderamente extraordinario. Y sin embargo, en ese cordón de campanilla nos ha dejado una pista que tendría que habernos sacado de dudas al instante.

-¿Dónde estaba esa pista?

-Vamos a ver, Watson, si fuera usted a arrancar un cordón de campanilla, ¿por dónde cree que se rompería? Sin duda, por el punto donde está unido al cable. ¿Por qué habría de romperse a tres pulgadas del extremo, como ha hecho éste?

-¿Quizás porque estaba gastado en ese punto?

-Exacto. Este extremo, que es el que podemos examinar, está deshilachado. Ha sido lo bastante astuto como para deshilacharlo con su navaja. Pero el otro extremo no lo está. Desde aquí no se puede ver, pero si se sube usted a la repisa, verá que está cortado limpiamente, sin señal alguna de deshilachamiento. Es fácil reconstruir lo ocurrido. Nuestro hombre necesita una cuerda. No se atreve a arrancarla de un tirón por temor a dar la alarma al hacer sonar la campanilla. ¿Qué es lo que hace? Se sube a la repisa de la chimenea, pero desde ahí todavía no alcanza bien; apoya la rodilla en la moldura (se puede apreciar la huella en el polvo), y saca la navaja para cortar el cordón. A mí me han faltado por lo menos tres pulgadas para llegar al punto del corte, de lo que deduzco que este hombre es, por lo menos, tres pulgadas más alto que yo. ;Fíjese en esa marca en el asiento del sillón de roble! ¿Qué es eso?

-Sangre.

-Ya lo creo que es sangre. Sólo con eso queda desacredita

do el relato de la señora. Si ella estaba sentada en este sillón cuando se cometió el crimen, ¿cómo cayó ahí esa mancha? No, no; ella se sentó en el sillón después de la muerte de su marido. Apostaría a que el vestido negro tiene una mancha que coincide con ésta. Este todavía no es nuestro Waterloo, Watson, sino más bien nuestro Marengo, porque empieza en derrota y acaba en victoria. Ahora me gustaría cambiar unas palabras

con la doncella Teresa. Vamos a tener que proceder con cautela durante algún tiempo si queremos obtener la información que necesitamos.

Aquella severa doncella australiana era todo un personaje: taciturna, recelosa, de modales bruscos... Tuvo que transcurrir un buen rato antes de que la actitud amistosa de Holmes y su franca aceptación de todo lo que ella decía la descongelaran hasta el punto de corresponder a su simpatía. No hizo ningún intento de ocultar el odio que sentía hacia su difunto señor.

-Sí, señor, es verdad que me tiró una garrafa a la cabeza. Le oí insultar a mi señora y le dije que no se atrevería a hablar así si el hermano de la señora estuviese aquí. Entonces fue cuando me tiró la garrafa. A mí me habría dado igual que me tirase una docena, con tal de que dejara tranquila a mi pajarita. Estaba siempre maltratándola, y ella tenía demasiado orgullo para quejarse. Ni siquiera a mí me contaba todo lo que él le hacía. Nunca me enseñó esas marcas en los brazos que usted vio esta mañana, pero yo sé muy bien que son pinchazos hechos con un alfiler de sombrero. ¡Monstruo traicionero! Que Dios me perdone por hablar así de él ahora que está muerto, pero si alguna vez ha habido un monstruo en el mundo, ha sido él. Cuando lo conocimos era todo dulzura. Han pasado sólo dieciocho meses, pero a nosotras dos nos han parecido dieciocho años. Ella acababa de llegar a Londres... Sí, era su primer viaje, la primera vez que se alejaba de su país. Él la conquistó con su título y su dinero y sus hipócritas modales londinenses. La pobre señora cometió un error, y lo ha pagado como ninguna mujer pagó jamás. ¿En qué mes le conocimos? Ya le he dicho que fue nada más llegar a Inglaterra. Llegamos en junio, así que fue en julio. Se casaron en enero del año pasado. Sí, la señora ha vuelto a bajar a la sala de estar, y seguro que accederá a recibirle, pero no debe usted exigirle mucho, porque ya ha soportado todo lo que una persona de carne y hueso es capaz de aguantar.

Lady Brackenstall se encontraba reclinada en el mismo diván, pero parecía más animada que por la mañana. La doncella había entrado con nosotros y comenzó de nuevo a aplicar paños a la magulladura que su señora tenía en la frente.

-Espero -dijo la dama- que no habrá venido usted a interrogarme de nuevo.

-No, lady Brackenstall -respondió Holmes en su tono más suave-. No tengo intención de ocasionarle ninguna molestia innecesaria, y mi único deseo es facilitarle las cosas, porque estoy convencido de que ha sufrido usted mucho. Si quisiera usted tratarme como a un amigo y confiar en mí, vería que yo puedo corresponder a su confianza.

-¿Qué quiere usted de mí?

-Que me diga la verdad.

-¡Señor Holmes!

-No, no, lady Brackenstall, eso no sirve de nada. Es posible

que conozca usted mi modesta reputación. Pues bien, me la apostaría toda a que la

historia que usted nos contó es pura invención. Tanto la señora como la doncella miraban a Holmes con el rostro empalidecido y los ojos aterrados.

-¡Es usted un insolente! -exclamó Teresa-. ¿Se atreve a decir que mi señora ha mentido?

Holmes se levantó de su asiento.

-¿No tiene nada que decirme?

-Ya se lo he contado todo.

-Piénselo mejor, lady Brackenstall. ¿No sería preferible ser sincera?

Por un instante, el hermoso rostro dio muestras de vacilación. Pero en seguida, algún nuevo y poderoso proceso mental lo dejó fijo como una máscara.

-Le he contado todo lo que sé.

Holmes recogió su sombrero y se encogió de hombros. -Lo siento mucho -dijo, y sin pronunciar otra palabra salimos de la habitación y de la casa.

El jardín tenía un estanque y hacia él se encaminó mi amigo. Estaba congelado, pero había quedado un único agujero en el hielo, para beneficio de un cisne solitario. Holmes se quedó mirándolo, y luego se acercó al pabellón de guardia. Garabateó una breve nota para Stanley Hopkins y se la dejó al guardés.

-Puedo acertar o equivocarme, pero tenemos que hacer algo por el amigo Hopkins, aunque sólo sea para justificar esta segunda visita -dijo-. Todavía no le puedo confiar todas mis sospechas. Creo que nuestro próximo campo de operaciones será la oficina de la línea marítima Adelaida-Southampton, que se encuentra al final de Pall Mall, si mal no recuerdo. Hay otra línea de vapores que hace el servicio entre Australia del Sur e Inglaterra, pero consultaremos primero en la más importante.

La tarjeta de Holmes nos procuró al instante la atención del gerente, y no tardamos en obtener toda la información que mi amigo necesitaba. En junio del 95, sólo un barco de esa línea había llegado a un puerto inglés: el Rock of Gibraltar, el más grande v mejor de los transatlánticos. Una consulta a la lista de pasajeros permitió corroborar que en él había viajado la señora Fraser, de Adelaida, en compañía de su doncella. En aquellos momentos, el barco navegaba rumbo a Australia, por aguas situadas al sur del canal de Suez. Los oficiales eran los mismos que en el 95, con una sola excepción: el primer oficial, Jack Croker, había ascendido a capitán y estaba a punto de tomar el mando de su nuevo barco, el Bass Rock, que zarparía de Southampton dentro de dos días. Residía en Sydenham, pero lo más probable era que se pasara aquella misma mañana por la oficina para recibir instrucciones, de modo que si queríamos podíamos aguardarlo.

No, el señor Holmes no deseaba hablar con él, pero sí que le gustaría saber algo más acerca de su historial y su carácter.

Su historial era magnífico. No había en toda la flota un oficial que pudiera compararse con él. En cuanto a su carácter, era de absoluta confianza cuando estaba de servicio, pero fuera de su barco era un tipo alocado, temerario, nervioso e irascible, aunque sin dejar de ser leal, honrado y de buen corazón. Esta era, en sustancia, la información con la que Holmes salió de la oficina de la Compañía Naviera Adelaida-Southampton. Desde allí nos dirigimos a Scotland Yard, pero en lugar de entrar, Holmes se quedó sentado en el coche, con las cejas fruncidas, sumido en profundos pensamientos. Por último, se hizo llevar a la oficina de telégrafos de Charing Cross, donde cursó un telegrama, y regresamos al fin a Baker Street.

-No he sido capaz de hacerlo, Watson -dijo cuando nos hubimos instalado de nuevo en nuestro cuarto-. Una vez cursada la orden de detención, nada en el mundo habría podido salvarlo. Una o dos veces a lo largo de mi carrera he tenido la impresión de que había hecho más daño yo descubriendo al criminal que éste al cometer su crimen. Así que he aprendido a ser cauto y ahora prefiero tomarme libertades con las leyes de Inglaterra antes que con mi propia conciencia. Es preciso que sepamos algo más antes de actuar.

Antes de que anocheciera recibimos la visita del inspector Stanley Hopkins. Las cosas no le iban muy bien.

-Holmes, estoy convencido de que es usted un brujo. Le aseguro que a veces pienso que posee usted poderes que no son humanos. Vamos a ver: ¿cómo demonios sabía usted que la plata robada estaba en el fondo de ese estanque?

-No lo sabía.

-Pero me dijo que lo inspeccionara.

-¿Así que la encontró, eh?

-Sí, la encontré.

-Me alegro mucho de haberle podido ayudar.

-¡Pero es que no me ha ayudado! ¡Lo que ha hecho es complicar muchísimo más el asunto! ¿Qué clase de ladrones son éstos que roban la plata y luego la tiran al estanque más próximo?

-No cabe duda de que su proceder es bastante excéntrico. Yo me limité a razonar a partir de la idea de que si la plata la habían robado personas que en realidad no la querían, sino que únicamente la estaban utilizando como pantalla, lo más natural era que procuraran deshacerse de ella lo antes posible.

-Pero ¿cómo se le pudo pasar por la cabeza semejante idea?

-Bueno, me pareció que era posible. Nada más salir por el ventanal francés tuvieron que encontrarse el estanque, con su tentador agujerito en el hielo, delante de sus mismas

narices. ¿Qué mejor escondite que aquél?

-¡Ah, un escondite! ¡Eso es otra cosa! -exclamó Stanley Hopkins-. Sí, claro, ahora lo entiendo. Era muy pronto, había aún gente por los caminos, y tuvieron miedo de que alguien los viera con la plata, de manera que la echaron al estanque, con la intención de regresar a por ella cuando no hubiera moros en la costa. Magnífico, señor Holmes, esto está mejor que esa idea de la pantalla.

-Seguro. Ha elaborado usted una admirable teoría. No cabe duda de que mis ideas eran completamente disparatadas, pero tiene usted que reconocer que han dado como resultado la recuperación de la plata.

-Sí, señor, sí; todo el mérito es suyo. En cambio, yo he sufrido un grave resbalón.

-¿Un resbalón?

-Sí, señor Holmes. La banda de los Randall ha sido detenida esta mañana en Nueva York.

-Vaya por Dios, Hopkins. Esto sí que parece rebatir su teoría de que anoche cometieron un asesinato en Kent.

-Es un golpe mortal, señor Holmes, absolutamente mortal. Sin embargo, hay otras cuadrillas de tres hombres, aparte de los Randall, e incluso podría tratarse de una banda nueva, que la policía aún no conoce.

-Seguro; es perfectamente posible. ¿Cómo, se marcha usted?

-Sí, señor Holmes; no habrá descanso para mí hasta que haya llegado al fondo del asunto. Supongo que no tiene usted ninguna sugerencia que hacerme.

-Ya le he hecho una.

-¿Cuál?

-Bueno, he sugerido la posibilidad de una pantalla.

-Pero ¿por qué, señor Holmes, por qué?

-Ah, ésa es la cuestión, desde luego. Pero le recomiendo que piense en esa idea. Puede que descubra que tiene su miga. ¿No se queda a cenar? Está bien, adiós y háganos saber cómo le va.

Hasta después de haber cenado y haber quedado recogida la mesa, Holmes no volvió a mencionar el asunto. Había encendido su pipa y acercado los pies, enfundados en zapatillas, al reconfortante fuego de la chimenea. De pronto, consultó su reloj.

-Espero novedades, Watson.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo..., dentro de unos minutos. Seguro que piensa usted que me he portado muy mal con Hopkins hace un rato.

-Confío en su buen juicio.

-Una respuesta muy sensata, Watson. Tiene usted que mirarlo de este modo: lo que yo sé es extraoficial; lo que él sabe es oficial. Yo tengo derecho a decidir por mí mismo, pero él no. Él tiene que revelarlo todo, o se convertiría en un traidor al cargo que ocupa. En caso de duda, preferiría no colocarle en una posición tan penosa y por eso me reservo lo que sé hasta que haya llegado a una conclusión clara sobre el asunto.

-¿Y eso cuándo será?

-Ha llegado el momento. Va usted a presenciar la última escena de un pequeño e interesante drama.

Se oyeron ruidos en la escalera, y nuestra puerta se abrió para dejar paso a uno de los ejemplares masculinos más espléndidos que jamás han entrado por ella. Era un hombre joven y muy alto, con bigote rubio, ojos azules, piel tostada por el sol de los trópicos y andares elásticos, que demostraban que aquella poderosa estructura era tan ágil como fuerte. Cerró la puerta después de entrar y se quedó de pie, con los puños apretados y el pecho palpitando, como tratando de dominar una emoción avasalladora.

-Siéntese, capitán Croker. ¿Recibió usted mi telegrama?

Nuestro visitante se dejó caer en una butaca y nos miró con ojos inquisitivos.

-Recibí su telegrama y he venido a la hora que usted indicaba. Me han dicho que ha estado usted hoy en la oficina. No hay manera de escapar de usted. Oigamos ya las malas noticias. ¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Detenerme? ¡Hable, hombre! No se quede ahí sentado, jugando conmigo como el gato con el ratón.

-Déle un cigarro -me dijo Holmes-. Muerda eso, capitán Croker, y no se deje llevar por los nervios. Puede estar seguro de que yo no me sentaría a fumar con usted si lo considerase

un criminal vulgar. Sea sincero conmigo y saldrá ganando. Trate de engañarme y lo aplastaré.

-¿Qué quiere usted que haga?

-Que me cuente toda la verdad de los sucedido anoche en Abbey Grange. Toda la verdad, fíjese bien, sin añadir ni omitir nada. Es ya tanto lo que sé, que si se desvía usted una pulgada del camino recto, tocaré este silbato de policía desde la ventana y el asunto

quedará fuera de mis manos para siempre.

El marino meditó un momento y luego se dio una palmada en la pierna con su enorme mano tostada por el sol

-Correré el riesgo -dijo-. Creo que es usted un hombre de palabra y un hombre justo, y le voy a contar toda la historia. Pero antes tengo que decirle una cosa. Por lo que a mí respecta, no me arrepiento de nada, no temo nada, volvería hacer lo que hice, y me sentiría orgulloso de haberlo hecho. ¡Maldita bestia! Aunque tuviera más vidas que un gato, no le bastaría con todas ellas para pagar lo que hizo. Pero está la señora, Mary..., Mary Fraser..., porque jamás me harán llamarla por ese otro maldito apellido... Cuando pienso los problemas que esto puede ocasionarle..., yo, que daría la vida sólo por hacer brotar una sonrisa en su amado rostro..., es que se me hace la sangre agua. Y sin embargo..., y sin embargo... ¿Qué otra cosa podía yo hacer? Voy a contarles mi historia, caballeros, y después les preguntaré, de hombre a hombre, si podía haber hecho otra cosa.

»Tengo que retroceder un poco. Parece que ustedes lo saben todo, así que supongo que ya saben que la conocí cuando ella era pasajera y yo primer oficial del Rock of Gibraltar. Desde que la vi por vez primera no existió otra mujer para mí. Cada día del viaje la amaba más, y muchas veces, durante la oscuridad de la guardia nocturna, me he arrodillado para besar la cubierta del barco allí donde sus queridos pies la habían pisado. Ella nunca me prometió nada. Me trató con toda la honradez con que una mujer puede tratar a un hombre. No tengo ninguna queja. Por mi parte, todo era amor; por la suya, buena camaradería y amistad. Cuando nos separamos, ella era una mujer libre, pero yo ya no podría ser libre jamás.

»Al regreso de mi siguiente viaje me enteré de su matrimonio. ¿Y por qué no iba a poderse casar con quien quisiera? Título y dinero... ¿A quién iban a sentarle mejor que a ella? Nació para todo lo bello y delicado. Me alegré de su buena suerte y de que no se hubiera echado a perder entregándose a un vulgar marino sin un céntimo. Así es como yo amaba a Mary Fraser.

»En fin, pensaba que no la volvería a ver; pero al concluir mi último viaje fui ascendido a capitán y mi nuevo barco aún no se había botado, de manera que tuve que esperar un par de meses, y fui a pasarlos con mi familia en Sydenham. Y un día, en un camino rural, me encontré con Teresa Wright, su vieja doncella, que me contó cosas de ella, de él, de todo. Les aseguro, caballeros, que casi me vuelvo loco ¡Ese perro borracho! ¡Atreverse a ponerle la mano encima, él, que no era digno ni de lamerle los zapatos! Volví a ver a Teresa. Después vi a la propia Mary... y la volví a ver por segunda vez. A partir de entonces ella ya no quiso que siguiéramos viéndonos. Pero el otro día recibí el aviso de que mi barco zarparía en una semana, y decidí verla una vez más antes de partir. Teresa siempre estuvo de mi parte, porque quería a Mary y odiaba a ese canalla casi tanto como yo. Por ella me enteré de las costumbres de la casa. Mary solía quedarse a leer en su salita de la planta baja. Anoche me acerqué hasta allí arrastrándome y arañé el cristal de la ventana. Al principio, ella no quería abrirme, pero ahora sé que en el fondo me ama y no fue capaz de dejarme fuera en una noche tan helada. Me susurró que diera la vuelta hasta el ventanal delantero y lo abrió para dejarme pasar al comedor. Una

vez más, escuché de sus labios cosas que me hicieron hervir la sangre, y una vez más maldije a ese bruto que maltrataba a la mujer que yo amaba. Pues bien, caballeros, allí estábamos los dos, de pie junto al ventanal, y pongo al cielo por testigo de que en una actitud absolutamente inocente, cuando ese hombre se precipitó en la habitación como un loco, le dijo los peores insultos que un hombre puede dirigir a una mujer y la golpeó en la cara con el bastón que traía en la mano. Yo di un salto para coger el atizador y entablamos una lucha bastante igualada. Aquí en mi brazo puede ver dónde cayó su primer golpe. Pero entonces me tocó pegar a mí y le partí el cráneo como si hubiera sido una calabaza podrida. ¿Creen ustedes que lo lamenté? ¡Ni lo más mínimo! Era su vida o la mía... Más aún: era su vida o la de ella, porque, ¿cómo iba yo a dejarla en poder de aquel loco? Así lo maté. ¿Hice mal? Si es así, caballeros, díganme qué habrían hecho ustedes de encontrarse en mi situación.

»Ella había gritado cuando él la golpeó, y eso hizo bajar a la vieja Teresa de la habitación de arriba. En el aparador había una botella de vino y yo la abrí para verter un poco en los labios de Mary, que estaba medio muerta del susto. Yo también bebí un poco. Pero Teresa se mantenía fría como el hielo, y la idea fue tan suya como mía. Teníamos que aparentar que habían sido los ladrones. Teresa no paró de repetirle la historia a su señora, mientras yo trepaba para cortar el cordón de la campanilla. Luego la até al sillón, e incluso deshilaché el extremo del cordón para que pareciera natural y nadie se preguntara cómo había podido un ladrón trepar hasta allí para cortarlo. Cogí unos cuantos platos y cacharros de plata para reforzar la historia del robo, y las dejé solas, indicándolas que dieran la alarma un cuarto de hora después de marcharme yo. Tiré la plata al estanque y me volví a Sydenham con la sensación de que, por una vez en mi vida, había aprovechado bien la noche. Y esta es la verdad y toda la verdad, señor Holmes, aunque me cueste el cuello.

Holmes siguió fumando en silencio durante un rato. Luego cruzó la habitación y estrechó la mano de nuestro visitante.

-Esto es lo que pienso -dijo-. Se qué todo lo que me ha dicho es verdad, porque prácticamente no ha dicho ni una palabra que yo no supiera ya. Nadie más que un acróbata o un marinero podía haber trepado para cortar ese cordón desde la moldura, y nadie más que un marino podía haber hecho esos nudos para atar el cordón a la silla. La señora no había estado en contacto con marinos más que una vez en su vida, y eso fue durante su viaje. Y tenía que tratarse de alguien de su misma categoría humana, por el empeño que ponía en encubrirle, lo cual, de paso, demostraba que le amaba. Ya ve lo fácil que me ha resultado dar con usted en cuanto me puse a seguir la pista adecuada.

-Yo creí que la policía nunca conseguiría descubrir nuestro engaño.

-Y no lo ha conseguido, ni creo que lo consiga. Pero mire, capitán Croker: este es un asunto muy serio, aunque estoy dispuesto a admitir que usted actuó bajo la provocación más extrema a la que pueda verse sometido un hombre. Tratándose de defender su vida, es muy posible que su acción se pueda considerar legítima. Sin embargo, eso debe decidirlo un jurado británico. Mientras tanto, me inspira usted tanta simpatía que si decidiera desaparecer en las próximas veinticuatro horas yo le prometo que nadie le

molestaría.

-¿Y después, todo saldría a relucir?

-Desde luego que saldrá a relucir.

El marino se puso rojo de ira.

-¿Cree usted que se le puede proponer algo así a un hombre? Conozco la ley lo suficiente como para saber que Mary sería detenida como cómplice. ¿Piensa que yo la dejaría sola para afrontar el escándalo mientras yo me escabullo? No, señor; que hagan lo que quieran conmigo, pero, por amor de Dios, señor Holmes, tiene usted que encontrar alguna manera de librar a mi pobre Mary de los tribunales.

Por segunda vez, Holmes estrechó la mano del marino.

-Sólo estaba poniéndole a prueba, y también esta vez ha respondido. Bien, estoy asumiendo una gran responsabilidad, pero ya le he proporcionado a Hopkins una pista excelente, y si no es capaz de sacarle partido, yo ya no puedo hacer más. Vamos a ver, capitán Croker, hagamos esto como es debido. Usted es el acusado. Watson, usted es un jurado británico, y le aseguro que nunca he conocido a una persona mejor capacitada para ejercer esa función. Yo soy el juez. Y ahora, caballeros del jurado, han oído ustedes la relación de los hechos. ¿Consideran al acusado culpable o inocente?

-Inocente, su señoría -dije yo.

-*Vox populi, vox Dei*. Este tribunal le absuelve, capitán Croker. A no ser que la justicia encuentre un falso culpable, está usted a salvo de mí. Vuelva usted dentro de un año a visitar a la señora, y ojalá que el futuro de ustedes dos justifique la sentencia que hemos pronunciado esta noche.

La aventura de la caja de cartón

[Cuento. Texto completo]

Arthur Conan Doyle

Al elegir unos cuantos casos típicos que ilustren las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, que ofrecieran el mínimo de sensacionalismo, y a la vez una amplia muestra de su talento. Sin embargo, es imposible, lamentablemente, separar por completo lo sensacional de lo criminal, y el cronista se ve en el dilema de tener que sacrificar detalles que resultan esenciales en su exposición, dando de ese modo una impresión falsa del problema, o verse obligado a utilizar materiales que la casualidad, y no su elección, le ha proporcionado. Tras este breve prefacio pasaré a exponer mis notas acerca de lo que constituyó una cadena de acontecimientos extraños y particularmente terribles.

Era un día de agosto y hacía un calor abrasador. Baker Street parecía un horno y el relumbre de la luz del sol al incidir sobre los ladrillos amarillos de la casa del otro lado de la calle lastimaba la vista. Costaba trabajo creer que aquellos fuesen los mismos muros que se erguían tan lóbregos por entre las nieblas del invierno. Habíamos bajado a medias las persianas y Holmes se había acurrucado encima del sofá, leyendo una y otra vez una carta que había recibido en el correo de la mañana. En cuanto a mí, los años de servicio en la India me habían habituado a soportar el calor mejor que el frío, y que el termómetro pasara de treinta grados no me suponía dificultad alguna. El periódico de la mañana no ofrecía ninguna noticia interesante. El Parlamento había interrumpido sus sesiones. Se habían ido todos de la ciudad y yo añoraba los claros del New Forest o los guijarros de Southsea. Mi reducida cuenta bancaria me había obligado a posponer las vacaciones, y en cuanto a mi acompañante, ni el campo ni el mar le atraían lo más mínimo. Le encantaba permanecer en el mismo centro donde pululaban cinco millones de personas, extendiendo sus filamentos y pasando por entre ellas, receptivo al más pequeño rumor o sospecha de algún delito sin esclarecer. El aprecio de la naturaleza no se encontraba entre sus muchas dotes, y sólo cambiaba de parecer cuando, en lugar de centrarse en un malhechor de la capital, trataba de localizar a algún hermano suyo de provincias.

Viendo que Holmes estaba demasiado abstraído para conversar, yo había echado a un lado el insulso periódico y, reclinándome en el sillón, me sumí en profundas meditaciones. De pronto la voz de mi acompañante interrumpió el curso de mis pensamientos:

-Lleva usted razón, Watson. Parece una forma absurda de dirimir una disputa.

-¡De lo más absurda!- exclamé, y de pronto, comprendiendo que Holmes se había hecho eco del pensamiento más íntimo de mi alma, me incorporé del sillón y le miré perplejo.

-¿Cómo es eso, Holmes? -grité-. Supera todo cuanto pudiera haber imaginado.

Él se rió de buena gana al observar mi perplejidad.

-Recuerde usted -me dijo- que hace algún tiempo, cuando le leí el pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un minucioso razonador sigue los pensamientos no expresados de su compañero, usted se sintió inclinado a tratar el asunto como un mero tour de force del autor. Al advertirle que yo solía hacer eso constantemente, usted se mostró incrédulo.

-¡Oh, no!

-Tal vez no llegara a expresarlo en palabras, mi querido Watson, pero lo hizo sin duda con las cejas. De modo que cuando le vi tirar el periódico al suelo y ponerse a pensar, me alegré mucho de tener la oportunidad de leerle el pensamiento, y finalmente de poder interrumpirlo, demostrando así mi compenetración con usted.

Aquello no me convenció del todo.

-En el ejemplo que usted me leyó -le dije- el razonador extrajo sus conclusiones basándose en la actuación del hombre al que observaba. Si mal no recuerdo, aquel hombre tropezó con un montón de piedras, miró hacia arriba a las estrellas, etcétera. Yo, en cambio, he estado sentado en mi sillón tranquilamente, por tanto ¿qué pistas he podido darle?

-Es usted injusto consigo mismo. Las facciones le han sido dadas al hombre para poder expresar sus emociones, y las suyas cumplen ese cometido fielmente.

-¿Quiere usted decir que leyó en mis facciones el curso de mis pensamientos?

-En sus facciones y sobre todo en sus ojos. ¿Es posible que no pueda usted recordar cómo comenzaron sus ensueños?

-No, no puedo.

-Entonces se lo diré yo. Después de tirar al suelo el periódico, acto que atrajo mi atención hacia usted, estuvo sentado durante medio minuto con expresión ausente. Luego sus ojos se clavaron en el retrato, recientemente enmarcado, del general Gordon y por la alteración de su rostro comprendí que había vuelto a sumirse en sus pensamientos. Más eso no le condujo muy lejos. Sus ojos contemplaron fugazmente el retrato sin marco de Henry Ward Beecher, que estaba encima de sus libros. Entonces miró usted hacia arriba a la pared, y era obvio desde luego lo que eso significaba. Usted pensaba que si el retrato estuviera enmarcado cubriría exactamente ese espacio desnudo de pared, y haría juego con el retrato de Gordon que allí estaba.

-¡Me ha comprendido usted a las mil maravillas!- exclamé yo.

-Hasta ahí era poco probable que me perdiera. Pero ahora sus pensamientos volvieron a Beecher, y usted le miró con severidad como si estudiara el semblante del personaje. Entonces dejó usted de entornar los ojos, aunque sin dejar de mirar, y su rostro se quedó pensativo. Estaba usted recordando los incidentes que jalonaron la carrera de Beecher. Me daba perfecta cuenta de que usted no podía hacer eso sin pensar en la misión que emprendió durante la Guerra Civil en favor del Norte, pues recuerdo que expresó su ferviente indignación por la manera en que fue recibido por los más turbulentos compatriotas nuestros. Lo sintió usted tanto que yo sabía que le sería imposible pensar en Beecher sin acordarse también de eso. Cuando, poco después, vi que sus ojos se apartaron del retrato, sospeché que ahora volvía usted a pensar en la Guerra Civil y, cuando observé que apretaba usted los labios, que sus ojos echaban chispas, y que apretaba los puños, tuve la seguridad de que, en efecto, estaba usted pensando en el heroísmo demostrado por ambos bandos en aquella batalla sin cuartel. Pero entonces, de nuevo su rostro se puso más triste y dio usted muestras de desaprobación. Hizo usted hincapié en la tristeza, el horror y la inútil pérdida de vidas humanas. Acercó usted la mano sigilosamente a su vieja herida y una sonrisa tembló en sus labios, lo cual me indicó que el aspecto ridículo de este método de dirimir las cuestiones internacionales había afectado a su mente. En ese mismo instante estuve de acuerdo con usted en que

aquello era absurdo y me alegró comprobar que todas mis deducciones habían sido correctas.

-¡Sin lugar a dudas! -dije yo-. Y ahora que me lo ha explicado usted, confieso seguir tan asombrado como antes.

-Fue un trabajo muy superficial, mi querido Watson, se lo aseguro. No me habría inmiscuido si usted no hubiese mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo ahora entre manos un pequeño problema que puede resultar más difícil de resolver que este insignificante intento mío de leer el pensamiento. ¿No ha visto usted en el periódico un breve suelto que alude al extraordinario contenido de un paquete enviado por correo a la señorita Cushing, de Cross Street, en Croydon?

-No, no vi nada.

-¡Ah! Entonces se le debe haber pasado por alto. Tíremelo. Aquí está, debajo de la columna financiera. ¿Tendría la amabilidad de leerlo en voz alta?

Recogí el periódico que me había vuelto a lanzar y leí el suelto indicado. Se titulaba «UN PAQUETE MACABRO».

La señorita Susan Cushing, que vive en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe ser considerado como una broma particularmente repugnante, a no ser que se le atribuya al incidente un significado más siniestro. Ayer, a las dos en punto de la tarde, el cartero le entregó un paquetito, envuelto en papel de estraza. Dentro había una caja de cartón, llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing encontró horrorizada dos orejas humanas, recién cortadas aparentemente. La caja había sido enviada desde Belfast la mañana anterior a través del servicio de paquetes postales. No hay ninguna indicación acerca del remitente, y el asunto resulta más misterioso todavía ya que la señorita Cushing, que es soltera y tiene cincuenta años, ha llevado una vida de lo más retirada, y tiene tan pocas amistades o corresponsales, que es un raro acontecimiento para ella el recibir algo por correo. Hace unos años, sin embargo, cuando residía en Penge, alquiló algunas habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de Medicina, de los cuales se vio obligada a deshacerse a causa de sus hábitos ruidosos y conducta irregular. La policía es de la opinión de que este ultraje a la señorita Cushing puede haber sido perpetrado por estos jóvenes, que le guardan rencor y esperaban asustarla enviándole estos restos mortales procedentes de las salas de disección. Prestaba cierta verosimilitud a esta teoría el hecho de que uno de estos estudiantes procedía de Irlanda del Norte y, según tenía entendido la señorita Cushing, del propio Belfast. Mientras tanto, se está investigando el asunto diligentemente y se ha encargado el caso al señor Lestrade, uno de los más perspicaces detectives de la policía.

-Dejemos ya este asunto del Daily Chronicle -dijo Holmes cuando yo acabé de leer-. Hablemos ahora de nuestro amigo Lestrade. Esta mañana recibí una nota suya que dice:

Creo que este caso encaja muy bien en su especialidad. Tenemos muchas esperanzas de aclarar el asunto, pero toparnos con la pequeña dificultad de no tener nada en que basarnos. Hemos telegrafiado, por supuesto, a la oficina de correos de Belfast, pero

aquel día fueron entregados una gran cantidad de paquetes y no hubo manera de identificar a este en particular, o de acordarse del remitente. La caja, de las de media libra de tabaco negro, tampoco nos facilita nada la identificación. La hipótesis del estudiante de medicina sigue pareciéndome la más plausible, pero si usted dispusiera de unas cuantas horas libres me alegraría mucho verlo por aquí. Estaré en casa todo el día o en la comisaría de policía.

-¿Qué le parece, Watson? ¿Puede usted sobreponerse al calor y venirse conmigo a Croydon ante la remota posibilidad de un nuevo caso para sus anales?

-Estaba impaciente por hacer algo.

-Lo tendrá entonces. Llame a nuestro botones y dígale que pida un coche. Volveré en seguida, cuando me haya quitado el batín y llenado mi petaca.

Mientras íbamos en el tren cayó un aguacero y por tanto en Croydon el calor era mucho menos sofocante que en la ciudad. Holmes había enviado un telegrama, de modo que Lestrade, tan enjuto,, tan atildado, y tan husmeador como siempre, nos esperaba en la estación. Un paseo de cinco minutos nos condujo hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga con casas de ladrillo de dos pisos, limpias y bien cuidadas, con sus peldaños de piedra blanqueada y en las puertas pequeños grupos de mujeres con delantal cotilleando. A medio camino Lestrade se detuvo y llamó a una de las puertas, que abrió una joven criada. La señorita Cushing estaba sentada en el salón, al que nos hizo pasar. Era una mujer de rostro apacible, ojos grandes y dulces, y pelo entrecano que se curvaba sobre ambas sienes. Un recargado antimacasar yacía sobre su regazo y junto a ella, encima de un taburete, había una cesta de sedas de colores.

-Esas cosas horribles están en la dependencia anexa -dijo ella cuando entró Lestrade-. Me gustaría que se las llevara.

-Eso haré, señorita Cushing. Las guardé ahí hasta que mi amigo, el señor Holmes, las hubiera visto en su presencia.

-¿Por qué en mí presencia, señor?

-Por si deseaba hacerle a usted alguna pregunta.

-¿Para qué iba a hacerme preguntas si le digo que no sé nada en absoluto acerca del asunto?

-En efecto, señora -dijo Holmes con voz tranquilizadora-. No tengo la menor duda de que ya la han molestado bastante acerca de este asunto.

-Ya lo creo, señor. Soy una mujer discreta y llevo una vida retirada. Es algo nuevo para mí el ver mi nombre en los periódicos y a la policía en mi casa. No quiero tener aquí

esas cosas, señor Lestrade. Si usted desea verlas tiene que ir a la dependencia anexa.

Era un pequeño cobertizo en el angosto jardín que se extendía por detrás de la casa. Lestrade entró en él y sacó una caja amarilla de cartón, un pedazo de papel de estraza y un cordel. Había un banco al final del sendero y nos sentamos allí mientras Holmes examinaba, uno a uno, los objetos que Lestrade le había entregado.

-El cordel es sumamente interesante -observó, poniéndolo a contraluz y oliéndolo-. ¿Qué le parece, Lestrade?

-Que ha sido embreado.

-Exactamente. Es un trozo de bramante embreado. Sin duda habrá observado que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como puede conjeturarse por sus dos extremos deshilachados. Eso es importante.

-No veo su importancia -dijo Lestrade.

-La importancia radica en el hecho de que el nudo lo han dejado intacto y que se trata de un nudo de un tipo especial.

-Está hecho muy hábilmente. Ya me había dado cuenta de eso -dijo Lestrade con suficiencia.

-Dejemos ya el cordel, entonces -dijo Holmes, sonriendo-, y pasemos a la envoltura de la caja. Papel de estraza, con un inconfundible olor a café. ¿Cómo, no lo notó usted? Creo que no puede haber la menor duda al respecto. La dirección está escrita con letra bastante descuidada: «Señorita S. Cushing, Cross Street, Croydon». Está hecha con una pluma de punta gruesa, probablemente una J, y con tinta de muy escasa calidad. La palabra «Croydon» fue escrita al principio con «i», que luego se transformó en «y». El paquete fue enviado, pues, por un hombre -la tipografía es claramente masculina- de escasa educación y que no conoce la ciudad de Croydon. ¡Hasta aquí, todo bien! La caja es amarilla, de las de media libra de tabaco negro, sin nada característico salvo las huellas de dos pulgares en la esquina izquierda del fondo. Está llena de ese tipo de sal gruesa que se utiliza para preservar el cuero y para otros usos comerciales más ordinarios. Y en ella están incrustados esos objetos tan singulares.

Mientras hablaba sacó las dos orejas y, poniendo una tabla sobre sus rodillas, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados hacia delante uno a cada lado de él, mirábamos alternativamente a esos espantosos restos y al rostro pensativo y anhelante de nuestro compañero. Por fin las devolvió otra vez a la caja y se sentó un rato, absorto en profunda meditación.

-Habrá observado usted, naturalmente -dijo por fin-, que las orejas no forman pareja.

-Sí, me he dado cuenta de eso. Pero si fuera una broma hecha por algunos estudiantes con acceso a las salas de disección, igual de fácil les habría sido enviar un par de orejas

de una misma persona que dos orejas desparejadas.

-Exactamente. Pero no se trata de una broma.

-¿Está usted seguro de eso?

-La presunción en contra es muy sólida. En las salas de disección se inyecta a los cadáveres un fluido conservante. Estas orejas no muestran ni rastro de ese fluido. Son recientes además. Han sido cortadas con un instrumento embotado, lo que difícilmente habría ocurrido si lo hubiera hecho un estudiante. Además, a cualquier mentalidad médica se le habría ocurrido utilizar ácido fénico o alcohol rectificado como conservante y de ninguna manera sal gruesa. Repito que este caso no se trata de una broma, sino que estamos investigando un grave crimen.

Un impreciso escalofrío me corrió por el cuerpo al escuchar las palabras de mi compañero y comprobar la sombría circunspección que había endurecido su semblante. Este brutal preliminar parecía anunciar la proximidad de algún extraño e inexplicable horror. Lestrade, sin embargo,, dio muestras de desaprobación como si no estuviera convencido del todo.

-Sin duda se pueden poner reparos a la hipótesis de la broma -dijo-, pero existen razones todavía más fuertes en contra de la otra teoría. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida discreta y respetable en Penge y aquí durante los últimos veinte años. Apenas ha estado ausente de su casa un solo día en todo ese tiempo. ¿Por qué demonios, por tanto, iba a enviarle ningún criminal las pruebas de su delito, sobre todo si como parece, a menos que sea una consumada actriz, sabe tan poco como nosotros del asunto?

-Ese es el problema que tenemos que resolver -respondió Holmes-, y por lo que a mí se refiere, me pondré manos a la obra, con la presunción de que mi razonamiento es correcto y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, delicadamente modelada, y perforada para llevar un pendiente. La otra es de hombre, bronceada, amarillenta y perforada también para llevar un pendiente. Supongo que estas dos personas han muerto, pues en caso contrario ya hace tiempo que nos habríamos enterado de lo que les sucedió. Hoy es viernes. El paquete fue echado al correo el jueves por la mañana. La tragedia ocurrió, por lo tanto, el martes o el miércoles, o incluso antes. Si las dos personas fueron asesinadas, ¿quién sino su asesino pudo enviar esa muestra de su delito a la señorita Cushing? Podemos suponer que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero debió de tener algún motivo poderoso para enviar este paquete a la señorita Cushing. ¿Cuál fue, pues, ese motivo? Debe de haber sido para comunicarle ¡que se había cometido dicho delito!, o tal vez para hacerla sufrir. Mas en ese caso ella debía saber de quién se trataba. ¿Lo sabía, realmente? Lo dudo. Si lo hubiera sabido, ¿por qué iba a llamar a la policía? Podría haber enterrado las orejas, y nadie se hubiera enterado. Eso es lo que habría hecho si hubiese querido proteger al criminal. Pero si no quería protegerlo, habría comunicado su nombre. He aquí un enredo que es preciso resolver.

Se había expresado en voz alta, con suma rapidez, mirando al vacío por encima de la valla del jardín, pero inmediatamente se puso en pie de un enérgico salto y echó a andar

en dirección a la casa.

-Tengo que hacerle algunas preguntas a la señorita Cushing -dijo.

-En tal caso, si me lo permite, yo me marcho -dijo Lestrade-, pues tengo entre manos otro asuntillo. Creo que no hay nada más que la señorita Cushing pueda contarme. Me encontrarán en la comisaría de policía.

-Pasaremos a verle de camino a la estación -respondió Holmes.

Poco después él y yo regresamos al salón, donde la impasible dama seguía trabajando tranquilamente en su antimacasar. Al entrar nosotros lo puso encima de su regazo y nos miró con sus ojos azules, de mirada franca y penetrante.

-Estoy convencida, señor -dijo-, de que en todo este asunto hay algún error, que el paquete no iba dirigido a mí. Se lo he dicho varias veces a este caballero de Scotland Yard, pero él se ríe de mí. No tengo ningún enemigo en el mundo, que yo sepa, de modo que ¿por qué iba a gastarme nadie semejante broma?

-Empiezo a ser de la misma opinión, señorita Cushing -dijo Holmes, tomando asiento a su lado-. Creo que es más que probable...

Hizo una pausa y, al mirar a mi alrededor, me sorprendió ver que tenía los ojos clavados con singular atención en el perfil de la dama. Por un instante pudo leerse en su rostro anhelante sorpresa y satisfacción al mismo tiempo, aunque cuando ella miró en torno para averiguar el motivo de su silencio, Holmes estaba de nuevo tan serio como siempre. Yo miré fijamente sus lisos cabellos entrecanos, su elegante tocado, sus pequeños pendientes de oro, sus plácidas facciones; pero no pude ver nada que justificara la evidente agitación de mi compañero.

-Quedan una o dos preguntas...

-¡Estoy harta de preguntas! -gritó la señorita Cushing con impaciencia.

-Usted tiene dos hermanas, según creo.

-¿Cómo puede saber eso?

-Nada más entrar en la habitación observé que tiene encima de la repisa de la chimenea una fotografía de un grupo de tres damas, una de las cuales es usted misma indudablemente, mientras que las otras dos se le parecen tanto que no es posible dudar del parentesco.

-Sí, lleva usted razón. Esas son mis hermanas Sarah y Mary.

-Y aquí, al alcance de la mano, hay otro retrato, tomado en Liverpool, de su hermana pequeña, en compañía de un hombre que parece un camarero de barco, a juzgar por su

uniforme. Observo que entonces todavía no se había casado.

-Es usted un observador muy rápido.

-Es mi oficio.

-Bueno, una vez más lleva usted razón. Pero se casó con el señor Browner unos días después. Cuando fue tomada la fotografía él trabajaba en la compañía South America, pero quería tanto a mi hermana que no pudo soportar el tener que abandonarla por tanto tiempo y se enroló en la línea que cubría Londres y Liverpool.

-¿Tal vez en el Conqueror?

-No, en el May Day, según mis últimas noticias. Jim vino a verme una vez. Eso fue antes de romper el compromiso; pero después, siempre que desembarcaba se daba a la bebida, y bastaba que bebiese un poco para volverse loco de atar. ¡Ay, aciago día aquel en que volvió a tomar una copa! En primer lugar se olvidó de mí, luego se peleó con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribirnos no sabemos cómo les van las cosas.

Era evidente que la señorita Cushing había tocado un tema que la afectaba profundamente. Como la mayoría de la gente que lleva una vida solitaria, al principio se mostraba tímida, pero con el tiempo llegaba a ser extremadamente comunicativa. Nos contó muchos detalles de su cuñado el camarero de barco, y luego, desviándose hacia el tema de sus antiguos huéspedes, los estudiantes de medicina, nos hizo un extenso relato de sus fechorías y nos dio sus nombres y apellidos así como los hospitales en donde trabajaban. Holmes escuchó con atención, terciando de vez en cuando con alguna pregunta.

-Con respecto a su segunda hermana, Sarah -dijo él-, me sorprende que, siendo las dos solteras, no vivan juntas.

-¡Ay!, si usted conociera el mal genio de Sarah dejaría de sorprenderse. Lo intenté cuando vine a Croydon, y vivimos juntas hasta hace dos meses, en que tuvimos que separarnos. No quiero decir nada en contra de mi propia hermana, pero lo cierto es que Sarah siempre ha sido una entrometida y muy difícil de complacer.

-Dice usted que ella se peleó con sus parientes de Liverpool.

-Sí, aunque hubo un tiempo en que fueron los mejores amigos. Con decirle que se fue a vivir allí para estar cerca de ellos. Y ahora, cuando habla de Jim Browner, no encuentra palabras lo bastante duras. Los últimos seis meses que pasó allí no hablaba de otra cosa que de lo mucho que él bebía y de sus modales. Tengo la impresión de que debió de sorprender alguna intromisión suya, y le dijo cuatro verdades. Así fue como empezó la cosa.

-Gracias, señorita Cushing -dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia-. Creo que me dijo usted que su hermana Sarah vive en New Street, Wallington, ¿no es cierto? Adiós, y siento mucho que la hayan molestado por un caso con el que, como usted dice,

no tiene absolutamente nada que ver.

Cuando salíamos pasó un coche y Holmes lo llamó.

-¿A qué distancia está Wallington?

-Más o menos a una milla, señor.

-Muy bien. Suba, Watson. A hierro caliente, batir de repente. Aunque el caso es sencillo, hay uno o dos detalles muy instructivos relacionados con él. Cochero, deténgase cuando pase por delante de una oficina de telégrafos.

Holmes envió un telegrama breve y durante el resto del trayecto se recostó en el asiento, con el sombrero inclinado sobre la nariz para impedir que el sol le diera en el rostro. Nuestro cochero se detuvo delante de una casa que no se diferenciaba apenas de la que acabábamos de abandonar. Mi compañero le ordenó que esperase, y ya tenía el llamador en la mano cuando se abrió la puerta y un caballero joven y serio, vestido de negro y con un sombrero muy lustroso, apareció en el umbral.

-¿Está en casa la señorita Cushing? -preguntó Holmes.

-La señorita Sarah Cushing está gravemente enferma -dijo el joven-. Desde ayer padece síntomas muy graves de meningitis. Como médico suyo, no puedo asumir de ninguna manera la responsabilidad de permitir que nadie la visite. Yo le recomendaría que volviera dentro de diez días.

Se puso los guantes, cerró la puerta y se fue calle abajo.

-Bueno, lo que no se puede, no se puede -dijo Holmes jovialmente.

-Es posible que no pudiera, ni quisiera, decirle mucho.

-Yo no quería que me dijera nada. Sólo deseaba verla. Sin embargo, creo tener todo lo que quiero. Cochero, llévenos a algún hotel decente, donde podamos almorzar algo. Después nos dejaremos caer por la comisaría de policía para ver a nuestro amigo Lestrade.

Tomamos una agradable comida juntos, durante la cual Holmes no habló más que de violines, refiriéndome con gran júbilo cómo había comprado su propio Stradivarius, que valía por lo menos quinientas guineas, a un chamarilero judío de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Eso le llevó a Paganini, y durante una hora estuvimos delante de una botella de clarete mientras él me contaba anécdotas y más anécdotas de aquel hombre extraordinario. Cuando llegamos a la comisaría la tarde estaba ya muy avanzada y la deslumbradora y cálida luz se había atenuado hasta convertirse en un suave resplandor. Lestrade nos esperaba en la puerta.

-Hay un telegrama para usted, señor Holmes -dijo.

-¡Ajá! ¡Ahí está la respuesta! -abrió el telegrama, le echó un vistazo y, estrujándolo, se lo metió en el bolsillo-. Todo va bien -dijo.

-¿Ha descubierto usted algo?

-¡Lo he descubierto todo!

-¡Cómo! -Lestrade le miró asombrado-. Está usted bromeando.

-Jamás hablé más en serio en toda mi vida. Se ha cometido un crimen espantoso y creo haber puesto ya al descubierto todos sus pormenores.

-¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas cuantas palabras en el reverso de una de sus tarjetas de visita y se la arrojó a Lestrade.

-Ahí tiene su nombre -dijo-. No podrá arrestarlo hasta mañana por la noche como muy pronto. Preferiría que no mencionara usted mi nombre en relación con el caso, ya que deseo que no me asocien más que con aquellos crímenes cuya solución presente alguna dificultad. Vamos, Watson.

Se fueron a grandes zancadas hacia la estación, dejando a Lestrade mirando todavía con cara satisfecha la tarjeta que Holmes le había arrojado.

-Este es un caso -dijo Sherlock Holmes esa noche mientras charlábamos y nos fumábamos sendos cigarros en nuestras habitaciones de Baker Street- en el que, como en las investigaciones que usted ha descrito bajo los títulos «Un estudio en escarlata» y «El signo de los cuatro», nos hemos visto obligados a razonar al revés, de los efectos a las causas. Le he escrito a Lestrade pidiéndole que nos proporcione los detalles que aún nos faltan, los cuales sólo conseguirá cuando haya puesto a buen recaudo a su hombre. Sin temor a equivocarse se puede confiar en él, pues, aun careciendo por completo de raciocinio, en cuanto comprende qué es lo que tiene que hacer es tan tenaz como un bulldog, y esta tenacidad es realmente lo que le ha hecho ascender dentro de Scotland Yard.

-¿Entonces el caso no está concluido todavía? -pregunté.

-En sus puntos fundamentales lo está realmente. Sabemos quién es el autor del repugnante asunto, aunque una de las víctimas se nos escape todavía. Claro que usted también habrá sacado sus propias conclusiones.

-Supongo que el hombre del que usted sospecha es Jim Browner, camarero de uno de los barcos de Liverpool.

-¡Oh!, es más que una sospecha.

-Pues yo no aprecio nada salvo vagos indicios.

-Para mí, por el contrario, no puede estar más claro. Repasemos los principales pasos dados hasta ahora. Abordamos el caso, como usted recordará, con la mente completamente en blanco, lo cual es siempre una ventaja. No habíamos concebido teoría alguna. Nos habíamos limitado a observar y a sacar conclusiones a partir de nuestras observaciones. ¿Qué fue lo primero que vimos? Una respetable y apacible dama, que parecía ajena a cualquier secreto, y un retrato que me reveló que ella tenía dos hermanas más jóvenes. Al instante se me ocurrió la idea de que la caja podía estar destinada a una de ellas. Deseché la idea hasta poder refutarla o confirmarla sin prisas. Luego fuimos al jardín, como usted recordará, y vimos el extraño contenido de la cajita amarilla.

«La cuerda era de esas que utilizan los veleros a bordo de los barcos y en seguida todo el asunto me olió a cosa de mar. Cuando observé que el nudo era de un tipo muy frecuente entre los marineros, que el paquete había sido enviado desde un puerto, y que la oreja del varón estaba perforada para llevar un pendiente, lo cual es mucho más corriente entre gente de mar que de tierra firme, tuve la certeza de que íbamos a encontrar a todos los actores de esta tragedia entre la marinería.

«Cuando me puse a examinar la dirección del paquete observé que iba dirigido a la señorita S. Cushing. Ahora bien, la hermana mayor se llamaba también, por supuesto, señorita Cushing, y aunque su inicial era asimismo una S, lo mismo podía pertenecer a cualquiera de las otras. En tal caso deberíamos haber comenzado nuestra investigación partiendo de una base completamente nueva. Por consiguiente entré en la casa con la intención de aclarar este punto. Estaba a punto de asegurar a la señorita Cushing mi convencimiento de que se había cometido una equivocación cuando, como usted recordará, me paré en seco. La verdad es que acababa de ver algo que me llenó de sorpresa y que a la vez limitaba enormemente el campo de nuestra pesquisa.

«Watson, usted es consciente, como médico, de que no hay parte del cuerpo humano que varíe tanto de un individuo a otro como la oreja. Cada oreja es, por regla general, completamente inconfundible y difiere de todas las demás. En el Anthropological Journal del año pasado encontrará usted dos breves monografías sobre el tema, escritas por mí. Por consiguiente, yo había examinado las orejas de la caja con ojos de experto, y me había fijado con detenimiento en sus peculiaridades anatómicas. Imagine, pues, mi sorpresa cuando al mirar a la señorita Cushing me di cuenta de que su oreja se correspondía exactamente con el apéndice de mujer que yo acababa de inspeccionar. No podía tratarse de una coincidencia. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma curva amplia del lóbulo superior, la misma circunvolución del cartílago interno. Era en esencia la misma oreja.

«Desde luego comprendí inmediatamente la enorme importancia de aquella observación. Era evidente que la víctima tenía algún parentesco con ella, probablemente muy cercano. Empecé a hablarle de su familia y, como usted recordará, en seguida nos proporcionó algunos detalles sumamente valiosos.

«En primer lugar, su hermana se llamaba Sarah y hasta hace muy poco tiempo su dirección era la misma, de modo que era bastante evidente que se había producido un

error y podía figurarse uno a quién iba dirigido en realidad el paquete. Luego tuvimos noticias de ese camarero, casado con la tercera hermana, y nos enteramos de que en un tiempo tuvo tal intimidad con la señorita Sarah, que esta se trasladó a Liverpool para estar cerca de los Browner, aunque una posterior pelea los había separado. Esta pelea había interrumpido cualquier clase de comunicación entre ellos durante varios meses, de modo que si Browner hubiese querido enviar un paquete a la señorita Sarah, indudablemente lo habría hecho a su antigua dirección,

«El asunto comenzaba ahora a resolverse a las mil maravillas. Nos habíamos enterado de la existencia de ese camarero, un hombre impulsivo, y apasionado -recuerde que dejó un empleo, aparentemente mucho mejor para estar cerca de su esposa-, propenso también a ocasionales excesos, con la bebida. Teníamos motivos para creer que su esposa había sido asesinada, y que un hombre -presumiblemente marinero- había sido asesinado al mismo tiempo. En seguida pensamos en los celos como móvil del crimen. Pero ¿por qué enviaron a la señorita Sarah Cushing esas pruebas del delito? Probablemente porque durante su estancia en Liverpool ella había tenido algo que ver con que se produjeran los sucesos que desembocaron en tragedia. No sé si habrá notado que esa línea marítima hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; de modo que, suponiendo que Browner hubiera cometido el delito, y que se hubiese embarcado inmediatamente en su vapor, el May Day, Belfast sería el primer lugar desde el que podría enviar por correo el terrible paquete.

«A estas alturas era también posible una segunda solución, y aunque a mí me parecía sumamente improbable, decidí aclararla antes de seguir adelante. Un amante rechazado podía haber matado al señor y la señora Browner, y la oreja de varón podría haber pertenecido al marido. Podían ponerse serios reparos a esta teoría, pero era concebible. Por tanto envié un telegrama a mi amigo Algar, de la policía de Liverpool, y le pedí que averiguase si la señora Browner estaba en casa, y si el marido había partido en el May Day. Luego seguimos hasta Wallington para visitar a la señorita Sarah.

«Tenía curiosidad, en primer lugar, por comprobar hasta qué punto se había reproducido en ella el tipo de oreja de la familia. Además podía proporcionarnos, desde luego, información de vital importancia, si bien no me sentía demasiado optimista al respecto. Debe de haberse enterado del suceso del día anterior, ya que en Croydon no se habla de otra cosa, y sólo ella podía saber a quién iba destinado el paquete. Si hubiese estado dispuesta a ayudar a la justicia probablemente se habría puesto ya en contacto con la policía. Sin embargo, era deber nuestro verla, evidentemente, de modo que fuimos a visitarla. Comprobamos que la noticia de la llegada del paquete -pues su enfermedad databa de esas fechas- le había producido tal impresión que le provocó meningitis. Estaba más claro que nunca que ella había comprendido toda su importancia, pero también era igual de claro que tendríamos que esperar algún tiempo para obtener de ella cualquier tipo de ayuda.

«Sin embargo, la verdad es que no dependíamos de su ayuda. Las respuestas a nuestras pesquisas nos esperaban en la comisaría de policía, a cuya dirección ordené a Algar que las enviara. Nada podía ser más concluyente. La casa de la señora Browner llevaba más de tres días cerrada, y las vecinas opinaban que ella se había marchado al sur para visitar a sus parientes. Se había comprobado en las oficinas de la compañía naviera que

Browner había zarpado en el May Day, y yo calculo que debe llegar al Támesis mañana por la noche. Cuando llegue saldrá a su encuentro el obtuso aunque resuelto Lestrade, y no tengo la menor duda de que nos pondremos al corriente de los detalles que nos faltan.»

Las expectativas de Sherlock Holmes no quedaron defraudadas. Dos días más tarde recibió un sobre voluminoso, que contenía un mensaje breve del detective y un documento escrito a máquina, que ocupaba varias páginas de papel de oficio.

-Lestrade lo atrapó sin problemas. Tal vez le interese escuchar lo que dice.

Mi querido señor Holmes:

De conformidad con el plan que nos habíamos trazado para comprobar nuestras teorías (el «nos» me parece admirable, ¿verdad Watson?), fui al Muelle Albert ayer a las seis de la mañana y subí a bordo del May Day, que pertenece a la Liverpool, Dublin & London Steam Packet Company. Al solicitar información averigüé que había a bordo un camarero llamado James Browner, el cual se había comportado durante el viaje de manera tan insólita que el capitán se había visto obligado a relevarlo de sus obligaciones. Al bajar a su camarote lo encontré sentado encima de un cofre con la cabeza hundida entre las manos, meciéndose de un lado para otro. Es un tipo grande y fuerte, bien afeitado y muy moreno; algo parecido a Aldridge, el que nos ayudó en el asunto de la falsa lavandería. Se levantó de un salto al enterarse del motivo de mi visita. Yo tenía ya el silbato en los labios para llamar a una pareja de la policía fluvial, que había a la vuelta de la esquina, pero él no parecía tener ánimos y alargó las manos lo suficiente para que le pusiera las esposas. Lo llevamos a una celda, y a su cofre también, pues creíamos que podía haber en su interior algo que le incriminara; pero no encontramos nada a excepción de un gran cuchillo afilado, como el que suelen llevar la mayoría de los marineros. Sin embargo, no nos hacen falta más pruebas, pues cuando lo llevamos a la comisaría pidió al inspector hacer una declaración, la cual fue tomada, por supuesto, por nuestro taquígrafo según él iba dictándola. Sacamos tres copias mecanografiadas, una de las cuales le incluyo. El asunto, como Yo pensaba, ha resultado ser sumamente sencillo, pero le estoy muy agradecido por ayudarme en mi investigación. Le saluda atentamente,

G. Lestrade

«¡Ejem! La investigación fue, en efecto, muy sencilla -observó Holmes-, pero no creo que ese fuera su parecer cuando nos llamó en su ayuda. No obstante, veamos lo que Jim Browner tiene que decir en su favor. Esta es su declaración, tal como la hizo ante el inspector Montgomery en la comisaría de policía de Shadwell, y tiene la ventaja de ser literal.»

¿Que si tengo algo que decir? Claro que sí, tengo mucho que decir. Quiero confesarlo todo. Pueden ustedes ahorcarme, o dejarme en paz. Me importa un bledo lo que me hagan, les aseguro que no he pegado ojo desde que hice aquello, y no creo que vuelva nunca más a hacerlo hasta superar esta vigilia. A veces veo el rostro de él, pero sobre todo el de ella. Siempre tengo ante mí uno u otro. Él me mira con severidad y odio y,

por el contrario, ella tiene en el rostro una expresión como de sorpresa. ¡Ay, pobre criatura! No es raro que se sorprendiera al leer su sentencia de muerte en un rostro en el que antes casi nunca había visto otra cosa que amor hacia ella.

Pero la culpa fue de Sarah, ¡y ojalá la maldición de un hombre destrozado arruine su vida y haga que se le pudra la sangre en las venas! No es que quiera justificarme. Sé que volví a entregarme a la bebida, pues soy un bestia. Pero ella me habría perdonado; se habría mantenido unida a mí tan íntimamente como el cabo al motón, si esa mujer no hubiera puesto los pies en nuestra casa. Pues Sarah Cushing me amaba -ese es el origen de todo el asunto-, me amó hasta que todo ese amor se transformó en un odio pernicioso cuando se enteró de que yo daba más importancia a la huella de mi esposa en el barro que a su propio cuerpo y alma.

En total eran tres hermanas. La mayor era una buena mujer francamente, la segunda un demonio, y la tercera un ángel. Sarah tenía treinta y tres años, y Mary veintinueve cuando me casé con ella. Cuando nos fuimos a vivir juntos éramos felices a todas horas del día, y en todo Liverpool no había mejor mujer que mi Mary. Por consiguiente invitamos a Sarah a pasar una semana con nosotros, y la semana se convirtió en un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que ella fue una más entre nosotros.

En aquella época yo llevaba la cinta azul de la liga de los abstemios; ahorrábamos algo de dinero y todo resplandecía como un dólar nuevo. ¡Por Dios santo! ¿Quién demonios habría pensado que todo iba a terminar así? ¿Quién demonios lo hubiera imaginado?

Con frecuencia solía volver a casa los fines de semana, y a veces, si el barco se retrasaba a causa del cargamento, pasaba allí toda una semana; de esta manera tuve ocasión de tratar bastante a mi cuñada Sarah. Era una mujer admirable, alta, morena, aguda y violenta, altanera, y con un brillo en los ojos como chispa de pedernal. Pero en presencia de la pequeña Mary nunca pensaba en Sarah, y eso lo juro al igual que espero que Dios se apiade de mí.

A veces me parecía que ella deseaba quedarse a solas conmigo, o engatusarme para que diera un paseo con ella, aunque yo nunca pensara realmente en eso. Pero una noche se me abrieron los ojos. Había vuelto del barco y me encontré con que mi esposa había salido y en casa sólo estaba Sarah. «Dónde está Mary», le pregunté. «Ha ido a pagar unas cuentas.» Yo iba y venía por la habitación impaciente. «Jim, ¿es que no puedes ser feliz sin Mary ni siquiera cinco minutos?», me dijo ella. «No es ningún halago para mí que no te contentes con mi compañía por tan poco tiempo.» «Llevas razón, muchacha», le dije yo, tendiéndole la mano de manera afectuosa. Inmediatamente ella la cogió entre las suyas, que ardían como si tuviese fiebre. La miré a los ojos y lo leí todo en ellos. No le hacía falta hablar, ni a mí tampoco. Fruncí el ceño y retiré la mano. Durante un rato ella permaneció junto a mí en silencio, luego levantó la mano y me dio unas palmaditas en el hombro. «¡Cálmate, Jim!», me dijo, y salió corriendo de la habitación con una especie de risa burlona.

Pues bien, desde entonces Sarah me odió con todo su corazón y toda su alma, y es mujer que sabe odiar. Fui un tonto -un redomado tonto- permitiendo que se quedara con nosotros, pero no le dije a Mary ni una palabra, pues sabía que eso la apenaría. Las

cosas siguieron igual, pero al cabo de un tiempo empecé a notar un ligero cambio en la propia Mary. Siempre había sido muy confiada e inocente, pero ahora se volvió rara y suspicaz, queriendo saber dónde había estado yo y qué había hecho, a quién escribía, qué llevaba en los bolsillos, y otras mil insensateces por el estilo. Día a día se volvía más rara y más irritable, y tuvimos incesantes riñas por nada. Todo aquello me tenía bastante desconcertado. Sarah me evitaba, aunque ella y Mary eran inseparables. Ahora me doy cuenta de que estaba intrigando, tramando y envenenando la mente de mi esposa en contra de mí; pero yo estaba tan ciego entonces que no podía entenderlo. Entonces rompí mi cinta azul y empecé a beber de nuevo, pero creo que no habría actuado así si Mary hubiese sido la misma de siempre. Ahora tenía algún motivo para estar disgustada conmigo, y la brecha entre nosotros empezó a ensancharse cada vez más. Fue entonces cuando se inmiscuyó ese tal Alec Fairbairn y las cosas se volvieron mucho más aciagas.

La primera vez que vino a casa fue para ver a Sarah, pero en seguida extendió sus visitas también a mí, pues era un hombre encantador, que hacía amigos dondequiera que fuese. Era un tipo apuesto, fanfarrón, ingenioso y tortuoso, que había recorrido medio mundo y sabía hablar de lo que había visto. Era un buen acompañante, no lo negaré, y para ser marinero tenía unos modales increíblemente corteses, de modo que creo que hubo un tiempo en que debió de frecuentar más la toldilla que el castillo de proa. Durante un mes estuvo entrando y saliendo de mi casa, y jamás se me ocurrió que sus suaves y astutos modales pudieran hacerme algún daño. Así que, por fin, algo me hizo sospechar, y desde ese día ya no he vuelto a tener paz.

Fue, además, un detalle insignificante. Había entrado yo inesperadamente en el salón, y al traspasar el umbral vi que el rostro de mi esposa se iluminaba de alegría. Pero cuando ella vio quién era realmente el recién llegado, su alegría se desvaneció de nuevo, y se alejó decepcionada. Aquello me bastó. Sólo había otra persona con la que podía haber confundido mis pasos: Alec Fairbairn. Si lo hubiera visto entonces, lo habría matado, pues siempre me vuelvo como loco cuando monto en cólera. Mary vio en mis ojos un brillo demoníaco y vino corriendo hacia mí, sujetándome el brazo con sus manos. « ¡No lo hagas, Jim, no!», me dijo. «¿Dónde está Sarah?», le pregunté yo. «En la cocina», me respondió ella. «Sarah», le dije al entrar, «no quiero que ese individuo, Fairbairn, vuelva a poner nunca más los pies en mi casa». «¿Por qué no?», me preguntó ella. «Porque yo lo ordeno.» «¡Caramba!». dijo ella, «si mis amigos no son lo bastante buenos para esta casa, entonces yo tampoco lo soy».

«Puedes hacer lo que te plazca», le dije yo, «pero si Fairbairn vuelve a dejarse ver por aquí, te mandaré una de sus orejas como recuerdo». La expresión de mi rostro la asustó, creo, pues no contestó nada, y esa misma noche se marchó de mi casa.

Bueno, ahora no sé si aquello fue pura maldad por parte de esa mujer, o si ella creía poder enemistarme con mi esposa, incitándola a portarse mal. En cualquier caso, Sarah alquiló una casa a dos calles de distancia de la nuestra y se dedicó a arrendar habitaciones para marineros. Fairbairn solía alojarse allí, y Mary solía ir a tomar el té con su hermana y con él. Ignoro con qué frecuencia, pero un día la seguí y, al irrumpir en la casa, Fairbairn huyó, saltando por encima de la tapia del jardín trasero, como el cobarde canalla que era. Le juré a mi esposa que la mataría si la encontraba de nuevo en compañía de aquel hombre, y me la volví a llevar a casa, sollozando y temblando, y tan

blanca como una hoja de papel. Nunca más hubo entre nosotros el menor vestigio de amor. Me di cuenta de que ella me odiaba y me temía, y cuando ese pensamiento me empujaba a beber, también me despreciaba.

Sarah comprobó que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que volvió, según tengo entendido, a vivir con su hermana en Croydon, y en mi casa las cosas continuaron más o menos como siempre. Y así hasta la semana pasada, con todas sus amarguras y perdición.

Todo ocurrió de la manera siguiente. Habíamos embarcado en el May Day para un viaje de ida y vuelta de siete días de duración, pero un tonel se soltó y con ello aflojó una de las planchas del barco, de modo que tuvimos que volver a puerto por espacio de doce horas. Abandoné el barco y fui a casa, pensando en darle una sorpresa a mi esposa y con la esperanza de que tal vez le alegrase verme tan pronto. Pensaba en eso cuando me metí en mi propia calle, y en aquel momento pasó por delante de mí un coche, en el que iba ella sentada al lado de Fairbairn, ambos charlando y riendo, sin pensar en mí que los observaba desde la acera.

Les aseguro, puedo darles mi palabra, que desde ese mismo momento dejé de ser dueño de mi destino y al recordarlo todo me parece un vago sueño. últimamente había estado bebiendo mucho y eso, unido a lo anterior, me volvió completamente loco. Ahora siento dentro de mi cabeza una especie de zumbido, como unos martillazos de estibador, pero aquella mañana me pareció tener en los oídos todo el estruendo y el borboteo de las cataratas del Niágara.

Pues bien, puse pies en polvorosa y corrí detrás del coche. Llevaba en la mano un pesado bastón de roble, y les aseguro que desde el primer momento estaba hecho una furia, aunque según corría también se despertó en mí la astucia, y me rezagué un poco para observarlos sin ser visto. En seguida se detuvieron en una estación de ferrocarril. Había una multitud de gente alrededor del despacho de billetes, de modo que me acerqué bastante a ellos sin que me vieran. Sacaron billetes para New Brighton. Yo hice otro tanto, pero subí tres vagones más atrás que ellos. Cuando llegamos dieron una vuelta por el paseo y los seguí sin acercarme nunca a ellos más de cien yardas. Por fin les vi alquilar un bote para dar un paseo, pues hacía mucho calor y pensaron, sin duda, que estarían más frescos en el agua.

Eso fue como ponerse en mis manos. Había un poco de niebla y no se podía ver más allá de unos centenares de yardas. Alquilé un bote y salí tras ellos. Podía ver el contorno borroso de su embarcación, pero iban casi tan rápido como yo, y cuando les di alcance estaban ya a más de una milla de la costa. La neblina era como un velo, y en su interior estábamos nosotros tres. ¡Dios mío! ¿Cómo podré olvidar sus rostros cuando vieron quién iba en el bote que se les aproximaba? Ella se puso a dar voces. Él juró como un loco y me hurgoneó con un remo, pues debió ver en mis ojos una amenaza de muerte. Lo esquivé y le devolví el golpe con mi bastón, que le aplastó la cabeza como si fuera un huevo. A ella posiblemente le habría perdonado la vida, a pesar de toda mi rabia, pero le echó los brazos al cuello y se puso a gritar llamándole «Alec». Golpeé de nuevo y ella quedó tendida junto a él. Me sentía como una fiera salvaje que ha saboreado la sangre. Si Sarah hubiera estado allí, juro por Dios que habría corrido la misma suerte.

Saqué mi cuchillo y... bueno, ¡caramba!, ya he dicho bastante. Sentí una especie de júbilo salvaje, pensando en lo que sentiría Sarah ante tales muestras de lo que su intromisión había ocasionado. Luego até los cadáveres al bote, rompí una tabla del fondo, y me quedé a su lado hasta que se hundieron. Sabía muy bien que el propietario del bote pensaría que se habrían desorientado a causa de la niebla y habrían sido arrastrados mar adentro. Me aseé, regresé a tierra, y me incorporé a mi barco, sin que nadie sospechara lo que había pasado. Esa noche envolví el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

Ahí tienen ustedes toda la verdad del caso. Podrán ahorcarme, o hacer conmigo lo que quieran, mas no podrán castigarme más de lo que ya lo he sido. No puedo cerrar los ojos sin que vea aquellos dos rostros mirándome fijamente... igual que me miraron cuando mi bote se abrió paso entre la neblina. Yo los maté rápidamente, pero ellos me están matando poco a poco; y si el suplicio se prolonga una sola noche más amaneceré loco o muerto. ¿No me pondrá solo en una celda, verdad, señor? Por amor de Dios, no lo haga, y ojalá el día en que usted agonice reciba el mismo trato que ahora me dé a mí.

-¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? -dijo Holmes solemnemente mientras dejaba a un lado el documento-. ¿Qué propósito persigue este círculo de aflicción, violencia y miedo? Sin duda ha de tender hacia algún fin pues, si no, nuestro universo está regido por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿qué fin? Ahí tiene usted el eterno problema sobre el cual la razón humana está tan lejos de poder responder como siempre.

19 Jan 2005

SV